

EXERCICIOS ESPIRITUALES

S. IGNACIO DE LOYOLA

M-82385
LIBRERIA
87414
LIBRERIA

ZRV
3361



EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE

S. IGNACIO DE LOYOLA

EXPLICADOS POR

EL P. LUIS BELLECIO

DE LA COMPAÑIA DE JESUS



Con las licencias necesarias

MADRID—1879

LIBRERIA DE DON MIGUEL OLAMENDI

Calle de la Paz, núm. 6

[Faint mirrored text and a large handwritten flourish at the top of the page.]

S. IGNACIO DE LOYOLA

EL P. LUIS BELLESCIO

Es propiedad.

[Handwritten mark or signature.]



Como principio de la presente traduccion del libro del P. Luis Bellecio, ha parecido conveniente poner algo acerca de la vida de dicho Padre; ademas, como se echa de ménos en la obra alguna enseñanza prévia sobre el modo ó arte de meditar, estará muy en su punto juntar á lo dicho, lo que el M. R. P. Juan Roothaan, Prepósito General de la Compañía de Jesus, escribió en la introduccion á su traduccion literal latina de los ejercicios de S. Ignacio, referente á esta materia. Finalmente, para los que quieran leer algo en los santos Evangelios ó en el *Kémpis*, relacionado con el objeto de las meditaciones, se ha puesto al fin un cuadro de las lecturas correspondientes á cada uno de los ocho dias.

El P. Luis Bellecio, autor del presente libro, nació el año de 1704 en Friburgo de Brisgovia. Desde niño manifestó grande inclinacion á la virtud; y creciendo en piedad de dia en dia coronó su adolescencia con hacer oblacion de sí mismo á Dios entrando en la Compañía de Jesus. Estuvo dotado de muy buenas disposiciones para los estudios, en los cuáles fué tan aprovechado, que más tarde pudo enseñar, con aplauso de cuantos le tuvieron por maestro, la Filosofía y la Sagrada Teología. Años despues su celo por propagar el conocimiento de Jesucristo entre los infieles, y su afan por procurar en todo la mayor gloria de Dios, movieron á los superiores á confiarle la educacion en doctrina y prácticas apostólicas de los misioneros destinados á la India, oficio que desempeñó el P. Bellecio con tan buen éxito, que no satisfecho con evangelizar aquellas regiones por medio de los obreros apostólicos formados en su escuela, pidió y obtuvo de los superiores la licencia de ir á aquellos remotos paises á sembrar por su propia mano el grano de la divina semilla, y segar aquella mies ya demasiado copiosa para el número de obreros que allí acudian. La santa obediencia que, con tanta satisfaccion del Padre, le habia señalado el campo donde podia explayar su celo, cometiéndole la gloriosa empresa de convertir los idólatras á nuestra santa fe, ejercitóle luégo en actos de no menos sólidas virtudes, ordenándole dejar la mision, que por espacio de cuatro años habia regado con sus sudores, y regresar á Europa para emplearle en nuevos ministerios; dando así ocasion al P. Bellecio de poner en práctica la santa indiferencia, tan encarecida por él en su libro de los ejercicios. Dos años no más duró en el cargo de ministro que á su llegada le dieron, pués agotado ménos por los años que por sus trabajos y esfuerzos para adquirir las virtudes propias del perfecto religioso, falleció en el colegio de Ausburgo, á 27 de Abril de 1757.

La primera obra que el P. Bellecio dió á luz fué la que, publicada en latin, tiene por título: *R. P. Aloysii, Bellecii, S. J., SS. Theologiæ Doctoris, Christianus pie moriens, seu adjumenta procurandæ bonæ*

mortis. De ella se han hecho varias ediciones en latin, aleman y flamenco.

Otra obra suya, que es la que va al fin del presente libro de los ejercicios, es la que tituló: *Tri-duum sacrum omnium, præcipue religiosorum, usui accommodatum*. Ha sido igualmente reimpresso este opúsculo varias veces en latin y aleman.

El tercer libro salido de sus manos es el que el Padre denominó: *Virtutis solidæ impedimenta, subsidia et incitamenta commentationibus illustrata. Partes tres*. Existen igualmente de esta obra, traducida al aleman y al frances, varias ediciones.

Finalmente, la último produccion de su piedad é ingenio fué la: *Medulla Asceseos, seu exercitia S. P. Ignatii de Loyola, accuratiori et menti ejus propriori methodo explanata*. Ademas de las muchas ediciones en latin, ha sido igualmente traducida é impresa muchas veces en aleman, frances, italiano y polaco.

La version que de ella publicamos, y que es la segunda en castellano, hase hecho directamente del texto latino, procurando evitar el defecto de que adolecen las traducciones francesas, que es el de dar mayor extension á lo que dice el respetable autor, precisamente cuando si tiene este algun defecto es el de ser en algunos puntos demasiado difuso. En esto hemos seguido en parte el ejemplo del P. Antonio Bresciani en su elegantísima version italiana de este libro.

Handwritten signature and a horizontal line.

LECTURA PARTICULAR
PARA LOS EJERCICIOS DE OCHO DIAS.

DIA PRIMERO.

1.^a Meditacion. *Matth.*, c. VI, v. 19, hasta el fin.—*Kémpis*, lib. III, c. XXXVII.

2.^a Meditacion. *Philip.*, c. III, v. 7, hasta el fin.—*Kémpis*, lib. III, c. X.

3.^a Meditacion. *Luc.*, c. XII.—*Kémpis*, lib. III, c. XVII.

DIA SEGUNDO.

1.^a Meditacion. 2.^a *Petr.*, c. II.—*Kémpis*, lib. III, c. XIV.

2.^a Meditacion. 1.^a *Joan.*, c. II, v. 1-17.—*Kémpis*, lib. III, c. VII, núm. 2.

3.^a Meditacion. *Matth.*, c. XXV.—*Kémpis* libro I, c. XXIV, núms. 3, 4, 6 y 7.

DIA TERCERO.

1.^a Meditacion. *Rom.*, c. V.—*Kémpis*, lib. I, capítulo XXIII.

2.^a Meditacion. 2.^a *Cor.*, c. V.—*Kémpis*, lib. I, c. XXIV, núms. 1, 2, 4 y 5.

3.^a Meditacion. *Luc.*, c. XV.—*Kémpis*, lib. IV, c. IX, núms. 2, 3 y 6.

DIA CUARTO.

1.^a Meditacion. *Joan.*, c. XV.—*Kémpis*, lib. I, c. I, núms. 1 y 2; lib. II, c. I, núms. 1 y 2.

2.^a Meditacion. *Philip.*, c. II.—*Kémpis*, lib. II, c. I, núms. 5 y 6.

3.^a Meditacion. *Luc.*, c. II, v. 1-20.—*Kémpis*, lib. III, c. XVIII.

DIA QUINTO.

1.^a Meditacion. *Hebr., c. III.—Kémpis, lib. III, c. XV.*

2.^a Meditacion. *Philip., c. IV.—Kémpis, lib. III, c. XIII.*

3.^a Meditacion. *Matth., c. X, v. 28 hasta el fin.—Kémpis, lib. III, c. XXXII.*

DIA SEXTO.

1.^a Meditacion. 2.^a *Cor., c. VI.—Kémpis, lib. III, c. LVI.*

2.^a Meditacion. *Galat., c. III.—Kémpis, lib. III, c. XXVII.*

3.^a Meditacion. *Matth., c. V.—Kémpis, lib. II, c. XI.*

DIA SÉPTIMO.

1.^a Meditacion. *Joan., c. XVIII.—Kémpis, lib. II, c. II: lib. III, c. XLI.*

2.^a Meditacion. *Joan., c. XIX, v. 1-27.—Kémpis, lib. III, c. XIX.*

3.^a Meditacion. *Luc., c. XXIII.—Kémpis, lib. II, c. XII, núms. 1, 2, 5, 6, 7 y 9.*

DIA OCTAVO.

1.^a Meditacion. 1.^a *Cor., c. XV.—Kémpis, lib. III, c. XLIX.*

2.^a Meditacion. *Joan., c. XIV.—Kémpis, lib. II, c. VII y VIII.*

3.^a Meditacion. 1.^o *Joan., c. IV.—Kémpis, lib. III, c. XXXIV.*

da aliviará y quitará nuestra pobreza, no ya la del cuerpo, sino la más grave y trascendental, que es la del alma? No debemos esperar que Dios nuestro Señor obre en nosotros un milagro otorgándonos el don de la meditacion sin poner de nuestra parte los medios para adquirirlo. Oremos con intension; oremos incesantemente, y Dios escuchará nuestros ruegos.

Supuesto el vivo deseo de adelantar en la virtud, sin el cuál son estériles cualesquiera ejercicios, vamos á explicar brevemente lo que por nuestra parte conviene hacer para lograr, mediante la divina gracia, el don de la meditacion.

Prácticas hay que deben hacerse ántes de la oracion, otras despues de ella, y otras mientras estamos orando. Hablemos de las primeras.

CAPITULO I.

DE LO QUE DEBE PRACTICARSE ANTES DE LA MEDITACION.

Hay preparacion próxima y remota. De esta hemos dicho algo en la advertencia anterior, pues el sincero y vehemente deseo de aprovechar en la vida espiritual, del todo indispensable para quien quiera meditar con fruto, es por sí solo la mejor preparacion para meditar. Mas para mayor aclaracion de la materia, debemos añadir algunas reflexiones especiales sobre la preparacion de que estamos hablando.

Esta es precisamente aquella disposicion del ánimo, en cuya virtud nos sentimos inclinados á meditar rectamente, y deseosos de apartar los

estorbos, y de buscar y aplicar los medios ó auxilios que fomentan la meditacion. Conocidos son los *obstáculos*: lo es la soberbia y vana estimacion de sí mismo; pues *la voz de Dios es para los sencillos y humildes. El Señor pone los ojos en las criaturas humildes, y mira como léjos de sí á las altivas*. Tambien es obstáculo la hipocresía y deseo de aparecer cual no se es: *El espíritu recto de doctrina no entrará en el hombre fingido*. Son asimismo obstáculos los pecados á que está pegada el alma; porque *la celestial sabiduría no entra en el alma depravada, ni habita en el cuerpo esclavo del pecado*: y como se habla de la esclavitud del cuerpo, se da bien á entender que singularmente los pecados y faltas contra la virtud angélica oponen gravísimo impedimento á las gracias del divino Espíritu. Grave obstáculo es tambien la disipacion del ánimo durante el dia, y el poco recato de los sentidos; pues no es posible que atenta y devotamente medite aquel cuya imaginacion se halla llena de vanidades; ni lo es tampoco que tenga el espíritu recogido en la oracion quien anda siempre distraido, no por ocupaciones propias de su estado sino por curiosidad, poca modestia ú otros defectos. Preciso es, pues, que los que quieren sacar fruto de la meditacion, aparten cuidadosamente estos obstáculos y otros semejantes.

Los auxilios para hacer la meditacion con provecho, son por punto general los actos de las virtudes contrarias á los vicios que acabamos de mencionar, á saber: de humildad, de sencillez en el obrar, de recato en los sentidos, etc.; pues estos son los que procuran la paz al alma, disponiéndola de esta suerte para meditar, y le acarrearán ademas las divinas gracias. *Bienaventurados*

los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios; y á estos suele el Señor iluminar en la oracion.

Sirve tambien de mucho la mortificacion, que es como el precio con que compramos á Dios el don de meditar; y así vemos que sucede ordinariamente que los más mortificados son los que mejor gustan las dulzuras de la oracion, y al contrario. Parece que el Señor concede con más gusto lo que sabe deseamos con tanto ardor, y procuramos comprar á costa de cualquier sacrificio, hasta de nuestra misma carne.

En verdad que esta disposicion del alma, que señalamos como preparacion remota para meditar, presupone el ejercicio de la meditacion, y suele ser á menudo fruto de la misma: pero es necesario tener presente que aquella disposicion tiene varios grados, cuyos principios debe poseer el que quiere meditar provechosamente. Hasta los que comienzan la carrera espiritual deben tener verdadero deseo de adelantar en ella, pues este y no otro es el fin por el que nos agregamos á la Sociedad Cristiana.

Por lo que toca á la preparacion próxima, daremos las reglas siguientes, tomadas de la doctrina de nuestro padre San Ignacio.

Léase ú óigase atentamente en la víspera, lo que ha de ser objeto de la meditacion para la mañana siguiente, poniendo principalmente la mira en el fruto que deseamos sacar de la oracion, segun el estado de nuestra alma.

Estando ya en la cama, y ántes de entregarnos al sueño, debemos asimismo recordar brevemente la misma materia.

Al despertar por la mañana sea tambien nuestro primer pensamiento de la meditacion que vamos á hacer. Mientras nos lavamos y hacemos

los demas ejercicios de costumbre, fomentemos los mismos pensamientos, procurando excitar afectos conformes á la meditacion.

Ultimamente, para llegar á la oracion con ánimo tranquilo y sosegado, é inmediatamente antes de comenarla, por el tiempo de un Padre nuestro, es necesario pensar ante quién nos hallamos, y con quién vamos á hablar; y luégo, ántes de ponernos de rodillas, figurémonos con viva fe á Dios presente, y que con su mirada escudriña hasta lo más secreto del corazon. Y decimos, ántes de ponernos de rodillas, porque esta viva aprension de la presencia de Dios, no debe ir como preludio despues de la oracion preparatoria, sino precederla, como debe preceder á cualquiera oracion. Y con tanto mayor empeño ponemos aquí esta advertencia, cuanto que vemos que muchos la desatienden, poniéndose de hinojos para comenar la oracion de pronto, y casi atropelladamente, sin pensar en lo que van á hacer.

Las observaciones anteriores son de grande importancia, por manera que el que las practique todas puede estar seguro de que aprovechará mucho en la meditacion; poco el que practique pocas, y nada el que las descuidare enteramente. *Antes de la oracion prepara tu alma, y no quieras asemejarte al hombre que tienta á Dios.* Nuestro Padre S. Ignacio encarga la práctica de los ejercicios expresados ántes de meditar, y él mismo jamas los omitió, si bien tenia contraido un especial hábito de orar, y estaba dotado del don sublime de la contemplacion. Con este ejemplo podemos conocer cuánto nos convenga usar la explicada preparacion, y todas las partes de la misma, toda vez que tan poco ejercitados nos

hallamos en la oracion, á pesar de que con tanta facilidad se distrae y disipa nuestro espíritu.

Por esto debe tambien encargarse con eficacia guardar riguroso silencio y perfecta modestia, singularmente por la noche ántes de acostarnos, y por la mañana ántes de la meditacion; porque cualquier defecto de esta clase, cometido en los tiempos expresados, influye mucho en la meditacion, y puede malearla en gran manera, no sólo por la disipacion que siente el alma tras aquellas imperfecciones, sino ademas porque nos retira Dios su gracia en pena de tales infidelidades.

Pudiera asimismo servir de preparacion próxima para meditar, el encomendar á Dios la oracion que vamos á hacer al visitar por la mañana el Santísimo, y al invocar el auxilio y proteccion de la Virgen María y demas santos abogados, para que nos asistan en aquella hora.

CAPITULO II.

DE LO QUE DEBE OBSERVARSE EN LA MEDITACION.

La meditacion tiene tres partes ó tres tiempos: principio, medio y fin, ó sean ingreso, progreso y término; y de todas ellas debemos hablar separadamente.

§. 1.º

Del principio ó ingreso.

Entendemos por ingreso ó principio, todo lo que en la oracion precede á la lectura de lo que se va á meditar, ó sea de los puntos de la meditacion.

1.º Adora á Dios humildísimamente, poniéndote de rodillas, si no te lo impide alguna enfermedad corporal, en cuyo caso debes procurar que sea aún más profunda la reverencia interior. Este debe ser el primer acto del que medita, y para hacerlo con íntimo afecto del corazon, es preciso que no se haya omitido lo dicho al tratar de la preparacion próxima, á saber: la consideracion de lo que vamos á hacer, y de la grandeza del Señor en cuya presencia nos encontramos. Mirando, pues, con fe viva, como si estuviese abierto el cielo ante nosotros, y viésemos en él á Dios en su infinita majestad, rodeado de multitud de ángeles y de hombres que con los ojos fijos en nosotros presenciáran lo que vamos á hacer, y cómo vamos á orar, postrémonos ante su Divina Majestad, y hagamos con el fervor que podamos la oracion preparatoria.

Esta, ademas del acto de adoracion, esto es, del reconocimiento de la divina Majestad y de la propia nada, debe contener igualmente el arrepentimiento y dolor de los pecados, actos que juntamente deben acompañar cualquiera oracion; y por último, el ofrecimiento de sí mismo y de sus potencias, y la invocacion del divino auxilio para bien meditar. Todos estos actos no

debemos hacerlos más de boca que de corazón. La oración preparatoria nunca debe dejarse de hacer por más que se llegue algo tarde á la oración por haberlo impedido algun obstáculo imprevisto.

Tambien deben preceder á la oración los que san Ignacio llama *preludios*, dos de ellos por lo ménos; el primero sirve para ayudar un tanto la imaginación, y apartar más fácilmente las distracciones. San Ignacio llama á este preludio *composicion de lugar*, por cuyo medio el que medita se fija en la materia que ha de ser objeto de la meditación. Por ejemplo, si vamos á meditar de la crucifixion de Jesucristo, figurémonos que estamos viendo allí presente á nuestro Señor clavado en la Cruz, lleno de heridas, manando sangre por todas partes, y colocado entre dos ladrones; á la Vírgen Santísima puesta al pié del sagrado leño, con san Juan y la Magdalena y otras piadosas mujeres; representémonos por otro lado la inmensa muchedumbre de impíos que blasfeman y hacen burla del Salvador. Si la meditación fuese del nacimiento de Jesucristo, nos figuraremos un establo desierto con mala techumbre, y en un rincon de aquel el pesebre donde yace el divino Infante envuelto en pañales y dando tiernos vagidos: cerca de él á san José y á la Vírgen María, y, si la meditación lo requiere, algunos pobres pastores. La composicion de lugar, representándonos estos objetos materiales, sirve de gran provecho, porque, fijada en ellos la imaginación, no es fácil que se distraiga, y si en el decurso divagase á otros objetos, puede volver luégo á la representación que se ha formado al principio; como acontece á los que quieren observar con atención algun objeto, pues

si algun ruido ú otra causa cualquiera les llama atencion á otra parte, así que advierten la distraccion vuelven de nuevo á pues en aquello cuyo exámen se habian propuesto. Y debe advertirse que en estos actos, el que medita no debe representarse el objeto como pintado, y el suceso como acaecido muchos siglos ántes, sino más bien como si tuviese lugar en su presencia, trasladándose, por ejemplo, al establo de Belen ó al Calvario, y mirando con sus propios ojos, ú oyendo con sus propios oidos, como si sucediese actualmente.

Si el objeto de la meditacion no puede sujetarse á la vista corporal, como cuando se medita del pecado ó alguna virtud, no favorece tanto este preludio, á menos que el que medita tenga la imaginacion muy viva; pero de todos modos aun en este caso puede hacerse alguna composicion de lugar. Así por ejemplo, meditando del pecado podremos figurarnos, como dice san Ignacio, que nuestra alma está encerrada en el cuerpo como en cárcel, ó bien que el hombre anda desterrado entre animales brutos: asimismo podremos representarnos el pecado como un monstruo horrible y asqueroso, ó tal vez con mayor éxito nos figuraremos los efectos del mismo pecado, como el fuego del infierno dispuesto para el pecador; al réprobo aherrojado bajo el poder del demonio, y á punto de ser sumido dentro de aquella cueva de tormentos: y de esta suerte podremos representarnos diversas imágenes, segun sea la materia de la oracion. Pero debe advertirse que ya desde el dia ántes de la preparacion de la meditacion deben formarse estas imágenes ó preludios, sin tomar muchas cada vez, y sin esforzarse en la invencion, de ma-

nera que si nada ocurre, fácilmente podrá servir como preludio el simple recuerdo de la materia sobre que debemos meditar.

Cuando la meditacion versa sobre alguna sentencia de Jesucristo nuestro Señor, podrá formarse el primer preludio, colocándose entre los discípulos y oyentes del divino Maestro, para escuchar de su boca la doctrina que va á ser objeto de meditacion. Asimismo si meditásemos sobre algunas palabras de la sagrada Escritura, podemos figurarnos que las oimos de boca del escritor sagrado de quien las tomamos, y que se dirigen desde el cielo especialmente para nosotros.

El segundo preludio consiste en pedir gracia para bien meditar, no ya en general, toda vez que esto queda hecho en la oracion preparatoria, sino en particular, para obtener de la meditacion el fruto que nos hemos propuesto: en este sentido debemos pedir luz para el entendimiento, y fervor para la voluntad, de modo que podamos conocer y querer. Si meditamos del pecado, pediremos gracias para conocer cuán grave mal sea, y para detestarlo y aborrecerlo con decidida voluntad. Con este motivo podrá tenerse preparada alguna fórmula de peticion á las tres divinas Personas, añadiendo siempre algo especial acomodado á la meditacion que vamos á hacer.

Si meditamos de alguna historia, dice san Ignacio que ántes de los preludios indicados debemos recordar brevemente todo el curso de la misma, viniendo luégo la composicion de lugar y la peticion de las gracias; y en este caso los preludios serán tres. En este ingreso ó principio de la meditacion, es decir, en la adoracion, ora-

cion preparatoria y preludios, deben emplearse á lo más de cuatro á cinco minutos.

§. 2.º

Del medio ó progreso de la meditacion.

El medio ó progreso abraza el cuerpo de la meditacion, á saber, los puntos de que se medita, que por lo comun deben ser dos, tres ó más. En el exámen y apreciacion de estos puntos, y en el fruto espiritual que de ellos esperamos, consiste propiamente la meditacion. Sobre la division de puntos nada advertimos, toda vez que la meditacion se toma de algun libro ó escrito en que están señalados; lo que importa tratar es cómo debe ampliarse el objeto de la meditacion, cómo debe ocuparse el ánimo en la verdad meditada, cómo debe detenerse en la misma, cómo debe buscarse y sacarse el fruto de la oracion, y cómo, por último, debe hacerse aplicacion de lo que se medita al estado actual de nuestra alma.

Segun enseña san Ignacio, en la meditacion deben aplicarse las tres potencias, la memoria, el entendimiento y la voluntad; y la buena aplicacion de estas hará buena la meditacion: pudiendo las tres aplicarse en cualquier punto, y aun ser cada uno de los leidos materia suficiente para la meditacion.

1.º—*Cómo debe ejercitarse la memoria.*

Esta potencia debe reproducir el objeto de la oracion, del mismo modo que debió hacerse en el primer preludio, con la diferencia, sin embargo: 1.º de que, puestos ya en el progreso de la oracion, no debemos recordar toda la materia como en el preludio, sino tan solo aquella parte que comprende el punto sobre el cual meditamos; 2.º que esta representacion debe hacerse con mayor detenimiento y cuidado que en el preludio, v. g. cuando meditamos sobre alguna sentencia, en el preludio nos figuramos que especialmente á nosotros nos la revela Dios ó se nos manifiesta desde el cielo; mas en el progreso de la oracion debemos aplicar la memoria de tal suerte, que creamos oír aquella sentencia como dirigida á nosotros, preguntándonos, ¿quién es el que nos la dirige? ¿qué cosa nos dice? procurando entender bien el verdadero significado de cada palabra. De este modo la aplicacion de la memoria prepara el camino para las reflexiones que luégo debe hacer el entendimiento. Si meditamos de algun acontecimiento, tampoco deberemos recordarlo en su integridad como en el preludio, sino en aquella parte sobre que recaiga la meditacion, sin que baste reproducirlo en globo, antes deben mirarse sus circunstancias con mucha atencion, para poder hacernos las preguntas conducentes sobre la persona, lugar, cosa, tiempo, medios, motivo, modo, etc. Todas estas preguntas deben hacerse principalmente en este lugar, para que el entendimiento, bien apreciadas aquellas circunstan-

cias, pueda discurrir con mayor acierto, y sacar el fruto práctico que se desea. Véanse los ejemplos siguientes sobre la meditacion de algun punto doctrinal ó de algun hecho.

Supongo que es objeto de la meditacion la sentencia de nuestro Señor Jesucristo: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si recibe daño su alma?»

Como primer preludio me representaré al Señor rodeado de sus discípulos, formando yo coro con ellos, y como si realmente se dirigiese tambien á mí, diciéndome: «¿Qué le aprovecha al hombre, etc.?» Podré ejercitar la memoria del modo siguiente: ¿Quién habla....? es el mismo Jesucristo... sabiduría y verdad eterna... maestro soberano, enviado del cielo..... que no quiere espantarme ni angustiarme, sino salvarme..... Jesus es quien me dice: *¿Qué aprovecha?.....* como si dijera, nada aprovecha á cualquier hombre *ganar todo el mundo.....* aunque consiga el absoluto dominio del universo, todas las riquezas, honores, placeres..... aunque no deba partir con otro todos estos bienes..... de nada le servirán *si el alma*, inmortal y eterna..... *recibe daño.....* si por el pecado la pierde en un eterno suplicio! ¡Esto es cierto..... así lo dice nuestro Señor Jesucristo..... y así lo creo, porque es verdad eterna é infalible..... Nada, nada aprovechan..... de nada sirven al hombre todos los bienes del mundo, toda su gloria, todos sus deleites..... si pierde su alma..... ¡Tal es la doctrina de Jesucristo! ¡Y á la verdad, todo el mundo pasa..... y el alma no acaba..... el alma vive eternamente..... feliz ó infeliz..... pero para siempre! El mundo tendrá su fin, termina su pompa, sus vanidades y riquezas..... todo esto acaba..... llega-

rá algún día el fin de todas estas cosas, y entonces nada servirá haberlas gozado por algún tiempo..... porque jamás volverán á parecer..... Aunque se goce de próspera fortuna en todo, por 10, 30 ó 40 años..... si bien poquísimos son los que la obtienen.....; pero suponiendo que la lograse..... ¿de qué me servirá si pierdo mi alma....? Estos años pasarán..... llegará de ellos la última hora..... ¿y el alma? ¡durará todavía y siempre!.... ¡salvada ó condenada..... jamas, jamas llegará el fin de la dicha ó de la desdicha!.... ¡Realmente nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma!

Podrá decirse, y no lo negamos, que reflexiones tales corresponden más bien al ejercicio del entendimiento; pero poco importa. El entendimiento podrá desarrollar la sentencia propuesta, y hacer aplicaciones de la misma al estado del que medita. No hay inconveniente en que se ejerciten á la vez la memoria y el entendimiento, y hasta podrán excitarse algunos afectos en la voluntad.

Como ejemplo del modo cómo se ejercita la memoria, si debemos meditar solo algún hecho, proponemos el siguiente, señalando también el primer preludio para que se conozca la diferencia de entrambos.

Meditando sobre la crucifixion de Jesucristo, nótese los puntos siguientes: 1.º Dolor corporal de Jesucristo. 2.º Cuánto sufre en su honra. 3.º Cuánto sufre en su espíritu. El preludio deberá abarcar brevemente toda la historia; pero la memoria deberá concretarse al punto que va á meditarse.

PRELUDIO 1.º Colocado en el Calvario, fijaré los ojos en Jesucristo pendiente de la cruz, res-

pirando aún..... puesto entre dos ladrones, y que corre sangre de todo su cuerpo. Observaré la multitud innumerable del pueblo, que casi sin excepcion hace burla del Señor, y blasfema contra él.... veré los semblantes encendidos por el furor, y oiré sus murmullos y clamoreo..... Jesus agonizante exclama: Dios mio, Dios mio, ¿porqué me habeis desamparado?.... Este preludio contiene en resúmen los tres puntos indicados. Tratando de aplicar la memoria, se tomará uno solo, dejando los dos restantes. Por ejemplo:

PUNTO 1.º *Dolor corporal de Jesucristo.* El Señor está pendiente de la cruz..... ¡Oh, qué dolores, qué crueles tormentos está sufriendo!.... ¡todo el cuerpo lleno de heridas, y salpicado de sangre!.... *En verdad ni tiene hermosura ni figura..... no hay parte sana en él, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza.....* ¡Ay, cuán cruelmente lacerados están sus miembros!.... la cabeza taladrada con las espinas..... atravesada la frente con agudas puas..... los ojos bañados en sangre..... el rostro contuso y lívido..... la boca mortificada con hiel..... el pecho, espaldas..... costados..... brazos..... y piernas horriblemente lacerados por los azotes! Arrancada la carne en muchas partes, se descubren los huesos..... los piés y manos agujereados por los clavos..... y maltratados y lisiados todos sus nervios con tan profundas heridas, está pendiente..... vivo..... una hora, otra hora, hasta tres horas! ¡Qué terribles tormentos!.... Y los sufre Jesucristo inocente, santo, inmaculado y bueno por esencia!.... ¡Jesucristo, la misma inocencia, la misma santidad, la misma bondad!.... ¡Jesucristo Dios y hombre..... el Salvador del linaje humano..... digno de ser amado con infi-

nito amor!.... Jesucristo, gozo de los ángeles.... á quien desean siempre ver aquellos espíritus celestiales, es tan cruelmente tratado por los hombres! ¡Así lo permite y dispone el Padre Eterno! ¿Y porqué así? No ciertamente por sus pecados, porque ninguno tiene, porque jamas ha pecado ni podido pecar; sino por los delitos de los hombres..... Por los míos..... por mis pecados (por tal y tal), padece el divino Jesus tanto quebranto: y con ser inocente, y con ser tantos y tan atroces los tormentos que está sufriendo, los padece, sin embargo, en silencio, sin una queja..... y no sólo no aborrece á los que son autores y causa de todos ellos, sino que los ama con amor sumo..... Así fué en realidad, así nos lo enseña la fe divina, así lo creo y lo creo firmemente, porque lo enseña la fe apoyada en la revelacion, es decir, en la palabra de Dios, verdad eterna é infalible.

Este es el modo con que regularmente podemos aplicar la memoria, sin que sea necesario sobre esto entrar en otros pormenores, porque cuanto atañe al uso de esta potencia, se propone por lo comun en los libros de meditacion, si bien el que medita debe siempre entenderlo y recapitarlo con mucho cuidado, y no con ligereza, ya que la aplicacion de la memoria es como la base sobre que descansan las reflexiones y afectos que vienen en la oracion, ó como la semilla y raiz de donde deben nacer: y así es, que si esta aplicacion de la memoria no se hace cual corresponde, se perderán más tarde muchas reflexiones saludables.

Debemos advertir tambien aquí, y con razon, lo que frecuentemente suelen encomendar los autores, á saber: que al tiempo de aplicar la memoria, se hagan actos de fe sobre la sentencia ó

acontecimiento propuesto, pues así serán más sólidas y profundas las reflexiones que sobrevengan, teniendo mayor fuerza para mover la voluntad; por esto en los ejemplos que hemos presentado, se han interpuesto oportunamente actos de aquella virtud.

2.º—*Cómo debe aplicarse el entendimiento.*

Cuando con el auxilio de la memoria nos hemos representado la cosa de que vamos á meditar segun el modo que ya dejamos dicho, siguen los actos del entendimiento, por medio del cuál hacemos reflexion sobre las verdades propuestas por aquella, aplicándolas á las necesidades que nos rodean; sacamos resoluciones prácticas, ponderando los motivos en que descansan; y discurremos sobre el modo como hasta el presente nos hemos portado con relacion á ellas, ó pensamos portarnos en adelante. Todo esto lo hará el entendimiento sin necesidad de grande ciencia, pues cualquiera, por sencillo que sea y poco instruido, podrá sin dificultad razonar sobre lo dicho, con los auxilios de la divina gracia. No tanto se necesitan en la meditacion conceptos extraordinarios, y reflexiones sublimes, como discursos sencillos y aplicaciones prácticas. Muy cómodo es lo que á menudo se aconseja y se ajusta hasta á la capacidad de los más sencillos, á saber: proponerse algunas preguntas fáciles, á las que pueda responder cualquiera, como aplique sériamente su juicio. Las preguntas suelen ser las siguientes: ¿Qué debemos reflexionar sobre el objeto de la meditacion, y sobre lo que ha recordado la memoria? ¿Qué resoluciones prác-

ticas debemos inferir? ¿Qué motivos nos inclinan á observarlas? ¿Cómo las hemos guardado hasta ahora? ¿Qué debemos hacer en lo sucesivo? ¿Qué impedimentos debemos remover, y qué medios emplear para lograrlo? Diremos algunas palabras sobre cada una de estas preguntas.

**¿Qué debemos reflexionar
sobre el objeto de la meditacion?**

Conviene fijarnos aquí en alguna de las verdades contenidas en el punto, objeto de la meditacion. Un mismo punto ofrece comunmente varias, y de estas tomará sucesivamente el que medita una, y despues otra y otra, reflexionando sobre ellas, y aplicándolas á sí mismo y á su estado actual. Así por ejemplo, en la sentencia antes propuesta: *¿Qué sirve al hombre, etc.*, se ofrecen por lo ménos dos verdades sobre que podemos reflexionar. 1.^a La ganancia del mundo entero es un bien vano y despreciable. 2.^a El daño del alma ó el bien del alma es verdaderamente de sumo interes, porque de él depende la felicidad ó infelicidad del hombre. Asimismo, en los dolores de Jesucristo crucificado, muchas cosas hay que ponderar y aplicar, á saber: tantas cuantas fueron las preguntas que dejamos apuntadas al hablar del ejercicio de la memoria, v. g. la cosa, la persona, el motivo, el modo, etc., pues todas estas circunstancias ofrecen otras tantas reflexiones, que podrá útilmente desenvolver y aplicar el que medita. Tomando pues la 1.^a de las circunstancias dichas, se harán sobre ella las demas preguntas. *¿Qué resolucion práctica deberé inferir?* etc.; y sigue despues lo mismo en las reflexiones 2.^a, 3.^a y siguientes.

Doctrina práctica que debemos inferir.

En este punto debe examinarse qué conviene hacer, sentada la verdad de la cosa de que se medita; es decir, cómo el que ora debe ajustar sus costumbres á aquella verdad, por ejemplo, de la sentencia ántes recordada: *¿Qué aproxima al hombre?* etc., la primera reflexion que hemos formado ha sido *que el ganar todo el mundo es un bien vano y despreciable?* Al preguntar, pues, la conclusion práctica que de aquí debe inferirse, podrá fácilmente darse cualquiera esta respuesta: «luego es cosa despreciable el universo entero con todas sus riquezas, honores y deleites, porque de nada servirá haber ganado el mundo con todas estas cosas. Luego ni por ganar el mundo todo, ni por alcanzar sus riquezas, honores y placeres, debe sufrir daño alguno mi alma; y mucho ménos debe sufrirlo y ofender á Dios por un pequeño bien temporal, por un vano átomo de gloria, por un necio deseo de alabanza humana, por un miserable placer carnal.»

Es de sumo interés advertir que debe el que medita especialmente en este punto, sacar aquella conclusion que sea más acomodada á su estado, pues las conclusiones generales quedan regularmente sin efecto. En el ejemplo propuesto, si alguno sacase por única conclusion *debo despreciar todo el mundo*, sin descender á otras más particulares, es probable que fuera estéril lo resuelto. Tales conclusiones pueden compararse á los tiros que, no teniendo blanco determinado, ni dañan al enemigo, ni derriban murallas. Así las conclusiones generales, sin aplicacion particu-

lar, ni quebrantan los enemigos del alma, ni sujetan las pasiones, ni allanan la muralla de las dificultades; solo hieren el aire.

Tampoco basta descender á cualesquiera particularidades, sino que es necesario fijarnos en aquella conclusion que nos conviene, y aplicar la verdad práctica á aquello que es causa de nuestros pecados y defectos, ó nos sirve de estorbo en el servicio divino, v. g. en el ejemplo propuesto, la conclusion general: *luego debe despreciarse todo el mundo; luego ni por todo el mundo debo hacer cosa que dañe á mi alma; luego vale más que se pierda el mundo que no que mi alma esté en peligro*: estas conclusiones generales, cada cuál deberá aplicarlas á su estado ó necesidad particular. Los ambiciosos de vana gloria deben concluir así: «Si todo el mundo debe ser despreciado ¿cuánto más debo despreciar la gloria pueril que pervierte todas mis buenas obras, y causa á mi alma daño gravísimo? Si tuviese toda la gloria del mundo; si me alabasen y ensalzasen todos los hombres, nada me serviría toda esta gloria: ¿cuánto ménos me servirá que uno ú otro, ó esos pocos con quienes trato, me alaben y me aplaudan?» De este modo irá descendiendo á aquellas acciones que más á menudo inficiona la vana gloria, y á aquellos pecados y defectos que comete por el mismo deseo de vanidad, como si á impulsos de la misma disimula alguna vez, excusa ó encubre sus imperfecciones, hasta alabrarlas á veces con pretextos y mentiras. A estos casos particulares deberá aplicarse la gran sentencia: *¿Qué aprovecha.....* Los sensuales, golosos y demasiado amigos de su comodidad, podrán discurrir de esta manera: «Si todo el mundo no compena el daño que por él recibe nuestra

alma; si no debemos pecar por todo el mundo con todos sus halagos, ciertamente ménos deberemos causar daño al alma por una pequeña comodidad, por una golosina que apénas paladeamos un momento; y si nada aprovecha gozar todos los deleites mundanos, ¿cuánto ménos aprovechará halagar el cuerpo con un ligero placer? y si, por último, el mundo todo y sus placeres deben ser despreciados, más deberá serlo aún esta miserable satisfaccion de gula y sensualidad.» En seguida podrá cada uno examinar más particularmente aquellas cosas en las cuáles, á impulsos de la sensualidad ó gula, halla frecuente motivo de pecado ó de defecto. Los que hallan difícil la vida religiosa, aquellos para quienes ciertos actos son pesados, repugnantes y molestos en demasía, hasta el punto de hallar tal vez por ellos desabrida la vida del cláustro, podrán hacer aplicacion de aquella verdad del modo siguiente: «Enseña Jesucristo que debe perderse el mundo ántes que poner el alma en peligro; ¿no es, pues, justo que procure vencer con alegría esta dificultad, más bien que perder el don preciosísimo de la vocacion, y la seguridad de mi salud eterna? ¿Qué me servirá haber evitado esa molestia, no haber llevado esta cruz, haber escapado de la práctica de aquellos ejercicios desagradables á mi naturaleza, si causo daño á mi alma, perdiendo despues la vocacion y la salud espiritual, debiendo sufrir por último eternamente penas acerbísimas?» Convenirá aquí descender todavía al exámen más minucioso y detenido de las dificultades que se ofrecen más á menudo, que causan turbacion, hastío y displicencia. De esta manera podrán hacerse aplicaciones diversas de la misma verdad, segun

las necesidades que experimente cada uno, sacando de la misma conclusion general otras particulares acomodadas á su estado. Tan importante es esta advertencia, que con razon puede decirse que el fruto de la meditacion depende principalmente de su observancia.

Motivos que inducen á poner en práctica los propósitos.

Conviene aquí atender y examinar los motivos que nos inducen á hacer lo que en la meditacion hemos reconocido necesario, á fin de que sean más sólidos y eficaces los propósitos de mejor vida. La voluntad sigue al entendimiento: si este no entiende la razon ó bondad de alguna cosa, aquella se siente poco inclinada á abrazarla. Ahora bien: los motivos para huir del vicio, para abrazar la virtud, y para vencer con denuedo las dificultades y molestias que se hallan en la práctica de aquella, son lo *decente*, lo *útil*, lo *agradable*, lo *fácil*, lo *necesario*, y algunos otros, si pueden encontrarse, que muevan y exciten nuestra voluntad. Todos estos motivos, ó algunos de ellos, deben aplicarse al punto de la meditacion, para la resolucion práctica que hemos inferido. Llamamos *decente* á lo que es conveniente y honesto; y así deberá ponderarse lo que importa que haga el *hombre racional*, el *cristiano*, el *religioso*. En todo esto hallará el que medita abundantes y muy poderosos motivos. Ni un solo momento debemos olvidar nuestro título de *cristianos*, que por sí solo es de grandísimo peso para inclinarnos á obrar bien. ¿Qué vicio, qué

defecto, por ligero que sea, no deberá evitar aquel que quiera llamarse y ser cristiano? ¿Qué virtud, más aún, qué perfeccion y santidad no deberá profesar el que se titula discípulo de Jesucristo, modelo de virtud y santidad? ¿Qué dificultades, qué molestias, y aun qué aflicciones, por gravísimas que sean, qué desprecios ó persecuciones no deberá superar y tolerar generosamente el que es discípulo de Jesucristo crucificado? En verdad, el título de cristiano, bien meditado, basta para convencer el ánimo, y para impulsarlo con gran fuerza á obrar bien, mediante los auxilios divinos; este solo título será una fuente inagotable de piadosos pensamientos, de afectos de humildad, y de encendidos deseos de aspirar á más encumbrada virtud.

Lo *útil* comprende los bienes espirituales que ha de proporcionarnos el cumplimiento y observancia de la doctrina práctica deducida: llamo bienes espirituales á los que se refieren al bien del alma y á la eternidad, porque los demás, no siendo sobrenaturales, son motivos vanos. Así que no han de llamarse bienes evitar las mortificaciones, halagar á los superiores, congraciarse con los hermanos, etc.; tales motivos de suyo pueden inducir al vicio lo mismo que á la virtud: formarán hipócritas mejor que amantes de la verdadera virtud. Pudieran tal vez tenerse en cuenta algunos de los motivos expresados como accesorios de otros sobrenaturales; pero siempre con mucha parsimonia, para que no se apoye la virtud en fundamentos tan livianos. Los bienes sobrenaturales son, pues, los que deben pesarse; por ejemplo: observando esta doctrina, evitaré muchos pecados y defectos; no sentiré tantos remordimientos

de conciencia y turbaciones interiores, ni habré de sufrir despues penas tan duraderas en el purgatorio; tendré la paz de la conciencia, practicaré muchos actos de virtud, cada uno de los cuales aumentará mi gracia ante Dios y mis méritos para la vida futura, haciéndome rico en presencia del Señor; atraeré la bendicion de Dios sobre mis pobres ofrendas, y seré por último instrumento idóneo para darle gloria. Innumerables son los bienes verdaderos, sólidos, sobrenaturales que pueden discurrirse en este lugar, y que tienen cabida en toda resolucion práctica, pudiendo el que medita insistir en aquellos que le causen mayor impresion, y le muevan más. Dos cosas generales deben tenerse siempre presentes: primera, el mal verdadero que he de evitar; segunda, el bien que he de conseguir para mí y para los demas, porque escrito está: *que aborrece su alma quien ama la iniquidad; y que es dichosa el alma de aquel que teme á Dios, pues prosperará en todas sus obras.*

Lo *agradable* diremos que es considerar la satisfaccion que nos ha de caber si observamos la doctrina meditada. No es triste la vida llevada conforme á la divina voluntad; y si en este valle de lágrimas hay algun gozo verdadero, este lo tiene ciertamente el alma que sirve con diligencia á Dios. *Israel, si hubieses atendido á mis mandatos, tu paz hubiera sido como la mansa corriente de un rio, y como las olas del mar tus alegrías.* Mas de los impíos dice Dios: *la infelicidad y el arrepentimiento se hallan en sus caminos, y no han conocido la senda de la paz.* Estos y otros sólidos motivos semejantes pueden proponerse al espíritu para seguir y adelantar en la virtud, y son tanto más seguros, cuanto que vienen confirmados por el modo de obrar de los santos.

Lo *fácil*. Si nuestro Señor Jesucristo afirma que es suave su yugo, y ligera su carga, y promete la tranquilidad y paz del alma á todos los que los toman sobre sí, es ciertamente infalible esta palabra, y yo mismo experimentaré la verdad tomando sobre mí el yugo de Dios (1), que es la ley evangélica, procurando cumplirla puntualmente, esto es, llevar realmente el yugo, y cargarlo sobre los hombros. No hallarán la carga ligera, antes sucumbirán los que quieran llevarla como con una mano, tratando de observar algunos, no todos los preceptos. Si alguno, pues, siente pesada esta carga del Señor, es porque no quiere llevarla toda sobre sí, y porque no es manso y humilde de corazón, como lo ordena el Señor, pues sus mandamientos no son pesados. *Hemos andado caminos difíciles*, dicen los impíos, *y nos hemos fatigado corriendo las sendas de iniquidad*. Estas observaciones pueden aplicarse con toda verdad á los religiosos que no tienen el espíritu de su vocación, y carecen del de humildad y obediencia. Más molesto es fomentar la soberbia en el corazón, é imponer tenazmente la propia voluntad, que renunciar estos vicios, con cuya abnegación debilitamos y matamos aquellas serpientes que se nutren dentro de nosotros, y son causa de todas las tristezas y penas interiores, mordiéndonos y atormentándonos en la mas leve contrariedad. ¿Y qué será si consideramos la gloria celestial? ¡Cuán fáciles deben pa-

(1) *Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: tales son las condiciones..... Y hallaréis la paz para vuestras almas, porque es suave mi yugo y mi carga ligera, hé aquí la promesa.....*

recernos las virtudes que nos alcanzan un premio eterno! *Ligera es cualquiera carga que llevo, atendido el grande bien que espero*, decia el seráfico Padre San Francisco. Figurémonos que vemos estos y otros semejantes objetos. Si nos espantan las dificultades del camino espiritual; si bien á las almas generosas ántes les sirven de estímulo los mismos obstáculos para acometer con ardor cualquier empresa, siendo para ellas motivo de placer la mayor dificultad en el obrar, y la más grave molestia en el sufrir, cuando obran y sufren por Aquel que tanto hizo y padeció por ellas, que merece ser amado con infinito amor en tanto grado, que hasta muriendo mil veces debe creerse, y con razon, que se ha hecho poco en su obsequio.

Lo *necesario* comprende las graves causas por las cuáles deberíamos observar puntualmente las resoluciones tomadas, por más que no fuesen útiles ni agradables, y por más que las hallásemos muy difíciles. Si no observo esta doctrina seré infeliz, ó por lo ménos quedaré expuesto á gravísimos peligros. No es indiferente hacer ú omitir aquello que he resuelto, antes es indispensable llevarlo á cabo. Érale preciso á San Pablo ser un apóstol lleno de celo, como él mismo lo dice con estas palabras: *Me apremia la necesidad de evangelizar, y ¡ay de mí, si no lo hiciera!* Del propio modo debo decirme á mí mismo: ¡ay de mí si no soy humilde, si no soy obediente, ay si no desprecio las vanidades del mundo, si no me mortifico de veras! y ¡ay si no aspiro seriamente á la perfeccion! Estos son los deberes que me impone mi vocacion y mi estado; y si no procuro cumplirlos, no me salvaré, ó por lo ménos me expondré á grave riesgo de perdicion. No

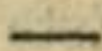
hay remedio; si quiero ser cristiano, debo ser fiel, debo ser perfecto: no me basta decir que es bueno observar las reglas de perfeccion evangélica, pensando que puedo impunemente no guardarlas ó descuidarlas: por el contrario, tengo absoluta necesidad de observarlas y cumplirlas; de otra suerte no puedo darme por seguro, y entónces, ¡ay de mí! No hago merced á Dios sirviéndole religiosamente y con fidelidad; aun entónces soy siervo inútil: cumplo únicamente lo que debo, al paso que le hago agravio si no le sirvo religiosa y fielmente. Este motivo de necesidad es muy verdadero hasta en aquellas cosas que parecen de más encumbrada perfeccion, si llego á conocerlas, y Dios me impele á observarlas; pues ser infiel en ellas, y sordo al llamamiento de Dios, puede acarrearne grandes males; el mayor de todos, que Dios me deje y abandone como á infiel y desobediente.

Este motivo, que tiene siempre gran fuerza para determinar nuestra voluntad, debe emplearse singularmente en aquellas cosas que nos parecen más difíciles, y cuando el ánimo se halla entumecido por la pereza, y espantado por las dificultades: en tales circunstancias principalmente debemos, por decirlo así, estimular y aguijonear el alma, proponiéndonos las penas con que castiga Dios en el purgatorio y en el infierno, las amenazas de Dios contra los tibios, á quienes arrojará de su boca, y los horrores de la muerte y del juicio.

Tales son los motivos que nos inducen á observar aquella doctrina práctica. Y es necesario meditarla con mucha detencion, para que nuestra virtud no sea vana, casual, fortuita y dependiente de circunstancias; sino virtud sólida, apo-

yada en motivos fijos, de órden sobrenatural, bien conocidos y apreciados por el entendimiento. Creemos innecesario poner ejemplos en esta parte, pues la detenida explicacion que dejamos hecha, basta para que de la doctrina sentada podamos hacer aplicacion á varias materias. Sigue ahora la explicacion de la otra pregunta.

¿Cómo he observado hasta ahora esta doctrina?



En este lugar comenzamos una especie de exámen, preguntando á nuestra conciencia cómo nos hemos portado hasta ahora respecto de la verdad que meditamos, dando gracias á Dios si hemos obrado conforme á ella, ó llenándonos, en otro caso, de íntima confusion y vergüenza, y tratando de enmendarnos. Ni es cosa de creerlo con facilidad, aunque nos parezca haber observado bien la doctrina explicada; porque en esto suele engañarnos el amor propio, y el escaso conocimiento de nosotros mismos, haciéndonos creer que hemos alcanzado alguna virtud, pensamiento para nosotros harto halagüeño. Acontece frecuentemente á los principiantes, que, creyendo haber adquirido bastante luz acerca de alguna doctrina práctica, se persuaden que, porque han divisado las razones y motivos de aquella, la han conseguido ya, mientras no se presenta ocasion de aplicarla; siendo así que están muy distantes de poseerla, como á menudo se lo enseña, con grave daño suyo, la experiencia. Debemos, pues, procurar siempre nuestra humillacion y confusion, condenándonos por no haber

observado aquella doctrina, ó por haberlo hecho con sobrada imperfeccion, y de una manera muy distinta de la que de nosotros exigian las gracias recibidas de Dios. Será tambien oportuno examinar aquí las ocasiones y casos particulares, por los cuáles se conoce principalmente el arraigo de nuestra virtud ó de nuestros vicios. Si alguno se pregunta en general, ¿si ha despreciado el mundo, ó si actualmente lo desprecia? tal vez creerá poderse responder afirmativamente; pero examine los sentimientos que en él causan las burlas, los desprecios, las humillaciones, el verse tratado con ménos afabilidad, y el oír que le echan en cara y reprenden sus defectos; tal vez se juzgará entónces de muy diversa manera, debiendo confesar que es vanidoso y apegado al mundo, al que por consecuencia no desprecia como creia: y tal vez sucederá lo propio cuando, por el contrario, examine su modo de obrar en los sucesos prósperos, qué siente cuando le alaban ó cuando recibe señales de estimacion, etc.; pues si en tales circunstancias experimenta satisfaccion y complacencia interior, esté cierto que todavía no desprecia el mundo. De la misma manera podrá discurrir sobre la sensualidad y regalo del cuerpo, sobre las riquezas y bienes temporales, y, en una palabra, sobre todas las virtudes y vicios. Si nos contentamos con un exámen general y de pura teoría, creeremos engañosamente haber vencido los vicios y alcanzado las virtudes; pero al descender al exámen más particular y minucioso, nos hallaremos muy distantes de aquellos bienes. Así que, el fruto que singularmente debemos proponernos en esta pregunta, es nuestro sincéro conocimiento delante de Dios, para que así nos humi-

llemos profundamente ante su divina Majestad, reprendiéndonos y condenándonos á nosotros mismos.

¿Qué he de hacer en adelante?

En esta parte debe el entendimiento averiguar y formar los buenos propósitos que ha de abrazar luégo la voluntad. Tambien aquí es preciso descender á casos particulares, singularmente á los que parecen ofrecer mayor dificultad, y ante todo á aquellos que suceden con más frecuencia á los que ocurran ó puedan ocurrir en el mismo dia, pensando cómo deberemos portarnos en ellos para obrar conforme á la verdad conocida. Y no será fuera de propósito recordar otra vez los motivos ántes considerados, para que se preste más fácilmente la voluntad, animándose á conseguir una generosa victoria. Creemos inútiles los ejemplos, porque con lo dicho ántes, la materia se presenta bastante inteligible.

¿Qué impedimentos debo remover? ¿Qué medios debo elegir?

¿Qué me ha impedido hasta ahora observar esta doctrina? ¿Qué podrá ayudarme para guardarla mejor en lo sucesivo? Difícil es en esta parte dar preceptos generales, porque los impedimentos y los medios cambian segun la diversidad de la materia sobre que se medita, y más todavía segun la diversa índole de la persona

que medita. Cada cuál, pues, consideradas las ocasiones en las cuales suele incurrir en los defectos ó pecados que trata de evitar con la meditacion, averigüe diligentemente ¿de dónde proviene este abuso? ¿qué le induce á cometerlo? Ni debe atribuirlo todo á la ocasion; ciertamente en los pecados indeliberados, en los actos de sorpresa, debemos principalmente atender á las ocasiones para evitarlas; y por esto advertimos que los propósitos para la enmienda de faltas indeliberadas y de pecados impensados, versan principalmente acerca de las ocasiones que debemos evitar; mas en los pecados que tienen su origen en nuestras pasiones (excepto los de impureza, que deben evitarse solo con la fuga), no es tan necesario huir las ocasiones, como velar sobre sí, y vencerse animosamente. El iracundo, por ejemplo, no debe creer que sea obstáculo para la mansedumbre esta ó aquella persona que le molesta, este ó el otro suceso que le desagrada; pensarlo así fuera un error: esté persuadido de que él mismo es causa de sus defectos, de que en sí, en su alma lleva la pasion, y de que esta es la que debe mortificar, y no huir las ocasiones.

Los impedimentos generales son tres principalmente: la soberbia, la sensualidad y la dissipacion del ánimo; contra estos tenemos tambien tres medios generales, la humildad, la victoria de sí mismo, ó sea la mortificacion, y el recogimiento, á los cuáles pueden añadirse como apéndices la presencia de Dios, el uso de oraciones jaculatorias, el frecuente recuerdo de los motivos que hemos notado en la meditacion, y por último, el prevenir cuidadosamente nuestro espíritu ántes de entrar en las ocasiones en las que solemos caer frecuentemente; siendo de advertir,

que todos estos medios pueden comprenderse en uno de los tres generales que dejamos anunciados.

Basta lo dicho en general sobre los impedimentos y medios que respectivamente deben removerse y adoptarse; por lo demas, cada cuál podrá considerar atentamente, implorando la luz de la divina gracia, lo que á él le sirve de estorbo, lo que podrá servirle de remedio; y sin duda lo conocerá si le anima el buen deseo de aprovechar, puesto que le ilustrará la divina gracia, le darán consejos los superiores y directores, y se lo enseñará tambien la sana razon, ilustrada por la fe. Tales son las preguntas en que podrá ejercitarse el entendimiento: si lo hace seriamente, no le faltará materia sólida para meditar. Concluido el discurso sobre una de las verdades propuestas para la meditacion, pasará á la segunda y á la tercera, y despues á las demas, pensando en todas ó en algunas de ellas.

3.º ¿Cómo debe aplicarse la voluntad?

Los actos de la voluntad en la meditacion, son dos: consiste el 1.º en excitar piadosos afectos, y el 2.º en formar buenas resoluciones ó propósitos. Tan esenciales son estos dos actos, que sin ellos la meditacion no será lo que debe ser, sino mera especulacion, ó estudio.

1.º AFECTOS.

Lo primero que debe hacer la voluntad, según hemos dicho, es excitar en sí *afectos piadosos*, ó bien ejercitar algunos actos internos de varias virtudes. Debemos procurar estos afectos en todo el decurso de la meditacion, y deben ser muy frecuentes, como que de ellos depende principalmente que la meditacion esté bien hecha. El fuego de la gracia y del divino amor que debe arder siempre en nuestros corazones, se avivará sobre todo en la meditacion por las consideraciones que se van haciendo, que serán como nuevo combustible añadido para que se excite un amoroso incendio. *En mi meditacion se avivará el fuego.* Si en la oracion nos viene algun pensamiento maravilloso, qual lo son siempre los de las obras de Dios, de aquí nacerá en la voluntad el afecto de admiracion. Se nos presentan los beneficios divinos; de ellos resultan los afectos de alabanza, de accion de gracias y de amor. Se nos ofrecen los efectos de la ira divina ó de sus amenazas, y se siente entonces el temor; y así, según la materia, se experimentan distintos sentimientos. Cuando el que medita recuerda sus pecados y sus miserias, no dejará de sentir afectos de humillacion, de confusion, de dolor, de súplica, etc.

Si se nos pregunta el modo de excitar estos afectos, téngase entendido que no deben para ello buscarse palabras escogidas y estudiadas. Los afectos no están en la lengua, sino en el corazon; ni debemos tratar con Dios como con los

hombres, que no entienden los sentimientos de nuestro corazon si no los expresamos con palabras. *Cuando oreis*, dice nuestro Señor Jesucristo, *no digais muchas palabras, como los paganos que creen ser escuchados en su verbosidad*. Este aviso del divino Maestro parece convenir especialmente á la oracion mental. Hay quien juzga que no puede haber afectos sentidos, si no se expresan con hermosura y brillantez, como si se lograra el favor de Dios con el peso de las palabras, como se logra con ellas el de los hombres. Este es error muy grave: este negocio, dice San Agustin, *mejor se practica con gemidos que con discursos*. Y si bien en los salmos y en otros pasajes de la sagrada Escritura se habla á menudo *de los clamores* dirigidos á Dios, se entienden regularmente, no clamores de boca sino de corazon, en cuanto son más ardientes los afectos. De esto habla larga y oportunamente, segun costumbre, el P. Rodriguez, en la parte 1.^a, tratado 5.^o, cap. 12.—Bástanos decir aquí, que no debemos andar solícitos buscando palabras con que expresar nuestros sentimientos; estos quedarán perfectamente expresados con el solo corazon, aun cuando no encontremos palabra alguna.—Es cierto que los afectos del corazon se fomentan y avivan cuando van expresados con palabras adecuadas; pero no es necesario que estas sean muchas ni muy buscadas, antes tenemos por mejor que sean pocas y sencillas, repitiéndolas con frecuencia, y ponderándolas en nuestro espíritu.—Si para expresar el afecto ocurren palabras tomadas de la Sagrada Escritura, ó de las oraciones que usa la Iglesia, ó de aquellas de que se valió algun santo, en verdad serán estas las mejores, porque tienen

una unción especial y deben serle más gratas á Dios. Manifestémoslo con ejemplos. Para expresar los afectos de gratitud, movidos por la consideración de los beneficios divinos, ¿qué cosa más sencilla que decir con el Profeta: *¡Qué ofreceré al Señor por todo lo que me ha dado!* Si entre tanto recuerdo quién soy yo, favorecido, y quién es Dios, bienhechor, *¡qué cosa.....* diré entónces, *podré ofrecer..... yo..... al Señor por tantos y tan singulares beneficios como me ha concedido?* Y ponderando luégo la grandeza de los mismos beneficios, fácilmente se podrá avivar el afecto, repitiendo atenta y pausadamente las mismas palabras: *¡Qué ofreceré al Señor por todo lo que me ha dado!* Para fomentar el mismo afecto de gratitud, sirven tambien excelentemente aquellas palabras del patriarca Jacob, que comprenden una hermosísima acción de gracias: *Menor soy yo, Dios mio, que cualquiera de vuestras misericordias;* pues expresan el reconocimiento íntimo de la propia vileza, por la cuál el hombre es indigno de que un Señor tan grande le mire siquiera, y comprenden ademas nuestra impotencia para dar gracias á Dios por la menor de sus misericordias. Menores somos que cualquiera de las misericordias divinas. Varios textos pueden aplicarse para el mismo objeto, y si no ocurren otras palabras, podrás decir: *Dios mio, os doy gracias;* y esto, dicho de corazón, será buen afecto de gratitud; porque escrito está, que Dios no mira las palabras, sino el corazón.—Al considerar la vileza propia, y para excitar afectos de humildad, qué cosa más sencilla que decir: *¡Oh, Señor, cierto que soy del todo indigno de parecer en vuestra presencia!* Qué cosa más fácil al meditar estas palabras, *parecer en la presencia de Dios,* que

recordar los motivos por los cuales, siendo cual yo soy, verdaderamente debo reputarme indignísimo de parecer ante los ojos de Dios, y así por este medio sostener y avivar el afecto de humildad. Para este pueden asimismo servir, en concepto de San Ignacio, aquellas otras palabras: *¡Qué soy en el cuerpo, sino un saco de basura, y manjar de gusanos; y qué en el alma, sino llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades, y ponzoña tan torpísima; y estas fealdades las ofrezco siempre á los ojos de Dios! También podrán tomarse las palabras del Apocalipsis: ¡Oh! en verdad soy infeliz, pobre, miserable, ciego y desnudo!—Y aun cuando no digas sino: ¡Oh cuán vil soy y abominable! tendrás un afecto de humildad. No te pares en las palabras, procura sí que se interese el corazón.*

Con facilidad pudieran reunirse muchas sentencias breves, tomadas de la sagrada Escritura, de las colectas ó preces que usa la Iglesia, y de los dichos de los santos, para excitar varios afectos; y hasta pudiera cada cuál buscarlas y hacérselas familiares, repitiéndolas con frecuencia en la oracion, cuando trate de promover el afecto que viene expresado en una sentencia dada. Y tal vez mejor las escogerá cada uno por sí, que no las recibirá buscadas por otro, porque no todas mueven á todos igualmente, y algunos experimentan en algunas mayor afecto y gusto que en otras. Los que rezan con atencion las oraciones vocales, y leen con cuidado libros espirituales, muy fácilmente sabrán reunir las sentencias que se desean, para repetir las en la oracion, y excitar por este medio los afectos; lo que debe procurarse es, que sean breves, que se aprecie y pondere bien su fuerza

y espíritu, y que se hagan familiares. El ejemplo de muchos santos confirma la utilidad de esta práctica.

No debemos omitir en este lugar una observacion que recomienda San Ignacio, á saber: que cuando sentimos algun afecto, lo fomentemos cuanto podamos, sin afanarnos por pasar á otros puntos presentados en la misma meditacion, hasta quedar satisfechos; por ejemplo, en el afecto de humildad y conocimiento de la propia vileza, deberemos repetir y ponderar la sentencia sobre expresada: *Verdaderamente soy enteramente indigno de parecer en presencia de Dios*, ú otra análoga, hasta que con profundo convencimiento y gusto espiritual sintamos la propia indignidad, y se encienda este afecto en nuestro corazon; pues aunque no hagamos otra cosa en la hora de meditacion, será esta muy provechosa.—Cuando experimentamos que el sentimiento se debilita, pasaremos á otro punto de los que se hubiesen propuesto.—Respecto á los afectos que no tienden á la humildad ó desprecio de sí mismo; v. g. los de gozo, de confianza, etc., aun cuando puedan ser muy santos y provechosos, no obstante, como en ellos podemos sufrir más fácilmente ilusion, si aconteciere que en los mismos nos fijásemos por grande espacio, ó consumiésemos á menudo la hora entera de la meditacion, para acertar, deberíamos consultar con el director espiritual cómo debemos habernos en ellos.

Toda la meditacion debe estar, segun hemos dicho, sembrada de afectos, ora apliquemos la memoria, ora el entendimiento; pues cualquiera, no olvidando lo que ántes hemos dicho sobre la aplicacion de las potencias indicadas, sin di-

ficultad comprenderá que pueden naturalmente excitarse algunos afectos, y aun que puede ser conveniente detenernos en ellos. El sentimiento de la fe, por lo ménos, puede y aun debe procurarse desde un principio, como lo manifestamos en su lugar, diciendo á este propósito: «*creo, porque así lo enseña la fe;*» ó bien: «*creo, porque Vos lo habeis dicho, ¡oh eterna Verdad!*» ó tambien: «*creo, Señor, porque Vos lo dijísteis, y no sois como los hombres que mienten: el cielo y la tierra pasarán, pero no quedarán vanas vuestras palabras.*» Esta última frase servirá especialmente si debemos meditar sobre palabras de Jesucristo, ó sobre sentencias sacadas de la sagrada Escritura.

2.º PROPÓSITOS.

En la meditacion, debe formar la voluntad buenos propósitos para en adelante: y son tan esenciales, considerada la vida del cristiano, que si se omiten no llenará aquella su objeto. El fin de la meditacion no es solamente dedicar á Dios una hora, sino ademas limpiar el alma de vicios, adornarla de virtudes, enmendar y perfeccionar la vida, asegurarse más en el servicio de Dios, armarse contra los peligros y tentaciones, y preparar todos los actos para hacerlos con perfeccion; y todo esto no se obtiene sino por los propósitos hechos oportunamente. Y ya que es esto de grande importancia, conviene hablar de él con mayor detencion, dando algunas instrucciones prácticas.

1.º Fácilmente se conoce el tiempo en que deben hacerse los propósitos, á saber: cuando he-

mos terminado las reflexiones sobre alguna doctrina práctica deducida del objeto de la meditacion, conforme lo dijimos al hablar de la aplicacion del entendimiento. Entre las preguntas que podemos hacernos, se halla la siguiente: *¿Qué debo hacer de aquí en adelante?* La respuesta á esta pregunta son los propósitos; y lo serán tambien de las otras dos preguntas: *¿Qué impedimentos debo apartar?* *¿Qué medios debo elegir?* Cuando la voluntad se decide á practicar lo que el entendimiento ha reconocido útil sobre aquellas preguntas, la decision ya es un propósito; mas esto no impide que en el decurso de la oracion, cuando se ofrece algo que hacer ó evitar, formemos tambien sobre ello algun propósito: pero el tiempo oportuno de los que son como el fruto de la meditacion, es al fin de las preguntas que nos hacemos, cuando tratamos de aplicar el entendimiento. Estas preguntas tienen cabida, como hemos dicho, en cualquier punto de la meditacion; y si por ejemplo, en el primero se han formado varias consideraciones prácticas, siguen las preguntas, y tras ellas los propósitos sobre cualquiera de las consideraciones explicadas. Los ejemplos aclaran suficientemente esta materia.

2.º Los propósitos deben ser prácticos, es decir, verdaderamente eficaces para enmendar y perfeccionar nuestra vida: no deben consistir en la resolucion de hacer alguna pequeña devocion, como si, habiendo meditado sobre la muerte, sólo nos propusiésemos rezar cada dia un Padre nuestro y Ave María por los que están agonizando, ó ó tal cuál oracion á la Santísima Virgen para alcanzar muerte feliz. Buenos son estos propósitos, pero no bastantes, debiendo añadir á ellos la re-

lacion de lo que debemos evitar; y principalmente importa señalar los pecados ó defectos de que nos hemos de corregir, la virtud que en especial debemos procurar, la pasion que debemos mortificar, y cómo conseguiremos todo esto. Estos propósitos son los que llamamos verdaderamente prácticos.

3.º Ni deben ser universales sino particulares: á este objeto puede recordarse lo dicho sobre las preguntas segunda y cuarta, á saber: *¿Qué doctrina práctica debo inferir? ¿Cómo la he observado hasta ahora?*—Los propósitos pueden ser particulares de dos modos: 1.º cuando son sobre casos particulares; 2.º cuando se determina hacer algo especial en los propósitos generales; v. g.: *Si propongo ser sufrido en todas las adversidades, esta resolucion es universal, y por consiguiente nada aprovecha á no ser á las personas muy espirituales y perfectas, hagámosla pues particular, lo cuál podemos lograr de dos modos; 1.º diciendo: Seré sufrido en estas y en aquellas ocasiones, determinando aquellas en que por experiencia sé que me impaciento. 2.º Cuando me ocurra alguna contrariedad, pensaré que es muy poca pena para el infierno que merecí, ó bien, la sufriré de buen grado por amor de Jesus, muerto en la cruz por mí. De ambos modos el propósito será particular, y por consiguiente bueno; pero mejor será todavía, si especifico el modo de practicarlo, por ejemplo: Seré sufrido en estas ó en las otras circunstancias, considerando que la mortificacion es ligera, atendido el infierno que merecí, etc.* Así en el mismo propósito se hallará el medio de cumplirlo.

4.º Los propósitos deben ser acomodados al estado presente, teniendo en cuenta lo explicado sobre la pregunta quinta: *¿Qué he de hacer*

en adelante? Podemos añadir ahora, que los propósitos no deben referirse á tiempo muy remoto, como si un jóven hiciese propósito de hacer esto ó aquello cuando fuese anciano ó sacerdote, etc. Por lo comun, tales propósitos son inútiles, y ocasionados á grandes ilusiones. Deben, pues, hacerse con relacion al estado presente, ó al ménos con relacion á la necesidad que de pronto se dejará sentir.

5.º Debe ademas resolverse algo para practicarlo en aquel mismo dia, y que conduzca á la enmienda y mayor perfeccion de la vida. Podrán fácilmente hacer esto los que con cuidado sondan su conciencia en los exámenes, y desean sériamente corregirse de los defectos que hayan observado en sí, ó que les haya advertido el superior ó director. Si se tienen presentes, y se detestan de véras los defectos indicados, fácilmente se presentarán á la memoria, de suerte que para enmendarse de ellos servirá la meditacion, cualquiera que sea la materia sobre que verse; pues ora se medite sobre el amor de Dios, ó sobre las amenazas del mismo á los pecadores, ó sobre la pasion de Jesucristo ó sus misterios gloriosos, ó sobre los pecados propios, ó virtudes de los santos, la conclusion práctica será siempre vencer algun vicio. Esto deberemos hacerlo con mayor empeño, cuando algun defecto nos es habitual, ó cuando alguna especial dificultad nos detiene ó estorba en el servicio de Dios, pues entónces todos los esfuerzos, todos los tiros, por decirlo así, deben dirigirse á la pasion como á su blanco, para obtener la victoria: de donde inferimos que la meditacion coincide frecuentemente con la materia del examen particular, y este mismo examen se facilita mucho con la oracion.

6.º Los propósitos deben estar bien fundados, es decir, apoyados en motivos sólidos, y esto se conseguirá si se examina con detención la pregunta tercera: *¿Qué motivos nos inducen á la observancia de la conclusion práctica?* Véase lo que sobre esto mismo hemos dicho ántes. Suelen muchos, al conocer lo que les conviene hacer, resolverlo de pronto: es laudable esta presteza de la voluntad, mas á veces tales propósitos son como casa sin cimiento, levantada sobre arena, pues vienen abajo al primer soplo de la tentacion ó á la menor dificultad que sobreviene. Así que, para que los propósitos sean firmes, es indispensable que sus fundamentos sean sólidos, haciendo que descansen sobre las verdades eternas, y procurando convencer al entendimiento de la necesidad, utilidad ó conveniencia de hacer ó evitar la cosa de que se trata. Ni basta ponderar estos motivos alguna que otra vez, creyendo que ya se conocen bastante las razones por las que debe hacerse ó evitarse alguna cosa, ántes por el contrario deben proponerse á menudo las mismas cosas, en especial respecto de aquellos actos ó deseos en los que más frecuentemente faltamos; v. g., cuando se trata de vencer la soberbia, ó de conseguir la humildad, ó de desterrar cualquier vicio que nos agobia, ó de adquirir alguna virtud que nos es más necesaria. La frecuente meditacion de los mismos motivos hace que se entrañen en el corazon, y si despues añadimos á esto actos frecuentes, adquiriremos el hábito de la virtud.

7.º Los propósitos deben ser muy humildes, esto es, llenos de desconfianza en nuestras propias fuerzas. La falta de humildad es la causa principal porque no se observan, singularmente

cuando se hubiesen formado con decision, y el que los hizo tenia verdadera voluntad de servir á Dios. Resuelven firmemente algunos en la meditacion portarse de tal ó cuál manera en ocasiones dadas, y mientras así lo resuelven, teniendo á la vista los motivos que les han inducido á tomar la resolucion, creen con oculta vanidad que así lo cumplirán, y hasta llegan á figurarse imposible obrar de otro modo; y sin embargo, caen regularmente en la primera ocasion; y la causa de la caida no es la falta de sinceridad en los propósitos, sino la falta de humildad; porque los hicieron sin desconfianza de sí mismos y de sus fuerzas, Dios en su justicia y misericordia humilla su soberbia y presuncion.

Quando hacemos algun propósito, es necesario temer nuestra inconstancia y debilidad, poniendo toda la confianza en la gracia y en el auxilio de Dios, que debemos implorar humildemente, sin descuidar la invocacion del patrocinio de la bienaventurada Virgen María, de los santos patronos, del santo Angel de la Guarda, etc., diciendo, por ejemplo, estas palabras: «¡Así lo resuelvo ahora, ¡Dios mio! así quiero
»hacerlo..... pero sin embargo, no lo cumpliré,
»Señor, sin vuestro auxilio. Bastante conozco, y
»demasiadas veces llevo experimentada ya mi
»inconstancia y perversidad para fiar en mis
»propósitos.—En vos, Señor, he esperado, y no
»quedaré confundido eternamente.—Ayudadme
»con vuestra gracia cuando se ofreciere ocasion
»de cumplir este propósito: entónces, Dios mio,
»ofreced á mi entendimiento la verdad que ahora por vuestra gracia acabo de ver: confirmad
»entónces mi voluntad. ¿De qué me servirá que
»me ilustreis con esta luz, por la cuál conozco lo

»que debo hacer, si desgraciadamente no lo hiciera? Socorredme, pues, Señor, por vuestro santo nombre, por los méritos de Jesucristo, por su sangre preciosa, por su sacratísimo é inflamado corazón. Asistidme también vosotros, Santos abogados, y singularmente Vos, Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre mía; ya que de tanta misericordia habeis usado conmigo, favorecedme, alcanzadme esta gracia de vuestro Hijo Jesus. Santo Angel custodio, habladme al corazón en el tiempo del peligro, y protegedme para que no me pierda, etc.»—Este aviso es de grande importancia, y debemos observarlo con tanto mayor empeño, cuanto con más frecuencia hemos experimentado nuestra debilidad y veleidad en los buenos propósitos. Por lo demás, si la voluntad se enerva en el cumplimiento de las buenas resoluciones, debemos precisarla, pelear contra ella, forzarla en fin, insistiendo especialmente en los motivos de necesidad, conforme lo hemos dicho arriba sobre la pregunta tercera, y debemos dirigirnos á Dios con mayor fervor, para que levante del lodo nuestro espíritu abatido.

§. 3.º

Del término ó fin de la meditacion.

Se suele terminar esta rezando la oracion del *Padre nuestro* y *Ave María*: pero no tratamos aquí precisamente de este final, al cuál deben preceder algunos actos que cierran y acaban la meditacion: de estos hablamos. 1.º Muy útil fuera que si en el decurso de la oracion se han formado, como suele acontecer, muchos propósitos, se

resuman y ratifiquen todos al fin, pues, aun cuando debe hacerse despues en la reflexion, convendrá no omitirlo en este lugar ántes de acabar la meditacion. Con esto, ademas de otros frutos, conseguiremos que los últimos momentos de la meditacion sean más fervorosos, cuando, por el contrario, en la conclusion, donde debiéramos estar más llenos de amor, solemos estar muy frios. Al fin, pues, de la oracion, y cuando se nos va agotando la materia de que meditábamos, podemos hacer el resúmen de lo meditado, y de todos los propósitos.

2.º Por lo ménos ántes del *Padre nuestro* y *Ave María*, debe rezarse la oracion que San Ignacio llama *coloquio*, dirigida á Dios, á Jesucristo ó á la Santísima Vírgen, segun lo requiera lo que ha sido objeto de la meditacion.—En este coloquio debemos observar: 1.º Lo que hemos dicho ántes al hablar de los afectos, á saber, que no debe andarse en busca de palabras sino de sentimientos; no debemos cuidar de la forma ó de las voces para expresar este coloquio: hable el corazon, hable el afecto. 2.º En el coloquio debemos pedir gracia para poner en práctica á su tiempo los propósitos, para lo cual dejamos puesto un ejemplo en la advertencia 7.ª sobre los mismos propósitos, á fin de que sean humildes. Deben tambien reunirse en él las resoluciones hechas en el decurso de la meditacion, aunque no es necesario enumerarlas todas.

3.º Tambien podremos añadir en el coloquio alguna peticion sobre la necesidad presente, propia ó encargada por nuestros superiores, ó por otro por quien queramos orar. 4.º En lugar de la oracion acostumbrada del *Padre nuestro* y *Ave María*, podremos rezar cualquiera otra, como lo

aconseja S. Ignacio, y es frecuente ántes del *Padre nuestro* y *Ave María* rezar el *Anima Christi*, lo que se hará con mayor razon, cuando se meditare sobre los misterios de Jesucristo. Si la meditacion hubiese sido del Espíritu Santo, pudiera terminarse con el *Veni, Creator*, ó *Veni, Sancte Spiritus*; si de los beneficios divinos, con el *Te Deum*, y si de algun Santo, con la oracion propia del mismo, si la sabemos de memoria, ó la tenemos á mano; pero nunca deberemos omitir el *Padre nuestro* y *Ave María*. 5.º Las últimas oraciones vocales, cuando no se rece una sola, podrán distribuirse cómodamente promediándolas entre los coloquios; así lo enseña San Ignacio en el *Padre nuestro*, *Anima Christi* y *Ave María*. Pedimos á la Santísima Virgen que nos alcance la gracia que deseamos de su divino Hijo, y rezamos luégo el *Ave María*; invocamos la clemencia de nuestro Señor Jesucristo, y como á sumo mediador le suplicamos pida para nosotros la gracia que necesitamos del Padre celestial, ó que nos la conceda él mismo, toda vez que se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y rezamos el *Anima Christi*; suplicamos al Padre Eterno por Jesucristo que nos conceda aquella gracia, y rezamos el *Padre nuestro*, y aquí termina la oracion.

Entónces nos separamos reverentemente de la compañía del Señor, quedando no obstante en su presencia. Cuando acabamos de meditar, evitemos con gran cuidado toda disipacion. Guardemos despues con grande esmero la modestia, si no queremos perder en un momento el fruto de la hora que acabamos de emplear. Despues de las oraciones debe pasarse al exámen, sobre el cuál nos queda todavía algo que decir.

CAPITULO III.

DE LO QUE DEBE OBSERVARSE DESPUES DE
LA MEDITACION.

Despues de la meditacion sigue, segun lo prescrito por San Ignacio, el exámen, que no solamente es muy útil, sino de todo punto necesario, para aprender á meditar, y para sacar fruto de la meditacion. Muchos hay que meditan cada dia, é ignoran aún el arte de meditar, porque no hacen exámen, ó lo hacen mal: oran cada dia, meditan las verdades eternas, y á la luz de las mismas forman propósitos de mejor vida; y sin embargo viven en su alma las mismas pasiones, y se hallan pegados á los mismos vicios y defectos, lo que proviene regularmente del desprecio, ó de la poca estima en que se tiene el exámen.

De cuantas reglas dió nuestro P. S. Ignacio para meditar con fruto, ninguna hay supérflua; están todas enlazadas entre sí, como los anillos de una cadena, de los cuáles, si se rompe ó desata uno solo, queda aquella inútil, ó por lo ménos poco á propósito para el objeto á que se habia destinado. Las adiciones y advertencias de S. Ignacio para meditar bien debemos considerarlas, no sólo instructivas, sino obligatorias; porque si las descuidamos, apénas podremos obtener los auxilios de la divina gracia para adelantar en el difícil arte de la meditacion. Los que más y mejor meditan, están en disposicion de dar mejores reglas para meditar. Sepamos, pues, que

no debe omitirse el examen despues de la meditacion, y aunque sucediera que luégo despues de ella estuviéramos gravemente ocupados, es preferible suprimir las preces y devociones que se acostumbraren añadir por eleccion particular, muy laudables, si se quiere, pero ménos necesarias que el exámen. Aunque San Ignacio parece determinarlo y reducirlo al modo con que hemos hecho la meditacion, sin embargo, es casi indispensable hacer una recapitulacion ó resúmen, por cuyo motivo suelen señalarse dos partes á la reflexion, á saber: el exámen propiamente dicho, y el resúmen de la meditacion.

1.º *Exámen.* Terminada la oracion, examinemos el modo como nos hemos portado en ella: á este fin deberémos atender á lo hecho en la preparacion y en la meditacion misma: sobre la preparacion, por ejemplo, si en la víspera se leyeron ú oyeron atentamente los puntos sobre los que se ha meditado: si se ha tenido el ánimo recogido: si se ha traído á la memoria la meditacion despues de acostarse, y ántes de entregarse al sueño: si por la mañana nos hemos ocupado de la oracion, apartando pensamientos de otra clase: si hemos procurado excitar en nosotros afectos conformes á la materia leida, al tiempo de lavarnos ó yendo á la capilla, etc.: si hemos tenido el espíritu tranquilo, sobre todo inmediatamente ántes de la meditacion: si se han vuelto á leer los puntos, ó por lo ménos si se han traído á la memoria: si parándonos un rato ántes de meditar, hemos pensado lo que íbamos á hacer puestos ante la presencia de Dios.

Por lo que hace á la meditacion, debe examinarse el *principio, medio y fin* de ella. Sobre lo primero examinaremos con qué reverencia, aten-

cion y devocion hemos hecho la oracion preparatoria; si hemos guardado bien los preludios, en particular el segundo, pidiendo luz y gracia especial para hacer bien la meditacion. Sobre el *medio*, se examinará el modo como se han aplicado las facultades mentales, la memoria para tener bien presente la cosa meditada, el entendimiento para examinar las preguntas á que aquella daba lugar, á saber: *¿qué debíamos considerar sobre la misma? ¿qué doctrina práctica debíamos inferir?* Y por último, si se han pesado bien los motivos de necesidad, utilidad y oportunidad, etc. Por lo que hace á la *voluntad*, veremos si de ella nos hemos servido para excitar los afectos durante el curso de la meditacion; si hemos hecho serios propósitos de mejor vida y de tender á la perfeccion; y si á los propósitos hemos añadido la humilde peticion del divino auxilio, etc. En todos estos puntos examinaremos asimismo si hemos vencido ó por lo ménos desechado las distracciones, si hemos vencido el tedio que nos hubiese asaltado, y si, á pesar de este, hemos aplicado el ánimo de la manera mejor posible: si hemos acudido al primer preludio, cuando era tal que podia fijar nuestra imaginacion en la materia meditada; y por último, si nos hemos aplicado con esmero en todos y cada uno de los puntos de la meditacion.

Sobre el *fin*, examinaremos si hemos hecho el coloquio con fervor, pidiendo la divina gracia; si hemos sacudido la pesadez ó sopor que á veces sobreviene al terminar la oracion; y si hemos acabado con reverencia.

Convendrá asimismo examinar con gran empeño el modo como hemos correspondido á la divina gracia desde el principio hasta la con-

clusion; si hemos aplicado seriamente el ánimo; si, por lo que hace al cuerpo, hemos guardado la debida compostura; si en el interior y exterior nos hemos mostrado reverentes; si hemos interrumpido ó cortado la oracion sin necesidad; y si, supuesta una grave necesidad, hemos conservado el espíritu tranquilo, y el ánimo recogido.

No hay para qué espantarse á la vista de tantas preguntas que pueden reducirse á exámen, y que áun pudieran multiplicarse mucho más; quien conozca cómo se debe meditar, conocerá al punto por indicacion de la propia conciencia todo aquello en que haya faltado. Recorriendo las partes de la oracion, á saber, la *preparacion*, *principio*, *medio* y *fin*, dificilmente se le escapará una sola de las faltas cometidas.

Si hallo que me ha ido mal en la meditacion, *miraré*, como dice S. Ignacio, *la causa de donde procede, y así mirada arrepentirme, para me enmendar adelante*. Recorriendo los varios puntos que hemos indicado, se conocerá fácilmente el motivo de la imperfeccion; y si en ninguno de ellos se descubriese la causa del poco fruto, recuérdese la manera como se ha hecho la preparacion remota, el recogimiento guardado durante el dia, el cumplimiento de las obligaciones, la limpieza de corazón, el deseo de mortificacion, etc.; pues es cierto que Dios castiga á menudo en la oracion las faltas cometidas fuera de ella; y por el contrario, en la misma recompensa largamente el fervor que hemos tenido en las demas cosas tocantes á su servicio. Si por este exámen no se halla todavía la causa del poco fruto de la oracion, creamos que la hay oculta, y humillémonos, pero sin angustiarnos en extremo, sino sujetando nuestra voluntad á la de Dios. Aquí debemos otra vez

reflexionar sobre las palabras de San Ignacio: *y así mirada arrepentirme, para me enmendar adelante.* He aquí el fin principal de la reflexion, aprender á meditar, y acostumbrarnos á hacerlo rectamente. Si hacemos cada dia lo que prescribe el Santo Padre, facilmente adquiriremos, mediante la divina gracia, la ciencia de la meditacion. Cuando el resultado de esta fuese satisfactorio, dice tambien San Ignacio que debemos dar gracias á Dios, y proponernos emplear en adelante los mismos medios, para hacer siempre la oracion por el mismo órden, y con igual fervor.

La recapitulacion ó resúmen es lo segundo, que, ademas del exámen ó mejor en el mismo exámen, dijimos que debia hacerse en la reflexion.

En el resúmen se recuerda toda la serie de la meditacion, lo propuesto en los puntos 1.º, 2.º y 3.º, y mientras por este órden vamos averiguando, ó mejor se nos presentan por sí mismas las faltas cometidas, veremos al mismo tiempo las conclusiones prácticas inferidas de cada uno, los motivos en que se han apoyado, los afectos que los han motivado, y los propósitos que nos han sugerido. Cuando hubiésemos recibido alguna luz especial, ó entendido alguna verdad con más claridad que otras veces, si algun dicho, motivo ó sentencia hubiese herido más profundamente el ánimo, importa detenerse en ella, saborearla, recapacitarla una y muchas veces, confirmando los propósitos hechos, y fijando plazo para su realizacion, teniendo en cuenta siempre las ocasiones, si buenamente puede hacerse. Es necesario, por fin, invocar el auxilio divino para ejecutar fielmente los propósitos formados.

Todos estos actos, aunque pueden hacerse en

ménos de un cuarto de hora de tiempo aproximadamente señalado por San Ignacio, sin embargo, para hacerlo bien se necesita á lo ménos el espacio de 8 á 10 minutos, sin que basten 2 ó 3. A los que desean de véras aprovechar, y perfeccionarse en la vida espiritual, la propia experiencia les incitará más y más á hacer con cuidado la reflexion de que hablamos. Será para ellos como la cosecha de los frutos producidos por la meditacion, y que sin aquella hubieran quedado perdidos; y aun les sucederá tambien hallar en la reflexion el buen sabor de la piedad, que en vano buscaron mientras meditaban, y si ántes se sentian áridos sin buenos deseos y sin buenos propósitos con culpa ó sin culpa, todo lo suplirá, con la ayuda de Dios, la reflexion: con ella se formarán buenos propósitos no ménos eficaces que en la meditacion. Materia es esta en la cuál más enseña la experiencia que la palabra ó los libros. Es increíble, y excede toda comprension la divina bondad, cuando favorece con su gracia á aquellos que seriamente se aplican á las cosas espirituales para hacerlos más animosos y más solícitos, y dignos de recibir tambien de la liberal mano de Dios mayores gracias.

Puede añadirse á la reflexion el método que muchos siguen con fruto para la realizacion de los propósitos: se escoge alguna jaculatoria conforme á la materia meditada y á los propósitos formados, la que, repetida varias veces entre dia, recuerda la meditacion y los propósitos hechos en ella.

Tambien se obtiene gran provecho espiritual, si se dirige á la materia del exámen particular el fruto de la meditacion. Solemos quebrantar

nuestros propósitos porque se ofuscan ó desvanecen en nuestro entendimiento las verdades bajo cuya impresion los habíamos formado; y hé aquí porque lo que las conserva en el alma es medio oportuno para fomentar los mismos propósitos. Los Santos sólo se han santificado, porque teniendo siempre presentes las verdades eternas, mediante la divina gracia han procurado eficazmente ajustar á ellas todos los actos de su vida.

Tampoco es para despreciado el aviso que suele darse, y es muy familiar á las personas que aspiran á la perfeccion, á saber: que escriban algunas máximas ó reglas sacadas de las meditaciones para leerlas despues con frecuencia.— Deben escribirse ademas las luces y los propósitos: si se notan solo estos últimos, sin apuntar alguno de los motivos por que los formamos, por lo comun no tendrán fuerza para apremiarnos á su observancia. Nótense, pues, primero las ilustraciones ó luces, es decir, aquellas verdades de que nos hemos penetrado bien, aquellos conocimientos, aquellos buenos pensamientos, aquellos motivos, en fin, que impulsaron el ánimo para formar los propósitos. Cuando despues se lean estos y aquellos en ocasion oportuna, nos excitarán poderosamente á la fiel observancia de lo resuelto. No deben hacerse notas muy extensas, sino claras y precisas; ni es necesario apuntar todos los propósitos, sino los más notables, ó aquellos, cuya práctica no se ofrece cada dia, pues los de esta clase más bien debemos recordarlos ejercitándolos que escribiéndolos.—Donde singularmente deben anotarse las luces y propósitos, es en los ejercicios espirituales, ya que con ellos no se procura el arreglo de las accio-

nes de un dia, sino del sistema de vida que debemos observar durante un año, y en ciertas cosas hasta la muerte. Bastan sobre esto las indicaciones que acabamos de hacer.

Al terminar nuestro trabajo debemos repetir lo que dijimos al principio, á saber, que la meditacion es la ciencia de los Santos, y que ménos se entiende y adquiere con preceptos humanos, que con la uncion del divino Espíritu, y con el pio deseo de la voluntad. Claro está que aun cuando aprendamos perfectamente los preceptos dados hasta ahora, nada aprovecharémos, si no nos anima el buen deseo de adelantar en la vida espiritual; y este buen deseo, y la observancia de los preceptos, tampoco serán de utilidad alguna á no mediar la gracia del Espíritu Santo.

No es esta obra de hombres, sino de Dios: y no debemos dudar que en su infinita bondad y misericordia ayudará el Señor á los que quieran; y la misma voluntad de adelantar en la carrera del espíritu, es ya un inestimable don de Dios.— Pongamos, pues, de nuestra parte los medios, segun nos sea posible, con el divino auxilio, y al mismo tiempo dirijámonos frecuentemente á Dios, diciéndole: *Señor, enseñadnos á orar, enseñadnos á meditar: concedednos el don de la oracion.— Con ella recibiremos todos los bienes, y por sus manos adquiriremos innumerables riquezas..... porque es un tesoro infinito para los hombres, y los que lo usan han sido hechos partícipes de la amistad de Dios, recomendables por los dones de la doctrina.*

ORACION

QUE PROPONE SAN IGNACIO PARA EL FIN DE
LA MEDITACION.

Anima Christi, sanctifica me.
Corpus Christi, salva me.
Sanguis Christi, inebria me.
Aqua lateris Christi, lava me.
Passio Christi, conforta me.
O bone Jesu, exaudi me.
Intra tua vulnera absconde me.
Ne permittas me separari a te.
Ab hoste maligno defende me.
In hora mortis meæ voca me,
Et jube me venire ad te,
Ut cum Sanctis tuis laudem te
In sæcula sæculorum. Amen.

MODO DE HACER EL EXAMEN PARTICULAR,

SEGUN LO ENSEÑA SAN IGNACIO EN EL LIBRO
DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

D.

L.

M.

M.

J.

V.

S.

Por la mañana en levantándose debe el hombre proponer guardarse con diligencia de aquel pecado particular ó defecto de que se quiere enmendar. Despues de comer, pedirá á Dios gracia para acordarse de cuántas veces ha caido en él, y pedirá cuenta á su alma discurriendo de hora en hora, comenzando desde que se levantó hasta el punto del exámen presente, notando con otros tantos puntos en la primera de las dos líneas (segun el dia que fuere) las veces que hubiere caido, proponiendo enmendarse en lo sucesivo. Despues de cenar, hará otro exámen empezando desde el primero, y notando las veces que hubiere faltado en la segunda línea del mismo dia.

Algunos prefieren apuntar las faltas en un libro en que hay para cada dia de la semana varios números, que se señalan doblando unas lengüetas.

NOTA.

1.º Cada vez que el hombre cae en aquel pecado ó defecto particular, ponga la mano en el pecho doliéndose de haber caido: lo que se puede hacer aun delante de muchos sin que adviertan lo que hace.

2.º Como la primera línea de cada dia significa el primer exámen, y la segunda el segundo, mire á la noche si hay enmienda del primer exámen al segundo.

3.º Confiera el segundo dia con el primero, es á saber, los dos exámenes del dia presente con los otros dos del dia pasado, y mire si de un dia para otro se ha enmendado.

4.º Confiera una semana con otra, y mire si ha habido enmienda.

INTRODUCCION.

Los ejercicios espirituales de San Ignacio son un breve retiro de algunos dias, en el cual, apartados de la compañía de los hombres y del estrépito de los quehaceres, vacamos únicamente al negocio principal del alma, aplicando todas nuestras fuerzas, segun el método que el Santo nos propuso, para corregir la vida pasada, y enmendar la venidera. Para lograr este deseado fin, propondré primero algunos *estímulos*, y haré despues algunas provechosas *advertencias*, para que animados de aquellos é instruidos de estas, pongamos en práctica todo aquello que más nos aprovechará para lograr el fruto de estos ocho dias. El admirable *sistema* de este invento, verdaderamente de oro, que delinearé brevemente en el párrafo quinto de esta introduccion, espero que ilustrará no poco la obra.

§. I.

ESTÍMULOS PARA HACER CON FERVOR LOS EJERCICIOS.

Tres cosas principalmente son las que dan valor y precio á cualquiera obra: su *excelencia*, *utilidad* y *necesidad*. De la excelencia nace la

estimacion; la utilidad excita los deseos; la necesidad determina la voluntad á abrazar aquello que persuade la razon se haga por su excelencia, y quiere el afecto se practique por su utilidad. Veamos, en primer lugar cuánta sea la excelencia, utilidad y necesidad de los santos ejercicios.

I. La *excelencia* de los ejercicios se demuestra claramente: lo primero, porque fueron concebidos por inspiracion del cielo ¹; lo segundo, porque fueron dictados en Manresa por la maestra del empíreo, María Santísima ²; lo tercero, porque han sido no solo aprobados, sino tambien alabados con grandes elogios por la Santa Sede, y recomendados con muchas alabanzas para ser practicados por los fieles ³, lo que á ningun libro, ó ciertamente á muy pocos, ha acontecido.

Y que esto sea así, consta de las Bulas de los Sumos Pontífices, del testimonio de los Auditores de la Sagrada Rota, y de los Emmos. Cardenales de la Sagrada Congregacion de Ritos; como tambien del comun sentir de la universal Compañía ⁴, y de la autoridad de muchos varones insig- nes en santidad y ciencia, como son los PP. Luis de la Puente, Lancicio, Nadal, Rosignoli y otros, que no sólo afirman confiadamente, sino que tambien prueban con solidez, que los ejercicios de San Ignacio fueron escritos con el dedo de Dios, bañados con la uncion del Espíritu Santo, dicta-

¹ P. Lancicio, Opusc. 18, c. 5; item; Cárlos Rosignoli, *Noticia de los ejercicios*.

² P. Luis de la Puente en la vida de Marina de Escobar, l. 1, c. 5, part. 2. Vida del P. Baltasar Alvarez, cap. 43, etc.

³ Paul. III, in Bulla Pastoralis Officii. Item Julius III. Acta Ss., 31 Jul., fol. 615.

⁴ Direct. exercit. in Procem., n. 2.

dos por la Virgen María, y finalmente *aprobados, alabados y rubricados con el sello de sus Bulas* por Paulo III, *en todas y cada una de sus palabras,* sin borrarles un ápice ni una tilde ⁵; por Paulo V, en 23 de Mayo de 1606; por Alejandro VII en 12 de Octubre de 1657; y por Benedicto XIV en su Breve de 1753.

Demas de esto, este sagrado retiro, así por Paulo III como tambien por Alejandro VII y por Benedicto XIV, está dotado y enriquecido con una Indulgencia plenaria, para que los Fieles Cristianos, por esta profusion de los tesoros de la Iglesia, se muevan á dedicarse á una obra tan saludable y piadosa, como habla Alejandro en su Bula. Y el Ilmo. Juan Camus, Obispo de Belley, revolviendo el libro de los ejercicios, suspenso y pasmado, exclamó: *¡Oh libro verdaderamente de oro, y más precioso que el diamante! ¡Oh libro divino, escrito con singular luz de Dios, libro nunca bastantemente alabado, y que contiene en sí el maná del desierto, la médula del Libano, y la mostaza del Evangelio* ¹. No sé qué pueda decirse de más grande para mostrar la *excelencia* de los ejercicios.

Y esto debe excitarnos á hacerlos con el mayor fervor posible. Porque si, como amenazan las Escrituras ², *es maldito el que hace la obra de Dios fraudulentamente, ó como leen los setenta, negligentemente,* y los ejercicios, como consta de los testimonios antecedentes, son obra de Dios; con razon tienen mucho que temer los que los hacen con negligencia, desacreditando con la vida

¹ Acta Sanct., l. c.

² Jerem. 48, 10.

floja en que prosiguen, la celestial eficacia, y el justo aprecio en que los tienen otros, y siempre se merecen.

II. Que sea grande la *utilidad* de los ejercicios, se demuestra por la autoridad, por la experiencia y por la razón.

1.º Respecto á la *autoridad*, fuera cierto tarea interminable aducir todos los testimonios de varones santísimos y doctísimos, que predicán y ensalzan los admirables efectos que por medio de los ejercicios han experimentado. Entre innumerables no citaré sino el testimonio de muy pocos. San Francisco de Sales, Apóstol de Ginebra, confiesa que es *método santo para reformar las costumbres, que el gran siervo de Dios, Ignacio de Loyola, redujo á práctica* ¹. Para San Carlos Borromeo, oráculo de Milan, eran una *grande biblioteca reducida á pequeño volúmen, en el cual encontraba más luces que en todos los otros libros juntos* ². Julio III, Pontífice Romano, dijo que *estaban llenos de la unción de la santidad, que eran muy útiles al adelantamiento espiritual, y no ménos ventajosos para la salvación* ³. El Ilmo. Camus, lo hemos dicho ya, los llama *maná escondido, grano de mostaza del Evangelio, meollo de los cedros del Líbano*, aplicándoles este lema: *pequeños en la apariéncia, grandes en el fruto*. Finalmente, Blossio, Avila, Canisio, Estrada, Suarez y otros que cita Rosignoli ⁴, los llaman, noviciado del género humano, nueva es-

¹ Tratado del amor de Dios, lib. 12, cap. 8.

² Bart. lib. 1. n. 18, vit. S. Ignat.

³ In litter., confirm. eorumdem exercit.

⁴ L. I, c. 3, §. 1, Notizie degli esercizi.

cuela de la divina sabiduría, quinta esencia de la ascética, socorro efficacísimo para conseguir en breve lo sumo de la perfección, remedio certísimo contra todos los males, arsenal fortísimo contra el infierno, y uno de los mayores beneficios que Dios ha hecho á su Iglesia en estos últimos tiempos. No asentir á estos testimonios, que no admiten réplica, y negar la grande utilidad, ¿qué otra cosa fuera sino tratar de oscurecer con manchas el sol?

2.º Veamos ahora cómo evidentemente confirma lo mismo la *experiencia*: porque según lo testifica el Directorio ¹, muchos de los que han hecho estos ejercicios han dejado el mundo para entrar en religion; y muchos de los que estaban en ella, se han reformado perfectamente; y este bien no ha sido alcanzado solamente por algunos particulares, sino con frecuencia aun por comunidades enteras. ¡Cuántos en medio del siglo estaban tan entregados á los vicios, que ni las exhortaciones, ni las instrucciones cristianas podían apartarlos de ellos, y por solo este medio se han convertido, y han resuelto llevar constantemente una vida mejor! En una palabra, movimientos desacostumbrados del alma, mudanzas estupendas de costumbres, admirables progresos en las virtudes, son los ordinarios frutos que á manos llenas se cogen de los ejercicios, especialmente en las poblaciones donde hay casas destinadas para darlos.

Ciertamente nuestra Compañía confiesa gustosamente deber á este libro su formación, au-

¹ In Præm. n. 7.

mento y conservacion, sin desmayar del fervor en que la puso su primer Padre. A los ejercicios publican agradecidos deber su santidad los Sales, los Borromeos, los Neris, los Borjas, los Javieres, las Teresas, las Magdalenas de Pazzis. A los ejercicios atribuyen su perfeccion los dos Luises, Blosio y Granada; el Obispo de Torres; el Cardenal Enrique, despues Rey de Portugal; Belarmino, Pedro Camus, Fabro, Laynez, Nadal y otros innumerables, que cuenta Rosignoli ¹. A los ejercicios finalmente ofrecen sus palmas tantos mártires en la India, que se glorían de haber sacado su valor y fortaleza de este arsenal del Cielo.

3.º Y la *razon* de todo salta á los ojos. Porque por una parte en esta soledad del alma se apartan los impedimentos que no nos dejan lograr las luces de que es tan liberal el Cielo; y por otra nos disponemos, con la meditacion continúa de las verdades eternas, á recibir las lluvias que en abundancia derrama Dios liberalmente sobre los moradores de esta dichosa soledad. Finalmente, aquella magnánima liberalidad para con Dios, que San Ignacio nos pide en la adiccion quinta, con grata violencia obliga á la bondad divina á que nos conceda los mayores favores y gracias, siendo cierto que el no se deja vencer de los hombres en sus liberalidades. No es, pues, de admirar que, apartados los impedimentos, bien dispuestos los ánimos, propenso Dios para favorecernos, se sigan tan prodigiosas conversiones; y que los ejercitantes, dejada la senda de los vi-

¹ Lib., cit. c. 2.

cios, caminen con pasos de gigante de virtud en virtud, hasta llegar al monte de Dios, Sion, esto es, á la cumbre de la perfeccion. Bien claro muestra todo esto la admirable *utilidad* de los ejercicios.

¡Qué monstruosidad será tan horrible no sacudir la tibieza con el mismo medio con que tantos otros han alcanzado muy grande santidad! ¡Y que para nosotros, domésticos, sea veneno, lo que para tantos extraños ha sido bálsamo! ¡Qué pensamiento tan espantoso será este en la hora de la muerte! Debí ser santo por mi vocacion, pude serlo con los ejercicios, y no obstante me hallo metido en el cieno de mi tibieza. He vivido junto al Sol divino, muy cerca de la fuente de las gracias, y del fuego del cielo, y con todo he permanecido en tinieblas, seco y frio. ¡Oh qué tristes sentimientos causará en los moribundos esta memoria! Guardémonos, pues, de amontonar leña para el Purgatorio, con lo mismo que otros acumulan méritos para el Cielo.

III. En tercer lugar, que sea urgente la *necesidad* que tenemos de los ejercicios, lo prueban: 1.º el estado presente de nuestra alma, que para ser corregida no tiene mejor remedio. Tantas pasiones indómitas, tantos vicios todavía no enmendados, tantos malos hábitos aún no depuestos, los oficios que no sabemos si se nos impondrán, las calamidades que en todas partes nos amenazan, las tentaciones que á todas horas nos acometen, muestran abundantemente sernos muy necesario que, puesta en estos ejercicios la segur á la raiz, correspondamos finalmente á los estímulos de la conciencia; nos desnudemos del hombre viejo para vestirnos del nuevo; y pongamos el fundamento para el edificio de

la santidad, cuya idea por ventura áun no tenemos, pero que nos la piden la perfeccion de nuestro estado, la copia de tantas gracias, y la voluntad Divina.

2.º Demas de esto, nos pide tambien que hagamos con fervor los ejercicios el amor que debemos tener á la Compañía, nuestra madre, si queremos ser tenidos por hijos genuinos suyos, y no espúrios y bastardos. Porque ella, como lo testifica el Directorio: *por este medio sobre todo es como se formó desde el principio, y luégo se ha acrecentado*, siendo igualmente el único por el cual podrá conservarse en adelante ¹. Verdad es esta que se demuestra con muchas razones. Porque el amor de las cosas espirituales es el alma de la Compañía, como lo declaró la Congregacion general, decreto 30, y es cierto que este amor en estos ocho dias se enciende, crece y se aumenta. Demas de esto, el espíritu de la Compañía consiste principalmente en el tercer grado de humildad, delineado por N. S. Padre en el libro de sus ejercicios, y donde más plenamente se adquiere es en la cueva de Manresa, oficina en que se elabora esta quinta esencia. Faltando, pues, los ejercicios en la Compañía, falta su espíritu, y por consiguiente ella misma, siendo preciso aborrezca ingrato á esta madre, quien desprecia, ó sólo tibiamente pone el medio eficaz necesario para conservarla.

Y aun á sí mismo tambien se aborrece. Porque este, como miembro destituido del alma de la Compañía, es peso inútil á todo el cuerpo; es el sonido de un metal, ó el tañir de una cam-

¹ In Procem., n. 7.

pana; es un órgano, hermoso sí, pero que carece de aire, y no mueve á los oyentes; es un fuego fátuo con alguna luz bastarda, pero sin calor del cielo; fáltale igualmente la unción celestial: en una palabra, es estéril de frutos, descrédito de la Religion, risa de los externos, carga de sus compañeros y de sí mismo, si ya por necesidad no debe ser echado de la Religion.

Finalmente, quizá estos ejercicios son los últimos; quizá á ellos está aneja mi perseverancia, ó la gracia final; quizá depende tambien de ellos mi perfeccion, y la de otros por mi medio, haciéndome instrumento apto. Temerario sería yo exponiendo algo de esto á la contingencia. Y ciertamente, haber hecho bien estos ejercicios nunca me pesará, en tanto que el hacerlos con negligencia ha de acarrearame un dolor eterno. Debo, pues, elegir lo más seguro.

3.º Y si no, tengo razon de temer; porque á quien mucho se ha dado, mucho se le demandará¹; á quien el Señor dió tiempo y ocasion para hacer los ejercicios, ciertamente le dió mucho, y así tambien le pedirá mucho al tiempo de la cuenta. Estos nuevos ejercicios son un nuevo talento. ¡Ay de aquel que, apartándose, va á esconderlo en la tierra² y no negocia con él; porque á la medida de las gracias crecerá el rigor del juicio.

¡Oh, si este tiempo aceptable, y estos dias de salud³ se concedieran á una alma del Purgatorio, con qué fervor los emplearia! Luego seremos dignísimos de la misma pena, si próvidos no ha-

¹ Luc. 12, 48.

² Matth. 25, 18.

³ 2. Cor. 6, 2.

ceamos ahora lo que entónces en aquella cárcel lloraremos no haber hecho.

De todo esto se ve, no sólo que es suma la *excelencia y utilidad* de los ejercicios, sino tambien que es muy urgente la *necesidad* de hacerlos con fervor. Para esto importará mucho observar las advertencias siguientes, unas que miran á la *disposicion interior* del alma, otras á la *composicion exterior*, y otras finalmente que se han de guardar en el tiempo de los mismos ejercicios.

NOTA.

El número III de este primer párrafo podrá servir para la meditacion ó consideracion que debe hacerse la víspera de los ejercicios; los otros números y el párrafo siguiente, serán la materia de la lectura espiritual en el mismo dia. De todos modos, si esto no se pudiese hacer en esta forma, será á lo ménos preciso que se lean los avisos contenidos en los párrafos II y III.

§. II.

ADVERTENCIAS QUE MIRAN Á LA DISPOSICION INTERIOR DEL ANIMO.

I. Como no consiste el fruto de los ejercicios espirituales en la abundancia de luces, copia de lágrimas, y torrente de consuelos; ni solamente en dar por algunos dias más tiempo al recogimien-

to, meditacion y leccion: no consistiendo pues, en nada de esto, su fin principal y único es, lo primero, una sólida *enmienda* de las costumbres; lo segundo, un *adelantamiento* constante y fervoroso en las virtudes; lo tercero, finalmente, un *conocimiento* más claro de lo que Dios quiere de nosotros para cumplirlo. Siendo este y no otro su fin, daremos principio á los ejercicios con la intencion de mudarnos enteramente de malos en buenos, y con corazon de cera para recibir en nosotros las impresiones del Espíritu Santo. A este blanco miraremos en la entrada, y á él asestaremos en todo el decurso de los ejercicios ¹.

II. A este fin, hecho el dia ántes un breve exámen del estado de nuestra vida, se practicarán las tres cosas siguientes. Lo primero, concebiremos deseo ardiente de conocer la Divina voluntad para hacerla, clamando muchas veces entre dia con el salmista Rey: *Enseñadme, Señor, á hacer vuestra voluntad*. Lo segundo, nos fijaremos en algun *vicio* nuestro que sea como origen y fuente de los demas, y estorbo de nuestro aprovechamiento, para extirparlo de raiz. Lo tercero, escogeremos alguna *virtud* de que más necesitamos, para plantarla con toda diligencia en nuestra alma. Y á estas dos cosas, como á principal término, enderezaremos todas las meditaciones, consideraciones, lectura, etc. Esta advertencia es de mucho peso.

III. Comenzaremos los ejercicios, lo primero, con *persuasion* firmísima de la gran necesidad que de ellos tenemos, y con claro conocimiento

¹ Direct. c. 2, n. 4, etc.

que de ellos penden las mayores cosas, y que realmente nos son de suma importancia. Cuanto más alta fuere la estimacion que de los ejercicios tuviéremos, tanto mayor será el conato de hacerlos bien. Lo segundo, daremos principio á ellos con total *desconfianza* de nuestras propias fuerzas; porque ella es aquel poderoso magnetismo que atrae los favores del cielo, alejados por la propia confianza. Lo tercero, se han de empezar con *ánimo grande y liberal* para con Dios, sin poner límites algunos á su gracia, ántes bien sacrificándolo todo generosamente para hacer con total indiferencia cuanto su Majestad nos pidiere. Lo cuarto, con firmísima confianza, esperando en la bondad de Dios que, como nos dió el querer nos dará el perfeccionar: *supuesto que su voluntad es que nos hagamos santos* ¹. Entrar con esta disposicion de ánimo, es feliz pronóstico de muchas gracias y grandes virtudes.

IV. Como los pecados veniales, y el derramamiento á las cosas exteriores impiden mucho las gracias del cielo, pues Dios ofendido nos suele castigar con retirarlas, importa mucho evitar tales faltas en el tiempo de los ejercicios, porque cometer en estos dias algun pecado aun muy leve, sería un grande obstáculo para sus misericordias. Con el mismo fin en la víspera cuidará el ejercitante de purificar la conciencia, y recoger el ánimo, evitando toda falta y distraccion.

No pocas veces, aun los Religiosos, el dia ántes de los ejercicios, imitan á ciertos pretendientes de la Religion, que ántes de entrar dan gusto con más libertad á sus apetitos, para despedirse

¹ Direct. c. 2, n. 1, 3, 4, 5.

del mundo; pues á manera de estos en la víspera disipan el ánimo inconsideradamente, como si no tuvieran bastante por que recogerlo, y corregirse. Insigne arte del demonio, con que gana el que perdamos nosotros en pena de esta disipacion el fruto del primer dia de los ejercicios. Y á la verdad, como la prévia preparacion es ordinariamente requisito, sin el cual no nos sucede bien la oracion, así tambien este recogimiento y pureza del dia anterior, es condicion sin la cual no saldrán bien los ejercicios. Estas cuatro advertencias pertenecen á la preparacion interna del ánimo.

§. III.

ADVERTENCIAS QUE PERTENECEN Á LA DISPOSICION EXTERNA DE LAS COSAS.

I. En el dia que precede á los ejercicios, dispondremos nuestros negocios de modo que despues no nos sirvan de distraccion. Ordénese el aposento, apártense las cosas que pueden disipar el ánimo, aun los libros, de modo que en cuanto sea posible, nada se ofrezca á los ojos que no sea perteneciente á los ejercicios ¹.

II. Dispónganse dos libritos, el uno para escribir las luces, y el otro para los propósitos, expresando los motivos más eficaces que á hacerlos nos mueven ². Importa mucho esta advertencia. Y ciertamente, si un grande arrojára con

¹ Direct. c. 3, n. 2.

² Direct. c. 3, n. 5.

desprecio una piedra preciosa que le habia dado el rey, se hiciera indigno de nuevas gracias; pues las luces del cielo son más preciosas que todas las piedras y el oro, y quien las desprecia se hace indigno de recibirlas. Mucho papel hemos manchado con inútiles escritos, ¿y nos parece demasiado gastar un pliego en obra tan santa? Pero se ha de notar lo que previene el Directorio: á saber, *que debemos escribir muy brevemente nuestros propósitos y sentimientos, y no desenvolverlos en forma de discurso*; de modo que sean muy breves estos apuntamientos, para no quitar el tiempo á otras ocupaciones, ni invertir la distribucion.

III. Algunos dias ántes, especialmente la víspera, pediremos á Dios el feliz suceso de los ejercicios, visitando para este fin con más frecuencia el Santísimo Sacramento, rezando con más devocion el oficio y rosario, y eligiendo los patronos con cuya proteccion hemos de pasar estos dias de salud.

IV. Aunque el que hace los ejercicios, son palabras del Directorio ¹, sea hombre prudente, docto y ejercitado, no obstante, en estos dias no confie en su prudencia; y déjese gobernar enteramente del director; mírele como á instrumento enviado por Dios para su guia; y así sin celarle nada, descúbrale su corazon, obedézcale perfectamente, no tome otras meditaciones, ni siga otra distribucion que la que le prescribiere; en suma, tenga por cosa cierta que cuanto más exactamente se conformare con su director, tanto más dispuesto estará para recibir las gracias de Dios, el cual se

¹ Direct. c. 2, n. 6, 7.

agrada mucho de esta obediencia, pues gusta el Señor de hablar con los humildes.

§. IV.

ADVERTENCIAS QUE SE HAN DE GUARDAR EN TIEMPO DE LOS EJERCICIOS.

I. En tiempo de los ejercicios espirituales se ha de observar grande recogimiento por la exacta guarda, primero, de los *sentidos*, principalmente de los ojos, no fijándolos en alguno; de los oídos, no escuchando noticias ni recados no precisos; de la lengua, guardando escrupulosamente el silencio: segundo, de la *imaginacion*, sin admitir pensamiento alguno impertinente, como si en el mundo no hubiera otro negocio que el del alma; y aun los pensamientos santos, desechándolos cuando no son conformes con la materia del día: tercero, de la *soledad*, no saliendo del aposento sin necesidad, prohibiéndose severamente toda otra ocupacion, de tal manera que no sólo entre día pero aun despues de comer, nada se lea, se considere ó se escriba sino lo que toca al día, ó tiene conexion con él. Y aun nos abstendremos tambien de aquel ejercicio manual que fatigue el cuerpo ó disipe el ánimo. Y en fin, *tanto mayores progresos hará el ejercitante, cuanto más alejado esté de amigos, conocidos, y de todo cuidado y solitud de cosas humanas; y el alma estará tanto mejor dispuesta para buscar y encontrar á su Criador, cuanto mayor fuere su aislamiento y separacion de las criaturas* ¹.

¹ S. Ignat. in lib. exercit. ann. ultima ex viginti.

En nuestro Colegio de Espira, cierto cortesano de la Majestad Cesárea, no ménos ilustre por sus armas que por sus consejos, guardaba tanto retiro en tiempo de los ejercicios, que no sólo negaba á sus amigos toda entrada, pero ni aun abria las cartas que le venian del César Ferdinando, sino las dejaba cerradas hasta el fin, diciendo que el negocio que trataba con el Rey de los reyes era de tanta importancia, que no admitia ni un pensamiento del monarca de la tierra ¹. ¡Oh qué confusion para los Religiosos, que no sólo no apartan tales disipaciones, sino que aun las buscan! Dignas son de ponerse aquí las palabras del Padre Diertins, Visitador de Polonia. *Fácil es, dice, conocer cuán grande bien impiden, y cuán grande mal infieren para el aprovechamiento espiritual de los que les son confiados, aquellos superiores que no cuidan de descargar de toda otra ocupacion á sus inferiores, cuando estan en ejercicios* ².

II. Se ha de vacar á la oracion: primero *reverentemente* quanto á la postura; sobre todo quando ejercitamos los actos de la voluntad ha de ser mayor la reverencia, que quando discurremos con el entendimiento: segundo, *enteramente* quanto al tiempo, de modo que ántes añadamos que quitemos algo de la hora, y esto aun quando padeciésemos sequedad y tédio; y para que la meditacion no degenerare en estudio, siempre nos detendremos más en los afectos que en el discurso: tercero, *fervientemente* quanto á la aplicacion, cuidando empero no nos dañe á la cabeza,

¹ Rosign. Notizie memorabili degli Exercici, l. 2, c. 6, §. 1.

² In expl. exerc. in Proleg. ad exerc. ad addit. 20.

ó hagamos algun propósito ó voto llevados de ardor arrebatado, y sin consejo ¹. El Directorio hace notar que *hay mucho peligro de caer en este último inconveniente, no sólo en tiempo de desolacion, en que el alma trabaja con esfuerzo como si luchara contra la corriente de un rio, para sacar devocion y lágrimas; sino tambien en el tiempo de la consolacion, en que no tiene más que abandonarse al impulso del viento favorable.* Bastará, pues, que se ponga la diligencia que se suele tener cuando uno habla con alguna persona de autoridad, ó en una funcion pública; porque *el fruto sólido de los Ejercicios no consiste en una aplicacion violenta, ó en lágrimas sacadas con esfuerzo, sino en aquel conocimiento de las verdades, y movimiento de la voluntad, que provienen de la luz interior comunicada en la oracion* ².

En el tiempo en que abundan los consuelos celestiales se observarán dos cosas: la primera, para que no pasen estos dulces sentimientos sin fruto, siempre se dirigirán á enmendar las costumbres, á consolidar los propósitos, y á instituir una nueva vida; la segunda, se preparará el ánimo para el tiempo de la desolacion y sequedad, para que no desmayemos hallándonos desprevenidos. Muy al caso dice Tomás de Kémpis: *Cuando Dios te da la consolacion espiritual, recíbela con accion de gracias; mas entiende que es don de Dios, y no merecimiento tuyo. No te engrias por ello, ni te alegres demasiado, ni presumas vanamente, antes bien sé más humilde por el bien recibido, y más cauto y timorato en todas las acciones; porque pa-*

¹ Direct. c. 8, n. 3.

² Direct. c. 2, n. 9.

sará aquella hora, y seguirá la tentacion. Pero al contrario, cuando se te quitare el consuelo, no desconfies desde luégo, sino espera con humildad y paciencia la visitacion celestial; porque Dios puede volver á darte mucha mayor consolacion ¹. Por esto, pues, si el ejercitante estuviese árido, desconsolado y distraido; primero, observe cuidadosamente las adiciones; segundo, humíllese debajo de la poderosa mano de Dios, y resígnese en su voluntad santísima; tercero, persevere con paciencia en la oracion, acordándose de aquella sentencia divina: *Si tardare espéralē, que el que ha de venir vendrá y no tardará* ², persuadiéndose que esa sequedad la permite Dios porque le conviene. Porque, como advierte el mismo Kémpis: *Esto no es cosa nueva ni extraña para los experimentados en el camino de Dios, porque en los grandes santos y antiguos Profetas acaeció muchas veces semejante alternativa*. A la verdad, esta displicencia y amargura con que somos afligidos proviene muchas veces, ó del amor propio con que nimiamente deseamos nuestros consuelos, ó de la soberbia, con la cual queremos aventajarnos aun en esto.

III. Para la lectura espiritual se tomarán aquellos libros que no sólo sean buenos y útiles, sino tambien aptos y oportunos para causarnos los afectos propios de este santo tiempo. Tambien se conformará la lectura con la materia de la meditacion que ántes se ha hecho, ó se ha de hacer despues, dirigiéndola á consolidar los propósitos concebidos en la meditacion; para lo cual es ne-

¹ Kemp. lib. 2, cap. 3.

² Ab. 2, 3.

cesario no pasar de corrida las cosas, sino deteniéndonos pausadamente, hasta empaparnos en los sentimientos del Autor. Las vidas de los Santos conviene que sean escogidas, y acomodadas al que hace los ejercicios ¹.

Sin embargo nos guardaremos de dejarnos llevar del gusto y dulzura en leer, quitando el tiempo á la meditacion ó á la preparacion para ella. Siempre debemos dejarlo todo, algun tiempo ántes, y pensar solamente en los puntos del ejercicio que vamos á hacer. Nos guardaremos tambien de leer tanto que se fatigue el ánimo, y desfallezcan las fuerzas. Conviene dejar libre todo el tiempo de la meditacion, persuadiéndonos que todas las demas cosas deben enderezarse únicamente á ella ². Omito aquí las instrucciones de la meditacion y lectura, por haberlas dado en el tratado de las virtudes sólidas, y por ser comunes en otros, pero importa tenerlas presentes. *Y lo que hemos dicho del leer, se entiende tambien del escribir. Porque no debe escribirse sino aquellas cosas que se relacionan con la oracion, como los principales pensamientos que el Señor nos comunicare en la meditacion ó fuera de ella, y aun acerca de esto estas notas deben ser muy breves* ³.

IV. La materia del exámen particular, que en el tiempo de los ejercicios se ha de hacer cada dia dos veces, es de la diligencia en conservar con el debido fervor las disposiciones ántes dichas, y de una muy exacta observancia en las distribuciones, como tambien de las adiciones de nuestro

¹ Direct. c. 3, n. 2 et 9.

² Direct. c. 3, n. 6.

³ Direct. c. 3, n. 5.

Santo Padre, cuyo breve compendio es este. Primero, ántes de dormir, por la noche pensar en la hora de levantarnos, y en la materia de la meditacion, y esto último lo volveremos á hacer por la mañana luégo que despertemos; segundo, ponerse en la presencia de Dios uno ó dos pasos ántes del lugar de la oracion; tercero, en el punto en que uno hallase devocion, detenerse, sin desear pasar á otro: *porque no el mucho saber harta y satisfice al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente* ¹; cuarto, acabada la meditacion, examinar cómo nos ha ido en ella; quinto, en la primera y tercera semana huir todo pensamiento de alegría aun espiritual, v. gr. de la Resurreccion de Cristo, y detenernos sólo en aquellos que nos traen una tristeza santa, para lo cual ayudará tener el aposento oscuro; sexto, no reirse, no hablar, ni mirar fijamente á nadie; séptimo, aumentar las obras de penitencia, como son cilicios, disciplinas, abstinencias, dureza del lecho, etc., pero sin grave peligro de la salud, y sin que se quite lo necesario del sueño, si no es que fuese para moderar su demasía ².

No se pondrá jamas demasiado cuidado en la observancia de estas adiciones, supuesto que quanto mayor fuere el cuidado que se tenga en esto, tanto más temprano y abundante será el fruto espiritual que se desee. Estas cuatro advertencias se tendrán presentes, y se observarán durante los ejercicios.

¹ S. Ign. annot. 2 ex. 20.

² In lib. ex. ad fin. hebd. 15.

§. V.

COMPENDIO DEL SISTEMA DE LOS EJERCICIOS.

I. Los ejercicios, tomados en general, se dividen por nuestro Santo Padre en cuatro semanas, no tanto por el número de los días, cuanto por la materia de las meditaciones. La primera semana pertenece á la *via purgativa*, porque en ella, por el propio conocimiento, y el odio de nuestros pecados, caminamos á purgar nuestras almas. La segunda y la tercera se enderezan á la *via iluminativa*, porque considerando en ellas las virtudes de Cristo, así privadas como públicas, somos admirablemente iluminados, y con su ejemplo nos excita poderosamente á imitarle. La cuarta conviene con la *via unitiva*, porque contemplando en ella la gloria de Cristo, por el vínculo de amor nos unimos íntimamente á Dios, nuestro último fin.

De donde se ve que los ejercicios no son otra cosa que un admirable compendio de la Teología ascética, y un atajo seguro para llegar á lo sumo de la perfección; pues por estas tres vías, como por un sendero abierto, nos conduce desde el abismo del pecado al amor divino, que es la cumbre de la santidad. De donde se infiere, que no sólo su fin es altísimo, sino que ellos también son un medio muy apto para conseguirlo con toda seguridad.

II. Porque lo primero, conocida la alteza del último *fin* para que fuimos criados, se mueve la voluntad á buscarlo con eficacia. Y para hacerlo con órden, se remueven primero los *obstáculos* que nos estorban para conseguirlo: estos son los pecados, que se borran con el arrepentimiento y confesion. Y para no recaer volviéndonos á ellos, como perros al vómito, nos armamos de un saludable temor, causado por la consideracion de la muerte, del juicio y del infierno, como tambien de los castigos que la Divina Justicia ha hecho en los ángeles, en nuestros primeros padres, en su Unigénito Hijo y en otros. Lo segundo, quitados estos impedimentos, y vueltos con el Hijo pródigo á la gracia de nuestro Padre celestial, se nos ofrece una ayuda prodigiosa para andar en el camino de la perfeccion, y conseguir nuestro fin, en el ejemplo de Cristo, pues no es posible hallar ni capitan más diestro, ni camino más seguro, ni compañero más fiel, ni socorro más pronto y poderoso: por lo cual se nos proponen como meditacion sus virtudes, y los principales misterios de su vida. Lo tercero, para que nos animemos á imitarlo más perfectamente, con industria del todo divina, se nos señalan las tres meditaciones de las dos banderas, de los tres binarios, y otros tantos grados de humildad; con ellas nos movemos eficazmente á elegir lo más perfecto. Y para perseverar constantes en la eleccion hecha, puesto á los ojos el ejemplo de Cristo paciente, tomamos una firme resolucion de no apartarnos de aquel modo de vida más perfecta, aunque para conservarlo sea preciso padecer injurias, enfermedades, pobreza y otras adversidades. Lo cuarto, finalmente, animados con la gloria de Cristo resucitado, esforzados con

los premios del cielo, y confirmados en nuestros buenos propósitos con lo eterno é infinito de esos gozos, somos conducidos al amor de Dios, á una íntima union con su majestad, por el vínculo de caridad, y una perfecta conformidad con su Divina voluntad, que es en la que consiste toda nuestra perfeccion, y el fin único de los ejercicios, primero en la intencion, pero último en la ejecucion, para hablar con las escuelas. Baste por ahora esta breve noticia del sistema de los ejercicios; despues tendremos largo campo para hablar del enlace de las meditaciones, de su orden y artificio admirable.

III. Pero acerca de la primera semana es necesario prevenir aquí brevemente algunas cosas. Llámase esta por el Directorio *fundamento y base* de las demas semanas ¹, por lo cual dice que nunca se omita, de donde se ve con cuánto fervor se haya de hacer, pues de ella depende el feliz suceso de las demas.

Los frutos que de esta primera Semana hemos de sacar son tres: primero, total *indiferencia* para tomar ó abrazar los medios por los cuales fuere del agrado de Dios llevarnos á nuestro último fin ²; segundo, *dolor* intenso y *horror* grande de los pecados, por los cuales ó nos desviamos de nuestro último fin, como sucede con los pecados veniales, ó del todo nos apartamos, como acontece por los mortales ³; tercero, íntimo *conocimiento de nosotros mismos* para saber las

¹ Direct. cap. XI, n. 4.

² In lib. exer., annot. 10, ex decem.

³ Direct. c. 11, n. 1.

pasiones que dominan en nuestra alma, los hábitos viciosos, y la raiz de los defectos que nos impiden ir á nuestro fin, y nos estorban llegar á nuestra perfeccion ¹.

IV. Para conseguir estos frutos, tres medios aptísimos nos ofrece N. S. P. El primero, propio para alcanzar esta fundamental *indiferencia*, es la consideracion del último fin para el cual hemos sido criados, así nosotros como todas las demas cosas; de lo cual se saca que sólo debemos usar de ellas en cuanto nos conducen á conseguir el fin: de donde se ve el perfecto equilibrio en que nos conviene estar para tomarlas, ó dejarlas; el segundo, aquel *dolor intenso*, quiere que lo concibamos con la meditacion de la gravedad de los pecados, mirados ya en sí ya en sus castigos, á lo cual tambien ayudará mucho la consideracion de la misericordia de Dios, que tan benignamente recibe en su gracia al pecador que á él se vuelve, como al hijo Pródigo; el tercero, para llevarnos al *conocimiento de nosotros mismos*, nos propone el constante uso del exámen, así general como particular, por la confesion de los pecados, si no de toda la vida á lo ménos de una parte principal de ella, y especialmente por el primer modo de orar, en el cual se recorren los preceptos de Dios y de la Iglesia, los siete pecados capitales, las operaciones de las tres potencias y cinco sentidos, examinando en todo esto cómo y de qué modo hemos mancillado la conciencia, y juntamente inquiriendo las causas y ocasiones de los pecados, y la pasion domi-

¹ Direct. c. 11, n. 2.

nante de nuestra alma. Por lo dicho se ve la celestial prudencia del Autor en elegir los medios más aptos para el fin, trabándolo todo con orden tan admirable, que no parece sino divino. Esta prévia y breve noticia hará que no sólo concibamos clara idea de los ejercicios, sino que nos apliquemos seriamente para hacerlos con el mayor fervor posible.

ADVERTENCIA

PARA EL USO DE ESTE LIBRO.

Aquel á quien le pareciesen muy largas las *meditaciones*, tomará solamente uno de los puntos segun le conviniere, dejando la lectura de los demas para otro tiempo. La materia destinada para la *lectura espiritual* no sólo no parecerá larga, sino que quizas no sea suficiente si se destina á ella gran parte del tiempo libre entre las *meditaciones*. Si á la *consideracion*, como conviene, se le da toda la hora, á nadie parecerá larga; el *exámen del propio estado* se hará, ó despues de la meditacion de la tarde, ó despues de la cena, si no ocurre otro tiempo más acomodado. Por lo demas, no debiendo el ejercitante leer, escribir ni pensar sino sobre la materia del dia, segun la mente de San Ignacio, le será cierto muy grato hallarla suficiente para poder cumplir con esta prescripcion, ocupando así santamente el tiempo.

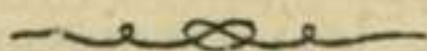
OCHO DIAS DE EJERCICIOS.



DIA I.

MEDITACION I.

DEL FIN DEL HOMBRE.



Punto I.



Dios te crió. Yo soy el principio y el fin ¹. Considera aquí quién, de dónde, cuál y con qué amor te crió. Primero, no algun Angel ó Potestad, no un Principado ó Querubin, sino el mismo *Dios* te crió; Dios, que de nada necesita, y que por sí solo es infinitamente bienaventurado y rico. Segundo, te crió sacándote de la nada, ejerciendo en beneficio tuyo su infinito poder, porque, como haya inmensa distancia del ser al no ser, para vencerla le fué necesario ejer-

¹ Apoc. 1, 8.

cer su poder sin límites. Tercero, te crió á su *imágen y semejanza* ¹, rayo del sol divino, émulo de la Trinidad Beatísima, haciéndote *un poco inferior á los ángeles* ²; en fin, te crió no piedra, no bruto, no fátuo, sino dotado de potencias y sentidos, capaz de ver á Dios, y gozar de una eterna bienaventuranza. Cuarto, te crió con un *amor infinito y eterno*, prefiriéndote á otros innumerables que le hubieran servido mejor, si los sacara de la nada en que los dejó; y te eligió á ti, pecador ingratisimo, sin mérito alguno de tu parte, sólo por su bondad y caridad tiernísima. Luego *debes*, como consecuencia natural, *servir á Dios*. Estas facultades de tu alma, estos sentidos de tu cuerpo y fuerzas de tus miembros, te los dió el cielo. Son talentos que se te concedieron para negociar, *luego con ellos debes servir á Dios*. Pudiste nacer cojo, sordo, ciego, mudo, fátuo; *luego* careciendo de estos males y gozando por beneficio del Criador de otros buenos dones de naturaleza, *debes con ellos servir á Dios*. ¿Quién sino un ateo puede negar esta verdad?

Punto II.

1.º *Dios te crió para sí*; para que le sirvas en este mundo, y le goces en el otro. Servir á Dios es el negocio de todo hombre, y su fin *esencial*. Pudo el Supremo Señor dejarnos envueltos en nuestra nada; pero ya que nos sacó de ella no

¹ Direct. c. 10, n. 8.

² Gen. 1, 26.

³ Psal. VIII, 6.

pudo darnos la vida con otro fin. Ninguno nació para abundar en riquezas, honores, deleites; para adquirir ciencia, amigos, fama; sino para servir á Dios. *Porque esto es todo hombre* ¹. Como si dijera Salomon: para esto nació todo hombre; pues cualquiera que sea, sin excepcion alguna, por una ley eterna é irrefragable, y por su misma naturaleza que así lo exige, es *esencialmente* siervo de Dios.

2.º Servir á Dios es el fin y negocio *único* del hombre. Aunque uno manejase todos los negocios del mundo con grande aplauso; aunque compusiese todas las controversias de los príncipes con grande ingenio, aunque amontonase todas las riquezas de la India, todas las dignidades de los Reyes, todos los regalos del gusto, si no le rindió á su Criador el debido servicio, á juicio del Cielo nada hizo, y fué un peso inútil de la tierra. Por el contrario, aunque al parecer del mundo nada hubiese trabajado, aunque hubiese vivido siempre enfermo en una cama, ó despreciado de todos en un rincon; si sirvió á Dios, mucho hizo, porque trabajó en el negocio *único* para el cual estuvo en la tierra.

3.º Servir á Dios es nuestro fin *último*, y negocio tal, que él solo, bien desempeñado, da paz al alma, y la llena de dulzura, porque con sólo cuidar de este, aunque descuidemos de todo lo demas, viviremos perfectamente quietos; y al contrario, si lo despreciamos, aunque abundemos en todo, estaremos siempre inquietos. Nuestros deseos, sin parar en nada, siempre andarán en perpetuo movimiento. La piedra sólo en su centro,

¹ Eccles. 12, 13.

y el hombre sólo en el servicio de Dios, que es su centro, hallará el descanso.

4.º Servir á Dios es el fin y negocio *principal* del hombre; porque de él depende su felicidad ó infelicidad eterna, eternos gozos ó eternos tormentos; porque el mal suceso de este negocio es irreparable; aquí el errar una vez es perecer eternamente; este es el asunto que únicamente nos tendrá solícitos en la hora de la muerte. En suma, servir á Dios es el fin y negocio del hombre, máximo, último, único, esencial; luego á él únicamente con todas nuestras fuerzas, y constantemente, nos debemos aplicar. *Somos, pues, criados por Dios y para Dios; luego debemos servir á Dios.* Siendo pues así, tú que esto lees, debes servir á Dios; por más que lo contrario diga el mundo, lo repugne la carne, debes servir á Dios. Así lo confiesa el cielo, la tierra, el infierno.

Punto III.

Debes servir á Dios, y debes servirle del modo que Dios quiere... ¿Qué dudas? A la verdad ni un rústico sufre que el siervo, á quien paga, trabaje sino del modo que le manda. ¿Por qué, pues, sólo Dios lo ha de sufrir? Ningun hombre hay que pague el servicio que se le hizo de otro modo del que él quería. ¿Por qué, pues, lo pagará Dios? Los mismos beneficios pierden su estimacion si no nos los hacen como lo deseamos. ¿Cuánto más los servicios? Las obras más santas, si no son conformes á la voluntad de Dios, son de ningun valor. *El afecto mio no es hacia vosotros* ¹, les decia el

¹ Malach. 1, 10.

Señor á los Israelitas. ¿Y por qué? *Porque en el dia mismo de vuestro ayuno haceis cuanto se os antoja* ¹. Porque no hacian sus ayunos por la voluntad de Dios, sino por la suya, por eso eran abominables ante el Divino acatamiento.

Basta aquí la razon para inferir claramente que debemos servir á Dios, no del modo que á nosotros, sino del modo que á él le agradare. Nótese bien esta verdad fundamental, y con letras de oro imprímase profundamente en nuestras almas. Luego si la sabiduría de Dios quiere que tú le sirvas en desprecio y pobreza, en enfermedades y trabajos; eres tenazmente rebelde si sólo eliges servirle en honras y comodidades, en salud y felicidad. Luego debes estar *indiferente* para servir á Dios del *modo* que á su Majestad más le agradare, en cualquier estado de vida, ó del estado ya elegido en el grado de perfeccion que fuere más de su gusto. Esta indiferencia y su práctica, es el principal fruto de esta meditacion, que procuraremos sacar con todo empeño, para lo cual ayudará mucho, primero, el claro conocimiento de esta verdad: *Soy criado por Dios y para Dios*; segundo, la firme resolucion en la voluntad de *servir á Dios* en adelante *del modo que su Majestad quisiere*, y en los ejercicios nos diere á entender.

AFECTOS.

Nos ejercitaremos principalmente en los siguientes.

I. En *actos de fe*, con los cuales firmemente

¹ Isai. 58, 3.

creemos que nuestro último fin es *servir* á nuestro *Criador*, el cual nos crió adornados de tan insignes dotes, y con infinito amor, dejando en la nada á tantos otros que le hubieran servido mejor que nosotros, pecadores ingratos; alcanzar el *último fin* es *nuestra ocupacion* esencial, única, máxima. Todas las demas criaturas no son sino *medios* para mejor conseguir este fin, ayudas para mejor llevar á cabo este asunto importantísimo.

II. En actos de *indiferencia* para aquellas cuatro cosas que enumera N. S. P.: primero, para servir á Dios en honores y desprecios; segundo, en comodidad ó miserias; tercero, en salud ó enfermedad; cuarto, en vida larga ó corta, con firme resolución de *evitar* todo aquello que te puede apartar de tu último fin, como tambien de *hacer* y *padecer* todo aquello que á él te llevare. En una palabra, de *subir á aquel grado de perfeccion* á que Dios te moviere en estos ejercicios.

Disposicion de ánimo, que aumentará mucho con la fe práctica de los siguientes dogmas del Evangelio. Primero, *mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, manco ó lisiado, que teniendo dos ojos, dos manos ó dos pies, ser echado en el fuego eterno* ¹. Segundo, *te conviene perder uno de tus miembros ántes que todo tu cuerpo baje al fuego del infierno* ². Tercero; *¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿O qué cambio dará el hombre por su alma?* ³ En una palabra, *¿qué me aprovechará*

¹ Mat. 18, 9.

² Mat. 5, 29.

³ Mat. 16, 29.

vivir feliz, rico y celebrado, si así me condeno? ¿Y qué me dañará vivir miserable, pobre y despreciado, si así me salvo? La fe viva en estas verdades nos excitará poderosamente á abrazar esta recomendada indiferencia, y juntamente dispondrá el ánimo para aborrecer todo lo que nos aparte de nuestro último fin, y abrazar todo lo que á él nos conduce.

III. Podremos tambien hacer primero, actos de *gratitud* por el beneficio de la Creacion; segundo, de *dolor* por el abuso de tantos medios, y mal uso de las potencias y sentidos; tercero, de *amor* para con tan benéfico Criador, con propósito de tener intencion pura de agradarle en todo; cuarto, de *esperanza* y *deseo* de gozar de Dios como de último fin nuestro. Pero todos estos cuatro actos se han de hacer brevemente y de paso, como advierte el Directorio ¹. Porque el fruto principal de esta meditacion no es la pureza de intencion, ó el dolor por el abuso de los medios, sino sólo la indiferencia para servir á Dios del modo que su Majestad quisiere.

Por esto, como fruto del presente dia, procuraremos con todo conato adquirir esta virtud de la indiferencia: á la cual, si todavía no nos resolvemos, concibamos á lo ménos su deseo, para mover á Dios á que nos la conceda; y guardémonos de caer de ánimo por lo arduo de ella, porque la gracia que ahora, por altísimos fines se nos niega, despues se nos concederá quizas con mayores ventajas, con tal que no pongamos estorbo, y que con nuestra preparacion nos hagamos dignos de conseguir tal indiferencia.

¹ Direct. c. 2, n. 12.

LECTURA

SOBRE EL PRIMER EJERCICIO,

QUE N. S. P. LLAMA FUNDAMENTO.

I. Comenzó San Ignacio los ejercicios por la meditacion del último fin para que somos criados, porque lo primero en toda obra, persuadiéndolo así la misma naturaleza, lo primero á que se atiende es al fin que se desea conseguir, porque él es la medida, el centro y la norma de todo lo demas. Pretendiendo pues N. S. P., por medio de los ejercicios, corregir las costumbres de los mortales, como consta del título de su libro, con mucha razon comienza por el fin del hombre, porque á él debe dirigirse no solo la enmienda de la vida, sino tambien el modo que se debe tener en la misma enmienda. Lo segundo, el blanco de los ejercicios es llevar al alma por las tres vias de perfeccion á su último fin, y no se podrá hacer, si primero no se tiene bien conocido, por lo que con mucho acuerdo se nos propone al principio su conocimiento. Lo tercero, en un edificio lo primero que se hace es el fundamento; este primer ejercicio es el fundamento de aquella subli-

me fábrica, cuyo artificio manifestó el Señor á S. Ignacio en Manresa; luego con divino consejo empieza por ella su construccion.

Llámalala el Santo autor, *fundamento ó principio*, porque, como dice el Directorio, *es la base de todo el edificio moral y espiritual; y así como el fundamento sostiene toda la construccion, del mismo modo, sobre esta verdad descansan todos los ejercicios, principalmente el de la eleccion de estado, ó sea un reglamento de vida más perfecta, cuya eleccion depende enteramente de este fundamento* ¹. Porque la verdadera enmienda de nuestra vida consiste en la *eleccion* de servir á Dios del modo que su Majestad quisiere; esta eleccion, para que se haga como es debido, requiere una generosa indiferencia para todo; y siendo esta indiferencia el principal fruto de esta meditacion, consta claramente *cuánto influirá ella en todos los ejercicios, y con cuánta razon se llama base, y condicion sin la cual el trabajo de estos ocho dias no tendria el éxito deseado.*

II. De aquí es que, como dice el Directorio, *tanto más felices resultados tendrán las otras meditaciones, cuanto mejor éxito tuviera la presente; más sólido será el edificio entero, cuanto más profundamente, se haya echado el fundamento* ². De donde se ve cuánto importa imprimir profundamente en el alma el vivo conocimiento de esta verdad, y con cuánto fervor se hayan de hacer estas primeras meditaciones, pues de ellas depende el fruto de las demas, y de todos los ejercicios.

¹ Direct. c. 12, c. 1 et 7.

² Direct. c. 12, n. 3 et 7.

Y como lo conozca bien nuestro mal enemigo, nada omite para privarnos de la utilidad de esta consideracion, valiéndose de la disipacion del dia anterior, persuadiéndonos pasemos este dia tibiamente con el pretexto de redoblar el fervor en los siguientes, y que toquemos muy de paso esta verdad principalísima, como cosa sabida aun de los más ignorantes, consiguiendo con este fatal engaño que no se ponga la piedra fundamental de todo el edificio espiritual.

Para ocurrir á este daño, N. S. P. no señala tiempo determinado para este ejercicio, ni lo ciñe como los otros á los estrechos límites de una hora, con lo cual nos enseña que debemos insistir en él, hasta que el entendimiento lo comprenda y quede bien convencido. Por esto, para conformarnos con la mente de N. S. P., pondremos una repeticion de este ejercicio por la tarde, para que si acaso hubiere habido alguna tibieza por la mañana, se compense por el fervor de la repeticion.

§. II.

I. Por lo que toca al ejercicio del fin del hombre, abraza dos puntos dignos de toda consideracion; y para citarlos como están en el libro de los ejercicios son: *El hombre ha sido criado para alabar, hacer reverencia, y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima.* Segundo: *las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecucion del fin para que es criado*¹.

¹ Libro de los ejercicios, fundamento.

Por lo cual, así como el hombre fué criado para Dios, así las demas cosas fueron criadas para el hombre; y como Dios es el fin del hombre, así el hombre es el fin de las demas criaturas. Que el servir á Dios sea nuestro fin esencial, único y máximo, fué el argumento de la primera meditacion; y lo será de la segunda mostrar que todas las demas cosas son medios que nos ayudan á conseguir este fin. Esta verdad es una de aquellas que la fe, la razon y la experiencia la persuaden, y que solo un ateo puede negarlas.

De donde infiere N. S. P. dos conclusiones de sumo peso. Dice la primera: *de donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, quanto para ello le impiden*; segunda: *por lo cual es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido: en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riquezas que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demas*. La primera ordena el uso de las cosas criadas; la segunda el afecto con que las debemos amar; y ambas encierran un secreto eficacísimo para alcanzar en breve la perfeccion.

¡Oh palabras llenas de un sentido celestial!
 ¡Oh doctrina llovida del cielo sobre la cueva de Manresa!
 ¡Oh sentencia digna de imprimirse con letras de oro!
 Ella ciertamente es la médula del cedro, el grano de mostaza, aquel maná divino que se esconde debajo de una delicada corteza, pero que debidamente comido causa estupendos efectos en las almas.

Sírvanos de ejemplo el maestro Martin Ola-

ve, lumbrera clarísima de la Sorbona, y Doctor Parisiense, quien confesaba ingenuamente que habia aprendido más en una hora gastada en la meditacion del fin del hombre, que en muchos años empleados en enseñar Teología. Cierta vírgen consagrada á Dios, llamada Buenaventura, célebre por la nobleza de su linaje, por la agudeza de su ingenio, por su pericia en las matemáticas, y otros dones de naturaleza, no bien acabó esta meditacion, cuando trocó su vida libre por otra muy ajustada; pues aunque vivia en un convento, no habia tenido de religiosa más que el hábito. Al V. Padre Lancicio, que daba en aquel monasterio los ejercicios, no sólo le habia cerrado dicha religiosa su corazon rebelde, mas aun sus oidos, resistiéndose obstinadamente á asistir á distribucion alguna. Pero vencida finalmente de los ruegos, al meditar las verdades dichas, mudada enteramente en otra, rompió varonilmente los lazos con que estaba atada á la vanidad; desterró de su celda los cuadros profanos, espejos y cuanto olia á mundo; cortó las amistades particulares; se apartó de las conversaciones burlescas, y se ofreció indiferentemente á su Criador para servirle en el estado de perfeccion que le agradase. Estas son sus palabras al dar cuenta al Padre Lancicio del éxito de esta meditacion. «*Padre mio, decia, ya no quiero jugar más con Dios: he conocido bien lo que él quiere y no quiere de mí. Estoy resuelta á ser toda suya, y para su mayor gloria voy sin más tardanza á consagrar todas mis fuerzas á mi propia santificacion, pues pretendo no ser santa como quiera sino una gran santa*¹. Cumplió lo que prometió, por-

¹ Lanc., opuse. 6, c. 22.

que imitando á Santa Catalina de Sena con virtud constante hasta la muerte, alcanzó muy grande santidad, siendo este milagro y cambio prodigioso, fruto de esta primera meditacion.

II. Ni es esto de extrañar; porque despues que el entendimiento conoce que no hemos venido al mundo para gozar en él de riquezas, honores, deleites y otros bienes semejantes, sino que ántes ellos han sido criados para servirnos, despreciándolos ó usando bien de ellos, como de escalones para subir al cielo; despues, repito que el entendimiento conoce todo esto, no puede dejar la voluntad de abrazar aquella celestial indiferencia á las cosas criadas, queriéndolas solamente en cuanto nos conducen á conseguir nuestro último fin. Y con razon, porque los medios, como tales, no tienen otra bondad para ser deseados, que su aptitud para llevarnos al fin; luego sólo deben apetecerse en cuanto á él nos conducen. No siendo, pues, otra cosa la gloria del mundo, los goces y riquezas, la salud y vida larga, que medios ó auxilios ordenados por Dios para la obra de nuestra salvacion, como lo enseña la fe, se sigue que sólo entónces serán buenos y dignos de desearse, cuando nos ayudan para salvarnos; pero malos y dignos de aborrecerse, si á este fin se oponen; por lo cual nos conviene tener el ánimo indiferente para estos bienes; y como un artífice, mirando los instrumentos que hay en su taller, está para con ellos con ánimo indiferente, y atiende no tanto á su materia quanto al uso á que se destinan; así tambien nos importa estar con afecto indiferente respecto á las cosas criadas, usando ó absteniéndonos de ellas en cuanto nos ayudan ó estorban para nuestro fin. Ciertamente, fuera digno de risa aquel que para

escribir usara ántes de un pesado cetro de oro y piedras preciosas, que de una ligera pluma. ¿Pues qué otra cosa haria quien quisiera ir al cielo por senda de flores, regalos y honores, no llevándolo Dios sino por camino de espinas, trabajos y desprecios?

III. Y á la verdad, ¿qué me aprovechará vivir sano, feliz, honrado, si así me condeno? ¿Y qué me dañará morir enfermo, pobre, y desconocido, si así me salvo? ¿Qué le daña ahora á Lázaro haber estado á manera de un perro á las puertas del rico, lleno de llagas y podre, vil y despreciado? Y al epulon ¿qué le aprovecha ahora haber abundado en todas las comodidades de la vida, en gran copia de galas, en regalos de manjares? *Ahora aquel es consolado en el seno de Abraham, en tanto que el rico está sepultado en el infierno* ¹.

Para que se fije más profundamente esta verdad en tu ánimo, acércate á la boca del infierno, corre sus puertas, *abre el pozo del abismo* ², y alzando tu voz pregunta á los condenados: ¿qué sienten ahora de los bienes de la tierra, y placeres del mundo? Clámales con las palabras de la Sabiduría: *¿Qué os aprovechó vuestra soberbia? ¿Qué habeis sacado de la vana ostentacion de vuestras riquezas?* ³ Responded, miserables, ¿qué os aprovechan? ¡Ay! dicen con un triste gemido: *nos hemos separado del camino de la verdad, apartándonos totalmente de nuestro fin, porque abusamos de los medios. Ay! que por nuestra culpa no ha*

¹ Luc. 16, 22.

² Ap. 9, 2.

³ Sab. 5, 8.

brillado sobre nosotros la luz de la justicia ¹, y por nuestros delitos *el sol de la inteligencia no nació para nosotros, ántes bien por las densas sombras de tantos pecados una negra y tenebrosa tempestad nos está reservada por toda la eternidad* ². ¡Ay! llora el uno; *yo no he hecho más que gustar un poco de miel, y he aquí que muero. La risa fué momentánea, y el llanto es eterno, y el gozo termina con llanto. Tenia yo muchos bienes, clama el otro, levantando la cabeza de aquel mar de llamas, allegados para muchos años, y súbitamente ha venido sobre mí la indigencia como inesperado viajero, y la pobreza como un varon armado* ³. Ahora veo cumplida en mí aquella profecía de David: *Padecerán hambre como perros* ⁴. ¡Ay! se lamenta aquel otro: *A cuánta tribulacion me veo reducido, y qué olas de tristeza me rodean! Yo que en otro tiempo me veia tan contento y amado en medio de mi poder* ⁵; *yo que vestia púrpura y lino* ⁶. *Ay de mí, que ahora estoy cubierto de vergüenza, y la confusion me rodea como con doble vestidura!* ⁷ *Así gimen estos en el infierno* ⁸, los que olvidados del cielo, descansaron en la tierra como en su centro; los que se pararon á gozar de los medios que sólo debian usar muy de paso, estos aborrecen ahora con inddecible odio, como causa de su perdicion, lo mis-

¹ Sab. 5, 6,

² Judas 13.

³ Prov. 6, 11.

⁴ Salmo 58, 7.

⁵ I Macab. 6, 11.

⁶ Luc. 16, 19.

⁷ Salmo 108, 19.

⁸ Sab. 5, 19.

mo que ántes amaban tanto como pasto de su deleite. ¡Oh cuánto detesta ahora Judas su dinero, el epulon sus deleites, Saúl sus honras, maldiciendo todos con un desesperado lamento, repitiendo aquel tristísimo, *de qué nos han servido aquellos bienes!* ¹.

Por el contrario, levantad los ojos á lo alto, y contemplando los tronos de los Bienaventurados, decidme ¿qué les dañan ahora *las innumerables tribulaciones, por las cuales entraron en el reino de Dios?* ² Qué de júbilo no sienten porque *habiendo sido necesitados, angustiados, afligidos; habiendo sufrido escarnios y azotes, fueron juntamente apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada* ³; *porque fueron mirados como el oprobio de los hombres y la hez del pueblo* ⁴, *y considerados como las inmundicias del mundo, como la escoria de todos* ⁵; *porque en fin fueron juzgados dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo* ⁶. Oh bienaventurados dolores y miserias, exclaman ahora aquellas felices almas desde el cielo; ¡oh! gloriosas deshonoras y pobreza! ¡Oh mil veces felices penas y tribulaciones! vosotras nos trajísteis tanta alegría, á vosotras debemos nuestra dichosísima suerte; sin vosotras perdidas éramos; vosotras, vosotras fuísteis los escalones por donde subimos á la altura de este trono. Tales son los sentimientos de los ciudadanos del cielo, los cuales tan léjos están de dolerse de ha-

¹ Sab. 6, 8.

² Act. 14, 21.

³ Heb. 11, 13.

⁴ Salmo 21, 7.

⁵ 1 Cor. 4, 13.

⁶ Act. 5, 41.

ber pasado una vida austera, humilde y miserable, que ántes se alegran inmensamente clamando con el Profeta Rey: *Nos gozamos por los dias en que nos humillaste, y por los años en que recibimos los males* ¹.

Ahora dime ya: ¿cuáles son tus sentimientos? ¿no es mejor subir al cielo pobre, despreciado y afligido, que bajar al infierno rico, feliz y honrado? ¿Qué aprovecha abundar ahora de todos los bienes, si despues te pierdes? Y al contrario, qué te daña padecer en la vida todos los males, si al fin en la muerte te salvas? Oh palabras pequeñas en la mole, inmensas en su sentido: *¿Qué aprovecha? ¿Qué daña?* Ellas son dos escollos donde naufraga toda la vanidad humana; son dos lazos con los cuales el grande Javier, Apóstol y Taumaturgo de dos mundos, se desató de la tierra para estrecharse con el cielo. Apénas meditó, en los primeros ejercicios que le dió San Ignacio, estas palabras de Cristo: *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si su alma sufre detrimento?* ² y las otras de S. Pablo: *¿Qué se pierde en privarse de todas las cosas, si por este medio se gana á J. C.?* ³, cuando cortó generosamente en flor todas sus esperanzas mundanas, abrazándose con las espinas de la mortificacion. Por lo cual, á esta meditacion reconoce agradecida la Compañía deber á un Javier su santidad, y la India su conversion. Y á la verdad, que en quien ella no templare el deseo de las cosas mundanas,

¹ Salmo 89, 18.

² Mat. 16, 26.

³ Filip. 3, 8.

y no encendiere el amor á esta celestial indiferencia, este tal demostraria tener un entendimiento de tinieblas, y una voluntad de bronce.

IV. Si tu dureza te pusiese entre estos, concibe á lo ménos un santo deseo de la indiferencia, é imprimiendo en tu memoria estas dos conclusiones, medítalas con cuidado muchas veces; primera: *me he servir de las cosas humanas, ó abstenerme de ellas, tanto cuanto me ayudan, ó me impiden conseguir mi último fin*; segunda, y para obtener esto es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas, escogiendo y buscando entre todas solamente aquellas que mejor nos conducen á nuestro fin, en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta.

Repásalas, digo, muchas veces contemplando juntamente la sublimidad, grandeza y felicidad de aquella alma que está igualmente dispuesta para vivir en grado humilde, pobre y trabajoso, que en honrado, cómodo y delicioso, si fuere del agrado de Dios, cuya voluntad desea únicamente conocer en estos ejercicios para cumplirla.

Y ciertamente, esta disposicion de ánimo debia ser el fruto de esta mañana; pues por lo mismo que *somos criados por Dios y para Dios*, es consiguiente que *debemos servir á Dios del modo que Dios quisiere*: esto es, con total indiferencia para todo género de servicios en que su Majestad gustare emplearnos; de modo que para nosotros lo mismo sea vivir honrados que despreciados, pobres que ricos, enfermos que sanos, con tal que así sirvamos á nuestro Criador conforme á su voluntad; conviene á saber *en el estado de vida*, ó si lo hemos elegido, en el *grado de per-*

feccion que le fuere grato significarnos. Practicándolo así cumpliremos lo que se dice en la anotacion quinta ¹.

§. III.

I. Las razones porque S. Ignacio nombra en particular estas cuatro cosas, primero, pobreza y riqueza; segundo, honor y desprecio; tercero, salud y enfermedad; cuarto, vida breve ó larga; son dos: la primera, porque por inclinarnos á alguna de ellas, perdemos esta feliz indiferencia. La segunda, porque á estas cuatro, como á fuentes, se reducen todos los demas estorbos que nos impiden ir á nuestro último fin; pues, como dice San Juan: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* ². De estos hilos principalmente se tejen aquellos lazos de que el grande Antonio vió que estaba lleno el mundo, y con los cuales el cazador infernal nos aparta de esta alabada indiferencia y del cielo, y nos arrastra á su partido y al infierno.

Ni digas que se confunden mal las riquezas y los honores, con la salud y la vida; porque estos dos últimos bienes son de aquellos que, como tan convenientes á la naturaleza, pueden desearse por sí mismos, estando el hombre realmente obligado á guardarlos por los medios conducentes, por lo que no es laudable indiferencia, no buscar

¹ Anot. 5 de las 20.

² Direct. c. 28, n. 1.

más la salud que la enfermedad, la vida larga que la breve. No digas tal; porque como nota el Doctor Suarez ¹, aunque los bienes de la salud y vida sean de aquellos que por sí mismos pueden apetecerse como convenientes por su índole á la naturaleza y á su conservacion, por lo cual honestamente se desean, sin respecto á otro fin; pero con todo esto conviene á la mayor perfeccion no amar estos bienes sino como instrumentos de la virtud. Aunque sean por sí amables, pueden tal vez ser al hombre ocasion de pecar ó de no aprovechar en la virtud; por esto importa mucho no amarlos sino en cuanto conducen á nuestro mayor provecho. A lo que se allega que no pocas veces es necesario despreciar por Dios estos bienes, para alcanzar la virtud, ó á lo ménos la perfeccion de ella. Para que esté, pues, dispuesto el hombre á hacer esto, cuando lo pida la ocasion, es obra de consejo extender tambien á estos bienes la indiferencia. Hasta aquí Suarez, contra algunos que en este punto impugnaban los ejercicios. De donde se ve con cuánta razon reduzca S. Ignacio á estas cuatro fuentes la indiferencia que tan eficazmente inculca.

II. Cuanto á los Religiosos, como ya les manifestó Dios bien claramente por medio de su vocacion el estado en que quiere le sirvan, no puede ni debe extenderse su indiferencia á algun otro estado; por lo que, toda duda en este punto debia desecharse prontamente como si fuese un pensamiento contra la fé ó la pureza, si no queremos, engañados del demonio, perder todo el fruto de

¹ 1. Juan 2, 16.

los ejercicios ¹. Supuesto, pues, como ciertísimo que Dios quiere le sirvamos en aquella Religion á que nos ha llamado, conviene que sólo estemos indiferentes cuanto al modo que debemos guardar, con la gracia de Dios, en el estado ya elegido.

Demas de esto, ligados por la profesion religiosa, no podemos por razon de los votos, estar más indiferentes á la pobreza que á la riqueza, al desprecio ó dignidades mundanas; resta solo que pasemos la indiferencia á otras materias acomodadas á nuestro estado, pero que correspondan á los cuatro puntos antecedentes. Conviene á saber: primero, á los officios de la Religion, sean honoríficos ó despreciables; al grado de profeso ó coadjutor formado, á enseñar las clases superiores ó ínfimas; segundo, á un Colegio pobre ó rico, á una habitacion cómoda ó incómoda, á los superiores ásperos ó suaves, á los compañeros blandos ó turbulentos; tercero, á la salud ó la enfermedad á que nos exponemos por el officio, ó los alimentos, ó el clima, ú otra cualquiera causa, aceptándolo todo sin excusa, si fuese del agrado de Dios; cuarto, á la vida dilatada hasta la vejez, ó abreviada con los tedios ó viajes trabajosos emprendidos por obediencia. Si á alguno le parecieren ménos aptos estos cuatro puntos para detenerse en ellos, ó porque ya ha conseguido esta indiferencia; ó porque robusto y con fuerzas, amado de los superiores, y de todos estimado, no teme para sí la suerte de un empleo humilde, de un lugar pobre, de una enfermedad ó muerte temprana, pareciendo que le ha destinado el Señor para gozar de salud, honras y co-

¹ De Relig. tom. 9, tract. 10, lib. 9, c. 5, dud. 9.

modidades; éste ofrézcase indiferente para huir ó abrazar, para hacer ó padecer todo aquello que entendiere pedirle Dios en estos ejercicios, sin poner límites algunos á la gracia, sin reservar cosa alguna á la naturaleza, ni señalar términos en el camino de la virtud, estableciendo llegar sólo hasta aquí, sin dar un paso más adelante, sino ántes bien poniéndose todo en las manos de Dios: sujetándose pronto á cuanto fuere de su agrado; en una palabra: *disponiéndose para conocer y alcanzar en el estado que ha elegido aquel grado de perfeccion que Dios le diere á conocer por medio de estos ejercicios.*

Tales son los cuatro puntos capitales á que debe mirar la indiferencia de quien en estos ejercicios quisiese entregarse á Dios, que para que no se olviden pueden reducirse á estos tres: conviene á saber; que estemos indiferentes, primero, á todo oficio; segundo, á todo lugar; tercero, para la salud ó la enfermedad: aquí se contiene todo lo que ántes se dijo. Y para llenar el número de cuatro que N. S. P. señala, obtendrá el cuarto lugar la indiferencia para subir, en el estado que tenemos, al grado de perfeccion á que Dios nos llamare; ó una pronta disposicion para hacer ó padecer, evitar ó abrazar lo que entendiéremos en estos ocho dias quiere el cielo de nosotros. La cual indiferencia ó prontitud la llamaremos en adelante con el nombre de *grado*, y le colocaremos entre aquellos cuatro puntos que eran la materia de la celestial indiferencia. No niego que su práctica es árdua, pero por lo mismo digo que es digno de almas muy levantadas, y propio solo de héroes.

III. La meditacion segunda del fin del Religioso suavizará en gran parte la dificultad de lo

dicho. Resolvíme no obstante á tratar este argumento ya porque lo insinúa el Directorio ¹, ya por la connexion que esta segunda tiene con las demas meditaciones, principalmente con la última del amor de Dios.

El amor de Dios ó perfeccion de la caridad consiste en la conformidad de nuestra voluntad con la divina; de manera que hagamos siempre lo que Dios quiere, y del modo que lo quiere; y á esto nunca llegaremos si no conseguimos la indiferencia que tanto se inculca en estas dos meditaciones. El modo con que Dios quiere le sirvamos, y acerca del cual nos conviene estar indiferentes, se cifra en hacer lo que, y del modo que Dios quiere; ó sea en que vivamos en aquel lugar, oficio, grado, con la salud del cuerpo, y estado del alma que Dios determinó desde la eternidad. Y quien á todo esto no está indiferente ¿cómo hará lo que Dios quiere, y del modo que lo quiere? Luego es necesaria esta heróica indiferencia para llegar al amor de Dios, que es el blanco de todos los ejercicios.

IV. Además de esto, los actos que haremos en este primer dia, de *gratitud* por el beneficio de la creacion, de *amor* para con un Criador tan benéfico, de *esperanza y deseo* de poseer el último fin para que fuimos criados, no son sino unas centellas de fuego, que nos servirán para coger en la cuarta semana el fruto de un amor encendido de Dios. De donde se ve el admirable enlace de las meditaciones de la primera y segunda semana, que persuaden esta indiferencia, con la

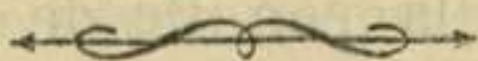
¹ Direct. c. 10, n. 10.

última, que nos inflama á la perfeccion de la caridad. No digas que estos afectos tiernos no son convenientes para la primera semana; porque fuera de que en ellos no nos hemos de detener sino de paso, como lo enseña el Directorio, este ejercicio del fin del hombre es como prólogo y exordio para todas las demas semanas, y así justamente se esparce la semilla de algunos afectos que en sus propias semanas se practicarán más ámplia y ardientemente. Así por ejemplo: *Fijando el hombre el pensamiento en sí mismo*¹, y considerando su modo de obrar respecto á su propio fin, y á los medios para conseguirlo, á lo mucho que en este particular ha errado, y al mal uso que de las criaturas ha hecho, etc., pone ya en general los primeros fundamentos para conocer la deformidad de su vida, y moverse por ello á dolor y lágrimas en la meditacion de los pecados, lo cual es objeto de la primera semana. Y miéntras se resuelve á buscar su último fin, y servir á su Criador del modo que El gustare, como consiste este modo en la imitacion de Cristo, se determina á imitarlo, y lo toma por guia segura de su camino, que es el fruto de la segunda y tercera semana. De lo cual consta con cuán estrechos vínculos están unidas todas las meditaciones, y cuán aptamente somos llevados por los principios á los medios, y por estos á los fines, hasta lo último de la perfeccion. Esta conexion admirable de las meditaciones entre sí, ensalza mucho la excelencia, utilidad y sabiduría de los ejercicios, y debe aumentar en nosotros el cuidado de hacerlos con el mayor fervor posible.

¹ Direct. c. 12, n. 5.

MEDITACION II.

DEL FIN DEL RELIGIOSO.



Punto I.

—

El fin del Religioso que profesa una vida mixta, es no sólo atender con la gracia divina á la salud propia, sino con la misma ayudar á la del prójimo. Y así, el fin del Religioso, principalmente de la Compañía, es la salud y perfeccion tanto propia como ajena. Quién negará que es suma *la excelencia, utilidad y felicidad* de este fin?

I. Su *excelencia* se ve, primero, porque este mismo era el fin de las principales acciones de Dios *ad extra*, como hablan las escuelas, de la Creacion, Redencion, venida del Espíritu Santo, y de la vida, pasion y muerte de Jesucristo; lo que principalmente se pretendia con estas obras era la salud y perfeccion del género humano. Segundo, de lo que testifica San Dionisio, enseñando que de todo lo divino, lo más divino es cooperar á la salud de las almas. Tercero, porque el hombre lleno de este celo es superior á lo terreno, mayor que los ángeles, mediador entre Dios y los hombres, compañero de Jesus, y como otro Cristo.

II. La *utilidad* es tambien grande; primero,

por los grandes méritos que de él se sacan; segundo, por las innumerables gracias que para él se le confieren; tercero, por la excelsa gloria con que estos trabajos se coronan. Y ciertamente con ninguna cosa aplacamos mejor la Justicia de Dios, que con llevarle almas á su misericordia, reducidas por nuestro medio.

III. No es menor la *felicidad* que de obrar por este fin resulta; porque sólo los que se entregan á la perfeccion, primero, viven con quietud, segundo, mueren con alegría, tercero, se salvan con ventajas. Oh! sea mil veces bendito aquel Dios fidelísimo *por el cual hemos sido llamados á la compañía de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro*¹, en el cual tenemos un fin tan excelso y tan bienaventurado.

Pero se ha de notar, que este fin de la salud y perfeccion así propia como ajena se ha de buscar, no segun la idea y deseo de cada uno, sino del modo que Dios quisiere; esto es, por aquellos medios, y con aquella medida que fuere de su agrado. Por esto no debemos pretender subir á otro grado de virtud, ó subir de otro modo, que el señalado y dispuesto por la suprema regla de todo. Ni debemos querer convertir más almas, ni de otro modo, en otro lugar, tiempo ú ocasion, como no sea todo conforme con la Divina voluntad. Si así no lo hiciéremos será cierto que no buscamos á Dios, ni le tenemos por fin, sino á nosotros mismos; conviene, pues, que la voluntad de Dios sea la mira de nuestras acciones y deseos; quien se desviare de ella, sin duda que va errado.

¹ 1. Cor. 1, 9.

Por lo tanto, importa mucho se imprima profundamente en nuestras almas esta verdad fundamental; conviene á saber, que el fin de todo Religioso, principalmente del Jesuita, que profesa una vida mixta, consiste en servir á Dios salvándose y perfeccionándose á sí y á otros, por aquellos medios y en aquella medida, que á su Divina Majestad agradare. ¡Oh Jesus! que con palabra y ejemplo nos enseñaste esta doctrina, danos que abrace nuestra voluntad lo que aprueba el entendimiento.

Punto II.

A la verdad, los medios para alcanzar el religioso este fin en la Compañía, despues del uso de los Sacramentos, oracion y recogimiento, guarda de los sentidos y apetitos, y observancia de las Reglas, son los varios *lugares* á que puede ser destinado, los *grados* y *oficios*, disposicion de cuerpo y alma de cada uno; porque en estos y aquellos, merecen los Religiosos que profesan vida mixta, su bienaventuranza y la de otros.

Donde se han de advertir tres cosas: primera, que los diversos grados de la Religion, mutaciones de lugar y de oficio, como tambien la salud ó enfermedad, sólo son medios de buscar la salvacion y perfeccion, así propia como ajena, por lo cual sólo se han de apetecer ó huir en cuanto conducen ó apartan del fin propuesto: pues el medio como medio no tiene otra bondad que su utilidad con respecto al fin, y quien por sí mismo y no por esta utilidad apetece el medio,

todo lo trueca y pervierte, porque hace fin del medio. Segundo, que todo grado, lugar, oficio y salud flaca ó robusta son medios aptísimos para alcanzar el fin del Religioso; pues es muy cierto, como lo persuade la razon, y lo demuestra la experiencia, que podemos igualmente perfeccionarnos y salvarnos á nosotros y á nuestros prójimos, en este ó en aquel grado, en este ó en aquel lugar, enseñando ó retirados, instruyendo á los niños y rudos, que disputando con los académicos y maestros, lo mismo enfermos que sanos. Y si por ventura piensas que uno de estos medios es más apto para ti que otro, te engañas; porque ninguno por sí es más apto que el otro para el fin, sino sólo más acomodado para tu amor propio. Tercero, que de los dichos aquel será el medio más apto para conseguir nuestro fin, que se dignare señalarnos la Divina Majestad; esto es, en aquel grado, lugar, oficio, y con aquella salud serviremos mejor á Dios, y ayudaremos mejor á la salvacion de nuestros prójimos, en que nos pusiere el Señor por sí ó por medio de nuestros superiores, porque en él nos dará mayores gracias que en ningun otro elegido á nuestro capricho y arbitrio. Por lo cual, aquellas miserias y desprecios, aquellos trabajos y enfermedades, aquellas mortificaciones y contrarias disposiciones de los superiores, y otras cosas semejantes, son entre todos, los medios más aptos, que para alcanzar nuestro fin nos señala Dios, escogiéndolos con infinita sabiduría y singularísima Providencia, como más acomodados á nuestras fuerzas y naturaleza.

Y es cierto que la Providencia de Dios, por lo mismo que es infinitamente próspera y sábia, emplea siempre los medios no solo más conve-

nientes, sino aptísimos para conseguir el fin; y así, cuando por los medios arriba dichos quiere su Majestad que consigamos nuestra salvacion y la de nuestros prójimos, es evidente que son los más acomodados entre todos para este fin. ¡Oh Señor! sujetad nuestra voluntad rebelde para que mande al entendimiento dar asenso firme á estas verdades, y en adelante las siga y abrace con resolucion.

Punto III.

De esto se sigue, que los Religiosos debemos vivir en aquel grado, lugar, oficio y estado de salud en que el Señor por medio de su Providencia, ó los superiores nos señalaren para que le sirvamos. Por lo cual debemos estar indiferentes para todo lugar, grado, oficio y salud: porque debemos servir á Dios *del modo* que quisiere le sirvamos, que es el fruto de la primera meditacion. Es cierto que Dios quiere le sirvamos en aquel grado, lugar y oficio que nos señala la obediencia, y en aquel estado de salud que nos ordena su Providencia; porque es dogma de fe, que nada se hace, excepto el pecado, sin la voluntad de Dios, y que hacemos su voluntad cuando hacemos la de nuestros superiores, segun aquello del mismo Cristo: *El que á vosotros oye á mí oye* ¹; y lo otro de Baruc: *Dichosos somos nosotros, á quienes el Señor manifiesta las cosas que le son agradables* ². Luego debemos estar indiferentes para todo esto, y quien hace otra cosa no

¹ Luc. 10, 16.

² Baruc. 1, 1.

sirve á Dios como su Majestad quiere, y por consiguiente se desvía de su fin. Y como aquella indiferencia general á toda clase de vida, honorífica ó despreciable, pobre ó rica, es necesaria para alcanzar el fin del hombre; así esta indiferencia particular para todo oficio, grado, lugar y estado de salud, es necesaria para obtener el fin del Religioso, principalmente Jesuita. Y como se desvía de su fin el mundano que quisiera vivir en otro estado del que Dios le llama, así tambien se desviaria de su fin el Religioso que quisiera servir á Dios en otro grado, lugar, oficio y estado de salud del que su Majestad le señalare por sí ó sus superiores. Por lo cual, la consecucion de esta perfecta indiferencia debe ser el fruto de la presente meditacion. Y ciertamente que ella es de sumo aprecio, y digna de que la procuremos con el mayor conato, por ser la base y fundamento de las demas meditaciones, quitada la cual necesariamente debe caer todo el edificio espiritual de los ejercicios; y la condicion indispensable para conseguir el Religioso la perfeccion de la caridad, que es el blanco de estos ocho dias.

AFECTOS.

I. Se sacarán los siguientes: primero, de *accion de gracias* por el beneficio de la vocacion Religiosa, que te ha sido concedido con preferencia á otros muchos más dignos... previendo tus tibiezas y pecados... y á una Religion tan excelente por tantas prerogativas; segundo, de *dolor* por el quebrantamiento de las reglas, violacion de los votos, desprecio de la profesion, en una palabra, por no haber cumplido con las obliga-

ciones de un estado tan santo, y por la flojedad en procurar la salvacion de los prójimos; tercero, de *amor y alabanza* por aquella admirable providencia que por tantos rodeos y circunstancias te sacó, aun cuando lo repugnabas, de las olas tempestuosas del siglo al puerto de la Religion, y en ella tan piadosamente te conserva; cuarto, de *propósito* para servir á Dios en adelante, en aquel grado de virtud á que nos llamare en estos ejercicios. En los cuatro actos dichos, por la misma razon indicada arriba no nos detendremos sino de paso; por el contrario, hemos de esforzarnos con todo el empeño posible en recabar de nosotros un acto perfecto de *indiferencia*.

II. Este acto de *indiferencia* para todo lugar, grado, oficio y estado de salud, debe hacerse sin embargo, de un modo *general*, guardándonos, en este primer dia, de descender á cosas particulares en una materia tan árdua, y tan contraria al amor propio; porque como la voluntad al principio está todavía muy débil, la llevaremos poco á poco hasta que, pasado algun tiempo, cobre mayores fuerzas. Ademas de lo dicho, como complemento de estos afectos, emplearemos tambien mucho tiempo en el acto de *fe*.

III. En este acto de *fe* creemos firmemente que todo lo que nos sucede, sea por medio de nuestros superiores, ó por otra cualquiera causa, nos sucede porque Dios lo quiere, y para nuestro mayor bien, y que estos son los medios más aptos entre todos para conseguir nuestro fin. Con razon, pues, el mismo que dijo: *Este es mi cuerpo* ¹, dijo tambien: *El que á vosotros oye, á mí*

¹ Mat. 26, 26.

oye ¹. Si creemos lo primero ¿por qué dudaremos de lo segundo? Creemos, pues, con repetidos actos de fe los dogmas siguientes: primero, que Dios es infinitamente sabio, y por consiguiente no ignora qué grado, lugar, oficio y salud nos sea más conveniente para nuestro bien; segundo, que es omnipotente, y por consiguiente puede darnos de estas cosas las que nos fueren más provechosas; tercero, que nos ama con amor infinito, y por consiguiente nos ha de dar los medios más aptos para conseguir el fin á que nos llamó. La viva fe de estas verdades nos persuadirá eficazmente la alabada indiferencia, que alcanzaremos si la pedimos tambien con incesantes clamores al Padre soberano de las luces.

CONSIDERACION

SOBRE LA INDIFERENCIA PARA TODO LUGAR, OFICIO,
GRADO Y ESTADO DE SALUD.

Siendo tanta la necesidad de esta indiferencia, que sin ella, no de otra suerte que sin el fundamento, caeria por tierra la admirable máquina de los ejercicios; y por otra parte, como crece tanto su dificultad, que se levanta rebelde contra ella el amor propio: juzgué necesarios muchos y graves argumentos para persuadirla, y poner en juego una multitud de razones, que muevan la voluntad, inclinándola á que la abrace. Lo cual

¹ Luc. 46, 16.

se conseguirá en esta consideracion conforme á la mente de San Ignacio, el cual deseaba, segun el Padre Lancicio, que entera y únicamente nos empleásemos en la consideracion de este argumento, no sea que, repartida la mente en muchos objetos, fuese menor la aplicacion á este punto tan principal. A quien pareciere larga la materia de este ejercicio, podrá dejar el segundo punto para el tiempo de la lectura espiritual de este dia.

I. La principal razon que nos hace difícil esta preciosa indiferencia son los trabajos, desprecios, molestias y enfermedades que deberemos padecer en tal oficio, lugar y grado. Segun eso, el disminuir este temor será suavizar la dificultad.

1.º Y empezando por lo último, dime: ¿no puede Dios castigarte con *enfermedades* en aquel oficio y lugar que deseas? ¿Y si quiere, no podrá conservarte sano en el que te espanta? ¿Y no tendrás mucha razon de temer te castigue con esta pena la Justicia divina por tu repugnancia? Pero al contrario, ¿no deberás esperar la salud en premio de tu indiferencia? A la verdad, si Dios, árbitro de la vida y de la muerte, te quiere más bien enfermo que sano, ¿quién eres tú, sacado de la nada, que te atreves á oponerte á su voluntad? ¿No es mejor estar enfermo porque Dios lo quiere, que contra su gusto estar sano? Luego es vano el pretexto de enfermedad con que se excusa tu amor propio: no se te prohíbe expongas al superior el prudente recelo que en tal oficio ó lugar tienes de caer enfermo, con tal de que estés pronto para hacer lo que te ordenare, despues de enterarse bien de todo.

2.º Por lo que mira á los *trabajos*, incomodidades, vejaciones, tedios, cuidados, que en tal

ocupacion ó lugar te asustan, ¿no es Dios poderoso para premiártelos abundantísimamente con el don de oracion, consuelos del cielo, feliz suceso de los negocios, paz del ánimo, pureza del alma, y con una dichosa inmunidad de otras mayores molestias, tristezas, discordias con los sujetos, disgustos con los superiores, que de otro modo hubieras de padecer sin remedio? Y al contrario, ¿no puede Dios en aquel mismo oficio y colegio que tanto apeteces, llenarte de adversidades y trabajos mucho mayores de los que padecieras en el otro ministerio y lugar de que tanto huyes? ¿Y qué, no es de temer que así lo haga el divino justiciero? Muy enemigos somos de nuestro verdadero bien cuando, inadvertidos, huimos de pequeños males, para caer inmediatamente en otros mayores: luego si no queremos errar, debemos estar indiferentes para hacer en todo la voluntad de Dios.

3.º Finalmente, lo que acabamos de decir de los trabajos se debe entender tambien de los *desprecios*, por cuyo temor aborrecemos este grado de virtud, oficio, etc. Los desprecios sufridos con paciencia serán un iman poderoso para atraernos del cielo muchos bienes, y librarnos de muchos males; mas por el contrario, ¡cuántos no cogen sino espinas de desprecio, donde pensaban hallar solamente laureles de gloria! ¡Cuántos se hacen odiosos siendo superiores, que ántes de serlo fueron muy amables; y son malos cónsules los que fueron buenos ciudadanos!

Por justo juicio de Dios suele caer en Escila quien quiere evitar á Caríbdis; por el mismo camino por donde esperaba goces, salud, honras y comodidades, incurre en enfermedades, desprecios y trabajos. Así Amán, en la mayor altura del

honor, á donde subió por su *oficio*, halló el patíbulo ¹. ¡Oh cuánto más alegre hubiera vivido lejos de palacio, en un estado humilde! Lot, para evitar las molestias de sus pastores con la separacion de Abraham, eligió la amenísima región de Sodoma. Todos le creían muy feliz en aquel *lugar*; pero cuán mal le fué con semejante eleccion cualquiera lo podrá leer en el capítulo 14 del Génesis. Ocoías, al huir impaciente de la enfermedad, incurrió por su imprudencia en la muerte, oyendo del fervoroso Elías aquella sentencia, *morirás sin remedio* ². ¡Y qué, si despues de muchos rodeos, oposiciones y encuentros se ha de ceder finalmente, y nos vemos obligados á hacer, forzados, lo que no quisimos hacer libremente! Porque la ordenacion divina es un mar inevitable, que es preciso vadear en esta vida. Sírvanos de ejemplo Jonás. Mandóle Dios que fuese á Nínive á predicar, pero temiendo él que perdonase el Señor á los ninivitas, si se arrepentian, y le tuviesen por falso Profeta, determinó huir, *y se levantó para escaparse de la vista de Dios* ³. ¿Qué le aprovechó su repugnancia? *Lo mismo que al que teme la escarcha, que caerá sobre él la nieve* ⁴. Desobediente Jonás por huir de Nínive se arrojó á la mar; por temer á los hombres, fué tragado por un pez; por no publicar la palabra de Dios en una populosa ciudad, estuvo escondido en el vientre de una ballena. En fin lo que primero no hizo libremente y á poca costa,

¹ Est. 7, 10.

² 4 Reg. 1, 16.

³ Jon. 13.

⁴ Job. 6, 16.

hubo de hacerlo despues que por segunda vez le habló Dios: se levantó, fué, y predicó, haciéndolo con menor mérito, y pasando varias calamidades, cuando sin padecerlas pudiera haberlo hecho ántes alegremente. De todo lo cual se ve, que el principal obstáculo de esta divina indiferencia es un fantasma, que sólo espanta de léjos, pero que de cerca, se desvanece hasta parar en nada.

II. Quitado el principal impedimento, nos resta poner un estímulo de igual fuerza que él, este es la *felicidad* de que goza un alma que está indiferente para las cosas de este mundo, triunfando de ellas aun en este valle de lágrimas. Porque, como nada quiere, ni nada teme, goza de paz celestial, por lo mismo que están léjos de ella aquellas dos aficciones, fuentes de toda turbacion en la tierra, que son deseo de alcanzar, y temor de perder.

El no desear nada es un soberano imperio, por el cual se hace uno superior á todas las cosas de este mundo; más poderoso que los reyes, porque es señor de sí mismo, superior aun á sus mismos superiores, porque como nada busca no necesita de su favor; rebosa en gozo interior, porque está cierto de que vive en el lugar y oficio que Dios quiere; y de aquí es que en cualquiera dificultad, miseria ó trabajo, seguro del auxilio, acude confiado á Dios, durmiendo descansado en el seno de su Providencia, al son acorde de aquel verso de David: *El Señor me rige, y nada me faltará* ¹. Finalmente, émulo de los ángeles pasa en la tierra vida celestial: como aquellos

¹ Salmo 22, 1.

soberanos espíritus que están siempre prontos á oír la voz de sus mandatos ¹, igualmente dispuestos para guardar á un hombre pobre que á un rico, á un rústico que á un Rey, á un sano á que un enfermo, á un judío que á un cristiano: y así como estos están indiferentes, ó para ofrecer á Dios en los cielos *el incienso de las oraciones de los santos* ², ó para derramar en la tierra *los siete vasos llenos de la ira de Dios* ³, así tambien las tales almas están aparejadas para hacer cuanto fuere del agrado de Dios, porque su gusto es el único fin de sus acciones. Por aquí puede medirse la altura de la felicidad y grandeza de estas almas heróicas. Pero al contrario, quien carece de esta virtud, á manera de un mar proceloso está continuamente agitado de olas de turbaciones y cuidados; y movido por una servil cortesanía, apénas hay á quien vilmente no adule, ó para que favorezca sus deseos ambiciosos, ó para que no se oponga á ellos. En las adversidades no se atreve á acudir al cielo, remordiéndole la conciencia de que él mismo es autor de sus males, con habérselos buscado recabando quizá de sus superiores aquel oficio y lugar que se los causa. Cortado el hilo de su singular providencia, fluctúa inquieto á una y otra parte, y como hueso dislocado vive siempre entre dolores. Aun en el mismo lugar y oficio que tanto anheló no halla contento, mezclándole Dios varias amarguras, verdugos tiranos de su delicadeza. Quizás tú mismo lo habrás experimentado.

¹ Salmo 102, 20.

² Apoc. 8, 3.

³ Apoc. 15, 7.

¿Y no escarmentarás todavía? Abre finalmente los ojos; no seas necio. ¿Por ventura no temes que Dios justiciero, en el lugar que tú buscas te castigue con permitirte vengan tentaciones más graves, dejándote caer en culpas mortales, de que te librara en otra parte? ¿No recelas que te niegue, aun las gracias necesarias para cumplir bien aquel oficio que pretendes, que para otro se te concedieran con abundancia? ¿Cómo, pues, te atreves á vivir en aquella ocupacion y lugar en que no te puso el cielo? Hueso dislocado eres, y así siempre estarás mal, y principalmente en la muerte ¹. Dime, miserable, ¿de qué consuelo te será en aquella hora haber alcanzado cuanto deseaste, haber hecho cuanto quisiste? ¡Oh infeliz! ¿qué te aprovechará entónces haber hecho siempre tu voluntad, y no la de Dios? ¿Qué premios puedes esperar por los trabajos que padeciste, no por orden del cielo sino por tu amor propio? Ciertamente que á quien esto no convence, justamente puede temer se fulmine contra él aquella maldicion: *Maldito sea el hombre que se apoya en brazo de carne* ².

Concibamos, pues, de nuevo con generosa resolucion el propósito de servir á Dios en adelante en el estado que él gustare, ó si le hubiéremos elegido, en el grado de perfeccion, oficio, lugar y salud á que nos llamare, con firme deseo de evitar y abrazar, hacer y padecer todo aquello que en estos ejercicios conociéremos quiere el Señor de nosotros.

III. A la verdad, para que este propósito sea

¹ Eccl. 3, 27.

² Jerem. 17, 5.

firme, y no se desvanezca poco despues de concebido, persuádate altamente que todas las cosas, á excepcion del pecado, no suceden por acaso, sino por disposicion altísima de nuestro amantísimo Padre celestial, que con infinita sabiduría y santidad, con divina prudencia y bondad *lo dispone todo suavemente* ¹. Entiende ya por lo mismo, que ese oficio, ese lugar, te lo señala Dios por tus superiores; esa enfermedad, ese trabajo, te lo envia Dios por su mano; en suma, Dios quiere que tú vivas en ese lugar, que te emplees en ese oficio, que subas á ese grado de perfeccion, que padezcas esos dolores en el cuerpo, esas aflicciones en el ánimo.

¡Pero replicarás! no es esta la voluntad de Dios, sino la voluntad siniestra de mis superiores, maquinacion de mis émulos, venganza, rencor, odio; esta es la verdadera fuente y origen de mis males. Así lo juzgas tú precipitadamente, pero quizas con mayor temeridad que verdad; porque muchas veces juzga temerariamente el entendimiento, que realmente se hizo lo que á la dañada imaginacion se le antoja que pudo hacerse.

Pero concedamos que la cosa se hizo como tú lo piensas; que los trabajos que padeces tengan su origen en el mal afecto de los hombres; mas qué se sigue de ahí? Convengo en que ellos yerren; que la santidad de Dios reprueba su pecado; que su justicia les prepara los castigos: digo á pesar de esto que el supremo Gobernador de todo, aunque no quiere el pecado, sí quiere sus

¹ Sab. 8, 1.

efectos. Luego no siendo pecado tu destino para aquel oficio y lugar, ni la enfermedad y trabajo que pesan sobre ti, bien puede todo esto ser objeto de la divina voluntad, aunque intervenga en su origen ageno delito. Así, aunque el *Señor de las Virtudes* ¹ abominase la venta de José, pero aprobó su oficio, y detencion en Egipto: *Dios me envió á Egipto delante de vosotros* ²: dijo que Dios le habia enviado, no la envidia de sus hermanos. Las miserias y trabajos que inundaron á Job, aunque dimanaban de la malicia de Satanás, tambien eran materia del beneplácito divino: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó* ³: dijo que Dios se lo habia quitado, no Satanás. Y finalmente, aunque el Eterno Padre condenó el furor de los judíos, pero decretó la muerte de su Hijo; pues el mismo Cristo dijo á San Pedro: *El caliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba?* ⁴ no dijo que los judíos se lo daban, sino su Padre. Del mismo modo: aunque la santidad de Dios aborrece la malevolencia de los compañeros, la imprudencia de los superiores, la envidia de los émulos; quiere no obstante sus efectos, aquel infortunio, aquel cargo, aquel abatimiento: ¡oh Religioso! no la envidia de tus hermanos, sino la Providencia del cielo; no Satanás, sino el Señor; no el ódio de tus enemigos, sino el amor de tu padre, te envia á aquel Egipto, te causa aquellos males, te da á beber ese caliz. Dios, Dios es el que quiere que vivas en ese lugar, que ejercites ese

¹ Salmo 45, 8.

² Gen. 95, 5.

³ Job 1, 21.

⁴ S. Juan 18, 11.

oficio, que padezcas esa enfermedad, que te humilles en ese grado, que sufras esa adversidad, ese desprecio. Así es, *Dios lo quiere*. Aunque el mundo lo contradiga, y el amor propio no lo entienda: *Dios lo quiere*.

Y lo quiere todo mirando siempre por tu mayor bien, y utilidad de tu alma, tan pródigamente, que si corrido el velo se te concediera ver los secretos de su providencia, tú mismo aprobarías aquello que tanto repruebas ahora; y si te fuera libre, ciertamente ninguna otra cosa escogerías. Oye la razón: porque su sabiduría infinita conoce muy bien lo que te está mejor: *puesto que nada hay escondido á sus ojos*¹. Demas de esto, puede tambien darte lo que conoce te está mejor, *teniendo siempre en su mano el usar del poder cuando quisiere*². Y por último, quiere tambien dártelo, pues te ama como á la niña de sus ojos; como la nodriza al niño pequeño³. Luego cuanto te acontece, te sucede todo por tu mayor bien. Así es que *el Dios de las virtudes no solamente ordena todas las cosas en número, peso y medida*⁴, sino que tambien nos gobierna con grande miramiento, cambiando el mal en bien, y sacando provecho hasta de la misma tentacion⁵. Echate pues con entero abandono en los brazos de tu amantísimo Padre, indiferente para cuanto fuere de su agrado, diciéndole con San Ignacio de Loyola: *Haced de mí como vos sabeis y quereis, porque ya sé que me amais*. Este victorio-

¹ Ecl. 39, 29.

² Sab. 12, 18.

³ Deut. 32, 10.

⁴ Sab. 11, 21.

⁵ Sab. 12, 18.

so lema *Dios lo quiere*, sea escudo con el cual quebrantes todos los ataques de tu ánimo rebelde, ni lo dejes de la mano mientras no te coronen triunfante con esta celestial indiferencia.

EXAMEN

SOBRE LOS IMPEDIMENTOS DE LA INDIFERENCIA.

Queriendo San Ignacio, como poco ántes se dijo, que todo este día se emplee sólo en la meditación fundamental de nuestro fin, y en su principal fruto la indiferencia; para conformarnos más con su mente, apuntaremos aquí, á fin de que se examinen, los obstáculos de esta celestial virtud, para que quitándolos la alcancemos mejor. Por lo cual tomando algun tiempo libre, examinaremos:

1.º ¿Qué cosa criada ó qué inclinacion viciosa nos detiene principalmente? ¿Qué dificultad nos aparta? ¿Qué estorbo nos impide emprender el camino de la perfeccion, servir á Dios del modo que su Majestad quiere, abrazar el estado á que nos llama, ó si lo hemos abrazado, subir á aquel grado de santidad que nos inspira?

2.º ¿Qué nos retrae con más vehemencia de esta preciosa indiferencia? ¿Acaso algunas de aquellas tres concupiscencias que señala San Juan: *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida*, ó sea el deseo de honras, la solicitud de regalos, ó el apetito de comodidades supérfluas? ¿O por ventura nos asusta el horror de los trabajos, miserias y desprecios?

Miremos si hemos alcanzado el debido aprecio de la dignidad, y el conocimiento claro de la necesidad de esta virtud, ó á lo menos si sentimos vivos deseos de alcanzarla.

3.º Registremos á qué oficio nos inclina, ó de cuál nos retrae nuestra soberbia y sensualidad. Por ventura con el pretexto de salud ¿no buscamos ó huimos de alguna ocupacion ó lugar? ¿Acaso por el temor vano de no abreviar la vida perdemos muchas ocasiones de dilatar la gloria de Dios!

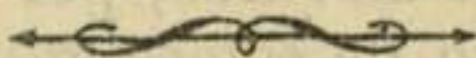
4.º ¿Estamos prontos para tomar ó dejar, para hacer ó padecer lo que conociéremos en estos ejercicios quiere el Señor de nosotros; ó por el contrario, prescribimos á la gracia ciertos términos de donde, contumaces, no queremos pasar? En una palabra: examinemos si acaso observamos la tercera advertencia del §. II de la introduccion á los ejercicios.

Si en los cuatro puntos propuestos nos ocurriere alguna dificultad, acordémonos que somos criados por Dios y para Dios, por lo cual debemos servir á su Majestad del modo que quisiere. ¿Qué somos los hombres para oponernos á lo que su eterna providencia dispone de nosotros?

Nota. Si ayer no se hubiesen leído las advertencias del §. IV, deben leerse hoy.

MEDITACION III.

REPETICION DE LAS DOS ANTECEDENTES.



Advertencia.

—

I. Por dos razones insistia tanto San Ignacio en su libro de los ejercicios, en que se haga una repetición de las principales meditaciones: la primera, á fin de que las verdades fundamentales, á fuerza de considerarlas, se impriman más hondamente en nuestros entendimientos; la segunda, para que la voluntad se consolide más en los propósitos que ha concebido: en suma; para que el fruto que en la primera meditación aún no se haya logrado, se logre, y se coja copiosísimamente en la segunda.

II. En estas repeticiones, que son como una *reminiscencia de las cosas contempladas en los ejercicios pasados*¹, se han de observar dos cosas: primera, deben recorrerse principalmente aquellos puntos en donde sentimos mayor luz y fervor, ó bien aquellos que nos causaron más consuelo ó sequedad, y por último aquellos en

¹ S. Ignacio lib. de los Ej., semana 1.^a, Ejercicio 4.^o

los cuales no hallábamnos jugo de devocion, probando si á lo ménos ahora sentimos algunos movimientos piadosos, *porque frecuentemente acontece que la renovacion de las reflexiones que en un principio nos habian causado poca impresion, nos produzcan en fin mayores luces y consuelos*¹; segunda, que demos muchísimo más tiempo á los afectos que al discurso, por consistir en ellos el principal fruto de estas repeticiones. Son palabras del Directorio: *es preciso dejar los largos razonamientos, y solamente recorrer los puntos que ya hemos meditado, deteniéndonos, no tanto en reflexiones, cuanto en actos de la voluntad, y piadosos afectos: sin duda por esta razon prescribe el santo Autor, que se hagan más coloquios en este ejercicio que en los precedentes*².

III. A la verdad, la diferencia que se halla entre la meditacion y su repeticion, es que en la repeticion hacemos reflexion sobre las meditaciones ántes hechas, notándolo todo, y deteniéndonos en particular en aquellas ideas en que tuvimos más ilustraciones, consuelo ó desolacion; por el contrario, en la meditacion se considera la verdad sin reflexion á estas meditaciones, como si ella fuese la primera, y no se hubiera tomado otra. Servirá de norma la siguiente repeticion, en la cual las estrellitas * que pusiéremos en medio del texto, denotarán que en aquel lugar nos hemos de detener, porque en el ejercicio antecedente hallamos luz, consuelo ó desolacion. Ni es de temer que gastemos mucho tiempo en estas

¹ Direct., cap. 15, n. 3.

² Direct. c. 15, n. 2.

reflexiones con perjuicio de los afectos, pues rara vez sucederá que correspondan las luces ó desconsuelos al número de las estrellitas.

Punto I.

Siendo nosotros criados por Dios y para Dios, la misma razon enseña que debemos servir á Dios del modo que su Majestad gustare, pues otros servicios que no son conformes á su voluntad, es cierto que no pueden ser de su agrado. * *Oh Señor Dios omnipotente, criador de todas las cosas* ¹, confieso que os son debidos mis servicios; á vos, que sois mi Dios, mi Señor, y mi Redentor, sin que pueda negároslo. Yo, vuestra criatura, siervo y redimido, digo y muchas veces repito, que el serviros es el fin de los mortales, su negocio esencial, último, único y máximo. * Pero hacerlo del modo que vos lo quereis, estar indiferente á todos los medios por donde vos gustáreis llevarnos á vos mismo, que sois nuestro fin, *esto es lo penoso y difícil*; porque, *confesaré ante vos mi injusticia contra mí* ², esto es lo que repugna la carne rebelde, el amor propio y toda la naturaleza. Nada hay más cierto para el entendimiento, y nada más difícil para la voluntad. Conozco la felicidad en que está un alma indiferente, experimento los impulsos de la gracia, * pero tambien yo *siento en mis miembros una ley que*

¹ 2 Mat. 1, 29.

² Salmo 31, 5.

contradice á la ley de mi conciencia ¹, y esta ley tirana me persuade huya del bien que deseo.

Entiendo los poderosos estímulos que me mueven á esta virtud. Porque lo primero, así lo pide la *equidad*; pues ni un rústico sufre que el siervo á quien paga le sirva de otro modo que de aquel que le señala, ni nosotros agradecemos el beneficio que no es conforme á nuestro gusto. * Lo segundo, así lo quiere mi *utilidad* propia, porque de otro modo todos mis trabajos serán otros tantos pasos fuera del camino, serán obras vacías, porque están llenas de voluntad propia. * Lo tercero, así tambien lo exige mi *felicidad*, pues solo aquel vive dichoso en la tierra, que tiene la misma voluntad que su Criador y Señor. *

¡Ah! ¡que suenan á mis oídos aquellas voces de los condenados! *¿Qué nos aprovechó la soberbia, qué nos resta de la ostentacion de nuestras riquezas?* ² Y á mí ¿me aprovechará abundar de todo, si al fin me condeno? ¿Ni qué me dañará padecerlo todo si al fin me salvo? Esta verdad es una espina que me hiere en lo más vivo del alma. * Y con todo, ¡qué dureza es la mia, pues todavía me resisto á abrazar esta celestial indiferencia! A la verdad ³, *la vergüenza cubre mi semblante*, y el dolor oprime mi corazón. Pero ¡oh gran Dios! *muestra el poder de su brazo, y tú, que mandas á los vientos y al mar* ⁴, rinde tambien á tus pies mi voluntad rebelde.

Sea pues así ⁵: *oid, oh cielos*, lo que firme-

¹ Rom. 7, 23.

² Sab. 5, 8.

³ Salmo 68, 8.

⁴ Luc. 1, 51.

⁵ Deut. 31, 1.

mente propongo; oiga la tierra las palabras de mi boca ¹. Porque vos sois *mi Dios y mi Señor*, cuyas manos *me hicieron y formaron* ², por esto debo alabaros en adelante, y serviros del modo que vos quisiéreis, en el estado que vos determináreis, ó en el que me habeis puesto, y en el grado de perfeccion que vos me señaláreis. Aparejado estoy para tomar ó dejar, hacer ó padecer, lo que entendiere quereis vos de mí en estos ejercicios. *Oh Criador omnipotente, sentado sobre vuestro trono* ³, *abrid vuestra mano, extended vuestra diestra!* ⁴

NOTA. *Repítanse al fin de esta meditacion los actos de virtud, que dije se ejercitasen en la primera.*

Punto II.

A la verdad, si esta indiferencia la pide del hombre su propio fin, mucho más, y más perfecta la exige del Religioso el fin de su estado. Así es, ¡oh ejemplar y autor de la vida apostólica, Cristo Jesus! De nada me aprovechará la *excelencia, utilidad y felicidad* de este fin, que es procurar la salvacion y perfeccion propia y ajena, si no lo consigo del modo que vos quereis,

¹ Joan. 20, 18.

² Salmo 118, 73.

³ Eccli. 1, 8.

⁴ Jac. 14, 15.

esto es, por aquellos medios, y en aquella medida que vos me señaláreis. *

Ademas de esto, ilustrado con divina luz, claramente conozco ¡oh mi Dios! que en la Religion cualquier grado, lugar, oficio y estado de salud, son medios, muy aptos, para conseguir este fin. * Antes bien, como vuestra divina providencia, por lo mismo que es infinitamente próspera y sabia, elije siempre los medios más aptos para el fin, es para mí evidente que aquella ocupacion, aquel Colegio, aquella salud y grado en que me hallo por la obediencia ó providencia, es el medio más apto para alcanzar mi fin. * Luego es más claro que el sol, que debo estar indiferente para todo esto. *

Y no obstante, ¡oh Señor! vos lo veis, *vuestros ojos ven mis imperfecciones* ¹, aún no tengo los primeros bosquejos de esta hermosa virtud; ¡el amor á las comodidades, honras y deleites, el horror á los trabajos, desprecios y dolores son los dos polos sobre los cuales gira todo el círculo de mi vida! Pero, ¡oh alma mia! ¿hasta cuándo te abatirás á una servidumbre tan indigna de tu estado? ¿Por ventura despreciaste las dignidades mundanas, para buscar el humo del honor en la escuela de la humildad? ¿Acaso renunciaste los placeres de tu casa para anhelar una pequeña y vil comodidad en la morada de la penitencia? ¿Rompiste los lazos de la carne y sangre, para ser esclavo de tu salud? Y por último, ¿el motivo de morir al mundo, fué para vivir á tu amor propio? ¡Oh Señor! ², *abridme los ojos para que vea*

¹ Salmo 138, 16.

² Salmo 12, 15.

la vanidad que ha cegado á mi alma. Dadme una fe viva de que vuestra providencia paternal lo gobierna todo ¹. Este lugar, este oficio me lo señalásteis vos por medio de los superiores, y de vuestra mano me viene esta enfermedad. * Haced por tanto que todas estas cosas las reciba con ánimo indiferente, como los medios más aptos para conseguir mi fin en la Religion.

NOTA. *Repítanse despues con grande afecto los mismos actos que estan al fin de la 2.^a meditacion.*

ADVERTENCIA.

Debiendo detenerse más tiempo en la primera semana los que no han aprovechado tanto en espíritu, á fin de llorar mejor sus pecados, y conocer más su fealdad, como lo nota el Directorio ², extendí de intento las meditaciones del dia segundo, para que, divididas en dos partes, den bastante materia para dos dias, á los que quisieren emplear cuatro en la primera semana. Estos podrán partir las meditaciones del pecado y del infierno, y meditarán en este dia una parte, y en el siguiente la otra, y con esto satisfarán al Directorio, el cual advierte ³, *que en el dia tercero se proponga la misma materia que en el segundo, añadiéndole algunos puntos nuevos porque de este modo se penetre más profundamente dicha ma-*

¹ Sab. 19, 3.

² Direct., c. 17, n. 1.

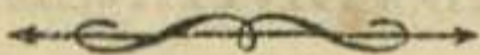
³ Direct., c. 14, n. 1.

teria. Pero los que no quisieren gastar en esta semana sino tres dias, tomarán para la meditacion uno ó dos puntos, dejando los demas para el tiempo de la lectura espiritual.

DIA II.

MEDITACION I.

DE LAS PENAS DE LOS PECADOS DE LOS ÁNGELES
Y DE ADAN.



Punto I.

Considera la pena del pecado de los ángeles malos, que por faltarles la tan laudable indiferencia, desviándose de su fin, rehusaron con rebeldía servir á su Criador del modo que su Majestad queria, negándose á adorar al Mesías venidero; por lo cual al punto los arrojó Dios del cielo al infierno. Atónito al trueno de este castigo, considera las circunstancias siguientes.

1.^a ¿Quién es el autor de este castigo? Y hallarás que es Dios, cuya *justicia* no puede castigar más de lo merecido; cuya *misericordia* siempre castiga ménos de lo que se merece; cuya *sabiduría* nada ejecuta inconsiderada y precipitadamente; cuya *santidad* no puede obrar por passion ni con defecto. Y no obstante, este Dios tan justo, tan sabio, tan santo, tan piadoso, condenó tan severamente á estos espíritus celestiales, que por un pecado se desviaron de su fin.

2.º ¿A *quiénes castigó?* ¡Ah! á unas soberanas inteligencias, príncipes del cielo, prodigios de la omnipotencia, adornados de todas las dotes de naturaleza y gracia, innumerables, que si los perdonára, hubieran lavado con inmenso llanto su pecado, y en cada momento de la eternidad le amarian con amor intensísimo y sempiterno.

3.º ¿*Por qué castigó un Dios tan sabio y tan piadoso á tantos espíritus tan excelentes, sin perdonar á ninguno?* ¡Ah! tiemblen los cielos y estremézcase la tierra. Por un solo pecado grave, y el primero... cometido en un instante... y con solo el pensamiento.

4.º ¿*Mas cómo castigó la Justicia divina á tantos espíritus por un pecado?* Con castigo en la intensidad atrocísimo, en la duracion eterno; ó como hablan las escuelas, finito en la intensidad, pero infinito en la extension; y con pena de daño tan acerba, que ni la misma vengadora omnipotencia puede dar mayor tormento.

5.º ¿*Cuándo les dió castigo tan terrible?* En aquel tiempo, en que todavía no habia precedido el ejemplo de otro castigo, sin prévio aviso ni amenaza. No habian visto naufragar al mundo en un diluvio de aguas, abrasarse Sodoma en tempestad de llamas, muerto en una cruz al Hijo de Dios; y no obstante, no la décima parte de los culpables sino todos ellos fueron arrojados al infierno, al punto, en el mismo instante en que pecaron, sin permitirles ni un momento para la penitencia.

¡Ah! los ángeles, criaturas tan nobles, tantos en número, que se dice ser hasta la tercera parte de ellos, por un solo pecado de pensamiento, cometido en un instante, y sola una vez, y esta la primera, sin el escarmiento de otro castigo,

sin un momento para el arrepentimiento: los ángeles, tiembla, pecador, por un solo pecado... primero... cometido con el pensamiento... en un instante son arrojados al infierno, esto es, á un lugar de tormentos, innumerables en su multitud, inexplicables en su grandeza, interminables en su duracion. Y á aquel lugar son arrojados por un juez infinitamente justo, sábio, santo, misericordioso. ¡Oh pecado! qué mónstruo eres tan horrendo y tan abominable; pero no obstante, la malicia ciega de los hombres te juzga nada ó cosa muy leve. ¡Oh qué mal tan tremendo! Eres digno de que te lloren con lágrimas de sangre, pues precipitas á los que te abrazan, de la patria de las dichas al centro de todas las miserias. ¡Ea! di á qué te resuelves, y qué consecuencia sacas de lo dicho.

Conclusion 1.^a Luego debo aborrecer el pecado con sumo odio y horror. Y ¿qué? *Si Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, sino que, atándolos con amarras de infierno, los arrojó al abismo para ser atormentados*¹, ¿en qué fundo yo mi esperanza para la impunidad? ¿Yo, tierra y lodo? ¿Yo, reo, no de uno sino de tantos delitos, y tan graves, y reo despues del perdon tantas veces concedido, despues de haber visto tantos castigos de la divina Justicia! ¡Ah! Traspasado de horror huiré del pecado *como de la presencia de la serpiente*², porque la cárcel del infierno, en la cual gimen los espíritus rebeldes, todavía arde encendida, y tambien para mí... Así es; para mí ar-

¹ Epístola 2.^a de S. Pedro, 2, 4.

² Eccl. 21, 2.

de encendida; el mismo Dios, que no perdonó á los príncipes del cielo, tambien vive, y vive tan justo ahora como ántes, igualmente poderoso que santo. Vive, sí, ¡ay de mí, si muriendo en pecado caigo en sus manos! Si á los ángeles, criaturas tan nobles, y tantos en número, no perdonó ¡mucho ménos me perdonará á mí, hombrecillo vil, su justicia vengadora! Luego teme, huye, aborrece el pecado.

Conclusion 2.^a Siendo, pues, tan enorme y tan mortal la malicia del pecado, que en tanto grado irrita la justicia de Dios, luego los que he cometido debo llorarlos con intensísimo *dolor*. Pecaste, ¡oh infeliz! pecaste, clama tu conciencia; luego has merecido el infierno como lo enseña la fe! Si en el momento que pecaste hubieras muerto, ¿en dónde estarías ahora? *habitarías con el fuego devorador* ¹, y allí morarías eternamente! Oye pues y atiende: Dios castigó á los ángeles, y te perdonó á ti: á ellos *atándolos con amarras de infierno los arrojó al abismo para ser atormentados*, y á ti te concedió con piedad tiempo para la penitencia. Pecaste una, dos y tres veces, y otras tantas te perdonó Dios. Pecaste cuarta vez, y aún te perdonó Dios. Pecaste diez y aun veinte veces, y veinte veces te perdonó Dios. Tú continuaste pecando, y Dios continúa perdonándote. Y á los ángeles, ¡qué incomprensibles son las misericordias de Dios! despues de un único, primer pecado, y ese sólo de pensamiento, negándoles tiempo de penitencia, al momento los condenó para siempre. Y á ti, miserable, vilísimo, ingratisimo hombrecillo, des-

¹ Isaias 33, 4.

pues de centenares de pecados, y esos gravísimos, aún te perdona con indecible misericordia.

¿No conoces, finalmente, la infinita bondad de su divina misericordia para contigo? ¿No te pasmas atónito del amor inefable que te tiene, con preferencia á tantos otros? No eres hombre, si á tales excesos de fineza no se rompe tu pecho en gemidos, no se deshacen en lágrimas tus ojos, no se derrite tu corazón abrasado por la caridad. Muévete, en vista de esto, á hacer actos fervorosísimos de *dolor y horror*; dolor de los pecados pasados, y horror de los futuros. Y este será el fruto de esta meditacion.

Punto II.

Considera la pena de nuestros primeros padres, incurrida porque se apartaron por el pecado de su último fin, y no contentos, por falta de indiferencia, con la condicion en que Dios los habia puesto, quisieron, ambiciosos, ser *como dioses, sabiendo el bien y el mal*¹. Se sujetaban sí á servir á Dios, pero en grado más sublime que el que la divina Providencia les habia ordenado; y para gozar de sus deseos, con perverso uso de las criaturas, eligieron los medios que les estaban prohibidos.

1. Pero apenas gustaron nuestros primeros padres la fruta vedada, cuando los privó Dios

¹ Gen. 35.

de la justicia, de los hábitos sobrenaturales, del dominio sobre los animales y sus apetitos, y además fulminó contra ellos sentencia de destierro del Paraíso de delicias á este valle de miserias, prohibiéndoles la entrada por medio de un Serafin, que con una espada de fuego guardaba la puerta de aquella mansion. Ni paró aquí la fuerza venenosa de este mal, sino que también pasó á nosotros, sus miserables descendientes. Para que lo conozcas con más claridad.

2. Figúrate ver reunidos en un monton todas las hambres y pestes; todos los incendios, naufragios y guerras; todas las ruinas y destrozos de tantas ciudades, provincias y reinos; todos los ímpetus y avenidas de los rios y mares; todas las enfermedades y tormentos de los enfermos y mártires; en fin, todas las calamidades y miserias que ha habido, hay y habrá principalmente en el tiempo del Antecristo. Añade á todo esto tantos millones de niños, que, arrebatados por la muerte, ántes de lavar la mancha original con las aguas del Bautismo, están eternamente privados de la celestial bienaventuranza. Todo esto, digo, amontonado, con todos los huesos y calaveras de cuantos hasta ahora han muerto y morirán en adelante, no es sino el destrozo producido por el negro torrente, cuyas avenidas impetuosas son el origen de tanto estrago. ¿Y de qué manantial proceden estos raudales? No de otro, segun el Apostol ¹, sino del pecado de nuestro

¹ Rom. 5, 12.

primer padre. Mide ahora por el rigor del castigo la gravedad de la culpa.

Sin embargo, de ningun modo se conoce mejor el estrago del pecado, que contemplando con piadosa atencion cuanto pasó en el Calvario. Porque para satisfacer condignamente á la divina Justicia por este único pecado de Adan, fué necesario que el Verbo divino se hiciese hombre; padeciese el impasible, y muriese el inmortal. Y no pudo ser de otro modo: pues aun cuando se juntasen todos los trabajos que sufrieron todos los bienaventurados durante su vida mortal, todos sus tormentos y virtudes, de ninguna manera eran suficientes para borrar esta sola culpa. Aun más; aunque cien millones de almas, cada una de las cuales fuera más santa que la misma reina de los cielos, padeciesen por millones de años, tormentos más atroces que los del infierno, sólo con el fin de satisfacer por este pecado, su satisfaccion aún no sería igual á la ofensa. Aunque todo el universo estuviese inundado de sangre de víctimas, si no se hubiese derramado sangre divina, y ofrecido como holocausto la segunda persona de la Trinidad Santísima, vano habria sido todo lo demas, como lo aseguran concordemente los Santos Padres y los teólogos; y ni el mundo quedara redimido, ni Dios aplacado. ¡Tanta y tan mortal era la ponzoña de este pecado! ¿Qué concluyes de aquí?

Conclusion 1.^a Si todos los dolores del cuerpo, si todas las pérdidas de fama y hacienda, si, finalmente, todos los males del mundo, y la misma muerte son pena del pecado de Adan, luego el pecado es mayor mal que todos los males. Porque, como dice Santo Tomás: *mayor ra-*

zon de mal hay en la culpa que en la pena ¹; luego se debe padecer todo mal ántes que pecar.

Conclusion 2.^a Dios muere en cruz por el pecado de Adan, ¡palabras dignas de la más profunda consideracion! Con ninguna otra sangre que la de Dios, puede lavarse aquella mancha; luego el pecado es gravísimo mal, porque Dios no ha muerto con tan acerbos tormentos por una cosa leve y de ningun momento.

Conclusion 3.^a Si el Eterno Padre no perdonó á su unigénito Hijo, sólo porque vistió la forma de pecador, y se obligó á pagar la deuda de Adan, ¿qué hará de nosotros, de nosotros, digo, vilísimos esclavos, rebeldes, deicidas, reos de tantos delitos?

AFECTOS.

1.º De *dolor* de las culpas pasadas, y de *horror* para no cometerlas en lo futuro. 2.º De *humildad*, por el conocimiento de nuestros pecados, sujetándonos debajo de la mano poderosa de Dios, y refrenando los deseos de sobresalir entre los otros. 3.º De *ódio* santo contra nuestra carne, huyendo de sus regalos como de fomentos para el pecado. Pero en estos dos últimos afectos seremos breves, pues el principal fruto de esta meditacion es *dolor* intenso de los pecados cometidos, y *horror* eficaz de no cometerlos. Para que sea ésto más sólido se observarán tres cosas.

¹ Sto. Tomas, p. 1, q. 18, a. 6.

1.^a En este acto tan principal, nos detendremos más tiempo y con singularísimo fervor. 2.^a Los pecados cometidos los detestaremos de modo que, poniendo los ojos en su raiz, detestemos tambien el deseo de honras, y el amor á nuestra carne, como principales fuentes de tanto mal. 3.^a De los pecados graves pasaremos á los veniales, lo que tambien quedará notado para las meditaciones siguientes.

¿Pero qué cosa podrá infundir mayor horror al pecado, y encender dolor más vehemente, que ver agonizar en una cruz al Hijo de Dios? Mandándolo así su Padre, ¡muere el Hijo de Dios en una cruz por el pecado! Es este un espectáculo, á cuya vista los mismos infiernos se horrorizan; y quebrada la armonía del Universo, parece quiere éste volver á su antiguo caos. Dios muere en la cruz por el pecado..... lo creo; ¿y aún no me duelo de los pecados cometidos, y no me horrorizo de los futuros? ¿Y me atrevo á pecar, crucificando otra vez, cuanto es de mi parte, al Hijo de Dios, y haciendo escarnio de él? ¹ ¿Qué manos detienen los rayos de la divina Justicia contra mí? ¡Alma mia, he aquí á tu Dios que muere en la cruz..... y no sólo por el pecado de Adán, sino tambien por los tuyos! Y muere poniendo tú tambien sobre él tus sangrientas manos..... ¿Lo ves, y puedes no deshacerte en lágrimas? Al presenciar la muerte del Redentor, el sol se oscurece, las piedras se rompen, los mismos gentiles vuelven quebrantando su pecho con dolorosos golpes; solo tú permaneces

¹ Heb. 6, 6.

inmóvil más que las piedras. Abrense los sepulcros, el velo del templo se rompe, toda la naturaleza se conmueve: solo tú ¡oh pecador! no te mueves. Sólo tú, más duro que los mármoles, ves con ojos enjutos morir pendiente de tres clavos á tu Salvador..... ¡Y aún te atreves á renovar los tormentos y muerte de Dios!

¡Ah lágrimas mías! ¡corred finalmente! ¡gemidos míos! ¡salid ahora mas justamente empleados que nunca! Ocupe el dolor el alma para que acierte á llorar la gravedad del pecado, jamas mejor conocido que en la muerte de Cristo. ¡Oh Jesus crucificado! permitidme que postrado á vuestros pies desahogue mi *dolor* con lágrimas, y que por el horror del pecado, deje ántes de vivir que de *dolerme* y *horrorizarme*. Tomo á Dios, en cuya presencia estoy, por testigo que *miéntras* haya aliento en mí, y me conserve Dios la respiracion, no han de pronunciar mis labios cosa injusta ¹, ni mi corazón cometerá la *iniquidad*: ántes perderé todos los bienes y padeceré todos los males, que ni levemente *peque* contra mi alma ². Así es: no más pecar ni ligeramente, pues tambien los pecados leves son causa de los tormentos y muerte de Cristo; y la santidad infinita de Dios los aborrece con inmenso odio. Principalísimamente propongo no cometer *tales* pecados... y guardarme de su venenosa raíz, que es la soberbia y sensualidad. ¡Oh Señor! cuán profundamente debo someterme á tus insondables juicios, donde hallo que no soy otra cosa que nada, y pura nada. Es-

¹ Job. 27, 3.

² Eccli. 19, 4.

toy atónito al considerar que ni los cielos estan limpios en tu presencia; y si en los ángeles hallaste maldad, y no les perdonaste, ¡qué será de mí! Cayeron del cielo las estrellas; yo que soy polvo, ¡qué presumo? Oh cuán humilde y bajamente he de pensar de mí mismo ¹. ¡Oh cuánto debemos detestar el apetito de honores y placeres, raíz infeliz de tantos males! Por esto protesto firmemente con S. Pablo: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre* ²; á este cuerpo, que fué la causa de los dolores y de la muerte de mi Jesus crucificado. Digo tambien con David, *que me haré más vil de lo que me he hecho, y seré bajo á mis ojos* ³; que os serviré, mi Señor, del modo que vos quisiéreis con una total indiferencia para todo.

LECTURA

DEL DOLOR Y HORROR AL PECADO.

§. I.

I. Echado el principal fundamento del espiritual edificio, que ideamos fabricar, que es servir á Dios del modo y en el estado de vida, que gustare, ó del estado ya elegido, en aquel lugar, oficio, grado de salud y perfeccion que nos significare serle grato, para lo cual conviene que

¹ Kēmpis l. 3, c. 14.

² 1. Cor. 9, 27.

³ 2. Reg. 6, 22.

nos revistamos de una total indiferencia para estar dispuestos para todo esto; puesta, repito, esta piedra angular, quedan por remover los principales *impelimentos* que nos apartan de esta preciosa indiferencia, y por consiguiente de nuestro último fin.

A la verdad, el peso que nos hace perder este generoso equilibrio, moviéndonos al mal, es la *inclinacion* innata que tenemos á los placeres, honores, salud y libertad, como tambien el *horror* á los desprecios, pobreza, miseria, enfermedad, y vida espiritual. O para decirlo más brevemente, es el *amor* de las honras y deleites, y la *fuga* de los desprecios y molestias. A estos dos manantiales se reduce lo que precede. Porque, como consta de la experiencia, siempre que nos apartamos de esta indiferencia, es por alguna de las causas dichas. Pues consistiendo la indiferencia en el justo medio, y debiendo sólo inclinarse á una parte ó á otra, con el contrapeso de la divina voluntad, nada se le opone tanto como la propension ó aversion á uno ú otro extremo; ó sea, el amor á las comodidades y honras, y el horror á los desprecios y trabajos. Siendo pues este amor y horror los dos quicios sobre los que se mueven todas las acciones humanas, claro está que si perdemos esta indiferencia, es por la propension á alguno de estos dos extremos, y esta inclinacion cuando es voluntaria, nos conduce al pecado. Porque si, segun el dicho de Cristo, *el árbol malo produce malos frutos*¹, no pudiendo *el árbol malo dar buenos frutos*; se sigue que todas aquellas inclinaciones ó actos

¹ S. Mat. 7, 17.

que nacen del dicho *amor y fuga*, como de dos venenosas raíces, y nos apartan de esta celestial indiferencia, son muchas veces pecados graves ó leves, cuando son voluntarios, y por consiguiente son otros tantos pasos por los cuales nos apartamos, ó á lo ménos nos desviamos de nuestro fin.

II. San Ignacio, para librar nuestra ciega voluntad de este nocivo *amor* de honras y comodidades, y mitigar el vano honor de desprecios y dolores, medio necesario para conservarnos en indiferencia, y conducirnos á nuestro último fin, nos pone á los ojos la malicia y fealdad del pecado, para que visto el veneno de estos arroyos, aborrezcamos tambien su fuente. De donde se ve la estrecha union de las meditaciones de hoy con las de ayer. Dije que para que mirado el veneno de los arroyos aborrezcamos tambien la fuente; porque es mucho de notar en estas meditaciones del pecado, que cuantas veces nos doliéremos de los cometidos, hagamos siempre reflexion sobre su raíz, la *soberbia y sensualidad*; esto es, el *amor* de honras y comodidades, y el *horror* de los desprecios y trabajos, para detestarlos como causa de tantos males. Para conseguir este fin, esto es, para infundirnos íntimamente el dolor de la culpa con su horror, se propone S. Ignacio: Primero pintarnos con sus propios colores la malignidad de un pecado, y para hacerlo mejor, ofrece á la consideracion el castigo de los ángeles, y de nuestros primeros padres por un solo pecado, para que por el rigor de la pena midamos la gravedad de la culpa. Y ciertamente, que la ruina de los primeros y expulsion de los segundos, se visten con tan terribles circunstancias, que justamente consideradas no pueden ménos de llenar de hor-

ror aun á los corazones más duros, de modo que el santo Autor no pudo escoger para este fin mejor medio. Segundo, como lo ajeno nos mueve ménos que lo propio, en la meditacion siguiente quiere el Santo que consideremos la multitud, fealdad y gravedad de nuestras propias culpas, las cuales, miradas tan de cerca, no pueden ménos de causarnos sumo dolor y odio de ellas, junto con vivos deseos de hacer verdadera penitencia. Tercero, pero porque hay algunos, á quienes aparta más poderosamente de pecar el temor del castigo, para última meditacion de este dia, y ántes de las otras que tratan de la muerte y del juicio, da á contemplar los tormentos del infierno, no obstante haber tocado algo de esta materia en el tercer punto de la meditacion primera de este dia. En lo cual resplandece admirablemente la sabiduría y prudencia de S. Ignacio en este arte, por proponernos juntos los motivos más eficaces para conseguir el fin que intenta en este dia, pero todo por sus grados, y con el mejor orden, sin distraer la imaginacion á otras verdades: porque nada conduce tanto á nuestro aprovechamiento, como que dediquemos un dia á la consideracion de una sola idea, pretendiendo sacar de ella un solo fruto.

III. A la verdad, el fruto que de estas meditaciones quiere N. S. P. que saquemos hoy es *intenso dolor de mis pecados*¹. En la primera semana, como dice en otra parte, buscamos *contricion, dolor y lágrimas por nuestros pecca-*

¹ Lib. de los Ejercicios, semana 1.^a, ejercicio 2, preámbulo 2.

dos ¹; y no un dolor cualquiera, sino tal que, en fuerza de él, *sienta el desorden de mis operaciones, para que aborreciendo me enmiende y me ordene... aborreciendo aparte de mí las cosas mundanas y vanas, que son origen y fuente de nuestros vicios* ².

Por lo cual el blanco á que hemos de asestar en este dia, es *dolor* vehemente de las culpas pasadas, y *horror* eficaz de las futuras, que tambien arranque de raíz el amor desordenado de honras y deleites. Para alcanzar este fruto no perdamos diligencia alguna; porque como la materia de ayer fué conseguir aquel *equilibrio* ó *indiferencia* del ánimo, para tomar cualquier medio que nos condujere á nuestro fin; y como la de mañana será un *íntimo conocimiento de nosotros mismos*, principalmente de la pasion dominante, para sacar humildad y aborrecimiento de nosotros mismos: así el fruto de este dia es purgar el alma por medio del odio verdadero del pecado y de sus raíces. Ahora bien, el alma con nada mejor se purifica que con el baño de la penitencia, la cual, como lo enseña el Directorio, consiste en actos de *contricion* y *confesion*.

§. II.

I. Por lo que mira á la *contricion*, el Concilio de Trento, la define: *dolor y detestacion del pecado cometido, con propósito de no volver á pecar:*

¹ Anot. 4 de las 20.

² Ejercicio, semana 4.^a, ejercicio 3.^o, coloquios.

esto es, un odio mezclado de dolor de los pecados pasados con horror de los futuros. Para incitarnos á ella no sólo nos prohíbe San Ignacio la risa y las palabras que la provocan, sino que tambien quiere que desechemos los pensamientos alegres, aunque piadosos; y que sólo demos lugar á una tristeza santa, fomentándola con la oscuridad del aposento, y las mortificaciones del cuerpo. Nos prohíbe esos pensamientos, *porque para sentir pena, dolor ó lágrimas por nuestros pecados, impide cualquier consideracion de gozo y alegría*; y nos ofrece estos medios con el fin de conseguir íntima contricion de corazon por nuestros pecados, y abundancia de lágrimas por el sentimiento de haberlos cometido ¹.

Y como advirtiese que el terror causado con la meditacion, ya del castigo de los ángeles y de Adan, ya de los pecados propios y del infierno por ellos merecido, era ménos apto para movernos á tiernas lágrimas; para esto, al fin de cada una de las dichas meditaciones añadió otros motivos, capaces de movernos á sentimientos de ternura. Al fin de la primera nos pone delante á Cristo muriendo en una cruz por el pecado; en el coloquio de la segunda y tercera nos propone á la misericordia infinita de Dios perdonándonos por tanto tiempo, y tantas veces, cuando á otros muchos los ha castigado al punto por menores delitos. Los cuales á la verdad son motivos tan poderosos, que si con ellos, como Moisés con la vara, herimos nuestros corazones, aunque sean de piedra, no podrán ménos de deshacerse en copiosísimas lágrimas.

¹ Lib. Ej., adic. á los ej. al fin de la 1.^a sem.

II. Además de estas hay otras razones que nos mueven á esta *ferviente* contrición. Primera, porque cuanto más intenso fuere, será mayor la gracia que por ella se nos concederá. Segunda, porque tanto más satisfaremos del reato de la pena que debemos pagar en esta ó en la otra vida. Tercera, porque será más firme nuestra constancia en el bien; y por eso recaemos con tanta frecuencia en el mal, porque rara vez es nuestro dolor vehemente. Cuarta, porque será mas sólida y segura la paz del ánimo, nacida de una esperanza dulcísima, y cierta confianza que nos da mucha seguridad de que nos hallamos en gracia de Dios; cuando, por el contrario, la esperanza del que se duele remisamente, es dudosa, su amistad con Dios fría, su recaída fácil, la satisfaccion pequeña, y el aumento de la gracia corto.

Para alcanzar esta utilísima intensidad de la contrición se pondrán los medios siguientes: Primero, la *oracion*, en la cual pediremos este don á aquel Señor que es *rico en misericordia para aquellos que le invocan*. También ayudará mucho decir, ó hacer se diga una Misa votiva para impetrar el perdón de los pecados, con la colecta *para pedir el don de lágrimas*. Segundo, la *castigacion* del cuerpo, que tiene admirable eficacia para inclinar los cielos á nuestros ruegos, y ablandar la dureza de nuestro corazón. Tercero, la *memoria de nuestros pecados*, representándolos todos, como en monton, diciendo con el Rey Ezequías: *traeré á la memoria todos mis años con amargura de mi ánimo* ¹. Estos me-

¹ Isai. 38, 15.

dios son muy eficaces; pero más poderosos son los que en sus meditaciones nos propone San Ignacio; conviene á saber, Cristo crucificado, y la bondad infinita de Dios.

III. Y ciertamente, San Francisco, aquel émulo de los serafines, al contemplar á Cristo muriendo en una Cruz por el pecado, prorumpió en tan amarguísimo llanto, que un caballero, al pasar acaso por allí, creyó, al oír los gemidos, que los ladrones degollaban á algun infeliz; y sin embargo, pareciéndole á aquel santo que se dolía todavía muy poco, llamaba para que le acompañasen á las rocas y peñascos, y á su voz, ¡raro prodigio! de aquellas secas y duras peñas manaban gotas de agua en tanta abundancia, que formaban reunidas copiosos raudales. ¡Oh corazones más duros que las piedras! En vista de esto ¿cuáles son vuestros sentimientos? ¡Y será luégo posible que el mirar á Cristo no cause en nosotros los mismos efectos que causó en los peñascos! ¡Y sucederá que vea un cristiano esta escena de amor y de dolor con ojos tan secos, como lo hiciera un turco ó un infiel! *¡Oh ángeles de paz, que lloraban amargamente!* ¹ por el dolor de la más acongojada de las madres, os ruego me alcanceis abundantes lágrimas de penitencia.

Cierto pecador de España, oyendo ensalzar, en un sermón que predicaba S. Vicente Ferrer, la inmensa benignidad con que Dios recibe á los que le ofenden, fué sorprendido de dolor tan vivo de sus pecados, que cayó desmayado en tierra. Y nosotros meditando lo mismo en estos ejer-

¹ Isai. 33, 7.

cicios, ¿no daremos señal alguna de sentimiento? ¿Nosotros, á quienes la conciencia acusa como reos de mayores delitos? A la verdad ó no creemos que es esto cierto, ó no ponderamos la malignidad del pecado.

Santa Catalina de Sena lloró un pequeño descuido de sus ojos, con tanta abundancia de lágrimas, que en mucho tiempo no pudo hallar consuelo alguno. El Beato H. Alonso Rodriguez, por un solo pecado venial derramó durante muchos años cotidianas y copiosas lágrimas. Y nosotros con pocas lágrimas queremos borrar nuestras culpas mortales, siendo quizas muchas en número. ¡Quién habrá que no deteste tanta dureza! Ni digamos que para dolernos así es menester ser santo; ántes al contrario, para ser santo es menester dolernos así.

Vendrá tiempo en que aun los mismos pecadores nos llenen de rubor. Porque se levantarán en el juicio aquellos grandes penitentes de la Tebaida, y nos echarán en cara la dureza de nuestro corazon. Se levantará aquel soldado que al pié de la columna de S. Simon Estilita cayó exánime por la vehemencia de su contricion. Se levantará aquel otro caballero, que oyendo declamar contra la malicia del pecado á S. Ulrico, del órden de predicadores, herido de horror como de un rayo, subitamente expiró. Se levantarán otros muchos hombres de la plebe, que habiendo conocido en las misiones la gravedad de la culpa mortal, se deshicieron en lágrimas, y muertos á su mala vida comenzaron otra de santidad y justicia. Estos, digo, se levantarán y nos condenarán á nosotros, á nosotros, religiosos, que profesando el estado de penitencia áun no lloramos, siquiera en los ejercicios, la muerte que nuestras culpas

han dado á nuestro amante Salvador; ni derramamos una lágrima por el enorme abuso de su misericordia, y por las grandes ofensas que hemos cometido contra su infinita bondad.

¡Oh gran Dios! que compadeciéndote, y perdonando, muestras principalmente tu gran poder, *que disimulas nuestros pecados por nuestra penitencia* ¹; *derrama compasivo la gracia del Espíritu Santo sobre nuestros corazones, que nos ayude á borrar con llantos y gemidos las manchas de nuestros pecados. Haz brotar de nuestros ojos torrentes de lágrimas, que apaguen el ardor de aquellas llamas eternas, que hemos merecido* ².

§. III.

A este *dolor* de los pecados pasados, si fuere intenso le acompañará por su misma naturaleza el *horror de los futuros*, porque repugna que uno se duela sériamente de algun mal ántes cometido, sin que se horrorice de él, para no cometerle en adelante. Para aumentar más este *horror*, y hacer prueba de su firmeza, imagínate por una parte que ves con tus ojos aquella funestísima tragedia que representó Antíoco á la faz del mundo, en el martirio del último hijo de la madre de los Macabeos. Sentado el Rey en su solio no respiraba sino crueldad; poníale á ella el tirano delante los fieros instrumentos del martirio; calentaban sus satélites sartenes y ollas de metal,

¹ 1.^a p. 14, 24.

² Oracion de la Iglesia para pedir el don de lágrimas.

desenvainaban las espadas y cuchillos; yacian aquí y allí exánimes las cabezas de los seis hijos de aquella madre angustiada; sembradas por el suelo las manos mutiladas, los pies separados del tronco, y los cuerpos desollados. Représentate, digo, por una parte con vivos colores esta tragedia.

Y por la otra ponte cerca de aquel horno de Babilonia que *el Rey Nabucodonosor, enfurecido, mandó encender siete veces más de lo que solian* ¹.

¡Oh que espectáculo tan atroz! Aunque ardia ya el horno inmensamente, con todo *no cesaban los ministros del Rey de cebarlo con betun, estopa, pez y haces de leña, de tal modo que las llamas se levantaban cuarenta codos sobre el horno* ². Imagínate pues que aquellos horrendos penachos de fuego, y nubes terribles de humo, no sólo están ante tus ojos, sino que aun las sientes fuera y dentro de ti. Considéralo atentamente, y ponte en lugar del menor y más tierno de los Macabeos, y decídete ó á tomar un alimento que la ley te prohíbe, ó á padecer cruelísima muerte; ó bien, figúrate ser Ananías ó uno de sus compañeros, y decídete ó á adorar la estatua de Nabucodonosor, ó á sufrir unas llamas semejantes á las del infierno. Estando, pues, colocado en estos extremos, cuando la tentacion te acomete, y que ó has de arder en este mismo horno, ó morir con semejantes tormentos, ó bien que debes pecar mortalmente, dime, ¿qué eliges? ¿qué determinas hacer?

Allí aquel pequeño héroe con voz generosa exclama: *No obedezco al precepto del Rey, sino al*

¹ Dan. 3, 17.

² Ibid. 46, 47.

precepto de la ley ¹. Acá Ananías con sus compañeros, responden con fortaleza invencible: *Séate notorio, oh Rey, que no adoramos á tus dioses, ni ménos á tu estatua de oro* ². ¿Qué dices? ¿Aníma igual fortaleza tu pecho? ¿No será cosa indigna que un jóven tiernecito, unos cortesanos nacidos para las delicias de Palacio, conserven en sus corazones más horror al pecado, que tú, que eres cristiano, Religioso y aun Sacerdote? Si así es, oh cuánta vergüenza debe causarte el ejemplo de Eleázaro, que para mantener la vida, y librarse de horrendos tormentos, no quiso ni aun fingir que comió las carnes vedadas, sino que con heróica resolución dijo sin detenerse: que prefería ser atormentado no sólo con espadas, en las llamas, y áun padecer la muerte, sino el mismo infierno, ántes que admitir una sombra de pecado ³.

2. ¡Oh Cielos! á la vista de estos tres espectáculos ¿qué dirán aquellos que no obligándolos ningun tirano, ni amenazándolos nadie con la muerte, por una leve ganancia, por un vil gusto, por un feo deleite no temen ofender la Majestad Suprema, que les amenaza con su justicia, los convida con su liberalidad, los reprime con su presencia? Y esto constando por la doctrina de los santos, *que es mucho más temible la menor ofensa de Dios, que el infierno de Lucifer* ⁴; y que *el pecado más pequeño causa mayor mal que todo el infierno junto* ⁵. ¿Qué dirán á esto, repito, los

¹ 2 Macab. 7, 30.

² Dan. 3, 18.

³ 2 Macab. 6, 24.

⁴ Sta. Catal. de Gen., c. 27.

⁵ Santa Teresa, en su vida, c. 25.

que no hacen caso de manchar gravemente sus almas? ¡Ah! que es de temer no llegue tiempo en que llenos de vergüenza, *comiencen á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos* ¹.

Con semejantes suposiciones puedes examinar si es ó no verdadero el odio con que aborreces el pecado. Y aunque tales pruebas no sea conveniente aconsejarlas á cualquiera, pero no será malo se las proponga uno á sí mismo después de la consideracion de los pecados, y se pregunte si está aparejado, con San Edmundo, Obispo cantuariense, *á dejarse arrojar en una ardiente hoguera, ántes que consentir con deliberacion en una falta grave; ó con S. Anselmo: á caer en el infierno más bien que pecar mortalmente; prefiriendo ser precipitados puros é inocentes en el abismo, á entrar manchados con el pecado en el reino de los cielos* ². ¡Qué! ¿Frunces el ceño? Pues sabe que esta es disposicion necesaria para la vida eterna, y sin ella no entrarás en el cielo.

III. Pasando de los pecados graves á los leves, examina atentamente el horror que les tienes. Pregúntate á ti mismo. Si supieras que con una mentira lijera habias de librarte de una enfermedad grave, de una infamia espantosa, de un horrendo suplicio, de la muerte; ó que habias de adquirir gran honra, empleo ilustre, ó apagar un incendio, ¿mentirias?... Escucha lo que te responde la conciencia. Ayudará tambien traer á la memoria las ocasiones é incentivos que nos mueven á pecar levemente, v. g. aquellos luga-

¹ Luc. 23, 30.

² Lib. I, Cur Deus homo, c. 21

res, personas, negocios que nos suelen poner en mayor peligro, á fin de evitarlos y armarnos contra ellos.

Con estas industrias se aumenta y conserva el *horror* á los pecados, así leves como graves, y previamente se dispone el ánimo para el primero y segundo grado de humildad, que al fin de la segunda semana nos propone N. S. P.; con lo que se ve claramente el admirable enlace de unas meditaciones con otras. Basta ya lo dicho acerca de la *contricion*.

§. IV.

I. Por lo que mira al otro medio para purgar el alma que es el de la *confesion*, aunque San Ignacio juzgue *que se hará mejor inmediate despues de la primera semana*¹, con todo pone desde el principio de ella el *exámen general de conciencia* como medio *para limpiarse y para mejor confesarse*; y dice se haga este examen desde luégo en hora desembarazada de otras distribuciones de los ejercicios, supuesto que estas deben ir ante todo, como por ejemplo, durante el ejercicio manual, ó el paseo en silencio, ó el descanso despues de la comida.

Y aunque en este exámen nos hemos de guardar de la nimia solicitud, origen y fuente de escrúpulos, pero por otra parte se hará con aquel cuidado que baste para darnos quietud en la conciencia, y protejernos principalmente en la hora de la muerte contra *los temores nocturnos*². Por lo

¹ Libro de los ejercicios, conf. gen.

² Cant. 3, 8.

cual la oracion y escrupulosidad del exámen deben ser proporcionados, primero, al tiempo que se ha dilatado la confesion; segundo, á la *multitud* y *gravedad* de los *pecados* cometidos; tercero, á la *cualidad* de los negocios que uno ha tratado; cuarto, á la *variedad* de los oficios en que se ha empleado el ejercitante.

II. Si la *confesion* ha de ser general de toda la vida, de un año ó sólo desde la última, lo determinará la prudencia del confesor. Para el acierto podrá consultarse el Directorio ¹; sin embargo, tales confesiones generales se disuadirán siempre á los escrupulosos que las hagan; lo propio dígase de cuantos en algun tiempo se entregaron á los placeres de la carne, si ya se confesaron ántes generalmente, como tambien á los que ahora se sienten gravemente tentados de sus estímulos; unos y otros sacan ordinariamente de sus diligentes exámenes más daño que provecho. Pero en la confesion que se hiciere se empezará por declarar aquellos pecados, si los hubiere, que no se han confesado nunca; aquellos que más nos remuerden la conciencia y que se teme nos turben en la muerte, y muy especialmente los pecados ocultos, y ajenos cometidos por nuestra culpa, las omisiones del bien, y descuidos de nuestro oficio, procurando confesarlo todo con la misma claridad con que en el tribunal de Dios nos acusará el Demonio. En una palabra, haremos esta confesion con tal diligencia, como si despues de ella debiéramos morir y ser presentados ante el divino tribunal: de modo que

¹ Cap. 10, n. 9.

por el testimonio interior de la conciencia quedemos seguros de haber ajustado bien nuestras cuentas. Si esto no hacemos, nos privamos del mayor fruto y consuelo que pudiéramos sacar de estos ejercicios.

III. Dos son principalmente los estorbos que nos impiden hacer tan santa obra: el *trabajo* de examinar nuestros pecados, y la *vergüenza de confesarlos*. Por lo que mira al trabajo, éste se mitigará mucho con la consideracion de los bienes que sacamos de tales confesiones, y son los siguientes: primero, conocimiento más claro de la malicia de los pecados; segundo, dolor más intenso de ellos; tercero, propósito más eficaz de evitarlos con mayores gracias del cielo; cuarto, mejor preparacion para recibir la Eucaristía; quinto, esperanza más firme de nuestra salvacion, y consuelo seguro para la muerte. Este es aquel cien doblado con que Dios suele premiar en esta vida tan santos trabajos. *Y aun cuando, como dice el Directorio* ¹, *no recogiésemos todos estos frutos de tal ejercicio, siempre sacaríamos de él muy grande utilidad, pues serviria para convencernos de que nos acercamos á menudo al tribunal de la penitencia sin el exámen conveniente, sin suficiente dolor, sin propósito de mejorar nuestra vida, ó á lo más con débil resolucion de corregirnos*. Será, pues, de sólido consuelo haber enmendado en estos dias los defectos pasados, por medio de una exacta confesion, cerrando las puertas á los escrúpulos que suelen asaltar en la muerte.

Los motivos para vencer generosamente aquel

¹ C. 16, n. 2.

soberbio *empacho*, nos los ofrece S. Agustin. El primero lo toma de la persona del pecador. *¡Por qué te avergüenzas, dice, de confesar lo que no te has corrido de hacer! No tengas empacho de declarar á un hombre lo que acaso te has atrevido á hacer delante de muchos testigos ó cómplices.* El segundo lo toma de la persona del confesor: *¡Oh hombre! ¡por qué temes confesarte? ¡Lo que sé por la confesion, lo sé ménos que lo que ignoro enteramente. ¡Por qué te avergüenzas de descubrir tus pecados! Tambien yo soy pecador como tú: eres hombre, confíésate, pues, á un hombre; eres pecador, confíésate á un pecador, que puede perpetrar los mismos crímenes que tú, y aun mayores; porque no hay pecado que un hombre haya cometido, que no pueda cometerlo otro hombre.* El tercero lo toma del juicio universal: *Más vale, exclama, soportar un poco de confusion delante de un hombre, que verse en el dia del juicio cubierto de ignominia, y condenado como infame en la presencia de millares de hombres. Considera, pues, que tu confesor será uno de los que asistan al juicio, y no te avergüences de descubrirle para mayor bien tuyo, lo que entónces conocerá claramente, pero para tu confusion y mayor desprecio.* Hasta aquí S. Agustin ¹. Luego convenzámolos de que no hay medio entre arrepentirnos y confesarnos, ó arder para siempre jamas en los infiernos.

Así que, te ruego, por Dios, que *no te avergüences de decir la verdad cuando se trata de tu alma; porque hay vergüenza que conduce al pecado, y hay tambien vergüenza que acarrea la gloria y la gracia de Dios* ². Vencer esta vergüenza por

¹ Lib. de visit. infirm., c. 5.

² Eccli. 4, 24.

una sincera confesion, es triunfo generoso y lleno de gloria, como lo testifica S. Gregorio: *Yo no admiro ménos, dice, la humilde confesion de los pecados, que los actos más sublimes de virtud; pues muchas veces se necesita más fortaleza para confesar una falta que para no caer en ella* ¹.

IV. Por estos dos medios de *contricion* intensa, y sincera *confesion*, se conseguirá purgar el alma, que es el segundo fruto de la 1.^a semana, porque el primero es la indiferencia de que tratamos ayer. Pero porque no se purga ó limpia suficientemente si no se arranca juntamente la *raíz de los vicios*, que en la mayor parte consiste en la *soberbia y sensualidad*; por esto de intento hice notar ántes, que cuantas veces en las meditaciones de hoy aborreciésemos el pecado, hagamos reflexion sobre su raíz, para aborrecer tambien el amor á los deleites y honras. Para lo cual ofrecerá muchos estímulos la consideracion de esta tarde.

Pero ántes por la meditacion siguiente aumentaremos más el *dolor* de los pecados pasados, y el *horror* de los futuros, que es el principal fin de este dia, y el mejor medio para purificar el alma. Por lo cual, habiéndonos en la 1.^a meditacion de hoy llenado de espanto el pecado cometido por los ángeles y Adan, ahora nos horrorizaremos de los cometidos por nosotros. Y quien tuviere tal horror, *llorará como se llora la muerte del primogénito* ², y se verá sobrecojido de ter-

¹ Greg., lib. 22 mor. c. 10.

² Zacar. 12, 10.

ror ¹; y juntamente se dispondrá para alcanzar el conocimiento propio, que es origen de la humildad y odio de sí mismo.

Aquí es de notar que al practicar esto hemos de traer á la memoria nuestros yerros, no particular y distintamente, sino solo en confuso y brevemente; porque este no es exámen para la confesion, sino meditacion para el conocimiento de la perversidad del pecado, que es enorme por tres razones: primera, por la fealdad y multitud de las *ofensas*; segunda, por la vileza é ingratitude del *ofensor*; tercera, por la majestad y clemencia del *ofendido*; y estos son los tres puntos que nos propone S. Ignacio en la meditacion siguiente de los pecados, moviéndonos á pesar: 1.^o *su malicia*; 2.^o *su fealdad*; 3.^o *nuestra abnegacion y vileza*; para que conociéndola concibamos verdadero aborrecimiento y dolor de nuestras faltas, con propósito de satisfacer por ellas cuanto podamos ². De modo que con mucha razon dice el P. Gaudier, que esta meditacion contiene todos los motivos imaginables para hacernos detestar el pecado ³.

Nota. Quien en las meditaciones del pecado y del infierno no quisiere gastar más que un dia, podrá dejar para la lectura espiritual el primer punto, tomando sólo para la hora de meditacion el segundo y tercero, con lo que acortará la materia, por otra parte muy larga.

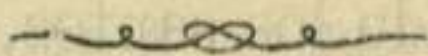
¹ Gen. 15, 12.

² Direct. c. 11, n. 2 et 3.

³ Introd. á la Perfec., p. 183.

MEDITACION II.

DE LOS PECADOS PROPIOS.



PUNTO I.

I. La enorme malicia de la ofensa divina causada por nuestros pecados, aparece considerando su fealdad y multitud. Primero, la *fealdad* de una ofensa grave es tanta, que la hermosura divina la aborrece con toda su infinitad, con odio sumo, eterno y necesario, como á mal opuesto al infinito bien. Segundo, es tanta que no bastan á lavarla todas las aguas del diluvio, todo el incendio con que arderá el mundo en su fin, ni toda la sangre de las víctimas y mártires, y fué precisa la sangre de un Dios. Tercero, es tanta, que borraría la inefable hermosura de la santa humanidad de Cristo, y de su Madre purísima, si por imposible en ellos cupiera el pecado. Cuarto, pecando, como dice Santo Tomás, nos apartamos enteramente de Dios; y así como la total aversion del sumo bien, de la suma sabiduría, de la suma grandeza, es una suma malignidad, suma ignorancia, sumo abatimiento, del mismo modo la aversion de la suma hermosura, es suma fealdad. Y como el pecado mortal es esta tal aversion, es por consiguiente feísimo; y su malicia lo propio que su fealdad, son en cierto modo infini-

tas, de suerte que no hay entendimiento humano que las pueda comprender, ni lengua humana que las pueda explicar.

Y no obstante, ¡oh miserable! no dudaste afear con tan horrible mancha, la hermosa imagen que de sí imprimió en tu alma el Criador, y esto tantas veces, en especial con pecados leves, que segun frase de los santos, son podre y sarna del alma, y cuyo número *es mayor que el de las arenas del mar*¹. Si un pensamiento de rebeldía volvió tan deformes y abominables á aquellos portentos de hermosura, Lucifer y sus secuaces, ¡qué tal apareceré yo á los divinos ojos despues de tantos centenares de pecados de obra!

II. El cúmulo inmenso de mis delitos, bien prueba que soy yo un mónstruo más horrible que los mismos demonios. ¡Oh Dios, á cuyos ojos nada se oculta! tambien yo con el impío Antíoco, *me acuerdo de los males que he hecho en el curso de mi vida*². Las tres potencias del alma, que debian ser templo animado de la Trinidad, sagrario de la Deidad, sólo han sido sentina de vicios: *Y la abominacion de la desolacion se ha establecido en el lugar santo*³; la imaginacion se ha llenado de vanas representaciones; el entendimiento de inmundos pensamientos; la voluntad de malos deseos. Los sentidos han sido instrumentos de toda maldad, puertas abiertas á los vicios. La serie de mis años sólo es una cadena de mis yerros. Las acciones de cada dia son un hervidero de faltas y culpas. ¡Aun era yo niño pequeño, y ya era pecador tan grande! En la ado-

¹ Salmo 138, 18.

² 1 Mac. 6, 12.

³ Mac. 24, 15.

lescencia, con el cuerpo me creció la malicia; la juventud, me avergüenzo al recordarlo, era una esclava de la lujuria; la edad madura arrastrada á todas partes de indómitas pasiones; la vejez quizá no será sino un hábito inveterado de pecar. En una palabra; toda mi vida no es sino una sucesion de pecados, ó un pecado continuado. *¿Quién dará agua á mi cabeza, y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas* ¹, para llorar tanta *multitud* de pecados! *¿Quién diera odio á mi alma para aborrecer su fealdad!* *¡Oh Dios mio! estoy lleno de confusion, y me avergüenzo de levantar hácia ti mi rostro, porque mis maldades se han multiplicado sobre mi cabeza, y mis delitos han subido hasta el cielo* ². *La multitud y fealdad de mis crímenes me hacen indigno de mirar y contemplar la altura de los cielos; porque mis pecados exceden en número á las arenas del mar* ³, he llegado á ser delante de ti como un aborto, que la lepra del pecado ha devorado totalmente.

PUNTO II.

Crece ademas de esto la gravedad de la ofensa por la vileza é ingratitude del ofensor. 1.º Es suma la *vileza* del hombre por su nada en el ser, impotencia en el obrar, corrupcion en el morir, miserias en el cuerpo, malicia en el alma, igno-

¹ Jerem. 9, 1.

² 1 Esdr. 9, 6.

³ Orac. de Manasés.

rancia en el entendimiento, y perversidad en la voluntad. Nada es el pecador, si se compara con todos los hombres; nada estos, si se comparan con un ángel; nada todos los ángeles juntos, comparados con Dios. ¿Qué serás tú, miserable, comparado con Dios? Y no obstante, este puñado de tierra, monton de basura, saco de estiércol, ménos que el polvo, el lodo y la nada, *este es el que alzó su mano contra Dios, y se creyó bastante fuerte contra el Todopoderoso; corrió contra él erigido el cuello, y armado de inflexible soberbia*¹, diciendo con Faraon: *¿Quién es el Señor para que oiga su voz? le desconozco enteramente*². Este vilísimo gusanillo *se atrevió á volver la espalda á Dios*³. ¡Astros del cielo! esconded entre tinieblas vuestra luz: ¡á Dios... volver las espaldas, anteponiendo un desenfrenado apetito á su santísima voluntad! ¡Oh ángeles! ¡Qué admirais más aquí, la insolencia del hombre que ofende á Dios, ó la paciencia de Dios que sufre al hombre!

A esta vileza añade gran peso su *ingratitude*. Dios te hizo á ti, ¡oh pecador! beneficios innumerables, de suma utilidad, y de valor infinito; son realmente inestimables, si se mira la Majestad del que los dá, la vileza del que los recibe, ó la misma naturaleza y magnitud del don. Y estos beneficios tan grandes te los hace Dios con modo muy singular, conviene á saber, con amor eterno, infinito, y del todo gratuito. Y estos beneficios tan grandes te los hace Dios con tanto

¹ Job. 15, 25.

² Exod. 5, 2.

³ Eceq. 23, 35.

amor... bastándose Él á sí mismo, y no necesitando de nada para ser eternamente feliz...; y á ti, esclavo rebelde, que no eres *sino una gota del rocío de la mañana*¹, *hoja que el viento se lleva*², *un poco de vapor que se disipa*³, compuesto sólo de vicios y miserias, sin mérito alguno de tu parte, y con muchos deméritos. Y esto anteponiéndote á tantos que le hubieran sido más agradecidos, y le sirvieran mejor.

Pues nada de esto ha bastado para que tú ¡oh ingrato! dejes de ofender con tal deslealtad, inaudita é irracional, á este mismo Señor y bienhechor tuyo, *haciendo pedazos su yugo, rompiendo sus ataduras*, y llegando á decir: *no serviré*⁴; abusando de sus mismos dones para pecar, de los sentidos del cuerpo, de las potencias del alma, de los dotes de naturaleza y gracia, y principalmente de la salud y fuerzas corporales. En vista de tanto horror, queda atónito el entendimiento, y se apaga la voz en los labios.

¡Oh liberalísimo dueño mio! confieso que soy por demas ingrato; más ingrato que todos los infieles y paganos, pues á ellos no les hiciste tantos beneficios como á mí; más ingrato aún que los demonios del infierno, pues por ellos no entregaste á la muerte á tu unigénito Hijo. Confieso mi ingratitud, que unida á mi vileza acrecienta inmensamente mi pecado. No niegues tu misericordia al que humildemente te la pide, proponiendo séria enmienda.

¹ Sab. 11, 23.

² Job. 13, 25.

³ Isai. 40, 17.

⁴ Jerem. 2, 20.

Punto III.

Es tambien suma la gravedad de la ofensa por la majestad y clemencia del *ofendido*. Por lo que mira á su *majestad* no bastan á entenderla los Querubines, y por esto cubren con sus alas el rostro, contentándose con adorarla. Ni es de admirar, porque á la verdad: *El es el Rey poderoso, y por demás temible* ¹. *Es el Señor, sentado en su solio, á quien asisten los ejércitos del cielo puestos á su derecha é izquierda* ²; *debajo de El se encorvan los que llevan el mundo* ³; *con solos tres dedos sostiene la gran mole de la tierra, y tiene en su mano el alma de todo lo que vive* ⁴. Y á tan tremenda Majestad nos hemos atrevido á irritar, siendo vil polvillo, que el menor soplo disipa! Considera á quién has ofendido, podrido gusanillo. *Es el fuerte, el poderoso* ⁵, que podia en el mismo instante que pecaste *precipitarte en el infierno; el sabio que nada ignora, y se halló presente á tu pecado; el Santo, ó por mejor decir la misma santidad: cuyos ojos son limpios, y no pueden ver la iniquidad* ⁶. El asco y aborrecimiento que concibió de tu delito, es mayor que toda la satisfaccion que le pudieran dar con sus méritos todos

¹ Eccli. 1, 8.

² 2 Paral. 18, 18.

³ Job. 9, 13.

⁴ Isaias 40, 12.

⁵ Job. 9, 4.

⁶ Hab. 1, 13.

los bienaventurados. Y no obstante, delante de los ojos purísimos de aquel Señor y juez tuyo, sapientísimo, omnipotente, santísimo, te atrevis-te á cometer el pecado, y lo hiciste á pesar de creer todo esto.

II. Y así fué que te atreviste á pecar al tiempo que su infinita *clemencia* refrenaba los rayos para que no te hiriesen, contenía á las bestias para que no te devorasen, ataba á los demonios para que, hecho pedazos, no te arrastrasen al infierno. Ya estaban armadas *todas las criaturas* para vengarse, y él las contuvo: tus delitos daban desde la tierra voces al cielo, pidiendo venganza, y el Señor te perdonó: *disimulando tu pecado en la expectativa de la penitencia*¹; además de esto, *te guardó como á la niña de sus ojos; y te llevó sobre sus hombros, como lleva la nodriza al tierno infante*²: todavía más; Dios te amó no con amor de amistad, con el cual solo ama á los justos, pero á lo ménos con amor de benevolencia, que es el que le mueve á *hacer salir el sol sobre justos y pecadores*, acordándose siempre de ti para regalarte³. Dime ya si en vista de esto no reconoces cuánta es la malicia de la ofensa de Dios, por la *majestad y clemencia del ofendido*.

AFFECTOS.

I. Actos de *dolor*. ¡Oh Señor! Yo te ofendí. Yo... á ti... Yo... vil... miserable... á ti... her-

¹ Sab. 11, 29.

² Deut. 32, 6; Num. 11, 12.

³ Matth. 5, 95; Psalm. 113, 12. Zac. 8. 15.

mosísimo y perfectísimo... Yo vil gusanillo, á ti, supremo monarca: yo siervo, criatura, hombre-cillo, á ti, mi Señor, mi Criador, mi Dios, y Dios tan grande y tan inmenso... despues de tantos beneficios... con tan horrible y brutal ingratitude... y esto por una nonada... por un torpe gustillo, por una levísima ganancia, por un sucio deleite, que me corro de sola su memoria... por pura malicia y petulancia... sin que ningun tirano me obligase con amenazas... Yo, á ti, Dios santísimo, estando en tu presencia y delante de tus ojos, amenazándome por una parte con el infierno, convidándome por otra con el cielo... al mismo tiempo que tu paternal amor derramaba sobre mí á manos llenas los beneficios, y que como madre tiernísima me abrigabas en tu seno... y esto con tanta frecuencia... añadiendo pecados á pecados... despues de haberme perdonado muchas veces, y recibídomo en tu gracia. ¡Ah! avergüénzome de mí mismo, pésame... me duelo... ojalá se me partiera de dolor el corazón.

II. *Actos de propósito.* Pero ya no más, Señor, no más pecar. En presencia de toda la corte celestial, y delante de tu Divina Majestad, propongo firmísimamente, y con toda mi voluntad, en uso de mi libre albedrío públicamente declaro, que quiero ántes perder mil veces cuantas honras y bienes puede dar el mundo, y aun la misma vida entre acerbísimos tormentos, ántes que ofender á mi Dios, principalmente con tal... y tal pecado. Péguese mi lengua al paladar, apáguese la luz de mis ojos, séquenseme las manos, destrúyanse, en fin, todos los miembros de mi cuerpo, ántes que yo consienta en abusar más de ellos para pecar.

III. *Actos de humildad.* La confusion cubre mi rostro; mi alma está llena de *heridas y cardenales*, y es una *llaga corrompida*; desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en ella cosa sana ¹. A la verdad que soy abominable é inútil, y bebí como agua la maldad, y mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza, se han multiplicado más que mis cabellos ². ¡Oh maldita soberbia, en la cual tuvo origen toda mi perdicion; yo te aborrezco ³; con toda mi alma te abomino, te detesto como á fuente infernal de todo mi mal. En adelante nada pensaré, haré ni hablaré, que redunde en alabanza mia; y vosotros, oh desprecios, injurias y oprobios, venid contra mí, para vengar los que he hecho contra mi Dios.

IV. *Actos de odio de sí mismo.* ¡Oh detestable amor propio! tú pusiste en mi mano las armas con que ofendí á Dios; tú fuiste la causa de mis pecados; pero ahora propongo tomar de ti venganza: *dada está la sentencia; es menester destruir el cuerpo del pecado* ⁴. ¡Oh alma mia! enciéndete con S. Bernardo en santa ira contra tu cuerpo traidor, y exclama con el mismo santo: *Levántese Dios, perezca la carne, el hombre enemigo sea aplastado: el despreciador de Dios y amador de sí mismo es reo de muerte; que sea crucificado.* En adelante ¡oh Dios mio! ni el amor de los placeres, ni el deseo de las honras me apartarán de la indiferencia para los medios, ni de tu servicio, como mi fin último que eres.

¹ Ps. 43, 16; Isai. 1, 6.

² Job. 15, 16; Ps. 37, 5; 39, 13.

³ Ps. 39, 13; Job. 9, 14.

⁴ Rom. 6, 6.

CONSIDERACION

DE LAS DOS RAICES DEL PECADO.

No basta aborrecer y llorar el pecado con dolor intenso; es menester que este se extienda hasta sus raíces, porque de otra manera no se purgará bien el alma; no se secará la fuente de los vicios; no se obtendrá la tan recomendada indiferencia, ni entraremos en el camino que nos conduce á nuestro último fin. Y por esto se dijo de intento en la leccion espiritual, §, I. n. 3, que el dolor y horror de los pecados cometidos debian ser tales, que detestásemos tambien su origen, segundo fruto que hemos de sacar hoy.

Dos son principalmente estas raíces: primera, el deseo de sobresalir, ó sea la *soberbia*; segunda, el apetito de deleites, esto es, la *sensualidad*. De aquí nacen los pecados, así mortales como veniales, aun aquellos que tienen por madre á la *avaricia*, que es otra fuente de males para el alma. *Todos los males han comenzado por la soberbia* ¹; y Santo Tomás añade, *que ella es la causa de todo mal* ². Lo mismo dice S. Ambrosio ³ de la sensualidad, enseñándolo así la experiencia; porque ella, como lo declara Santo Tomás, es

¹ Tob. 4, 14.

² 1. 2, q. 84, a. 2.

³ 1. 2, q. 3, a. 1.

un apetito de cosas deleitables segun los sentidos, esto es, del deleite que percibe el alma mediante los órganos corporales, ya de la vista, ya del gusto, ya del tacto, etc.; y así viene á ser fuente asquerosa de los pecados que se cometen por los sentidos. Contra esta doble enfermedad ofrece muchas medicinas la consideracion de los efectos que causa el pecado.

I. El primer antídoto contra estos dos venenos es el íntimo conocimiento de la *fealdad* de una alma afeada con las manchas de la culpa. Este conocimiento no puede ménos de llenar el alma de grande ódio y desprecio de sí misma. Cuánta sea esta fealdad y cuán enorme, lo tocamos en el primer punto de la segunda meditacion; si bien hacerlo como conviene no es posible, porque aun concebirlo dignamente excede los alcances del entendimiento humano. Pon en un monton todas las abominaciones de las enfermedades más asquerosas, la hediondez de las cosas más repugnantes, el asco de las cárceles, la podredumbre de los cadáveres, las llagas, las gangrenas, en fin, cuanto venenoso y horrible alimentan las sierpes y los dragones. Añade á todo esto cuanto monstruoso y detestable abortó desde su creacion la naturaleza, cuanto feo y horroroso tiene el infierno, en una palabra, recoge todo lo atroz y execrable que esconde el mundo en sus cavernas, y los abismos en sus entrañas, y todo esto es nada si se compara con la fealdad de una alma manchada con sola una culpa grave. Un solo pecado, aunque momentáneo y de pensamiento, trasformó á Luzbel, de ángel hermosísimo, en demonio tan horrible, que su vista es uno de los mayores tormentos del infierno; de modo que con razon quería una Santa andar hasta el dia

del juicio sobre carbones encendidos, ántes que volver á ver al demonio, aunque no fuera sino de paso y por muy breve tiempo. Ahora pues, si á un Serafin tan hermoso acarrea tanta fealdad un solo pecado de pensamiento, cometido en un instante, qué fealdad no habrán causado á tu pobre alma tantos pecados de pensamiento, palabra y obra, tantas omisiones, tantos delitos ocultos, tantos cargos ajenos. ¡Oh, qué monstruo tan terrible y espantoso á los ojos de Dios será tu pobre alma!

Párate aquí un poco, y lo que yo no acierto á explicar con palabras, esfuérate á alcanzarlo con el pensamiento... Eres abismo horrendo de maldades, cuya profundidad no la penetran los ojos ni el entendimiento, pues es tanta que aunque no hubiera demonios en el infierno, aunque no ardieran llamas abrasadoras, ni se hallara tormento alguno en aquel lugar, sola tu vista era bastante para transformarlo otra vez en infierno. Tan monstruoso y deforme eres; y por consiguiente *¡dignísimo de todo desprecio!* Y no obstante, *la soberbia de tu corazon te ha engreido*¹. Siendo tizon del abismo, ¡deseas ser honrado, alabado y preferido! Siendo imágen del demonio, ¡huyes de ser despreciado, vituperado y pospuesto! A la verdad *que eres muy soberbio*, si éstas cosas no te mueven á profunda humildad.

De aquí se ve cuán poderoso motivo es para despreciarse y aborrecerse, haber cometido alguna vez un sólo pecado mortal, y cómo esta

¹ Abdias 3.

desgracia debe ser antídoto eficacísimo contra la soberbia y sensualidad. El pecador que contempla la deformidad de su alma, humilla la arrogancia de su espíritu, y se indigna santamente contra su carne, como contra la causa funesta de hallarse tan monstruoso.

Ni te gloríes de haber lavado tus manchas en las aguas de la penitencia, confesándote de ellas; porque no estás cierto si te hallas realmente limpio. Sabes que pecaste, pero ignoras si estás perdonado, y por ventura te ofrece la conciencia muchas razones para dudarlo. Mas demos que quedases limpio con las lágrimas de tu corazón contrito; pero á lo ménos aquel instante en que pecaste será eternamente objeto de ódio y execración á los ojos divinos. Aunque ahora resplandecieses con virtudes, te aventajases en santidad á todos, y excedieras á los mismos serafines en el amor de Dios, no obstante, considerado en aquel instante de vida en que pecaste, siempre será cierto que fuiste término de la ira y venganza de toda la Trinidad. ¡Qué gran motivo de humillación es considerar, cómo por nuestros pecados fuimos el blanco de la divina indignación! Esta idea mantuvo á los santos en la humildad y odio de sí mismos. Y con razón; porque lo que es vil lo despreciamos, y lo torpe lo aborrecemos; y como por el pecado somos uno y otro en grado eminente, consta claramente que la fealdad del *alma pecadora* es poderoso motivo de humillarnos y aborrecernos.

II. El otro remedio contra la soberbia y sensualidad es la *memoria frecuente del infierno* que hemos merecido. Pecaste, ¡oh infeliz! pecaste gravemente, y quizá muchas veces; lo dice así tu conciencia. Por lo cual mereciste el infierno;

te son debidos los tormentos sin fin; el Averno es tu casa; lo enseña la fe. Muchos arden ya en aquellas abrasadoras llamas, y arderán eternamente, quizá con ménos pecados que tú; luego tú, como más culpable, es evidente que debias tambien habitar en aquellas llamas abrasadoras. Dime ahora: ¿aquel que merece el fuego del infierno, no merece tambien todos los *desprecios y dolores* posibles en este mundo? Claro está que sí, porque el que se ha hecho acreedor á un género de tormentos muy grandes, con más razon los merece menores. Luego excediendo con mucho las penas del infierno á todos los dolores y desprecios de esta vida, es innegable que si mereces aquellas, te son tambien debidos estos. Por esto cuando pecaste fuiste más despreciable y reprehensible de lo que puedes ser reprendido y despreciado en este mundo. Y así ningun desprecio, ningun castigo que aquí te hicieren podrá igualar al que se te debe, pues siempre se dirá con verdad que todavía eres reo de mayor castigo, habiendo merecido por tus pecados el infierno. Bien puedes ser cruel tirano de ti mismo con voluntarias penitencias, y despreciarte cuanto alcanzares, que nunca te atormentarás y despreciarás cuanto mereces por una sola culpa mortal.

Lo oyes, ¿y aún te ensoberbeces? Lo crees, ¿y todavía tratas con blandura tu carne? La carne, cenagal de pasiones, y caverna de vicios. ¡Oh pecador abominable! aunque fueras el blanco de todas las injurias y desprecios, de todas las enfermedades y calamidades; aunque en ti como en su centro se juntaran todas las humillaciones y dolores, no serías tratado como mereces. Sabes esto, y no obstante por cualquier desprecio

ó molestia, aunque pequeña, te entristeces, te quejas y aun te indignas! Siendo vilísimo esclavo del demonio, debieran despreciarte eternamente los condenados, y ser negro pábulo donde se cebasen aquellas voraces llamas: en lugar de esto la bondad divina no quiere que padezcas sino una leve humillacion, un pequeño trabajo, y tú, impaciente, lloras, te quejas, te enojas y aun presumes altas cosas de ti, y regalas delicadamente tu cuerpo. ¡Qué soberbia! A la verdad locura tal, nadie habrá, si es racional, que no la condene. ¡Oh infierno! qué estímulo eres tan poderoso para humillarnos y abajarnos aun debajo del mismo infierno.

III. El tercer motivo es nuestra *propension innata al pecado*. Quien quiera que tú seas, en el mismo instante en que esto lees, puedes pecar, y pecar gravemente. Así es, ¡oh miserable! mientras vives en este mundo no estás seguro de caer en culpa mortal. Aunque hicieras grandes milagros, aunque igualaras en santidad á la misma Reina de los cielos; aunque fueras con S. Pablo arrebatado al tercer cielo, y con altísima contemplacion entendieras los más secretos misterios de la Divinidad, puedes, si Dios suspende su gracia, cometer horribles pecados. Uno de aquellos que componian el número de los cuarenta mártires que celebra la Iglesia á 10 de marzo, sufrió por mucho tiempo el tormento del agua helada; pero poco ántes de alcanzar con gloriosa muerte la vida eterna, renegó de la fe, y pereció infelizmente. Aquellos dos sacerdotes que en el Japon acompañaron por tres años al Padre Carlos Espínola padeciendo las prisiones de una cárcel durísima; despues de haber sido asados á fuego lento muchas horas por confesar la fe, renegaron

de ella, y volviéndolos á echar de nuevo al fuego, murieron como apóstatas de la Religion, los que sin más costa y con el mismo tormento pudieran haber muerto como mártires. Confiesa por lo tanto, que eres sumamente frágil, ya que puedes caer en pecado.

Ademas de esto, siendo como eres mortal, estás expuesto á morir en el mismo instante en que pecas, á ser presentado á juicio, y condenado; esto es, puedes hallarte privado eternamente de ver á Dios, que es tu último fin, y condenado á padecer tormentos perdurables. ¡Oh verdad horrenda! ¡Oh motivo poderosísimo de humildad! Pequé, merecí el infierno, puedo volver á pecar y condenarme. ¡Quizá moriré en pecado y me condenaré para siempre! Y aun por ventura no me faltan razones para temer que he de recaer en el pecado, que moriré en él, y me condenaré eternamente.

¡Oh soberbia! ¿qué dices ahora? ¿Qué dices, polvo y ceniza? Negro tizon del infierno, ¿qué dices? Prefiérete á otros, si puedes, despues de considerada esta verdad, y complácete en tus dones, si tienes tan ofuscada la razon con los humos de una soberbia satánica. Mira cómo el *abismo dilata su capacidad*; estás suspendido en su borde; si se te vá un pie te precipitas miserablemente, y no obstante andas erguida la cabeza, sin bajar los ojos, para ver tu fragilidad. *Oh propension innata al pecado*, á quien tú no humillas, ya merece ser despreciado en el infierno.

Ademas de esto, si sacaran de la cárcel infernal á alguno de los condenados, concediéndole tiempo para que hiciera penitencia, ¿con cuántas asperezas castigaria su cuerpo! ¿Se dejaria engañar de los deleites queriendo por gozarlos expo-

nerse á ser arrojado de nuevo en el abismo para siempre? ¿Antes bien no preferiria con mejor acuerdo, agradecido al favor de verse libre de aquellas llamas, escoger con voluntarias penitencias reparar el honor ultrajado de su amorosísimo Dios? Pues ¿por qué tú ahora no lo reparas del mismo modo? ¿Es por ventura menor beneficio el que tú has recibido, no siendo arrojado al infierno despues de haberlo merecido tantas veces, que si de allí te sacara el Señor habiéndote despeñado en él? Por esto pues, *humilla mucho tu alma;* y á tu cuerpo castígalo como lo hiciera un condenado si lo sacaran del infierno.

Concibe finalmente propósito firme de evitar en adelante aquellos pecados aun veniales, á lo ménos los más deliberados, á los cuales hasta ahora te ha arrastrado la soberbia y sensualidad; y entre ellos: primero, de no pensar, hacer ni decir cosa alguna que ceda en tu gloria ó en desdoro de tu prójimo; descende aquí á cosas particulares; segundo, de no permitir cosa viciosa á los sentidos, en especial á la vista, al gusto y al tacto: señalarás cosas particulares, y no levantarás la mano ántes de formar buenos propósitos acerca de ellas, y esto quede dicho para el punto siguiente; tercero, como la mente de N. P. S. Ignacio es *que el fruto de la consideracion de los pecados consiste en la detestacion de su fealdad, no sólo concibiendo dolor, sino acompañando este de la satisfaccion conveniente;* á este objeto manda hacer algunas penitencias exteriores, como mortificaciones, primero, acerca del comer, segundo, acerca del dormir y estancia, tercero, cuanto á castigar la carne, á saber, dándole dolor sensible, trayendo cilicios, ó sogas, ó barras de hierro sobre las carnes, flagelán-

dose ó llagándose, y otras maneras de asperezas ¹.

Y estas penitencias las prescribe, no sólo para el tiempo de los ejercicios, sino tambien para despues de acabados. *Las penitencias externas principalmente se hacen por tres efectos, como lo dice el mismo Autor: primero, por satisfaccion de los pecados pasados; segundo, por vencer á sí mismo; es á saber, para que la sensualidad obedezca á la razon, y todas las partes inferiores esten más sujetas á las superiores; tercero, para buscar y hallar alguna gracia ó don que la persona quiere y desea, así como si desea haber interna contricion de sus pecados, ó llorar mucho sobre ellos, ó sobre las penas y dolores que Christo Nuestro Señor pasaba en su pasion, ó por solucion de alguna dubitacion en que la persona se halla* ². Estos tres utilísimos efectos son sin duda estímulo eficaz para poner en práctica constante el uso de algunas mortificaciones, y principalmente conducen ellas mucho para extirpar las dos raices de los vicios, la *soberbia y sensualidad*; dos contrapesos que nos apartan de aquella indiferencia y de nuestro último fin. Y el extirparlos ha sido el blanco de esta consideracion.

Nota. El siguiente exámen acerca del estado de nuestra alma, se hará al tiempo de la lectura espiritual de la tarde, ó en algun rato libre. Lo que tambien se observará en adelante con semejantes exámenes.

¹ Lib. de los Ej., 1.^a sem. ad 10.

² Lib. de Ej., ibid.

EXAMEN

DE LOS DEFECTOS NACIDOS DE LA SOBERBIA
Y SENSUALIDAD.

Hoy en las dos meditaciones de la mañana hemos detestado con todas nuestras fuerzas la *malicia del pecado*; en la consideracion de la tarde, dando otro paso más, aborreceremos tambien sus principales *raices*, la soberbia y sensualidad. Pero como estas se dividen á manera de hidras en varias cabezas, para conocerlas mejor haremos el presente exámen, enderezado á descubrir las y aborrecerlas.

I. Primeramente la soberbia, como lo enseña Santo Tomás, es un desordenado apetito de sobresalir, lo cual es pecado, de su naturaleza capital, y causa de otros muchos: *como quiera que ejerce respecto de los otros pecados una influencia universal*¹, por el cual ocupa el primer lugar entre los demas vicios.

Sus hijas principalmente son la vanagloria, ambicion, hipocresía, ira, envidia, detraccion, odio, desprecio de otros, jactancia, arrogancia, presuncion, pertinacia, ingratitude, desobediencia, rebeldía. Porque la soberbia hinchada se gloria vanamente, busca los honores, se finge

¹ 22, 9, 162, a. 2, c.

santa, abatida se irrita, murmura de los que le son superiores, y les tiene envidia, aborrece á los que le desprecian, ensalza las cosas propias, todo se lo atribuye, y nada hay que de sí no presuma con arrogancia. Finalmente, es pertinaz, ingrata, desobediente, rebelde. Tal es la descendencia de este vicio capital, nacida toda en el infierno.

Por lo cual llámate á ti mismo al tribunal de tu conciencia, y examina lo siguiente: primero, ¿refieres á Dios todas y cada una de tus obras, precediéndolas y acompañándolas la intencion recta? ó lo que es peor ¿no buscas en ellas sólo una gloria vana? ¿No te estimas por ventura á ti y tus cosas más de lo que es justo, complaciéndote neciamente en ellas, y alabándolas, deseando además ser conocido, atendido y celebrado? Segundo, examina si buscas los primeros puestos, y las cátedras más distinguidas, y con paliada ambicion y fingida santidad solicitas la fama de docto y santo, ó si pretendes algun oficio honroso, alguna dignidad, juzgándote más digno que los otros; ó si á lo ménos llevas pesadamente el que no te den empleos, sino viles destinos, incómodos y despreciados. Si sientes los estímulos de la envidia cuando ves que prefieren á tu émulo despreciándote á ti. Si te irritas porque se disminuye tu honor ó lo manchan y si á los que son los autores de esto los aborreces, los injurias, y procuras deprimirlos y calumniarlos. Tercero, indaga si eres uno de aquellos que sólo gustan de sí propios; que desprecian á los demas, y sólo alaban lo suyo; que juzgan se les debe lo mejor, que son nacidos para todo lo grande, y sólo ellos son capaces de desempeñar los empleos y negocios de monta, siendo pertinaces en este su parecer y juicio; que olvidan ingratos los beneficios, sacuden el

yugo de la obediencia, y si no con palabras y obras, á lo ménos con su sentir y juicio son rebeldes, que buscan eximirse de las cargas comunes, y quieren conseguir privilegios singulares; que se humillan sólo por ser más ensalzados.

De aquí entenderás qué raíces tan profundas habrá echado este vicio en tu corazón, y cuánta necesidad tienes del exámen particular para cortarlo y arrancarlo. Hazlo con diligencia, y *no consientas que la soberbia domine en tus pensamientos, porque por ella comenzó toda perdición* ¹.

II. Réstanos todavía vencer el otro monstruo que en la via purgativa nos sale al encuentro; éste es la sensualidad desordenada, venenosa peste que ha inficionado la mayor parte de los hombres, y que, curándola, cerraremos el paso á muchos males.

La sensualidad ó concupiscencia, que, segun Santo Tomás, es un apetito de cosas que deleitan los sentidos, esto es, de deleites que percibe el alma por medio de los órganos del cuerpo, como la vista, gusto, tacto, etc.; tiene por hijas la gula, embriaguez, pereza, lujuria, ociosidad, curiosidad, envidia, ira, etc.

Examínate si te excedes en la comida y bebida; si tu lecho es demasiado blando, tu vestido delicado, y prolongado tu sueño; si andas á caza de los gustos y recreaciones del cuerpo, y huyes del trabajo; si buscas la ociosidad, das libertad á los ojos, y envidias las comodidades de otros; si te indignas con los que te turban; si

¹ Tob. 4, 44.

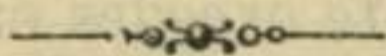
fomentas amistades particulares; si amas desordenadamente á tus parientes; y otras cosas semejantes.

Averigua cuál de estas zizañas haya echado raíces en ti, y arráncala por medio del exámen particular, acordándote de aquella sentencia del Kémpis: *En realidad, nos engañamos á nosotros mismos con nuestro desordenado amor á la carne..... Pues cuanto más te perdonas, y sigues las inclinaciones de la carne, tanto más severamente serás despues castigado; pues vas acumulando más materia para quemarte* ¹.

Nota. El primer punto de la meditacion del infierno lo leeremos al prepararnos para ella; lo propio que el punto IV debe leerse despues de la meditacion, si no alcanzare la hora para meditarlo. Los que gastaren dos dias en las materias de hoy, dividirán la meditacion, tomando los dos puntos ahora, y dejando los otros dos para mañana.

MEDITACION III.

DEL INFIERNO.



Punto I.

1. *Penas del cuerpo.* El condenado padecerá en sus miembros y sentidos, dolores y penas:

¹ L. 1, c. 24.

1.º *indecibles*, y los padecerá *juntos*, no uno ú otro ó sólo aquellos de que tenemos noticia, sino todos juntamente, de modo que *caerá sobre él todo dolor* ⁴. ¿Quién no se horroriza al oír tal cosa? Sola la cabeza, como lo testifica Galeno, puede padecer muchos miles de enfermedades diversas. ¡Y el condenado padecerá *más* que esto! Innumerales son los dolores con que pueden ser atormentados los ojos, oídos, entrañas, piés y manos. ¡Y el condenado padecerá *mucho mas!* Concibe reunidos todos los tormentos que la ferocidad de los tiranos, el rigor de los verdugos, la crueldad de los herejes, el furor de los bárbaros ha inventado por todas las partes del mundo, desde su creacion hasta ahora. ¡Pues el condenado sufrirá *muchísimo más!*

2. Los padecerá en grado *intensísimo*, aunque finito, y á proporcion de los pecados. Dice Santo Tomás, que el menor de los dolores del infierno es mayor que todos los tormentos de los mártires, que la crueldad de las enfermedades, y que los suplicios de los reos y malhechores. Según esto, ¡qué vehemente y cruel debe ser el grado de las penas del infierno! No pocas veces basta un pequeño dolor de muelas para desesperarnos. ¡Qué será, pues, padecer aquel inmenso cúmulo de tormentos con un modo acerbísimo é intensísimo!

3. Los padecerá *continuamente*. ¡Ah, continuamente, sin interrupcion ó intervalo alguno, sin género alguno de consuelo, sino siempre y constantemente! Miétras vivimos en la tierra no

⁴ Job. 20, 22.

hay miseria que no tenga su alivio; pero en aquel horno de azufre, no sólo no hay respiración alguna, mas ni esperanza de que la haya. Intolerable castigo fuera para nosotros, aun estando sanos, acostarnos en una cama de blandas plumas para estarnos inmóviles en ella; ¡qué tormento será para un condenado estar fijo y clavado en aquellos cepos infernales, ardiendo continuamente, y penando siempre, con dolores igualmente acerbos despues de millones de años que al principio y en el primer dia, sin que ni el trascurso de los siglos, ni la costumbre de padecer mitiguen un tanto la fuerza de sus tormentos! *¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿Quién con los ardores sempiternos?* ¹

Punto II.

1. *Pena del alma.* Serán de horrible tormento para el condenado estas reflexiones: Dios murió en una cruz por salvarme, y no obstante, me he condenado; Cristo derramó toda su sangre por librarme del infierno, y á pesar de esto, me he condenado; nada omitió el Espíritu Santo para glorificarme, y sin embargo, me he condenado. Yo..... cristiano..... religioso..... sacerdote..... educado en el seno de la Iglesia..... sacado de las tempestades del mundo al puerto de la Religion, sustentado tantas veces con el pan de vida..... Yo, que fuí criado para el cielo,

¹ Isai. 33, 14.

que medité tantas veces en el infierno, que enseñé á otros muchos el camino de la vida. Yo me he condenado.

2. Me he condenado *por mi culpa*..... Pude salvarme, y lo pude tan fácilmente. Tuve abundancia de gracias; me sobraban medios; me impelían los ejemplos. La misma diadema con que ahora es coronado mi compañero, la estola de gloria que ahora viste mi amigo, estaban también destinadas para mí, si hubiera perseverado en el bien comenzado..... Pero fui inconstante, y me he condenado porque quise.

3. Quise condenarme *por un puñado de cebada, por un pedazo de pan, por un plato de miel* ¹, que aun de acordarme me avergüenzo. Por un pequeño y momentáneo deleite padezco ahora gravísimos y eternos tormentos..... En suma: yo, prevenido con tantas gracias, me he querido condenar para siempre *por mi culpa*, por una *nonada*.

4. Me he condenado *andando por caminos ásperos*, devorando más tédios y trabajos *por la senda de la iniquidad y perdicion*, que hubiera padecido practicando la virtud. ¡Infeliz de mí! más caro me ha costado el infierno, que á los escogidos el cielo; y más molestias habré de tolerar para arder eternamente, que los bienaventurados para gozar siempre. Así gimen *en el infierno aquellos que han pecado, y han muerto en su iniquidad*. Tales son los pensamientos que, revolviéndolos en su entendimiento, atormentarán *atrozmente al condenado* ². Los verdugos de su

¹ Ezeq. 13, 19.

² Gen. 25, 33.—1 Reg. 14, 43.

memoria serán la vanidad de lo pasado, la crueldad de lo presente, la eternidad de lo porvenir. La *voluntad* sumergida en un abismo de tristeza y desesperacion, agitada de opuestas olas de afectos, encendida en ódio á sí misma, entre horrendas blasfemias, *querrá siempre lo que no existirá jamás, y nunca querrá lo que siempre debe ser; nunca obtendrá lo que desea, siempre tendrá que aguantar lo que detesta* ¹. ¿Qué lengua será capaz de explicar tanto tormento? A la verdad: *Ni el ojo vió, ni en el oído oyó, ni el corazón humano penetró lo que tiene preparado Dios para los que le ofenden. ¡Oh, qué cosa tan intolerable es el infierno!* ² *¡Ay de aquellos que sean atormentados en aquel estanque de fuego y azufre!*

Punto III.

Pena de daño. No obstante toda esta multitud y atrocidad de tormentos nada es comparado con la pena de daño, la cual consiste en no ver á Dios: *Si ciendoblais las penas del infierno, dice S. Juan Crisóstomo, no habreis imaginado cosa que pueda ser comparada con la pérdida de esta gloriosa y bienaventurada felicidad* ³. ¡Oh sentencia llena de horror! porque, si sola una llama es causa de tantos tormentos y males, ¿qué serán ciento? Y, no obstante, como lo testifica San

¹ Sap. 5, 13.

² Bern., lib. 5 de cons. ad Eugenium, c. 11.

³ S. Juan Crisóst., lib. de Repar.

Crisóstomo, ni mil juntas equivalen á la sola pena de daño. La razon es óbvia; porque esta pena, no sólo en *extension* ó sea por el tiempo de su duracion, sino tambien por su *intensidad*, esto es, por el bien de que priva, es infinita. Y como lo sumo de la bienaventuranza es ver á Dios, así lo sumo del tormento es no verle; *porque estar separado de Dios, es desgracia tan grande como grande es Dios* ¹.

Miéntras vivimos en el mundo sentimos muy poco los deseos de ver á Dios; *porque no conocemos la grandeza de este sumo bien, por lo mismo no comprendemos cuán gran mal es vernos privados de El*. Pero luégo que entremos en la eternidad, será tanta la estimacion en que tendremos á Dios, tan vivos los deseos de poseerle, tal la violencia con que nos atraerá á sí, que apartarnos de Él, aun por un instante, será el mayor de los tormentos del abismo; en una palabra: *más sufrirá por la pérdida del cielo que por los tormentos del infierno*. Y con razon; porque es tan infinita la hermosura divina, que si por un instante la vieran los condenados, no sólo no sentirian sus tormentos, sino que al momento se les trocaria el infierno en cielo. Por lo cual aquellos miserables de buena gana padecerian centuplicadas penas por gozar un momento siquiera de la belleza de Dios. Pero en vano, *porque sus iniquidades los han separado de Dios, y sus pecados los han privado de ver su rostro* ². No verán más á Dios, y esto por una eternidad..... por toda una eternidad.

¹ Homil. 24 in cap. 7 Mat.

² S. Ag., de Civit. Dei, cap. 28.

Punto IV.

Eternidad de las penas. Esto es lo más terrible de todo lo terrible: no ver á Dios, y padecer aquellos tormentos por toda la eternidad. Vendrá el dia del juicio, se destruirá la máquina del universo, pasarán millones de años, volverán á pasar millones de millones, y despues de tanto tiempo, ni un momento habrá pasado de la eternidad. Correrán más siglos que arenas hay en la mar, hojas en los árboles, átomos en el aire, estrellas en el cielo; y despues de todo, comenzarán de nuevo y proseguirán los tormentos del condenado. Ni bastará esta infinidad de siglos: terminados ellos, volverán á trascurrir tantos millones de siglos cuantas gotas tiene la mar, granos de polvo la tierra, y cuantos números pueden escribirse en la bóveda del cielo; y pasado todo este tiempo, los condenados todavía serán condenados, infelices, miserables, y lo serán siempre, *á fin de que toda carne sepa que Dios desenvainó para siempre su espada*¹. Porque allí habrá una muerte sin muerte, un fin sin fin, un desfallecimiento interminable; porque allí vive la muerte, siempre comienza el fin, y la agonía no tiene término². Cuando piensas que vas á encontrar el fin, entónces empieza la eternidad. Ni digas que esto arguye crueldad en Dios, porque

¹ Gen. 49, 26.

² Ezech. 21, 5.

siempre es digno de castigo lo que nunca puede expiarse. Y porque la malicia del pecado es en cierto modo infinita, es justo que lo sea también la pena, á lo ménos, en la duracion interminable; de otro modo no fuera correspondiente, y la sabiduría de Dios no hubiera proveido de un medio suficiente para apartarnos del pecado, ya que los tormentos temporales del purgatorio nos detienen tan poco para que no cometamos pecados veniales. Ciertamente, si hubiera redencion en el infierno, el gusano que roe la conciencia de los condenados moriria alguna vez, y su castigo dejaria de ser eterno. La verdad divina nos asegura que *no hay redencion para los condenados; que su gusano no muere; que irán al suplicio eterno;* en donde no solamente se nos dice que *el fuego infernal es inextinguible,* sino también que los condenados serán atormentados en él eternamente, y no fuera así si pudieran salir alguna vez de aquellas eternas llamas.

¡Oh, eternidad! ¡palabra fácil de pronunciar, difícil de entender! La picadura de una mosca, por ligera que sea, si se repitiese eternamente, causaria tormento inexplicable. ¡Qué será padecer en el infierno todos los tormentos posibles, en un grado intensísimo, continuamente, y esto por una eternidad!..... ¡Ay de aquellos que los experimentan ántes de haber creído en ellos!

AFECTOS.

1. *Acto de fe.* ¡Oh sapientísimo y veracísimo Dios! Creo que hay infierno..... que lo me-

rece un sólo pecado mortal..... que por él habeis condenado á muchas almas criadas para el cielo, y las habeis condenado siendo Vos la misma justicia, que no podeis castigar más de lo justo; la misma misericordia, que castigais siempre aun ménos de lo que se merece, y por esto es todavía mayor mal la culpa que la pena, como lo asegura Santo Tomás: y así por conclusion legítima se sigue que debemos abominar más la culpa que el infierno. Así lo creo, porque vos, Dios mio, que sois la misma verdad, lo habeis dicho, por lo cual, en adelante, *huiré del pecado como de una culebra ponzoñosa*, aunque me convide con todos sus halagos; propongo especialmente la enmienda de tal pecado..... y huir de tal ocasion..... Por el contrario, aunque me sea molesto, abrazaré todo lo que me aparta del pecado, en especial estos medios..... Porque *es mejor entrar en la vida eterna manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos piés ser echado al fuego eterno.*

2. *Acto de aborrecimiento del pecado.* Séanme el Señor y su Cristo testigos de que con Eleázaro, *prefiero caer en el infierno ántes que pecar*; y con S. Anselmo: *si á un lado viése la vergüenza del pecado, y al otro el horror del infierno, y necesariamente debiese escoger uno de los dos, me precipitaria en el abismo ántes que cometer el pecado*; y con el mismo Santo obispo: *prefiero entrar puro é inocente en el fuego eterno, que ser admitido en el reino de los cielos afeado con la mancha del pecado*¹. ¡Oh pecado! ¡qué móns-

¹ Lib. 1, cur Deus homo, c. 21.

truo eres tan execrable! ¿Cómo pude comerte?

Este aborrecimiento se extenderá también á los pecados veniales, y principalmente á aquellos que nos ponen en mayor peligro de cometer los mortales. Además de esto se aborrecerá también, y seriamente, la raíz que señalamos de los vicios, en especial la *soberbia y sensualidad*. Porque *en el infierno la llama devoradora quema á aquellos que se han manchado con los placeres carnales, y los profundos abismos tragan á los que se entregan ahora á vanos pensamientos de soberbia*¹. Contra estos males practicaremos los dos afectos siguientes.

3. *Acto de humildad.* ¡Oh poderoso Dios de las venganzas, pequé; merecí el infierno! Si hubieras usado de tu justicia, ya estaría yo ardiendo en el fuego devorador, sería mónstruo del averno, sentina del abismo, en donde caerían sobre mí todas las humillaciones posibles: ¡y me ensoberbeceré todavía! Estoy expuesto á pecar, puedo morir en pecado, y condenarme, ¿y todavía me ensoberbeceré? *Confieso en verdad que soy digno de todo escarnio y menosprecio, porque he merecido por mis pecados el infierno y el fuego eterno*².

4. *Acto de odio de sí mismo.* ¡Oh Dios Creador de todas las cosas! te amé menos que á mi cuerpo, pues por amor de este te ofendí, siendo mi bienhechor. ¡Por darle un gusto momentáneo me expuse á eternos tormentos! ¡Confieso, Dios mio, mi locura con toda la amargura de mi alma!

¹ Greg. M. lib. 9 Mor.

² Kemp. lib. 3, c. 52, n. 2.

Mas ya ahora el recuerdo del fuego del infierno me abrasa en odio de mí mismo: perezca el cuerpo, para que no perezca el alma; padezcan por corto tiempo los sentidos, para que no padezcan eternamente las potencias. Si un condenado saliera del infierno, ¿con qué rigor no trataria á su cuerpo? Pues no pide ménos la gratitud, por ser mayor beneficio no caer en el infierno, que salir de él despues de haber caido. Por lo mismo negaré á mis sentidos tales y tales placeres, que me son causa de ruina, y maltrataré á mi carne con tales mortificaciones.

5. *Acto de indiferencia.* ¡Oh mi primer principio y último fin, que me criaste para que te sirviera como fuese de tu agrado! Heme aquí en tu mano como el barro en las del alfarero; vuélveme y revuélveme cuanto quieras, que á todo estoy dispuesto ⁴, para aquel estado de vida á que me llamas, ó para aquel grado de perfeccion á que me convidas en el estado elegido; porque por más duros que sean no lo son tanto como el infierno; para aquel oficio, lugar y enfermedad, que tampoco son tan duros como el infierno; con indiferencia para todo. ¿Qué me aprovechará abundar en todos los honores y comodidades, si así me condeno? ¿Y qué me dañará carecer de todo, si así me salvo? A la verdad nunca se ve más clara esta verdad que á la luz de las llamas del infierno.

6. *Acto de gratitud y dolor.* ¡Oh Dios mio, árbitro de la vida y de la muerte! Gracias te doy porque al primer pecado que cometí, no me qui-

⁴ Jerem. 18. 6. K. lib. 3, c. 5.

taste la vida, y llamaste á juicio, sino que tan benignamente me concediste tiempo y gracia para hacer penitencia. Si en aquel estado hubiera muerto, ya ahora habitaria con los ardores sempiternos. Condenaste á otros; á mí me perdonaste, sólo porque me amaste más que á otros. ¿Cómo pude ofender á un Dios que tanto me amó?

Pero me duelo vehementísimamente, y con todo el corazon... *¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuente de lágrimas, á fin de prevenir con mi llanto los llantos inútiles, y para librarme de aquellas llamas eternas que siempre arden y nunca consumen? ¡Misericordiosísimo Señor! No me pierdas por mis iniquidades, ni me relegues para siempre á los profundos abismos*¹.

DIA III.

MEDITACION I.

DE LA MUERTE.

Punto I.

La muerte nos enseña á despreciar los bienes de la tierra, que son el primer obstáculo para la indiferencia, y la consecucion de nuestro último

¹ Bern. serm. 16 in Cant.—Or. Manas.

fin. Ya se dió la sentencia: *Morirás*. Y esto es ciertísimo, porque *nadie se libra; de modo que has de morir tú*, y no otro en tu lugar; y morirás una sola vez; pues por decreto divino *se ha establecido que todo hombre muera una sola vez.....* Y esto *en el día ménos esperado, y en la hora más desconocida*. Ni sólo ignoras el tiempo sino también el modo y lugar de tu muerte; pero es lo cierto que llegará un momento en que perderás la esperanza de reparar con lágrimas el error, si lo hubieses cometido, y no te hubieras enmendado de él. En una palabra, tarde ó temprano ello es cierto, que dejados tus bienes y amigos, *irás á la casa de la eternidad*, para no volverlos á ver jamás: irás solo, porque cada uno tendrá que dar cuenta de sí á Dios; é irás desnudo, *porque nada trajimos á este mundo, y es cierto que nada sacaremos de él* ¹.

Lo creemos, y con todo eso vivimos con el corazón pegado á los bienes terrenos, de modo que por ellos nos desviamos de nuestro último fin, y de aquella laudable indiferencia; despreciando temerariamente el camino y modo como Dios quiere que le sirvamos. ¡Oh esclavo vilísimo de un puñado de tierra! *La polilla te servirá de lecho, y tu cobertor serán los gusanos* ². Esta será tal vez tu herencia: un trapo vil y despreciable, sacado de un rincón de la casa, será el adorno que se buscará para vestirte; fuera de esto nada llevarás al sepulcro contigo, de todo cuanto atesoraste con tanto afán y trabajo, porque al morir el hombre, le abandonarán todas las cosas; y co-

¹ 1 Tim. 6, 7.

² Isai. 14, 11.

mo salió desnudo del seno de su madre, así se irá sin llevar consigo nada del fruto de su trabajo ¹.

¿Lo oyes? Nada de tus riquezas, nada de tus alhajas, nada de tus donecillos y cosillas, que ahora con tanta solicitud guardas, con tanto trabajo las trasladadas de una parte á otra, y aun temes prestarlas á tus compañeros: de todo esto, nada llevarás contigo, sino que despues de tu muerte se las llevarán otros, y quizá aquellos que ni aún querias que te las tocasen. Y entre tanto arderá tu alma en el purgatorio, y arderá por esas mismas bagatelas mal adquiridas, y poseidas con tanto amor; arderá en aquellas voracísimas llamas, destituida de todo alivio, y olvidada de los mismos que están gozando de tus cosas, sin acordarse de librarte ó mitigar tus tormentos.

¿No es pues grande locura no sacrificar á Dios con mérito, lo mismo que quizá dentro de una hora te quitará sin mérito la muerte, aunque no quieras? ¿No es impiedad perder tantos grados de gracia y gloria, por no dejar esas bagatelas? No es una necedad no emprender la perfeccion de tu vocacion, y una santidad heróica, por el desordenado afecto á unas cosillas pueriles? ¿Quién no llorará la ceguedad de algunos religiosos, que despues de haber despreciado generosamente sus casas y haciendas, y estando en la Religion ligados con el voto de pobreza, aman muchas veces con más afecto unos juguetes de que se corrieran en el siglo, que los mundanos

¹ Ps. 48. 18.—Eccles. 5, 14.

sus riquezas? ¿Que anden huyendo siempre de sentir algun efecto de la santa pobreza que profesan? Cuánto gemirán en su muerte esta su nimia tenacidad, al ver á Cristo pobre y desnudo en una Cruz, condenando su pobreza acomodada y rica. Ea, pues, levanta tu ánimo á cosas mayores, y lo que alguna vez te ha de quitar, sin remedio, la muerte, ahora en vida ofrécelo á Dios con generoso sacrificio en el ara de la caridad. Y á la verdad, *es avaro en demasía aquel á quien Dios no basta* ¹.

Punto II.

La muerte nos enseña á despreciar los honores del mundo, que son el otro obstáculo para la indiferencia y perfeccion. Al sepulcro te cito, ¡oh vano idólatra del viento! que ciego con el esplendor de una gloria falaz, dejas de buscar la verdadera: acércate al féretro, mira aquel cadáver podrido, registra aquellos miembros deshechos, y sabe, que quieras ó no quieras, hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, quebrándose aquellas ondas hinchadas de tu soberbia ².

Todo el brillante esplendor de tus oficios, nombre y dignidades, en la noche de la muerte se disipará como niebla, y se borrarán como las pisadas del hombre; como el humo de las hachas que arderán en tu sepulcro, así se desvanecerá toda la fama: con el sonido de las campanas,

¹ Aug. lib. 13 Conf., c. 8.

² Job. 38, 3.

cesará también el recuerdo de tu nombre, conforme á aquello: *pereció su memoria con el sonido*: en una palabra, *después de esto serás como si no hubieras sido* ¹. Aquel cuyo nombre glorioso ha volado hasta el confín de la tierra, cuando muera no le acompañará su gloria, sino que desaparecerá como *vision nocturna*, y huirá como *sombra* al extinguirse la luz de la candela de la muerte. Sabes todo esto, y con todo buscas con tanta ansia esta niebla, esta sombra, esta nada.

¡Oh soberbio! mira que la muerte está quizá más cercana de lo que piensas, y te echará en un ataúd desnudo de todas tus dignidades y honras, en donde ya no serás más, grande, magnífico, excelso, sino solo pábulo de gusanos, un puñado de ceniza, podre asquerosa, nada. ¿Qué te aprovechará entonces haber tenido fama de docto, haber gobernado muchos años, haber subido por los escalones del honor á las dignidades más altas, si por esto está tu pobre alma ardiendo en el Purgatorio? Podrás un día exclamar, con aquel Emperador: *todo lo fuí, y nada me aprovecha, y sólo me atormenta en la hora de la muerte lo que he sido*: y en realidad es así; en la hora de la muerte, no sirve sino de tormento haber estado encumbrado, y aun tal vez de mayor tormento. Un religioso, algunos días después de haber muerto, se apareció á un compañero suyo, y con triste gemido, ¡ay! le dijo: fuí teólogo, y aquí nada es; fuí predicador, nada es; fuí superior, tampoco aquí vale esto; fui religioso, y esto sí que me vale: diciendo esto desapareció. Mira

¹ Salmo 98. — Sab. 2, 2.

cómo lo que en el mundo tanto se estima, allá nada se atiende. *Luego vanidad es ambicionar honores, y ensalzarse en puntos eminentes*¹. Luego es locura por el vano apetito de ser preferido, apartarse de la indiferencia y del camino de la virtud, que nos lleva á nuestro fin. Oh muerte, qué sabia maestra de humildad eres! Ciertamente no tiene remedio quien en esta escuela no cura su soberbia.

Punto III.

La muerte nos enseña á huir de los deleites de la carne, que son el tercer impedimento de la indiferencia, y de una santa vida. Ven, alma mia, al sepulcro, mira tu cadaver; contempla el paradero de la carne por cuyo amor te expones al peligro de condenarte, ó á lo ménos te apartas del camino de la perfeccion. Mira, aquellos dos hoyos oscuros de la calavera, son el lugar donde brillaban tus dos ojos, escollos tal vez de la inocencia: esos pedazos roídos de carne eran tu boca y lengua, funestos instrumentos de la gula; ese hervidero de gusanos era tu vientre, á quien tenias por tu Dios. Todo ese saco de horrible podredumbre era tu cuerpo, ídolo de tu amor propio, á quien tantas veces sacrificaste la conciencia como víctima. Ea, toma en tus manos esa calavera, palpa esos huesos, revuelve esas cenizas, mira esa corrompida masa, y dime si no es locura por cosa tan asquerosa desviarse del último fin, y abando-

¹ Kemp. lib. 1, c. 1.

nar aquella celestial indiferencia. ¿No es locura emplear todos los trabajos, cuidados y desvelos, y emplearlos un Cristiano, un Religioso, un Sacerdote, en regalar á este saco de inmundicias, para que esté bien durante un corto tiempo, duerma más blandamente, y coma con más delicadeza; y tener en tanto olvidado el cuidado del alma? *Oh tierra, tierra, tierra, oye la palabra de Dios: Nadie puede servir á dos Señores* ¹; mientras no sacudieses el yugo de tu carne, nunca acertarás á servir cual conviene á Dios.

El fruto que se ha de sacar de esta meditacion es el odio de aquellos tres impedimentos que principalmente nos apartan de la indiferencia, y de nuestro fin, que S. Juan llama *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* ².

AFECTOS.

¡Oh supremo Dios, árbitro de la vida y de la muerte! Creo que he de morir, pues por decreto tuyo *todos morimos, y nos deslizamos como el agua sobre la tierra* ³, y moriré cuando ménos lo piense, pues dice Cristo, *que á la hora ménos pensada vendrá el Hijo del hombre* ⁴. Creo que el error de una mala muerte ni con llanto eterno se puede

¹ Jerem. 22, 29.—Matth. VI, 24.

² 1 Joan. 2, 16.

³ 2 Reg. 14, 14.

⁴ Luc. 12, 40.

expiar, advierte la misma verdad porque segun *de cualquier lado que cayere el árbol allí quedará*. Creo que he de partir de este mundo al otro desnudo de todos los bienes y honores, y que este mi cuerpo se ha de convertir en ceniza, por enseñarlo así el Espíritu Santo: *eres polvo, y en polvo te convertirás* ¹. Todo esto lo creo, porque lo habeis dicho vos, Dios mio, que sois la eterna verdad.

Confieso creer esto, y vivo no obstante como si no lo creyera, como si no hubiera de morir, ó pudiera enmendar el yerro de una mala muerte, muriendo segunda vez. Vivo como si *tuviése ciudad permanente*, todo embebido en las honras y bienes de la tierra. Vivo hecho vil esclavo de la carne, amando tan ciegamente este hediondo manjar de gusanos, que no recelo perder por darle gusto, inmensos grados de gracia y gloria. Vivo tan pródigo del alma y de su suerte, como si *fuese igual en todo, la muerte de las bestias y la de los hombres, é igual la condicion de ambos, y como si no tuviese el hombre algo más que los animales*.

¡Oh Señor! pábulo soy de gusanos, saco de estiércol, podre, hediondez é inmundicias, y aun soy más despreciable que la ceniza, el polvo y la nada: ¿Y con todo, me he atrevido á tomármelas contra el Omnipotente? ¿A posponerle á mi cuerpo, anteponiendo mis brutales apetitos á su santísima voluntad? ¿Pude caer en tal locura y demencia, que por amor de él aborreciese mi alma, perdiese la gracia, ofendiese á Dios? Me lle-

¹ Eccles. 11, 3.

no de horror al considerar lo que hice. Me pesa, Dios mio, de mi atrevimiento, y me avergüenzo de mi locura. Ojalá se me partiera de dolor el corazon. Mas ya resuelvo hacer en adelante perpétua guerra contra las tres concupiscencias de la carne, de los ojos y de la vida. Caigan primero rayos del cielo y conviertan en cenizas mi cuerpo, ántes que conceda yo á mis sentidos cosa alguna viciosa.

A la luz de la muerte, veo la vanidad de los honores mundanos, y los detesto. Acábense las cosillas y bagatelas á que he vivido apegado hasta ahora; yo me deshago de ellas voluntariamente, para que no me las arrebate la muerte contra mi voluntad.

Da, Señor, libertad de hijos de Dios á quien rompe la dificultad de estos tres lazos, y concédeme la indiferencia de un cadáver, para quien es lo mismo que le encierren en ataúd de madera ó de plomo; que le vistan de telas preciosas ó de viles andrajos; que le honren ó le vituperen.

LECTURA.

DEL PROPIO CONOCIMIENTO.

§. I.

I. La via purgativa, que corresponde á esta primera semana, empezada ayer con la meditacion de la caida de los ángeles, segun la mente de los ascéticos tiene tres fines: 1.º odio de los pecados; 2.º extirpacion de sus raíces;

3.º conocimiento de sí mismo. Porque á un mal que no se conoce, no se le puede aplicar el *remedio* conveniente; por consiguiente, conocerse á sí mismo es necesario. Además no se trata seriamente de curar un mal cuando se le ama; por consiguiente es indispensable detestar el pecado. Finalmente, si no se quita la causa del mal, esto es, si no se arranca la raíz de los vicios, nunca conseguiremos perfecta salud, y así es necesaria la extirpacion de las raíces de los vicios. De otro modo no purificaremos nuestras almas, que es el deseado término de los ejercicios, porque con estas cosas se limpia el alma de la zizaña de los vicios, y se dispone para producir despues las flores de las virtudes. Y cuán puntualmente se practiquen estos tres puntos en la presente semana de los ejercicios, y por consiguiente *cuán puntualmente se propongan en ella todos los medios que correspondan para la purificacion del alma* ¹, consta de lo que hemos dicho hasta ahora, y en adelante diremos. Pues ayer con la consideracion de la malicia de los pecados y sus castigos, nos animamos poderosamente al dolor de las culpas pasadas, y horror de las futuras. Procuramos además de esto extirpar de raíz los pecados en el desordenado amor á los deleites y honras, continuando hoy el mismo trabajo, por su dificultad, en esta y las siguientes meditaciones. Para conseguir el *conocimiento propio* ayuda mucho la segunda meditacion de ayer, la consideracion y el exámen, y como complemento de esto, á este mismo fin se enderezan la mayor parte

¹ Direct. c. 11, n. 3.

de los ejercicios del día de hoy. Con lo que se ve claramente cuánto conviene esta primera semana para la vía purgativa.

La razón de que demos tanto tiempo al propio conocimiento es porque, penetrados de nuestra nada, nos movamos á la humillación y odio de nosotros mismos, con lo cual se quita aquel obstáculo principal, la sensualidad y la soberbia, que comunmente nos apartan de aquella fundamental indiferencia para servir á Dios del modo que su Majestad quiere. Repugna que uno conozca íntimamente las miserias de su cuerpo, y la malicia de su alma, sin que juntamente se aborrezca y desprecie á sí mismo. De donde se vuelve á reconocer la admirable excelencia y enlace de los ejercicios: el enlace porque todo se traba con un ardor prodigioso, y corresponde eficazmente con el fin que se pretende; la excelencia, porque se enseñan prácticamente los principios de la Teología ascética, y con insensible paso se conduce al alma por la vía purgativa á la iluminativa.

II. Que el conocimiento de sí mismo sea el fruto que nuestro Santo Padre desea en esta primera semana, lo enseña el Directorio por estas palabras. *El que sigue los ejercicios debe aplicarse sobre todo á adquirir el más perfecto conocimiento de sí mismo, considerando las causas, el origen y raíces de sus vicios ¹, y añade: el que sigue los ejercicios debe enderezarlo todo al conocimiento de su propia abyección y bajeza, y á fijar este conocimiento en lo más íntimo del alma ².*

¹ C. 10, n. 8.

² C. 11, n. 3.

Para alcanzarlo más facilmente señala N. S. P. tres medios muy eficaces. 1.º El primer modo de orar. 2.º El exámen de conciencia. 3.º La confesion general. El primer modo de orar consiste en que uno vaya discurrendo *sobre los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, los siete pecados capitales, las tres potencias del alma, y los cinco sentidos del cuerpo* ¹, examinando cada una de estas cosas, considerando cómo se ha habido en ellas ², cómo ha usado de unas y abusado de otras. Y esto ¿qué otra cosa es sino penetrar en la profundidad del abismo, y escudriñar los senos más recónditos del corazon humano? ³

El otro medio del examen, así cuotidiano como general, que se antepone á la confesion, es tambien efficacísimo *para que el hombre empiece á abrir los ojos, y conocer los pecados de la vida pasada*; pues por lo que mira al estado presente del alma, está demas decir cuánto sirve. Es el exámen *como una antorcha en un lugar oscuro, que ilumina las más recónditas tinieblas*; de aquí es que S. Ignacio trata de uno y otro al principio de los Ejercicios, para mostrar que ese es su lugar, y quiere que se explique su práctica desde el primer dia, despues de haber propuesto el *fundamento*; y que se continúe en adelante el uso del exámen particular, consagrandó á él un cuarto de hora diario, para que con su ayuda nos conozcamos más íntimamente.

Finalmente, cuán poderoso medio de alcanzar el propio conocimiento sea la confesion general, se ve por estas palabras del Directorio: *Porque*

¹ Direct. c. 37, n. 2.

² Exercit. post contemp. de amore spirituali.

³ Eccli. 23, 28.

consta por la experiencia, que ha aprovechado sobre manera á muchos para conocerse y enmendar su vida ¹. Ni es de admirar, porque traídos á la memoria todos los pecados hasta ahora cometidos, es facil descubrir su fuente, principalmente si juntamente examinamos diligentemente cuál amor, odio, deseo, fuga, esperanza ó temor nos arrastra principalmente á cometer aquellas culpas que son la ordinaria materia de nuestras confesiones. De lo que se ve cuán útil remedio es la confesion general para conseguir el conocimiento saludable de sí mismo, y cuán justamente dispone N. S. P. que en el decurso de la primera semana se escriba, y se haga al fin de ella.

III. Y como el santo Autor quiere que este conocimiento sea no sólo especulativo sino práctico, y tal que se encamine á la enmienda de sí mismo, al ódio de los vicios, y á la extirpacion de sus raíces; para conseguir todo esto propone como eficacísimo medio el *exámen particular*, que manda se explique *inmediatamente despues de haber propuesto el fundamento*, para que principiando con él los ejercicios se prosiga despues practicándolo *todos los dias miéntras durare la vida* ². Mucho ayudará leer hoy en el libro de los ejercicios, si no se hubiese hecho en el primero, qué puntos contiene, así el exámen cotidiano como el particular, para que si acaso cometiésemos algun defecto en su práctica, lo corriamos en adelante. De lo cual se deduce otra vez que en el libro de oro de los ejercicios, nada hay supérfluo, nada sin grande prudencia, y que

¹ C. 10, n. 9.

² Direct. c. 5, n. 2, 4, 6.

no conduzca al fin propuesto. Y erran, pues, aquellos que en seguida del fundamento no se ocupan del exámen general y particular, anteponiéndolo á otro cualquier ejercicio.

§. II.

I. Puestos ya los medios para adquirir el propio conocimiento, se practicarán con mucho acierto las dos meditaciones de la muerte y del juicio, de las cuales dice N. S. P. que se podrán hacer, y el Directorio casi lo manda por estas palabras: *Rara vez se omitan las meditaciones de la muerte y del juicio* ¹. Y con razon; porque nada muestra tanto *las miserias del cuerpo* como la muerte, ni nada declara mejor *la malicia del alma* como el juicio. De ambas meditaciones resulta claro el conocimiento de que por nosotros mismos no somos sino *nada y pecado*. Nada en cuanto al cuerpo, *pecado* en cuanto al alma: ó más bien del todo *nada*, pues el pecado es una nada digna del infierno. De donde se colige que estas dos meditaciones del juicio y del infierno, ademas de facilitar sobre manera el propio conocimiento, nos conducen necesariamente al desprecio y odio de nosotros mismos.

En efecto, nunca aparece más clara la *miseria y nada del cuerpo* que en el sepulcro. Acércate á mirar tu cuerpo despues de algunos dias de enterrado: ¡qué espectáculo tan triste, tan hediondo, tan horrible se te presenta delante! Mí-

¹ C. 11, n. 4.

ralo con atencion. Al principio muda el cadáver de color, desfigurándolo manchas de diversos colores que le nacen en todas partes, hasta que al fin se vuelve todo horriblemente negro. Del rostro, pecho, pies y brazos empieza á sudar una especie de espuma hedionda, indicio de la podredumbre interior que sale con ímpetu, y se esperece por toda la piel. De todos los miembros brota y se derrama tanta asquerosidad y materia, que por algun tiempo está el cadáver como nadando en ella. De aquella hediondísima balsa de asquerosidad, que parte sale afuera, parte se recoge hácia dentro, nace un increíble enjambre de gusanos, y otros repugnantes insectos, que empiezan á morder y devorar aquellas mismas carnes y entrañas en que poco ántes nacieron. Horrible cosa es ver la rabia con que unos gusanos salen horadando los ojos, otros, haciéndose camino por los labios ya raidos y destrozados, se entran de nuevo en las fauces, otros ceban su fiereza en el pecho, vientre y costados, y á semejanza de lo que pasa con un hormiguero, ya se ocultan ya reaparecen, y no paran hasta acabar de roer la poca carne que ha quedado pegada á los huesos, para reducirlo á un puro esqueleto, que poco despues quedará reducido á cenizas. ¡Espectáculo verdaderamente horrible!

II. ¡Alma mia! acércate con la consideracion, y contempla para tu bien esta escena. Párate con reflexion en ese *lago de miseria y lodo cenagoso* ¹, contempla los restos podridos de tu

¹ Salmo 39, 3.

cadáver, y acaba de *conocerte* y de *tenerte* en lo que realmente eres. ¿Ves ese charco de podre? pues este era tu cuerpo, ídolo de tu veneracion, á quien tan tiernamente amaste; en él anidan esos feísimos gusanos: aquí estaban las narices, ahí los oídos; allí estaba el cerebro, donde se elaboraron tantos malos pensamientos y deseos. Aquellos huesos pálidos y desnudos eran tus dedos y delicadas manos, instrumentos de tantos delitos. En esto ha venido á parar tu cuerpo; á esto se ha visto reducida la estructura de tus nervios y huesos. Para saber lo que eres, lee atentamente las letras escritas en el polvo á que te hallas reducido, y verás que no eres otra cosa que ceniza fria, saco de corrupcion, sepulcro blanqueado, basurero cubierto de nieve, una nada ambulante: *A la podre dije: eres mi padre; y á los gusanos: sois mi madre y hermanos* ⁴. He aquí tu noble ascendencia. ¡Cuán poderoso medio para conocer la miseria del cuerpo y su nada, es la consideracion de la muerte; y qué espejo tan fiel es el cráneo descarnado para mirar sin engaño nuestra propia realidad!

III. Ni tiene ménos eficacia para el conocimiento propio la consideracion del *juicio* que nos aguarda despues de la muerte, que es el objeto de la segunda meditacion de hoy, en la cual se pone claramente ante nuestros ojos la *malicia* y *nada de nuestra alma*. Porque no descubriéndose mejor la perversidad oculta de ella que en aquel dia de ira, se sigue de la prévia consideracion de lo que pasará en aquel dia, y del interro-

⁴ Job. 17, 14.

gatorio que sufriremos, que es el mejor medio para descubrir nuestra malicia, y conocernos á nosotros mismos. En esta meditacion veremos claramente, primero, ser suma la perversidad de nuestra alma; segundo, violenta su propension á todo mal; tercera, grande la impotencia para todo bien.

1.º Nuestra *perversidad*. Deberia ser el alma imágen de la Sma. Trinidad, templo de la Divinidad, espejo de la santidad, en el cuál se reflejasen con todo su brillo las virtudes. Pero ¡qué dolor! en la *memoria* se amontonan feísimas imágenes y pensamientos, como en una laguna que los Demonios y las pasiones agitan sin cesar; el *entendimiento* está lleno de errores, ceguedad y tinieblas; reinan en él falsos dictámenes, juicios erróneos, ignorancia crasa y afectada; la malicia ejerce en la voluntad su dominio supremo, sujetándola vilmente á su servidumbre, pues hace no *el bien que aprueba, sino el mal que condena*.

2.º Reina ademas de esto en el alma la *propension* violenta al mal, que con peso intolerable la inclina á todos los vicios, y tanto que si no fuera por la mano piadosa de Dios que nos detiene, cayéramos por momentos en los mayores delitos. Imagínate ver en una altísima torre una mano extendida, que tiene colgado de los cabellos sobre un abismo de fuego á un hombre ligado de pies y manos, y figúrate haber visto dibujada con pálidos colores la viva imágen que representa la propension de nuestra voluntad al mal, y la facilidad con que caeríamos en él.

3.º Pero no sólo tenemos esta propension al mal, sino tambien absoluta *impotencia* para practicar el bien, porque sin la gracia preveniente de Dios y su concurso, ninguna obra so-

brenatural podemos hacer, como no podemos hacer las naturales sin el auxilio ordinario de su Omnipotencia; por lo cual el alma es nada: 1.º *en su ser*, porque todo lo recibe de su Creador, de modo que, si con una continuada accion creativa no la conservara, al punto volveria á caer en la nada, precipitada por su mismo peso; 2.º es nada *en sus obras*, pues sin el concurso físico de Dios, ni un pié, ni una mano se puede mover; 3.º nada es por sí para *merecer*: si ha de hacer algun acto meritorio de la gloria, necesita de gracia excitante, y no cualquiera, sino eficaz, y tal que Dios desde toda la eternidad prevea que se ha de seguir el consentimiento: ningun mortal, ni aun el justo, puede merecer esta gracia de condigno ó de cóngruo, siempre que sea tal que se siga *infaliblemente* dicho efecto, como hablan los Teólogos.

De lo cual consta, qué camino tan seguro para llegar á nuestro propio conocimiento, son estas dos meditaciones de la muerte y del juicio, y cuán bien se enlazan, pues en ellas se nos ponen ante los ojos la miseria de nuestro cuerpo, la malicia de nuestra alma, y la nada de ambos.

§. III.

Estas dos meditaciones son ademas *muy eficaces*, como dice el Directorio, *para apartarnos del amor desordenado de estas cosas visibles* ¹, segundo fruto que debemos sacar hoy, junta-

¹ C. 15, n. 4.

mente con el desprecio de las honras, riquezas y placeres. Ahora bien, nada hay que pueda apartarnos con más eficacia de la *soberbia* y *sensualidad*, y del apetito de riquezas y comodidades, vástago dañado de esas dos viciadas raíces.

Porque sino, dime: ¿si la imágen de tu cuerpo es la que te pinté ántes fielmente, *porqué te ensoberbeces, polvo y ceniza?* ¹. Si has de llegar á ser sentina de inmundicias, y manjar de gusanos: *Porqué se eleva tu corazon? ¿Porqué se levanta tu alma contra Dios?* ². Siendo polvo y nada, ¿porqué te indignas de que el polvo sea pisado, y la nada se tenga en nada? Si estás lleno de pecados, ¿porqué deseas ser alabado, porqué huyes de ser pisoteado? Si no eres más que corrupcion, ¿porqué te estimas tanto, y te ensalzas sobre los otros? Puesto que se ha de desvanecer toda tu fama con el humo de las hachas que arden junto á tu cadáver, ¿porqué apeteces vanos honores?

No es esto solo, sino que rebelándose las pasiones contra la razon, causando un cisma que divide al corazon en contrarios partidos, pues ya se arrastra por la tierra con la tristeza, ya se levanta por los aires con la soberbia, ya rechina con la ira, ya arde con la lujuria, ya se hiela con la pereza ó envidia, ya enmudece con la vergüenza; viéndose, pues, tu corazon lanzado en todas direcciones por sus apetitos como una pelota: dime si es justo que se eleve tu corazon con soberbia sobre tus hermanos ³. Ya ves cómo éstas dos medita-

¹ Eccli. 10, 9.

² Tob. 15, 12.

³ Deut. 17, 20.

ciones de la muerte y del juicio, con el conocimiento propio que de ellas se saca, son poderosos estímulos para huir de las honras, buscar los desprecios y *aborrecernos á nosotros mismos*.

Porque ¿podremos dejar de aborrecer el cuerpo, vaso de inmundicias, plantel de enfermedades, centro de un mar de miserias? El es traidor al alma, nido de pecados, foco de impureza, madre de la gula, asiento de las tentaciones, emporio de los vicios, enemigo de la virtud; es, finalmente, como mar agitado por las tempestades de sus caprichosos humores. ¿A monstruo como este podremos dejar de aborrecerlo?

Por la misma razon, siendo nuestra alma rebelde á Dios, odiosa al cielo, nociva al mundo, esclava de sus apetitos, centro de errores, monstruo de pecados, vilmente sujeta á la carne, ¿podrás no aborrecerla? Antes bien, dejando aparte cualquier otro sentimiento suave de tu corazon, enciéndete en santa ira, acordándote de aquellas sentencias: *El que cria al siervo con regalo le hallará despues contumaz* ¹; *te estará sujeto tu apetito y tú lo dominarás* ²; di con S. Pablo: *castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre* ³, y con S. Pedro: *peleemos contra nuestra alma, y no sigamos nuestra concupiscencia* ⁴. No pongas el corazon en las bagatelas y cosas perecederas, que en cualquier momento puede quitártelas la muerte; porque de otro modo tú mismo te reprenderías entónces por haberlas amado desordenadamente.

¹ Prov. 19, 21.

² Gen. 4, 7.

³ 1. Cor. 9, 27.

⁴ 1, Pet. 2, 11; Eccli. 18, 30.

Haz propósitos, descendiendo á casos particulares, y ten siempre presentes la muerte y el juicio, que son de tanta eficacia para despegar el corazón de los bienes terrenos.

Hay más: haciendo bien estas dos meditaciones, no sólo se aparta nuestra alma de todo amor terreno, sino que también *concibe el santo temor de Dios, causa del espíritu de salvación*¹, y también se confirma y *fortifica* más y más en *el aborrecimiento y detestacion del pecado*², que es el tercer fruto de estas dos meditaciones. La razon es bien clara: quien sériamente considera qué puede morir en el mismo instante en que peca, y ser presentado á juicio para dar cuenta de este mismo delito á un juez que todo lo sabe, severísimo é inexorable; y *que puede enviarte al infierno en cuerpo y alma*³; quien considera, digo, esto, no puede ménos de exclamar con José: *¿Cómo puedo cometer esa maldad y pecar contra mi Dios?*⁴ Teniendo presentes estas verdades terribles, ántes elegiríamos mil muertes, y sufrir mil géneros de tormentos cruelísimos que *pecar contra nuestra alma*, y ofender gravemente á su Divina Majestad, segun aquello del Eclesiastés: *Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás*⁵.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho, estos son los tres frutos que hemos de sacar de las meditaciones de la muerte y del juicio; frutos

¹ Direct. c. 15, n. 4.

² Ibid., c. 39, n. 2.

³ Matth. 10, 28.

⁴ Gen. 39, 9.

⁵ Eccles. 7, 40.

que tambien son el blanco de la primera semana, conviene á saber: 1.º *conocimiento propio*; 2.º *odio al pecado*; 3.º *extirpacion de sus raices*, desprendiendo el corazon de las cosas terrenas, principalmente del apetito de honras y placeres, origen principal de los pecados. Conseguido esto, se quitan los impedimentos que nos apartan de aquella tantas veces recomendada indiferencia, y por lo mismo, de nuestro último fin; obteniendo el objeto de la 1.ª semana, que es limpiar el alma, y hacerla volver *del camino de la iniquidad y perdicion al de la salvacion*. Tan buena disposicion del ánimo halla nueva confirmacion en la parábola del Hijo Pródigo, que el Directorio nos aconseja meditar. *Es conveniente, dice, hablando con el ejercitante, considerar durante los Ejercicios la parábola del Hijo Pródigo, y aplicársela á sí mismo* ¹. Pues considerando el alma con aquel jóven infeliz la miseria del estado presente, viene en *conocimiento de sí misma: Yo me estoy muriendo aquí de hambre* ². Del propio conocimiento pasa á la *detestacion del pecado: Padre, pequé*. Finalmente, como el mismo jóven quita los obstáculos, rompe los lazos, y arrancando la raiz de los males dispone el ánimo para la total reforma de las costumbres: *Me levantaré é iré á mi Padre* ³.

Aquí se ve que esta última meditacion de la 1.ª semana es como el *compendio* de todas las antecedentes, y como el último ataque dado á nuestra alma: ataque decisivo, que echando por

¹ C. 17, n. 2.

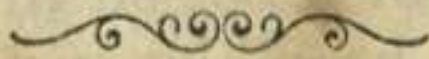
² Luc. 15, 17.

³ Inc. 15, 18.

tierra todos los obstáculos, la obliga á volver á su último fin, del cual se habia desviado por el pecado, y á entregarse con total indiferencia para servir á su Criador del modo que le ordenare. Con este encadenamiento y órden verdaderamente admirables se traban los principios con los medios, y estos con sus fines, hasta conseguir suave y eficazmente el fruto que se desea.

MEDITACION II.

DEL JUICIO PARTICULAR.



Punto I.

Es necesario que todos seamos presentados en el tribunal de Cristo ¹. Todos: luego tambien tú, porque cada uno llevará su carga. Allí el Juez sapientísimo, inexorable, rigidísimo, gravemente ofendido de tus culpas, entrará en juicio contigo, sin que te acompañen patronos, compañeros ni abogados. Este soberano Juez te acusará, y te pondrá ante los ojos todo cuanto en tu vida pecaste con los cinco sentidos y tres potencias, en pensamiento, palabra y obra. Porque Dios juzgará todo lo que hacemos; todo: las faltas de las malas acciones, y las de las buenas; de toda palabra ociosa que hubieren pronunciado los hombres, darán

¹ 2, Cor. 5, 10.

cuenta en el día del juicio ¹; todo se sujetará á rigidísimo exámen.

1.º Todo el *mal que has cometido* contra los Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; contra Dios, contra el prójimo, contra ti mismo; las faltas que se refieren á los siete pecados capitales; la violacion de los votos; aun los pecados ocultos de que ni sospecha tuviste que fuesen culpables, aun los ajenos de que fuiste responsable y de que nunca te acusaste, aun los olvidados de que no te acordabas. Vió Ezequiel *en medio de un campo, grandes abominaciones* ²: lo mismo verás tú en tu conciencia; esto es, pecados de toda especie, innumerables por su multitud, enormes por su gravedad, horribles por su fealdad, *los cuales pesarán sobre nosotros como peso abrumador* ³.

2.º También examinarás *todo el bien que has omitido*. ¡Oh! qué aterrado quedará tu corazón, cuando suenen en tus oídos aquellas palabras: *cuenta, pesa, separa*. Cuenta las gracias que te he dado en el curso de tu vida..... cuán grande es su número. Pesa con la balanza del santuario su precio..... es inestimable, es infinito. Separa el buen uso del abuso de ellas..... este supera mucho á aquel. Cuántas obligaciones de tu estado olvidadas, cuántos medios de salvacion despreciados, cuántas ocasiones de hacer el bien desperdiciadas.

¡Infeliz, cuáles serán tus sentimientos cuando el Divino Juez con voz terrible te diga:

¹ Mat. 12, 36.

² Ezech. 3, 6.

³ Psalm. 37, 5.

dame cuenta del tiempo que tan liberalmente te concedí para que hicieses penitencia, granjeases innumerables méritos, y acaudalases nuevos grados de gloria; y tú lo despreciaste tan pródigamente sin hacer nada, ó haciendo lo que no era de tu incumbencia, ó haciéndolo mal! Da cuenta de los *talentos*, que ó los enterraste por pereza, ó abusaste de ellos con ánimo perverso. Da cuenta de tantos pecados que pudiste impedir, de tantas almas que pudiste salvar, de tanta santidad que pudiste adquirir. ¡Oh Señor! *La confusion cubre mi rostro, porque mi alma está llena de iniquidades.*

3.º Finalmente, en aquel rigidísimo tribunal se examinarán *las obras buenas mal hechas*, pues Dios *escudriñará á Jerusalem con la luz en la mano, juzgará las justicias*. Qué confusion será entónces la nuestra, pues *nuestra justicia aparecerá como paño inmundo. Nuestra justicia, sometida al exámen de la Justicia divina, no será sino injusticia, y la mirada del Juez hará palidecer el brillo con que, al obrarla, creíamos debía resplandecer* ¹.

Entónces hallaremos que aun las mismas acciones buenas degeneraron en malas, ó por el *modo* con que las hicimos, ó por el *motivo* que nos hizo elegirlas, ó por el *fin* al cual las encaminamos; por consiguiente, el que se juzgaba con aquel Obispo de Laodicea, *rico y lleno de bienes*, entónces, pasmado, verá *que es miserable, pobre, y está ciego y desnudo* ². Acaba finalmente de conocerte aquí cual en realidad eres. ¡Qué me-

¹ Greg. Magn., lib. 5 Mor., c. 6.—Salmo 74.—Isai. 64.—S. Greg. M.

² I Cor. 4, 5.

dio tan apto para descubrir la perversidad del alma es la meditacion del juicio! Este conocimiento de sí mismo, es remedio muy eficaz para humillarse, hasta posponerse á la nada, para aborrecer los pecados, y ser enemigo irreconciliable de sí mismo.

Punto II.

Ademas de esto, todo cuanto hasta aquí hemos dicho se representará á tus ojos *clara y distintamente*. Porque *el Dios que escudriña las entrañas y los corazones*, enviando un rayo de luz celestial, *iluminará el abismo de nuestras tinieblas, y manifestará los pensamientos de nuestros corazones* ¹. Aquel Señor *que discierne los pensamientos y los movimientos del corazon*, hará perfecta anatomía de tu alma, y manifestará tu impotencia para el bien, y propension al mal.

Allí se contará exactamente el *número* de los pecados; se distinguirá con claridad su *especie*; se pesará escrupulosamente su *gravedad*, y se verán con toda su *fealdad* Dios, á quien nada se le esconde, discernirá uno á uno todos los pensamientos y deseos; las raíces de los afectos, la falsedad de los dictámenes, la vanidad de las excusas; todo lo escudriñará haciendo que lo veamos con entera claridad. En una palabra: todos los actos de la vida, las ocasiones todas de merecer, todos los auxilios del cielo, las gracias de

¹ Apoc. 3, 17.

que abusaste, los sacramentos que malograste, todo, todo se te pondrá delante, y lo verás con una ojeada, clara y distintamente. ¡Qué claro conocerás entónces cuán malo eres, y cuán bueno pudieras haber sido!

Cuando esto tenga lugar: 1.º ¿Qué sentirás de la malicia del pecado? ¿qué del deseo de honores y placeres? ¿qué del apego á las bagatelas? 2.º ¿En qué estado de vida desearás haber servido á Dios, ó cómo desearás haber vivido en el estado en que te hallas? 3.º ¿En qué aprecio tendrás entónces la indiferencia para todo lugar y empleo, para todo grado de perfeccion y estado de salud? ¡Otros serán tus sentimientos de los que ahora tienes! Porque *entónces el pobre y el humilde tendrán grande confianza, pero al contrario, el espanto rodeará por todos lados al soberbio. Entónces se alegrará más la carne mortificada, que si se hubiese sustentado siempre con deleites. Entónces valdrá más el desprecio de las riquezas, que todo el tesoro de los ricos de la tierra. Sé ahora cuidadoso, y concibe dolor de todos tus pecados, para que en el dia del juicio estés seguro con los bienaventurados* ¹. Ahora humíllate, doma tu carne, y haz aquello que entónces desearias haber hecho, y llorarás haber despreciado.

Punto III.

En aquel dia terrible de furor, no sólo se examinará *todo* y se examinará *distintamente*, sino

¹ Kemp. 1. 1, c. 24.

que tambien se examinará *sin efugio ni refugio*, quitado todo lugar á las excusas, cerrado todo asilo á la misericordia. Tú mismo te verás obligado entónces á confesar que por todas partes *somos inexcusables*. Si alegas la *ignorancia*, te desmentirán los dogmas de fe que has profesado; si la *impotencia*, te convencerán de lo contrario tantos auxilios y gracias que has desperdiciado; si la *dificultad* de la virtud, te desengañarán aquellas palabras de Cristo: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera*. Si te quieres disculpar oponiendo la edad, el temperamento, la condicion de la vida, se levantarán contra ti de oriente y de occidente innumerables santos de la misma edad, temperamento y condicion, y con su ejemplo te condenarán.

Tu mismo Angel de guarda, como testigo irrefragable, te dirá: pudiste haber sido Santo; tu conciencia te añadirá: no sólo pudiste, sino que debias haberlo sido, y así, *tu perdicion viene de ti*; el demonio, poniéndote delante las dos tablas de la ley, y tu mala vida, clamará: *he aquí lo que has creído, y lo que has hecho; he aquí tu fe y tu vida; tu ley y tus costumbres*.

Nada te aprovecharán entónces las lágrimas y los ruegos, porque *el tiempo de la misericordia ya pasó*. Serán inútiles el dolor de los pecados pasados, y el temor de los futuros, porque *ya no habrá más tiempo para enmendarte*. Ni te queda el recurso de acudir á María Santísima, porque en aquella noche de tinieblas, *este astro de paz ya no dará luz para los condenados*, sino que luégo se te fulminará la sentencia, irrevocable, inevitable, que al instante se cumplirá para decidir de tu suerte por toda la eternidad. ¡Oh juicio! ¡oh sentencia!

AFECTOS.

1.º *De confusion.* Desdichado, infortunado de mí, cuando, llegado el día del juicio, y abiertos los libros de las conciencias, se diga de mí: Mirad ese hombre; ahí estan sus obras. ¿Qué haré entonces, Señor y Dios mio, cuando los cielos descubran todos mis pecados, y la tierra se levante contra mí? Nada podré responder, bajaré la cabeza cubierto de confusion, y estaré en vuestra presencia temblando, y lleno de vergüenza! ¹

2.º *De temor.* ¡Oh momento terrible, pero inevitable, que quizá vendrá muy en breve para mí! ¡Qué angustias! exclamaré con S. Bernardo: por un lado pecados que me acusan, por otro la justicia terrible; sobre mí el juez irritado, bajo mis pies abierto el caos espantoso del infierno, y dentro de mí la conciencia que me devora! ¿Dónde me esconderé? ¿Dónde me dejaré ver? Esconderme, es imposible; dejarme ver, intolerable. Cierto, el que al oír estas palabras: Levantaos, muertos, y venid á juicio, no se despierta, y no tiembla, ese no está dormido, sino muerto. Tú haces tronar sobre mí tus juicios, Señor, y haces estremecer de temor y temblor todos mis huesos, y mi alma se espanta en gran manera ².

3.º *De dolor.* ¿Qué hice cuando pequé! Me atreví á ofender al mismo que me habia de juzgar de este delito. Pero ya me arrepiento de lo

¹ S. Ag. Meditaciones.

² Kempis, l. 3, c. 14.

que hice. *Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia, y perdóname mis pecados, pues los detesto sumamente, penetrado de dolor hasta lo íntimo de mi corazón, con firmísimo propósito de no ofenderte más, oh bondad infinita, y de arrancar las raíces de mis pecados, en especial de tal... y tal.....*

4.º *De humildad, de conocimiento y odio de sí mismo. Conozco, Señor, que soy pecador, vendido al pecado, afeado con las manchas de todos los vicios, oprobio de los hombres, y desecho de la plebe; sólo soy nada y pecado, impotente para el bien, y propenso al mal. Mis iniquidades se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, los mismos actos de virtud que he ejercitado, estaban llenos de faltas. ¡Quién me diera ser humillado delante de los hombres tanto como lo merecen mis pecados! Deséchome á mí, y me rindo á ti en el abismo de mi vileza¹. ¡Oh carne malaventurada, por cuyo amor enojé tantas veces á Juez tan tremendo! en adelante he de ser yo tu mayor enemigo. ¡Dichosa indiferencia! Tú serás mi guía en el camino del servicio de mi Juez Jesucristo, para que alguna vez llegue á oír de su boca aquel felicísimo: Venid, benditos de mi Padre.*

CONSIDERACION.

MÉTODO PARA PREPARARSE Á LA MUERTE.

Entre los principales frutos de los ejercicios se ha de contar la disposición que acompañe en

¹ S. Bern.—Kempis lib. IV, c. 2.

cada momento al ejercitante para morir, sin que nada se halle que le turbe é inquiete al pensar en aquella partida. En efecto, quien no se prepara en los ejercicios para morir, ¿cuándo se preparará? Quien en este retiro no tiene tiempo para ajustar aquel terrible viaje, ¿cuándo lo tendrá? Verdaderamente es inexcusable quien no está pronto para morir despues de estos dias de salud. Ayudará no poco para estarlo el método siguiente.

§. I.

MODO DE RECIBIR CRISTIANAMENTE LA NOTICIA DE LA MUERTE.

Imagínate que, estando en una cama sintiendo ya congojas mortales, te dice el Angel de tu Guarda: *Esto dice el Señor: Pon orden en tu casa, porque morirás, y tu vida está cercana á su fin. Su término es llegado para ti: el juez está á la puerta: da cuenta de tu administracion*¹. Al oír estas palabras, responde tú con ánimo alegre como el Rey David: *Veisme aquí, presto estoy; Señor, siervo vuestro soy, y obra de vuestras manos; en ellas está mi suerte. Me he alegrado al oír que me decian: iremos á la casa del Señor; sacad, pues, á mi alma de la prision del cuerpo, para alabar vuestro nombre*²; á lo cual añadirás los

¹ Is. 38.—Ezeq. 7.—Luc. 16.

² 1 Reg. 12.—Ps. 195.—Job. 39, 19.—Ps. 30, 16.—Ps. 121, 1.

actos siguientes. Oh Señor, árbitro de la vida y de la muerte, por cuyo inmutable decreto *todos los hombres mueren* una sola vez, en pena del pecado. Veisme aquí que me sujeto á vuestra santísima ley, aborreciendo con toda el alma mis pecados; mas por lo que toca á la muerte, que yo rebelde pecador tantas veces he merecido, la acepto con prontísima voluntad de satisfacer por mis pecados, y para llegar más en breve á aquella dichosa patria, donde ya nunca jamas podré pecar.

Por lo cual, Dios y Señor mio, dispuesto estoy para morir dónde, cómo y cuándo gustáreis. Si despues de largas enfermedades y crueles dolores me enviareis una acerba muerte, beso rendido vuestra paternal mano; hágase vuestra voluntad; todo esto aún no es el infierno, que yo he merecido con mis muchos pecados. Moriré gustoso *en odio de mí mismo*, para que los gusanos con vengativo diente muerdan y despedacen esta mi carne, causa de tantos pecados. Moriré con sentimientos de *humildad*, para reducirme á polvo, ceniza y nada, siendo objeto de horror á todos, indigno de la vida, y aun de pisar por más tiempo la tierra. Moriré para que el mundo se vea finalmente libre de un pecador tan infame, el cual, quebrantando la ley Divina, fué nueva causa de sus males y miserias.

§. II.

EXAMEN DE LA VIDA PASADA, Y DEL ESTADO
PRESENTE DEL ALMA.

Lo primero que se ofrecerá á los ojos del alma al recibir la noticia de que está próxima la muerte, será la imágen de la vida pasada, y del estado presente: es, por lo tanto, utilísimo echar ahora con atencion una ojeada sobre estos dos objetos, ya que tanto sirve para el propio conocimiento, examinando con diligencia los puntos siguientes.

1.º ¿Cuál es el *estado presente* de tu alma? Si ahora hubieras de partir de esta vida ¿te hallarías preparado?..... Apelo á tu conciencia: di, ¿te hallarías preparado? ¿Has conservado pura la estola que recibiste en el bautismo? Y si la has afeado con la culpa, ¿la purificaste despues con la sincera confesion? ¿Está por ventura tu alma adornada con el vestido nupcial de la gracia? ¿Quisieras en el estado presente salir de este mundo para el otro? ¿Nada encuentras que aflija tu alma, te remuerda la conciencia, ni te inquiete para la hora de la muerte? ¿Porqué temes? ¿porqué te asustas? ¡Grande temeridad es vivir un instante en aquel estado en que no quisieras te hallara la muerte!

2.º ¿*Cómo has vivido?* ¿Qué buscaste con tantos cuidados y fatigas? ¿A quién consagraste el

tiempo, las fuerzas, los trabajos? ¿A la eternidad, al alma, á Dios? ¿O más bien á la vanidad, al ocio, al demonio? De tantos años que has vivido, ¿has pasado siquiera un mes, ¿qué digo un mes? un dia, sin pecar á lo ménos venialmente? ¿Has empleado una sola hora en servicio de Dios, sin mezcla de defectos? ¿Qué has hecho por N. S. J. C., qué has padecido por el cielo? ¿Has hecho alguna vez algun acto heroico? ¿Qué responderás á Dios cuando te pida cuenta estrecha de todo?

3.º *¿Cómo querrás haber vivido en la hora de la muerte?* ¿Con qué intencion? ¿Con qué fervor desearás haber hecho las obras ordinarias? ¿En qué estado querrás haber vivido, ó con qué perfeccion en el estado que elegiste? ¿Te arrepentirás si, mirando á tu vida pasada, halláras haber dado á la piedad la mayor parte? ¿Aprobarás el modo de vida guardado hasta aquí? ¿Qué te aprovechará haber condescendido con tu cuerpo y apetitos, haberte procurado comodidades y aplausos? ¿Qué te dañará haber vivido lleno de enfermedades, miserias y desprecios? No lo dudes: en la muerte sólo tendrás dolor por haber vivido con tibieza, y sólo te dará consuelo haber trabajado fervorosamente por agradar y servir á Dios.

4.º *¿Cómo morirás?* Esa continua inconstancia en que vives entre el bien y el mal, entre el fervor y la tibieza, ¿te asegurará de la perseverancia final? La muerte es eco de la vida, por lo cual sería verdadero milagro que muriera bien y santamente, quien ha vivido mal y con tibieza. ¿Tienes acaso firme esperanza y fundamento para creer, que vencerás la última tentacion que te pondrá el Demonio, valiéndose de

toda su ira para hacerte caer en el mismo pecado en que tantas veces con ménos empeño te ha derribado? ¡Más bien te sobra razon para temer que, si no vences aquella pasion dominante, si no arrancas aquella mala raíz, será ella el lazo fatal con que en la muerte te arrastre al infierno! ¿Has practicado alguna vez alguna obra de tanta perfeccion que te infunda prudente confianza para esperar la gracia final, y la gloria eterna? ¿Has borrado con obras de penitencia el reato de pena debido á tus muchas culpas? ¿Escaparás de las llamas del Purgatorio? Pesa bien estas razones, y haz propósitos de cosas particulares, cuidando de anotarlos. *¡Cuán feliz y prudente es aquel que procura ser tal en vida cual desea hallarse en la hora de la muerte!* ¹

§. III.

RECIBE ESPIRITUALMENTE EL VIÁTICO Y LA EXTREMAUNCION.

Uno de los mejores modos de prepararse para la muerte es el exámen diligente de la conciencia, acerca de lo cual se trató ayer. Veamos ahora otro, que tambien es muy importante. Imagínate que acercándose la hora de tu muerte, traen el Viático, y te dan la Extremauncion.

Haz brevemente, pero con crecido fervor, los actos de virtud que en tales actos se acostum-

¹ Kemp. 1. 4, c. 23.

bran; recibe espiritualmente la Comunión por modo de Viático; y despues, haciendo con la imágen de Cristo crucificado la señal de la cruz sobre cada uno de los sentidos que se acostumbran ungir, dirás devotamente las palabras correspondientes á cada uno de ellos en esta forma: *Por esta santa unción, y su piadosísima misericordia, me perdone el Señor todo lo que he faltado por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto y por las palabras, por el tacto, por los pasos, por los deseos impuros: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Mientras dices esto te dolerás profundamente de los pecados cometidos por medio de estos sentidos, ofreciendo á Dios para aplacarlo los dolores que en ellos padeció Cristo; y finalmente, pedirás al Señor ardientemente dos gracias: primera, perdon de las culpas y penas debidas á ellas; segunda, la perseverancia final en su gracia.*

§. IV.

RECOMENDACION ESPIRITUAL DEL ALMA, Y SU SEPARACION DEL CUERPO.

Considérate desahuciado de los médicos; que ya te acercas á la última agonía; que reconociendo el confesor inminente el peligro en que te hallas, te pone en la una mano el Crucifijo, y en la otra la vela, y que juntamente, con voz moderada, suave y devota, empieza á decirte: *Sal de este mundo, alma cristiana, para vivir en el monte santo de Sion. No estás todavía seguro de*

conseguir tanta dicha, y esa duda, de si te cabrá en suerte la eternidad feliz ó la desgraciada, es la que te hace temer justamente.

Pero *¿porqué estás triste, alma mia? ¿y porqué me turbas? Espera en Dios* ¹, que puede, sabe y quiere salvarte, pues aunque tus pecados sean grandes, pero aún son mayores sus misericordias. Padre es que se compadece de las enfermedades de sus hijos, y conoce la tierra de que somos formados; es Padre, *cuyas misericordias exceden á todas sus obras*. Porque, á la verdad, quien nos dió al Hijo, ¿nos negará el cielo? Muy grave injuria hace á Dios el que desconfía de su misericordia.

Añádese á esto que *tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, el Justo* ², cuyas heridas son á manera de bocas con las que ruega por ti. Su sangre, sus llagas, sus méritos, todo te lo ha dado á ti; tuyos son, y con ellos satisfaces á la Divina Justicia más de lo que debes. ¿No ves á tu amor crucificado, que inclina la cabeza para darte el ósculo de paz, extiende sus brazos para abrazarte, abre su pecho para acogerte? Espera en El, y fijando los ojos en su imágen, haz los actos siguientes, como si hoy hubieras de morir.

Creo en ti, que eres la suma verdad; humillo mi nada delante de ti; duélome porque te ofendí, sumo Bien mio; propongo ántes morir que pecar ni aun levemente; espero de tu misericordia, por los méritos de Jesucristo, el perdón, la gracia y la gloria; ámote, amor mio amabilísimo, únicamente por ti, sobre todo, y con todas mis fuer-

¹ Ps. 91. 6.

² 1. Joan. 2, 1.

zas; *gracias* te doy por tantos beneficios como me has hecho en el discurso de mi vida; *deseo* llegar á ti, último fin mio. ¡Oh Trinidad Beatísima! Otórgame la gracia final.

¡Oh gozos verdaderamente infinitos, los que ha preparado Dios para los que le aman! ¡Dios mio, y todas las cosas! Quiero ser absuelto sacramentalmente, y ganar todas las indulgencias que se pueden ganar en el trance de la muerte. Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu. Jesus, María y José.

§. V.

SENTIMIENTOS DEL ALMA DESPUES DE LA MUERTE.

Hechos ya estos actos de virtud, figúrate que acabas de expirar, habiendo dejado el mundo, y salido para la casa de tu eternidad; que has comparecido en el tribunal de Dios, y que te hallas purgando la escoria de tus culpas en el fuego del Purgatorio. Puesto ahora de rodillas, considera brevemente las cosas siguientes.

1.º Cuando el alma se haya separado del cuerpo, dejando cuanto poseia en este mundo, ¿con qué ojos mirará esas bagatelas, y su mismo cuerpo, ya cadáver? ¿Qué juicio formará entónces de las conveniencias, honras y pareceres de los hombres?

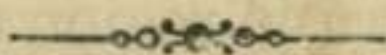
2.º ¿Qué pensará de la malicia del pecado venial, de las penitencias y asperezas de la vida, luégo que ponga el pié en la cárcel del purgatorio? ¿Que le aprovechará haber gozado en la vida de todos los deleites, si por ello le atormentan

aquellas llamas? Y por el contrario ¿qué perjuicio se le seguirá de haber vivido infeliz segun el mundo, y olvidado, si con las aguas de esas tribulaciones se apagan las llamas del purgatorio, y sale á gozar de la gloria por toda la eternidad?

3.º Si despues de muerto se te diera licencia para volver á la vida, y juntamente te avisara un ángel que pasado un mes volverias á morir, ¿cuán sin tardanza empezarias vida santa? Medita algun tanto estas verdades, y renovando los propósitos que ántes habias formado, trátate en adelante como á hombre resucitado, que del Purgatorio y del Juicio ha vuelto á la vida, para volver á morir dentro de un mes, porque *¡bienaventurado aquel siervo á quien hallare el Señor haciéndolo así! En verdad os digo que le encomendará el gobierno de toda su hacienda* ¹.

MEDITACION III.

DEL HIJO PRÓDIGO.



Punto I.

Figúrate ver al Hijo pródigo, que, despues de haber recibido la parte de herencia que le tocaba, *se va á un país muy lejano*. Esto supuesto, considera tres circunstancias: 1.ª de dónde sale;

¹ Mat. 24, 6.

2.^a á dónde va; 3.^a porqué se marcha. 1.^o En primer lugar se separa de su excelente padre, que lo amaba tiernamente; de su casa, donde tenia en abundancia todos los bienes; de sus criados y conocidos, que lo estimaban y apreciaban mucho. 2.^o Va á una region distante, no conocida, y muy apartada de su patria: á una tierra tenebrosa y cubierta de sombras de muerte, á una tierra de miserias y de tinieblas ¹. 3.^o Se va por mera petulancia, ligereza é impaciencia, porque no queria vivir en el lugar, oficio y estado en que su padre le queria, esto es en la casa de su padre, en compañía de su hermano, ocupado en los quehaceres domésticos: pues por falta de indiferencia cayó despues en tantas calamidades y miserias.

Aplicate ahora esta parábola, y hallarás que es tu historia. Porque todo pecado es una separacion, por la cual dejamos á Dios; pues cuantas veces has pecado, otras tantas te has apartado de Dios: de Dios, tu Padre amantísimo, providentísimo, liberalísimo, centro de toda felicidad y gloria, fuente de toda quietud y alegría. De El te apartaste, para irte á la region oscura del pecado, entre la cual y el cielo está interpuesto un caos inmenso; para irte á la fuente de toda inquietud y perturbacion, al centro de toda miseria y calamidad. Te fuiste dejando la fuente de aguas vivas, por buscar pantanos asquerosos y corrompidos, que no tienen agua para apagar la sed del corazon: tantas veces has huido de tu Criador, cuantas has caído del fervor en la tibieza, cuan-

¹ Job 10, 21.

tas, por falta de la indiferencia, has vivido en otro lugar, ocupacion y estado del que te habia señalado la divina Providencia. ¡Qué eleccion tan desaconsejada, causa de tantas penas y sinsabores!

¡Oh Padre de misericordias! no fulmines justamente contra mí, como lo hiciste contra los Israelitas, aquella terrible sentencia: *Vosotros me habeis abandonado, pues yo tambien os abandonaré*¹. Pero aunque yo desmerecí ser hijo tuyo, tú no has dejado de ser mi Padre. Ten misericordia de mí, y átame con lazos de caridad para que no me aparte otra vez de ti.

Punto II.

Considera al Hijo pródigo apacentando puercos, y lo verás: 1.º desnudo y pobre: *empezó á pasar necesidad*; 2.º muerto de miseria: *perezco de hambre*; 3.º desamparado de las mismas personas con quienes habia malgastado sus bienes: *se puso al servicio de uno de los habitantes del pais*; 4.º tratado vilmente de aquel Señor á quien servia: *le envió á su granja á guardar puercos*. Aquí tienes el estado de una alma que por el pecado deja del todo á su Criador, ó que se aparta por la tibieza del fervor de su servicio, huyendo á una region distante.

Porque esa alma tambien disipa su hacienda, esto es la gracia, el tiempo, las potencias y sentidos en el vicio, usa de ellos á lo ménos con

¹ 2, Psal. 12, 5.

poca religiosidad; pues, si bien la miras, tambien la hallarás: 1.º Pobre y desnuda de la estola de la gracia, pobre de los auxilios y luces del cielo, y herida y maltratada por los tiranos infernales. 2.º Tambien perece de hambre, porque le causa náuseas el maná del cielo, la oracion; le da hastío el pan de los ángeles, la Eucaristía; tiene aversion á los ejercicios espirituales, con que se sustenta el alma; y sólo se harta de placeres de los sentidos, de gustos viles, de comodidades del cuerpo, esto es, de los viles alimentos que tanto apetecen los mundanos. 3.º Tambien se ve desamparada, burlada y aun vendida por los mismos por cuyo amor ofendió á su Dios: y con justicia; pues ella deja al Criador por las criaturas, y estas á su vez con igual perfidia la abandonan tambien á ella. 4.º Finalmente, las pasiones y apetitos, de que se deja enseñorear como vil esclava, la maltratan sin piedad. La misma soberbia la arrastra á vergonzosas humillaciones; el amor de las comodidades la hace padecer tormentos indecibles. Y así como el hijo pródigo *deseaba henchir su vientre de las bellotas que comian los puercos, y nadie se las daba*, no de otra suerte, el hombre que se aparta de Dios por gozar de los deleites, se ve privado de esos mismos deleites, ó si los consigue están mezclados con mil sinsabores, y seguidos de amargos pesares y remordimientos de conciencia. Estado verdaderamente infeliz, digno de compasion.

En tanto que esto sucedia, ¡cuán bien lo pasaba el hermano mayor, en la casa de su padre! Pero el mal aconsejado hijo pródigo padeció miserias mucho mayores siguiendo sus apetitos, que si hubiera permanecido sirviendo á su buen padre. No de otra suerte sienten los fervorosos

mucho ménos trabajo en el camino de la perfeccion, obedeciendo á los impulsos de la gracia, que los relajados, en el camino de la tibieza, buscando sus comodidades. Porque escrito está: *A los que temen la escarcha les caerá encima la nieve, y huyendo de armas de hierro caerán en arco de bronce* ¹.

Punto III.

Considera al hijo pródigo que vuelve otra vez á la casa paterna, impelido por tres motivos á cuál más poderosos: 1.º el recuerdo de la felicidad pasada, y de la abundancia de que gozaba en la casa de su padre: *Cuántos jornaleros, se decia á sí mismo, tienen pan en abundancia; 2.º la vista de su miseria presente: Mas yo perezco de hambre; 3.º la esperanza en la misericordia de su excelente padre: Iré á mi padre.*

Estos mismos motivos bien considerados te persuadirán á volver prontamente á Dios, tu último fin. 1.º trae á la memoria el *recuerdo de la felicidad* de que gozabas en los años que serviste á Dios con fidelidad; 2.º *compara las miserias* que padeces en el estado presente de tibieza, con la alegría que sentias ántes, cuando siendo fervoroso, sólo tratabas de agradar á Dios; 3.º anima tu *esperanza en la misericordia divina, que disimula nuestros pecados en vista de nuestro arrepentimiento*; tanta bondad llama benignamente al pecador errante; lo aguarda con pa-

¹ Job. 6, 16, 20, 24.

ciencia cuando tarda, lo recibe con los brazos abiertos cuando vuelve; lo acaricia con el ósculo, y lo adorna con el anillo y estola. Escucha las mismas palabras con que declara Jesucristo la misericordia del Eterno Padre, pues son eficacísimas para infundir confianza á los pecadores. Son estas: *Estando todavía léjos el hijo pródigo, corriendo á él su padre, ¡qué prontitud en perdonar! le echó los brazos al cuello, y le besó, ¡qué ternura! Y dijo: vestidle, y ponedle el anillo en su mano, y traed el ternero cebado, y matadlo, y comamos, y tengamos un banquete.* ¿No demuestra esto bien á las claras la plenitud del perdon, y la grandeza de su gozo? Esta facilidad del Padre en perdonar, tan pronta, tierna, plena y llena de alegría, sea en los hijos el más noble estímulo para volverse á él arrepentidos, y echarse á sus pies.

AFECTOS.

Procuremos excitar en nosotros los mismos que tuvo el hijo pródigo cuando volvió á su padre: 1.º de *dolor* intenso por lo pasado; *Padre, pequé contra el cielo y en tu presencia*, por lo cual mereceria que mil rayos me precipitasen en el infierno; pero tú no sólo me perdonas no mereciéndolo, sino que, lleno de amor, me convidas á que me vuelva á tí. Tú mismo ¡oh Padre mio! sales con los brazos abiertos á recibirme, á mí, ingrato y mal hijo; inclinas tu sagrada cabeza para besarme; pides la estola de la gracia, que tan impiamente despedacé, para vestirme con ella; sacas el anillo de tu amor, que tan ingrato desprecié, para adornarme con él; y

lo que más es, preparas con el pan de los Angeles un celestial manjar, para alimentarme con tu cuerpo y sangre!

¡Misericordia verdaderamente infinita! no puedo resistirme por más tiempo á tanta bondad y clemencia; heme aquí rendido á tus pies, esperando que no me desecharás al verme contrito y humillado, puesto que me has sufrido con tanta paciencia, y me has llamado con tanto amor, al huir de ti por el pecado! Yo te he ofendido; el siervo á su Señor, el hombre á su Dios, el hijo á su padre, y á tal padre..... despues de tantos beneficios, con tan enorme desprecio. ¡Quién me diera que fuese *mi dolor tan grande como el mar*, para llorar con lágrimas amargas el alejamiento en que he vivido de mi último fin!

2.º De *aborrecimiento* eficaz del pecado, para no volverlo á cometer. Ya estoy bien resuelto; tambien yo con el hijo pródigo *me levantaré é iré. Me levantaré como el animal inmundo, del cieno en que me he revolcado*¹. Romperé, finalmente, las ataduras de mis pecados, iré por el camino de los mandamientos, y por la senda de las virtudes, iré á mi Padre, volveré á mi último fin. *Tomo hoy al cielo y á la tierra por testigos, en cuya presencia he resuelto y jurado guardar fielmente vuestra justicia. ¡Oh Dios de mi corazon!*² determinado estoy, cueste lo que costare, á servirte en adelante con total indiferencia para hacer cuanto me mandares.

3.º De *humildad*, con detestacion de la so-

¹ 2. Pet., 2, 22.

² Dent. 4.—Salmo 118.

berbia como raíz de todos los males. *No soy ya digno de llamarme hijo vuestro. ¿Cómo, siendo hijo tan perverso, me atreveré á levantar los ojos para mirar á tan buen padre?* ¹ Pecador soy, no solo indigno de toda honra y alabanza, de todo lugar y empleo honroso, sino que ademas he hecho todo lo posible para merecer eterno desprecio. Preparado estoy para todos los oprobios y humillaciones, indiferente para estar en cualquier lugar ó ocupacion contraria á mi reputacion; á todo grado, aun el más vil en el estado religioso.

4. De *ódio de sí mismo* con detestacion del amor propio y sensualidad, segunda raíz de los males. *Trátame como á uno de tus jornaleros.* Aborrezco mi amor propio, que fué la causa de que, dejando al mejor de los Padres, fuese á *dissipar en país lejano todos mis bienes, viviendo disolutamente*, ó por lo ménos tibiamente. *Me aborrezco con odio perfecto*, puesto que á causa de mi pecado soy blanco del odio eterno de Dios. Quiero eficazmente ser en adelante verdugo de mí mismo, y para este fin me ofrezco con prontitud á cualesquiera obras penales, á cualquier trabajo y molestia, teniendo puesta la mira en satisfacer de algun modo á la Divina Justicia. A mí, rebelde siervo y esclavo vil de la carne, sólo me son debidas las cosas ásperas, duras y adversas: *Dadme con la vara, y poned pesada carga sobre esta bestia* ².

De conocimiento propio. ¡Oh Dios de las misericordias! Conozco en el hijo pródigo, como en un espejo, el estado miserable de mi alma: aque-

¹ Bernard., serm. 16 in Cant.

² Eccl. 34, 25.

llos asquerosos andrajos que exhalan el hedor de los cerdos; la palidez del rostro; aquel estómago debilitado por las bellotas; la desnudez del cuerpo, son triste pero exacta representación de mi pobre alma, desnuda de gracias, vacía de méritos, inmunda con las manchas del pecado, hedionda con el humo del infierno, hastiada del maná, y echando de ménos las cebollas de Egipto. *¡Dios mio! deséchome á mí, y me rindo á Tí en el abismo de mi vileza* ¹.

DIA IV.

ADVERTENCIA.

Aterrados por la gravedad y castigo del pecado, y movidos con la memoria de los Novísimos, quedamos resueltos con el hijo pródigo á dejar el camino de los vicios, por el cual nos desviamos de nuestro último fin, y á seguir la senda de las virtudes, para servir á Dios como fuere de su agrado, en aquel estado de vida, ó del que hemos elegido, en aquel grado de perfección á que su Majestad nos llamare, ó quiere que subamos.

Pero como no sabemos el *camino* que hemos de seguir, é ignoramos el *modo* con que lo hemos de hacer, nos es necesaria *guia* á quien sigamos y *ejemplar* á quien imitemos. De ambas cosas nos proveyó el Eterno Padre,

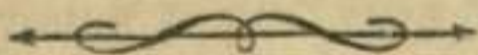
¹ Kemp., lib. 4, c. 2.

enviándonos á su Unigénito Hijo, el cual es para nosotros *guía en el camino* que debemos seguir, y *ejemplar de la vida* que debemos imitar.

A esta imitacion nos incitará *en general* la meditacion siguiente, y las que vienen despues nos enseñarán *en particular* qué cosas debemos imitar. El fruto que habemos de sacar de la 1.^a meditacion de hoy ha de ser la firme resolucion de servir á Dios, imitando á Cristo en todo aquello que su Majestad fuere servido inspirarnos en estos ejercicios.

MEDITACION I.

DEL REINO DE CRISTO.



Punto I.

I. JUSTO ES QUE SIGAMOS Á CRISTO por el *dominio* que tiene sobre nosotros, pues somos vasallos suyos, y El es nuestro Rey: 1.^o por *derecho de conquista*, porque somos *pueblo de adquisicion*, despues que nos conquistó con las armas de la Cruz, arruinando el imperio del infierno; 2.^o por *título de compra*; porque por el precio de su sangre nos *rescató* de la esclavitud del demonio; 3.^o por *título de donacion y herencia*, porque *el Padre le constituyó heredero de todo*¹; 4.^o por *título de eleccion*, porque El nos

¹ Heb. 1, 2.

tomó por siervos y vasallos, y nosotros le elegimos á El por nuestro Rey y Señor, ya en el bautismo, renunciando al mundo, demonio y carne, ya en el estado religioso, uniéndonos más estrechamente á él con el vínculo de los votos, de modo que á cada uno de nosotros se puede decir lo que dijo en otro tiempo Moisés á los Israelitas: *Has escogido al Señor para que sea tu Dios, y para que andes en sus caminos; y el Señor te ha escogido para que seas pueblo peculiar suyo, pueblo santo* ¹. Ahora bien; estando obligados á este Señor por tantos títulos, ¿dudaremos todavía de seguir sus huellas....?

II. Además de esto ES MUY CONFORME QUE MILITEMOS NOSOTROS BAJO LAS BANDERAS DE ESTE CAPITAN, por las *condiciones* que nos pone; porque serán igualmente comunes á él y á nosotros todas las incomodidades de la guerra, no tendrá otra comida ni vestido, y tomará la mayor parte en los trabajos y vigilias, y será el primero en acometer los peligros, en allanar los tropiezos, en resistir el ímpetu de la pelea: la victoria será cierta, el triunfo gloriosísimo, la corona inmortal. ¿Qué puede concebirse ni más justo, ni más eficaz para que nos animemos á seguirle?

III. Finalmente, ES MUY CONVENIENTE QUE IMITEMOS Á ESTE REY CELESTIAL, por los *finés* que intenta, los cuales son dos: 1.º la *gloria de Dios*, por medio de la destrucción del vicio; y el ejercicio de las virtudes, á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo ². Siendo esta gloria el blanco á que se enderezan todas las acciones de

¹ Deut. 26, 17.

² Joan. 14, 13.

la Beatísima Trinidad, sobrepuja por su sublimidad y excelencia á todo lo que no es Dios; 2.º *la Bienaventuranza del hombre*: puesto que *el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido*, la cuál bienaventuranza, siendo la misma que la infinita y eterna de que goza Dios, es tambien de precio inestimable. De donde se ve que no puede haber fin más excelente ni más útil. ¿Quién habrá que niegue ser justísimo, que sigamos á Cristo por las tres razones dichas? Esta obligacion es justísima; y así: *vive el Señor, y vive el Rey mi Señor*, yo os prometo que *en cualquiera parte que estuviereis, Señor y Rey mio, ó para muerte ó para vida, allí estará vuestro siervo* ¹.

Punto II.

SEGUIR Á CRISTO ES HONROSO:

I. *Por la excelencia de la guia*, pues es cabeza de todo principado y potestad, *Rey de la gloria, imágen de Dios, figura de su sustancia*; en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, en él habita sustancialmente la plenitud de la divinidad; á él ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, y á su nombre se dobla toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y en los infiernos. ¿Te avergonzarás de seguir á tal guia, diciendo con los rebeldes judíos: *No queremos que ese reine sobre nosotros?* ¡Oh Jesus mio, léjos de mí tanta perfidia: Señor

¹ 2 Reg. 15, 21.

mio y Dios mio, lo reconozco, veo cifrada mi honra en seguirte.

II. Por la *alteza del servicio*, porque los que te sirven, Dios mio: 1.º son Reyes: pues *servir á Dios es reinar*; 2.º son dioses, segun aquello del Salmista: *dioses sois*; 3.º son amigos, hijos y herederos del Altísimo: *vosotros sois mis amigos, hijos del Altísimo, y herederos del reino que Dios ha prometido á los que le aman*. ¿Qué se puede decir de más glorioso? A la verdad, toda la majestad y grandeza de los reyes y monarcas del mundo, comparada con servidumbre tan excelsa, es la misma oscuridad y vileza. ¡Oh mortales! Oid atentos este oráculo: *grande gloria es seguir al Señor*, el mismo Dios lo dice, que es la suma verdad; pues *no echemos un borron sobre nuestra gloria*, huyendo de la Cruz, que es el estandarte de Cristo.

Punto III.

SEGUIR Á CRISTO ES FÁCIL Y ALEGRE: 1.º por el *camino* que nos muestra; 2.º por el *auxilio* que nos concede; 3.º por los *compañeros* que nos da. Pues para quien sigue generoso sus huellas por el camino de la virtud, con admirable prodigio, *los caminos tortuosos se enderezan, y los fragosos se allanan*; conducidos sobre las alas de la gracia por las sendas más espinosas, como si estuviéramos libres del peso de los sentidos, no caminamos sino volamos. Animados con el ejemplo de los compañeros, vamos alegres á donde tantos otros caminan.

Los que esto han experimentado conocen con

luz más clara que el Sol, ser más duros y ásperos los caminos del mundo que los de Cristo: las mismas espinas, teñidas con la sangre del Salvador se les transforman en apacibles rosas. Sola esta consideracion, *pudieron estos y estas*, es increíble lo que mitiga la mayor dificultad del sacrificio que Dios nos pide: en una palabra, *los caminos de Jesucristo son caminos hermosos*, por la amenidad de las virtudes; *su yugo es suave*, por la suavidad de la uncion; *y su carga ligera*, por la compañía de los que nos ayudan á llevarla. ¿Rehusarás tú, perezoso, seguir este camino, sujetarte á este yugo, llevar esta carga? ¿Serás tan cobarde que te niegues á seguir en compañía de tantos héroes, los cuales, con el testimonio de su sangre, te aseguran que es fácil y alegre seguir á Cristo? Eso demostraria que eres indigno del nombre de cristiano.

Para acabar de decidirte, reflexiona sobre la comparacion que pone S. Ignacio. Figúrate ver un rey de la tierra, adornado de todas las dotes de naturaleza y gracia, elegido por Dios para sujetar al mundo, á su imperio y á la fe. Imagina ahora que este rey reúne amorosamente compañeros para la guerra, les propone condiciones honrosas y justas, fáciles y alegres, asegurándoles con juramento que será el primero en los encuentros, que usará del mismo vestido y comida que ellos, y que no gozará de inmunidad alguna en todas las vigiliass y trabajos: dime, ¿no seria un villano quien rehusara acompañarle?

Ahora pues, ¿cuánto más lo merece Cristo, por el dominio que tiene sobre nosotros, por las condiciones que nos propone, por el fin que pretende? ¡Cuánto más obligados estamos

á acompañarle, considerando la excelencia de tal Capitan, la alteza de su servicio, la facilidad de seguirle, y la alegría que se experimenta en su compañía! Con razon concluye N. S. P., *que todos los que tuvieren juicio y razon ofrecerán todas sus personas al trabajo.*

AFECTOS.

Eterno Señor de todas las cosas: yo hago mi oblacion con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la Corte Celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinacion deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado. Hasta aquí S. Ignacio ¹.

Y á la verdad ¿qué cosa más justa que servirte á ti, Dios mio, á quien todo pertenezco, de quien todo lo tengo, lo temo y lo espero, y sin quien nada soy ni valgo? ¿Qué cosa más alegre y gloriosa, que servirte á ti, cuyo servicio, más bien que sujecion es un soberano imperio y dulce paraíso? Y no obstante ¡cuántas veces repetí con aquellos rebeldes: *no serviré!* ¡Cuántas veces rompí tu yugo suave, sacudí tu carga ligera!

¹ S. Ignat. in hæc, cont.

² Medit. del reino de Cristo, parte 2, punto 3.

Lo confieso: *he andado errante como oveja descarriada*. Pastor divino, entrego voluntariamente mi cuello á tu yugo, mis manos á tus lazos. *Te seguiré á donde quiera que vayas, militando en las banderas de tal Capitan; renunciaré á las obras de las tinieblas, para seguirte á ti, sol de verdad; vestiré las armas de la luz, y haré lo que vea que hagas tú; sólo deseo me enseñes á cumplir tu voluntad, y el camino por donde debo andar; aquí me tienes pronto é indiferente para hacer cuanto quisieres. ¡Oh Padre Eterno! siervo tuyo soy, é hijo de tu esclava, mi Madre la Iglesia. Te serviré, Criador mio, y caminaré á mi último fin, siguiendo á Cristo mi guia, y le seguiré del modo que en estos ejercicios entendiere que vos lo quereis.*

LECTURA

DE LA IMITACION DE CRISTO.



I. *El fin y blanco de todos los ejercicios de la primera semana, segun el Directorio, consiste principalmente: 1.º en conocer que nos hemos apartado del camino que debia conducirnos al fin para el cuál hemos sido creados; 2.º como consecuencia debemos dolernos de tan grave error; 3.º concebir deseo vehemente de volver al buen camino, y perseverar siempre en él* ¹.

Todo lo hemos procurado conseguir en los dias anteriores: 1.º Por el *íntimo conocimiento*

¹ Direct. c. XVIII, n. 1.

de nosotros mismos, quedamos avergonzados al conocer que nos habíamos desviado del último fin. 2.º Procuramos enmendar este yerro, reduciéndonos al buen camino, ya con el *dolor* de la vida pasada, ya con el *aborrecimiento* del pecado, para no cometerlo en lo futuro. 3.º También hicimos esfuerzos para arrancar la raíz de los males, y aun con el hijo pródigo resolvimos volvernos á nuestro bondadoso Padre, para servirle con constancia, según su beneplácito y divina voluntad.

II. La cuál consiste en que le sirvamos *imitando á Cristo*. Quiere el Eterno Padre que lo hagamos, pues *para eso fuimos llamados*, no sólo para que le oigamos, según aquello: *Este es mi Hijo amado, oídle*; sino también para que le sigamos: *porque El es modelo propuesto á los hombres por el Eterno Padre, para que, á su imitación, arreglemos nuestras corrompidas costumbres, y enderecemos los pasos por las sendas de la paz*¹, por lo cuál, en la imitación de Cristo consiste aquel peculiar modo con que Dios quiere que le sirvamos, como se verá más claro por lo que adelante se dirá.

Quiere Dios que le sirvamos de aquel modo que es *propio* de la condición del hombre, y *necesario* á su salvación; cuyas condiciones se resumen para los cristianos en la imitación de Jesucristo. Y como el servir al Criador es el fin esencial y propio del hombre, así el seguir é imitar á Cristo es el fin propio y esencial del cristiano; porque, según S. Gregorio Niseno, *el cristiano*

¹ Direct. c. XVIII, n. 2.

es otro Jesucristo, ó sea un hombre que en la vida y costumbres lleva á Cristo, y esto no puede hacerse sin su imitacion.

Tambien es *necesario* imitarle para conseguir nuestro fin, porque así como ningun hombre sin servir á Dios irá al Cielo, así tampoco ningun cristiano entrará en él sin imitar á Cristo, como lo enseñó el Salvador cuando dijo: *nadie va á mi Padre, que está en los cielos, sino por mí, es decir, segun á Lapide, imitándome.* Él solo es el camino que conduce á la vida eterna ¹, y el que la deseare, *debe andar como anduvo Jesucristo, es decir, segun el P. Salmeron, seguirle en la práctica de la virtud por medio de obras cristianas* ².

Ademas de esto: á los que Dios tiene especialmente previstos, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo Jesucristo ³; luego ninguno se contará entre los escogidos, que no sea conforme á Cristo, y ninguno será conforme si no le imita; de donde se sigue que á los adultos les es necesario imitarle, á lo ménos de algun modo, para salvarse, y por consiguiente este es el modo con que quiere Dios le sirvamos. Por lo cuál, así como esta verdad, *debemos servir á Dios*, era el fundamento de la primera semana; así esta otra, *debemos imitar á Cristo*, es la piedra angular de la segunda.

III. Esta segunda semana comenzó con la meditacion de esta mañana, y *corresponde*, segun el Directorio ⁴, á la *via iluminativa*, porque

¹ Joan. XIV, 6.

² Salm. tom. 16, Disp. 13.

³ Rom. VIII, 29.

⁴ C. XVIII, n. 2 y 3.

tiene por objeto proponernos á Jesucristo Nuestro Señor, y Salvador nuestro, como á verdadero camino, el cuál es sol de justicia que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, trayendo por fin, al venir á él, iluminar á los que están sentados en tinieblas y sombra de muerte, y en los rasgos de sus virtudes nos alumbrá el camino para que le sigamos recorriendo. En una palabra, esta semana es camino de luz, ó iluminativa, porque nos propone para la imitacion al que de sí mismo dice: *Yo soy camino, soy luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, ántes bien tendrá la luz de la vida* ¹.

Mas como las inclinaciones perversas, y los pecados oscurecen el alma, la entorpecen y la apartan de la imitacion de Jesucristo, por eso habia que arrancar del corazon las malas inclinaciones y pecados, mediante los ejercicios y meditaciones de la primera semana, á fin de que no sirviesen de obstáculo á la segunda, que se endereza á la imitacion de Jesucristo, y al planteamiento de las virtudes en nuestra alma. Aquí vemos de nuevo el orden primero de los Ejercicios de S. Ignacio, que dispone admirablemente los ánimos, pues siempre lo que precede sirve de preparacion á lo que sigue.

Advierte esto mismo en la primera meditacion de hoy, en la cual sólo se nos exhorta á seguir á Cristo en general, sin decirnos todavía nada en particular, á fin de que la voluntad, descendiendo como por grados de lo universal á lo particular, vaya insensiblemente conducida de lo más fácil á lo más difícil. Así que, el fruto

¹ 70, cap. 14 y 18.

de esta contemplacion sólo era una resolucion general de servir á Dios, imitando á Cristo, sin descender todavía á considerar en qué estado, en qué cosas, de qué modo debemos seguir sus pasos.

§. II.

Intitúlase esta meditacion *del Reino de Cristo*, porque nos propone al Salvador restaurando el Reino de su Padre, arruinado por el pecado de Adan, peleando con los vicios, plantando las virtudes, y convidándonos á que tomemos las armas en su seguimiento. Ademas esta meditacion *es como fundamento ó introduccion* de los dias y semanas siguientes, no de otro modo que el fin del hombre, segun la mente del Santo Padre, es *principio y fundamento* ¹ en que estriba toda la fábrica de los ejercicios. Porque tambien esta meditacion del Reino de Cristo sustenta todo el edificio espiritual, é influye en todas las meditaciones siguientes, principalmente en la eleccion de estado, ó de vida más perfecta, que en gran parte depende de aquí; porque ¿cómo podré elegir el estado ó modo de vida más perfecto, con el cuál imite á Cristo, si primero no me resuelvo á imitarle?

Ahora se entiende porqué coloca N. S. P. la meditacion del Reino de Cristo del mismo modo que la del fin del hombre, esto es, al principio de la segunda semana, fuera del orden de las demas meditaciones, de las que es como se-

¹ Direct. c. XIX.

gundo fundamento; por eso no se cuenta en el número de las meditaciones de la segunda semana, que empieza por la Encarnacion del Señor ¹; del mismo modo que el ejercicio primero de la primera semana era el de la caída de los ángeles. No limita S. Ignacio esta meditacion á una sola hora, ántes bien parece que le destinó un dia entero como intercalar, no de otra suerte que á la meditacion fundamental del fin del hombre; porque en este dia no señala otra materia, pues añade: *Este Ejercicio se hará dos veces al dia, es á saber, á la mañana en levantándose, y una hora ántes de comer ó cenar*: sin embargo, no dando sino ocho dias á los Ejercicios no se puede observar esta regla; pero quien los hiciere por más tiempo, podrá detenerse un dia entero en este ejercicio.

De donde se ve con cuánto fervor debemos hacer esta meditacion, pues de ella depende el fruto de las demas, y principalmente el acierto de la buena eleccion, ó bien, el *modo de enmendar y reformar la propia vida y estado de cada uno* ². Yerran, pues, clarísimamente los que, tratándose de esta meditacion tan importante, la omiten del todo, ó la hacen muy de paso.

II. Podemos ademas apreciar la excelencia é importancia de esta meditacion por tres motivos: 1.º por la *materia* que contiene; 2.º por el *modo* con que se trata; 3.º por el *fruto* que se pretende. Su materia es un *resúmen y compendio de la vida y acciones de Cristo nuestro Señor, en la obra que su Padre le habia encomendado* ³, es-

¹ P. Diertins, Direct., c. XIX, n. 1.

² Al fin de la 2.ª semana.

³ Direct. c. 19, n. 1.

to es, en el encargo de aumentar la gloria Divina disminuida por el pecado, y devolver á los hombres la salvacion que habian perdido pecando. Vino á restaurar el reino de Dios, perturbado por la rebelion de Luzbel y de Adán, reduciendo á los hombres con su ejemplo al fin último para que fueron criados, y dándoles armas contra el amor propio y sus apetitos, enemigos que quitan la paz de este reino. ¿Puede imaginarse obra más excelente ni más santa? Sirviendo ella, pues, de asunto para este ejercicio, fácil será colegir la excelencia de esta meditacion.

Por lo que toca al *modo* de exponerla, es acomodado al genio marcial de S. Ignacio, pues consiste en *poner delante de mí un Rey humano..... cuya voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles*. Muy propia es esta comparacion para determinarnos á seguir á Cristo; porque si fuera tenido por cobarde quien rehusara seguir á un Príncipe terreno que propusiera tales condiciones, el que con condiciones más ventajosas no quisiera seguir al Rey del cielo, con razon sería tenido por loco; infiriendo muy bien S. Ignacio, de la cobardía del primero la locura del segundo, por estas palabras: *El punto segundo, considerar que todos los que tuvieren juicio y razon ofrecerán todas sus personas al trabajo; queriendo que lo hagan para siempre, y no sólo por algun tiempo, y que ofrezcan al Señor todo, y no sólo alguna parte.*

La verdad que deduce el Santo se hallará ser ciertísima, si se compara debidamente al rey terreno con Cristo, dotes con dotes, virtudes con virtudes, condiciones con condiciones. De la comparacion de ambos reyes, terreno y celestial,

y de su diferencia y diversidad, se verá con ventaja la fuerza del argumento.

En efecto: la comparacion que de sí hizo Uriás con Joab fué de tanta eficacia, que, le arrancó delante de David estas palabras: *Joab, mi Señor, y los siervos de mi Señor duermen en tierra, ¿y he de entrar yo en mi casa para comer, y beber y dormir?..... Por tu vida y por la salud de tu alma te juro que no haré tal*¹. Si fué de tanta eficacia esta comparacion, que no quiso Uriás entrar en su casa, porque Joab estaba en el campo, ¿de cuánta mayor eficacia será la comparacion de un Príncipe de la tierra con el Rey del Cielo, para no hacer otra cosa de lo que Cristo hace, é imitar en todo sus acciones? Tambien tú debes exclamar: *Jesus, mi Capitan, pobre, despreciado, yace olvidado entre dolores y trabajos; ¿y viviré yo, rico, honrado y entre delicias? Por la vida y por la salud de mi Rey no haré tal*. No puede negarse que es muy ingenioso el modo que tiene S. Ignacio para determinarnos á seguir á Jesucristo.

En tercer lugar, el fruto que por medio de esta meditacion se pretende, es excitarnos al deseo ardiente de imitar á este modelo celestial, y de cooperar al negocio, que su Padre le encomendó, el cuál consiste en glorificar á su Padre en la tierra, y manifestar á los hombres su nombre; domar en ellos la rebeldía de la carne, su propia sensualidad, y su amor carnal y mundano², conduciendo los hombres á su último fin, que es el conocimiento y amor de Dios. No se puede se-

¹ 2 Reg. 11, 11.

² Jo. 17.—Ejerc. del Reino de Cristo, p. 2.^o, punto 3.

ñalar fin ni más alto en sí, ni más útil para nosotros, ni más grato para Dios, lo cuál demuestra que esta meditacion es dignísima de que la apreciemos, y la hagamos con el mayor fervor, no sólo por su *materia y modo*, sino tambien por el *fruto* que debe producir en nosotros. Principalmente habiendo sacado S. Ignacio de esta meditacion la idea del Instituto de la Compañía de Jesus, pudiendo asegurarse que entónces nació esta Religion, y que toda su perfeccion está encerrada en este ejercicio como en gérmen y raíz.

Finalmente, esta meditacion es muy propia para producir en nosotros aquellos sentimientos de *estima y amor* de Cristo, necesarios para resolvernos á imitarle y seguirle. Porque si poco se estima y ama la persona, no tiene fuerza alguna su ejemplo. Esto movió á N. S. P. á proponernos en la meditacion del Reino de Cristo las *dotes* en que se aventaja, y las *condiciones* que ofrece, á fin de que, con la excelencia de aquellas, y la suavidad de estas, estimásemos y amásemos la superioridad y bondad de nuestro capitan, y nos inflamásemos en mayores deseos de seguirle é imitarle.

§. III.

I. *A todos los hombres llama nuestro Salvador para compañeros de la gloriosa empresa de restablecer el reino espiritual, procurando la perfeccion propia y ajena; porque á todos sin excepcion nos ha puesto Dios para hacernos adquirir la salud por nuestro Señor Jesucristo¹, y para*

¹ 1. Thessal. 5, 9.

vivir juntamente con El, pero á cada uno segun su estado ¹. Quiere que sigamos sus huellas, *cada uno en la vocacion á que es llamado, unos de esta manera y otros de otra*, esto es, del modo conveniente á su estado, este en el celibato, aquel en el matrimonio, unos en el estado eclesiástico, otros en el Religioso, todos imitando á Cristo, conforme lo requiere su condicion y estado de vida.....

II. En la meditacion del Reino de Cristo, *entrevemos ya la diversidad de grados en la imitacion de Cristo*, como lo nota muy bien el Directorio ². Pues por lo mismo que se dan diversos estados, y en cada estado diversos modos de imitar al Salvador, ya más perfecto ya ménos; y por lo mismo que cada uno tendrá parte con Cristo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos; es manifiesto que se dan diversos grados de imitacion, que consisten en la mayor ó menor semejanza con Cristo, segun cada uno participare más ó ménos de los trabajos de esta sagrada guerra.

De estos grados enumera algunos N. S. P. en el punto tercero de esta meditacion, los cuales merecen particular atencion: 1.º *haciendo contra su propia sensualidad; y contra su amor carnal y mundano*; 2.º *paciencia en los trabajos, pasar todas injurias*; 3.º *pobreza de espíritu, toda pobreza*; 4.º *pobreza práctica, así actual como espiritual*; 5.º *disposicion para sobrellevar toda clase de injurias y contratiempos, todo vituperio*. Estos dos grados postremos son los puestos más avanzados, y por consiguiente más

¹ Direct. c. 19, n. 1.

² C. 19, n. 1.

honrosos, á los cuales sólo se ofrecen *los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno, y Señor universal.*

III. A la verdad, respecto á estos grados, como tambien á todo estado, oficio y lugar, nos conviene estar indiferentes para hacer lo que fuere del agrado de Dios. Porque debemos servir á Dios imitando á Cristo, y debemos imitar á Cristo en aquel estado, ó del que ya hubiésemos elegido, en aquel grado de perfeccion que nos manifestase Dios en estos ejercicios; pues en esto no puede darse regla más segura que su Divina voluntad. No es otra la principal verdad y fruto que se saca de esta semana; por lo cuál debemos hacer hincapié en ella, para que se arraigue profundamente en nuestras almas. Hay más; así como debemos servir á Dios del *modo* que á su Majestad le agradare, segun lo conocimos en la primera semana, así tambien debemos imitar á Cristo de la manera que al Eterno Padre le agradare, conviene á saber, en aquel estado, ó del ya elegido en el grado de perfeccion en que su Majestad quiere sigamos á su Divino Hijo, con total indiferencia á todo, sin excepcion ninguna, sin poner límites á la gracia, esperando tan sólo la señal de la Divina voluntad.

De donde se ve, que aquella indiferencia tan recomendada por N. S. P. en el primer dia de los ejercicios, es tambien el alma y fundamento de esta semana, sin el cuál no se conseguirá el fruto que de ella se espera. ¿De qué te aprovechará saber el camino y tener el modelo delante, si no lo siguieres, ni te conformares con él? Síguese tambien de aquí, que aquella heróica indiferencia de que tratamos á la entrada de los ejercicios, no sólo debemos tenerla ahora presen-

te, sino que tambien necesitamos reducirla á la práctica.

IV. Por lo cuál, se ha de aplicar de nuevo á los cuatro puntos que allí tocamos, resolviendo firmemente el ejercitante seguir á Cristo en pobreza ó abundancia, en desprecios ó en honores, en salud ó enfermedad, en vida larga ó corta, absteiniéndose ó usando de las cosas criadas segun nos ayudaren ó estorbaren para el servicio de nuestro Rey y Capitan, el cuál nos dice: *quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar como yo en el dia, y vigilar en la noche, etc.*¹ No cabe la menor duda que en estas palabras alude N. S. P. á los cuatro puntos ya mencionados; pues por la frugalidad de la *comida* y humildad del *vestido*, se expresa la pobreza de las cosas, y el desprecio de los honores; por los *trabajos y vigiliass*, las enfermedades y dolores; y finalmente, con facilidad se sobreentiende por los demas la brevedad de la vida y la misma muerte. Nos debemos, pues, ofrecer prontos é indiferentes á padecer todo esto, si gustase Cristo que en esto le imitemos, como tambien á todo lugar, oficio y grado de perfeccion á que fuere servido llamarnos en estos ejercicios.

§. IV.

I. A pesar de esta indiferencia, quiere N. S. P. que estemos de tal modo dispuestos, que no sólo deseemos sino que tambien determinemos ser *de los que más se querrán afectar y señalar en todo*

¹ Parte 2.^a, punto 3.^o

servicio de su Rey eterno, sólo que sea su mayor servicio y alabanza ¹; y nos debemos disponer para venir en perfección en cualquier estado ó vida que Dios Nuestro Señor nos diere para elegir ¹. En efecto, siendo la vida de Jesucristo perfectísima, y la idea misma de la virtud y santidad, se sigue que, cuanto más se acerque nuestra vida á la suya por la imitación, tanto será más perfecta, y por lo mismo se acercará más á su último fin, siendo por consiguiente más feliz ². A la verdad, esta inclinación á la mayor perfección, tan léjos está de perjudicar á la indiferencia que pedimos, que ántes bien ayuda mucho á ella, y la conserva. Porque cuando N. S. P. nos persuade á esta indiferencia, no entiende por ella un frío entorpecimiento del ánimo, ni alguna inacción ociosa, con la cuál se sofoque todo conato para alcanzar lo más perfecto; sino que desea una indiferencia tal, que por lo mismo que tiende á lo mejor, reduzca al alma al deseado equilibrio, del cuál faltará al punto que con estos buenos deseos no haga contrapeso á la naturaleza inclinada al mal.

Tambien aquella disposición del ánimo, por la cuál se contentan algunos con el ínfimo grado de santidad en la tierra, y de gloria en el cielo, para los cuales es lo mismo estar en lo más alto que en lo más bajo de la gloria; esta disposición, digo, no es virtud de indiferencia, sino indicio de ánimo apocado y negligente. Porque la virtud de la indiferencia sólo excluye la inclinación *viciosa* á las cosas terrenas, no

¹ 2.^a sem. inmediatamente al dia 4.^o

² Direct. c. 18, n. 2.

una santa propension á lo mejor. Y aun añade el Directorio, hablando de la eleccion: *La mejor disposicion del ejercitante es aquella por la cuál no sólo no se inclina á las cosas de la tierra, sino que, en cuanto puede, procura inclinar la voluntad á lo más perfecto. Pues aunque con el efecto no llegue á elegirlo, porque tal vez no le llama Dios á aquel estado, nada le perjudicará, ántes bien le aprovechará mucho desearlo: esta es la razon porque en los ejercicios siempre se propone lo más perfecto, como más digno de ser deseado, y de pedirlo á Dios.*

Tambien en esto se echa de ver la divina prudencia del santo Autor, que conduce á las almas por sus grados á lo más alto. Porque en la 1.^a semana sólo nos disuadió de toda viciosa inclinacion á los honores, deleites y riquezas, por la cuál solemos declinar de la perfecta indiferencia, necesaria para la buena eleccion; en la 2.^a semana da un paso adelante, y nos inspira alguna propension á los desprecios, dolores y pobreza, á fin de que, mitigado el horror á estas cosas, estemos más expeditos para conseguir aquella celestial indiferencia, que consiste en estar dispuestos á hacer ó dejar todo aquello que en estos ejercicios conociéremos ser del agrado de Dios. Ahora bien, con esta voluntad se hermana muy bien el deseo de anhelar lo más perfecto, y de seguir á Cristo más de cerca; porque este equilibrio sólo excluye la inclinacion viciosa á las cosas terrenas, y no la propension santa á lo mejor. Por lo cual, como enseña el Directorio ¹, *la disposicion que se requiere en el ejerci-*

¹ C. 12, n. 2.

tante consiste en tender, cuanto es de su parte, á lo más perfecto, si le da el Señor gracia y fuerzas para ello. La razon de esto es, porque, como el hombre por su natural propension siempre propende á lo bajo, y á buscar las cosas gratas á sus sentidos, nunca tendrá la indiferencia necesaria para la buena eleccion, si el alma, inclinada por estos piadosos deseos á la parte contraria, no se eleva sobre la naturaleza; no de otra suerte que un árbol torcido hácia la tierra, nunca mirará al cielo si primero no se tuerce al lado opuesto.

II. *De todo lo dicho se colige, que ya empieza desde ahora S. Ignacio á preparar al ejercitante para la eleccion* ¹. Digo preparar, porque por lo mismo que el ánimo por una parte, habiendo depuesto todo afecto desordenado á las cosas criadas, está indiferente para hacer lo que fuere del agrado de Dios, y por otra desea ardentemente lo más perfecto; claro es que ya empieza á prepararse para elegir el grado de vida más santo á que Dios le llamare, con la mira de imitar más perfectamente á Cristo.

Para que la eleccion sea buena, *exige S. Ignacio de los que han de hacer la segunda semana, que den señales de fervor, y tengan deseos de pasar adelante para deliberar acerca del estado de vida que deben abrazar* ², ó de subir en el estado ya elegido á otro grado de perfeccion más alto. Digo fervor y deseo, porque este negocio es de tal naturaleza, que si no se toma con fervor no puede tener éxito feliz, á causa de requerir corazon gran-

¹ Direct. c. 19, n. 2.

² Direct. c. 18, n. 4.

de, esforzado y constante, efecto del aumento de devocion.

De lo cuál se ve cuánto yerran los que juzgan que en la 2.^a semana se puede remitir algo del fervor de espíritu. Porque si bien, como enseña N. S. P., en el uso de las obras de penitencia, *el que se ejercita se debe haber segun los misterios que contempla, porque algunos piden penitencia y otros no*¹; y aunque dice el Directorio que se conceda al ejercitante durante la segunda semana *algun alivio en las horas de meditacion, pudiendo permitirle que deje la meditacion de media noche*², con todo quiere que nada absolutamente se remita del fervor y sería aplicacion de ánimo.

III. Lo que hace más al caso para la buena eleccion, ó reforma es,³ aquel encadenamiento singular y enlace de las meditaciones de esta semana, eslabonadas y subordinadas entre sí con arte tan admirable, que una recibe virtud de la otra, y todas aumentan la fuerza de cada una. Porque, despues de excitar al alma en la contemplacion del reino de Cristo á seguir en general la perfeccion por medio de su imitacion, baja luégo, en particular en las siguientes meditaciones de la Encarnacion, Natividad y demas, á examinar en qué cosas y de qué modo ha de imitar á Cristo, consiguiendo que *el gérmen de perfeccion, sembrado en la meditacion del Reino de Cristo, vaya creciendo y desarrollándose poco á poco en los ejercicios siguientes, hasta que dé*

¹ Adic. 4.^a de la 2.^a sem.

² Direct. c. 21, n. 1.

³ Exercit. ad fin. hebd. 2.

fruto en el tiempo de la eleccion ¹. Ciertamente, despues de haber concebido esta mañana la resolucion general de imitar á Cristo del modo que fuere del agrado de Dios, se descende con órden admirable á los ejemplos particulares que nuestro Rey dió en su Natividad, y principales misterios de su vida, para que entendamos en qué virtudes, y de qué modo le habemos de imitar. No basta hacer en general *propósito* de seguir las huellas de nuestro capitan, sino que tambien es necesario determinar de qué *modo* le hemos de imitar. Ayudan y estimulan para esto en gran manera las meditaciones siguientes, en las cuales se verá claramente la union que hay entre ellas y la del Reino de Cristo; todas las cuales preparan la buena eleccion que se hará despues.

IV. Siendo los principales enemigos que hacen más estrago en el Reino de Dios aquellas tres inclinaciones viciosas, *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida*, por esto, luégo que nuestro celestial capitan bajó al mundo, declaró guerra á este mónstruo infernal de tres cabezas, y determinó vencerlo con nuevo género de armas, conviene á saber, con la humildad, pobreza y dolores, animándonos con su ejemplo á tomar parte en el combate, para coronarnos despues con la victoria.

Aunque es verdad que en la semana precedente procuramos extirpar esta infeliz zizaña como causa principal de los frutos venenosos, que daban la muerte al alma, apartándola de su vida y último fin; pero sólo peleamos contra los

¹ Direct. c. 19, n. 2.

deseos viciosos de los honores del mundo, deleites de la carne, y riquezas de la vida, sin declarar todavía guerra abierta al *horror* natural á los desprecios, dolores y pobreza. Mas porque si no se mitiga este, no es posible alcanzar la indiferencia necesaria respecto á las riquezas ó pobreza, á los placeres ó trabajos, á todo lugar, oficio y grado de virtud; por esto en la semana presente procuraremos, si no quitar, á lo ménos suavizar este horror, cobrando amor y deseo de todo lo contrario. Por lo cuál, así como el fruto de la primera semana era el *desprecio*, odio y fuga, por lo que mira á las riquezas, honores y deleites, como á causa de todos nuestros males; así el blanco de la segunda es ingerir en el ánimo la *estimacion*, amor y deseo de los desprecios, trabajos y pobreza; para que de este modo, apartados por una parte del vicio, y atraídos por otra á la virtud, consigamos aquella celestial indiferencia tan necesaria para la buena eleccion.

De grande ayuda nos será el ejemplo que nos dió Cristo en su vida, así pública como privada, para obtener tan feliz resultado. Hoy, para confirmarnos con la mente de N. S. P., meditaremos únicamente los dos misterios de la Encarnacion y Nacimiento, en los cuales no sólo nos enseña á despreciar, aborrecer y evitar la ambicion, sensualidad y codicia; sino tambien á amar, estimar y buscar la pobreza, dolores y desprecios, compañeros inseparables del Redentor: de donde se colige que el fruto que hemos de sacar de estas dos meditaciones es un firme propósito de imitar á Cristo en aquellas virtudes que nos enseñó, principalmente en su Encarnacion y Nacimiento; esto es, la pobreza de es-

píritu, humildad de corazón, y aspereza de la vida.

A fin de conseguir más ciertamente este fruto, observaremos las cosas siguientes: si no bastase la lectura espiritual señalada, la que se añada se conformará con la materia de la meditación última, ó de la que se ha de hacer inmediatamente, como lo aconseja S. Ignacio por estas palabras. *Primera nota, es advertir para toda esta semana y las otras siguientes, que solamente tengo de leer el misterio de la contemplación que inmediatamente tengo de hacer, de manera que por entónces no lea ningún misterio que en aquel día ó en aquella hora no haya de hacer, porque la consideración de un misterio no estorbe á la consideración del otro*¹. Lo mismo encomienda el Directorio. *Bien se puede leer en esta semana y en las siguientes algún libro que trate de los misterios de N. S. J. C.; pero no conviene leer aquellos misterios de que se ha de meditar después en los días siguientes, sino aquellos que ya han servido de materia de meditación, ó que lo serán aquel mismo día*². Añado mas: aun los pensamientos que se fomenten entre día deben ser conformes á la meditación hecha ó por hacer, de modo que aunque sean piadosos, se deben desechar si no convienen con el asunto que se tiene entre manos.

De muy diverso modo se han de considerar los misterios de la vida de Cristo en los ejercicios que fuera de ellos. Porque aunque sean abundantísimos para enseñarnos muchas virtu-

¹ Semana 2.^a, 1.^a nota de las 5.

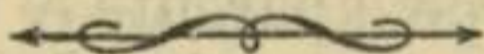
² C. 21, n. 2.

des, pero en los ejercicios sólo consideramos aquellas verdades y circunstancias, y excitamos aquellos afectos que conducen al fin propuesto, omitiendo los demas puntos que, aunque útiles, son ménos aptos para el intento.

La puntual observancia de estas advertencias, y las consideradas en el §. IV de la introduccion, ayudarán mucho para coger el fruto deseado, ó sea la estimacion, amor y deseo de los desprecios, pobreza y trabajos, á ejemplo de Dios hecho hombre, y nacido en un establo.

MEDITACION II.

DE LA ENCARNACION.



Punto I.

La segunda persona de la Santísima Trinidad, vestida de carne, nos enseña á estimar, amar y desear la humildad ó los desprecios. *Aprended de mí, nos dice, que soy manso, y humilde de corazon.* El misterio de la Encarnacion es un prodigio de anonadamiento, primero por la *union* del Verbo á la naturaleza humana; pues por la comunicacion de idiomas, como hablan los teólogos, Dios inmortal, impasible, *fuerte, poderoso, y rey de la gloria*, es ahora mortal, pasible, *varon de dolores, y desprecio de la plebe.* Ademas, por dicha union el primer Ser juntó á sí nuestra nada con tan estrecho lazo, que la misma persona, Cristo, es Dios y hombre, ¡Oh humillacion, tanto más estupenda cuan-

ta mayor es la distancia que hay entre Dios y el hombre! Viendo esto ¿llevaré pesadamente que otros me digan que soy de baja esfera, ignorante, imprudente y malo, despues que Dios se ha hecho por mi amor pobre, débil, flaco, *gusanillo vil, y oprobio de los hombres?*

2.º En segundo lugar, el misterio de la Encarnacion es un prodigio de humildad, por el *cuerpo* que tomó el Verbo, N. S. J. C., ya que su alma santísima gozaba, desde el primer instante de su creacion, de la vision beatífica, por lo cuál su alma gloriosa pudo unirse un cuerpo glorioso, adornado de los cuatro dotes bienaventurado; clarísimo é inmortal, ágil é impasible; pudo tomar para sí, como se lo dió á Adan, cuerpo de varon robusto y perfecto; pudo revestirse de cuerpo aparente y fantástico, como en otro tiempo S. Gabriel y S. Rafael. Pero ¡oh prodigio de humillacion! se viste de carne sujeta á dolores; delicada, flaca y necesitada de ajeno socorro; no formada del aire, sino de la purísima sangre de su Madre, que era pobre. Ya se ve, quiso ser *en todo semejante á sus hermanos*, para lo cuál vino *en semejanza de carne de pecado*, renunciando al derecho que tenia á las divinas prerogativas, sólo para destruir tu soberbia con su humildad. Crees esto, ¿y todavía *te ensoberbeces, tierra y ceniza?*

3.º Finalmente, el misterio de la Encarnacion es prodigio de abatimiento por el *lugar* en que Cristo estuvo escondido. Porque *el príncipe sapientísimo, como carcoma tiernísima*¹, se escondió en el seno de una Vírgen, como *en cedro que*

¹ 2 Reg. 23, 8.

descuella en el Líbano, ó como en olivo hermoso del campo. Considera, pues, quién, en dónde y por cuánto tiempo se oculta sin ser conocido del mundo; y verás que el inmenso se oculta en la cárcel oscura del vientre de María, por espacio de nueve meses, en donde, como reo en prisiones, se ofrece á la Divina Justicia por nosotros, dispuesto á padecer muerte afrentosa.

Todo esto lo hace para que nosotros, viles gusanillos, convencidos con su ejemplo, moderemos el deseo desenfrenado de sobresalir, y aprendamos á ocultarnos en aquel rincón del mundo, en aquella baja ocupacion, y humilde grado en que nos parece se desprecian nuestros talentos, y se ultraja nuestro buen nombre. ¡Hombre vano! tu soberbia es la que te dice: *Date á conocer al mundo; ¡á qué viene esa pérdida?* Pudieras en otro estado, lugar, grado y oficio hacer mucho mayor bien: para esto no te falta talento. ¡Miserable! esos son silbos de la serpiente infernal; no se pierde, no, el incienso que se ofrece á Dios. Dios te crió para que le sirvas imitando á Cristo como fuere de su agrado: quiere que le sirvas é imites á Cristo en el desprecio, hallándote oculto, y ocupado tan sólo en cosas viles: pues si es más honrado tu Señor con el abatimiento de tus talentos, que con el vano uso de ellos, ¿quién eres tú para atreverte á preguntarle: *¿Porqué lo haces así? ¿Acaso dice el barro al que le hizo: Porqué me hiciste así? ¿No tiene poder el alfarero para formar de la misma masa un vaso para honor, y otro para ignominia?*

AFFECTOS.

¡Dios mio! tú bajas á la tierra con el fin de ocultarte en el saco humilde de nuestra carne; ¿y yo diré con Luzbel: *Voy á subir al cielo sobre los astros de Dios hasta las nubes, deseando ser semejante al Altísimo?* Tú, Santo de los santos, te dejas ver en semejanza de carne de pecado; y yo, que todo cuanto soy he nacido en pecado, ¿querré ser alabado como justo? Tú, estando en forma de Dios, te anonadaste, tomando forma de siervo, hecho á la semejanza de los hombres, y hallado en la condicion como hombre; y yo, tierra y ceniza, aborto, desecho y escoria del mundo, ¡me ensobezco como si fuera algo, cuando en realidad soy nada! ¡Pasmaos, cielos! Dios se hace despreciable para que la soberbia del linage humano no tenga á ménos seguir las huellas de Dios¹. Y á pesar de todo, ¡me envanezco! Oh vosotros que fuisteis alguna vez ángeles del cielo, y ahora, por la soberbia, sois demonios del infierno: á vosotros mismos os llamo por jueces. Decidme: ¿no es insolencia intolerable que el gusanillo se hinche y envanezca, despues que se ha anonadado la Majestad de Dios? Es un desórden detestable, que viendo el hombre á Dios hecho Niño, él sin embargo quiera seguir pareciendo grande sobre la tierra².

¡Oh Dios, amantísimo de la humildad!

¹ Aug. in Ps. 33.

² Bern. serm. 1 de Nativit.

Otórgame la gracia de que me halle indiferente para cualquier oficio, lugar y grado, aunque bajo y despreciable; y estime, ame y apetezca aquella virtud que atrajo el Verbo Divino al seno de una Vírgen, cuando El desde los cielos *miró la humildad de su esclava*, más bien que su fe, pureza y caridad.

Punto II.

El Verbo Divino hecho hombre, nos enseña á estimar, amar y buscar la aspereza de la vida, ó sea la mortificacion: *desde mi juventud*, dice El, *me hallo en trabajos*. La condicion de Cristo, recien vestido de carne, era dura por tres razones:

1.^a por las *molestias del seno materno*, que ciertamente eran grandes, por la estrechez y oscuridad de la habitacion; allí no podia ver, oír, oler, gustar, ni moverse de un lado á otro, ni extender los pies ni las manos; le fué necesario permanecer siempre en el mismo estado de compresion molesta.

2.^a *Por el pleno uso de la razon*, de que gozaba, se aumentaba inmensamente su malestar. A la verdad quien con Nicodémus reflexionase cuán pesado sería á un hombre dotado de razon y juicio, *si debiese volver al vientre de su madre*, podria entender cuánto padeceria Cristo, viviendo por tantos meses en el seno materno, siendo cierto que la luz de su razon, y la perspicacia de su juicio excedian incomparablemente, no sólo á la de todos los hombres, sino tambien á la de todos los ángeles juntos. Demas de esto, padecia estas

incomodidades sin alivio alguno, pues María Santísima no podía dárselo, y su Divinidad, aunque podía, no quería, ántes bien, obrando un grande milagro, suspendió la gloria que se le debía por la vision clara de Dios, sin permitir resultase de aquí algun descanso á su cuerpo y alma.

3.^a En fin, era penoso aquel estado por el *conocimiento claro y distinto que tenia de lo porvenir*. Porque á fin de que no se le pasase á nuestro amantísimo Salvador ni un instante sin dolor, le representó su Eterno Padre, desde el primer momento de su vida, todas las aflicciones, suplicios, dolores, desprecios, injurias y tormentos que habia de padecer hasta la hora de su muerte: y esto vivísimamente, individualizándole todas las circunstancias, con todo el número, peso y medida, como si ya los padeciera realmente; y todo lo aceptó Cristo prontísimamente, ofreciendo en particular la cabeza á las espinas, los ojos á las lágrimas, las mejillas á las bofetadas, el rostro á las injurias, la boca á la hiel y vinagre, el cuerpo á las heridas y á la muerte. ¡Oh ansia verdaderamente grande de padecer, nunca bastantemente satisfecha! ¡Cómo confunde su ejemplo nuestra delicadeza!

El fruto que hemos de sacar de esta meditacion es, no sólo *desprecio* de los honores, y *odio* á las comodidades de la carne, sino tambien *estima*, y principio de *amor* y *deseo* ardiente con que apetezcamos todo esto, y lo procuremos, ó si no podemos tanto, á lo ménos tengamos deseo de tener este deseo.

AFFECTOS.

¡Jesus mio! Luégo que viniste al mundo no sólo te humillaste con profundo abatimiento, sino que tambien affigiste tu inocente cuerpecito, haciéndole padecer las duras molestias del seno materno. Y aun para sentir más los tormentos, te formaste un cuerpo apto ya para sentir, unido al alma, y adornado de razon; queriendo evitar que con la imperfeccion de los órganos, tardanza de la animacion, ó falta de conocimiento se entorpeciese ó disminuyese el dolor. ¡Cuán de otra manera obro yo! Trato tan blandamente á esta mi rebelde carne, manchada con tantos delitos, huyo de todas las molestias, y aun me horrorizo de solo el nombre de aspereza y mortificacion.

Tú refrenaste tus sentidos, privándolos de toda accion, sin concederles cosa alguna agradable; y yo permito á los míos todo cuanto apetecen. Pero ya me pesa, y me avergüenzo de haber aborrecido aquella virtud que tú amaste hasta el punto de no querer vivir sin ella ni un instante, pues la tomaste por compañera desde el vientre de tu madre. Enciende en mí el ódio de mí mismo, y apaga las llamas de mi amor propio para que arda más puro el Divino. *¡Oh imágen consubstancial de Dios! Tú, al entrar en el mundo, dijiste al Eterno Padre: No quisiste víctima ni oblacion, y me acomodaste un cuerpo; entónces dije: heme aquí; en el principio del libro*

está escrito de mí que haga tu voluntad ¹. Esto dijiste ofreciéndote á servirle del modo que gustase, *por honra y deshonra, por infamia y por buena fama, en tribulaciones y angustias, en azotes, en cárceles, en trabajos y vigiliass* ². Tambien yo, animado con tu ejemplo, digo: *Heme aquí dispuesto á hacer tu voluntad*, indiferente para servir á Dios é imitarte sin excluir modo alguno. Ojalá tambien yo hubiera prorumpido como tú, en el primer instante de mi vida, en el mismo acto, ofreciéndome con indiferencia á todo lo que fuere del servicio de Dios. Pero lo que no hice entónces, lo hago ahora: *dicho está: ahora empiezo.*

Es conveniente añadir aquí actos de fe en el misterio de la Encarnacion; de adoracion, dirigiéndose á la persona de J. C.; de accion de gracias por el sublime misterio de la Encarnacion, y por el ejemplo admirable que nos dió de humildad; en fin, actos de aborrecimiento y desprecio de nosotros mismos.

CONSIDERACION DE LA HUMILDAD.

El fin que debemos sacar hoy es imitar á Cristo en aquellas virtudes que principalmente sobresalieron en los dos misterios de la Encarnacion y Nacimiento, que fueron humildad,

¹ 2 Cor. 4, 4.—Heb. 10, 5.

² 2 Cor. 6, 4.

mortificacion y pobreza. Estos son aquellos tres compañeros inseparables que, apénas nació en el establo, se le juntaron para no apartarse de él hasta que murió en la cruz. La consideracion de hoy versará sobre la humildad; la de mañana sobre la mortificacion; y la siguiente tendrá por asunto la pobreza.

Conducirá no poco considerar la excelencia y utilidad de la humildad, y la obligacion que tenemos de practicarla, para que la *estimemos* más, la *amemos* más tiernamente, y la *busquemos* con mayor anhelo; tres grados á que hemos de aspirar durante esta segunda semana.

I. Concordes estan los SS. Padres en pregonar su *excelencia*. Dice San Agustin: *Si me preguntas, ¿qué cosa es la primera en la religion, y en las enseñanzas de J. C.? te responderé que la primera es la humildad. ¿Cuál la segunda? La humildad. ¿Cuál la tercera? La humildad. Porque toda la enseñanza verdadera de la sabiduría cristiana, consiste en la humildad verdadera y voluntaria*¹. ¿Qué puede decirse más sublime? ¿Qué más excelente para estampar en nuestras almas la estima y aprecio de esta virtud? Pues así lo siente el sol de la Iglesia, Agustin; y con razon: porque

1.º *La humildad es fundamento de la fe, la cuál, oscureciendo en cierto modo la luz de la razon, la sujeta al yugo de la fe, reduciendo á cautiverio todo entendimiento*², de modo que en donde no hay humildad tampoco hay fe. Esta es la piedra angular de toda la Religion, y la base y principio de la salud eterna.

¹ Epist. 56.—Serm. 8, de Epiph.

² 2 Cor. 10, 5.

2.º Tambien es *fundamento sólido y estable de las demas virtudes* ¹: y como el principio del pecado es la soberbia, así la raíz de toda virtud es la humildad; ella es la que ingiere en el ánimo las demas virtudes, é impresas las conserva; ella es madre y nodriza, columna y áncora, apoyo y vínculo de todas ellas ². Pero al contrario, el que reúne virtudes sin humildad, es semejante al que lleva polvo expuesto al viento: cuando ella flaquea, el edificio de las virtudes se convierte en ruinas ³. Todas las obras buenas sin la humildad nada valen ⁴.

3.º Añado más: sin humildad, las mayores virtudes degeneran en vicios. Porque sin ella, la penitencia más áspera es hipocresía; la contemplacion más alta, ilusion; la pobreza más extrema vanidad. Sin ella los desiertos de los anacoretas, las penitencias de los confesores, los tormentos de los mártires, el celo de los apóstoles, no son sino apariencia de los ojos, ludibrio del infierno. Por el contrario, en donde ella está, aun los mismos delitos pierden su veneno, y con modo admirable se transforman en gérmen de virtudes. Pues el que por haber ofendido á Dios se humilla bajo la mano poderosa de Dios, alcanza el perdon, y aumenta el mérito: *siendo mucha verdad, que más agrada á Dios la humildad en las obras malas, que la soberbia en las buenas* ⁵.

4.º Y lo que más es, sin humildad aun las mismas gracias de Dios nos son de daño y ruina,

¹ Bern. de consid.

² Chrys. hom. 30 in Acta.

³ S. Greg. hom. 7.—In 70, in Ps. 7.

⁴ Bern. de consid.

⁵ Aug. de Public. et Pharis.

como lo demuestra S. Nilo por esta comparación. Así como los vientos son favorables cuando siguen la dirección del navío: y por lo mismo hacen más rápido su naufragio cuando siguen rumbo contrario; del mismo modo los dones del cielo pierden al alma cuando con ellos fomenta una secreta soberbia. A tales almas, las luces del Espíritu Santo no las ilustran, sino las ciegan, y el soplo de la Paloma divina no las eleva, sino las hincha. Los dones de oración, de lágrimas, de profecía, lenguas y curaciones, les sirven de veneno que las mata. Aprendamos de aquí á *estimar* la *excelencia* de la humildad.

II. Su *utilidad* nos enseñará á *amarla*, porque ello es cierto que amamos lo que nos es útil y provechoso. El primer bien que la humildad nos procura es la grande *semejanza* con Cristo. Porque siendo la humildad el carácter de Cristo en la tierra, el alma que tiene ésta divisa es como otro Cristo, y la copia más parecida de tan divino ejemplar. Sus sentimientos y afectos son del todo conformes á los sentimientos y afectos de Cristo; pues lo que siempre estimó, amó y deseó él mientras vivió en el mundo fueron los desprecios y oprobios. El alma humilde bebe del mismo cáliz en compañía de Cristo la hiel de la humillación, se alimenta con el mismo pan de desprecios, y con él se viste del mismo *manto de la confusión*, mereciendo que el Eterno Padre le trate como á su Unigénito Hijo. En una palabra, *alegre lleva el improperio de Cristo, teniéndolo por más digno de aprecio que los tesoros de Egipto* ¹.

¹ Heb. 13, 13.—Num. 12, 12.

Pues cuán bueno sea ser viva imágen del Salvador, vestirse de su misma librea, tener un mismo sentir y querer con él, gobernarse por el mismo espíritu, y ser informado como de una sola alma, sólo podrá decirlo quien sepa que en esta conformidad consiste toda nuestra perfeccion y santidad. Mas si la semejanza llega á ser tan grande que aparece identidad, ¿quién podrá explicar cuánto deleite y gozo causará al corazón de Jesus? Esto supuesto, ¿habrá quien no ame la humildad, por la cuál nos hacemos tan unos con aquel Hijo amado, *en el cuál se complace el Padre, y se anonadó tomando forma de esclavo?*

El segundo bien que nos acarrea la humildad es la *paz del alma*, con la cuál vive el hombre como exento de contrariedades. Pues por lo mismo que no apetece las honras, ni teme los desprecios, ántes bien busca estos, y desprecia aquellas, seca la fuente más perenne de inquietudes y desasosiego. Porque ¿qué le podrá perturbar á quien tiene por deleites las injurias? El que recibe con alegría una bofetada, y ofrece gustoso la otra mejilla, este ciertamente goza en la tierra de tranquilidad parecida á la que poseen los Bienaventurados en el Cielo: de lo cuál se puede deducir la utilidad de la humildad, pues segun San Juan Clímaco, es esta anticipada bienaventuranza. Oigamos sus palabras. *Siempre, dice, que vieres á alguno, ú oyeres decir de él, que en pocos años ha alcanzado muy grande tranquilidad, ten por cierto que nõ ha seguido otro camino que el atajo dichoso de la humildad* ¹.

¹ C. 2 et 3, grad. 25.

El tercer bien que nos trae la humildad, consiste en que por ella subimos en breve á muy elevada *santidad*. Porque el hombre que vive continuamente despreciado, por lo mismo que otros juzgan bajamente de él, huyen de su compañía, y lo alejan de sus reuniones, con lo que sucede que huye el mundo de él, y le desprecia: él tambien lo desprecia, y de este modo, dejado á sí mismo, trata sólo con Dios en el retiro de la soledad, que es madre de la *santidad*, en la cuál evita muchos pecados que se suelen cometer en el trato con los hombres. Hallándole tan bien dispuesto por la *pureza* del corazon, hace presa en su corazon el fuego del *amor* divino, en que consiste la suma de toda perfeccion. No fué otra cosa la que enseñó San Juan Evangelista al aparecerse á Santa María Magdalena de Pazzis en uno de los éxtasis que tuvo la sierva de Dios. *El alma*, le dijo, *que ha conseguido la perfeccion de la humildad, fácilmente llegará á poseer el amor, sin necesidad de otras prácticas para obtenerlo. Nunca se hallará un corazon lleno de humildad, sin que esté lleno de amor, por el cuál se une perfectamente con Dios, haciéndose uno con El*¹.

Es bien de notar, que del divino amor, adquirido por la humildad, nace el cuarto bien con que ella nos enriquece, que es la íntima *union* con Dios. Porque estando el corazon del humilde libre de toda ambicion, lo posee Dios únicamente, sin la soberbia, que pretende siempre tener algun lugar; á él viene, y establece en él su *morada*; conversa con él de modo, que sus mayo-

¹ En su vida, p. 4, c. 10.

res deleites son estrechase íntimamente con él. De donde resulta la *comunicacion* amigable de los tesoros del cielo: porque como estos dones no están en el corazón humilde al alcance del gusano de la vanagloria, gusta Dios de depositarlos en arca tan segura. Comunícale en un momento conocimiento tan claro de los arcanos más escondidos, que no es posible lo alcancen los mayores ingenios, después de penoso trabajo, y muy largo tiempo. Sirvanos de ejemplo para confirmar esta verdad una Santa Teresa, un P. Nicolás de Rupe, un B. Rodríguez, y otros innumerables, que por medio de la humildad alcanzaron muy elevado conocimiento de las cosas divinas. Porque, como lo testifica el mismo Cristo, las cosas que su Padre esconde á los sabios las revela á los que son pequeñuelos en sus ojos. Habla de aquel torrente de deleites, con que aun en esta vida inunda á estas almas dichosas.

Y como ellas toda la gloria que les viene por sus grandes obras, la refunden en su Criador, sin reservarse nada para sí; por eso también Dios se sirve de ellas para hacer los prodigios de su misericordia, para la conversión de los pecadores, y obrar otros portentos de su omnipotente brazo. Por lo cuál, los verdaderamente humildes pueden justamente decir de esta virtud: *Todos los bienes me vinieron juntamente con ella.* Y para decir mucho en breve ¹: *Dios protege y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al humilde se inclina; al humilde le prodiga sus muchas gracias..... Al humilde descubre sus secretos, le atrae suavemente á sí, y le convida.*

¹ Kemp. l. 2, c. 2.

¿Quién no amará una virtud tan útil para nuestro bien, pues ella es la que nos conduce á la más propia semejanza con J. C., á la paz más segura del alma, á santidad sublime, íntima union con Dios, y comunicacion abundante de los tesoros celestiales, haciéndonos aptísimos instrumentos para la gloria de Dios, y bien de nuestros prójimos?

III. Pero ninguno que estime justamente la *excelencia* de la humildad, y *ame* seriamente su *utilidad*, podrá dejar de buscarla y *apetecerla*, si demas de esto contempla dignamente su *equidad*. Pues, para que nos persuadiésemos de ella, *el que es mayor de lo que podemos alcanzar, se hizo pequeño hasta padecer tantos tormentos, y muerte afrentosa, á fin de enseñárnosla cual es en sí*¹; y siendo Dios se hizo hombre, para enseñarnos con su ejemplo á ser humildes de corazon. La santísima humanidad de Cristo, impecable desde su animacion, gloriosa con la vision clara de Dios, adornada con infinitas perfecciones, virtudes y gracias; como olvidada de sí, y de tan altas prerogativas, con un continuo acto de humillacion nunca interrumpido se abatió siempre delante de la divina Majestad.

En verdad que este espectáculo es bastante para humillar hasta la nada á los soberbios hijos de Adan. *El Santo y justo, que no cometió pecado, el Señor de los que dominan, á quien toda potestad ha sido dada; el Juez de vivos y muertos, á cuyo nombre se dobla toda rodilla; este, segun la humana naturaleza, como si nada fuera, se*

¹ Bern. de Considerat.

humilla profundamente delante de la Santísima Trinidad, confesando de sí que es el *último de los hombres, gusanillo, y no hombre*, con acto de humildad no interrumpido durante toda su vida. ¡Y el Hombre, que no es, sino *gota de rocío de la mañana, polvo y vapor que dura poco tiempo*, la misma malicia, vileza y nada, se atreve á alabarse, á jactarse, á ensoberbecerse! Humillemos alguna vez nuestra arrogancia, y aprendamos en la escuela del pesebre á *estimar, amar y buscar* la humildad, ya que tanto la estimó, amó y buscó Cristo, nuestro maestro.

EXÁMEN ACERCA DE LA MISMA VIRTUD.

I. *La humildad*, segun S. Bernardo ¹, es una virtud por la cuál el hombre aparece vil á sus ojos; se desprecia á sí propio, desea que le desprecien, lo busca y se alegra de ello. Dos clases de humildad distingue el doctor melífero: una de entendimiento, con la cuál conoce uno su nada; otra de voluntad, con la cuál desea ser tratado de los otros como nada.

Sólo esta 2.^a es virtud; la 1.^a no es más que prévia disposicion para llegar á la 2.^a Examina, pues, cuál es tu humildad, si especulativa y sólo de entendimiento, ó práctica tambien y de voluntad; si sólo eres humilde de boca, ó tambien de corazon. ¿Eres por ventura del número de aquellos que juzgan ser humildes porque conocen su vileza? Pues sabe que una cosa es el

¹ De 12 grad. humil.

conocimiento de su vileza, y otra el desprecio de sí mismo. Aquella se halla aun en los soberbios demonios; esta es propia de los verdaderos humildes.

Dos son los medios principales para alcanzar la humildad: 1.º la consideracion de los motivos que tenemos para humillarnos; 2.º la práctica frecuente de actos de humillacion. La meditacion de aquellos, y el ejercicio de estos son el camino para la humildad, como la lectura para la sabiduría, y el sufrimiento para la paciencia. Por eso dice S. Bernardo ¹: *Si quieres alcanzar la virtud de la humildad, no huyas de la humillacion.* Determina, pues, cuándo y cuántas veces traerás á la consideracion los motivos que tenemos para humillarnos, segun los pusimos en la consideracion de hoy, y en la del dia segundo; ¿qué actos de esta virtud ejercitarás, y cuántas veces?

II. Los *grados* principales son los siguientes: 1.º sentir bajamente de sí, y no hablar ni tratar de sus cosas sino como se suele hacer de aquellos á los que verdaderamente se desprecia: *El verdadero humilde no quiere ser estimado; nada grande siente ó habla de sí, ántes bien se reputa por el último de todos* ²; 2.º si otros le trataran así, sufrirlo con silencio; 3.º desear que lo hagan, y buscar con cuidado estas ocasiones; 4.º si condenaren nuestros deseos, parecer, é intencion, alegrarnos de corazon, y dar gracias á Dios por ello. Examina ahora á cuál de estos grados has subido, y en adelante á dónde quieres llegar, y por qué medios.

¹ Super Missus.

² S. Bern. ya citado. — S. Crisost. 1. 2 de Compunct. cordis.

Ademas de esto, tres son las *propiedades* principales de la humildad: 1.^a debe ser *voluntaria*, porque, forzados, aun los ladrones se humillan, y la humildad quejosa es indigna del nombre de virtud; 2.^a debe ser *sincera*, porque *en fingir que se tiene humildad, consiste el mayor grado de soberbia*. Los hay que se humillan con mal fin, los cuáles buscan en la humildad que los alaben de humildes; estos afligen su cuerpo con abstinencias, ansiando que los hombres los honren y alaben por su abstinencia: todo esto, como se ve, no es más que verdadera ambicion con capa de humildad; 3.^a debe ser *circumspecta*, esto es, que sepa cuándo se debe ejercer, y hasta qué punto, en qué lugar y oficio, con qué modo y arte, con qué fin y moderacion se deba humillar: *No sea que rebajándose el Prelado más de lo conveniente, no pueda amoldar á las reglas la vida de sus súbditos* ¹.

Por lo cuál, examina: 1.^o Cuán espontánea y pacientemente sufres ser despreciado. ¿Por ventura no te entristeces por los desprecios de que eres objeto, no te desahogas con gemidos, no llenas de quejas y lamentos la casa? 2.^o ¿No eres tú de aquellos *que desean ser honrados en la escuela misma de la humildad* ², que con sus humillaciones sólo buscan hacer gradas para levantarse sobre los demas, y cuando se desprecian es para que otros los alaben? *Muy gloriosa debe de ser la virtud de la humildad, cuando la misma soberbia quiere adornarse con ella* ³; mira si tú

¹ Aug. de Virg., c. 43.—Eccli. 15, 24.—Ambr. 1. 3, de Officiis.—Greg. M., Hom. 12, in Evang. de Greg. M.

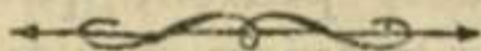
² S. Bern. super Missus.

³ S. Bern. ibid.

tambien eres de aquellos de quienes dice el Eclesiástico: *Hay quien se abate demasiado con mucha sumision* ¹, con perjuicio de la autoridad de tu oficio, ¿ó acaso no degenera en pusilanimidad ó en temor vil que te llena de miedo, quitándote el aliento para qualquier empresa? Ninguno más generoso que el verdadero humilde, porque, desconfiando de sí propio, pone su confianza en Dios, que lo puede todo. Quien teme con ansia y demasía por el feliz suceso de la obra, muestra claramente que en ella busca su gloria, y teme hallar su desprecio. Por lo cuál mira cómo te hallas acerca de esto, y no te olvides del consejo de Eclesiástico ²: *Cuanto mayor eres, humíllate más en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.*

MEDITACION III.

DE LA NATIVIDAD DE CRISTO.



Punto I.

Cristo en su Natividad nos enseña á estimar, amar y buscar la pobreza, porque cuando nació era suma su miseria: 1.º por el *sitio* en que lo hizo; pues no sólo nació desterrado, fuera del palacio regio que le era debido por hijo de David,

¹ Eccli. 19, 24.

² 3, 20.

y heredero del reino de Israel; peregrino, fuera de su patria, debiendo por mandado de César Augusto partir *de la ciudad de Nazaret á la de Belen*; excluido de su propia casa, y hasta de la posada pública, *porque no hubo lugar para ellos en el meson*¹, del cuál rara vez carecen aun los más pobres. En una palabra, nació en un portal, y ese medio arruinado; y sus padres, que aunque muy santos eran pobrísimos, le reclinaron en *un establo*, y ese vilísimo, sin tener el niño más acompañamiento que el de un buey y un asno, sin más cortesanos que unos necesitados pastores. ¡Estado verdaderamente de extremada pobreza! ¡Oh Padre eterno! *Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre*², y tambien tuyo, *no tiene dónde reclinar la cabeza*. Demas de esto, era suma la pobreza de Cristo recién nacido.

2.º Por el *vestido*. Porque su piadosa madre, en lugar de fajas, que no las tenia, ó lienzos, de que no carecen aun los mismos hijos de los mendigos, sino con paños, que por la aspereza de la lana lastimarían sus tiernísimos miembros, y estos como es creible, serían pobres y ajenos. Despues lo recostaron, no sobre colchones delicados, ni almohadas de pluma, sino sobre el duro y desnudo establo; porque es posible les faltasen aun el heno y paja; y esto en medio del invierno, en que eran helados los vientos por la nieve, y estaba frio el hogar. A estas miserias seguian, como inseparables compañeros de la pobreza, el trabajo y el dolor, que no abandonaron

¹ Luc. 2, 7.

² Luc. 9, 58.

al Salvador mientras vivió, pudiendo decir con mucha verdad el niño Jesus lo que el Profeta: *Pobre soy, y en trabajos desde mi juventud* ¹.

¡Oh Jesus mio! *Tu asiento propio es el cielo, y tienes por trono á los Querubines; ¡y aquí naces en un establo, colocado en el pesebre, en medio de dos animales! Tú, esplendor de la gloria del Padre, y figura de su substancia, que tienes por vestido la luz, y eres rico para todos, te hallas ahora humillado, despreciado, desnudo, temblando de frio, necesitado de todo, sin que ni siquiera te concedan posada. A la verdad, siendo rico te has hecho pobre por nosotros, para que seamos ricos con tu pobreza, y para que aprendamos, animados de tu ejemplo, á estimar, amar y buscar la pobreza.*

Punto II.

—

Sin embargo, ¡qué rica es nuestra pobreza, así de afecto como de efecto; ya porque no carecemos de cosas superfluas, ya porque amamos demasiado las necesarias! ¡Cuánta diferencia se halla entre mi pobreza y la de Cristo! Cristo en un pobre establo, yo en acomodado aposento; Cristo se alegra en una total penuria, yo me quejo de que me falte aun lo innecesario; Cristo padece necesidad en la habitacion, alimentos y vestido; y yo no deseo sino vestido delicado, comida regada, habitacion espléndida. ¿Cuándo imitaré lo que adoro? Oye, hombre por demas delicado,

¹ Salmo 87, 16.

oye la palabra de Dios; El Señor te dice: me ves á mí en este estado, ¿y tratas tú blandamente á tu carne? Yo paso frío y desnudez, ¿y tú buscas regalo para tu cuerpo? Yo paso hambre y sed, ¿y tú te procuras con ansia comodidades? No he pasado un solo dia sin padecer dolores y trabajos, ¿y sólo piensas tú en regalarte? ¡Qué diferencia!

2.º ¿Quién no juzgára que el Rey de reyes y Señor de señores, que vino al mundo para salvarlo, no habia de nacer en los palacios de los Césares, verse reclinado en púrpura y seda, servido de los príncipes, y alimentado de las reinas? Pero su Eterno Padre le señaló por palacio un pesebre, por púrpura los paños en que fué envuelto, por cortesanos los dos animales. Así trata el Eterno Padre á su unigénito Hijo, santísimo y amadísimo, sólo para que nosotros, desengañados de la vanidad del mundo, estimásemos el precio de la pobreza, y aprendiésemos á amar y buscar el tesoro que en ella se esconde, imprimiéndonos algun afecto á la habitacion pobre y demas incomodidades. Así lo dice S. Bernardo por estas palabras: *Amando el Hijo de Dios la pobreza, vino desde el trono del cielo, donde nada le hacia falta, á fin de elegirla para sí, y hacérsela preciosa, viendo lo que El la estimaba* ¹.

3.º Eligió Jesucristo este estado de pobreza, no obstante que parecia contrario á la reputacion de Mesías, y peligroso á su salud. Y aun cuando de su partida á Belen, origen de tantas molestias, fué causa la vanidad del César, que queria empadronar á todo el orbe; no obstante, se sujetó gustoso, sólo por servir á su Padre del modo

¹ In vigil. Nativ. Christi.

que El lo habia decretado, naciendo en un establo, con total indiferencia para cuanto fuera de su agrado.

A FECTOS.

Creo, Señor, pues lo enseñaste con tu palabra y ejemplo, que son *bienaventurados los pobres de espíritu*, y que *de ellos es el reino de los cielos*; creo que *yerra el mundo al amar y buscar las riquezas, honores y deleites*, puesto que *Jesucristo, sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos, eligió lo contrario*¹.

¡Jesus pobrísimo! tus pañales, pesebre y establo me sirven tambien á mí de señal, como en otro tiempo á los pastores de Belen, para conocer que eres verdadero Hijo de Dios, *en el que habita corporalmente la plenitud de la Divinidad*. ¡Tierno niño! tambien yo con ellos te adoro rendido, como á mi Dios y Señor.

Cuánto me duelo de haberte dado por qué llorar luégo que naciste, recibéndote con un corazon pegado á las cosas de la tierra: pues quisiste derramar llanto para lavar con tus lágrimas las manchas de mi codicia, y templar con ellas el ansia que tengo de atesorar riquezas.

Pero depuesto ya mi error con tu ejemplo, estimaré, amaré y buscaré en adelante las riquezas que estan ocultas en la pobreza. *Más preciosos son ya para mí tus pañales que la púrpura, más de preciar tu pobreza que todas las riquezas y tesoros del mundo*². La promesa que

¹ Bern. serm. 1 de Nativ.

² Bern. serm. 4 in Vigil. Nat.

tú mismo hiciste á los pobres, del ciendoblado en esta vida, y del reino de los cielos en la otra, persuade elocuentísimamente que esta virtud debe amarse como madre, y guardarse como firme muro de la Religion.

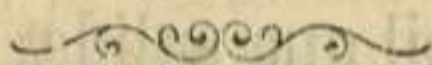
Horrorizado con aquella sentencia terrible: *¡ay de vosotros, ricos!* renuevo el voto que hice de pobreza; con todo mi corazon detesto el afecto desordenado á las cosas terrenas. Resuelto estoy á no tener nada que sea ajeno de mi estado; nada supérfluo, ni aun lo necesario, tomaré sin licencia, ni ménos usaré de cosa alguna con demasiado apego.

Siempre estaré indiferente á vivir en cualquier lugar, y tomar cualquier alimento, aunque sea el más incómodo y vil, alegrándome de sentir los efectos de la santa pobreza: con tal de que yo esté donde tú quieres, cualquiera choza me servirá de palacio. Tú, Jesus mio pobrísimo, serás en adelante mi único tesoro, en donde estará siempre mi corazon; desnudo te seguiré á ti, amor mio, que estás desnudo; tú solo has de ser mi ciendoblado, y todas mis cosas. Oh Señor, que *oyes el deseo de los pobres*, dame el que, pobre de todo, me considere rico, teniéndote á ti.

DIA V.

MEDITACION I.

DE LA HUIDA DE CRISTO Á EGIPTO.



Punto I.

Considera las circunstancias que pudieron volver á Cristo difícilísima esta partida. *Primera*, el lugar que dejaba, que era su patria, en donde podia hallar su necesitada familia mucho socorro de sus parientes y conocidos; no ménos que el país á donde iba, que era á Egipto, cuyos habitantes eran idólatras, enemigos naturalmente de los judíos, y cuyo idioma era ignorado de sus padres.

Segunda, el tiempo en que habia de salir, que era el más rívido del invierno, y el más intempestivo de la noche; por caminos no conocidos, ásperos, impedidos de torrentes, infestados de ladrones, llenos de mil peligros, y ajenos de todo alivio.

Tercera, el modo duro de la partida; que habia de ser no de dia sino de noche, dejando el descanso del sueño, y esto luégo, en la misma hora en que fué comunicada la órden, sin permitir el menor espacio de tiempo en que pudieran prevenirse para un camino tan largo y difícil, para proveerse de lo necesario, despedirse de

los amigos, disponer de lo que dejaban; sin el viático necesario para familia tan pobre; y sin avisarles siquiera del tiempo en que volverian, sino que morasen en país tan incómodo, sin saber hasta cuándo. *Permanece allí hasta que yo te diga* este era todo el consuelo; y en la realidad *permanecieron allí, hasta la muerte de Herodes*, por siete años enteros. Cierto que concurrieron aquí todas las circunstancias que pueden hacer difícil una salida; tales que si comparamos con ellas las nuestras, éstas desaparecen á fuer de fantasmas. ¡Oh Padre Eterno! ¿Con qué razon podré quejarme yo, infame pecador y vil siervo, si veo que así tratas al Santo de los santos, á tu amado Hijo?

Punto II.

Considera, no obstante, el *modo* con que Cristo obedeció en cosa tan árdua: 1.º *Prontamente*; pues como lo testifica S. Mateo, *levantándose de noche fué á Egipto*: oír el mandato y obedecerlo, todo fué uno.

2.º Obedeció *ciégamente*; no examinó el precepto, no murmuró, no lo reprobó, aunque habia gravísimas razones que oponer, y parecia el mandato contrario á la luz de la razon. Porque huir Dios, y huir del furor de un hombre, ¿qué mayor flaqueza se podia dar? Además de esto, ¿faltábanle á su sabiduría omnipotente otros medios más suaves con que templar el furor de Herodes, evitar sus asechanzas, y burlar sus impíos conatos? Y si se habia de huir ¿porqué á Egipto, y no al país de los magos? O por lo ménos,

¿porqué no se les da cuenta del tiempo que han de tardar en volver? A todo cierran los oídos, y no abren los ojos á este tropel de razones humanas.

3.º Porque Cristo obedeció ciega y tambien *alegremente*, sin tedio ni tristeza. No buscó consuelo en sus amigos, no mendigó viático de sus parientes; sino que con pronto y alegre ánimo, luego que entendió la voluntad de Dios, emprendió el camino que se le ordenaba. He aquí la idea de la perfecta obediencia, que hemos de imitar al ser destinados á cualquier sitio. ¡Cuánto confunde el ejemplo de Cristo nuestras inquietudes, perturbaciones y quejas, con que nos alteramos, y mostramos á todos el pesar que sentimos si los superiores nos envian á algun colegio ménos grato á nuestra delicadeza! La razon es, porque desconfiamos de la bondad de Dios, y por eso no nos entregamos á su Providencia.

Punto III.

Considera los *estímulos* que nos impelen á seguir á Cristo en esta virtud, aunque ya los tocamos en la consideracion del primer dia; pero por ser tan eficaces los repetiremos aquí brevemente. 1.º El primer estímulo consiste en la verdad siguiente. *Esta ordenacion del superior es la voluntad de Dios.* Aunque el superior determine por mal informe del entendimiento, ó por siniestro afecto de la voluntad, que yo vaya á este ó aquel lugar, es voluntad de Dios: porque si, como lo afirman las Escrituras, no cae un cabello de la cabeza, ni un ave de lo al-

to, sin el pródigo consejo del Criador; no se puede negar que se extiende igualmente la providencia á aquello de donde depende la perfeccion del Religioso y la quietud de su alma.

Oigan las almas desconfiadas y pusilánimes, cuál es en este asunto la comun sentencia de los teólogos: que *todo se hace*, excepto solo el pecado, y *todo nos sucede ordenándolo y queriéndolo el supremo Señor del universo*: y aunque el pecado sólo lo permite por los efectos buenos que de él se siguen; es cierto que lo quiere Dios. Así, aunque no quiso la venta de José, pero quiso su partida á Egipto; y aunque detestó su falsa acusacion, pero decretó su cautiverio en la cárcel. Del mismo modo, aunque la santidad de Dios no quiere, ántes bien aborrece y castiga aquella falsa delacion, la credulidad de los superiores, y aun el poco afecto que te tienen, por lo cuál te apartan á este ó aquel lugar; pero no obstante todo esto, quiere Dios que vayas á él. Así lo sienten y tienen por cierto los teólogos y ascéticos, asegurándote que Dios lo quiere para tu mayor bien, que es el 2.º estímulo de nuestra obediencia; conviene á saber, que el sitio que te señala la obediencia es para tu provecho el más conveniente. Porque Dios, por lo mismo que *nada ignora*, sabe cuál es el sitio más acomodado para tu salud espiritual y corporal; te lo puede dar siendo como es *omnipotente*, y te lo quiere dar, siendo como es *amantísimo* de tu bien. Porque, como asegura el sagrado texto, el Señor está solícito de tu bien; es Padre tuyo, y tan Padre, que te lleva en su seno como una madre á su tierno hijo, amándote siempre con caridad perpétua. Por consiguiente, ya ves que aquel lugar á que Dios te destina por la obediencia, es

el más conveniente para ti, el más oportuno para tu alma, y el mejor entre todos para tu salud eterna. Si así no fuera, un padre tan amante, y tan solícito, de ningun modo te le designaría. Hiere á Dios en las niñas de sus ojos, quien desconfia de su bondad, y duda de su amor.

El fruto que de esta meditacion se ha de sacar, es una resolucion eficaz de echarse con confianza ciega en los brazos de la Divina Providencia, con firme propósito de no pedir ni rehusar lugar alguno, sea el que fuere, sino de conservar á toda costa la santa indiferencia; para todas las provincias del universo, para todas las regiones de cada provincia, para todos los colegios de cada region, para todas las incomodidades de cada colegio, en fin, para todas las partes del mundo, donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de los prójimos.

Esta indiferencia se extenderá á cosas más singulares: 1.º en tal colegio, al aposento, cama, vestido, comida y bebida, aunque sean poco apetecibles; 2.º á los compañeros que en él viven, sin excluir, si los hay, los mordaces, perezosos ó disputadores; 3.º á los superiores, aunque sean indiscretos en el gobernar, y mal afectos á nosotros; 4.º á los discípulos, ó súbditos, y tambien seculares, poco cultos, ingratos y maliciosos; 5.º al camino largo, árduo y molesto; en fin, á todas las incomodidades, que del *lugar* ó sus *habitantes* nos pueden venir.

AFECTOS.

Creo que *tu Providencia, ¡oh Padre!* lo gobierna todo, y alcanza de fin á fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad, y nada hay oculto á tus ojos ¹, y así sabes qué lugar me es más conveniente, y me lo puedes conceder, porque puedes todo lo que quieres; y tambien me lo darás si mi malicia no pusiere trabas á tu bondad, pues eres *mi Padre*, etérnamente atento á mi bien. Creo esto, y no obstante, yo, que soy la misma ignorancia y flaqueza; yo, que soy niño, he querido huir de tu paternal seno, apartarme de tu benigna providencia, y vivir allí á donde me arrastraba mi ciego ímpetu y pasión. Pero me pesa..... Temo, Dios mio, tu mano vengadora, no sea que en aquel sitio que imprudentemente me he buscado, permitas que las enfermedades me aflijan, las pesadumbres me consuman, las tentaciones me perturben, y caiga gravemente en ellas; de todo lo cuál me libráras si hubiera seguido tu voluntad en la de mis superiores, yendo á aquel lugar que, aunque no era de mi gusto, era del tuyo; mas ya, Señor, propongo la enmienda.

Heme aquí, Padre amado; en tus manos estoy; tú sabes todas y cada una de las cosas; nada se hace sobre la tierra sin disposicion y providencia tuya. Tú sabes lo que conviene para mi adelanta-

¹ Sab. 14 y 8. — Eccli. 39.

miento: haz conmigo tu voluntad y gusto; porque no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí: pues mayor es la sollicitud que tú tienes de mí, que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar pormí¹.

Señor, Tú sabes lo que es mejor: haz conmigo como conoces, y como más te pluguiere, y fuere mayor honra tuya. Ponme donde quisieres, y obra libremente conmigo en todas las cosas. En tu mano estoy: vuélveme y revuélveme á la redonda. He aquí á tu siervo dispuesto á todo. Si quieres que esté en tinieblas, y que viva en un rincón oscuro, ¡bendito seas! y si quieres que esté en luz, gozando de sitio cómodo, seas también bendito². Señor eres, haz lo que fuere agradable á tus ojos. Preparado está mi corazón, Dios mio, preparado está para lo próspero y para lo adverso³. Lo haré gustosísimamente, porque Tú, Dominador poderoso, no sólo lo dispones todo en medida, y cuenta y peso, sino que ademas nos gobiernas con grande comedimiento⁴, dirigiéndolo todo á nuestro mayor bien, convirtiendo el mal en bien nuestro, haciendo que saquemos provecho de la misma tentacion⁵. Entendiendo muy bien todo esto, con amor de hijo me arrojo en los brazos de mi amantísimo Padre, diciéndole con San Ignacio de Loyola: Haz de mí como sabes y quieres, porque sé que me amas.

¹ Kempis l. 3, c. 50 y 17.

² Kempis l. 3, c. 15 y 17.

³ 1, Res. 3.—Aus. in B. 170.

⁴ Sab. 11 y 12.

⁵ Gen. 50, 20.—1. Cor. 10, 13.

LECTURA

PREPARATORIA PARA LA BUENA ELECCION.

§. I.

I. Para que sirvamos á nuestro Criador del modo que es de su agrado, debemos imitar á Cristo: lo primero, en aquel grado de perfeccion que nos inspire en estos ejercicios; lo segundo, con plena indiferencia para todo, sin excluir nada, ni poner límites algunos á la gracia; lo tercero, desechando del corazon, no sólo toda inclinacion *viciosa* á las cosas terrenas, sino fomentando ademas de esto la propension santa á lo mejor y más perfecto, como se vió ayer en la lectura espiritual, cuyo principal argumento fueron estos tres puntos.

Ahora bien, los obstáculos que más nos impiden alcanzar esta celestial indiferencia, son seis. 1.º Honores del mundo. 2.º Los deleites de la carne. 3.º Comodidades y riquezas de la vida. 4.º Amor desordenado á la patria ó algun punto determinado. 5.º Deseo de sobresalir, ostentando los talentos. 6.º Demasiado afecto á los parientes ó á alguna otra cosa criada que sepa á carne y sangre. Estos son los seis mónstruos, salidos del infierno para desviarnos de la senda que nos lleva á nuestro fin, para arrebatarnos la celestial indiferencia, y no dejarnos subir á la perfeccion más elevada.

II. Acontece no pocas veces á Cristo, al lla

marnos á la perfeccion, lo que á aquel *Rey que preparó un gran convite, y llamó á muchos*; porque tambien se puede decir de nosotros lo que de aquellos convidados: *ellos no querian acudir... y se fueron, uno á su quinta*, he aquí el fausto de la soberbia; *otro á su negociacion*, he aquí la codicia de la ganancia; *otro se casó*¹, he aquí el deseo de deleites. Estos son tres lazos con que el pescador infernal prende infelizmente á tantas almas incautas, sacándolas de la senda de la perfeccion, del servicio de Dios, del seguimiento de Cristo, y de su último fin.

Fuera de estos anzuelos y lazos, tiene tambien otros tres muy particulares, tanto más peligrosos cuanto son más delgados los hilos de que se componen, logrando aprisionar á no pocos, aun de aquellos que no se dejaron prender de los primeros. Porque hay algunos que aun despues de haber pisado generosamente los honores, riquezas y deleites, quedan todavía tan tenazmente apegados á su patria ó á algun otro lugar, que aunque Dios quiera servirse de ellos en otra parte, ellos no quieren, ó dicen que no pueden romper las cadenas de su apetecida prision. Esto se opone diametralmente á la indiferencia para todo *lugar*, por la cuál debemos estar dispuestos para ir á cualquier parte del mundo, donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda del prójimo, imitando al Arcángel San Rafael, á quien el jóven Tobías halló, *haldas en cinta, y como á punto para caminar*² á donde quiera que lo enviasen.

¹ Mat. 22.—Luc. 14.

² Tob. 5, 5.

Otros hay que, aunque quieren servir al Criador imitando á Cristo, pero sólo en aquellos oficios que con falaz resplandor deslumbran los ojos, y con vanísimo nombre parecen llenar los oídos; son sin duda estos del número de aquellos, á quienes el amor propio les sugiere lo que en otro tiempo los Apóstoles á Cristo: *Manifiéstate al mundo*, le decían, *porque ninguno hace las cosas en oculto cuando quiere ser conocido en público* ¹; ellos tambien con miedo frívolo de no ser siervos inútiles enterrando en el polvo del olvido sus talentos, se animan á ostentarlos delante de todo el mundo, buscando con secreta ambicion su propia gloria, con el pretexto especioso de la gloria de Dios. Bien claro aparece cuán errados andan en el camino de la verdadera indiferencia para todo oficio, que tanto se recomendó en la meditacion segunda del primer dia; y por consiguiente cuán apartados del verdadero servicio de Dios. Otros hay, finalmente, que atados estrechamente con un lazo que ellos mismos han tejido, por el demasiado amor que tienen á sus parientes ó á alguna otra cosa criada, se hallan impedidos para seguir más de cerca á Cristo, y subir á aquella cumbre de santidad á que El los convida, apartándose de este modo de aquella santa indiferencia para todo *grado de virtud* á que nos sintiéremos llamados de Dios. Desengañémonos, que nunca serviremos á nuestro Criador del modo que fuere de su agrado, si, rotos estos tres lazos, no se extendiere nuestra indiferencia á todo lugar, oficio y grado de virtud, como se dijo en el dia primero de los ejercicios.

¹ Joan. 7, 4.

III. Para quitar estos obstáculos, nos propone nuestro Santo Padre remedio eficaz en el ejemplo de nuestro adorable Salvador; por medio del cuál no sólo somos incitados al desprecio de los honores, riquezas y deleites, sino tambien á estar indiferentes para todo lugar, oficio y grado de virtud, y por consiguiente prontos á todo lo que exija de nosotros el divino servicio; á todo *modo* de la imitacion de Cristo, en cualquier estado, y de cualquier manera que Dios quisiere lo hagamos.

Pues por lo que mira á los tres primeros enemigos de los seis ya citados, esto es, á las dignidades, deleites y riquezas, ayer los vimos vencidos por nuestro celestial Capitan con las armas contrarias de la humildad de corazon, aspereza de vida, y falta de lo necesario; virtudes de que nos dió ejemplo notable en su Encarnacion y Natividad, por lo cuál habremos, sin duda, concebido de ellas grande *estimacion, amor y deseo*.

Los otros tres enemigos de más oculta malicia, esto es, el amor desordenado á algun sitio, oficio, parientes ú otra cosa criada, quedan todavía por combatir, y los veremos hoy vencidos con el mismo ejemplo de Cristo: 1.º En su fuga á Egipto. 2.º En su vida oculta por tantos años. 3.º En su ida al templo, y permanencia en él por tres dias, dejando á sus padres. Estos son los tres misterios que no sin luz particular del cielo escoge San Ignacio, y los propone para que con este soberano socorro vencamos aquel desarreglado afecto, que con el peso del amor desordenado á algun sitio, ó cargo, ó á la carne y sangre, nos hace perder la celestial indiferencia.

IV. 1.º Meditando el misterio de la fuga á

Egipto se aparta aquella perezosa apatía que nos tiene como atados á un sitio en que estamos bien hallados, y se nos imprime entera indiferencia para ir á todas las partes donde se espera el mayor servicio de Dios, y bien de nuestros prójimos. 2.º El misterio de su vida oculta reprime los deseos de sobresalir y darse á conocer en el mundo; y nos pone en perfecta indiferencia para todo oficio vil y molesto. 3.º La subida de Cristo al Templo, dejando á sus padres, y empleándose sólo en las cosas que eran de su Padre, nos enseña á deponer todo amor desordenado á los parientes, á las cosas criadas, y aun á nosotros mismos, y á estar prontos para abrazar, como habla S. Ignacio, *el segundo estado, que es de perfeccion evangélica*, esto es, el estado religioso, si al tiempo de la eleccion entendiéremos que Dios nos llama á él; ó si ya somos religiosos, nos podrá mover á vencer aquella pasion siniestra que nos impide el progreso en las virtudes, y nos hace indignos de las gracias especiales del cielo; ó á hacer aquel acto heróico á que nos sentimos movidos; ó á sacrificar aquella criatura entre la cuál y el Criador dividimos nuestro corazon, retrayéndonos más poderosamente de la perfeccion. He aquí el objeto que debemos tener presente en esta tercera meditacion.

En lo cuál se vuelve otra vez á conocer el admirable enlace de las meditaciones, y seleccion de las materias, de modo que nada falta ni sobra para el santo fin que se pretende; todo está relacionado con el fundamento que se echó en el primer dia; todo, en fin, va, insensible y eficazmente removiendo los impedimentos de la indiferencia, para disponernos á la buena eleccion

de estado; ó si lo hemos elegido, para subir á aquel grado de perfeccion en que Dios quiere le sirvamos, imitando á Cristo; todo lo cuál quiere nuestro Santo Padre que lo hagamos imitando el divino modelo.

§. II.

I. Y cierto con admirable prudencia; porque ¿qué medio más apto para llevar á cabo cuanto hasta aquí hemos dicho, que el ejemplo de Dios hombre? El solo convence al entendimiento más claramente que muchas razones, con más facundia que toda la elocuencia junta, con más certeza que la evidencia, y arrastra tras sí la voluntad con más poder que toda fuerza humana. Lo que no concluyen los argumentos ni obligan los preceptos, lo consigue y perfecciona la fuerza de este ejemplo. ¡Tanta es su eficacia! Ni es de admirar; porque si las proezas de nuestros iguales son tan poderosas para excitarnos á su imitacion, ¡cuánto más lo será el ejemplo de Cristo, en quien concurre la dignidad de la persona, con la utilidad y necesidad que tenemos de imitarle! ¿Qué siervo rehusará sujetar su cuello al yugo en el que ve estar sujeto al Señor del cielo? ¿Qué soldado dormirá ocioso en su casa, si ve á su Rey peleando en campaña? ¿Qué cristiano, mirando al autor y consumidor de la fe, á Jesucristo, el cual, habiéndole sido propuesto gozo, sufrió cruz, no la tomará animado para seguirle? A la verdad, como dijo San Juan Crisóstomo, *sirve de muy poderoso estímulo para darse á la virtud, ver á nuestro Maestro luchar siempre, sin ceder jamas*¹; pues la voz de las obras es más elo-

¹ In 2 Tim. 4.

cuenta que la de las palabras ¹. Donde se ve la eficacia de dicho ejemplo, y la sabiduría de San Ignacio, que nos lleva por los medios más oportunos al fin deseado.

En efecto, contemplar al Verbo Divino hecho hombre, al Omnipotente reducido al estado de niño, al Inmenso ceñido á la estrechez del seno materno, al Señor de cielo y tierra necesitado de todo en un establo; y no obstante ensoberbecerse con presuncion, regalarse con delicadeza y no carecer de nada: ver al Criador huir á Egipto, ocultarse en el taller de un carpintero, entregarse en el templo á las cosas del agrado de su Padre; ver, digo, y adorar esto, y no obstante horrorizarse de los oficios y lugares molestos y viles, cerrar los oidos á las voces de Dios que nos llama á la perfeccion evangélica, y ser torpe esclavo de cualquier cosa criada, es indicio de tener el corazon duro como el mármol, y ajeno á todo sentimiento humano, ó á lo ménos cristiano.

¡Cuánto se alucinan los que juzgan que sólo son buenas las meditaciones de estos misterios para los dias del Nacimiento, pero no para el tiempo de los ejercicios, y en su lugar sustituyen otras que les parecen más sólidas, omitiendo algunas de estas, ó haciéndolas muy de paso! Mucho se engañan, pues ninguna de las meditaciones señaladas deja de tener su conexion particular con las demas, ayudando eficazmente á conseguir el fruto de los ejercicios. A lo que se allega, que cada una remueve algun estorbo que impide la santa indiferencia y buena eleccion: debemos,

¹ Laur. Just.

pues, hacer con grande fervor estas meditaciones.

II. Pero habiendo hecho mencion arriba *de la forma del estado segundo*, es de notar que nuestro Santo Padre, inmediatamente despues de la meditacion de la subida de Cristo al Templo, distingue dos géneros de vida, de los cuáles nos dió ejemplo nuestro Redentor. *El primer estado... es la custodia de los mandamientos*, estado comun que todos estan obligados á seguir, si quieren entrar en el cielo: de él nos dió ejemplo el Divino Maestro *siendo él en obediencia á sus padres*.

*El segundo, que es de perfeccion evangélica, cuando quedó en el Templo, dejando á su padre adoptivo, y su madre natural, por vacar en puro servicio de su Padre eternal*¹. Allí fué donde, renunciando á las comodidades de la casa de sus padres, y todo el alivio que podia esperar de sus parientes, se dedicó pobre al servicio de Dios en su Templo. Con lo que bosquejó la idea del estado religioso, y nos declaró juntamente, que debemos estar indiferentes para abrazar este estado, si Dios nos quisiere llamar á él.

Esta diferencia de estados parece la sacó San Ignacio del capítulo 19 de San Mateo, en donde se refiere que, *acercándose un jóven á Cristo, le dijo: Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para alcanzar la vida eterna? El le dijo: si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*. He aquí el primer estado *para todos en general*; porque se ha de comenzar luégo que ama-
nece la luz de la razon; porque á todos nos es necesario para alcanzar la salvacion. Pero, diciéndole el jóven: *Todas estas cosas las he guar-*

¹ Preámbulo para considerar estados.

dado desde mi juventud, ¿qué otra cosa me falta? díjole Jesus: si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Este es el segundo estado, el de perfeccion evangélica, que se llama segundo, porque sobreviene al primero. Tenemos obligacion de abrazar tambien el segundo, si Dios nos llamare á él, como se echa de ver por el triste fin de aquel jóven, del cuál afirman graves autores que se perdió eternamente por haber despreciado esta sublime vocacion; así como por la respuesta fuerte que dió el niño Jesus á la pregunta de sus padres. *¿No sabíais, les dijo, que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?*¹ Con estas palabras nos declara que se debe dejar prontamente todo el consuelo de la madre terrena por el servicio del Padre celestial. Y aunque en el Decálogo se nos manda honrar á los padres, pero siempre debemos preferir el amor de Dios, segun aquel oráculo del Salvador: *El que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí*².

III. El exámen del estado que á cada uno le conviene, se comienza por la meditacion de la permanencia de Cristo en el Templo, dejando á sus padres por servir á Dios, como se podrá conocer por el título que puso nuestro Santo Padre, intitulado la advertencia: *Preámbulo para considerar estados*; en las cuáles palabras insinúa, que despues de dicha meditacion es cuando comenzaremos... á investigar y á demandar en qué estado de nosotros se quiere servir su Divina

¹ Luc. 2, 49.

² S. Mat. 10, 37.

Majestad; en donde por la palabra *investigar* no entiende ya aquel último exámen que se hará mañana, en el ejercicio de la eleccion, sino un deseo ó peticion para el acierto de la eleccion del dia siguiente, como lo explicó nuestro Santo Padre por la palabra *demandar*. No obstante, aunque no se haya de hacer hoy el ejercicio de la eleccion, sino sólo prevenir con oraciones su feliz suceso; sin embargo, podrán recapacitarse algunos puntos singulares que se pondrán en el §. III.

Por esta misma razon no se rechazarán ni en esta ni en las meditaciones siguientes las mociones interiores para elegir esto ó lo otro; aunque tampoco se les dará más de el tiempo conveniente.

A la verdad, el principal fruto de la meditacion tercera de este dia es el que extendamos la indiferencia hasta el estado de los consejos evangélicos ó religioso, si todavía estuviésemos en libertad de hacerlo: en el caso contrario se dirigirá la tercera meditacion de hoy á perfeccionarnos en el estado elegido ya, y especialmente á arrancar de raiz todo afecto de carne y sangre á alguna persona ó cosa criada, ó á nosotros mismos. Con lo cuál, libres de todas las ataduras de la tierra, quedaremos expeditos para el gran negocio de la eleccion, que es el centro á donde se endereza todo lo que hasta aquí hemos explicado.

Porque lo que ántes dijimos del reino y vida de Cristo, y en adelante diremos de las dos banderas, de los tres binarios, ó clases de hombres, y de los tres grados de humildad; no sólo mira á los que todavía no han elegido estado, sino tambien á los que ya le tienen. Estos, segun la

mente de nuestro Santo Padre, deben procurar perfeccionarse cuanto pudieren en el estado que tienen, y por las meditaciones anteriores y las siguientes *veremos... cómo nos debemos disponer para venir en perfeccion en cualquier estado ó vida que Dios Nuestro Señor nos diere para elegir* ¹.

De lo cuál consta que no sólo las meditaciones traídas, sino las que en adelante traeremos, y toda la materia de la eleccion, es igualmente útil y necesaria, así á los que tienen estado como á los que no lo tienen. A estos para elegirlo, á aquellos para deliberar acerca de los *medios* de perfeccionarse en el estado ya elegido, y para subir al grado de perfeccion á que Dios los llamare.

§. III.

I. Tres cosas deben notarse en la eleccion: 1.^a disposicion del ánimo necesario en el que elige; 2.^a modo de elegir bien; 3.^a materia ó puntos de la eleccion. La *disposicion del ánimo*, segun el Directorio, encierra tres cosas: 1.^a plena indiferencia para todo; 2.^a mortificacion perfecta de todo afecto desordenado; 3.^a inclinacion vehementemente á lo más perfecto. Consta ya de lo dicho, y de lo que en adelante diremos, cuán diestramente va S. Ignacio moviendo los ánimos para inclinarlos á lo más perfecto, á fin de despojarlos de cualquier aficion siniestra, y ponerlos en perfecto equilibrio, para hacer con felicidad el gran negocio de la buena eleccion.

¹ Preámbulo citado.

Esta disposicion de ánimo es tan necesaria, que quiere nuestro Santo Padre *que todo lo relativo á la eleccion se omita*, al dar los ejercicios al que no se halle perfectamente resignado é indiferente, despues de lo mucho que se ha encomendado hasta el presente, que se busque lo más perfecto; ó si se hallare el ejercitante poseido de algun afecto ménos ordenado. Porque dicho afecto, que le aparta de la perfeccion, y le lleva á lo imperfecto, le moveria á buscar razones conformes con tal afecto; pudiendo ser muy bien que creyese hacer la voluntad de Dios, al hacer la suya propia. En el caso de que se trata, dejando por ahora el ejercicio de la eleccion, se deberá seguir adelante en los siguientes, á ver si en ellos llega el ejercitante á hallarse más dispuesto ¹, y entretanto se procurará por las reglas que señala nuestro Santo Padre descubrir la inclinacion viciosa, y descubierta, enmendarla por los medios que prescribe.

Las reglas para discernir las mociones buenas de las malas, y las genuinas de las bastardas, son las siguientes. 1.^a Se examinará la raíz ó la causa de la aficion ó repugnancia, si *desciende de arriba del amor de Dios*. 2.^a Se considerará si algun otro, á quien deseo igual grado de perfeccion me consultára sobre este afecto, ¿no le aconsejaria que le corrigiese? 3.^a Se pensará si cuando nos hallemos en la hora de la muerte, ¿no desearemos haber seguido otra regla distinta de aquel afecto? 4.^a Se mirará si este afecto es tan puro, que en el dia del juicio no se halle en él alguna mancha de vanidad ². Quien en esta pie-

¹ Direct. c. 23, n. 3.

² 2.^o modo para hacer sana y buena eleccion.

dra de toque examinare sus afectos, fácilmente deliberará, *separando lo precioso de lo vil.*

Los *medios* para corregir los movimientos siniestros, son estos. 1.º Deben curarse las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se siente inclinado á soberbia, ejercitándose en cosas bajas, que se piensa le ayudarán para humillarse. 2.º Con la continua oracion y constante mortificacion pedir á Dios la virtud contraria, con esta ú otras semejantes jaculatorias: *Dios mio, dadme estima de la humildad, amor á los trabajos, deseo de padecer.* 3.º Ofrecer á Dios muchas veces entre dia el ánimo libre de todo afecto ménos ordenado, y dispuesto para todo cuanto fuese de su agrado, sin hacer ó dejar nada que no sea por su amor. Con estas industrias podremos sin fatiga discernir los afectos sospechosos, y enmendar los viciosos¹. Basta lo dicho para la prévia disposicion del ánimo, por cuyo defecto se pierde no pocas veces el feliz suceso de la buena eleccion.

II. Por lo que mira al *modo*, se explicará su práctica en la consideracion de mañana; pero acerca de él distingue S. Ignacio tres tiempos. El *primero*, es cuando al hombre le consta tan claramente de la voluntad de Dios, que ni lugar le deja á la duda, como en la vocacion de los Santos Mateo y Pablo; pero son muy raros estos instantes felices, y siendo ellos gracia singular del cielo, sobre todas nuestras fuerzas, no está debajo de estas reglas, y así no la hemos de esperar ni pedir á Dios. El *segundo* es cuando el ánimo se siente tan eficazmente movido, que casi

¹ Direct. c. 23, n. 4.—27, n. 6.—30, n. 2.

sin discurso alguno del entendimiento se resuelve á elegir algo. El *tercero* es cuando, pesando el entendimiento las razones por una parte y por otra, ilumina la voluntad para que ella elija lo que juzgare mejor. Se diferencian estos tiempos en que *en el primero* elige la voluntad con cierta claridad y certidumbre, que no le deja dudar ser la inspiracion de Dios. *En el segundo* elige la voluntad sólo con *probabilidad* de que aquel impulso es de Dios. *En el tercero* el entendimiento, ponderadas las razones, mueve á la voluntad para que elija. De modo que en el primero y segundo la voluntad precede al entendimiento, en el tercero la voluntad sigue al entendimiento ¹. Llama nuestro Santo Padre *tiempos* á estos modos de elegir, porque cuando el alma siente las mociones que aquí se explican, entónces es el tiempo oportuno para la eleccion.

Pero se ha de notar: 1.º Que los dos primeros tiempos ó modos de elegir son camino más sublime y excelente, pero el tercero es más llano y seguro. 2.º Que si en el segundo tiempo ó modo no se hizo la eleccion, se pase al tercero, y aun cuando se hubiese hecho en el segundo; pero porque no es todavía cierto que aquella mocion de la voluntad es de Dios, siempre será más seguro concluir la eleccion en el tercer tiempo. Y á la verdad, es señal de mal espíritu que ama las tinieblas, huir de las luces del tercero ².

III. Finalmente declararemos hoy lo que toca á los *puntos* de la eleccion, porque nuestro Santo Padre quiere que despues de la medi-

¹ Direct. c. 26 y 27.

² Direct. c. 28.

tacion tercera, empecemos, no ya el *ejercicio* sino solo la *materia* de que se ha de hacer la eleccion. Debajo de la eleccion puede caer primeramente *el estado de toda la vida*. Este, segun el Directorio, comprende dos puntos: 1.º si sólo ha de guardar el ejercitante los preceptos; 2.º si ha de pasar á observar los consejos: si los consejos, ¿dónde? ¿En la religion ó en el siglo? Si en la Religion, cuál haya de ser esta. En qué tiempo y de qué modo haya de entrar en ella. Debiendo tenerse mucho cuidado: 1.º Que la Religion no sea relajada. 2.º No sólo se atenderá á las fuerzas é inclinacion de la persona, sino tambien á sus prendas y talentos. 3.º Como la flaqueza humana, y los engaños del amor propio suelen hallar siempre pretexto para diferir la ejecucion de la vocacion divina, será muy acertado en el tiempo de los ejercicios determinar el tiempo, y vencer las dificultades considerando aquel oráculo de S. Ambrosio: *No entiende de perezosa tardanza la gracia del Espíritu Santo*.

El *segundo* punto de la eleccion son los *medios* por los cuáles nos perfeccionamos en el estado que hubiéremos elegido. Es doctrina sacada del libro de los Ejercicios y del Directorio ¹, confirmada por el P. Suarez, que dice: *Aunque no debe deliberar el religioso acerca de su estado, puede no obstante examinar con provecho cuál es el modo mejor de perfeccionarse en el ya abrazado* ². Por lo cuál, los que ya han elegido estado, de ningun modo deben traerlo de nuevo á exá-

¹ Direct. c. 25.—Ej. al fin de la 2.^a semana.—Direct. cap. 19, n. 3; cap. 34, n. 3.

² De Relig. trat. 10, l. 9, c. 7, n. 15.

men, sino pensar los medios de perfeccionarse en él.

Estos son, grande exactitud en los ejercicios cotidianos, oracion ferviente todos los dias, recogimiento constante de la mente, frecuencia de sacramentos, práctica diaria de los exámenes general y particular, ejercicio diligente de las virtudes, en especial de la humildad, mortificación, pobreza é indiferencia á todo oficio y lugar, victoria de la pasion dominante, y otro cualquier afecto desordenado, y cosas semejantes.

Por lo cuál trataremos de buscar algunas industrias para quitar los defectos, y hacer con perfeccion las obras ordinarias; de procurarnos algun método más santo y útil para orar, confesarnos y celebrar, ú oir la santa Misa; veremos si nos es conveniente obligarnos con voto diario ó de más tiempo, á no alargar el sueño más de lo que pide la necesidad, á meditar algun rato entre dia, á practicar el dia de retiro de cada mes, á tener cada dia lectura espiritual, y hacer el exámen general y particular.

Ademas de esto podremos examinar: 1.º Si hay algo que reformar en la pobreza; si hemos de cercenar alguno de los gastos que hacemos; del adorno supérfluo del aposento, de la delicadeza en el comer, beber, vestir y dormir; si debemos aceptar lo que nos dan nuestros discípulos ó parientes por los ministerios.

2.º Por qué cámino hemos de bajar á la profunda humildad. Qué humillaciones hemos de ejercitar, y qué honores huir. Si hemos de sepultar con silencio heróico las injurias que recibiéremos de nuestros inferiores; las detracciones, dicterios y calumnias de nuestros iguales; las mortificaciones y castigos de nuestros superiores, aun cuan-

do nos halláremos inocentes: ó si, por el contrario hemos de defender nuestra inocencia y honor, respondiendo, segun el consejo del Sábio, *al insensato segun su necesidad*, dando muestras de nuestro ingenio, pero con pérdida del mayor mérito.

3.º ¿Qué mortificaciones haremos en adelante? ¿Cómo guardaremos la regla de buscar estas ocasiones en todas las cosas posibles? Si hemos de tomar alguna cosa fuera de los tiempos de comida y cena, si hemos de admitir convites. ¿Qué cantidad se ha de tomar de alimento en la refeccion ordinaria?

4.º Si por ventura no es conveniente que nos ofrezcamos á los superiores con indiferencia para todo lugar y oficio, aun para aquellos que suelen darse por penitencia, y que otros huyen por creerlos contrarios á su buena opinion y salud. O si hemos de hacer propósito ó voto de no replicar á las ordenaciones de nuestros superiores, y de no rehusar oficio alguno, por bajo que sea.

5.º ¿De qué modo hemos de arrancar el afecto desordenado á los parientes y demas cosas criadas? ¿Con qué industria venceremos los respetos humanos, y la pasion dominante?

El *tercer* punto de la eleccion encierra algunas *otras cosas particulares*; v. g.: Si hemos de recibir ó dejar tal ocupacion; si hemos de renunciar á tal dignidad ó compañía; si hemos de pedir las misiones ó el oficio de operario, ó ser maestro de niños. ¿Qué defecto hemos de enmendar en el cumplimiento de nuestros ministerios? Por qué camino promoveremos el bien de nuestros prójimos, *cómo debe regir y gobernar* la familia; *cómo la debe enseñar con palabra y con ejemplo*. Asimismo de sus facultades, cuánto de-

be tomar para su familia y casa, y cuánto para dispensar en pobres, y en otras cosas pias ¹. Más breve; segun S. Ignacio, *enmendar y reformar la propia vida y estado*, es el fin principal de la eleccion.

Nótese que ni todos los puntos que hemos dicho, *deben* ser la materia de la eleccion, ni hay dificultad en que *puedan* tomarse otros; sino que sólo los hemos traído por ejemplo, para que sirvan de norma á los que no sepan de qué cosa hacer eleccion.

Pero sea el que fuere el asunto de esta, siempre se tendrá gran cuidado, como lo previene nuestro Santo Padre, de mirar con ojos limpios el fin para que fuimos criados, que es para gloria de Dios y bien nuestro; y así nada buscaremos sino este fin, ni usaremos de los medios sino atendiendo á la utilidad que tienen para llevarnos á este dichoso término. Esto se observará, como lo advierte el Directorio, no sólo en la eleccion del estado de toda la vida, sino en cualquiera otra materia, poniendo toda la intencion en el servicio de Dios, y no en nuestras comodidades, especialmente temporales, y dirigiéndola al cielo sin dejar que se pegue el corazon á las cosas de la tierra ².

IV. El tiempo mejor para hacer el ejercicio de la eleccion, es el tiempo de tranquilidad, *cuando el ánimo no es agitado de varios espíritus* ³. Para que esto se entienda mejor, es de

¹ Ejercicios al fin de la 2.^a semana.

² Ejercicios, preámbulo para hacer eleccion, y al fin de la 2.^a semana.—Direct. c. 25, n. 9.

³ Direct. c. 28, n. 2.—Ejercicios al fin de la 2.^a semana.

advertir que el alma puede ser ágitada de tres modos, que podremos llamar tiempos: 1.º De solo el espíritu bueno con varias consolaciones. 2.º de solo el espíritu malo con desolaciones. 3.º De ambos espíritus con movimientos opuestos.

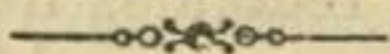
El tercer tiempo no es bueno para la elección; porque, combatida el alma de vientos contrarios, padece tempestad de afectos, opuesta á la tranquilidad necesaria. Tampoco el segundo es bueno para elegir, como consta de la regla quinta de discernir espíritus, en donde se advierte que en tiempo de desolacion nada se delibere, ni ménos se concluya. Solo el primero es muy bueno para la elección, porque entónces no hay combate de varios espíritus, pues sólo mueve blandamente el bueno, el cuál produce en el alma la verdadera tranquilidad. Mañana daremos otras señales para discernir estos tiempos, distintas de las que hemos dado; por hoy baste lo que hemos dicho de la preparacion del ánimo para la elección.

Sólo resta añadir, que si en el dia ó dias en que hacemos el ejercicio de la elección, sólo se nos ofrecen, ademas de ese importante negocio, otros de poca importancia, los dejemos para dar más tiempo á lo que tanto nos interesa. Más aún: debia sernos tan familiar el ejercicio de elegir segun las reglas que da S. Ignacio, que aun fuera de los ejercicios solo obrásemos siempre movidos por ellas, á fin de conocer en todas las cosas cuál es la voluntad de Dios. Pero si alguno por imprudencia, aunque sin torcidos afectos, hubiere hecho elección de cosa inmutable, enmendará su yerro con la diligencia en obrar bien. Pero si la pudiere mudar, y le fuere lícito hacer-

lo, lo mejor será corregirla, para coger más abundante fruto y poder servir mejor á Dios ¹.

MEDITACION II.

DE LA VIDA OCULTA DE JESUCRISTO.



Punto I.



Sublimidad de este misterio. La vida oculta de Jesucristo es misterio de gran consuelo para los humildes, y de suma confusion para los soberbios, pues en él se nos dan armas para vencer una grave tentacion que ha derribado no pocas veces á muchos que parecian columnas de la Iglesia, esto es, el deseo vicioso de sobresalir en el mundo, y el prurito de hacer alarde del talento y demas dotes.

Cualquiera que seas, tú que padeces esta dolencia, á este espectáculo te convido para que cobres con tu vista la salud. El Hombre Dios, la Sabiduría infinita con ciencia infusa de todo, con inteligencia perfecta de todas las lenguas, elocuente en sus palabras, suavísimo en su trato, amabilísimo en sus costumbres, diestrísimo en el arte de ganar almas, para el cielo, Rey de la gloria, Señor del cielo y de la tierra, dotado en grado eminente de todos los dones de naturaleza y

¹ Ejercicios, para tomar noticia de qué cosas se debe hacer eleccion.

gracia; que vino al mundo para destruir vicios, desterrar errores, corregir costumbres y volver santos á todos los hombres, ¡quién lo creyera! pasa vida pobre en un pueblecito desconocido y vil, en el taller de un carpintero, en un rincón de la tierra. Aquellas manos que criaron el universo; aquellos dedos omnipotentes, de los que está pendiente la redondez del mundo; la Sabiduría del Padre encarnada, el Mesías deseado por tantos siglos, Redentor del género humano; barre la casa, corta la madera, recoge las astillas, y se emplea en los humildes quehaceres de una familia pobre. El Redentor pasa vida despreciada, y á los ojos de los hombres inútil y ociosa; vive desconocido del mundo; y aun los pocos que le conocen le reputan por hijo de un pobre carpintero, y como á tal le tienen en bajo concepto.

Se empleaba Jesucristo en esto al mismo tiempo que pudiera predicar en los púlpitos, enseñar en las cátedras, instruir en los palacios: cuando podia, pasando por las ciudades, provincias y reinos, sanar á los enfermos, doctrinar á los sanos, convertir á los pecadores, y reducirlos todos á mejor vida, con la persuasiva elocuencia de sus milagros y ejemplos. Pero al contrario, en un rincón del mundo, en pobre habitacion se oculta desconocido y despreciado, entre astillas, y los instrumentos de un artesano, y se oculta no por tres, seis ó nueve años, sino por espacio de treinta años enteros, esto es, por la mayor parte de su vida, y aun por casi toda ella. ¡Prodigio estupendo de humildad!

Preséntense aquí *los hijos de los hombres, mentirosos en sus pesos ó en sus juicios*, y consideren atentamente estos tres puntos. 1.º Quién es el

que así se oculta. 2.º En dónde. 3.º Por cuánto tiempo. Aprendan con tan raro ejemplo á moderar el deseo vehemente de sobresalir en el mundo, y de dar á conocer sus talentos. ¡Oh mi Señor Jesus! *Verdaderamente eres Dios escondido, que pones tu escondite en tinieblas; concédeme que tambien para mí sean esas tinieblas claras como la luz del mediodía, de forma que vea yo la vanidad que acompaña frecuentemente á los cargos elevados.*

Punto II.

VERDAD QUE EN ESTE MISTERIO SE ENCIERRA.

Cristo, aun viviendo así escondido, sin hacer cosa alguna notable á los ojos de los hombres, ántes bien enterrando su talento en el polvo del olvido, vivió no obstante perfectísimamente; hizo todo lo que debia, y aun lo sumo, y eso con las mayores ventajas de su talento. Su vida, que en los ojos del mundo era ociosa, inútil y despreciable, en los de su Padre era utilísima, ocupadísima y sumamente gloriosa; porque vivió como queria su Padre, hizo lo que su Padre quiso, estuvo en donde su Padre quiso: de modo que si en todo aquel tiempo hubiera hecho otra cosa, vivido de otro modo y en otra parte, nada hubiera hecho, hubiera vivido imperfectamente, y se hallara mal, porque no hubiera cumplido la voluntad de su Padre.

Si así es, luego nuestra perfeccion no consiste en hacer cosas grandes, en ilustrar las academias con ciencia, las ciudades con sermones,

y la patria con la fama de nuestros hechos; en gobernar los colegios, la provincia y las conciencias de los grandes; en ser tenidos por hombres doctos y santos: en nada de esto consiste, sino en hacer la voluntad de Dios, en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado que su Majestad quisiere. Esta es la gran verdad que la Sabiduría encarnada nos enseñó con su ejemplo por espacio de treinta años. Pero dirás: ¿á qué fin me fueron concedidos tantas dotes, si no he de usar de ellas? Respóndote con la misma pregunta: ¿para qué le dió el Padre á su Hijo encarnado tan divinos dones, si no habia de usar de ellos en treinta años? Oye, soberbio; te concedió el Señor esas prendas para que tuvieses algo que poder ofrecerle en sacrificio; porque, no se pierde el incienso que á Dios se ofrece ni están ociosos los talentos que hacen lo que Dios quiere.

Si te quiere el Criador en el polvo de una aula de gramática, en el grado de coadjutor formado, postrado en una cama, ó en otro oficio vil; olvidado de los superiores, despreciado de los iguales, y perpétuamente oculto; vive contento, y echa léjos de ti estos lamentos: *soy inútil; soy carga de la Religion; nada sé; nada puedo hacer*. Mucho hace quien hace la voluntad de Dios: esta celestial divisa, *lo quiere Dios*, ha de ser el fuerte escudo con que resistas á los asaltos de la soberbia y amor propio, y donde ahogues todas las quejas que tengan por objeto el oficio, lugar, grado y estado de salud. *Dios lo quiere*. Voces ligeras en el sonido, pero de muchísimo peso: palabras grandes para el que ama á Dios, no al mundo.

Esta es la verdad que vence en los hombres poderosamente el deseo natural de dominar y

sobresalir en el mundo, de aventajarse á los demas, de ser alabados, y ocupar los oficios más honoríficos: el cuál deseo es manantial perenne de indecibles inquietudes y disgustos. De él nacen, si los superiores no condescienden con nuestra ambicion, las murmuraciones y quejas; de él la envidia con que miramos de mal ojo á los que nos son preferidos; de él las murmuraciones y detracciones, con que procuramos oscurecer la fama de los que vemos lucir sobre nosotros. Pero quien destierra de su ánimo esta pena, ¡qué quieto vive! su alma es un paraíso. Por lo cuál, así como el blanco de la meditacion de la mañana era la indiferencia para cualquier *lugar*, así el fruto de la presente es la indiferencia para todo oficio, por más vil que sea, como tambien para todo grado y estado de salud, y aun procuraremos inclinarnos á lo más humilde, áspero y contrario á la sensualidad, animados con el ejemplo de Cristo.

AFFECTOS.

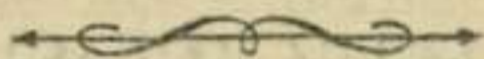
¡Humildísimo Jesus! Aunque eres luz del mundo, y hacha que ardia en la casa del Señor, no obstante estuviste oculto por tanto tiempo debajo del celemín, y ocupado en tan vil empleo. ¡Y yo que sólo soy vapor que dura poco tiempo, pecado y nada, quiero lucir en el mundo, ser engrandecido, y emplearme en oficios lustrosos! Cese ya tan loca vanidad: delante de toda la curia celestial detesto y abomino este vanísimo prurito de sobresalir entre los demas,

de ensoberbecerme con empleos altos, y de ostentar mis talentos. En adelante mis deseos serán de verme ocupado en oficios viles, de vivir oculto y desconocido, y no tendré otro querer sino tu santísima voluntad. *Pongo por testigos á cielo y tierra* de que: 1.º antes quiero ser gusano de la tierra por voluntad de Dios, que sin ella Serafin del cielo; 2.º más quiero por voluntad de Dios no hacer nada, y ser mártir del ocio, que sin ella convertir á todo el mundo, y ser mártir de la fe; 3.º más quiero por voluntad de Dios esconderme en un rinconcillo vil, que sin ella lucir en la gloria. Con tal de que yo haga la voluntad de Dios soy bastantemente grande, feliz y rico.

Repítanse los afectos de la meditacion de la mañana, y lo que allí se dijo del lugar aplíquese aquí al oficio.

CONSIDERACION

DE LA MORTIFICACION.



La mortificacion es el alma, no sólo de la imitacion de Cristo, sino tambien de la indiferencia para todo lugar y oficio, hasta aquí recomendada, y el fruto principal de la última meditacion de hoy. Sin esta virtud no seremos imitadores de Cristo, ni estaremos indiferentes para todo; y mucho ménos nos veremos libres del amor desordenado á los parientes, ó alguna otra cosa criada. De donde se ve, no sólo de cuánta utilidad, sino tambien necesidad es tratar de esta materia, habiendo entre estas cosas tan estrecha union. Propondranse en esta consi-

deracion algunas razones para *estimar, amar y procurar* esta virtud, siendo la primera el ejemplo de Cristo, que siempre procuraremos tener delante de los ojos.

I. La *excelencia* de la mortificacion se deduce de que tiene gran semejanza con el martirio; pues, como enseña S. Bernardo, *género de martirio es, más suave por ser ménos horrible, pero más molesto por la duracion, mortificar la carne con el espíritu. Y á la verdad, pasar hambre teniendo que comer, tener á raya los apetitos, negar á los sentidos lo que aman, y darles lo que aborrecen, es martirio sin efusion de sangre, suplicio sin verdugo*¹. Por ventura serás tú de aquellos que quisieran morir por la fe deseando esterilmente acabar en medio de crueles tormentos entre bárbaros. Pues sé para ti piadosamente cruel; doma tu carne, pon freno á tus apetitos, y serás mártir, menor á los ojos de los hombres, pero quizá mayor en el mérito. Mide por aquí la excelencia de la mortificacion.

II. Otro estímulo es la *necesidad de la mortificacion*, pues estamos obligados á ejercitarla: 1.º Como *cristianos*, porque cuando nos bautizaron renunciarnos solemnemente, por boca de nuestros padrinos, á la carne y sus apetitos; luego quien condesciende con sus placeres, quebranta tan solemne promesa, y se hace indigno del nombre de Cristiano.

Estamos ademas de esto obligados á la mortificacion: 2.º como *pecadores*. Porque hemos pecado; así lo atestigua la conciencia. Y la eter-

¹ Bern. serm. 30 in Cant.—Id. Serm. de omn. Sanctis.—Amb. 1. 2, de Cain., c. 4.

na verdad nos asegura que es preciso satisfacer por ellos, *porque no entrará en la patria celestial cosa alguna manchada*. Por la confesion se borra sí el reato de la culpa, pero no el de la pena temporal. El reato de la pena es mancha, y nada manchado entrará en el reino de los cielos; luego ni el alma con este reato; se debe, pues, borrar, ó por la mortificacion ó por el fuego. Si no quieres arder allá, es preciso que aquí satisfagas por medio de mortificaciones voluntarias.

Pero á ninguno es más necesaria que al *religioso*. ¿Qué otra cosa es el estado religioso sino perpétua mortificacion de los sentidos, muerte de los apetitos, sepulcro de la concupiscencia? ¿Qué le conviene al religioso sino hacerse continua fuerza, vivir á solo Dios, morir todos los dias al mundo? *Abstenerse y sufrir*, son los dos polos sobre que gira toda la vida del religioso, para quien el mundo está crucificado, y él para el mundo; esto es, que, dando las espaldas al mundo, sólo estima, ama y busca lo que el mundo desprecia, huye y aborrece; le disgusta lo que gusta á la carne, y persigue á su amor propio con odio continuo.

III. El tercer estímulo es la *equidad*. Porque: 1.º Es muy justo que *así como para la maldad ofrecimos nuestros miembros, de modo que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así los ofrezcamos ahora para la santificacion, á fin de que sirvan á la justicia* ¹. 2.º Es justo que, habiendo sido el cuerpo cómplice del delito, sea tambien participante de la pena por él mereci-

¹ Rom. 6, 19.

da. 3.º Justo es *que se abstenga de algunas cosas lícitas el que se ha permitido las ilícitas*. 4.º Justo es finalmente que aborrezcas con implacable odio á la carne, que es el mayor enemigo que tienes.

Pero dirás, que ¿cómo puedes aborrecer lo que la misma naturaleza te enseña á amar? Y yo á mi vez te pregunto: ¿cómo puedes amar al ladrón que tantas veces te despojó del tesoro de la gracia, al tirano que tantas veces te hizo esclavo del demonio, al parricida que con sus halagos engañosos te puso la espada en la mano para que diceses la muerte á Jesucristo, con tantas heridas como pecados cometiste? Dime ahora ¿cómo puedes amar y regalar á este ladrón, tirano y parricida?

Mira si es justo que, despreciando el cuidado de tu alma, emplees todo el trabajo de tu vida en mirar cómo por breve tiempo esté bien el cuerpo, monton abominable de inmundicias. Juzga tú mismo si es justo que con comida regalada, bebida abundante, sueño dilatado, cama blanda, vestido delicado, alimentos abundantemente y con esmero ese pábulo de gusanos, poniendo á tu pobre alma en riesgo evidente de perderse para siempre; prives á tu cuerpo de toda aflicción, como son ayunos, vigiliias, abstinencias, cilicios, disciplinas, dejando mientras tanto al alma vacía de méritos, y desnuda de gracias, condenándola al terrible fuego de muchos años de purgatorio. ¡Oh barro podrido! *Oye la voz del Señor de los Ejércitos: tu apetito estará en tu mano, y tú te enseñorearás de él*. Oyes esto, ¿y no obstante te sujetas á la carne con indigna servidumbre? ¿Qué justicia es esta?

IV. El cuarto estímulo es la doble *utilidad*

que nos procura esta virtud. 1.^a Porque, como es dogma de fe, á cualquier acto sobrenatural de mortificacion que pone el justo, corresponde un grado de gracia inmanente ó santificante; y á cualquier grado de esta gracia le compete otro grado de gloria eterna: luego ocurriendo entre dia innumerables ocasiones de mortificarse, se sigue que quien las logra adquiere tambien innumerables grados de gracia en esta vida, y de gloria en la otra. Pero al contrario, quien las pierde, pierde tambien innumerables grados de gracia y de gloria. Guárdate muy bien de procurarte con temeridad tan irreparable pérdida.

¡Oh almas pródigas del cielo! advertid que una sola gracia es el precio de la sangre de Cristo, destello de la divinidad, digno de anteponerse á mil mundos. Y no obstante, con locura digna de lágrimas despreciaste tú muchas de estas gracias, y esto por dar gusto á tu inmundo cuerpo. Cualquier grado de gloria contiene en sí gozos, en su plenitud inmensos, en su duracion eternos, y perdiste una serie interminable de estos por no contrariar á tu asqueroso cuerpo. El más pequeño acto con que reprimes tus sentidos es de tanto mérito, que gana en excelencia al milagro de la resurreccion de los muertos; y por tu execrable cuerpo despreciaste un tan crecido número de ellos.

Si por un levísimo gusto te despojaran, como á Adan, de inestimable tesoro, ¿cuál seria tu arrepentimiento? Pues reflexiona que has tenido una pérdida irreparable de tantos tesoros celestiales, de tantas eternidades felices, de tantos inmensos gozos, cuantas son las ocasiones que has despreciado de vencer tu vil cuerpo; y otros tantos han sido los grados que has perdido de gra-

cia y de gloria. Tal vez te rias ahora de esta inestimable é irreparable pérdida, porque estás ciego; pero ¿de qué diverso parecer serás en la muerte, en el juicio, en el purgatorio!

2.^a La segunda utilidad de la mortificacion es que por ella se apagan, ó á lo ménos se disminuyen, las llamas del purgatorio; porque *cesa la venganza divina*, como nos lo asegura S. Anselmo, *cuando el hombre ofrece la conversion y el precio*. Si ahora castigas en ti los pecados cometidos, te librarás despues del castigo.

*Allí será más terrible una hora de tormento, que aquí cien años de la más amarga penitencia*¹. Si ahora procurares pagar á Dios aunque sea con un talento, con muy poco le tendrás aplacado; pero si dejas el pago para despues, serás obligado á satisfacerlo todo, hasta el último maravedí. Pues ¿no es ciega locura, dilatar para la otra vida la paga, querer satisfacerlo todo á la divina Justicia en el purgatorio, y no más bien pagar con poco en esta vida á la divina misericordia? Si pudieras satisfacer cinco mil duros con un cuarto que tienes en la mano, ¿tardarias un momento en hacerlo? Pues ahora con una pequeña castigacion del cuerpo, puedes pagar la deuda inmensa de culpas; ¿y áun te detienes? ¿Qué motivo hay para que en los demas negocios estemos tan despiertos, y sólo en el negocio mayor y único de nuestra salud nos hallemos tan dormidos?

V. Pero dirás que no puedes macerar tu

¹ Kempis, l. 1, c. 24.

cuerpo con ayunos, por no permitírtelo la constitucion débil de tu naturaleza. No te pido abstinencia sino templanza; y créeme que el nombre de abstinencia más tiene de horror que de realidad. Porque, dime, ¿no despreciarás por el amor de Dios aquellas delicadezas y excesos en la comida, que desprecias y aborreces cuando enfermo? ¿Porqué ha de ser imposible á la virtud lo que es necesario á la hartura y enfermedad? Si las fieras se contentan con los alimentos precisos y los más sencillos, ¿porqué no el religioso?

2. Demás de esto, si las almas de tus próximos no se libran del yugo del pecado, á no ser que por ellas ofrezcas á la divina Justicia el precio de tus mortificaciones; no quieras, ¡oh varón apostólico! te lo pido por la sangre de Jesucristo derramada por todos los hombres; no quieras *por la comida destruir la obra de Dios; no quieras por la comida perder á aquel por quien murió J. C.*, haciéndote por tu inmortificacion en la comida instrumento inútil para la conversion de las almas.

3. Ultimamente, como el ayuno ahuyenta al demonio, así la hartura aleja á Dios de nosotros. Porque el esclavo de la gula se hace indigno de que el esposo celestial le introduzca en el retrete de los vinos, esto es, le admita á su íntima familiaridad. No, no hay sociedad alguna entre Dios y el hombre sensual, dado á regalar su cuerpo. Medita bien esto; quien no enmendare este vicio desespere de su perfeccion. Pero al contrario, *tanto más crecerás en virtud cuanto más te privares de los deleites sensuales; y cuanto más fuerza te hicieres en esto, cuanto más quebrantes la carne por la afliccion, tanto más se*

fortificará el espíritu por la gracia interior ¹. Ven- ce la gula, y fácilmente vencerás los demas vicios. Y ciertamente, que aunque no hubiera en la otra vida penas destinadas para castigo de la des- templanza en la comida y bebida, bastarian las enfermedades que en esto se padecen para per- suadirnos la estima que se merece la abstinencia y mortificacion.

VI. Pero no puedo, replicas, maltratar mi cuerpo con disciplinas, cilicios, dura cama y breve sueño. Pues si no puedes sufrir tan pe- queño y moderado dolor, ¿cómo podrás tolerar las llamas del purgatorio? Ya está dada la sen- tencia; que el pecado se castigue, ó por Dios vengador, ó por el hombre penitente: ó satisfa- cer en el mundo, ó arder en el purgatorio..... ¿Qué eliges? ¿Escogerás tratar bien á tu carne aquí por breve tiempo, para que por mucho sea allá atormentada? Por no privar á tu cuerpo de algun gusto brutal, ó porque no sienta leve mo- lestia, ¿querrás que tu pobre alma carezca por toda la eternidad de la vision más clara de Dios, de su conocimiento más perfecto, de su más in- tenso amor? Figúrate que ha llegado el último dia de tu vida, y que despues de tu muerte, por justo juicio de Dios, eres condenado al purgatorio: dime ahora; al entrar en aquella cárcel terrible, ¿qué sentirás de tus pasados deleites, por los cua- les padecerás tan horrendos tormentos? ¿Qué juicio harás de la aspereza de la vida, de la maceracion del cuerpo, de la mortificacion de tus apetitos? ¡Ah! necio eres si ahora no haces lo que entónces desearias haber hecho.

¹ Séneca, epist. 13.—Kempis, l. 3, c. 25, y l. 2, c. 12.

Si alguno de los condenados saliera libre del infierno, ¡con cuántos tormentos castigaria su cuerpo, para no volver á ser engañado de sus halagos, y á fin de satisfacer con tiempo á la Justicia divina. ¿Porqué no haces tú lo mismo, para no verte despues precipitado en aquellas llamas, que tanto tiempo ha las has merecido? ¿Acaso es menor beneficio no ser arrojado al infierno merecido, que despues de arrojado en él, verse libre? *En verdad que nos engañamos á nosotros mismos por el amor desordenado que á la carne tenemos. Este amor con que perdonamos al cuerpo, dice S. Bernardo, destruye la caridad; porque de tal modo servimos al cuerpo, que damos muerte al alma. ¿Y qué especie de compasion es tratar bien á la esclava, y hacer morir á la señora?* Obedeciendo, pues, al consejo del Apóstol, *traigamos siempre la mortificacion de Jesus en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesus se manifieste tambien en nuestros cuerpos*¹. Resolvámonos á esto en vista de la excelencia, necesidad, equidad y utilidad de la mortificacion.

EXAMEN

ACERCA DE ESTA VIRTUD.

La mortificacion es virtud moral, que modera con la regla de la razon los apetitos interiores del alma, y sentidos exteriores del cuerpo. Es la

¹ Kempis l. 1, c. 24.—Bern. Apol. ad Guil. Abbat.—2 Cor. 4, 10.

espada de dos filos, que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y aun á las coyunturas é interior de los huesos; porque se esgrime contra cuerpo y alma, contra potencias y sentidos. Por esto se divide en interna y externa; aquella modera los afectos del alma, esta los sentidos del cuerpo. Contra estos se ejerce de dos modos: uno negativo, privándoles de los deleites peligrosos á la carne; otro positivo, aplicándole asperezas voluntarias. Ya hemos tratado de la mortificacion interna, ó de los afectos del alma; la materia de este exámen será sólo de la externa, ó de la castigacion de los sentidos, principalmente del tacto y del gusto.

I. Esto puede reducirse á tres grados. Porque: 1.º el que verdaderamente desea alcanzar esta virtud, es acérrimo é implacable enemigo de su amor propio, de su carne, de sus comodidades y sensualidad, principalmente de la gula. De aquí es que cuanto le permite la obediencia y discrecion, se enfurece contra sí mismo, y sin piedad alguna, macerando su cuerpo con disciplinas, cilicios, vigiliias, etc., usando de la comida como de medicina, deja los alimentos más delicados, toma de los más viles lo preciso para conservar las fuerzas, haciendo más duradero su tormento; nada come ni bebe fuera de los tiempos de comida. A los convites no va sino obligado por la obediencia ó por la prudencia.

II. En la comida, vestido, habitacion y demas cosas, siempre tomã lo más duro, vil, y contrario al amor propio; siempre tiene á raya los sentidos, principalmente el prurito de oír, ver, saber y contar novedades curiosas, negándoles cuanto desean desordenadamente, y dándoles cuanto les disgusta. Estando en pie, sentado

de rodillas ó acostado, busca constantemente la postura más molesta é incómoda, sin despreciar ocasion alguna, por pequeña que sea, de mortificarse y vencerse. El varon mortificado, vela con perpétuo y sumo cuidado no se le pase algun momento sin conseguir victoria de sí, para ofrecer en el fuego de la mortificacion continuo sacrificio y holocausto de sí mismo á la divina Majestad.

III. Trabaja siempre y sin descanso, nunca está ocioso, y aun el tiempo que por necesidad dedica al sueño, lo ofrece á Dios. De este modo, no hay oficio que rehuse de mano de los superiores; hace con más gusto aquellos de que otros huyen por ser más molestos y viles, y que si él no los tuviera habian de tenerlos otros que tal vez le son antipáticos. Estos son los tres grados principales de mortificacion externa: del sacrificio de aquello que sea para nosotros el mayor obstáculo á nuestra perfeccion, y que más nos aparte de Dios, trataremos en la meditacion siguiente. Examina á cuál de estos grados has subido hasta ahora, y á cuál, y por qué medios quieres subir en adelante. Mira si puedes decir con el Apóstol *cada dia muero*.

IV. El *modo* que se ha de guardar en su ejercicio debe ser. 1.º Constante. 2.º Prudente. Conseguirás la *constancia* por los medios siguientes: 1.º Comenzarás por lo más fácil, y pasarás poco á poco á lo más difícil. 2.º Te engañarás piadosamente, resolviéndote á hacer alguna mortificacion, por un rato, por una hora, por un dia, sin acordarte del tiempo venidero. 3.º Considera con frecuencia los estímulos de que hablé en la consideracion precedente, y los daños de la inconstancia; principalmente que, de otra suerte, no sólo no alcanzarás el fruto de cuanto

hasta aquí has padecido, sino que además se te aumentará mucho en adelante el trabajo, por falta de deseo y de la unción divina.

2.º También debe ser *prudente*; para lo cuál observarás las reglas siguientes: 1.ª según Santo Tomás, S. Jerónimo y otros Padres, aquellas mortificaciones corporales son viciosas, que ó por su naturaleza, ó por la costumbre del que las práctica le acarrearán en breve la muerte, ó alguna enfermedad grave y peligrosa; ó á lo ménos harán no pequeño extrago en su salud y fuerzas corporales. Dije no *pequeño*, porque si no hay inmediato y grave peligro de perder la vida ó salud, y aquella aspereza *no* hace más que ir menoscabando poco á poco las fuerzas, abreviando al fin algunos años la vida, de ningun modo se debe juzgar imprudente este rigor, por el lento é insensible dispendio, como lo prueba claramente el Padre Alonso Rodriguez ¹.

Regla segunda. También son viciosas aquellas mortificaciones que *notablemente* impiden mayores bienes, haciéndonos inútiles para cumplir con los deberes de nuestro oficio y estado, ó que á lo ménos nos quitan el ejercicio de otras virtudes de más mérito, y aun impiden la misma mortificación. Dije *notablemente*, porque si sólo nos la vuelven más difícil, no deberá hacerse caso de esta mayor dificultad; por lo cuál se mirará atentamente si esta dificultad se va suavizando con el uso y la costumbre, teniendo mucho cuidado de que nuestro amor propio no nos engañe con el pretexto de conservar la salud, y hacer mejor nuestro oficio.

¹ *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas*, p. 3, tr. 5, c. 17.

Regla tercera. El rigor de la penitencia debe acomodarse á las fuerzas del cuerpo, al número y gravedad de los pecados, y al impulso divino, que inspira este ó aquel ejercicio, teniendo además cuidado de que el dolor sólo pare en la carne sin que penetre en los huesos, con peligro de enfermar; y así ordinariamente nos abstendremos de aquellas maceraciones que sacan sangre, lo cuál no lo haremos sin consejo de nuestro director, porque en esto se peca fácilmente por defecto ó por exceso. Más breve: *debe el hombre tratar á su cuerpo como á enfermo, al cual se niegan muchas cosas inútiles que apetece con ansia, y se le obliga á tomar las útiles que no quiere*¹. Examina cómo y de qué manera has guardado aquellos medios y estas reglas. Determina además cuántas veces, y con qué rigor has de macerar tu cuerpo, con cilicios, disciplinas, vigiliias, cama dura, etc.; establece los ayunos, la calidad y cantidad de comida y bebida que has de tomar en adelante; mira cuánto quieres quitar del sueño; y despues sé constante en cumplir los propósitos que hayas concebido, segun las reglas de la prudencia, acordándote de aquel consejo de la Escritura: *No os fatiguis, desfalleciendo en vuestros ánimos, para que no perdais lo que habeis obrado, sino que recibais galardón cumplido*².

III. Acerca de todo esto *se notará*: I.º Que la mortificación externa se ha de aplicar sólo como *medio* para llegar á la interna, y como auxilio para conseguir la perfección y santidad verdadera, la cuál consiste en refrenar los apetitos inte-

¹ S. Bern. epist. ad Fratres de Monte Dei.

² Hebr. 12, 3.—II Joan. VIII.

riores: 2.º Que si las asperezas del cuerpo no se enderezan á este fin, y no se hacen con espíritu de mortificacion, ni tendrán mucho mérito, ni serán de grande utilidad, ántes bien estarán expuestas á gravísimas ilusiones, siendo la soberbia la más peligrosa, con la cuál los que así obran se reputan mejores y más santos que otros, como si consistiera en esto la santidad, y no fuera sólo un camino para llegar á ella. 3.º Que las mortificaciones acostumbradas se hagan con constancia, pero no con pertinacia, sin quererlas dejar ó interrumpir aun cuando lo pidan la necesidad, caridad, obediencia ó urbanidad.

Examina si te has gobernado por estas máximas en la mortificacion externa, ó si por el contrario has caído en alguno de los excesos reprendidos. El que haya subido á los tres *grados* dichos de mortificacion con *prudencia y constancia*, podrá gloriarse con el Apóstol: *Traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesus, y suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo* ¹.

MEDITACION III.

DE LA SUBIDA DE CRISTO AL TEMPLO.

El fin de esta meditacion es romper generosamente con cualquier afecto ménos ordenado: 1.º á los padres y parientes; 2.º á sí mismo, y á las comodidades de la carne; 3.º á cualquier otra

¹ Gal. 6, 17.—Colos. 1, 24.

cosa criada que por su inclinacion nos hace perder la debida indiferencia, llevándose tras sí el corazon. De este modo nos hallaremos indiferentes para todo, dispuestos á elegir lo que Dios quisiere, aun el estado religioso; ó si ya hemos elegido este ú otro estado, nos animaremos á subir en él á aquel grado de perfeccion á que nos llamare la Providencia Divina, sacrificándole aquella cosa criada á que más nos inclina el afecto natural. Tres motivos nos ayudarán á esto: 1.º el ejemplo de Cristo; 2.º la esperanza del premio; 3.º el temor de la pena.

Punto I.

Ejemplo de Cristo. Es muy cierto que los padres del Redentor eran dignísimos del mayor amor por las sublimes dotes, así de naturaleza como de gracia, de que se hallaban adornados. Es tambien ciertísimo que Jesucristo los amaba con afecto tiernísimo, siendo por consiguiente fuera de duda que el arrancarse de sus padres le era á Cristo durísimo y muy difícil. No obstante el obedientísimo Salvador, apénas entendió la voluntad de su Padre celestial, cuando, dejadas todas las comodidades de su casa, despreciado todo el consuelo que podia traerle la comunicacion de sus padres y conocidos, pospuesto finalmente aquel gran dolor que su ausencia habia de causar á sus amantísimos padres, los dejó, sin despedirse siquiera de ellos; partió prontamente al templo, á donde era llamado; y allí, falto de todo, se entregó al servicio de su Padre celestial, indicándonos que debemos sacrificar al Criador lo

que más amemos, luégo que entendiéremos ser esta su voluntad.

Al corazon se le hacen muy cuesta arriba algunos sacrificios, y es como si le arrancaran del pecho. Pero pongamos los ojos en J. C., comparemos nuestros padres y parientes y lo que más amamos con los padres amabilísimos de Cristo; cotejemos las razones que tenemos para amarlos con las que tuvo Cristo, el afecto vicioso que nos tenemos á nosotros y á nuestras cosas, con aquel amor santísimo con que el Salvador amaba su Humanidad, y las cosas que le eran debidas. ¿Cuánta diferencia se halla entre lo uno y lo otro? No obstante, J. C. lo sacrifica todo al menor indicio de la voluntad de su Padre; y ¿llevaremos nosotros tan pesadamente ofrecer en holocausto, con grande mérito, aquella viciosa afición que tanto daño nos acarrea?

A esto opone el amor propio, que el amor de los padres puede hallarse con el de Dios. No hay duda; pero no estará por lo ménos en una persona llamada á la perfeccion, la cuál, en pena de haber despreciado la vocacion, se halla en peligro de graves caídas, y de perder su salvacion eterna. Para empezar la obra de la Redencion dejó el Salvador á su madre tan santa, ¿y querrás tú ser profeta y apóstol, en tu propia casa? Esto lo dicta la naturaleza y la gracia. *Los enemigos del hombre son sus domésticos*, enemigos tanto más peligrosos cuanto más blandos, con cuyos consejos buscan su bien, no el tuyo; á sí propios, no á Dios.

Ademas de esto, Cristo, para obedecer á la voz de su Padre, dejó las comodidades más inocentes de su casa, saliendo de ella y renunciándose á sí mismo; pues sería cosa indigna que

dejaras de seguir su ejemplo por las comodidades peligrosas de tu carne vil, y por el amor vicioso de ti mismo. ¡Oh Señor! ¡Léjos esten de mí tan errados dictámenes! Heme aquí indiferente para todo estado, y en el que he elegido para cualquier grado de perfeccion á que me llamares. El desordenado afecto que aleja de ti mi corazón, será hoy sacrificado en el ara de tu amor, principio de vida más santa.

Punto II.

Esperanza del premio que aun en esta vida obtendrás por el holocausto de ti mismo. Consiste este: 1.º en la paz del ánimo, *que sobrepuja á todo sentido*, y que es prenda anticipada de la que gozan los Bienaventurados en el Cielo; porque arrancando el amor propio y sus afectos viciosos, que son la fuente de toda turbacion, no puede ménos de vivir el hombre dias tranquilos y serenos; 2.º en la íntima familiaridad, y trato amigable con Dios; porque quitado el estorbo de aquella cosa criada que dividia nuestro corazón de su Criador, y secaba en nosotros la fuente de las gracias, bajan las tres Divinas Personas, y *establecen su morada* en nuestra alma, nos comunican con suma liberalidad sus tesoros, y la anegan dichosamente en un mar de suavidad; 3.º en la providencia paternal con que Dios defiende y gobierna á estas almas, haciendo *que todo en ellas coopere á su bien*. Porque como ellas, despreciando todo el cuidado de sí mismas, se entregan enteramente en las manos de su Criador; por lo mismo Dios, que nunca se deja ven-

cer de sus criaturas, se desvela en su bien, *haciendo que saquen provecho de la misma tentacion.*

A estas almas dice Dios lo que en otro tiempo á Abraham cuando iba á inmolar á su hijo Isaac: *porque hiciste esto, y no perdonaste á este afecto siniestro, te haré feliz aun en la tierra, con multiplicadas bendiciones.* A la verdad, los dones que suele Dios comunicar á tales almas son prudencia celestial, don singular de oracion, constancia heróica en las adversidades, presencia admirable de ánimo en los casos repentinos, mucho fruto en las almas, gran ligereza en el camino de la virtud, y otras gracias semejantes.

Compara ahora estos dones del cielo con el deleite que percibes del trato con tus parientes, de aquella cosa criada, ó de las comodidades de tu carne, y dime si no es locura necia, por un gusto vil y breve renunciar á tan grandes y preciosos placeres del alma, á tan ricos dones. Porque, si es necedad querer más bien un arca llena de piedras que de oro; si es locura no admitir un diamante por no arrojar un pedazo de cristal, ¿qué será no querer dejar la criatura para poseer al Criador, y carecer de Dios por no carecer del barro? Dime: ¿qué más es aquella cosilla á la cuál tienes apegado el corazon, que lodo, y paja dignas del fuego?

¡Oh Señor! Me cubro de vergüenza al contemplar esta mi necedad: vano oropel deslumbró mis ojos, y bagatelas cautivaron mi corazon; pero propongo enmendarme en adelante, resuelto á sacrificarte tal desordenado afecto. La esperanza de los bienes que por este sacrificio me has de dar aun en la tierra, me estimula á ello.

Punto III.

Las penas en que, de otra suerte, incurriremos; estas son: 1.^a Pérdida de muchas y grandes gracias, que se quitan á semejantes almas rebeldes. 2.^a Gravísimas tentaciones en que se hallarán enredadas. 3.^a Tibieza envejecida, con la cual se podrirán hasta la muerte. 4.^a Varias adversidades con que serán atribuladas, armando Dios á todas las criaturas para que venguen la repulsa con que se le negó el sacrificio de esta ó aquella cosa.

Ademas de esto, Dios no toma por instrumento de la conversion de las almas al hombre que se resiste pertinazmente á sus impulsos, y quiere dividir su corazon entre Dios y el mundo. Su voz no será *voz que doblega los cedros*, porque no es voz de virtud sino sólo metal que suena, ó campana que hace ruido.

A lo que se añade, que el tal será *sepulcro blanqueado* por de fuera, con parecer de buen religioso, y por dentro estará lleno de malos afectos, de los cuáles es agitado en todas direcciones como pelota. *La misma oracion será pecado para él*, por no tener la gracia de orar bien. *El tentador estará á su diestra*, atento á lograr todas las ocasiones de dañarle; *serán pocos sus años*, si no por el número de ellos, á lo ménos por el de los méritos. *Otro ocupará su puesto*, esto es, la estola de la gloria, el trono y la corona que le estaba prevenida en los cielos; pues, excluido él, se le dará á otro. *No quiso la bendicion prometida al vencedor de sí mismo*, pues *se apartará de él*; *amó la maldicion con que se amenaza*

á los esclavos del amor propio, y vendrá sobre él ¹.

Los desprecios y dolores serán *la parte de herencia que le tocará*, por haber rehusado ofrecer á Dios aquel puntillo de honor, y los deleites de su cuerpo, cuyo sacrificio le pidió el Señor con tantas inspiraciones. Además de esto será atormentado con gravísimas enfermedades, en pena de su gula, y otras sensualidades; los parientes, por cuyo amor no oyó al cielo que lo llamaba, le servirán de peso y deshonra; Dios maldecirá sus mismas bendiciones, esto es, sus mismas virtudes le serán ménos gratas á su Majestad, porque en ellas hallará la voluntad propia, como que fueron ejercitadas fuera del estado en que Dios lo quería. Aquella sentencia terrible: *te llamé, y no me atendiste; tendí á ti mis brazos, y no hiciste caso; pues yo me reiré y me burlaré de ti* ², esta sentencia aturdirá perpétuamente los oídos del pecador, y herirá su corazón causando en él estrago horrible.

AFFECTOS.

¡Oh Jesus mio! Creo lo que dijiste: *El que ama al padre ó á la madre más que á mí, no es digno de mí. Creo que nadie puede servir á dos señores, á Dios y al dinero, á la carne y á la gracia. Creo que el que no está contigo, está contra ti; y que desparrama el que contigo no re-*

¹ Salmo 198, v. 6 y sig.

² Prov. 1, 26.

coge ¹, y que de quien no te da todo su corazon, ni la mitad recibes, por aborrecer al que *cojea á todos lados*.

¡Oh Señor! Temo las penas con que castigas á los que siendo llamados á vida más perfecta se hacen sordos, no te oyen, y rehusan seguirte más de cerca imitando tus ejemplos, por querer dividir su corazon. Temo no se verifiquen en mí aquellas amenazas verdaderamente terribles: *Moveré tu candelabro de su sitio; te quitaré el reino de Dios, y lo daré á otro que dé fruto*. Tiemblo no me repita á mí el Angel de mi guarda aquello de Samuel: *Porque despreciaste la palabra del Señor, no obedeciendo á la señal de su voluntad, te desechó el Señor, para que no seas de aquella raza de varones por los que se salvó Israel* ². La série de gracias destinada para ti, se la daré á otro mejor que tú. Lo que á otros muchos ha sucedido, ¿no me podrá suceder á mí? ¿Quién sabe si seré tambien yo del número de aquellos que si no son Santos serán réprobos, y no estarán en el Cielo, si no están de los primeros?

¡Qué dolor no sentiré estando para morir y ser juzgado, cuando se me ponga delante aquel catálogo de gracias y favores del Cielo, que Dios con mano generosa me hubiera dado si yo le hubiera hecho el sacrificio de esta ó aquella criatura, si le hubiera oido cuando me llamaba, si hubiera conseguido de mí esta victoria! ¡Afecto maldito, exclamaré entónces, que me hizo

¹ S. Mat. 10, 27.—6, 24.—12, 30.

² Apoc. 2, 1. —S. Mat. 21, 43.—1. Reg. 15, 23.—1. Macab. 5, 62.

tan desemejante á Cristo, que me privó de tantos bienes, y me condenó á tantos males! ¡Oh Jesus mio! Tú fuiste en el templo de Jerusalem modelo de corazon dócil como la cera á la voz divina, de perfecta abnegacion de sí mismo, de ánimo limpio de toda afeccion terrena. ¡Cuánto me confundirá alguna vez tu ejemplo!

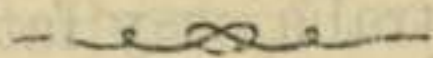
Ahora por fin me resuelvo á imitarte. Determinado estoy á dar principio á una vida santa por el sacrificio de esta criatura, por esta victoria de mí mismo, por este acto heróico que me pides. Heme aquí indiferente para todo, para cualquier estado, ó para cualquier grado de perfeccion en el estado que tengo. Dame tan sólo conocer tu voluntad para cumplirla.

DIA VI.

—

MEDITACION I.

DE LAS DOS BANDERAS.



Punto I.

—

Considera lo primero el *fin de la guerra* que pretende cada uno de los Capitanes en su expedicion: Luzbel *teniendo grande ira, y buscando incesantemente á quién devorar, no viene sino para matarnos, perdernos y enviarnos al gran lago de la ira de Dios.* No pudiendo ser él partíci-

pe de nuestra gloria, quiere tenernos por compañeros de sus penas: y habiendo sido él arrojado del Cielo, no puede sufrir que nosotros subamos á ocupar su trono. Intenta con gran rabia la ruina del género humano, y la promueve con el mayor conato, ya por sí, ya por los suyos. Nada deja por hacer para derribarnos del Cielo, y arrastrarnos al infierno; y lo hace inflamado de dos clases de odio: 1.º *contra Dios*, á quien desea privar del honor que le deben sus criaturas; 2.º *contra el hombre*, en el cuál aborrece la imagen de Dios, envidiándole su felicidad.

Jesucristo, por el contrario, sólo busca la gloria de Dios, y el bien de los hombres: *pues vino á buscar y salvar lo que habia perecido; vino para que los mortales tengan vida; vino á dar su vida por la redencion de muchos; y no sólo muchos, sino todos los hombres quiere que se salven, y vengán al conocimiento de la verdad*¹. A este fin nos ha dado muy grandes y preciosas promesas, para que con ellas seamos hechos participantes de la naturaleza y felicidad divina, huyendo de la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo². Este es el único blanco de sus deseos; este el término de sus trabajos y fatigas, conviene á saber, *nuestra santificacion y redencion*. Con lo cuál nos enseña, no sólo á procurar nuestra perfeccion, sino tambien la salvacion de los prójimos, por el modo conveniente al estado en que nos hallamos.

Así lo persuade: 1.º *la rabia de Lucifer*, que todo se emplea en daño de los mortales. Fuera

¹ Luc. 19, 10.—Jo. 10, 10.—Mat. 20, 28.—1. Tim. 24.

² 2 Petr. 1, 4.

cosa vergonzosa que el demonio y sus secuaces hicieran más para perder tantas almas, que nosotros para salvarnos; 2.º *el ejemplo de Cristo*, que para librarnos del infierno, y abrirnos las puertas del Cielo, sufrió por 33 años tantas penalidades y trabajos, tantos dolores é injurias infames y sangrientas. Fuera cosa vergonzosa estar mano sobre mano, mirando la ruina de aquellos por quien Dios hombre murió entre dos ladrones, clavado en infame madero; 3.º *la excelencia y utilidad del celo de las almas*, que declararemos en la lectura siguiente.

¡Oh Jesus mio! Servirte es reinar. Como renuncié en el bautismo, así vuelvo ahora á renunciar á Satanás y á sus pompas; renuevo el propósito que concebí en la meditacion del Reino de Cristo, de seguirte á donde quiera que fueres: debajo de tus banderas militaré como *buen soldado* tuyo; me emplearé en procurar no sólo mi perfeccion sino la de mis prójimos, estando indiferente para tomar el medio de que gustares, y me dieres á conocer al tiempo de la eleccion.

Punto II.

Considera la *diversidad de armas* con que acostumbra pelear cada capitan. Porque como en otro tiempo Goliat, mónstruo de la naturaleza, salió al campo armado *de espada, lanza y escudo*, así tambien Lucifer presenta la batalla ceñido de tres armas, que son las tres concupiscencias. A los avaros los atrae y convida con riquezas, á los soberbios con honores, á los delicados con deleites. Tesoros, dignidades y gustos

son el cebo con que el cazador infernal procura hacernos caer en sus redes; son los grillos con que aprisiona en la cárcel eterna; son las armas con que hace guerra al cielo, vence las almas, y se opone al Reino de Cristo.

Jesucristo por el contrario, así como David armado de honda, piedras y cayado venció al Filisteo; así también El, acompañado de la pobreza, desprecios, y miseria, baja al campo para destruir á sus enemigos. De estos tres medios se vale como de instrumentos aptísimos para vencer al Demonio: estas son sus armas para reparar la gloria de su Padre, y obrar la salud de los hombres.

¿Qué cristiano no aborrecerá con odio sumo las riquezas, honores y deleites, siendo ellos el anzuelo y lazo con que Luzbel trae á las almas á su perdición? ¿Y quién no estimará, amará y buscará los desprecios, pobreza y dolores, que son los medios más eficaces para alcanzar la corona de la gloria?

Ademas de esto, los tres compañeros de Cristo son del mismo mérito, precio y dignidad que los fragmentos y partecitas de la Santa Cruz, por ser ellos, con el uso, y contacto del Salvador, elevados á orden superior. Y aun mayor utilidad nos traen estos que aquellos; pues por estos nos apartamos de los vicios, quedamos desengañados de la vanidad del mundo, y nos hacemos semejantes á Cristo. En ellos está escondida grande unción y suavidad, porque sosiegan el alma, la elevan sobre la tierra, llenan de luz el entendimiento, y anegan en torrentes de dulzura la voluntad.

¡Oh Jesus mio! Arrancad finalmente de los entendimientos de los hombres las erradas má-

ximas con que se persuaden falsamente que las desgracias, dolores y pobreza son miserias de esta vida; ántes bien infundidos aprecio sumo, amor tierno, y deseo ardiente de estas cosas, por haber sido elevadas por vuestro ejemplo á orden sobrenatural.

Punto III.

Considera *la diversidad de costumbres* de ambos capitanes. Luzbel, sentado en cátedra de fuego y humo, dice con voz ronca, y mirada feroz: *Venid, llenemos nuestras casas de despojos, gocémonos en la multitud de riquezas; coronémonos de rosas; no haya prado que no lo huelle nuestra lujuria; dejemos por do quiera señales de nuestra alegría. Subamos al cielo, pongamos nuestro trono más elevado que los astros de Dios, subamos sobre las nubes, y seremos semejantes al Altísimo*¹. A esto estimula el demonio á sus secuaces; la soberbia, avaricia, y sensualidad son el principio y fin infeliz de sus convites. Turbacion, zozobra, inquietudes, temores, desesperacion, son los compañeros inseparables: por aquí conocerás la serpiente infernal que se esconde en estas flores.

Pero al contrario, *cuando nombro á Jesus me represento un hombre manso y humilde de corazon, benigno, sobrio, casto, misericordioso, notable en toda clase de santidad y hermosura; que no acaba-*

¹ Prov. 1, 12 y 13.—Salmo 48, 7.—Sab. 18, 9.—Isai. 14, 13.

*rá de romper la caña quebrada, ni apagará el lino que humea; que no es triste ni turbulento; su conversacion no tiene amargura, ni fastidio su trato, sino que es bueno y amable, causador de alegría y gozo; que brilla como luz, é ilumina á los hombres rectos de corazon, infundiéndoles dulcedumbre y paz. Su doctrina se resume en estas palabras: niégate á ti mismo, déjalo todo, renuncia á todo, ponte en el último asiento, abstente y sufre*¹. Humildad de corazon, dolor del cuerpo, pobreza de espíritu, tal es el deseado término que busca J. C., acompañado de alegría, quietud, serenidad, confianza y fervor.

Por lo cuál, aquellos primeros eran signos del mal espíritu, estos segundos son indicios del bueno; éste arte de discernir espíritus es muy útil y necesario en el negocio de la eleccion. La diversidad de costumbres en ambos capitanes, nos debe servir de grande estímulo para que dejando á Satanás, sigamos la bandera de Cristo.

AFFECTOS.

Creo, oh Jesus mio, que por tu Eterno Padre has sido constituido *Rey de Sion, y capitan de Israel*; que eres su Hijo amado, cuyas palabras nos mandó oír, y seguir sus pasos. Creo que *no hay en otro alguno salvacion*, sino en ti; á quien servir es reinar, y pelear debajo tu bandera, triunfar.

¹ S. Bern. serm. 25 in Cant.—Isai. 42, 3.—Sab. 8, 16, y 12, 1.—Prov. 4, 18.—Salm. 111, 4.—Amos 9, 13.—Isai. 45, 7.

*Quiero militar á tus órdenes, me alisto en tus filas, declaro enemistad perpetua al demonio, renuncio á sus pompas y vanidades. Léjos de mí el abandonarte solicitado por la paga mezquina de aquel, de cuya tiranía me redimiste con tu sangre*¹.

Creo, Señor, porque tú así lo dijiste, que son bienaventurados los pobres, y aquellos á quienes aborrecen los hombres, y echan de sí como á malvados; son bienaventurados si les maldijeren y persiguieren; aquellos contra los cuales dijeren, con mentira, toda maldad. Finalmente, y son bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque lo que es de la honra, gloria y virtud de Dios, reposa sobre ellos². Por el contrario, creo lo que dijiste: ¡Ay de los ricos! Ay de los hartos, y de aquellos á quienes bendicen los hombres. Ay de los que tienen aquí su consuelo, porque tendrán hambre y sed, gemirán y llorarán³. Así lo creo, porque tú, que no puedes engañarte ni engañarme, lo dijiste.

En vista de esto, desprecio y aborrezco las riquezas, honores y deleites, y huyo de ellos como de atractivos propios del infierno, muy contrarios á tus ejemplos. Estimo, amo y apetezco la pobreza, desprecios y dolores, como medios aptísimos para la perfeccion, santificados y elevados por ti al órden sobrenatural. ¿Qué me aprovechará vivir en la tierra rico, honrado y feliz, si así me aparto de mi fin, y como fugitivo de las banderas de Cristo, me condeno en las

¹ S. Cipr. de dupl. martyr. ad Fortunat.

² Luc. 6, 20.—Mat. 5, 11.—1. Petr. 4, 14.

³ Luc. 6, 24 y sigs.

de Luzbel? ¿Qué me dañará consumirme aquí pobre, despreciado y miserable, si así, como buen soldado de Cristo, llego á la gloria? De mí mismo me avergüenzo, por haber estimado, amado y buscado lo que tú en tanto grado despreciaste, aborreciste y huiste; y de haber despreciado y aborrecido lo que tanto amabas y estimabas.

Propongo estimar en adelante lo que he despreciado; y como no ama á Dios quien no ama á su prójimo, quiero no sólo trabajar en mi perfeccion, sino tambien en la de mis prójimos, en la vida apostólica, si fuere de tu agrado; y si me hallo por tu misericordia en este altísimo estado, me ofrezco á buscarla por cualquier medio, por árduo y difícil que sea, con tal que así lo quieras Tú; ya sea en las misiones, ó enseñando á niños, visitando enfermos, asistiendo á los moribundos, sirviendo á los apestados, confesando ó doctrinando á la juventud, ó de cualquier otro modo: á todo estoy dispuesto, bastándome tan sólo que me des á conocer tu voluntad, y me apartes de las ilusiones del demonio.

Un coloquio á Nuestra Señora, porque me alcance gracia de su Hijo y Señor para que yo sea rescibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y si su Divina Majestad fuere servido, y me quisiere elegir y recibir, no ménos en la pobreza actual; segundo, en pasar opróbios y injurias, por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona, ni displacer de su Divina Majestad. Pedir otro tanto al Hijo para que me alcance del Padre. Pedir otro tanto al Padre, para que El me lo conceda ¹.

¹ Ejercicios, al fin de esta meditacion.

LECTURA.

DEL FIN QUE DEBEMOS PROPONERNOS EN EL
PRESENTE DIA.

§. I.

I. Despues que N. S. P. nos quitó, con el ejemplo de Cristo, los seis estorbos principales de la indiferencia, mostrándonos que si Dios así lo determinare debemos servirle en desprecios, trabajos y pobreza, como Cristo; en cualquier lugar, oficio y grado de virtud á que nos llamare; en cualquier estado, aun en el Religioso, si así lo quisiere: da otro paso más, y como fruto de la meditacion de las dos banderas, nos quiere tambien indiferentes para la vida apostólica, si fuere del agrado del Señor que la abracemos. Los que se hallaren ya en este género de vida extenderán su indiferencia á elegir aquellos medios que Dios les inspirare para satisfacer *más perfectamente* á tan excelsa vocacion.

La vida apostólica consiste no sólo en atender á la salvacion propia con la gracia Divina, mas con la misma intensamente procurar la de los prójimos. Para que abracemos este estado, si Dios nos llamare á él, ó si ya lo hemos abrazado, para que lo cumplamos *con más perfeccion, y segun* lo quiere el Señor; nos propone S. Ignacio tres estímulos, que explicaremos aquí más largamente, lo cuál proporcionará materia para una repeticion, si se creyere conveniente hacerla.

II. El primer estímulo es la *rabia de Satanás*, con que procura la ruina de las almas. Para representárnosla más vivamente, nos pone S. Ignacio ante los ojos á Lucifer *en aquel gran campo de Babilonia, como en cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa, el cuál hace llamamiento de innumerables demonios, y los esparce..... por todo el mundo, no dejando..... personas algunas en particular....., y los amonesta para echar redes y cadenas*¹. Todos al punto, arrebatados de furor diabólico, se esparcen por el mundo andando por todas partes dia y noche como leones hambrientos, buscando á quién devorar. Atraen ademas á no pocos hombres á su partido, para engañar por su medio más facilmente á los mortales.

Horrenda cosa es ver cuánto ensancha el infierno sus fauces, para sepultar en ellas una inmensa multitud de almas, que caen aunadas como copos de nieve, en el infierno. Cosa lamentable es mirar de cuántas artes, tramas y engaños, de cuánta vigilancia y presteza usan los ministros del abismo para perderlas. Terrible cosa es oír con cuánta arrogancia se promete Satanás suceso feliz, esperando perder no sólo á los pecadores, sino aun á las almas santas.

¿Miraremos nosotros con ojos enjutos, y mano sobre mano, despeñarse al infierno tantas almas, criadas á imágen y semejanza de Dios, redimidas con la sangre de Cristo, templos del Espíritu Santo, hijos del Altísimo, y herederos del cielo? ¿Nosotros, cristianos, á pesar de saber y creer que el precio de una sola alma excede inmensamente

¹ Ejercicios, parte 1.^a de esta meditacion.

á todos los tesoros y preciosidades de mil mundos? Vergüenza da que los demonios estén más prontos para procurar la ruina de los hombres, que nosotros su salvacion; indigna cosa es que los herejes hagan y padezcán más para condenarlos, que nosotros para salvarlos; deshonra es que los secuaces del mundo suden y trabajen más para amplificar el reino de un Príncipe de la tierra, que nosotros para dilatar el imperio de Cristo. ¿Qué responderemos á nuestro Juez cuando nos ponga delante esta desidia?

III. El 2.^o estímulo es el *ejemplo de Cristo*, que procura con tanto conato, y nos convida con tanta suavidad á que le acompañemos en la salvacion de las almas. Cuánto hizo Cristo para salvarnos, bien claro nos lo dicen la cruz, clavos, lanza, cordeles, espinas, azotes: y lo que ahora está dispuesto á hacer y padecer, el mismo Señor lo declaró á Santa Brígida por estas palabras: *¡Amigos míos! Con tanta ternura amo mis ovejas, que si fuese posible querría morir aun ahora por cada una, aquella misma muerte que padecí una sola vez en la cruz*¹. Despues repite lo mismo en el capítulo 58. Esto está dispuesto á hacer y padecer en cada hora en bien de las almas; y nosotros, perezosos, ¿las dejaremos perderse sin mover por ellas ni pie ni mano? Miramos á Cristo, segun nos lo representa S. Ignacio, *en un gran campo de Jerusalem, en lugar humilde, hermoso y gracioso..... cómo escoge Apóstoles..... y los envia por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condi-*

¹ Lib. 1 Revel., c. 1.

ciones de personas..... encomendándoles que á todos quieran ayudar ¹. Ciertamente es necesario ser duro como piedra para no sentirse movido á salvar almas, visto tal ejemplo y convite.

IV. El tercer estímulo es la *excelencia y utilidad* de la vida apostólica. Su excelencia es tal que S. Pablo llama á los que trabajan en salvar almas, *coadjutores de Dios*. Lo cuál explica San Dionisio diciendo: *Son coadjutores de Dios los que tratan de atraerle los hombres, y adornarlos con la santidad*. S. Carlos Borromeo añade: *Nada se puede pensar de más ilustre y noble, que ayudar á Dios en la salvacion de las almas*. Porque como los predicadores de la palabra de Dios ejercitan el mismo cargo que J. C. miéntras vivió en carne mortal, no cabe duda alguna que no pueden hacer cosa más agradable á Dios, ni más gloriosa para el hombre; por lo cuál añade con razon S. Dionisio: *Entre las cosas divinas, la más divina es cooperar con Dios á la salvacion de las almas, la cuál es tambien opinion de S. Gregorio Magno; y ningun sacrificio hay, prosigue S. Dionisio, tan grande como el celo de las almas*.

Su *utilidad* es muy grande, segun consta del Evangelio; porque si Dios, remunerador liberalísimo de todo bien, por un vaso de agua dado á un pobre ofrece tanta merced, ¿cuál dará por la sangre de Cristo, repartida á los fieles en sus sacramentos? Si en el dia del juicio llamará Dios benditos á los que libraron los cautivos, vistieron los desnudos, alimentaron los hambrientos, ¿cómo remunerará á los que redimieron las

¹ Ejercicios, parte 2.^a de esta meditacion.

almas inmortales, de las cadenas del pecado, y de la esclavitud del Demonio, las vistieron con la estola de la gracia, y las alimentaron con el pan de la doctrina? Estos tales *brillarán como estrellas del cielo por eternidad de eternidades*, siendo muy superiores á los demas.

§. II.

I. De esto se ve cuán justo es que extendamos nuestra indiferencia al estado de la vida apostólica, para abrazarlo si Dios nos llama á él. Si ya lo hemos abrazado, determinaremos, al tiempo de la eleccion, el modo *más perfecto* de cumplir sus obligaciones, sin poner límite alguno á la gracia, ofreciéndonos á seguir dóciles todos sus movimientos; siendo este el *primer fruto* que sacaremos de esta meditacion.

En donde notaremos, que nuestro Padre, no sólo quiere que, dejados los reales del comun enemigo, nos pasemos de cualquier modo á las banderas de Cristo, porque esto se supone hecho en la meditacion del Reino de Cristo, sino que tambien desea determinemos seguirle del modo más perfecto, imitándole más de cerca, peleando á su lado más generosamente la misma guerra, y con las mismas armas que nuestro Capitan, para restaurar así el Reino de Dios, disminuido por las artes del infierno.

Quiere S. Ignacio que tengamos siempre presente este fin; que nunca se omita esta meditacion de las dos banderas; y que siempre se dé aun á los seglares, y hasta á los solitarios, porque á todos conviene mirar no sólo por la per-

feccion propia, sino tambien por la ajena, de un modo conforme al estado de cada uno.

II. El *segundo fruto* es, mayor y más viva estima, amor y deseo de los desprecios, dolores y pobreza; y este cabalmente es el blanco principal de esta semana. Por lo que pronto diremos, se verá cuánto ayuda para esto la presente meditacion; pues por lo mismo que el demonio usa de las riquezas, honores y deleites como de lazos para perder á los hombres; y por otra parte toma Cristo en su mano como armas contrarias la pobreza, dolores y desprecios, á fin de librarnos del infierno y darnos el cielo, no puede ménos de suceder que el ejercitante deseoso de su perfeccion y de la de sus prójimos, conciba grande horror á aquellas cosas, que son los principales instrumentos de Lucifer para condenar á los mortales; y por el contrario grande amor á los medios que la Sabiduría encarnada eligió como los más aptos para salvarnos. Con grande destreza imprime S. Ignacio en nuestros corazones el horror á las dignidades, riquezas y deleites, y nos aficiona á las cosas contrarias.

En verdad, que no podia elegir nuestro Redentor, Jesus, mejores armas para destruir el reino de Luzbel; porque como el demonio ha hecho tanto daño valiéndose de las tres concupiscencias, hasta el punto de que en la venida de J. C. estaba el mundo lleno de maldad, de modo que los mortales todos, á excepcion de muy pocos, militaban bajo las banderas infernales; fué muy conveniente que el Salvador, Capitan de la milicia santa, oponiendo bandera á bandera, y armas á armas, venciese el apetito de honras, deleites y riquezas con vida pobre, humilde y dolorosa.

De este modo destruyó el imperio del Demo-

nio, restableció el Reino de Dios, y haciendo un gran estrago en el infierno, hizo que fuesen no sólo amables, sino apetecibles estas tres virtudes. ¿Qué soldado de Cristo habrá que no estime, ame y desee este género de armas, cuyo uso le salió tan bien al Salvador? Es esta meditacion muy eficaz para estimar, amar y desear aquellas mismas cosas que el mundo desprecia, aborrece, y de las cuales huye; y por consiguiente, nos dispone á buscar siempre lo más perfecto, para que subamos á su tiempo al tercer grado de humildad.

III. El *tercer fruto* que hemos de sacar de esta meditacion, es la mejor disposicion para el gran negocio de la eleccion. Si se quiere hacerla felizmente, se debe tener discrecion de espíritus, ó conocimiento de los diversos movimientos del alma, á fin de que no confundamos los buenos con los malos, sino que admitamos las inspiraciones de Dios, despreciando los engaños del Demonio. Para esto nos da mucha luz esta meditacion; porque el fuego de la cátedra de Luzbel, el humo, las tinieblas, el ceño, las amenazas, la rabia, nos hacen conocer que las mociones internas, que nos inducen á buscar los puntos elevados, que encienden el fuego de la concupiscencia, que levantan el humo de la vanidad, derraman tinieblas en el entendimiento, perturban la quietud del ánimo, y nos vuelven pusilánimes, tímidos, tristes; tienen su origen en el infierno: mas por el contrario, la apacible modestia de Cristo, la humildad de su ánimo, su recogimiento, suavidad y tranquilidad; nos muestran que los sentimientos que nos hacen modestos, humildes, recogidos, suaves y tranquilos, vienen del cielo.

En lo cuál se atenderá ademas de esto á dos cosas: 1.^a á lo que nos movemos á elegir; 2.^a al modo con que somos movidos. Si nos movemos á cosas malas, ó aunque indiferentes peligrosas, muy gratas al amor propio, agradables á la carne, y conformes á la soberbia; ó si somos incitados á cosa perfecta sí, pero enseñados por la experiencia sabemos que semejante mocion produce en el ánimo turbacion, tentaciones, inquietudes, desconfianzas, oscuridad, es indicio evidente de que son silbos de la infernal serpiente.

IV. Para discernir con más facilidad los movimientos de nuestro corazon, importa mucho tener conocimiento del órden con que el Demonio acostumbra á tentarnos. Muchas veces empieza á perdernos por la codicia de riquezas, como cosa necesaria al cuerpo, y sustento de la familia; despues que con este engaño obtiene que se allegue la hacienda, nos induce astutamente á emplear los bienes que sobran en procurar honores, comprar dignidades, amplificar el propio estado; de allí pasa á engendrar en nosotros soberbia, convidándonos á que, olvidados de nuestro antiguo estado, aspiremos á otro más alto, nos prefiramos á otros, y los despreciemos. De este apetito desordenado de riquezas y de honras nacen como de fecunda raiz los demas vicios, principalmente la sensualidad.

§. III.

I. Siendo esta meditacion de las dos banderas, de las más principales, no ménos que la de los tres binarios, nunca deben omitirla, ni aun

los que no han de hacer eleccion de estado. El Directorio da la razon por estas palabras: *Pues aunque para estos no es tan estrictamente necesaria como para los que van á deliberar qué estado deben elegir, no cabe duda que es muy útil para ellos, para que se animen á conseguir la perfeccion de que es capaz el estado en que se hallan* ¹.

II. Esta diferencia hay entre las meditaciones del Reino de Cristo, y esta de las dos banderas: 1.º En aquella sólo nos intima nuestro divino Rey la guerra, las condiciones y los enemigos en general, sin señalarlos en particular, ni darnos las armas, ni el modo de pelear: aún no sale al campo el ejército, aún no se ordena sino se previene la guerra; pero en esta meditacion, puestos ya en el campo de batalla, se despliegan banderas, se nos ponen delante los enemigos con quienes hemos de pelear, tomamos las armas con que los hemos de vencer, se traba la batalla, y se nos enseña el modo de triunfar. 2.º El fruto de aquella, sólo era propósito general de imitar á Cristo, sin expresar en qué estado, en qué cosas, y de qué modo habíamos de seguir sus huellas, hallándonos en general indiferentes para todo lo que fuere del agrado de Dios; pero en esta de las dos banderas, descendemos del propósito general al particular, expresando el modo con que lo hemos de cumplir, resolviéndonos á servir á Dios é imitar á Cristo, no sólo en el primer estado de la observancia de los preceptos, ni sólo en el segundo de los consejos evangélicos, sino en el tercero que profesa

¹ Direct. c. 34, n. 3.

la vida Apostólica, si en el tiempo de la eleccion entendiéremos que así lo quiere el Señor, sintiéndonos con cierto afecto á la pobreza, desprecios y dolores anejos á esta vida, como que son las armas más proporcionadas para vencer á nuestros enemigos. 3.º Aquella primera meditacion sólo nos dispone remotamente á la eleccion; esta segunda más próximamente. Pero se notará, que sólo es disposicion, y no la misma eleccion, pues aunque no pocas veces suele ocurrir al ejercitante lo que ha de elegir, pero si bien no ha de despreciar estas luces, tampoco deberá detenerse mucho en ellas.

III. En esta meditacion enseñó Dios á San Ignacio toda la idea del Instituto y fin de nuestra Compañía, y tambien su nombre, llamándola *Compañía de Jesus*, esto es, compañía de soldados que bajo las banderas de Cristo militan contra Luzbel y el infierno, como el mismo santo lo contaba, y lo refiere como oido de su boca N. P. General Everardo Mercuriano. De modo que esta semejanza de las dos banderas no es tanto efecto de su genio militar, quanto comparacion dada por el cielo, que daba á entender á S. Ignacio lo que habia de hacer más tarde, y á nosotros la excelencia y utilidad de esta meditacion: ahora veremos que no es de ménos importancia la meditacion de los tres binarios.

§. IV.

I. Porque despues de haber concebido aquella resolucion generosa de servir á Dios, imitando á Cristo en el estado de vida que gustare, ó de subir en el que hemos elegido á aquel grado

de perfeccion á que nos llamare, sólo resta que elijamos los *medios* más aptos para efectuarlo. Pues no hay duda, que son muchos los que, despues de meditadas las verdades propuestas, conciben estas resoluciones, pero muy pocos los que eligen medios eficaces para ponerlas en obra. Estratagema de que mañosamente se vale el demonio para impedir todo el fruto de los ejercicios. Algunos hay que en el mero hecho de conocer la necesidad de convertirse, juzgan estar ya convertidos, sin distinguir entre el deseo de enmendar la vida, y la misma enmienda de ella. Otros se creen santos porque tienen gran idea y aprecio de la santidad, confundiendo la idea de la perfeccion con su ejercicio; los cuáles se engañan mucho, porque una cosa es el conocimiento de la virtud, y otra muy diversa su práctica.

Para curar este mal añade S. Ignacio, con prudencia divina, á las meditaciones antecedentes la de *los tres binarios*, cuyo fin es persuadirnos que no nos contentemos con aquellos propósitos generales, y buenos deseos de servir á Dios; sino que ademas de esto extendamos nuestra indiferencia á elegir aquellos *medios* que nos parezcan más aptos para efectuar estos santos propósitos, y subir á aquel grado de perfeccion á que Dios nos llama. No basta estar indiferentes para cualquier *estado* de vida, ó *grado* de perfeccion en el que hubiéremos elegido; es menester tambien que lo estemos para tomar cualesquiera *medios* que Dios nos inspire, á fin de cumplir nuestros propósitos generales. ¿De qué servirá el que determines subir á la cumbre de la santidad, si no quieres tomar el camino único que á ella te lleva? En vano deseará llegar uno la fin, si no elige los medios que á él le conducen.

El fin y blanco de esta meditacion es la firme resolucion de tomar aquellos *medios* por los que Dios quisiere llevarnos á la perfeccion, con total indiferencia para todos, de modo que no sólo estemos dispuestos para abrazar *la cosa* de que se trata, sino tambien el *modo* y los *medios* para efectuarla, que es el supremo grado de aquella divina indiferencia que tanto hemos inculcado. Tampoco se hace en esta meditacion la eleccion de los medios, pues sólo es la última disposicion para elegirlos.

II. Distingue en ella N. S. P. tres clases de hombres. *La primera clase* es de los que quieren á la verdad mudar de vida, corregir sus costumbres, y ser perfectos; pero mientras tanto, ó rehusan del todo tomar los medios idóneos para efectuarlo, ó con tregua de mal género, lo dilatan hasta la muerte. Estos son varones de deseos, pero no de obras: son grandes en la intencion, pero nada en la ejecucion, porque no ponen los medios necesarios, ó los difieren. Así hay algunos que, por ejemplo, desean la humildad, pero huyen de los medios de alcanzarla, las ocupaciones despreciables, los grados ínfimos, y los últimos asientos.

Los segundos, aterrados por aquella sentencia del Evangelio, *el que no renuncia á cuanto posee no puede ser mi discípulo* ¹, quisieran con modo más perfecto imitar á Cristo pobre, pero no se atreven á dejar sus comodidades y alhajas supérfluas.

Los terceros conocen la necesidad de mortificarse y refrenarse, pero les impide el amor pro-

¹ Luc. 19, 33.

pio, se les hace durísimo maltratar su carne, abstenerse de ciertos manjares, macerar su cuerpo con ayunos, disciplinas, cilicios, cama dura, y breve sueño. Algunos, persuadidos de la necesidad, excelencia y utilidad de la virtud, se determinan á buscarla, quieren hacerse grandes santos, pero lo diferencian para despues de los estudios, para el principio del Sacerdocio, para el año de tercera probacion. Otros se hallan, finalmente, que llamados de Dios al estado religioso ó á la vida Apostólica, determinan seguirla con resolucion, pero nunca se resuelven á poner en práctica su buen deseo. Todos estos son semejantes al hombre perezoso que quiere y no quiere; al soldado pintado, que siempre amaga y nunca da; al caminante cansado, que sentado á las faldas de un monte, desea subir á su cumbre, pero sin levantarse á dar un paso. Contentos con sus deseos imaginarios de mejor vida, nunca ponen manos á la obra; proponen mucho, pero nada hacen; santos verdaderamente admirables, porque quieren serlo con milagro, deseando ser perfectos sin trabajo, sin hacerse fuerza, ni vencerse.

III. A la *segunda clase* de hombres pertenecen todos los que toman *algunos* medios para conseguir el fin, pero no los que deben; dan algunos pasos, pero fuera del camino; se contentan con vanos propósitos y deseos estériles; hacen algo, pero no como Dios lo quiere; están indiferentes para todo *estado* de vida y *grado* de perfeccion, pero no para todos los *medios* por donde Dios los quiere llevar á la cumbre de la santidad, v. g. para todo lugar y oficio, aunque incómodo y vil; para cualesquier trabajos y desprecios, aunque sean graves; para experimentar los

efectos de la pobreza, aunque contrarios á la salud; para despojarse de todo afecto á los parientes, sacrificar aquella cosa criada que más aman, ó hacer algun acto heróico.

Como no hacer nada, y negárselo todo á Dios fuera mucha rusticidad, quieren los tales con astuto engaño entrar con su Majestad en composicion, y partir el corazon, dando parte á Dios, y otra parte, la mayor, al amor propio y á sí mismos. De aquí es que se enmiendan de algunos defectos, ejercen algunas virtudes, en una ú otra cosa se hacen fuerza, vencen sus apetitos, quebrantan su voluntad, y sujetan su entendimiento. Pero poner la segur á la raiz, sacrificar aquella aficion, extirpar aquel vicio dominante, ofrecerse á la voluntad divina dispuestos á todo, y sin exceptuar nada, esto dicen que no pueden recabarlo de sí mismos; ponen por timidez límites á la gracia, diciendo frecuentemente: *Hasta aquí, Dios mio: no más.* Quieren hacer algo, pero no lo que quiere el cielo; dan algunos pasos en la virtud, pero no por el camino que Dios les muestra; por lo cuál poco ó nada aprovechan, porque no miran tanto al *efecto* que surten estos medios, quanto al *afecto* con que los buscan.

IV. La *tercera clase* es de aquellos que *nin-*
gun medio desprecian ni difieren, procurando subir al grado de perfeccion á que Dios los llama, por los mismos medios que su Majestad les señala. De aquí es que, no quieren dividir su corazon, sino que se lo entregan todo á Dios conforme á la adiccion 5.^a de las veinte, en que dice S. Ignacio: *Al que rescibe los Ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Ma-*

*jestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme á su santísima voluntad, sin poner límites algunos á la gracia, ni exceptuar nada, sino sacrificándolo generosamente todo, y haciendo ó evitando cuanto Dios quiere, con plena indiferencia para abrazar cualquier medio conducente á este fin. Estos son del número de aquellos enfermos, que no sólo quieren sanar, sino que para eso no rehusan medicina alguna de las que les da el médico; son varones perfectos que huyen de particiones, y así se entregan totalmente á Dios, estando indiferentes no sólo á todo estado de vida y grado de perfeccion, sino tambien á cualesquiera *medios*, por los cuáles quisiere Dios llevarlos al deseado término.*

La primera y segunda clase se diferencian en que ambas quieren con voluntad remisa dejar este ó aquel desordenado afecto: pero la primera ni piensa ni pone medio alguno; la segunda pone algunos, pero los que ella, no los que Dios quiere, y así está aparejada para privarse de todo, á excepcion de aquello que ama. La tercera, aun de lo que más ama quiere privarse, si fuere del agrado de Dios, y así sólo inquiere cuál sea su voluntad para seguirla.

De todo esto fué figura Naaman siro, cuyo hecho refieren las sagradas letras. Quería sanar de la lepra, pues por este fin *se vió con el rey de Israel, y fué á la puerta de Eliseo*; pero al principio rehusó el medio de los baños que le prescribia el Profeta: *Creia yo que saldria á verme, y puesto de pie invocaria al Señor, y tocaria el sitio en que tengo la lepra*. Despues quiso bañarse, pero en los rios de Damasco, no en el Jordan: *¿Acaso no son mejores los rios de Damasco que todas las aguas de Israel?* Hasta que finalmente, persuadido de sus

siervos, tomó el medio que le proponia Eliseo: *Bajó, se lavó en el Jordan, y quedó limpio;* para que entendamos que nada conseguiremos si, haciéndonos fuerza, no nos ponemos en la tercera clase.

Considerados los tres binarios ó clases de hombres, mira á cuál perteneces, y con el socorro de la siguiente meditacion procura subir á la tercera. Admira juntamente la gran prudencia de S. Ignacio, que insensiblemente nos lleva al grado supremo de la indiferencia, para el acierto de la eleccion; y la conexion prodigiosa de esta meditacion con las antecedentes, así como su eficacia, por lo cuál se cuenta entre las primeras, y nunca debe omitirse. Porque, como dice el Directorio: *Toda esta meditacion tiene por objeto mostrar al ejercitante cuán vergonzoso es y perverso, su modo de proceder, no sólo si no quiere dejar sus deseos desarreglados, sino tambien si quiere dejarlos, pero únicamente del modo que á él le agrada, y no del que agrada á Dios* ¹.

§. V.

Todo esto nos dispone con admirable artificio para la buena eleccion, pues para hacerla es condicion necesaria *en el que va á elegir, procurar verse libre de todo afecto desordenado, y estar para todo indiferente, inclinándose á seguir el beneplácito divino, una vez conocido, fuere el que fuere* ².

¹ C. 29, n. 6.

² Direct. c. 23, n. 3.

A esto nos ayudan en gran manera todas las meditaciones precedentes.

Mas para que esta indiferencia y disposicion de ánimo eche profundísimas raices, quiere N. S. P. en el que ha de elegir, que *no solamente no se incline más á conservar las cosas terrenas, sino que ademas, cuanto pueda, trate de inclinar su voluntad á lo más perfecto, y á la parte más contraria á la sensualidad y amor propio.* La razon es, porque *así como la vara torcida se debe inclinar al lado opuesto para que quede recta*¹; no de otro modo la naturaleza humana, inclinada con peso vicioso á los honores, deleites y riquezas, se ha de doblar á la parte contraria, esto es, á los desprecios, dolores y pobreza, á fin de que permanezca recta, y en el justo medio. Añade más N. S. P. en la anotacion de esta meditacion de los tres binarios; que cuando sintiéremos afecto contrario, v. g., á la pobreza, y propension á las riquezas, para vencerlo pidamos á Dios, aunque lo repugne la carne, que nos elija para seguir la pobreza, guardando empero la libertad de nuestro deseo para abrazar el camino más conforme al servicio divino. Esta propension, tan distante está de impedir la libertad, que ántes la perfecciona para el acierto de la eleccion. Pero aunque S. Ignacio procura infundirnos en todas las meditaciones de la segunda semana esta propension á lo más perfecto, en ninguna lo hace con más eficacia, que en la meditacion de los *tres grados de humildad*, de los cuáles el tercero es el siguiente: *siendo igual alabanza y glo-*

¹ Direct. c. 23, n. 3 y 4.—C. 30, n. 2.

ria de la Divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente á Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo más, pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno dellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco, por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo. En esta meditacion pone N. S. P. la última mano á la disposicion necesaria para la buena eleccion y reforma de la vida, á lo cuál ha llevado al ejercitante con prudencia divina, y por sus pasos contados.

Si desde el principio nos propusiera este tercer grado de humildad, asustados por su dificultad volveríamos atras llenos de cobardía: para que no sucediese esto, valiéndose de las meditaciones de la vida y Reino de Cristo, y de las dos banderas, primero va haciendo cobrar estima, amor y deseo á la pobreza, dolores y deshonoras, inclinándonos insensiblemente á lo más perfecto, para que, estando dominados por los excelsos pensamientos de hijos de Dios, subamos finalmente al tercer grado de humildad, en el cuál está la total indiferencia, y la disposicion perfectísima del ánimo para la eleccion.

Respecto á este ejercicio se notará: lo 1.º que para reflexionar sobre estos tres grados de humildad no se señala hora especial; y aunque advierte el Directorio que el tercer grado se ha de ir meditando todo el dia, fuera de la meditacion; pero despues añade que tambien puede considerarse *durante la meditacion, en tiempo conveniente* por lo cuál en la meditacion tercera propongo la excelencia del último grado, para que por modo de repeticion se considere algun tiempo.

2.º Si bien es verdad que en estos tres grados está encerrada toda la perfeccion cristiana,

no obstante, N. S. P. los llama *grados de humildad*, más bien que de otra virtud, porque requieren suma sujecion á todos los preceptos divinos, y porque suponen desprecio grande de todas las honras del mundo, así como propension heróica á las infamias y vituperios.

3.º Segun S. Ignacio *aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando á ratos por todo el dia; y asimismo haciendo los coloquios, segun adelante se dirá*¹: levantaremos, pues, hoy el corazon las más veces que pudiéremos, ya á la Virgen Santísima, ya al Hijo, por medio de la Madre, y al Padre por medio del Hijo, para alcanzar este tercer grado de humildad, diciendo estas ó semejantes jaculatorias: *María, maestra de la humildad, alcánzame este tercer grado de humildad: Jesus humildísimo que dijiste: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, elévame al tercer grado de humildad. Oh Padre Eterno: por el amor de tu Hijo, que se anonadó, tomando forma de siervo, concédeme el tercer grado de humildad.*

4.º Este último grado, perfectísimo, es el centro y blanco de todos los ejercicios; porque todas las meditaciones de la 1.ª y 2.ª semana nos disponen y nos llevan á subir á este grado, y las siguientes de la 3.ª y 4.ª nos mantienen y confirman en él.

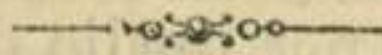
5.º Es ademas esta meditacion como el *compendio* de todas las pasadas, y el resúmen de todo el fruto deseado, como se verá en la conside-

¹ Direct. c. 29, n. 8.

racion de la tarde, la cuál se empezará media hora ántes, para dar lugar al ejercicio práctico de la eleccion. Por donde conoceremos con cuánto fervor debemos emplearnos en este ejercicio de los tres grados de humildad, y cuánto se apartan de la mente de S. Ignacio aquellos autores que ni mencion hacen de él.

MEDITACION II.

DE LOS TRES BINARIOS.



Punto I.

Considera la *maldad* de los hombres de la *primera* clase, que ilustrados con mucha luz del cielo, conocen claramente lo que deben hacer, y lo desean, pero no ponen ningun medio para efectuarlo, difiriendo la ejecucion de dia en dia hasta la muerte. Saben el bien que han de practicar, conocen los motivos que les deben determinar, penetran el modo con que lo han de ejecutar, les sobran medios para ello, tienen tambien voluntad de hacerlo, y con todo esto no hacen nada; desprécianlo todo por pereza, y como mojones que muestran el camino, estanse siempre enclavados en el lodo de su tibieza; todo lo cuál es indicio de ánimo maligno y perezoso. ¿Qué diríamos del enfermo que desease mucho sanar, pero que no admitiera medicina alguna, ó que á lo ménos dilatara el tomarla? No es otra la condicion de los que pertenecen á la 1.^a clase. ¡Ay

de aquel hombre que sabe y no hace; porque *más largo será su juicio!* Si Cristo *no hubiera venido*, y en estos ejercicios *no hubiera hablado*, sería *menor su pecado*. Pero ahora, despues de conocidas estas verdades, despues de mostrado el camino de la virtud, despues de tantas luces é inspiraciones, perseverar inmoble en la misma tibieza y defectos que ántes, ser el mismo despues de los ejercicios que ántes; es ser semejante á aquella tierra que empapándose de la lluvia de gracias, con todo sólo produce espinas y abrojos, por lo cuál *cerca está de la maldicion*.

¡Benignísimo Jesus! Grande perversidad es creer las verdades evangélicas, y vivir como si no las creyera. ¿Qué te responderé, oh Supremo Juez, cuando con voz fulminante me digas: *mal criado, por tu misma boca te condeno?* Sabías esto é hiciste lo contrario; esta es tu fe, y estas tus costumbres. ¡Oh Soberano autor de la vida! No permitas que tantas luces me sirvan sólo para cegarme más, y tantos favores de mayor condenacion.

Punto II.

Considera la *imprudencia* perniciosísima de los hombres de la 2.^a clase, que sólo quieren aplicar los medios que les agradan, no los que Dios les manda para alcanzar la virtud, siendo del número de aquellos enfermos que sólo admiten los medicamentos que son gratos á su paladar, no los que aprovechan á su salud. Conocen, sí, la necesidad de emprender vida mejor, aborrecen la oposicion de sus costumbres con la fe

que profesan, resuelven servir á Dios imitando á Cristo, y para esto determinan poner *algunos medios*, pero sólo aquellos que les dicta el amor propio, no el de Dios.

Vese claramente cuánta es la imprudencia de estos, por los grandes daños que nacen de tan errado modo de proceder. Porque lo 1.º queda perdido todo el fruto de los Ejercicios; perdido el grado de santidad á que somos llamados, y el de la gloria que le correspondia; perdidas tantas gracias y tantas almas que hubiéramos ganado, si hubiéramos dado oídos á la voz divina. Lo 2.º caen los tales, en pena de su repugnancia, en gravísimas tentaciones, en muchísimos defectos, en tibieza desesperada de remedio, y no pocas veces incurren en peligro de perder su eterna salvacion. Sírvanos de ejemplo aquel jóven á quien convidó el Salvador á muy elevada santidad, por estas palabras: *si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y ven y sígueme* ¹.

Habia observado el jóven todos los mandamientos; pero, queriendo servir á su Criador con más perfeccion, *¿qué más me resta?* le preguntó, deseoso de saber la voluntad de Dios; mas entendiendo que habia de dejar su hacienda, y distribuir entre los pobres sus riquezas, si queria seguir á Cristo más de cerca, no pudiendo resolverse á esto *se fué triste*. No faltan autores que juzgan haberse condenado este jóven, fundando su opinion en aquel dicho de Cristo: *¿Cuán difícil es que los tales entren en el reino de los cielos!*

¹ Matth. 19, 21.

más fácil es que un camello pase por el agujero de la aguja. ¡Oh cielos! Todavía conservaba la estola de la inocencia, deseaba ser perfecto: *el Salvador le miró con atención y le amó;* y con todo eso, porque habiendo sido llamado á mayor santidad no subió á ella, porque no se esforzó por llegar á más alto grado de perfeccion, queriendo salvarse por otros medios de los que Dios le señalaba, es probable que se perdió eternamente, y que arde en los infiernos el que pudiera brillar entre los primeros santos del cielo. ¿Quién no temerá con esto?

3.º Para los del segundo grado ó clase de hombres no sólo no desaparecen sino que se aumentan mucho las dificultades, que les asustan en el camino de la virtud. Porque pierden aquella celestial uncion que suaviza los trabajos; se les retira la gracia que lleva á los débiles; se les disminuye la esperanza que endulza las amarguras. Y Dios por su parte, como abomina toda division, y quiere tenerlo todo sin reserva, derrama, como lo asegura S. Agustin, mil sinsabores en sus gustos de ellos, llena de espinas sus caminos, y les hace caer en las mismas adversidades de que huyen, disponiendo al fin las cosas de modo que padecen mucho más en las sendas difíciles de la tibieza, que padecieran en los caminos apacibles del fervor. ¿Quién habrá que en vista de esto cierre sus oidos á la voz de Dios, que por los medios convenientes los llama á la perfeccion?

Punto III.

Considera la *felicidad* de la tercera clase de binarios, los cuáles toman prontamente los medios que Dios les ofrece, y por esto son los más aptos para llegar al fin. Estos, mirando únicamente al servicio de Dios, con total indiferencia para tomar cualquier medio, no esperan para abrazar alguno sino á la señal del cielo. Aborreciendo toda particion del corazon, y cualquiera convenio de la gracia con la naturaleza, caminan con el mayor empeño á muy sublime santidad, por el camino que Dios les muestra.

Su felicidad se conoce, porque los tales: 1.º son dichosos aun esta vida, por los cuatro dotes de gloria que en cierta manera se les anticipan, pues gozan de gran *claridad* en el conocimiento de las verdades eternas; de *agilidad* en la voluntad para el ejercicio de las buenas obras; de *sutileza* en la memoria para formar ideas celestiales; y de *impasibilidad* en el ánimo para no sentir los mayores trabajos, y hasta gozarse en ellos. 2.º Vense inundados aun en este valle de lágrimas de tan copiosos torrentes de deleites, que siendo su corazon incapaz de tanta avenida, ruegan al cielo ponga dique á tanta dulzura, confesando ingénuamente que una sola gota sería sobrada recompensa de todas las amarguras que en el camino de la virtud se experimentan en muchos años. 3.º A los tales los gobierna y defiende Dios con singularísima providencia, el divino amor los lleva en su regazo guardándolos como á las niñas de los ojos; de tal modo les dispone

los sucesos de esta vida, que todo les ayuda para ser buenos; y muchas veces aun los mismos males. ¡Con cuánta razon podemos llamarlos bienaventurados!

El fruto que hemos de sacar de esta meditacion es resolucion firme, no sólo de servir á Dios, imitando á Cristo en el estado que gustare, ó si ya le hemos elegido, en el grado de perfeccion á que nos llamare, sino tambien de hacerlo así, poniendo en juego los medios que nos señalare, sin exceptuar nada, ni poner límites algunos á la gracia, que es la mejor disposicion del ánimo para la eleccion que haremos hoy.

AFECTOS.

Oh Señor, *terrible en los designios sobre los hijos de los hombres; temo tus juicios, que son abismo insondable. ¿Qué te responderé cuando, llamando al cielo y á la tierra por testigos, me digas aquellas palabras de Isaías: Sentenciad entre mí y mi viña, que es mi alma, ¿qué más debí hacer y no lo hice? Llamé á esta alma á grado sublime de perfeccion, le enseñé el camino, le di los medios, y se negó; debió ser santa por la condicion de su estado; pudo serlo por la eficacia de los ejercicios, y habiendo esperado que diera uvas dió agrazones. ¿Qué responderé á esto? Con razon se estremecen de temor y temblor mis huesos, y se espanta mi alma en gran manera*¹,

¹ Kempis l. 3, c. 14.

al pensar en aquel dicho tuyo; á quien mucho ha sido dado, mucho se le pedirá; y á quien se prestó mucho, más le exigirán. ¡Qué infelicidad sería la mia, si este librito de ejercicios que debia servirme de llave para el cielo, me sirviera para entrar en el infierno! ¡Si me sirviera de piedra de molino colgada al cuello, para hundirme más profundamente en el abismo! ¡Verdad terrible! Hay algunos que si no son santos son réprobos. ¡Dios mio! Líbrame de tan grande mal, y concédeme que en adelante vaya á la perfeccion por el camino que tú me señalares, para que no lances contra mí aquel rayo terrible: *Extenderé mi mano sobre ti, y te quitaré la justificacion. Te apartaré á ti, y escogeré á otro que sea segun mi corazon.*

Para que no me suceda esto, aborrezco entrañablemente la *malignidad* de los hombres de la primera clase, que contentos con su veleidad, ningun medio ponen. Abomino tambien la *imprudencia* de los de la segunda clase, los cuáles, avaros con Dios, aplican *algunos* medios, pero no los que deben. Por el contrario apetezco ardentemente la *felicidad* de los de la tercera clase, que indiferentes para todo, sólo toman los *medios* que Dios quiere. Dispuesto estoy á cuanto exigieres de mí, ¡oh Dios mio!

Séanme todas las criaturas testigos de que quiero servir á mi Criador en el estado que El gustare, ó del ya elegido en el grado de santidad á que me llamare, y esto no por otros *medios* que por los que me señalare. Nada exceptúo, ningun límite pongo á la gracia; aunque lo repugne la carne, aunque clamen los sentidos, todo será en vano, porque lo que tú quisieres se hará; solamente *enséñame á hacer tu voluntad.*

Despues, en tres coloquios pedirás esta indiferencia y prontitud de ánimo para todo: 1.º á la Vírgen Santísima; 2.º al Hijo por intercesion de su Madre; 3.º al Padre Eterno por amor de su Hijo. Si sintieres repugnancia á los dolores, deshonra y pobreza, y aficion á los deleites, honras y riquezas, conducirá mucho para vencer este afecto pedir á Dios en estos coloquios, te inspire la eleccion de los que más aborreces. De este modo, inclinando la voluntad á lo que le repugna, quedaremos en perfecto equilibrio, y por consiguiente llegaremos á alcanzar el tercer grado de humildad.

CONSIDERACION

DE LOS TRES GRADOS DE HUMILDAD.

Dice nuestro Santo Padre: *ántes de entrar en las elecciones, para hombre afectarse á la vera doctrina de Cristo Nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando á ratos por todo el dia*¹. Con razon pide esto el Santo: porque, para hacer bien la eleccion, se requiere ánimo puro, no sólo de cualquiera aficion grave, ó levemente viciosa, sino que ademas esté indiferente para todo, á causa de la propension al mal que experimenta nuestra naturaleza corrompida, todo lo cuál no se obtendrá sin fuerte

¹ Nota tercera, ántes de los tres grados de humildad.

inclinacion á lo más perfecto. Alcanzarla es el blanco de esta consideracion, en la cuál, se explican los tres grados dichos, para que se contemplen más detenidamente.

I. *La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna; es á saber, que así me baje, y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca á la ley de Dios Nuestro Señor, de suerte, que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue á pecado mortal; de modo que, ántes quiero con Cristo pobre, despreciado y afligido, vivir tambien yo pobre, despreciado y afligido, que, por un pecado grave, gozar de las mayores riquezas, honras y deleites. Para subir á este grado, que es el fruto de la primera semana, nos sirve de estímulo: 1.º La *gravedad del pecado*, que es sumo por la deformidad de la ofensa, por la vileza del ofensor, por la majestad del ofendido. 2.º La *atrocidad de las penas* sufridas por Luzbel, Adan y nuestro Señor Jesucristo, así como la *crueldad y eternidad de los suplicios* del infierno, todo lo cuál fué asunto de las meditaciones del dia segundo.*

A esto se debe añadir: 1.º La *equidad de la cosa en sí*, porque justo es que el mortal esté sujeto á Dios. 2.º La *obligacion inevitable*, según aquello del Eclesiástico: *teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre*. 3.º La *utilidad de la observancia*; porque así como el mal persigue á los pecadores, así á los justos se les dan bienes. 4.º El *ejemplo de los santos Mártires*, que por no pecar fueron apedreados, aserrados, murieron muerte de espada. 5.º La *suma necesidad*

de este grado para la vida eterna; pues á los que pecan voluntariamente les aguarda la terrible expectation del juicio, y el ardor de un fuego celoso ¹.

Ahora bien, ¿has llegado ya á este grado? ¿Estás preparado para perder ántes la fama, los bienes, la salud y la vida, que pecar gravemente? ¿Qué dices? Si con una culpa grave consigieras grandes riquezas y dignidades; si te libraras de enfermedad prolija y de grave peligro de muerte, ¿la cometerias? ¿Te hallas tan firme, que quisieras ántes perder todos los bienes, y padecer todos los males, que manchar gravemente tú alma?

Ten esto por cierto: el que no arde en implacable odio al pecado, y no se espanta como de la vista del demonio, de sola la ocasion y peligro de pecar, nada ha hecho en el servicio de Dios, ni en la imitacion de Cristo; nada en la recomendada indiferencia, en el deseo de mayor perfeccion; nada ha obtenido del fruto que se busca en los ejercicios. Examina, en esta piedra de toque, tu odio y horror al pecado, y toma los medios más aptos para evitarlo.

II. La segunda es más perfecta humildad que la primera, es á saber, si yo me hallo en tal punto, que no quiero ni me afecto más á tener riqueza, que pobreza; á querer honor, que deshonor; á desear vida larga, que corta, siendo igual servicio de Dios Nuestro Señor, y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen no sea en deliberar de hacer un pecado venial. De modo que, ántes quiera vivir po-

¹ 2. Mac. 9, 12.—Eccles. 12, 13.—Prov. 13, 21.—Hebr. 11, 37, y 10, 26.

bre, despreciado y afligido con Cristo, que con una culpa venial gozar de todas las dignidades, riquezas y deleites. Esta disposicion del ánimo es fruto del primer dia, en especial de la meditacion del fin del hombre.

Los motivos que á esto nos impelen son tres. 1.º Segun los principios que asentamos en la meditacion del principio y fundamento, debemos estar indiferentes para todas las cosas criadas, de modo que de nuestra parte no busquemos más la salud que la enfermedad, la riqueza que la pobreza, el honor que el desprecio, la vida larga que la corta; y no cabe duda que obraria contra esta indiferencia quien por un pecado leve antepusiera el honor á los desprecios, las riquezas á la pobreza, la salud á la enfermedad, la vida larga á la corta. De modo que, si no quere-
mos echar por tierra el fundamento, y perder el fruto que hubiéremos cogido, debemos subir á este segundo grado de humildad, que consiste en querer ántes ser despreciado, enfermar y morir, que manchar levemente el alma. 2.º Los puntos que en la meditacion del fundamento se enumeran, conviene á saber, riquezas y pobreza, honor y deshonor, vida corta y larga, no son más que medios para alcanzar nuestro fin, y medios sólo útiles en cuanto nos conducen al fin; por lo cuál dicta la razon que debemos estar indiferentes para tomarlos ó dejarlos, en cuanto nos ayudaren ó estorbaren para el fin; y por consiguiente en perfecto equilibrio respecto á las riquezas y pobreza, al honor y á la ignominia, á la vida corta ó larga. Ahora bien, quien peca levemente por evitar la pobreza, desprecios y enfermedades, y por conseguir y conservar las riquezas, honores y la vida; falta al debido equilibrio, obra

contra el dictámen de la razon, y hace fin del medio. Por el contrario, el que no quisiere caer en estos abusos, es preciso que suba á este segundo grado.

3.º Debe apartarnos del pecado venial su malicia, que es enorme: 1.º Porque despues del mortal es el mayor mal del mundo. 2.º Porque Dios lo aborrece con odio increíble. 3.º Porque, segun opinion probable de los teólogos, ninguna pura criatura puede satisfacer por él de condigno. 4.º Porque afea la hermosura de las virtudes, entibia el fervor de la caridad, dispone para el pecado grave. A lo que se allega que son gravísimas sus penas, así en este como en el otro mundo. De todo lo cuál se concluye cuánto se debe huir este monstruo del infierno, de modo que no debemos admitirlo ni por la esperanza de cualquier bien, ni por el temor de cualquier mal.

Ahora, pues, mira cuánto es el horror que tienes á esta mancha; pregúntate á ti mismo: si con una mentira leve evitara la pobreza molesta, una grave infamia ó enfermedad, y la misma muerte; ó consiguiera oficio honroso, muchas riquezas, salud robusta, y vida larga, ¿mentiria yo? ¿Es para mí lo mismo ser despreciado, que honrado; tener abundancia de riquezas, que carecer de ellas; vivir sano, que morir enfermo? ¿Qué respondo? Y no obstante este aún no es sino el segundo grado, y fruto de la primera semana. Mira á cuán sublime perfeccion nos lleva S. Ignacio en sus ejercicios, con modo admirable, y casi sin sentirlo.

III. El tercer grado de humildad altísima, á cuya vista desaparecen los dos antecedentes, está en que *siendo igual alabanza y gloria de la*

Divina Majestad, esto es, que, aunque me fuera igualmente fácil salvarme con honores y riquezas, que con pobreza y desprecios; *por imitar y parecer más actualmente á Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo más, pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.* Este tercer grado es fruto de la segunda semana, principalmente de las meditaciones del reino de Cristo, y de las dos banderas, en donde nos encendimos en mayores deseos de imitar más perfectamente á Cristo nuestro Salvador.

Los motivos que nos persuaden este grado son los siguientes: 1.º El *ejemplo de Cristo*, que por nuestro amor eligió el camino de la pobreza, dolores y desprecios; pues *habiéndosele propuesto gozo, se abrazó con la cruz, despreciando la confusión*, para que correspondiendo á su amor le siguiésemos más de cerca, abrazándonos con los desprecios, dolores y pobreza, aun cuando para conseguir nuestra perfeccion y salvacion nos ayudasen igualmente los honores, placeres y riquezas. Es menester que sea insensible aquel á quien el ejemplo de Cristo no mueve al amor de este grado. ¡Qué! ¿Será posible que el Rey de reyes, y Santo de los santos se haya hecho por nuestra causa *varon de dolores, oprobio de los hombres, menesteroso y pobre, sin tener dónde reclinar la cabeza; y el hombre pecador, gusano vil, pase los dias en regalos, y se hinche de soberbia?*

Sabes que los honores, deleites y riquezas son cadenas con que el demonio precipita á los mortales á su ruina; y al contrario que los des-

precios, dolores y pobreza son alas con que volamos al cielo. Crees que Cristo vivió pobre, humilde y en trabajos, para infundirnos el deseo de vida semejante á la suya, junto con el desprecio de las honras, riquezas y deleites; ¡y no obstante aborreces lo que amó Cristo, y amas lo que él aborreció! ¿No tendrás siquiera deseo de llegar al tercer grado de humildad? Que esto lo haga un cristiano, el cuál, segun el grande Niseño, debia ser otro Cristo; y lo que más es, el religioso, que está obligado por su profesion á ser viva imágen del Crucificado, esto ciertamente es una disonancia tan perversa, infiel é ingrata de nuestra fe con nuestras costumbres, que no deja lugar alguno á la excusa. Esta sola contradicción confunde de tal modo nuestro descuido, que á correr por nuestras venas una sola gota de sangre generosa, nos inflamariamos en ardientes deseos de imitar á nuestro divino modelo. ¿Podrá hacer ménos en nosotros el ejemplo de nuestro Salvador, que en un soldado el de su capitan? Supongamos que un capitan amado de sus soldados avanzara el primero hasta las murallas del enemigo; ¿quedaria alguno en el ejército que á porfía no le siguiese? ¿Y solos los cristianos no seguiremos á nuestro capitan Jesus? Léjos esté de nosotros tal cobardía; subamos con generosidad al tercer grado de humildad, como en general lo prometimos en la meditacion del Reino de Cristo, y despues en particular en la de las dos banderas. Animo, pues: *Ya hemos comenzado: no se debe volver atrás, ni conviene dejar el camino emprendido. Ea, hermanos, vamos juntos; Jesus estará con nosotros. Ya que es nuestro capitan y guia, él será nuestro ayudador. Mirad á nuestro Rey, que va delante de nosotros, y peleará por no-*

sotros; sigámosle varonilmente: nadie tenga miedo á los peligros; estemos preparados á morir valerosamente en la pelea, y no echemos un borron á nuestra gloria, huyendo de la cruz, ¹.

2. El que no se esfuerza á subir al tercer grado de humildad, no permanecerá mucho tiempo en el segundo, ni aun en el primero, pues aunque proponga no manchar su alma con pecado grave ni leve, viviendo en riquezas, honores y deleites, ¿quién no ve que entre tantos peligros es muy difícil no caer? Por lo cuál quien quisiere mantenerse firme en el primero y segundo grado, es menester que procure subir al tercero; porque es de temer que en castigo de haber despreciado la vocacion divina á más sublime perfeccion, nos sustraiga el Señor los auxilios, transfiera la serie de las gracias á otro que las aproveche mejor, corte el hilo de nuestra especial providencia, permita nos sobrevengan graves tentaciones y caídas, y pronuncie contra nosotros aquella sentencia: *te llamé al tercer grado de humildad, y no me escuchaste; pues yo me reiré y me burlaré de ti cuando te acaezca lo que temias; cuando viniere sobre ti calamidad repentina, y la muerte como tempestad.* Para que no nos suceda esto, sigamos pronto á Cristo que nos llama á este grado.

3. De este último modo de humillarse, como de raíz, nació toda la forma é idea de nuestra Compañía, y muchas de sus constituciones, principalmente la regla undécima del Sumario, en la cuál se nos manda aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza, como

¹ Kempis l. 3, c. 56.

son, honores, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles quanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; es á saber, afrentas, falsos testimonios é injurias. Y aun en el exámen general en la Compañía quiere nuestro Santo fundador que sea preguntado el que desea ser admitido en la Compañía, *si se halla en los tales deseos, tanto saludables y fructíferos para la perfeccion de su ánima. Donde por la nuestra flaqueza humana, y propia miseria, no se hallase en los tales deseos así encendidos en el Señor nuestro, sea demandado si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos. Si respondiere affirmative, deseando hallarse en los tales y tan santos deseos, para mejor venir al efecto dellos, sea interrogado si se halla determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia, mediante la gracia Divina, cuando quiera que las tales injurias, ilusiones y oprobios incluso en la tal librea de Cristo nuestro Señor, y cualesquier otros se le hicieren, no dando á ninguno mal por mal, mas bien por mal.* Ahora pues, si S. Ignacio exige esto de los pretendientes y novicios, ¿qué no esperará de los veteranos y profesos? Qué cosa tan monstruosa sería, que ni pensamientos sintieran de cumplir esta regla, y que apénas tuvieran noticia de ella, reputándola sólo por piadosa teoría siendo cierto que en esto consiste el espíritu, vigor y felicidad de la Compañía.

De todo lo cuál consta abundantemente con cuánta razon se dice este tercer grado, *tesoro escondido en el campo de los ejercicios, margarita digna de comprarse á todo precio, médula de la via iluminativa, compendio de la doctrina evangélica, suma de toda la perfeccion, fuente copio-*

sísima de gracias, *misterio* en que está oculta la sabiduría de Dios, del cuál dijo Cristo: *Padre, Señor del cielo y de la tierra, alábote porque ocultaste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos*¹.

Estos ciertamente son estímulos eficaces para subir al tercer grado de humildad, coronando así la buena disposicion del ánimo, necesaria para el acierto de la eleccion, que consiste en tener plena indiferencia para todo, la cuál se alcanza con esta propension á lo más perfecto. Dispuestos de este modo, empezaremos por la tarde con ánimo generoso el gran negocio de la eleccion, en un tiempo intermedio entre la consideracion y la meditacion. Pero ántes se terminará esta consideracion con los mismos coloquios con que terminamos las meditaciones de las dos banderas y de los tres binarios.

Los puntos de que se ha de deliberar se suponen ya prevenidos y escogidos; muchos de los cuáles señalamos en la lectura de ayer para que sirvan de norma. Téngase muy presente que el blanco principal de la eleccion es la seria enmienda y reforma de nuestra vida y costumbres, la cuál se hará por los medios más eficaces que aquí se determinarán, hasta subir al tercer grado de humildad.

EJERCICIO PRÁCTICO, Y MODO DE HACER LA ELECCION.

Preludio primero. Haz un vivo acto de fe, creyendo que Dios está íntimamente presente,

¹ S. Mat. 11, 25.

y que eres criado para servirle del modo que más le agradare.

Preludio segundo. Habiéndote propuesto la cosa de que vas á deliberar delante de Dios, pedirás gracia para conocer y cumplir su voluntad, tomando ó dejando la cosa de que se trata.

Preludio tercero. Harás un acto de indiferencia para abrazar cualquiera de los dos extremos, sin mirar á otra cosa que al fin último para que fuiste criado, buscando la mayor gloria de Dios, y el cumplimiento de su voluntad.

Ademas, el que va á hacer eleccion recójase dentro de sí, y todo el tiempo que dure la deliberacion cierre las puertas de los sentidos, aparte el alma de otros asuntos, y nada quiera oír ó ver que no venga de arriba ¹.

EJERCICIO DE LA VOLUNTAD,

QUE NUESTRO SANTO PADRE LLAMA SEGUNDO TIEMPO.

El alma, con profunda humildad y ardiente deseo de conocer y hacer la voluntad divina, ofrézcase á Dios muchas veces, ya para lo uno, ya para lo otro, diciendo: Señor, ¿quieres que escoja y haga esto? ¿Quieres que escoja y haga lo otro?.... Imitando á un cortesano, que presenta á su Rey alguna comida para explorar si le gusta; observando mientras tanto en el secreto de su corazon los movimientos internos del ánimo,

¹ Direct. c. 33, n. 5.

con que uno se inclina más á una parte que á otra, suspendiendo para este fin, en cuanto fuere posible, todo ejercicio de las tres potencias, poniendo la mira en que con este silencio del alma se oiga mejor la voz de Dios.

Pero notarás, lo primero, que si sintieres algunos movimientos más á una parte que á otra, lo examines segun las reglas de discernir los espíritus ó movimientos del alma, que se pondrán más adelante. Lo segundo, que si no sintieres movimiento alguno, ó aunque lo sientas, pases al

EJERCICIO DEL ENTENDIMIENTO,

QUE

NUESTRO SANTO PADRE LLAMA TERCER MOVIMIENTO.

Aquí pesaré las razones en pro y en contra de ambas partes; las comodidades é incomodidades, las ayudas y estorbos que de una y otra parte se pueden esperar ó temer para mi salvacion eterna; y estas razones las pesaré en la balanza del santuario, sin contrapeso alguno terreno, y luégo las ofreceré á la Santísima Trinidad, para que las apruebe ó repruebe.

Despues me preguntaré á mí mismo: 1.º ¿Qué aconsejaria yo á un amigo, que hiciera ú omitiera acerca de lo que se trata? 2.º ¿Qué desearé haber hecho en el trance de la muerte? ¿Qué en el juicio, y por toda la eternidad? Pues haré lo mismo que aconsejaria á otro, y lo que en otro tiempo desearia haber puesto por obra.

Pero atenderé con gran cuidado *que aquel amor que me mueve, y me hace elegir la tal cosa,*

*descienda de arriba, del amor de Dios; de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más ó ménos que tiene á la cosa que elige, es sólo por su Criador y Señor*¹. Por lo cuál me guardaré de admitir razones algunas que no sean celestiales, esto es, que sean de carne y sangre, ó que contengan algo humano y terreno; porque todo debe brotar de aquel solo principio que es el deseo de la gloria de Dios, de cumplir su voluntad², y de conseguir mayor semejanza con Jesucristo. Para esto conducirá mucho el tercer grado de humildad. Porque supongamos que tratándose de un asunto determinado, despues de diligente exámen aparezca en entrambas partes igual utilidad para conseguir el fin; en este caso dudará y no sabrá qué hacerse quien no tenga el tercer grado, y aun quizá la hermosa apariencia de los honores y riquezas le atraerán á su eleccion. Pero quien por haber llegado á este grado, tuviese esclarecidos los ojos, luégo elegirá aquella parte que le haga más semejante á su capitán Jesus. De donde inferirás cuánto ayuda este grado para la buena eleccion.

*Si ademas del amor divino se presenta algun motivo humano que inclina el corazon á lo mismo; si este no se opone á la ley y voluntad de Dios, y de suyo es bueno, como el propio consuelo, descanso espiritual, cuidado de la salud, ó cosa semejante; no por eso se ha de tener por mala la eleccion. Conviene, no obstante, que este motivo humano sea el ménos principal, y que mueva ménos; y aun entónces debe referirse al amor de Dios*³.

¹ El segundo modo para hacer eleccion.

² Direct. c. 33, n. 5.

³ Direct. c. 33, n. 5.

IV. Pesadas maduramente las razones de entrambas partes, y limpios los ojos del polvo de cualquier siniestra afición, determinarás finalmente lo que hubieres de hacer ú omitir, elegir ó desechar, acerca de la cosa propuesta, pasando en seguida á la

CONCLUSION DE LA ELECCION.

I. En presencia de toda la corte celestial, ante el trono de la Santísima Trinidad, concluirás el negocio de la eleccion, diciendo: Porque juzgo que esto es la voluntad de Dios, y cede en su mayor gloria, por estas y estas razones del tercer tiempo, y por los impulsos del segundo tiempo, elijo hacer esto ú omitirlo. 2.º Esta eleccion se la ofrecerás á la Vírgen Santísima, y por su medio á Cristo N. S. para que la bendiga y confirme, llamándolos por testigos de tu propósito. 3.º Convidarás á todos los santos del cielo para que te ayuden á dar gracias á Dios, por haberse dignado manifestarte su voluntad; y les pedirás te alcancen abundantes gracias para cumplirla, eligiendo para esto algun patrono especial.

Despues, por un rato harás alguna oracion mental ó vocal, en la cuál estarás atento á ver si por algunas mociones ó ilustraciones se confirma tu ánimo en la eleccion, ó por el contrario se enflaquece. Si lo primero, es señal de buena eleccion: si lo segundo; examinarás si estas mociones son del bueno ó mal espíritu; si del malo no enmendarás la eleccion; si del bueno repetirás de nuevo el ejercicio de la eleccion. Pero si

nada notable te sucediere en la oracion, será indicio de que Dios quiere que averigües su voluntad por los actos del entendimiento.

Si aconteciere que se inclinase alguno en el segundo tiempo, ó en el ejercicio de la voluntad, á alguna cosa, y despues en el tercer tiempo, ó ejercicio del entendimiento, sintiese lo contrario; entónces, si las razones que en el tercer tiempo han movido al entendimiento, son graves, se guiará por ellas; pues no siendo cierto si la inclinacion que tuvo la voluntad en el segundo tiempo es de Dios, más seguro parece seguir al entendimiento, fundado en graves razones: pero si al contrario, las razones del tercer tiempo fuesen débiles, y las mociones de la voluntad fuertes, y examinadas por las reglas que daremos, se hallasen ser de Dios, entónces la eleccion del segundo tiempo se antepondrá á la del tercero. Pero entre las obras buenas se hará más caudal de aquellas que son de mayor mérito, necesidad, utilidad y perfeccion, que son más durables y universales, y admiten menor dilacion. Las reglas siguientes podrán leerse en otro tiempo acomodado.

REGLAS DE DISCRECION DE ESPÍRITUS.

I. Si te sintieres inclinado más á una parte que á otra, mira si estos movimientos te llenan de consuelo, alegría y paz, y te encienden en mayores deseos de seguir la virtud; ó al contrario te sepultan en tristeza, tedio, turbacion y distracciones, y excitan en ti malas mociones, entibiándote en el fervor de la perfeccion. Estas

últimas son señales claras de que los impulsos son del demonio. Atiende tambien si sientes que Dios te ofrece tantas fuerzas espirituales, cuantas necesitas para la obra que intentas; porque esta oferta es indicio de la voz divina. Observa ademas de esto si estos movimientos te animan á practicar el bien siempre y constantemente, porque la inconstancia y ligereza son señales del mal espíritu.

II. Fuera de lo dicho, observarás tambien el principio, medio y fin de estas mociones. En el *principio* mirarás si las empezaste á sentir cuando gozabas de fervor, paz y consuelo; ó en tiempo de amargura, tristeza ó algun otro afecto rebelde, que turbaba la serenidad del ánimo. O si por ventura se te ocurrieron, no en su propio tiempo sino en otro impertinente, cuando te ocupabas en otra obra que no tenia conexion con estas mociones, y que te impedia su cumplimiento; este modo desconcertado no es del cielo. 2.º En el *medio* observarás si con quietud interior dan tranquilidad á la voluntad, y con soberana claridad ilustran el entendimiento; ó al contrario, á este lo ofuscan y á aquella la inquietan. 3.º En el *fin* atiende si dejan como clavados en tu alma algunos estímulos que te hagan correr en el camino de la perfeccion, hacer con menos defectos las obras ordinarias, recoger más los sentidos y el ánimo, ó al contrario, te causan náusea á las cosas celestiales, fastidio de la virtud, tristeza, tedio y tibieza. Lo primero será señal de buen espíritu, lo segundo de malo. 4.º A esto se añade que los impulsos del cielo son conformes á las sentencias de la sagrada Escritura, á los pareceres de los santos y teólogos, á las costumbres recibidas en la Iglesia, á los usos

de las familias religiosas, á las obligaciones de nuestro estado y ministerio. Tambien son acomodados á nuestra índole é ingenio, fuerzas y habilidad, á la condicion, oficio y edad.

III. Para mayor inteligencia de lo que hasta aquí hemos dicho, queda por explicar qué cosa sea consolacion y desolacion. La *consolacion* es uncion espiritual venida del cielo, cuya naturaleza es darnos, cuando se halla presente, facilidad y aun deleite y gusto en el ejercicio de las virtudes, haciendo que las obras de la carne nos sean desagradables é insípidas. Sus *efectos* son, paz y quietud interior, gozo espiritual, luz y conocimiento claro de las cosas divinas, lágrimas, elevacion de la mente á Dios, esperanza firme en él, sentimientos de las cosas eternas, deseo de las celestiales, y amor divino, los cuáles todos son dones del Espíritu Santo. Pero nos guardaremos de hacer algun voto en el tiempo de la consolacion. La *desolacion* trae por el contrario tristeza, perturbacion de ánimo, esperanza en las cosas ó personas, amor de las cosas caducas, sequedad y evagacion de la mente á las criaturas; todo lo cuál viene del mal espíritu ¹.

ADVERTENCIA.

Pudiéndose, segun el Directorio, considerar el tercer grado de humildad *aunque sea á modo de meditacion, cuando pareciere conveniente, para*

¹ Direct. c. 27, n. 3.

que su excelencia se imprima más en el corazón, y nos animemos más á buscarlo; lo mismo que para tratar el negocio de la elección *cuando está el ejercitante haciendo la meditacion y oraciones acostumbradas*; ha parecido conveniente proponer en la meditacion inmediata las prerogativas de este grado, á fin de que se consideren más profundamente, advirtiéndole que *no se gaste más de media hora en la repetición del ejercicio de la elección*. En ella *examine el que va á elegir si duran en él los mismos sentimientos y movimientos, ó si le han sobrevenido otros contrarios*. Con lo cuál obtendrá dos cosas: acabar de entender bien el tercer grado de humildad, y perfeccionar y consolidar la elección.

MEDITACION III.

PREROGATIVAS DEL TERCER GRADO DE HUMILDAD.

Su generosidad y excelencia. 1.º ¿Qué cosa más heróica, que aun cuando fuese igual gloria de Dios, y mérito nuestro, querer más bien ser pobre, despreciado y afligido con Cristo, que rico y honrado, y estar colmado de placeres? 2.º ¿Qué idea más generosa que corona ceñirse de espinas más bien que de oro, sólo por parecerse más á Cristo? 3.º ¿Ni más sublime que aborrecer y huir cuanto el mundo ama y busca, y al contrario, amar y buscar cuanto él huye y aborrece? Porque, si es espectáculo digno de los ojos de Dios ver un hombre bien hallado con su mala fortuna, ¿qué será quien no sólo la sufre con paciencia como el santo Job, sino que también la pro-

voca con valor á ejemplo del Apóstol? Oh Señor, concededme que no degenerare de los excelsos pensamientos de los hijos de Dios.

Punto II.

Su felicidad. 1.º El que ha subido al tercer grado de humildad goza ya anticipadamente de paz semejante á la de los bienaventurados; porque ¿qué podrá alterarla cuando él mismo desea y busca ser pobre, afligido y despreciado? 2.º Está ademas muy cercano al centro de toda felicidad y gloria, que es Cristo; pues viste como Cristo, se alimenta como Cristo, goza con Cristo, y es tratado del Padre como Cristo. 3.º Es el paraíso de Jesus, y las delicias de su corazón; en él gusta reposar con dulcísima familiaridad á la sombra del árbol de la cruz. 4.º Es instrumento aptísimo para promover la gloria de Dios; porque *Dios eligió las cosas locas del mundo para confundir á los sabios, y las cosas flacas del mundo, para confundir las fuertes.* ¿Qué cosa hay más flaca y humilde á los ojos del mundo, que el tercer grado de humildad? Y sin embargo, *lo que parece loco en Dios, es más sabio que los hombres; y lo que parece flaco en Dios, como es el que practica el tercer grado de humildad, es más fuerte que los hombres* ¹. ¿Quién no buscará con la mayor ansia tanta felicidad?

¹ 1 Cor. 1, 25 y 27.

Punto III.

Su utilidad. 1.º Este tercer grado es el camino más seguro para el cielo, por apartarnos de innumerables tropiezos en que nos meten los honores, placeres y riquezas. 2.º Es la senda más breve, y el mayor atajo para la perfeccion, por desnudar al alma de todo afecto siniestro, vistiéndola de virtudes heróicas, y haciéndola semejante á Cristo, en cuya conformidad está colocada la santidad. 3.º Es campo fertilísimo de méritos, por las continuas ocasiones de padecer que ofrecen la pobreza, dolores y desprecios, y por las virtudes sublimes que á cada paso se ejercitan. 4.º El alma que ha subido á este grado duerme alegre en los brazos de la Providencia, haciéndose superior al mundo, y comparable á los ángeles pasa en la tierra vida celestial; como su querer no es otro que el de Dios, siempre hace lo que quiere; goza en fin de las mismas prerogativas que ántes dijimos gozaban los que están completamente indiferentes. 5.º Espera confiada el cumplimiento de aquella palabra: *En verdad os digo, que vosotros, que habeis dejado todas las cosas, y me habeis seguido, recibireis el cien doblado, y poseereis la vida eterna* ¹.

¹ S. Mat. 19, 29.

AFFECTOS.

Creo, Señor, *que son bienaventurados los pobres de espíritu, los que padecen persecucion por la justicia, y aquellos á quienes maldijeren los hombres, diciendo ademas contra ellos, mintiendo, todo mal.* Todo lo creo firmísimamente porque tú, infinitamente sabio y veraz, lo afirmaste, ¡Qué gran tesoro está escondido en el tercer grado de humildad! ¡Qué gracias te debo por haberme hecho conocer y amar!

Abrazo con tiernísimo afecto los desprecios, trabajos y pobreza, como partecitas de tu cruz, santificadas y divinizadas por ti. Tarde conozco su valor; pero lloro mi ceguedad de haber buscado hasta aquí, amado y apreciado unas bagatelas, y al contrario, haber aborrecido y huido cuanto tú amaste y buscaste.

Muy otros serán en adelante mis sentimientos, *porque no es el discípulo más que el maestro, ni el siervo más que el Señor.* Pues habiendo tú, mi Señor y maestro, vivido desde tu juventud en trabajos y cansancio, en hambre y sed, en frio y desnudez; fuera cosa vergonzosa que yo, discípulo y siervo tuyo, huyera de lo mismo que á ti te acompañó hasta la muerte. *Léjos de mí el gloriarme sino en la Cruz de N. S. J. C.* En adelante la pobreza será mi tesoro, el desprecio mi honra, las aflicciones mi placer: *con ellos me desposaré;* el dolor, pobreza y desprecio serán ya mi riquísimo dote.

Repítase aquí el ejercicio de la elección con el mismo orden que ántes, sobre la misma ó sobre otra materia. Además de esto, el acto siguiente se hará muchas veces, en la meditación, y fuera de ella.—¡Oh Señor! más quiero con Cristo despreciado, pobre y afligido vivir despreciado, pobre y afligido, que por un pecado mortal ó venial gozar de todos los honores, riquezas y deleites; y lo quiero aun cuando sin pecado, y con igual mérito mio y gloria de Dios, pudiera gozarlos.

DIA VII.

—

MEDITACION I.

CUÁNTO PADECIÓ CRISTO EN EL HONOR, Y DE QUÉ MODO.

—

Advertencia.

—

Los misterios de la pasión de Cristo se contemplarán: 1.º Como si nos hallásemos á ellos presentes. 2.º Como si sólo por cada uno de nosotros padeciera. 3.º Y sólo por nuestros pecados. 4.º Como si ofreciese sus dolores al Padre Eterno por cada uno de nosotros en particular. El fruto que debemos sacar de la meditación siguiente es mayor firmeza en el tercer grado de humildad, al cuál procuramos subir ayer, ó propósito firme de servir á Dios en adelante, en desprecio más bien que en honra, sólo por imitar

más á Cristo. Si pareciere conveniente podrá leerse el primer punto el dia anterior.

Punto I.

Pondera las *injurias* que padeció Cristo. *Primeramente* le dieron una cruel *bofetada*. Tres cosas agravan mucho esta ignominia: 1.º la *majestad* infinita del que la recibia; 2.º la *vileza* profundísima del que la daba; 3.º la *atrocidad* de la misma bofetada que se daba. 1.º Porque la bofetada fué descargada en el rostro virginal de nuestro Salvador, *en el que desean mirarse los ángeles*; del hombre Dios, Rey de reyes, Santo de los santos, y Juez Supremo de todos. 2.º El que dió la bofetada fué Malco, *hombrecillo vil*, ministro de Satanás, el más ingrato de los hombres, á quien poco ántes habia restituido el mismo Cristo en el huerto la oreja que Pedro le habia cortado. 3.º La bofetada fué descargada con mano armada de guante de hierro, delante del Príncipe de los Sacerdotes, y de los ancianos del pueblo, por una respuesta llena de sabiduría y mansedumbre.

Justamente se admiran aquí los Santos Padres de que á vista de este espectáculo no se abriese la tierra, el sol no se oscureciese, y no se desplomasen los cielos. Fué en verdad milagro de mansedumbre, que al punto no se secase aquella mano sacrílega, ó fuese cubierta de lepra mortal; pero vos, ¡Jesus mio! quisisteis ser herido impunemente, para enseñarnos á amar los desprecios.

En segundo lugar fué Cristo burlado. Ponde-

ra tambien aquí: 1.º quién, 2.º por quiénes 3.º de qué modo fué burlado. El Hijo de Dios, gloria del Padre, delicia del cielo, *que no tuvo por usurpacion ser igual á Dios*, es el burlado, no sólo por la plebe vil, y canalla desvergonzada, en casa de Caifás y en el atrio de Pilatos; sino tambien por Herodes en su palacio, y por los Escribas y Fariseos en la cumbre del Calvario, para que se creyese despreciado con razon á quien concurrían á despreciar los eclesiásticos y seglares, los grandes y los pequeños, los doctos é ignorantes, y esto con modo muy contrario á su majestad, inocencia, santidad, sabiduría y gravedad de costumbres; porque lo hicieron vendándole los ojos, dándole bofetadas, hiriéndole con palos, mesándole los cabellos, escupiéndole en el rostro, y ejerciendo con El otras mil insolencias, como con rey de burlas y de farsa. Temblad, oh cielos: aquel *en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*, es burlado como necio; le visten de blanco como á insensato, le arrastran por las calles como á loco, le atan con cadenas como á fiera, le arrojan al lodo como á gusano vil, y le llenan de inmundos salivazos como á fatuo. ¡Prodigio admirable de humildad y paciencia! ¡Cuánto confunde nuestra soberbia, que tan poco sufrida es!

Lo tercero. Cristo fué *pospuesto á Barrabás*. Aquí ocurren de nuevo las mismas tres consideraciones: 1.º quién; 2.º á quién; 3.º en qué circunstancias fué pospuesto: esto es, la majestad infinita á un hombrecillo vilísimo; el dador de los bienes á un ladron famoso; el autor de la vida á un cruel parricida: y fué propuesto en cosa de gravísimo momento, pues se trataba de muerte infame en una cruz, y esto por voto unánime y

consentimiento de la voz pública de todo el pueblo, de toda la nobleza, de todos los doctores y sacerdotes. Si á Cristo le hubieran comparado con un serafin, áun le hubieran injuriado; ¿pues qué será compararle con un hombre, y eso vilísimo y perverso, y no sólo compararle sino también posponerle, no sólo por parecer de uno ú otro, sino con universal aprobacion de todo el pueblo, que á una voz clamó, *quita á ese, y déjanos libre á Barrabás?* ¡Jesus mio! no sé qué admirar más; si la desvergüenza tan cruel de los hombres, ó tu humildad tan sufrida.

Lo *cuarto*, Cristo fué, con atrocísimas calumnias, cruelmente *deshonrado*, como blasfemo, endemoniado, hereje ó samaritano, como bebedor de vino, destructor del templo, y engañador de la plebe; como ambicioso, rebelde, sedicioso, que se hacia rey, prohibia pagar tributos al César, conmovia al pueblo, y trastornaba toda la nacion de los judíos. Pondera la falsedad de los delitos, la perversidad de los acusadores, la malignidad de los testigos, la iniquidad de los jueces, y las virtudes contrarias de Cristo, conocidas del mundo con evidencia. Si alguna vez llegó á lo sumo la maledicencia fué en esta ocasion; pues parece que no pueden imputarse mayores crímenes. De todo esto es acusado aquel *que no cometió pecado, y en cuyos labios no se halló ficcion; aquel que practicó todas las cosas con perfeccion, y pasó haciendo bien y sanando á todos.* ¡Jesus mio! Verdaderamente eres oprobio de los hombres, desecho de la plebe, desprecio del mundo, el último de los hombres, y aun gusano y no hombre; eres blanco de todas las injurias, y lo quieres ser sólo para enseñarnos á estimar, amar y buscar los tesoros escondidos en la humildad.

Da á tu siervo corazon dócil, para que entienda esta verdad mi entendimiento, y la ponga en práctica mi voluntad.

Punto II.

Admira el *silencio* con que padeció Cristo. ¿Quién no pensára que habia de llamar ángeles vengadores, que habia de fulminar rayos abrasadores, poniendo en armas á todas las criaturas para vengar tan enormes injurias! O por lo ménos, ¿quién no juzgára que Cristo con celestial elocuencia habia de mostrar al mundo su inocencia y la malignidad de sus enemigos? Pero los perdonó, disimuló y calló, *como hombre que no oye, y sin abrir la boca, cual si fuera mudo, á pesar de tener tanto que echar en cara á sus enemigos.*

En verdad que tenias, oh Jesus mio, gravísimas razones para defenderte. Porque, lo primero, es evidente la falsedad de las acusaciones, pues *buscaban algun falso testimonio, y no le hallaron.* Segundo, fué notorio lo desacordes que estaban los testigos: *no estaban acordes las declaraciones.* Tercero, la inocencia de J. C. fué reconocida por el Juez: *ningun delito hallo en este hombre.* Cuarto, la envidia de los judíos estaba manifiesta: *sabía que le habian entregado por envidia.* Quinto, grande era el deseo que tenia Pilatos de librarle: *buscaba Pilatos cómo librarle.* Pero con todo, *no respondió Jesus á pregunta alguna del Presidente* ¹.

¡Oh cielos! Cristo inocentísimo era acusado

¹ Salmo 37, 14.—S. Mat. 26, 60 y 63; 27, 14.—S. Luc. 23, 4.—S. Juan 19, 42.—S. Marc. 14, 59; 15, 10.

de atrocísimos delitos por los Príncipes de los sacerdotes, peritos en la ley, á quienes tocaba juzgar del verdadero Mesías; y le acusaban delante de un juez gentil, al parecer en legítimo tribunal, y delante de toda la plebe. Se trataba no sólo de su propia reputacion, sino tambien de la de sus discípulos y de la reciente Iglesia; se trataba de su doctrina, y de la que despues habian de enseñar y predicar sus discípulos; se trataba de librar su vida para no morir con atrocísimos tormentos. Peligraba no sólo el honor del Hijo de Dios y de su Madre, sino tambien el de su Eterno Padre, y no obstante calla. Y calla, pudiendo desbaratar tan fácilmente las acusaciones de sus enemigos; calla, pudiendo demostrar con tanta evidencia el odio, la envidia y malignidad de sus acusadores; calla, pudiendo esperar con tanta razon sentencia favorable de Pilatos; calla, finalmente, en el palacio de Herodes, de quien podia prometerse todo bien, por los deseos que habia tenido de verle, y por el gozo que recibia con su presencia.

Ciertamente, parece no pueden concurrir tantas circunstancias como las que aquí concurrieron, en que uno quede más obligado, segun las leyes de la prudencia humana, á mirar por su fama, y á defenderse; pero no obstante todo esto, *Cristo callaba*, para ofrecer á Dios sacrificio de su buena fama y crédito, que le era debido más que á todas las criaturas, para aumentar con sus humillaciones la gloria de su Padre, y dejarnos á nosotros ejemplo notabilísimo que imitar. Silencio adorable, que hiciste enmudecer á muchas almas en sus adversidades. Pon, Señor, *guarda á mi boca, para que no se ladee mi corazon á buscar excusas.*

Punto III.

Detesta la *impaciente locuacidad* con que padecemos nosotros los pequeños trabajos que se nos ofrecen. A este espectáculo os convido, quejosos hijos de Adán; fijemos en Cristo los ojos, y aprendamos á poner freno á nuestra lengua en las adversidades. ¡Ea! Comparemos nuestra inocencia con la de Cristo; nuestras acusaciones con las que se hicieron á Cristo; nuestras razones para excusarnos, con las que tuvo Cristo; cotejemos los daños de nuestro silencio, con los que le vinieron á Cristo, y hallaremos muchos motivos para confundir nuestra impaciente locuacidad, con el silencio heróico de Cristo.

2.º Ponderemos despues cuántas gracias, y cuán singulares, nos trae en vida este silencio, y cuánto consuelo en la muerte, para coronarnos de mayor felicidad en el cielo. ¿Estarán ahora pesarosos de haber callado en sus injurias un S. Juan de la Cruz, un S. Pedro Mártir, un S. Juan Francisco de Régis, una Santa María Magdalena de Pazzis y otros innumerables? ¡Con cuánta alegría bendicen ahora mil veces su silencio!

3.º Añádese que las más de las veces, al excusarnos y volver por nuestra fama, no sólo no la salvamos, sino más bien la perdemos, pues somos despreciados por nuestra impaciencia, y perdemos la opinion en que tal vez nos tenían de virtuosos; el mérito del silencio, la paz del alma, y el aumento de la gloria. Por justo juicio de Dios, *sobre el que teme la escarcha caerá nieve;*

y el que huye de las armas de hierro, dará en arco de acero ¹.

Punto IV.

Horrorízate de la soberbia ambicion con que deseamos ser honrados, y huimos de ser despreciados. ¡Qué monstruosidad tan disforme! Jesus es atrozmente abofeteado en el rostro, burlado de la hez de los hombres, pospuesto al mayor delincuente, tratándose de vida ó muerte; y nosotros, gusanillos de la tierra, esclavos del pecado, no sufrimos ser ofendidos ni aun con una palabrilla; á cualquier desprecio, por pequeño que sea, prorumpimos en lamentos, nos dejamos llevar de la ira, y sentimos ser pospuestos á nuestros iguales en cosas de ningun momento. Avergoncémonos de ser soldados tan soberbios, viendo á nuestro capitan tan humilde; resolvámonos á mantenernos firmes en el tercer grado de humildad á que ayer propusimos subir; deseemos ser el desprecio del mundo, y gocémonos de ser burlados y pospuestos á todos.

AFFECTOS.

¡Oh Jesus mio! Despreciado como estás, y lleno de oprobios te adoro con culto de latría, como á mi Dios y mi Señor, como á rey y capitan.

¹ Job. 6, 16, 20, 24.

Tan léjos estoy de despreciarte por eso, que ántes bien venero tu divinidad oculta, y amo con más ternura tu humanidad, porque cuanto te has hecho por mí más vil, tanto eres para mí más amable. ¡Quién habrá que admire bastantemente y ame dignamente la suma Bondad con que quisiste aniquilarte para elevarme á mí, tomando tú la forma de siervo para hacerme á mí hijo de Dios, haciéndote el oprobio de los hombres para hacerme á mí compañero de los ángeles! ¡A qué extremo no te llevó el amor que me tienes!

Padre Eterno, á mí se me debe todo desprecio; á mí, pecador, que con mi soberbia desprecié tu infinita Majestad. Vengan sobre mí todas las injurias y afrentas: pero Jesus, ¿qué mal ha hecho? Mas ya veo, Maestro Soberano, que con amoroso consejo quisiste padecer cosas tan indignas de tu persona para enseñarme á dejar la soberbia y aprender la humildad.

Por lo cuál, creo que *es vanidad ambicionar honras, y ensalzarse en puestos eminentes*; creo que *en todos los honores del mundo hay vanidad y afliccion de espíritu*; creo que *son bienaventurados aquellos á quienes maldijeren los hombres con mentira*; persuadido estoy de que el alma despreciada y tenida en nada, si se goza en ello, vive en el estado más feliz, porque es más parecida y semejante á ti.

Me duelo de haber no sólo llorado al verme despreciado, y de haber huido de la humillacion, sino tambien de haber deseado los honores, y buscado los primeros puestos. Cuán ciego estaba al obrar de este modo, *pues á lo malo llamaba bueno, y á lo bueno malo, poniendo tinieblas por luz, y luz por tinieblas*; mas ya propongo enmendarme en adelante.

Los desprecios serán mi herencia, y el término de mis deseos. Con silencio, paciencia y aun con gozo sufriré los desprecios, injurias y calumnias; y si alguna vez, olvidado de mis propósitos, quisiere elevarme, muy bien merecido tendré el ser humillado y confundido en pena de tan necio deseo.

Oh Señor, *me haré más vil de lo que me he hecho, y seré bajo en mis ojos; dame que yo muera á todo lo que hay en el mundo, y que desee por ti ser despreciado y olvidado en el siglo, porque he elegido estar despreciado en la casa de Dios; no permitas que por la impaciencia y locuacidad me prive del mérito del silencio. Gracias te doy por el bien de las humillaciones que me has enviado en todo el trascurso de mi vida, y hasta me alegro de los dias en que me humillaste. ¡Cuánto deseo abajarme y aniquilarme por ti, que por mi amor te anonadaste!*

LECTURA.

FRUTO QUE SE HA DE SACAR EN ESTE DIA.

§. I.

I. En la tercera semana de los ejercicios, á la cuál se dedica este dia, *se establece y confirma la eleccion ya hecha de mejor vida, y el deseo de servir mejor á Dios, en vista de la pasion de nuestro Señor y Salvador. Estas palabras son del Directorio*¹, con las cuáles declara: 1.º el fruto

¹ C. 35, n. 1.

que se ha de sacar de las meditaciones de este día; 2.º el *medio* para alcanzarlo. Aquel es la constancia en la buena eleccion ya hecha; este consiste en la tierna memoria de los dolores de Cristo. Ambos indican bien la prudencia de San Ignacio; porque no puede señalarse fin más útil, ni escogerse medios más aptos para conseguirlo.

Es evidente que no puede señalarse fin más útil, por la arduidad de la *cosa elegida*, y la inestabilidad del que *elige*; pues juntas las dos dificultades ponen en grave peligro de faltar á la eleccion hecha, y al propósito de vida mejor; quedando por consiguiente frustrado todo el fin de los ejercicios.

Porque muy árduo y difícil es el tercer grado de humildad, y pide constancia invencible en la ejecucion de los santos propósitos: por otra parte es nuestra condicion mudable, inclinada siempre al mal; por lo tanto, era de temer que, asustada la voluntad por la dificultad y trabajo, desistiese del bien comenzado, dejando el camino de la santidad que habia emprendido. Grande es la diferencia que hay, segun S. Francisco Javier, entre el afecto y el efecto, entre los deseos y las obras, intencion y ejecucion. No es lo mismo navegar á las Indias con la imaginacion, y el deseo, hallándose en la Iglesia ó aposento, de rodillas, gozando de consuelos celestiales; que embarcarse de véras, y navegar entre tormentos y peligros continuos de naufragar. Una cosa es ofrecerse en la oracion á los desprecios y oprobios, á los trabajos y dolores, á la pobreza y miserias, y otra muy diversa padecer todo esto realmente. Finalmente, se halla muy notable diferencia entre aquellos que, sin faltarles nada, ponen toda su confianza en Dios; y los que, fal-

tos aun de lo necesario, y en medio de peligros, no dejan de esperar en Dios. El mismo apóstol de las Indias confiesa en una carta que escribe á los jesuitas de Roma, haberlo experimentado por sí mismo; tengo, dice en el libro 2.º, carta 3.ª, «tengo puesta toda mi esperanza en Dios, queriendo cuanto es de mi parte obedecer á Cristo que dice: *El que quisiere salvar su vida la perderá.* La cuál sentencia es fácil á quien la medita, pero no á quien la practica; porque cuando llega el tiempo de perder la vida para hallarla en Dios, cuando se reconoce el peligro de perder la vida por obedecer á Dios: ¡oh! entónces sucede, no sé cómo, que aparece muy oscuro el precepto que ántes parecia claro. Pues es cierto que ni los hombres más doctos entienden la fuerza de esta sentencia, sino sólo aquellos á quienes Dios, maestro de las almas, por singular beneficio los instruye. Claramente se ve cuánta es nuestra flaqueza, y de cuán frágil condicion es la naturaleza humana,» cuando se viene á la ejecucion del propósito y se ha de pelear con el enemigo. Entónces las dificultades que al principio no se veian sino confusamente, con escasa luz, y como pintadas; despues, al tiempo de la ejecucion, aparecen aumentadas por el amor propio, y crecen horribilmente, de modo que nos parecen como gigantes, ó mónstruos horribles, los que en realidad sólo son como moscas.

Triste ejemplo de esta verdad fueron los apóstoles; pues á pesar de que todos dijeron como S. Pedro, *aunque me fuere necesario morir contigo no te negaré*, poco despues negó S. Pedro á J. C.; y los demás le dejaron tambien y huyeron. La razon es, porque en el cenáculo, la cárcel, las cadenas, la muerte, sólo las miraban de léjos

y con la imaginacion; pero en el huerto, cuando se llegó á la ejecucion, temblaron las columnas de la Iglesia: ¡tanta es la inconstancia humana!

En lo que pasó á los apóstoles se ven retratados los que en los ejercicios parecia que levantaban con solidez el edificio sublime de la perfeccion; pero á poco, en el tiempo de la tentacion, se descubre que fabricaron sobre arena, de modo que ellos mismos se hallan obligados á confesar de sí, que *se ha oscurecido el oro, se ha mudado su hermoso color, y se han visto esparcidas las piedras del santuario*. Pasados algunos meses, de los propósitos concebidos en los ejercicios, no queda más recuerdo que algunos papeles arrinconados en que se escribieron.

Para prevenir tamaño mal, que destruye todo el fruto de los ejercicios, quiere S. Ignacio que con las meditaciones de hoy nos confirmemos en los propósitos concebidos al tiempo de la eleccion, y principalmente en el tercer grado de humildad. A este fin nos propone el ejemplo de Cristo, medio efficacísimo para infundirnos constancia en lo bien comenzado.

II. Porque la sensualidad y soberbia son las que nos aterran, apartándonos del camino de la perfeccion, como el dragon del Apocalipsis, que amenaza con la boca abierta á los propósitos concebidos en la eleccion, para tragárselos antes de que salgan á luz, y se pongan en ejecucion. Para destruir estos enemigos de la constancia, no podrán hallarse mejores armas que la meditacion de los dolores y desprecios de Cristo, como constará de lo que en adelante diremos. Así como nuestro Santo Padre, para que propusiésemos mejores cosas, y subiésemos al

tercer grado de humildad, nos propuso en la semana anterior el ejemplo de la vida privada de Cristo; tambien ahora, en esta tercera semana, nos anima á la perseverancia, y á la ejecucion de nuestros propósitos, haciéndonos meditar la pasion de J. C., en la cuál *todas sus virtudes*, principalmente la humildad y paciencia, *brillan muchísimo más que en ningun otro paso de su vida*, y tienen mucha mayor eficacia para movernos á su imitacion, perseverando constantes en el bien.

Aquí es donde cumple nuestro celestial Capitan lo que prometió hacer en la meditacion del reino de Cristo, es á saber, que habia de ser el primero en pasar los trabajos, vigiliias, desprecios, pobreza y dolores de la guerra. Ahora es cuando acomete el combate á que nos convidaba en la meditacion de las dos banderas; ahora ataca al enemigo, y derrota con vencedoras armas el imperio de las pasiones y del amor propio. Tambien se nos muestra como ejemplo perfectísimo de la tercera clase de binarios, pues no sólo desea los oprobios, la pobreza y dolores, sino que tambien los abraza con sumo afecto; y practicando el tercer grado de humildad, deja los bienes contrarios con igual gloria de Dios, para tomar estos males por inseparables compañeros hasta su muerte. Todo esto lo hace para que, animados con tan poderoso ejemplo, nos confirmemos en el tercer grado de humildad, deseemos vivir pobres, despreciados y afligidos con Cristo, para que no seamos miembros delicados de una cabeza coronada de espinas.

En la meditacion de la pasion, se disminuyen las dificultades que nos espantan, y de ella sacamos el ánimo que nos falta. Los que, acobardados por los trabajos que encuentran en el

camino de la virtud, meditan, como conviene, lo que padeció el hombre Dios, *chuparán miel de la piedra, y aceite de la roca durísima*, de forma que se les harán llevaderas todas las dificultades, consiguiendo confirmarse en los buenos propósitos.

En efecto: es menester que sea de ánimo muy bajo quien, despues de considerar las injurias que Cristo padeció en su honor y fama, desea todavía las honras, teme los desprecios, y dobla la rodilla ante el ídolo del qué dirán, ofreciéndole por víctimas los buenos propósitos, como los Israelitas que sacrificaban sus hijos á Moloc, dios de los Amonitas. El que, meditando los dolores que padeció en su cuerpo nuestro amantísimo Salvador, áun trata blandamente su carne, sin negar nada á sus sentidos, y por temor de la mortificacion se aparta del grado más alto de la perfeccion, no tiene corazon.

Esta sola comparacion, por oponerse á la fe, á la razon y justicia, debe llenarnos de rubor saludable, y enseñarnos á aborrecer cuanto el mundo ama, y amar y desear cuanto Cristo Nuestro Señor ha amado y abrazado. Comparacion, que nos ayudará mucho para insistir en el tercer grado de humildad, reduciendo á práctica los buenos deseos concebidos ayer de mejorar nuestra vida. Finalmente, como concluye el Directorio, en la tierna meditacion de la pasion de Cristo *está oculto gran tesoro. Por eso vemos que todos los Santos se ejercitaron principalmente en ella, como aparece en los libros que nos dejaron escritos*⁴; pues nada nos anima tan-

⁴ C. 35, n. 1.

to como ella para imitar á Cristo, y perseverar en el bien.

III. De donde se ve que nuestro Santo Padre, ni pudo señalar *fin* más adecuado para esta tercera semana, que la constancia en el grado de santidad, á que ayer prometimos subir, ni escoger *medio* más eficaz para conseguirlo, que el recuerdo de los padecimientos de Cristo. Para este fin, en la primera meditacion de hoy, se proponen las *injurias* que Cristo recibió en la fama, á fin de que nos mantengamos inmóviles contra todos los asaltos de la soberbia, y no volvamos atras por el peligro de que se menoscabe nuestro honor. La segunda meditacion mostrará los *dolores* que Cristo padeció en su sacrosanto cuerpo, para que la sensualidad y el amor de la salud y los deleites no esterilicen nuestros buenos deseos, y santos propósitos.

A todo esto añadirá gran peso la consideracion de esta tarde, que pondrá delante la felicidad de una alma *despreciada y afligida*; y la meditacion de la noche, que nos hará ver en Cristo crucificado el triunfo de sus tres compañeros inseparables, pobreza, desprecio y abnegacion de sí mismo; y tambien al tercer grado de humildad, como asentado en el trono de la cruz. Viva imágen de la constancia será nuestro Salvador, clavado con tres clavos en un madero, y avergonzará nuestra inconstancia y veleidad.

§. II.

I. Para sacar el fruto deseado de estas meditaciones, se atenderá en cada una de ellas á los seis puntos siguientes: conviene á saber, á

la *persona* que padece, á los *tormentos* que padece, á las *personas de las cuáles y por las cuáles* padece, finalmente, á la *causa* y al *modo* con que nuestro amantísimo Salvador padece.

1.º *En la persona* de Cristo nuestro Señor que padece, se considerará en primer lugar su *dignidad*, porque él es *esplendor de la gloria de Dios, y figura de su sustancia: igual á Dios; Rey de Reyes, y Señor de los ángeles, á quien toda potestad ha sido dada en cielo y tierra*¹. En segundo lugar, la *inocencia y santidad* infinita, pues como santo de los santos, ni pecó ni pudo pecar, por la union hipostática: *todo lo hizo bien; á los sordos hizo oír, y á los mudos hablar; sólo le vió el mundo hacer milagros y padecer tormentos exquisitos, hasta morir colgado en la cruz*². En tercer lugar los *títulos*, por los cuáles tanto nos pertenece; porque es nuestro padre y redentor, nuestro pastor y maestro, hermano y esposo, rey y señor: *es hueso de nuestros huesos, y carne de nuestra carne.*

A la verdad, el que meditando esto no sienta derretírsele el corazón de amor, es sin duda más duro que las piedras de Jerusalem, pues ellas se rompieron cuando padeció Cristo. Porque cuanto es *más digna y santa* la persona que padece, y *nos toca más de cerca*, suele ser más tierna la compasion y lástima.

2.º En los *tormentos* que padeció J. C. se considerará su *multitud y atrocidad*: pues padeció en *todas* las potencias del alma, en todos los

¹ Hebr. 1, 3.—Phil. 2, 6.—Apoc. 1, 5.—1. Petr. 3, 22.—Mat. 28, 18.

² Marc. 7, 37.—Aug. in Ps. 49.

sentidos del cuerpo, en todos los miembros, huesos y nervios; padeció *todos* los dolores de que entónces era capaz, y estos *agudísimos*, y en sumo grado, ya por la crueldad de los instrumentos, ya por la fiereza de los verdugos, ya por la ternura de su carne.

Padeció además de esto *en todo género de bienes*: en las *comodidades* terrenas, pues vivo no tuvo en dónde reclinar su cabeza, ni moribundo con qué cubrir su desnudez; en el *honor*, pues le llenaron de oprobios; en la *fama*, pues le infamaron como á samaritano y engañador, como á blasfemo y mago; en el *cuerpo*, pues todo él no fué sino una llaga continuada; en la *salud*, pues desde la planta del pié hasta la corona de la cabeza no le quedó parte sana; en la *vida*, pues murió en la cruz colgado de tres clavos; finalmente, en el *alma*, por la agonía en el huerto, por el desamparo en la cruz, por la tristeza y tedio en la muerte. ¡Oh dulcísimo Redentor! con razon te llamó Isaías *varon de dolores, y conoedor de la enfermedad; las aguas de la tribulacion, por su amargura y abundancia, penetraron hasta tu alma, llegando á anegarla. ¿Qué hombre no llorará viendo al dulce Jesus en tanto tormento?*

3.º Por lo que mira á los *perseguidores* que maltrataron á Cristo, se considerará su *multitud y crueldad*. Con rabia desenfrenada se levantan contra él de todos estados y condiciones de hombres, porque el *rey* Herodes se burla de él; Pilatos, su *juez*, lo acusa; Anás y Caifás, *Pontífices*, lo condenan; los *Escribas y Fariseos* dan voces contra él; los *ciudadanos* lo posponen á Barrabás; los *soldados* lo coronan por rey de burlas; los *verdugos* lo azotan y crucifican; la ple-

be clama pidiéndole para la muerte; de los *apóstoles* uno le vende, otro le niega, y todos huyen. En donde se notará que muchos de estos habian recibido del Salvador beneficios, no sólo generales sino muy particulares. A esto se añade la potestad infernal de los *demonios*, que se enfurecieron contra el Salvador de cuantos modos les fué permitido. Su mismo *Padre* no le oyó en el huerto, cuando oraba, y le desamparó en la cruz cuando murió.

Pues ¿qué si se mira que los perseguidores de Cristo no sólo fueron *muchos*, sino tambien *crueles*? Porque su natural ira se encendia más y más con el fuego del infierno, avivado por las furias del abismo, y se inflamaba furiosamente con el falso celo de la religion. ¡Oh amantísimo cordero! con razon te quejas por tu Profeta de que *te han rodeado muchos perros, y te han cercado toros gruesos: muchos, por su abundancia; gruesos y valientes por su crueldad.*

4.º En los *hombres* por quienes padece se considerará su *indignidad*, su *ingratitude* é *impiedad*, pues son rebeldes que sacuden el yugo de la ley divina; ingratos, que frustran el efecto de redencion tan copiosa; impíos, pues *crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos* con hacer por sus pecados alarde de ello, y le *desprecian*. Pues por amor de estos padece Cristo tanto; no por los ángeles rebeldes, que le fueran eternamente agradecidos, sino por unos hombrecillos viles, que por su misma ruindad previó que habian de abusar de favor tan señalado; y padeció al tiempo mismo en que su crueldad le prevenia los cordeles, azotes, espinas, clavos y cruz; al tiempo mismo en que su furor gritaba, *crucifícale, crucifícale*; al tiempo mismo en que su

rabia, sedienta de la sangre divina, clamaba, *caiga sobre nosotros su sangre*. Ciertamente que aquí concurrió cuanto pudo hacer grande la magnanimidad del Redentor, la excelencia de la redencion, y la perversidad del redimido.

5.º La *causa* y fin por que Cristo padeció tanto, no fué por su bien, sino por el nuestro; para satisfacer por nuestros pecados á la divina justicia, romper las cadenas con que nos tenia aherrojados el demonio, y volvernos á la libertad de hijos de Dios; para sanarnos de nuestras llagas con el bálsamo de su sangre, instruirnos con los medios necesarios á nuestra salud, enriquecernos de gracias, reconciliarnos con su Padre, y conducirnos á la gloria. Para este fin tomó los medios más asombrosos: para elevarnos sobre los astros, se abatió hasta el polvo de la tierra; para enriquecernos con los tesoros del cielo se despojó de todos los bienes del mundo; para darnos los gozos de la gloria padeció tormentos exquisitos: amante verdadero, que se hiere para sanarnos, se desangra para sustentarnos, muere por darnos la vida, siendo el bien de los hombres una de las principales causas porque quiso padecer tantos dolores.

6.º Finalmente, el modo con que padeció Cristo es eminente y perfectísimo: porque padeció *por su voluntad*; se ofreció porque quiso: *Con ansia*; he de ser bautizado, y cuán grande es mi pena hasta que se cumpla: *En silencio*, más él callaba: *Con paciencia*; pues ofreció su cuerpo á los que le herian, y las mejillas á los que se las mesaban, y el rostro á los que le reprendian y escupian ¹. Ejercitó además en esta ocasion las

¹ Isa. 53, 7.—Luc. 12, 50.—Marc. 14, 61.—Isa. 50, 6.

principales virtudes en grado heróico. La *pobreza* de espíritu, pues murió desnudo en la cruz; la *humildad*, pues se hartó de oprobios; la *mansedumbre*, pues estuvo mudo y sin quejarse, como cordero delante del que le trasquila; la *fortaleza*, pues como si fuera de bronce permitia á los pecadores que fabricasen sobre sus espaldas; la *obediencia*, pues murió obediente hasta la cruz; la *caridad*, pues ninguno la tiene mayor que el que da la vida por sus amigos; el *amor á los enemigos*, pues estando para espirar rogó por ellos á su Padre, diciendo: *Padre, perdónalos*. Por no hablar de su *misericordia*, que bien la manifestó al dar en la cena su cuerpo en comida, y su sangre en bebida; en el huerto, al restituir la oreja á Malco; en la cruz, al prometer á Dímas el paraíso. Nada diré de la *constancia* con que perseveró clavado en la cruz hasta morir, áun cuando decian los judíos: *baje ahora de la cruz, y creeremos en él*. Nada de su *deseo* de padecer más, como lo manifestó con aquella palabra: *tengo sed*.

¡Oh dulcísimo Jesus! ¿quién podrá comprender *cuál es la anchura, longitud, sublimidad y profundidad* de las virtudes que ejercitaste en tu pasión? Verdaderamente *cubre mi rostro la confusión* cuando comparo mi modo de padecer con el tuyo. ¡Oh divino Maestro! dame que obre yo *según el modelo que me ha sido presentado, especialmente en el Calvario*.

De todo esto aparece la razón porque San Ignacio pone también esta semana en la vía iluminativa, pues en ella principalmente nos ilumina Cristo con el ejemplo de sus virtudes, para que nos adelantemos en el camino de la perfección. Además, sus dolores y muerte son

fuente de las gracias necesarias para alcanzar la santidad, y juntamente estímulo poderoso para obtenerla en grado heróico y muy elevado. Por lo cuál, justamente se reduce esta semana al estado de los que aprovechan, y á la via iluminativa.

II. De estos seis puntos debidamente ponderados nacerán como espontáneamente los afectos siguientes: 1.º De *compasion* á Cristo, que por nosotros padece tantos tormentos. 2.º De *odio y horror* al pecado, que no pudo borrarse sino con la sangre de un Dios, y el cuál fué tan severamente castigado por el Padre en su Hijo. 3.º De *admiracion* de la bondad y sabiduría con que Dios halló medio tan apto para conciliar la justicia y la misericordia, satisfaciendo plenamente á aquella, y triunfando con esta de los corazones endurecidos por el pecado. Porque nada nos hace conocer mejor *la caridad de Dios para con sus redimidos, que el ver morir á Jesucristo por nosotros aun cuando éramos pecadores*. 4.º De *esperanza* de nuestra salvacion, porque si siendo *enemigos fuimos reconciliados por la muerte de su Hijo; ahora, que ya estamos reconciliados, más fácilmente seremos salvos*. Pues la sangre de J. C. nos sirve de prenda que nos descubre el amor divino, y nos asegura nuestra eterna bienaventuranza; porque, quien nos dió lo que es más, esto es al Hijo, ¿cómo no nos dará lo que es ménos, esto es, el cielo? 5.º De *amor* de Dios, *que amó de tal modo al mundo que dió á su Hijo, y lo dió para muerte tan afrentosa, por esclavos rebeldes, que habian de abusar de tan insigne beneficio*. 6.º De *celo* de las almas, como que *las estimó Dios tanto, las amó con tanto afecto, y las compró por tan subido precio* ¹.

¹ Direct. c. 35, n. 10.

Pero en estos afectos se notarán dos cosas. 1.^a Que no es necesario se procuren *todos* en cada meditacion, sino que se podrán tomar ahora unos despues otros. 2.^a Que no son estos los *únicos* afectos que podemos excitar en nosotros, y que no nos debemos detener en ellos mucho tiempo. Pues, como añade el Directorio, *tambien se deben buscar otros afectos que son más útiles para nuestro aprovechamiento espiritual*; como son los que se enderezan á la enmienda sólida de nuestras vidas, por la imitacion constante de Cristo en el tercer grado de humildad. Estos han de ser el blanco á que ha de dirigir la voluntad todos sus afectos; pues por ellos se aplica la segur á la raíz, se hiere en la cabeza á la serpiente infernal, y se ahuyenta el espíritu del mundo, se adquiere el espíritu de Cristo, consiguiéndose de este modo el fruto de los ejercicios.

Los seis afectos, que ántes dijimos no se oponen tanto al amor propio, que no pueda el alma entregada á los honores, riquezas y placeres compadecerse de Cristo, dolerse de los pecados, admirar la bondad de Dios, concebir esperanza de su salvacion, amar á un Dios tan bueno, y tener celo de las almas. Muy al contrario sucede con aquellos afectos que nos animan á imitar á Cristo pobre, despreciado y affligido, y á subir al tercer grado de humildad; porque, como penetra en los senos más secretos del amor propio, y lo arrancan de raiz, por esto los teme la naturaleza corrompida, y procura astutamente que nos entretengamos en otros. A fin de procurarlos con más ardor, en las meditaciones de hoy emplearemos la mayor parte del tiempo en afectos prácticos de humillacion, odio de nosotros mismos, y desprecio de los bienes de la tierra. Y para que

no nos suceda que no hagamos nada por abarcar mucho, será bien que en la primera meditacion nos ejercitemos principalmente en actos de humildad, en la segunda en actos de mortificacion y odio de nosotros mismos, y en la tercera en la repeticion de ambos.

III. El ejercicio del entendimiento obtendrá tambien su deseado fruto si se observan las industrias siguientes. 1. Importa que nos propongamos los dolores de Cristo con tanta viveza, como si nos halláramos presentes, y los viéramos con nuestros ojos; como si oyéramos el chasquido de los azotes, los clamores de los judíos, los golpes de los martillos; como si nos dolieran las llagas de los azotes, las punzadas de las espinas, los golpes de los bofetones; como si gustáramos la amargura de la hiel y vinagre, tocáramos la aspereza de las sogas y cadenas, oliéramos la hediondez de los esputos y cárceles, viéramos la palidez, y sufriéramos los tormentos: en una palabra, haciendo que tambien nosotros *sintamos en nosotros lo que sintió Cristo*, y deseando que el cuchillo del dolor y compasion traspase nuestras almas.

2. Debemos tambien ponernos delante el amor con que en sus dolores nos tuvo Cristo presentes, ofreciéndolos en particular á su Padre por cada uno de nosotros, con ánimo de padecerlos por nosotros solos, si así lo pidiera nuestro remedio. *Se entregó á sí mismo por mí, decia el Apóstol*; no dijo por nosotros, sino *por mí*, como si sólo S. Pablo hubiera sido el objeto de la redencion.

3. Tambien se pensará que padeció esto, no sólo por los pecados de Adan, sino tambien por los nuestros muy en particular, segun aquello

de Isaías: *fué herido por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros delitos*, diciéndote, por ejemplo: por tal y tal pecado sudó Cristo su sangre; mis deleites azotaron á Jesus; mi soberbia le coronó de espinas; mis pecados le dieron muerte en la cruz. Estas reflexiones mueven muchos afectos; pues segun profetizó Zacarías, cuando los hijos de Adan *miraren al que crucificaron, llorarán sobre él como sobre el unigénito, y se dolerán como se suele hacer en la muerte del primogénito.*

4. Ultimamente se tendrá presente el tercer grado de humildad, y se aplicarán las meditaciones de hoy á los respectivos puntos en que al tiempo de la eleccion propusimos imitar á Cristo.

Punto III.

I. En general, para el mejor suceso de esta semana, se guardarán las *adiciones* siguientes.

1.^a Se fomentará una santa tristeza, con que acompañaremos á Cristo en su pasion, apartando cualquier pensamiento alegre, aunque piadoso; pues habiendo causado tristeza á nuestro Salvador en el huerto la representacion de su pasion, justo es que tambien nosotros, al meditarla, nos entristezcamos con tierno afecto de compasion, nacido ya del amor á Cristo, ya del dolor de nuestros pecados, como causa que fueron de su muerte, para que no nos dé en cara con aquello de David: *aguardé á quien se contristase conmigo, y no le hallé.* Para esto se cerrarán las ventanas, pues para la tristeza conduce mucho la oscuridad; y entre dia no admitiremos

otros pensamientos que los del misterio que hemos meditado ó hemos de meditar. Ayudará á conseguir el mismo fin tener dispuestas algunas sentencias de la Escritura, pertenecientes á la pasion del Señor, las cuáles, recordadas de tanto en tanto, mantengan vivo el fuego de la meditacion.

2.º Se aumentará el número y la intension de las obras de penitencia; pues es muy justo que contemplando los dolores de Cristo, tambien nosotros *rodeemos nuestro cuerpo de la mortificacion de Jesus*, ó como nos exhorta S. Pedro: *Habiendo padecido Cristo en la carne, armaos tambien vosotros de esta misma consideracion*¹, conviene á saber, de satisfacer á la divina justicia irritada por nuestros pecados.

II. Por esta causa al fin de esta semana se dan en el libro de los ejercicios las reglas para ordenarse en el comer, ya porque la templanza en la comida y bebida es el principal objeto de la mortificacion externa, ya porque los verdaderos imitadores de Cristo deben seguir el ejemplo que nos dió, cuando, al principio de su predicacion, ayunó por cuarenta dias, sujetando él este pernicioso enemigo, para que tambien nosotros lo venciésemos. Porque, como consta de la meditacion del Reino de Cristo, ninguno puede seguir las huellas del Salvador, si primero no venciere, no sólo la rebelion de la carne sino tambien la de los sentidos; y como entre estos no es el último el gusto ó la gula, es claro que sin refrenarla no puede uno ser verdadero imitador de Cristo. A lo cuál conducen mucho las reglas

¹ 2 Cor. 4, 19.—1. Petr. 4, 1.

siguientes, en que están compendiadas las de S. Ignacio.

Primera. Del pan nos abstendremos ménos que de los demas alimentos. *Segunda.* En la bebida se guardará más abstinencia que en el pan. *Tercera.* En los manjares delicados se tendrá más cuenta con la abstinencia; y de aquí es que de estos usaremos con parsimonia, y nos mantendremos de los ordinarios. *Cuarta.* Nos guardaremos de tener puesto el corazon en el plato, y de comer con ansia y de prisa; sino que sobreponiéndonos al apetito, moderaremos ya el modo ya la cantidad de la comida.

Los *medios* para quitar la demasía en el comer y beber son estos. 1.º Que ántes de la comida ó cena, ó en cualquiera otra hora en que nos sintamos sin hambre, determinemos la medida de lo que hemos de comer, de la cuál nada excederemos por cualesquier sugestiones del enemigo; ántes sí quitaremos algo, para vencernos mejor. 2.º Es muy importante que al comer nos representemos á Cristo comiendo con sus discipulos, observando, para imitarle, qué modo guarda en el comer y beber. Para no cansarnos podremos pensar otras veces durante la comida en otros asuntos, ó mejor atender á la lectura, si la hubiere, para que divertida así la mente, perciba ménos el deleite de los manjares. Por regla general, cuanto ménos comida se tomare, evitando siempre el peligro grave de perder la salud, tanto más en breve se hallará la justa medida en la comida y bebida.

Se volverán á leer hoy las advertencias que se han de observar durante los ejercicios, segun están en el §. IV, y dado caso de no tener tiempo para leer todo el párrafo se leerá el número IV,

en donde se dá un breve resúmen de las adiciones que tambien hoy se han de observar. Así como el fruto de la meditacion precedente era querer más bien el *desprecio* que la honra, por ver á Cristo despreciado; del mismo modo el fruto de la siguiente será vivir afligido con Cristo afligido, más bien que regalado, y esto aun cuando entrambas cosas fueran de igual mérito y gloria de Dios, sólo por la mayor semejanza con Cristo. De lo cuál se ve que el fin de hoy es confirmarnos en el tercer grado de humildad, animados por el ejemplo de Cristo.

III. Nuestro Santo Padre no hace en esta tercera semana mencion de la indiferencia que tanto hemos inculcado; porque sólo era necesaria para hacer bien la eleccion, la cuál una vez hecha, no hay necesidad de inculcarla más, y así sólo nos confirmaremos en la idea de emprender vida mejor practicando el tercer grado de humildad. Como esto requiere grande estima, amor y deseo de los tres compañeros de Cristo, pobreza, humildad y dolor, se nos presenta en esta tercera semana el ejemplo de Cristo paciente.

MEDITACION II.

TORMENTOS DE JESUCRISTO EN EL CUERPO, Y MODO
CON QUE LOS PADECIÓ.

Punto I.

Considera los dolores que Cristo padeció en su cuerpo: *En primer lugar* fue cruelmente azotado, tormento que le fué acerbísimo: 1.º Por la *ternura*

de su cuerpo, pues, segun S. Buenaventura, lo que es dureza callosa en nuestros pies, fué más delicado y sensible en Cristo que las niñas de los ojos en los demas hombres. Ademas su sacratísimo cuerpo habia quedado muy débil por el sudor de sangre, muy fatigado por la mortal agonía, y muy exhausto por las vigiliias y malos tratamientos de la noche anterior. 2.º Por el *furor de los verdugos*, pues aunque de suyo eran crueles y fieros, estaban ademas animados por la paga de los sacerdotes, y por las furias infernales, y se remudaban para que no se disminuyese el rigor de la flagelacion con el cansancio de los verdugos. A Santa María Magdalena de Pázis le fué revelado que habian sido treinta pares, no sé si diga de hombres ó de fieras. 3.º Por la *clase de azotes*; pues eran varas verdes y espinosas, nervios de toro, cadenas de hierro armadas de garfios, que rasgaban horriblemente la piel, arrancaban en pedazos las carnes, y descubrian los huesos. 4.º Por el *número de azotes*, que fueron segun S. Bernardo *seis mil seiscientos sesenta y seis*; de modo que no quedó sana parte alguna de su cuerpo. Colegirás la acerbidad de este tormento por haber sido tantos y tan crueles los golpes descargados, con tanto furor y fuerza, por verdugos robustos, en un cuerpo tan tierno y delicado. ¡Oh Jesus mio! tan cruelmente fuiste azotado, que moviste á compasion y lástima á los mismos judíos; y yo viendo tu cuerpo tan cruelmente herido por mis pecados, no responderé siquiera con lágrimas á tanta sangre, con suspiros á tanto amor? ¿No tendré vergüenza de proseguir tratando con blandura mi carne y mis sentidos, causa de tan inhumana carnicería?

En *segundo lugar le coronaron de espinas*. Fué tambien acerbísimo este tormento: 1.º Pues las *espinas*, fueron tan agudas, que penetraron hasta el cráneo; tan duras, que á ningun estorbo cedian; tan copiosas que más que corona compusieron un capacete, el cuál cubria toda la cabeza, lastimándola con más de setenta puntas. 2.º Por lo delicado de la *cabeza*, la más sensible entre todas las partes del cuerpo, como asiento propio de los sentidos, y en donde cualquier dolor, aunque leve, se siente muchísimo. 3.º Por la fiera crueldad de los *verdugos*, que con toda fuerza las clavaron en la cabeza, las apretaron y golpearon con palos. 4.º Por haberle *quitado* segunda vez con *violencia suma los vestidos*, renovándole las llagas de los azotes, y ensanchándole é irritándole con gran dolor las heridas de la cabeza. ¡Oh Jesus mio! Viéndote coronado de espinas, ¿desearé yo coronarme de rosas? ¡Tú dejas que se añadan dolores á dolores! ¿Y no permitiré yo que me venga molestia alguna! Basta ya, que dice muy mal un miembro delicado debajo de una cabeza coronada de espinas; resuelto estoy á seguirte aun por los zarzales más espinosos; en adelante no sólo recibiré con paciencia los trabajos que me enviases, sino que los buscaré con ánimo, castigando mi cuerpo con voluntarias penitencias, reduciéndolo á servidumbre.

Lo tercero, cargó él mismo con su cruz. Esto fué para él trabajo no ménos penoso. 1.º Por el grande peso de aquel madero tosco. 2.º Por lo áspero y largo del camino. 3.º Por la cuesta del monte Calvario. 4.º Por la flaqueza y debilidad de fuerzas. Ciertamente no puede ménos de haber sido grande el dolor y desmedido el trabajo, por caminar con los pies desnudos, cargado de

aquel pesado madero, tropezando á cada paso en las piedras, regando con su sangre las calles, y abriéndosele cada vez más la herida de los hombros en que cargaba el peso de aquel mal desbastado leño, siendo tan superior este dolor á los demas, que no habiendo admitido compañía en ninguno, sólo en este, despues de haber caído muchas veces en tierra, recibió en su ayuda al Cirineo. ¡Oh Jesus mio! Tú padeces esto por mi amor, y yo, huyendo del trabajo, ¿sólo he de andar á caza de comodidades? De mí mismo me avergüenzo, pero en adelante trabajaré cuanto alcanzaren mis fuerzas, y padeceré cuanto gustares. Animado con tu ejemplo, cargaré tambien yo generosa y constantemente con la cruz de la santificación, trabajo y dolor: hacer y padecer serán el empleo de mi vida.

Punto II.

Considera el *modo* con que padece Cristo tan enormes dolores. 1.º Con *paciencia y silencio*. Pasaban con mucho los verdugos el número de azotes prescritos por la ley, y calla; los soldados, sin licencia de Pilatos, sólo por crueldad y pasatiempo, le coronan de espinas, y calla; á él sólo le mandan que cargue su cruz, no á los dos facinerosos que con él caminaban al suplicio, y calla sin dar una queja.

2.º Padece con suma *prontitud*, y *deseo* ardiente de padecer más, pues al mismo tiempo que *fabricaban sobre sus espaldas los pecadores*, y le contaron todos los huesos, repetia aquello de David: *preparado estoy para los azotes*. Al tiem-

po mismo de su dolorosísima coronacion, su amor para con nosotros *ardió como el fuego en las espinas*. Apénas vió la cruz, exclamó: ¡oh cruz bienaventurada, en tanto grado amada, tantas veces apetecida, por tanto tiempo buscada!

3.º Padece con sumo *amor* para con su Padre, cuyo reino restauraba con sus dolores; para con sus enemigos, á quienes perdona de corazon; para con los pecadores, por quienes ofreció su sangre en satisfaccion; para contigo en particular, pues te tuvo presente en aquel trance doloroso; te miró con ojos compasivos, y con caridad perpétua; te amó sobre tantos otros, sin mérito de tu parte, aunque veia que habias de abusar de su sangre, que habias de corresponder con injurias á tanto amor, añadiendo ofensas á ofensas; y te amó con tanto exceso, que permitió le arrancasen á pedazos su carne, coronasen de espinas su cabeza, y cargasen en sus hombros un pesado madero. Más duro que de diamante es tu corazon, si ésta divina sangre no le ablanda, si con este amor no te enciende en odio de ti mismo, por haber sido causa de tantas penas.

Punto III.

—

I. Medita el fruto que de aquí has de sacar. Vengan acá todos los que andan á caza de sus comodidades, los esclavos de su carne, enemigos del trabajo, idólatras de su salud, que con el pretexto de su conservacion, apartan léjos de sí cuanto puede causar alguna molestia á su cuerpo, se procuran mañosamente todo lo que es

conforme á la sensualidad, y cuyo deseo no es otro que el de pasar la vida en ocio honrado. Miren estos á su capitan, despedazado con azotes, coronado de espinas, fatigado por el peso de la cruz; contemplen á su rey, en cuyas banderas ofrecieron ayer hacer guerra á su carne; contémplo ensangrentado el cuerpo, exhausto de fuerzas, anegado en un mar de dolores, y nadando en sangre. Si Cristo hubiera atendido como nosotros á las comodidades, quietud y salud, ¿qué fuera ahora de nuestra salvacion eterna? Si no lo hubiera sacrificado todo por nuestro amor, ¿qué fuera de la abundancia de nuestra redencion? Si los demas hubieran tenido nuestros sentimientos, ¿estaria ahora lleno de santos el cielo, y de méritos la Iglesia?

Es muy para considerar que ningunos viven más aquejados por las molestias, más atormentados de enfermedades, que estos adoradores de su salud; y al contrario, ningunos más sanos que los que desprecian pródigamente las comodidades, y aun la vida, por el servicio de Dios y del prójimo, que visitan sin recelo á los enfermos, trabajan dia y noche, y no pierden ocasiones de mortificarse.

Pero dirás que de este modo vas á morir más en breve. ¿Y qué? Se caerá por esto el cielo, ó se perderá el imperio romano? ¿Y por un vano temor de abreviar la vida, no quiere el religioso exponerse á un riesgo, á que se expone gustoso un soldado por amor de su príncipe, y sin más interés que el de una corona corruptible? ¿Podrá infundir mayor ánimo y sentimiento de generosidad un pedazo de tierra, que la esperanza del cielo? ¡Muy indignas son estas cosas del corazón cristiano! Por darte gusto no reparas en

aquel mismo peligro de perder la vida: ¿y repararás en él al tratarse de la virtud? Has de saber que muchos más mueren por la gula que por el ayuno.

Por lo cuál: 1.º reducirás tu cuerpo á servidumbre, por el uso cotidiano y constante de la mortificacion; 2.º sufrirás con silencio y paciencia las enfermedades que Dios te enviare; 3.º sacrifica al cielo el gusto que se percibe de un dulce ocio, y trabaja siempre cuanto lo permitieren tus fuerzas; 4.º desprecia generoso el nimio cuidado de conservar la salud y prolongar la vida, y persuádate que el pretexto de conservar las fuerzas para el servicio de Dios, sólo es máscara del amor propio, para diferir el ejercicio sólido de las virtudes, de la niñez á la juventud, de la juventud á la edad madura, y de esta á la vejez; de modo que se nos pasa la vida sin haber hecho nada notable por Dios, y que engañados con la esperanza del bien futuro, perdemos las ocasiones del mérito presente.

AFFECTOS.

De compasion. ¡Cómo te veo, Redentor mio! De la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no hay en tí parte sana; todo estás hecho una herida y llaga hinchada; no tienes apariencia ni hermosura; eres varon de dolores, que sabes de enfermedad; te veo como si fueras leproso, y herido de la mano de Dios, y humillado, ¿y no me compadeceré mirando esto? ¡Oh duro corazon mio! ¿Cómo no tienes lástima de tu amantísimo Jesus,

que tanto padece por ti? ¿Cómo no te desatas en copioso y amargo llanto?

De dolor. ¿Qué hice cuando pequé, cuando me tomé los placeres ilícitos? Con azotes te herí, te coroné de espinas, te cargué de pesada cruz, *te hice trabajar en mis pecados, pues fuiste herido por tales pecados míos, fuiste maltratado por tales maldades mías.* Estos pecados míos pesaron sobre ti como carga abrumadora. Corred, pues, de mis ojos, ¡oh lágrimas! salid, gemidos, de mi pecho; rómpete de dolor, corazón mio. Me pesa de haber pecado. ¡Pecado maldito, que en tal estado pusiste á mi Jesus! eternamente te aborreceré.

De amor. ¡Salvador inocentísimo! Padeciste tanto por mí, hombrecillo vil; en medio de tus dolores te acordabas de mí con particular afecto, me tenias presente á tus ojos, me aplicabas la sangre de tus llagas, y ofrecias tus dolores á tu Eterno Padre por mí, aunque conocias mi enorme ingratitud. Lo creo, ¿y no te amo? ¡Ah frialdad detestable de mi pecho! Oh Serafines, encended mi corazón en tales llamas, que ántes deje de vivir que de amar á Dios.

Odio de ti mismo. ¡Oh Padre Eterno! descargue tu mano sobre mí, porque yo soy quien pequé; yo quien hice mal: pero mi Jesus, ¿qué mal hizo? El, siendo inocente, *pagó lo que no habia robado.* Perdonad, pues, al inocente, y castigad al reo. Heme aquí preparado para sufrir azotes; á mí, sí, que me son debidos mil y mil azotes, mil y mil cruces. Descargad sobre mí penas y dolores, y enseñadme, ¡oh Dios mio! á aborrecerme con odio santo. ¡Oh Jesus mio! ¿podré no aborrecer esta carne que te causó dolores tanto más intolerables y más en número,

cuanto mayores fueron sus gustos? ¿Que te acarreo muerte tan dolorosa, á tí, hermano mio, mi capitan, mi rey, mi esposo? ¡Oh cielos! ¿Qué es esto? He merecido padecer en el infierno los mayores tormentos, ¿y me horrorizo aquí del cilicio, de la disciplina, de una nonada? ¡Habia de sufrir hambre eterna, y aquí sólo busco regalos para este cuerpo, manjar de gusanos! ¡En el abismo debia penar para siempre, y aquí huyo de leves trabajos tomados por la gloria de Dios y bien de mis prójimos! No puedo ménos de llenarme de vergüenza.

Pero ya será otra cosa en adelante: propongo, en presencia del cielo, trabajar y padecer con Cristo, ántes que descansar y alegrarme, aun cuando fuera igual gloria de Dios, sólo por parecerme más á mi ejemplar Jesus. Dios mio, padeceré cuanto quisieres con paciencia y silencio, con gozo, y aun con deseo de padecer mucho más, viendo que mis trabajos son nada comparados con los de Cristo, con los dolores del infierno, y gozos del cielo.

Renovaré ahora los propósitos, y determinaré las obras de penitencia que he de practicar.

CONSIDERACION

DE LA FELICIDAD Y GLORIA DEL ALMA DESPRE-
CIADA Y AFLIGIDA.

Como el fin del presente dia es por una parte confirmarnos en el tercer grado de humildad, á que ayer prometimos subir, queriendo pasar vida despreciada y afligida con Cristo, ántes

que gozar de gloria y deleites, aun cuando fuera igual servicio de Dios, sólo por parecernos más á Cristo; y por otra parte, como los desprecios y trabajos son tan contrarios á nuestra flaca naturaleza: parece muy conveniente, y aun necesario, descubrir el tesoro de felicidad y gloria, escondido en el campo de los desprecios y aflicciones, para que, enamorados de ellos, suframos alegremente. Porque nada podrá hacernos más amables los desprecios y trabajos, que el ver en ellos no vergüenza, sino *gloria*; no desdicha, sino *felicidad*.

I. La *gloria* que traen al alma los desprecios es suma, porque acreditan que es héroe, igual á los mártires y á los ángeles; la hacen muy amada de J. C. y semejante á él. 1.º Es héroe, segun aquello de S. Juan Crisóstomo, el cuál tratando de José, dice: *Nada le hizo tan ilustre, y verdaderamente héroe, como el sufrir con resignacion la calumnia inventada contra él, la prision y cadenas, y los trabajos consiguientes. Por grande que fuese en él la virtud de la castidad, mucho más le ensalzan las penas que padeció, la acusacion, la calumnia, prision y cadenas. Mucho más noble y admirable pareció entónces que cuando, sentado en el solio de Egipto, distribuyó el trigo á los hambrientos, haciendo cesar la carestía*¹. Porque la adversidad es piedra de toque en que se conocen los quilates del héroe.

Hasta los mismos gentiles conocieron esta verdad. Uno de ellos dice: *En la adversidad se echa de ver si somos hombres*. Otro escribe así: *No se muestra el heroismo al mostrarse constante*

¹ Homil. 68, ad popul.

en la prosperidad, cuando caminamos con tranquilidad; así como no demuestra su pericia el piloto en mar bonancible, con viento favorable; es preciso que venga la adversidad, para que el héroe dé cuenta de lo que es capaz de hacer.

Porque, según S. Juan Crisóstomo, Dios se ha con los hombres virtuosos, como el capitán con sus soldados, que envía los más valientes á los puntos más arriesgados. También el Señor envía tribulaciones á los que se han acreditado de héroes en el padecer; y á los que le obedecen con más celo y fidelidad, como á atletas esforzados, los prueba en ejercicios más rudos.

Anímense, pues, los atribulados, diciendo: *En los ojos de Dios hemos aparecido dignos de que experimentase en nosotros cuánto puede sobrellevar y padecer la naturaleza humana.* Grande ciertamente es la gloria que de aquí resulta á tales almas.

2.º También nos igualan las adversidades á los mártires y á los ángeles. *En primer lugar, afirma S. Lorenzo Justiniano, que la paciencia hace al hombre mártir.* Concuerda San Juan Clímaco, el cuál dice: *feliz es el que siendo injuriado é insultado, se vence por amor de Dios: cierto que tal alma en nada es inferior á la de un mártir.* Del mismo sentir es la Iglesia, que en el oficio de San Martín obispo canta así: *Oh alma santísima, pues aunque no la arrebató la espada del perseguidor, no perdió, sin embargo, la palma del martirio; porque sufrió con caridad paciente las gravísimas calumnias de su canónigo y domés-*

¹ Epist. apud Arianum, l. 1, c. 24.—Seneca, de consol., c. 6.—Chrysost., l. 1 de Prov.

tico Briccio, que desacreditaba con diente mordad sus milagros ¹.

Lo segundo lo asegura San Juan Crisóstomo, cuyas son estas palabras: Los que siendo afrentados y heridos lo llevan con paciencia y mansedumbre, y bendicen á los que tan mal los tratan, son parecidos á las Virtudes que gozan de paz inalterable, como que son insensibles como los ángeles. Pues si llamamos bienaventurados á los ángeles, concluye el mismo Santo, porque pueden soportar sin molestia el frio, hambre, sed, y cosas semejantes, ¿cuánto más feliz, y más parecida á los ángeles es el alma capaz de sostener con valor y constancia los asaltos de todas las miserias? Y ¿qué cosa más gloriosa que igualarse á los mártires y á los ángeles?

3.º Las adversidades nos hacen ademas de esto muy amados de Cristo, y semejantes á él; porque, segun asegura Santa Teresa, *siempre se ha observado que los más vecinos de Cristo y amados de él, fueron más probados y afligidos con trabajos y adversidades.* Preguntando en cierto dia la Beata Angela de Foligni á Dios, quiénes eran sus hijos más amados, le respondió el Señor, segun se refiere en su vida: *Aquellos á quienes amo más, se sientan á mi mesa más cerca de mí, para comer conmigo el pan de la tribulacion, y beber del caliz de la pasion. Porque yo permito que sobrevengan muchas tribulaciones á mis hijos muy amados, y se las envio como gracia especial.* Por lo cuál los que padecen muchas cosas y muy pesadas, son verdaderos hijos de Dios,

¹ Laur. Just., lib. de patientia, c. 2.—S. Chrys., hom. 47 ad pop.

y hermanos de J. C.; son los comensales de su mesa, familiares de su casa, y tambien los semejantes y más parecidos al Hijo de Dios. *Porque los que conoció Dios en su presencia, á estos los predestinó para ser hechos conforme á la imagen de su Hijo; esto es, como explica Cornelio Alápide con el P. Vazquez, á los que Dios vió que habian de ser amigos y queridos suyos por la gracia, los predestinó para que padeciesen y se hiciesen semejantes en la paciencia á su Hijo, que tantos trabajos y molestias padeció por nosotros*¹. En una palabra, quiere que tambien ellos sean crucificados, y las imágenes del Redentor más perfectas. Ahora bien, ¿cuántos cinceles, cuántos golpes son necesarios para hacer en márfil una efigie de Cristo crucificado, que muestre todas sus venas, nérvios, arterias y miembros? Así pues, cuantos más fueren los golpes que un alma padeciere, tanto saldrá más perfecta su semejanza con Cristo paciente.

En verdad que es muy grande gloria pender de una misma cruz con Cristo. *Porque así como es glorioso para el soldado llevar las armas del Rey, del mismo modo es sumamente glorioso para el cristiano llevar las cicatrices de J. C. Y con todo, ¡cuán grande es la ceguedad de los mortales! evitamos con todo empeño el vernos reducidos á estado semejante al que tuvo J. C. en la cruz*². El tercer grado de humildad no sólo á los gentiles y judíos, sino tambien á no pocos cristianos, parece necedad, escándalo y locura; pero ¡ay de aquellos á quienes la gloria escondi-

¹ Vazquez, 1, p. 9, 23.—Corn., Comm. in ep. ad Rom.

² Laur. Just., de Patientia, c. 2.

da en los desprecios no les mueve á su estimacion, amor y deseo! Estos, á la verdad, son dignos de verse cubiertos de confusion é ignominia.

II. La *felicidad* que halla el alma en los trabajos es tambien grande, ya por las prerogativas de este estado, ya por las gracias que en él se le dan en abundancia. Las *prerogativas* consisten en que las adversidades son medio de nuestra perfeccion, indicio del amor de Dios para con nosotros, y señal de nuestra predestinacion. 1. Que sean medio de *santificacion*, lo afirma San Gregorio Magno diciendo: *Afirmo con toda seguridad, que vives con ménos piedad si padeces menor persecucion.* Lo mismo siente San Lorenzo Justiniano, por estas palabras: *Si se ensaña el mundo contra ti, ladra el envidioso, ruge el demonio, murmura el malo, y te arma asechanzas el soberbio; confía, porque caminas por la senda de los perfectos*¹. La razon es porque los desprecios, dolores y pobreza, quitan el cebo á la soberbia, gula y amor propio, y por consiguiente secan la fuente de los males; y por el contrario ofrecen al alma muchas ocasiones de hacer actos heróicos, y llegar á la cumbre de la santidad.

2.º Las adversidades son tambien *indicio del amor divino para con nosotros.* Dios castiga al que ama. Porque eras agradable á Dios, fué preciso que te probase la tentacion. Así lo dice la Escritura, con la cuál concuerdan los SS. Pa-

¹ S. Greg. M., l. 6, epist. 27.—Laur. Just., de vita solitar., c. 12.

dres. *Entre los justos, dice S. Lorenzo Justiniano, la tribulacion es indicio de amor. Cuanto más amado es alguno, tanto más castigado es en esta vida. Vemos que los escogidos obran bien, y padecen mucho, añade San Gregorio Magno. Confírmalo Santa Teresa, por estas palabras: Es indudable que son llevados por Dios sus muy amados por camino de dificultades y trabajos, y que le envia Dios mayores dificultades cuanto más quiere á alguno*¹.

Son ademas las adversidades prueba de *nuestro amor para con Dios*. Porque así como Cristo mostró su amor á los hombres muriendo, así nosotros le manifestamos el nuestro padeciendo. De donde es, que *cuanto más se sufre, tanto más se muestra el amor. Pues la tribulacion es vínculo indisoluble y prueba evidente de caridad*².

Por lo mismo, no tener cruz alguna, es señal de la *ira divina*; porque Dios azota á todo el que recibe por hijo; luego el que no es azotado, sin duda no es recibido por hijo. Esto movia á San Francisco Javier á decir, que le parecia que los de la *Compañía de Jesus no cumplian fielmente con su deber, si durante largo tiempo carecian de persecuciones*. El mismo Séneca escribia á uno de sus amigos: *te juzgo miserable, porque nunca has sido miserable*. Si así siente un gentil, para quien era escándalo la cruz, ¿qué sentimientos deberá tener el cristiano, el religioso, inbuido en los misterios de la fe?

¹ Santa Catalina de Sena, dialog., c. 5.—Chrysost., hom. 66, ad pop.

² Aug., ad Alip.—Laur. Just., lib. de casto connub., c. 6, et c. 19.

3.º Finalmente, las adversidades son *señal* de nuestra *predestinacion* y de la eleccion divina. Afírmalo San Agustín diciendo: *Cuando te prueba Dios con grandes tribulaciones, razon tienes para creer que eres del número de sus escogidos*. Lo confirma San Lorenzo Justiniano por estas palabras: *La tribulacion es para los justos señal de amor, anuncio de la bienaventuranza eterna, y testimonio de predestinacion*. Y en otra parte: *Sufrir el castigo con paciencia, es prenda segura de predestinacion*¹. Esto presupuesto, ¿quién negará que es feliz una alma atribulada gozando de tales prerogativas, esto es, de medio efficacísimo para la perfeccion, de indicio nada equívoco del divino amor, y de señal probabilísima de predestinacion?

Ni son menores las *gracias* que se esconden en las adversidades. 1.º *Gracia verdaderamente grande es ser juzgado digno de padecer algo por Cristo; es corona perfectísima, y premio no menor que la recompensa que esperamos*. Aunque ninguna recompensa mereciese, bastante premio es padecer mucho por el amado. Los que aman, entienden lo que digo. Cierto que ser atado por Cristo, es mayor favor que estar sentado más arriba de los doce tronos; más que ser Apóstol y Evangelista. El que ama á Cristo, sabe lo que digo².

2.º Más es padecer que hacer milagros. Cuando concede Dios á alguno que resucite muertos, le concede ménos que si le diera el don de

¹ Chrysost., hom. de S. Anna.—Hom. 8, in epist. ad Ephes.

² Chrysost., hom. in c. 1 ad Ephes.—Laur. Just., fascic. amoris, c. 5.

padecer, pues por los milagros soy deudor de Dios, pero por la paciencia tengo á Cristo por deudor. Además, como advierte muy bien San Lorenzo Justiniano, los milagros no hacen santo al hombre, pudiendo tener ese don elegidos y réprobos¹; pero la paciencia en las adversidades es escala segurísima para la santidad. Más es padecer que tener revelaciones de cosas muy sublimes. De aquí es que el B. Bautista Verana solía exclamar: Dios mio, si me revelases todos los secretos de tu sagrado Corazon, no me harias tan grande favor como en darme aflicciones.

De aquí colegirás que los enemigos son los mayores bienhechores y amigos, y así en cierto modo estás más obligado al que te hace mal que al que te hace bien; pues aquel purifica tu alma, la hace hermosa, graciosa y agradable en el acatamiento de Dios. Qué, ¿tendrás por enemigo al que te abre las puertas de la esperanza y los tesoros de gracias, y hace que te sean perdonados tus pecados?

De aquí concluye San Juan Crisóstomo, que *prefiere estar atado por Cristo, á vivir en el cielo. Si alguno, prosigue, me colocase entre los bienaventurados en compañía de los ángeles, ó con San Pablo, encadenado, yo escogeria la cárcel y las cadenas. Pues no hay cosa mejor que padecer por Cristo. No tengo por más feliz á San Pablo por haber sido arrebatado al tercer cielo, que por sus cadenas. Más de desear es para mí padecer por Cristo, que ser honrado por Cristo; pues es gracia que aventaja á todas². Estos son los senti-*

¹ Prov. 3, 12.—Tob. 12, 13.—Laur. Just. de casto connub., c. 6.—Fascicul. amoris, c. 8.

² Chrysost. 4, 71, ad pop.—4, 8, in epist. ad Ephes.

mientos de los santos, cuando hablan de la gloria y felicidad de las adversidades; estos son los pensamientos de los hijos de Dios, de los cuáles nos guardaremos de degenerar. Ciertamente que esto bien considerado no puede menos de infundirnos grande estima, amor y deseo del tercer grado de humildad.

EXAMEN

DE LA PACIENCIA Y OBEDIENCIA.

No pudiendo subir ninguno al tercer grado de humildad, ni permanecer firme en él, sin poseer con perfeccion la paciencia; y como por otro lado ofrece la obediencia no pocas ocasiones de padecer: pide el órden de las cosas que tratemos brevemente del objeto, grados y estímulos de entrambas virtudes. De la pobreza no se hará mencion, porque ya la hicimos en la meditacion tercera del dia cuarto.

I. La *paciencia* es una virtud que inclina la voluntad á sufrir con igualdad de ánimo las adversidades. Su objeto es la pérdida de los bienes de fortuna por la pobreza; del honor y la fama por los desprecios é injurias; de la salud y vida por los dolores y muerte; de la quietud interior por los escrúpulos, tedios y aficciones interiores.

Todo esto se debe sufrir: 1.º Con *silencio*, ahogando los sentimientos del dolor, sin manifestarlos á nadie, ni revolverlos consigo mismo allá en el secreto de su corazon, ni quejándose á Dios de su acerbidad, sino olvidándolo todo con ge-

neroso desprecio. 2.º Con gozo y *hacimiento de gracias*, no sólo alegrándose con los apóstoles de haber sido tenido por digno de padecer algo por J. C., sino también dando gracias á la divina Bondad, como por uno de los mayores beneficios. 3.º Con *deseo de padecer más*, á ejemplo de J. C., que en la cruz se quejó de sed de más penas; de San Pablo, que desafiaba generosamente á todas las tribulaciones; de San Francisco Javier, que pedia más y más trabajos. 4.º Con firme *persuasion* de que nada es lo que padecemos comparado con los dolores de Cristo, tormentos de los mártires, suplicios de los malhechores, penas de los enfermos en los hospitales, de los cautivos en las cárceles, de los esclavos en las galeras; nada respecto del fuego del purgatorio y del infierno, que hemos merecido; nada cotejado con los gozos del cielo, de los cuáles una gota es capaz de endulzar el mar amargo de las penas infernales.

Finalmente, todos estos males se padecerán del modo dicho: 1.º Por el motivo de *humildad y reconocimiento* del supremo dominio de Dios; pues siendo nosotros sus esclavos puede atormentarnos como fuere de su agrado. 2.º Por motivo de la *justicia vindicativa*, para que ostentándose en nuestro castigo, sirva de terror á los otros. 3.º Por *penitencia*, para satisfacer anticipadamente por nuestros pecados. 4.º Por el *amor de Cristo*, para que por esta tal cuál semejanza lo glorifiquemos más, y le demos prueba de nuestro amor. 5.º Por *amor de Dios*, para merecer más alto grado de gloria, y amarle más intensamente en el cielo.

Examina ahora: 1.º Si tu paciencia se extiende á la pérdida de todos los bienes dichos. 2.º Si

padeces de los cuatro modos expuestos. 3.º Si los cinco motivos propuestos son los que te dirigen al sobrellevar los trabajos, para elevarlos á grado de mérito muy superior.

II. La *obediencia* es una virtud, por la cuál en cosas lícitas obedecemos al hombre por Dios. Su objeto es la persona á quién, y la cosa en que se obedece. El verdadero obediente: 1.º Obedece á *todos* y cualesquiera superiores. 2.º Aun á los que le son inferiores en talento, virtud y ciencia, están destituidos de prudencia y discrecion, ó mandan por pasion, con ímpetu y fuera de razon. 3.º Tambien á los subordinados v. g.: al cocinero, al criado y demas que nos avisan algo en nombre del superior.

Obedece, *lo segundo*, en todo lo que le es mandado: 1.º Con manifiesto peligro de su salud y vida. 2.º Con pérdida de su reputacion, honor, ciencia, etc. 3.º Con menoscabo de lo que parece de mayor virtud y gloria de Dios. 4.º Aun cuando se mande con manifiesta injusticia, parcialidad, preocupacion ó algun otro afecto siniestro.

Obedece, *lo tercero*, con *modo perfectísimo*. 1.º Con prontísima y puntual ejecucion de *lo mandado*, á la primera campanada del reloj, dejando aun la letra comenzada. 2.º Con suma conformidad de la *voluntad* propia con la del superior, sin murmurar de él con otros, no quejándose ni improbando sus ordenaciones. 3.º Con suma sujecion del *juicio* propio, defendiendo el mandato del superior consigo y para con otros, y esto no fingida, sino seria y prudentemente. Si la cosa mandada es claramente imprudente ó muy difícil y molesta, y el modo áspero y violento, calla, da gracias á Dios, y se alegra de

tener ocasion de sacrificar á Dios más perfectamente la voluntad y entendimiento.

Finalmente, obedeceremos: 1.º Por motivo de *fe*, para mostrar que creemos aquello de Cristo: *El que os oye me oye*. 2.º Por motivo de *esperanza*, confiando que por medio de la obediencia nos gobernará la providencia, y llegaremos al cielo. 3.º Por *caridad*, para sacrificar á Dios en la obediencia lo más precioso y amado, que es la voluntad y juicio. Examina ahora cómo te has acerca de esto, si obedeces á todos en todo, y por los motivos dichos.

Con este modo de padecer y de obedecer se suaviza no poco la dificultad del tercer grado de humildad. Pero como naturalmente nos repugna cuanto nos da materia de *padecer* y *obedecer*, cosa en que se interesan bienes de fortuna y honor, y la vida, para remedio de este mal se ofrece la meditacion tercera, para que desde la cátedra de la cruz nos enseñe Cristo á amar á los que nos persiguen.

MEDITACION III.

DE LA MUERTE DE CRISTO EN LA CRUZ.

ADVERTENCIA.

Si alguna vez debemos recoger nuestras potencias, y todas las fuerzas de nuestra alma, nunca con más razon que ahora, para contemplar el misterio de amor y de dolor que en la cima del Calvario nos va á dar nuestro gran

Dios, no ménos justo que misericordioso. Volemos, pues, allá con las alas del corazon, para mirar y admirar á nuestro Rey y Capitan, desnudo, no sólo de todos los bienes de la tierra, sino aun de sus mismas vestiduras; clavado de tres clavos á un madero, enmedio de dos ladrones; entre el cielo y la tierra, agonizando por la violencia de los tormentos, con sentimiento de toda la naturaleza, que tiembla de terror, y le llora á su modo con tristes tinieblas.

Aquí es donde cumple sobradamente lo que prometió hacer en la meditacion del reino de Cristo; que habia de ser el primero en los trabajos, vigiliass y demas calamidades de la guerra. Aquí abraza en efecto lo que nos exhortó á seguir en la meditacion de las dos banderas: los desprecios, pobreza y dolores. Aquí hace lo que nos persuadió debíamos hacer al meditar sobre los tres binarios, pues elige los medios más aptos para el fin, los mismos con que su Eterno Padre quiso reparase su gloria y la salud de los hombres. Fijos los ojos en este divino ejemplar, consideremos practicadas, pero en grado heróico, las virtudes principales para nuestra imitacion y ejemplo. Si nos pareciere larga la meditacion siguiente, de las tres virtudes que en ella se proponen, nos detendremos sólo en la que más necesitáremos.

Punto I.

Primeramente subió Cristo de un modo perfectísimo al tercer grado de humildad, tan recomendado hasta aquí, de forma que triunfó en la cruz, como en su trono: porque allí fué donde

nuestro buen Jesus antepuso la pobreza á las riquezas; los desprecios á los honores; las penas á los placeres; los dolores y la muerte á la salud y vida; y todo con tal perfeccion, que nada más puede añadirse. Ejemplo admirable, en el cuál no sólo nos enseña nuestro Salvador la indiferencia acerca de los cuatro puntos enumerados en la 1.^a meditacion del fundamento, sino tambien la propension á los primeros sobre los segundos, para que los antepongamos en nuestra eleccion.

Su *pobreza* es tanta, que no puede imaginarse mayor; pues está colgado en el aire, como desterrado de la tierra, y no sólo no tiene en dónde reclinar la cabeza, sino que hasta carece de un paño con que cubrir su desnudez: *repartieron entre ellos mis vestidos*, dice él.

El *desprecio* era tal, que no podia ser mayor; pues descargaron sobre él, como en su centro, todas las injurias, irrisiones y calumnias, de modo que pudo decir con mucha razon aquello del Salmista: *Gusano soy, y no hombre; oprobio de los hombres, y desecho de la plebe.*

Los *dolores* eran tan crueles, tan universales é intensos, que justamente se comparan á un mar profundo: *es tu afliccion grande como el mar*, cuya latitud y profundidad no tienen término. Con razon clama nuestro Salvador por Jeremías, á todos los mortales: *Mirad si hay dolor como el mio.* Finalmente, su muerte es tal, que parece nada se le puede añadir de dolor ni desprecio, ya se mire al *tiempo* en que muere, en la flor de su edad, en la solemnidad de la Pascua, en la mitad del dia; ó bien á los *tormentos* con que muere en una cruz, con clavos, espinas, sed, hiel y extension de nérvios doloro-

sísima; ó al *modo* con que muere entre las bur-las de los Fariseos, blasfemias de los Escribas, maldiciones del mal ladron, dicterios de los an-cianos, sin consuelo del cielo, sin lástima algu-na de los soldados, sin socorro alguno de los amigos y conocidos. Así muere el Hijo de Dios, gloria del Padre, y salud del mundo, desampa-rado de todos, despedazado con azotes, corona-do de espinas, atravesado con clavos en una cruz, desnudo, entre lúgubres tinieblas, insultándole numeroso populacho.

Mira, alma mia, el rostro de Cristo, que te convida con su ejemplo y extremado amor á la pobreza, desprecio y dolores, á que subas al tercer grado de humildad. Trae á la memoria las resoluciones concebidas en la meditacion de las dos banderas. Ya está enarbolado el estandarte de Cristo, en oposicion con el de Lucifer. Cristo quiere que tú tambien te veas acompañado de sus tres inseparables compañeros pobreza, dolor y deshonor, al paso que Lucifer pretende bus-ques honores, placeres y riquezas. Delibera en este monte, al pié de la cruz, y resuelve final-mente si quieres permanecer en el propósito que ayer hiciste de imitar á Cristo crucificado en el tercer grado de humildad. Determina, por últi-mo, si quieres con Cristo, pobre, despreciado y afligido, vivir tambien pobre, despreciado y afligido, más bien que rico, honrado y feliz, aun cuando fuese igual gloria de Dios, y tuya en el cielo.

Ay de aquel que en el mismo Calvario, al pié de la cruz, con tan eficaz ejemplo, quiere toda-vía andar entre Cristo y el demonio, entre el cie-lo y la tierra, entre el amor de Dios y el amor propio, entre el espíritu y la carne! ¡Ay de aquel

que temiendo subir al tercer grado de humildad, determina quedarse en el primero ó cuando más en el segundo; ó que quiere subir al tercero, pero á su modo, conforme á la sensualidad, á la naturaleza y al amor propio, no como Dios lo quiere, y es de su gusto!

¡Ay de él porque en pena de su pertinacia en no querer subir al tercer grado, ni llegará al segundo, ni aun permanecerá en el primero! El religioso que, despues de considerar la passion de Cristo, desea todavía ser honrado, y busca aún regalo en la comida, singularidad en el vestido, y demas comodidades de la vida; que huye de los desprecios y deshonoras, se horroriza de los efectos de la pobreza, y tiembla de las mortificaciones y trabajos; si no persistiere firme en el tercer grado de humildad, no es digno de llamarse compañero de Jesus, soldado de Cristo, y partidario de la virtud. ¡Oh Señor! dame que no me aparte del pié de tu cruz ántes de resolverme á hacer vivo, lo que quisiera haber hecho cuando muera; pues en el trance de la muerte la efigie del Crucificado será todo mi consuelo, y la única áncora de mi esperanza.

Punto II.

Ademas de esto, en Cristo pendiente de la cruz brilla tambien la *obediencia* perfectísima; pues fué *obediente hasta la muerte de cruz*¹. Por-

¹ Phil. 2, 8.

que: 1.º Obedeció á *todos*; no solo á su Eterno Padre, sino tambien á Caifás y á Pilatos; á los soldados y verdugos, aunque estos ninguna potestad tenían sobre él. 2.º Obedeció en *todas las cosas*, aun en las más difíciles. A una señal se desnudó las vestiduras, dió las manos á las ataduras, la cabeza á las espinas, los hombros á la cruz, los piés y manos á los clavos, la vida á la muerte. 3.º Obedece con *modo* perfectísimo, sin contradecir, sin replicar ni apelar á tribunal superior, sino *ciegamente* cuanto al entendimiento, *prontamente* cuanto á la voluntad, *plenamente* cuanto á la ejecucion.

Todo lo cuál se agravaba mucho: 1.º porque un Profeta como él, reputado generalmente por santo, por Hijo de Dios y verdadero Mesías; públicamente, en presencia de los habitantes de una ciudad numerosísima, y de infinidad de extranjeros, era condenado á muerte tan afrentosa y dolorosa; 2.º porque le condenaban á ella despues de haber padecido en la vida apostólica tantos trabajos, con tanto crédito, despues de haber predicado tantos sermones, sanado con tanta fama tantos enfermos, y ejercitádose con tanto lustre en otros oficios de caridad; 3.º porque le condenaban sus enemigos triunfando, insultándole sus émulos, y gloriándose de que ellos eran la causa de su opresion; 4.º todo con evidente parcialidad de parte de los acusadores, y manifiesta injusticia de los jueces.

Estas cuatro circunstancias son las mismas que agravan con peso intolerable las cruces de los religiosos, conviene á saber: ser confundidos delante de los seculares, despues de haber padecido trabajos, desempeñado oficios honrosos, y ganado muchos méritos; insultándolos tácitamente

sus émulos y falsos delatores, y hasta los superiores tal vez parciales ó mal afectos.

Pero ni con esto hemos de rendirnos, ni desistir del tercer grado de humildad á que hemos subido. Tres motivos te ofrezco para que te mantengas firme en él: 1.º la *necesidad* de padecer; *pues conviene que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios*⁴: nuestra impaciencia ni mitiga ni quita la injuria, ántes bien aumenta la molestia, y quita el mérito; 2.º la *ocasion* de *satisfacer* por nuestros pecados, cuyo reato se borra, si no del todo, á lo ménos en la mayor parte, con tan heróico sufrimiento; 3.º la mayor *semejanza* con Cristo, que por nuestro amor padeció mayores trabajos, y la buena ocasion de darle prueba nada equívoca de nuestro amor. ¡Jesus obedientísimo! otórgame que animado con tu ejemplo, y estos tres motivos, obedezca entera, pronta y ciegamente, *siempre, á todos y en todo*, aun en las cuatro circunstancias dichas.

Punto III.

Finalmente, en Cristo crucificado brilla admirablemente el *amor á los enemigos*; virtud tanto más preciosa, cuanto más difícil. Contemplemos, pues, brevemente á *quiénes ama y cómo*. Porque perdonar, 1.º á los enemigos, á quienes ántes hemos ofendido nosotros; 2.º á los que depusieron ya el odio contra nosotros; 3.º que nos

⁴ Act. 14, 21.

piden rendidos el perdón; 4.º de quienes no podemos tomar venganza: fácil es perdonarlos. Pero á enemigos á quienes no sólo no ofendimos nunca, sino que los llenamos de beneficios; que no sólo no nos piden perdón, sino aun nos aborrecen y continúan provocándonos con nuevas injurias; y perdonarlos al mismo tiempo en que podríamos vengarnos cumplidamente con solo nuestro querer; y no sólo perdonarlos, sino amarlos, hasta rogar para alcanzarles perdón, y hasta morir por ellos entre horrendos tormentos: esto ciertamente es prodigio de caridad, y heroísmo de virtud.

Todo esto hizo Cristo, y en grado perfectísimo, porque: 1.º No sólo no ofendió en nada á ninguno de los hombres, sino que los favoreció con innumerables beneficios: *pasó haciendo bien*. 2.º Los judíos arden en odio contra él; le oponen á Barrabás; le piden á gritos para la muerte: *crucifícale, crucifícale*. 3.º Tan léjos están de arrepentirse y pedirle perdón, que aun despues de verle clavado en la cruz, y ya para expirar, le insultan y blasfeman con barbaridad inaudita: *decían muchas blasfemias contra él*. Pudiera Cristo con sólo un acto de su voluntad entregarlos al demonio para que los atormentase, y mandar á la tierra que se abriese, y los tragase el infierno, ó por lo ménos, si él no queria tomar venganza, podia dejarla á su Padre, como lo hizo David con Salomon.

Pero á fin de enseñarnos con el ejemplo, prorumpe en estas tiernísimas voces: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen*¹. ¡Oh

¹ Luc. 23, 34.

palabras dignas de escribirse en los corazones de todos los hombres! *Padre, perdónalos*. Cuando Cristo ora por sí, lo llama Dios: *Dios mio, ¿por qué me has abandonado?* Pero cuando ruega por sus enemigos le llama Padre, para moverle más eficazmente con ese título de cariño. No sólo les perdona él, sino también ruega á su Padre los perdone, para que no disminuya su beneficio el temor del castigo de su Padre. También les disculpa su pecado con la ignorancia, *porque no saben lo que se hacen*, para que les conceda con más facilidad el perdón. Hay más, los tormentos y muerte que ellos merecian mil veces, Cristo los recibe *por ellos* espontáneamente y sin que nadie le obligue: *se ofreció porque quiso*, y recibió la muerte para ofrecerla por ellos á su Eterno Padre.

¡Oh modo de perdonar verdaderamente divino! Considerando con reflexion estos dos puntos, á *quienes* y *cómo* perdonó Cristo, nos determinaremos á perdonar á nuestros enemigos, y corresponder con beneficios á sus agravios.

Los estímulos que para esto tenemos son: I.º El *ejemplo de Cristo: ejemplo os he dado*, nos dice desde la cruz, *para que hagais lo que yo he hecho* ¹. 2.º El *precepto divino: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen* ². ¿Y quién eres tú, polvo y ceniza, para que te resistas á un mandato tan claro? 3.º El que aborrece á su enemigo no ama á Dios. *Si alguno dijere, amo á Dios, y aborrece á su hermano, es menti-*

¹ Joan, 13, 15.

² Luc. 6, 27.

roso ¹. Quién ama á Dios debe tambien amar á su prójimo. Pues aunque despedace su cuerpo con disciplinas, lo consume con ayunos, y arda en celo de las almas, si no ama á su prójimo, nada hace. Por lo cuál examina si fomentas en tu corazon algun odio, venganza ó desafecto. Si hallásemos algo de esto, en el monte Calvario, al pié de la cruz, sacrificuémoslo á Cristo muriendo de amor por sus enemigos; y en adelante: 1.º juzgaremos bien de nuestros enemigos; 2.º hablaremos honradamente de ellos; 3.º rogaremos á Dios por ellos, y los prevendremos en los buenos oficios que piden la caridad y la urbanidad.

AFECTOS.

De amor á nuestros enemigos. ¡Oh Dios de las venganzas! Resuena en mis oidos tu mandato: *Amad á vuestros enemigos.* Y así, no pudiendo amarte á ti sin amarlos á ellos juntamente, los amo con todo mi corazon como á hijos tuyos y hermanos de Cristo; los amo porque tú lo quieres y lo mandas; y porque te amo quiero ya á mis perseguidores, en especial á N. N. Los perdono como quiero me perdones, y te ruego no los castigues por mí. Además, depongo al pié de la cruz de Cristo, y delante de toda la curia celestial, todos los movimientos de aversion, enemistad, odio, venganza y rencor; y si supiera que se habia de encender en mi pecho

¹ 1 Joan. 9, 20.

algun odio á mis prójimos, quisiera ahora mismo perder la vida. ¡Oh Señor! dadnos caridad, para que amándonos ahora unos á otros, te podamos amar despues eternamente.

De obediencia. ¡Oh Dios mio! habiendo sido tú obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, animado de tu ejemplo, obedeceré tambien yo á todos mis superiores, en todo, siempre, entera, pronta y ciegameamente. Obedeceré aun en las cuatro circunstancias arriba dichas, para mostrar que *creo* tus palabras: *el que os oye me oye*; que *espero* tu promesa: *el obediente cantará victorias*; que te *amo* sobre todo y aun sobre mí mismo, sacrificándote las principales potencias de mi alma, entendimiento y voluntad.

Deseo de ser semejante á Cristo en el tercer grado de humildad. ¡Oh alma mia! mira á tu Jesus colgado de tres clavos, el cuál, subiendo á la cruz, subió tambien á la mayor altura del tercer grado de humildad. ¡Oh amor mio! A ti te eran debidos todos los placeres, honores y riquezas del mundo. Tú podias redimirnos con sola una lágrima, aun gozando de todas las riquezas y deleites, sentado en trono de gloria, y no obstante, siéndote propuesto el gozo, te abrazaste con la cruz. Antes quisiste pasar vida pobre, y ser despreciado y afligido, que gozar de todo, y vivir feliz; y esto por mí. ¿Y rehusaré yo imitarte? ¿Andaré á caza de gustos, honras y riquezas? ¿Yo, abominable pecador, que tantas veces he merecido los desprecios, miserias y tormentos eternos? Yo, siervo y vasallo tuyo, ¿querré vivir de este modo, viviendo tú, que eres mi Rey y Señor, de otro tan contrario? No haré tal: pongo por testigo al cielo, que prefiero con Jesus despreciado, pobre y afligido, vivir tam-

bien yo despreciado, pobre y afligido, más bien que honrado, rico y nadando en placeres, aun cuando ambas cosas fueran de igual gloria de Dios y mérito mio, solo por parecerme más á Cristo.

DIA VIII.

MEDITACION I.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO.

Punto I.

Considera la *felicidad* de Cristo resucitado. Habia perdido en el tiempo de su pasion las cuatro clases de bienes de que puede gozar el hombre, cambiando todas las riquezas por extrema pobreza; todos los honores por sumo desprecio; la salud por terribles dolores; y finalmente, su preciosa vida por muerte atrocísima.

Pero todo lo recobró con sumas ventajas en su resurreccion. Porque lo 1.º: El que ántes era *pobre y menesteroso*, ahora es *rico y Señor de todo el mundo*. El que ántes no era sino *gusano y oprobio de los hombres*, ahora, *coronado de gloria y honor, está sentado á la diestra de la Majestad en las alturas*. El que en otro tiempo era *varon de dolores, conecedor de enfermedades, sin tener en su cuerpo parte sana*, ahora, con fuerzas mayores que Sanson, *rompió las puertas de bronce y los cerrojos de hierro, despojando ademas á prin-*

cipados y potestades. El que ántes no tenia hermosura ni aun apariencia de hombre, sino que parecia leproso y herido de Dios, ahora resplandece como el sol, y está su rostro graciosísimo, de modo que verle ha de ser nuestra bienaventuranza. Aquel cuya alma estaba no ha mucho triste á par de muerte, ahora canta con alegría: Oh Padre, has cambiado en gozo mi llanto; has roto mi saco, y me has rodeado de alegría, para que mi gloria te cante. Aquel á quien dieron muerte colgándole en la cruz, resucitó de entre los muertos como primicias de los que murieron. Su cuerpo brilla y brillará en perpétuas eternidades, dotado de las cuatro dotes de gloria, de modo que ya no le dominará la muerte. En verdad que has sido engrandecido con gloria. Nuestro Capitan echó al mar á caballo y caballero, esto es, al mundo, demonio y carne, sepultándolos en el mar de su sangre, triunfando de ellos en sí mismo.

Alma mia, prorumpe en actos de amor; dale el parabien por su gloria y felicidad, y gózate de haberle elegido por tu capitan, para militar debajo de sus banderas, y seguirle más de cerca. Renueva la palabra dada, confirma los propósitos, y promete ser constante con su gracia.

Punto II.

—

Considera la *certeza* de nuestra esperanza, fundada en la resurreccion de Cristo. La felicidad presente es prenda de la que hemos de gozar nosotros en lo futuro; de la cuál nos asegura el Apóstol en varios lugares. Escribiendo á su dis-

cípulo Timoteo, le dice: *Fiel palabra: si somos muertos con Cristo, tambien viviremos con él; si sufriéremos, reinaremos tambien con él.* A los Romanos escribia: *Si padecemos con él, tambien con él seremos glorificados.* Así es: *Jesucristo reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su claridad*¹. Dudar de esto es error, pues es *fiel su palabra*. Dios cumplirá su promesa, si pusiéremos de nuestra parte la condicion de morir con Cristo, de sufrir y padecer con El; entónces ciertamente viviremos, reinaremos y seremos glorificados con El. *Si fuéremos plantados juntamente con él á la semejanza de su muerte, lo seremos tambien á la de su resurreccion.* ¿Qué promesa, qué esperanza más cierta? Además, nuestra felicidad se medirá por nuestra imitacion. Tenemos por fiador de Cristo al mismo Apóstol: *Sabemos que sereis compañeros de Cristo en el consuelo como lo fuisteis en la pasion.* Porque nuestro Capitan cumplirá puntualmente lo que nos ofreció en el Reino de Cristo, conviene á saber; *tendrá parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.* Así es; cuanto más de cerca le siguiéremos en el tercer grado de humildad, tanto más alto será el trono de gloria á que subiremos. ¿Qué estímulo mayor queremos?

Alégrate, oh alma llamada á su compañía, pues cuanto más profundamente te abatieres, tanto más serás exaltada en los cielos; cuanto más necesitares ahora, tanto más abundarás despues; cuanto más te afligieres ahora con dolores,

¹ 2 Tim., 2, 12.—Rom. 8, 17.—Phil. 3, 21.

tanto más te verás glorificada despues con los dotes de gloria; en fin, quanto más bebieres ahora del caliz de la pasion, serás despues tanto más embriagada con torrentes de dulzura. Consuélate en las miserias presentes con los bienes venideros, y aprende á estimar, amar y desear los desprecios, dolores y pobreza, como origen de las honras, deleites y riquezas del cielo.

Punto III.

—

Considera la *grandeza* de la gloria que esperamos en el cielo. *Primeramente* son grandes los gozos del cielo, pues son *infinitos*, ya por la infinidad de males de que libran, ya por la multitud de bienes que procuran. Los goces de los bienaventurados, no sólo excluyen todos los males de cuerpo y alma, sino que ademas encierran todos los placeres posibles é imaginables. Este mismo cuerpo tuyo, que ahora doma sus apetitos, y á quien reduces á servidumbre por medio de la mortificacion excederá al sol en *claridad*, á los vientos en *agilidad*, é igualmente á los Angeles en *sutileza é impasibilidad*.

Tu alma aún gozará de mayores dulzuras. En qué gozo se anegará la *memoria*, al recordar las gracias á que consintió, las tentaciones que venció, los males que evitó, los bienes que obró, las virtudes que ejercitó, las asperezas con que se mortificó. ¡Dios mio! exclamará en el cielo, el alma bienaventurada. Pude condenarme, pude perder esta felicidad; si hubiera consentido en tal tentacion, si hubiera resistido á tal impulso de tu gracia, hubiera despreciado las luces é ilus-

traciones de aquellos ejercicios, ¿en dónde me hallaría ahora? Hubiera perecido sin remedio; pero por tu misericordia resistí y vencí. Aquellos de mis amigos y parientes que se rindieron, han perecido; ahora arden los miserables y arderán eternamente. Y yo soy bienaventurada, y lo seré para siempre. Felices desprecios, dichosas miserias, alegres aflicciones: ¡oh tercer grado de humildad! sin vosotros perdida era yo, porque ni en el primer grado hubiera permanecido; pero ahora por vosotros soy bienaventurada, soy salva, y lo seré eternamente. ¡Oh felicidad!

El entendimiento verá á Dios, no *en figura*, *en enigma* y como *en espejo*, sino *cara á cara*, como *es en sí*, con modo perfectísimo, con vision clarísima, con vista como comprensiva. La *voluntad* poseerá á Dios con acto de fruicion, y en Dios solo poseerá todos los bienes. Ningun gozo deseará que no lo logre; ningun deseo tendrá que no se le cumpla; y no sólo se le cumplirán sus deseos, sino que nada le quedará por desear, porque lo tendrá todo. A toda esta felicidad sube una alma por los escalones del tercer grado de humildad.

Lo segundo, son grandes los gozos del cielo, porque son *eternos*. ¡Oh palabra pequeña en el sonido, pero inmensa en el sentido! ¡Los gozos del cielo son eternos! Así es, alma escogida; tus gozos no sólo serán infinitos en su intension, sino tambien inmensos en su duracion, sin temor alguno de perderlos jamas. Así lo enseña la Fe. ¡Oh qué dulce será este pensamiento! Soy bienaventurado en el cielo, y lo seré eternamente; rebosa mi corazon en un mar de dulzura, y rebosará eternamente; poseo felicidad incomprendible, y la poseeré eternamente. Cierto

que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano puede entender lo que preparó Dios para los que le aman ¹.

Así es; luego nada se ha de dejar de hacer y padecer, con tal de gozar de esta *infinidad* y *eternidad* de bienes; así que, debemos servir á Dios, imitando á Jesucristo en el tercer grado de humildad; cumpliendo exactamente los propósitos hasta aquí concebidos, pues *no son comparables los trabajos de este mundo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros, porque lo que aquí es para nosotros de tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros de modo maravilloso, peso eterno de gloria* ².

Si creemos esto, ¿no seremos muy necios, si por un honor vano, por una leve comodidad, por una bagatela ó gusto momentáneo, despreciamos aquel sublime grado de gloria que corresponde á la abnegación? ¿No seremos enemigos encarnizados de nosotros mismos, si rehusamos un oficio bajo ó lugar humilde, si dejamos de vencernos y hacer algún acto heróico, que podía merecernos una felicidad inmensa? ¡Cuánto sentiremos no haber subido al tercer grado de humildad! ¡Y cuánto nos alegraremos de haberlo practicado!

AFFECTOS.

De *dolor*. ¡Oh Criador del cielo! ¡Qué hice cuando resistí á tu gracia, omití aquel acto de virtud, huí de aquellos desprecios, me espanté

¹ 1 Cor. 2, 9.

² Rom. 8, 18.—2 Cor. 4, 19.

de aquellas mortificaciones! ¡Perdí una eternidad de mayor felicidad! Por el temor de leve y momentánea tribulacion, perdí un riquísimo tesoro de gloria eterna. ¡Oh amor hermosísimo! Perdí la ocasion de mirarte más claramente, de amarte más ardientemente; y la perdí por negra honrilla, por leve comodidad, por brevísimo placer.

De propósito. Pero ya propongo enmendarme en adelante. *Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblacion con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinacion deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, esto es en el tercer grado de humildad; y lo cumpliré para ser participante de las promesas y glorias de Cristo, y para que padeciendo y muriendo con El, viva tambien y reine con El en los cielos.*

De esperanza. Señor Jesus, así como lo dijiste y prometiste, asimismo se haga, y pueda yo merecerlo. En la meditacion de las dos banderas recibí de tu mano la cruz; yo la llevaré hasta la muerte, del modo que me la pusiste ¹, confiando que me concederás sentarme en el reino de tu Padre, y que como he sido compañero de tu passion lo seré tambien de tu consolacion, y tendré parte contigo en la victoria, como la he tenido en los trabajos.

Deseo de la gloria. ¡Oh mansion bienaventurada! ¡Oh dia clarísimo de la eternidad, á quien

¹ Kemp. l. 3, c. 56.

no le oscurece la noche, sino que lo ilustra siempre la suma verdad, que amanece siempre alegre, y nunca lo entristecen las sombras. ¡Cuán grande es tu dulzura! ¡Oh buen Jesus! ¿cuándo te veré vencedor de la muerte? ¿Cuándo contemplaré la gloria de tu reino, comprada á costa de tantos trabajos? ¿Cuándo estaré contigo en tu gloria, que aparejaste para los que te siguen? ¡Cuándo vendrá aquella dichosa y deseada hora en que seas para mí todo en todas las cosas! ¹

¡Oh fuente de vida, vena de aguas vivas! ¡Cuándo pasaré á las aguas de tu dulcedumbre, desde esta tierra desierta, intransitable y árida, para ver tu valor y gloria, con que brillas despues de resucitado, y saciar mi sed en las aguas de tu misericordia! ¡Cuándo iré y apareceré en tu presencia, para besar tus llagas! Dia feliz en el que oiré: entra en el gozo de tu Señor, entra en la casa de tu Dios, donde están todos los bienes sin mezcla de mal alguno; donde hallaré cuanto quisiere, seguridad suma, felicidad eterna! Oh gozo sobre todo gozo, ¿cuándo entraré en ti? ²

LECTURA PARA EL DIA ULTIMO.

§. I.

Como la 1.^a semana de ejercicios pertenece á la via purgativa, y la 2.^a y 3.^a á la iluminativa, así esta 4.^a á la unitiva: porque en ella por el

¹ Kempis, l. 3, c. 48.

² S. Agust. soliloq. g.

deseo del cielo y amor de Cristo y de Dios, como tambien por la conformidad de nuestra voluntad con la Divina, nos unimos á nuestro *fin último*. Nos propuso esto S. Ignacio en la meditacion del primer dia, para que, segun las reglas de prudencia, fuese el último en la ejecucion, el que habia sido primero en la intencion; y para que mirada la felicidad del término á que nos encaminábamos, huyésemos del *pecado*, que de él nos aparta. Para conseguirlo con más certidumbre, nos recuerda nuestro gran Director la gravedad de la culpa, y los novísimos, para que con el hijo pródigo *detestemos* principalmente la *culpa* mortal, y por medio del *conocimiento propio extirpemos* sus raíces, encaminándonos juntamente por la senda de la virtud. A fin de que la anduviésemos seguros, nos pone delante en la meditacion del reino de Cristo, al mismo Cristo, por *guia* y Capitan, para que le sigamos, principalmente en la pobreza, desprecio y dolores, para secar la fuente de todos los males que es el apetito desordenado de riquezas, honores y deleites. Ademas, en la meditacion de las dos banderas y de los tres binarios, nos anima á que subamos al *tercer grado de humildad*, eligiendo ántes vivir con Cristo pobres y afligidos, que ricos, honrados y felices, aun cuando fuera esto 2.º igual gloria de Dios que lo 1.º, sólo por tener mayor semejanza con Cristo. Nos confirma en este santo propósito, proponiéndonos á *Cristo*, ya *padeciendo* ya *resucitado*, para que excitados por su *ejemplo* y por su *gloria*, nos confirmemos en el tercer grado de humildad, á que ántes habíamos tratado de subir.

Muy bien corresponde á la *via unitiva* esta 2.ª semana, á la cuál dedicamos el dia presen-

te. Porque los principales lazos que nos unen con Dios, son su amor, el deseo de la pátria celestial, la conformidad con la voluntad Divina, la oracion fervorosa, el retiro constante y la tierna contemplacion de Cristo resucitado y glorioso. Esta es la puerta por donde entramos en el santuario de la Divinidad, el vínculo con que nos estrechamos más con Dios, la escala por donde subimos mejor de las criaturas al Criador, como lo prueba largamente el P. Suarez con testimonios de los Santos Padres.

II. Los frutos de este dia son muchos. 1.º Consolidarnos más y más en el *tercer grado de humildad*, para lo cuál, como dice el Directorio ¹, se nos propone la resurreccion de Cristo, y los gozos que tuvo en este mundo, para que viendo mudada la escena, y á nuestro Capitan triunfante y rebosando de gozo, riquezas y gloria, nos animemos á imitarlo pobre, despreciado y affigido, perseverando con El en el tercer grado de humildad; y ya que ántes nos habíamos affigido con los dolores de Nuestro Salvador, nos alegremos ahora con la gloria de su resurreccion. Sin el tercer grado de humildad no conseguiremos el último término de los ejercicios, que es unirnos por el vínculo de la caridad con Dios, nuestro último fin. Para esto se requiere apartar los impedimentos que nos separan de esta union, esto es, los tres apetitos de riquezas, honores y placeres, lo cuál conseguiremos por el tercer grado de humildad.

2.º *El 2.º fruto* es el ejercicio más perfecto

¹ C. 36, n. 1.

de las virtudes que más excitan, mantienen y aumentan la caridad, blanco de los ejercicios. Estas son, oracion ferviente de todos los dias, recogimiento constante del ánimo, conformidad rendida de nuestra voluntad con la divina, y deseo eficaz de la gloria: las dos primeras virtudes se encomiendan en la eleccion de estado; la 3.^a en la consideracion de esta tarde, y la 4.^a en el tercer fruto de la 1.^a meditacion.

3.^o *El tercer fruto* es el conocimiento más claro de Dios y de Jesucristo, y amor más intenso hácia ambos; ocupacion la más propia del alma que camina por la via unitiva. Para alcanzar lo uno y lo otro ayudarán grandemente las dos meditaciones siguientes, de las cuáles la 1.^a nos infundirá conocimiento y amor de Cristo, la 2.^a de Dios. En lo cuál aparece de nuevo el enlace estrecho de todos los ejercicios, y la seleccion de los medios más aptos para el fin, sin que nada haya en toda la obra que falte ni sobre; por esto dijo con mucha razon el P. Suarez hablando de S. Ignacio y de su librito de los ejercicios: *Nada ha dejado de tratar que pueda interesar á la vida espiritual, mostrando en todo suma prudencia, experiencia consumada, é ilustracion divina*¹.

Aunque S. Ignacio no prescribe meditacion distinta del amor de Cristo, pero se puede poner aquí muy bien como se ve, ya por las palabras del Directorio que dice: *tambien se pueden añadir otras meditaciones*², ya por el orden y enlace de las cosas; porque nada hay que más nos anime

¹ Suarez com. 4, de Relig., tr. 10, l. 9, c. 7, n. 1.

² Direct. c. 36, n. 1.

á estimar, amar y buscar el tercer grado de humildad, esto es, los desprecios, pobreza y dolores, que el ejemplo de Cristo; y este tendrá tanto más fuerza, cuanto fuere mayor la estima y amor de la persona que hubiéremos de imitar. Para esto proponemos en este dia sus dotes singularísimos, y el grande amor que nos tiene. Además, habiéndonos empleado hasta ahora en meditar la vida, muerte y gloria de Cristo, pedia la série ordenada de las cosas que dedicásemos el ejercicio siguiente al amor de nuestro buen Capitan, para que con El, como con suave bálsamo, se mitigase el rigor y aspereza de su imitacion, y de la reforma de nuestra vida. Pues como asegura Kémpis: *el noble amor de Jesus hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual. Porque lleva sin fatiga la carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo* ¹.

III. Para conseguir mejor los tres frutos dichos se observarán, conforme á la mente de N. S. P., las *adiciones siguientes*. 1.^a Entre dia sólo admitiremos pensamientos alegres del misterio ya meditado, ó de los que en adelante vamos á meditar. 2.^a Gozaremos de la comodidad que ofrece la luz y el buen tiempo, así como de la verdura del campo, de la belleza de las flores, de la amenidad del sitio; ó si es en invierno, del sol y del fuego y demas cosas convenientes al cuerpo y alma, para alegrarnos con nuestro Criador y Redentor. 3.^o Mitigaremos el rigor de las mortificaciones, practicándolas como en la segunda semana. Pero nada se disminuirá de la

¹ 1. 3, c. 5.

puntualidad en la observancia de la distribución, del silencio y de las demás adiciones; teniendo especial cuidado con no leer ni escribir nada que no se conforme con los ejercicios. Nos guardaremos también de aquel engaño del demonio, con que nos persuade que podemos aflojar hoy algo del fervor y cuidado que hasta ahora habíamos puesto en los ejercicios. Porque aunque hayamos de procurarnos alguna alegría espiritual, sin embargo nada se ha de disminuir entre día, y principalmente al tiempo de la meditación, del ardor del espíritu y recogimiento del ánimo; antes bien se procurará aumentar, para no malograr al fin, por la tibieza, el fruto de los esfuerzos anteriores; siendo de notar que esta última meditación requiere mayor fervor y cuidado.

IV. Varios son los *afectos* en que nos ejercitaremos. 1.º De *gozo*, dando á Jesucristo el parabien por el triunfo que ha alcanzado de sus enemigos, y por la gloria con que por esto se ha coronado; que ciertamente es muy grande, ya por la sublimidad del nombre que recibió, pues Dios *le dió nombre sobre todo nombre*; ya por la plenitud de potestad que le fué concedida, pues *se le dió todo poder en cielo y tierra*. Pero de tal modo me he de alegrar de la felicidad del Salvador, que también *me he de alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor* ¹. Porque como ayer consideramos los dolores de Cristo, con tanta viveza como si sintiéramos los golpes de los azotes y las punzadas de las espinas, así también conviene que nos ale-

¹ Semana 4.ª meditación 1.ª, preludio 3.º

gremos hoy como si *sintiéramos en nosotros lo que Cristo resucitado sintió*. Ayer no nos bastaba cualquiera compasion, sino tal que juntamente causase odio al amor propio, y amor á la cruz; y por la misma razon concebiremos hoy tal gozo, que juntamente despreciemos las cosas terrenas, y apreciemos las celestiales, segun aquello del Apóstol: *Si habeis resucitado con Cristo, buscad las cosas celestiales y no las de la tierra*¹; deduciéndose como consecuencia natural, que tambien nos animaremos á morir con Cristo, practicando el tercer grado de humildad, para que merezcamos resucitar juntamente con él.

2.º El segundo afecto es de *esperanza y deseo* de alcanzar felicidad semejante á la de Cristo. Para este fin, segun la mente del Directorio, se propusieron en el punto tercero de la meditacion primera, la sobreabundancia de gloria que se da en el cielo, para que con su consideracion sean más ardientes nuestros deseos de conseguirla; deseos que no serán estériles si pensamos con frecuencia en la condicion con que nos promete Cristo su gloria, esto es, *que padezcamos y muramos con él*; que guardemos los propósitos hechos, y pongamos en obra la idea de mudar de vida. Porque en vano desea ser coronado quien no quiere pelear; en vano espera ser exaltado en los cielos quien no quiere ser humillado en la tierra.

3.º El tercer afecto en que nos detendremos hoy más, es de *amor á Dios y á su Hijo J. C.*, teniendo bien presentes dos cosas: *La primera es que el amor se debe poner más en las obras*

¹ Coloss. 3, 1.

que en las palabras. La segunda que el amor consiste en comunicacion de las dos partes: es á saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, ó de lo que tiene ó puede; y así, por el contrario, el amado al amante. De manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene; si honores, si riquezas; y así el otro al otro ¹. Con esto se nos indica que no basta sentir cierto afecto de ternura; y que no nos hemos de contentar con tenerlo. Dice S. Gregorio: obras son amores; y cuando hay amor obra cosas grandes; que si no las obra no es amor ². No podremos ménos de guardar estas advertencias si hacemos con fervor la contemplacion para alcanzar amor, cuya ordenada trabazon con las demas explicaremos ahora.

§. II.

1. Fué el hombre criado para conocer y amar á Dios, segun lo vimos ya en la meditacion primera del dia primero; el amor con que goza de Dios, es la suprema felicidad del hombre en el cielo, y el amor de Dios práctico es la suma perfeccion del hombre en la tierra. 2. Este amor consiste en la conformidad de la voluntad humana con la divina, por la cuál tenemos un mismo querer y no querer con Dios, los mismos sentimientos y deseos; pues es cierto que en donde no hay esta mútua conformidad de voluntades, tampoco hay amor. 3. Esta

¹ Contemplacion para alcanzar amor.

² Direct. c. 36, n. 3.

conformidad supone haber hecho ya la eleccion conforme al beneplácito de Dios, estando determinados á servir á nuestro Criador en aquel estado, ó del que ya teníamos, en aquel grado de perfeccion, aunque sea el tercer grado de humildad, en que desea él le sirvamos.

Para hacer bien esta eleccion, se presupone la *indiferencia* de nuestra voluntad respecto á aquellos cuatro géneros de bienes que enumera N. S. P. en la meditacion del fundamento, conviene á saber: á riquezas y pobreza, á honores y desprecios, á salud y enfermedad, á la vida y la muerte; de modo que por sola la señal de la divina voluntad elijamos lo uno ó evitemos lo otro: porque si uno no quisiera lo que Dios quiere, ya le faltaria la conformidad de voluntades, y por consiguiente el amor. Es pues necesaria esta indiferencia para la buena eleccion, la eleccion para la conformidad, y esta para el amor de Dios, en el cuál consiste la perfeccion de esta vida, y el fin de todos los ejercicios.

Lo que se opone diametralmente al amor de Dios es el pecado; y para detestarlo y arrancar sus raices empleamos la primera semana. Como la concupiscencia de la carne y de los ojos, y la soberbia de la vida, tristes efectos del pecado original, nos inclinan como con un peso natural á buscar honores, placeres y riquezas, para poner á nuestra voluntad viciada en perfecto equilibrio é indiferencia; fué necesario que con el ejemplo de Cristo la inclinásemos á la parte contraria, y por el tercer grado de humildad la moviésemos á estimar, amar y buscar lo que la naturaleza corrompida rechaza, aborrece y evita, que son los desprecios, dolores y pobreza: esto es lo que hemos hecho en las semanas si-

guientes. Siendo, pues, el ejemplo de Cristo el único estímulo que N. S. P. nos trae para tan sublime grado de perfeccion, y como la fuerza del ejemplo es tanto más poderosa cuanto más se ama y estima la persona que lo da, por esto añadimos la meditacion del amor de Cristo, para incitarnos á estimar y á amar las dotes y perfecciones de Cristo.

Una sola cosa falta, y es que despues de haber delineado en la primera semana la indiferencia, que se alcanza con el ejemplo de Cristo, así como el tercer grado de humildad, en que consiste la conformidad plena con el modelo divino; pongamos ahora por corona de los ejercicios el amor práctico á nuestro último fin, que es Dios. A este amor dedicaremos la meditacion de esta tarde, en la cuál daremos rienda suelta á las potencias de nuestra alma, para vacar siquiera por una hora á aquel negocio en que esperamos emplearnos felizmente por toda la eternidad. Si algún dia debiéramos arder en un celestial fuego de amor, ciertamente deberia ser hoy. Quiere N. S. P. que gastemos en esta meditacion uno ó muchos dias; pues ya que no hemos de emplear en ella más de una hora, redoblemos siquiera el fervor, para que al mismo tiempo nos dispongamos mejor á ganar las indulgencias concedidas á los ejercicios.

Es la oracion hoguera celestial en que se encienden nuestros corazones en el amor divino, y éste se conserva y aumenta: por otra parte, no todos son capaces del arte de meditar bien, ó á lo ménos no siempre se hallan bien instruidos y dispuestos para ello; por esto, deseando San Ignacio aprovechar siempre y á todos con sus ejercicios, al fin de la cuarta semana explica

los tres modos de orar, acomodados al genio y capacidad de todos.

El *primero* no tanto tiene forma de oracion como de cierto ejercicio espiritual, para recorrer: 1, los mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia; 2, los pecados capitales; 3, las operaciones de las tres potencias; 4, las de los cinco sentidos, examinando cómo hemos pecado contra aquellos ó estos abusando de ellos; deteniéndonos en cada punto de estos el tiempo que se requiere para rezar tres veces el Padre nuestro y el Ave María. Acerca de los *preceptos*, se podrá tambien pensar: 1, cuán justos son; 2, cuán saludables; 3, cuán santos. Acerca de los *pecados*, no será fuera del caso considerar cuán feos y dañosos son, y por el contrario, cuán hermosas y provechosas las virtudes opuestas. En las potencias y sentidos, convendrá discurrir cuán nobles y útiles son; para qué fin nos los dió el Criador. Al fin se darán gracias á Dios, se harán propósitos, y se pedirá gracia para cumplirlos.

Se diferencia este modo de orar del exámen, en que no se descende en este menudamente á cosas particulares, *por ser el intento principal, no tanto examinar la conciencia, como meditar dichos mandatos ó prohibiciones; haciendo con esta ocasion alguna reflexion general sobre nosotros mismos* ¹. En los mandamientos que ménos hubiéremos quebrantado, nos detendremos ménos tiempo, y más en donde halláremos haber caído más.

El *segundo modo* de orar, es una meditacion pausada sobre la significacion y sentido de las

¹ Direct. c. 37, n. 6.

palabras de alguna oracion, v. g. del *Padre nuestro*, del *Ave María*, ó de algun salmo ó texto de la Escritura, deteniéndonos en cada palabra mientras ocurra algo que meditar. Se diferencia del primer modo: 1, en la *materia*, porque aquel en la mayor parte versa sobre los actos lícitos ó ilícitos, mandados ó vedados; este tiene por objeto alguna oracion, dicho ó sentencia. 2, en el *fin*, porque el primer modo no sólo es especulativo, sino tambien práctico, pues de paso se pretende la correccion de las costumbres; pero el segundo sólo es especulativo, pues principalmente se dirige á entender el sentido de lo que se medita. Si en una ó dos voces empleásemos el tiempo de la meditacion por hallar en abundancia suavidad interior, no cuidaremos de pasar adelante; sólo que al fin rezaremos lo restante de la oracion.

El *tercer* modo de orar sólo se diferencia del segundo en ser más breve y con ménos pausa el tiempo que se emplea en meditar cada punto; pues no nos detenemos mientras sentimos algun piadoso afecto, sino el tiempo que comunmente se gasta en una respiracion; de forma que el *primer modo* tiene más de exámen, el *segundo* más de consideracion, el *tercero* es más sencillo, y tiene ménos de uno y de otro; pero ayuda mucho para que nos acostumbremos á rezar con la atencion y devocion debidas. *Es pues muy útil para los que tienen obligacion de rezar el oficio divino* ¹.

Por lo demas, el primer modo de orar, como

¹ Direct. c. 37, n. 12.

que es utilísimo para alcanzar el conocimiento propio, y limpiar el ánimo de pecados y faltas, conviene más propiamente para la primera semana, y podrá encomendarse su práctica á gente ruda. A los más capaces y ejercitados en la meditacion, les bastará, como advierte el Directorio, saber estos tres modos, para que en el decurso del año los puedan usar, cuando hallaren serles conveniente; si bien en tiempo de ejercicios no se valdrán de ellos ordinariamente sin motivo especial, como sería *al hallarse fatigados, indispuestos, ó cuando no pueden hacer meditacion formal* ¹.

II. Las reglas que añade S. Ignacio al fin del libro de los ejercicios, para distribuir limosnas, conocer escrúpulos, y sentir con la Iglesia, sólo se darán á los que respectivamente les tocan, como á los ricos, á los escrupulosos y á los predicadores, y tambien á los que tratan con los cismáticos y herejes.

Aunque se dice que las cuatro semanas en que están divididos los ejercicios, corresponden á las tres vias purgativa, iluminativa y unitiva; pero no se ha de entender de modo que al acabar el ejercitante la primera semana quede perfectamente purgado; que salga de la segunda y tercera plenamente iluminado, y de la cuarta totalmente unido con Dios; porque cada cosa de estas requiere más tiempo, empeño y práctica. Se dice que corresponden estas cuatro semanas á estas tres vias: 1.º porque la *materia* de ellas pertenece á cada una de estas vias; 2.º porque se

¹ Direct. c. 37, n. 11 y 13.

echa el *fundamento* de cada una, que despues conviene proseguir; 3.º porque se aprende el *método* que despues debemos guardar en cada una de ellas. El tiempo que hemos de detenernos en cada una, no se ha de medir tanto por las semanas quanto por el aprovechamiento; así como el pasar á otra via no se debe hacer tanto por eleccion de nuestra voluntad, como por inspiracion del Espíritu Santo, á quien toca disponer estas subidas en nuestro corazon, para que caminemos de virtud en virtud.

Antes de que uno entre en la via unitiva, mucho le importa haber andado bien las vias purgativa é iluminativa; porque si de salto quisiera pasar á la unitiva, estaria expuesto á caer en el precipicio de mil ilusiones y peligros. A este fin irá subiendo poco á poco, y de grado en grado; y ordinariamente conviene emplear la mayor parte de la vida en las dos vias purgativa é iluminativa, esto es, en extirpar los vicios, y arraigar las virtudes; y aun conviene que se junten estas dos vias. Fuera de esto, nada impide que mientras uno anda por una, sienta alguna vez los efectos de otra, con tal de que estos no se practiquen ordinariamente, y ántes de tiempo; es ademas muy necesario, que los que andan en la via unitiva, vuelvan muchas veces á la purgativa é iluminativa, pero de tal modo, que de ordinario se ocupen en los actos de la unitiva ⁴.

Los medios generales para guardar los propósitos que se sacan de los ejercicios son los si-

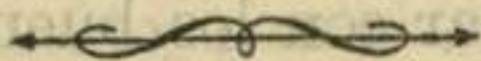
⁴ Direct. c. 39, n. 1 y sig.

guientes: 1.º oracion fervorosa de todos los dias; 2.º exámen cotidiano de la conciencia; 3.º confesion y Comunión cada ocho dias; 4.º tener confesor fijo, para comunicarle las cosas pertenecientes al alma; 5.º lectura frecuente de libros piadosos, conversar con los buenos, no juntarse con los malos, y evitar cuidadosamente todo pecado; 6.º recogimiento del ánimo, y soledad.

Ademas de esto, conducirá mucho la constancia en el bien: 1.º que uno *estime* grandemente el principio ó fundamento de buena vida, que por la gracia de Dios echó en los ejercicios; 2.º concebir grande temor de ser castigado más severamente si no vive como ha entendido que debe vivir; 3.º persuadirse de que todavía no ha hecho nada, sino que Dios sólamente ha esparcido en su alma la buena semilla, que debe regarla con sus lágrimas, y cultivarla con su trabajo, para que dé fruto digno de penitencia. Finalmente, el último y mejor medio es el amor de Cristo, cuyos motivos se verán en la meditacion siguiente. Los principales son tres: 1.º hermosura de su humanidad; 2.º excelencia de su divinidad; 3.º su amor para con nosotros.

El que hallare demasiada materia para la meditacion, podrá leer el primer punto como lectura espiritual.

MEDITACION II.
 DEL AMOR DE CRISTO.



Punto I.

La hermosura de su humanidad: 1.º el cuerpo de Cristo es templo de Dios, porque en él mora la plenitud de la divinidad corporalmente ¹, y no sólo entre niebla, como en tiempo de Salomon, cuando la gloria de Dios habia llenado la casa del Señor ². Es una obra acabada del Espíritu Santo, pues la virtud del Altísimo cubrió con su sombra á María Santísima, para formarlo prodigiosamente de la sangre más pura de su corazón; de modo que nunca hubo en el mundo cuerpo más hermoso, más excelente ni perfecto. En él se obraron infinitos méritos, perpétuos y grandes milagros; pues todas las acciones de Cristo, aun las naturales y necesarias, como la respiración, nutrición y circulación de la sangre, eran divinas y de infinito valor, de modo que eran imposibles otras mejores ni más perfectas. El es santuario de la divinidad, ya por la impecabilidad de su alma santísima, ya por la visión beatífica y amor fructivo; de modo que con mucha razón se llama Cristo santo de los santos, y mag-

¹ Colos. 8, 9.

² 2 Reg. 8, 10.

nífico en la santidad, y aun la misma santidad, Es, finalmente, digna habitacion del Verbo, en cuya formacion agotó el Padre los tesoros de su poder, el Hijo los de su sabiduría, el Espíritu Santo los de su beneficencia. Porque si al fabricar el arca del testamento, y construir el templo de Salomon, que no fueron sino figuras imperfectísimas del cuerpo perfectísimo de Cristo, *mostró el Señor el poder de su brazo*¹, ¿quién negará que toda la Trinidad empleó sus mejores riquezas en adornar el verdadero templo y arca del Verbo divino?

En segundo lugar es suma la hermosura del cuerpo de Cristo, que consiste en la simetría armoniosa de todo él, en su claridad lucidísima más que la del sol, y en su impasibilidad de diamante; dotes que eran muy debidos en grado eminente, por ser *cabeza de la Iglesia, y primogénito de los muertos*. Ahora, pues, si aun viiendo en la tierra tenia en su rostro una majestad acompañada de tan celestial dulzura, que muchos al verle le seguian, olvidados no pocos de comer y beber; si fué tanta su hermosura en el Tabor, que al contemplarle fueron sus discípulos arrebatados en éxtasis, ¿cuál será su belleza en los cielos, ahora que está vestido de la estola de gloria? Ciertamente debe ser muy amable, pues desean mirarse en su rostro los Angeles; los Serafines no se hartan de verlo, y nosotros tendremos por bienaventuranza de nuestros sentidos el contemplar á aquel que aun en la tierra fué objeto de las complacencias y amor del Eterno Padre, que dijo de él: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido*.

¹ Luc. 1, 15.

Si tanta es la hermosura del cuerpo de Cristo, ¿cuánta será la de su alma? Decir que excede con mucho á la que tienen por naturaleza y gracia todos los ángeles y bienaventurados, es lo mismo que decir que todo el mundo es mayor que un grano de mostaza. Porque *su memoria es imágen de Dios invisible*, y espejo vivo de las divinas perfecciones, pues continuamente las representa y recuerda: en su *entendimiento están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*, porque desde el primer momento de su creacion vió *cara á cara*, con conocimiento intuitivo y perfectísimo, toda la divina esencia, y entendia el misterio de la Santísima Trinidad y las perfecciones infinitas de Dios, en el mismo Dios, como en espejo clarísimo, distinguiendo individualmente todas las cosas pasadas, presentes y futuras, y aun las posibles; de modo que, comparada toda la ciencia de los ángeles con la de Cristo, nada más sería que ignorancia y tinieblas. Su *voluntad* es un continuo ejercicio de altísimas virtudes; horno encendido en vivísimas llamas de amor á Dios; copia perfectísima de la divina voluntad.

Su *alma*, en fin, está adornada con todos los hábitos de las virtudes, con todos los dones del Espíritu Santo, en modo muy sublime, conveniente á su dignidad; se halla enriquecida con la gracia habitual, en tanto grado y excelencia, que no hay entendimiento humano ni angélico que lo pueda entender. Porque si la gracia inmanente que fué concedida á la Santísima Virgen fué tanta, ¿cuánta será la que se dió á Cristo? Es mar inmenso de virtudes, excelencias y prerogativas, tal que cuanto más se le pretende sondear, mayores abismos de gracias se descu-

bren. ¡Oh si tuviera yo tantos corazones en mi pecho, cuantas gotas de sangre en mis venas, para amar á aquel objeto, cuya sola humanidad es digna de amor infinito, por contener tantas y tan admirables prerogativas!

Punto II.

La excelencia de Cristo por su divinidad.
 Nada eleva tanto á la humanidad de Cristo como la divinidad unida á ella por el Verbo. Esta es aquella excelencia de la dignidad de Cristo, que contemplan suspensos los Angeles, admiran los Querubines, y alaban todos los cortesanos del cielo. Porque ¿qué cosa más prodigiosa que subsistir la humana naturaleza por la Persona divina, unirse substancialmente al Verbo, y componer un todo con la divinidad? Por esto, con la comunicacion de propiedades, ó de idiomas, como hablan los teólogos, le convienen á Cristo, como hombre, los atributos que de sólo Dios se predicán, y por lo mismo á Dios los del hombre; de modo que en fuerza de esta union puede llamarse Dios débil, pasible, mortal y muerto; y el hombre inmenso, omnipotente y que todo lo sabe. ¿Quién no se pasmará al ver á la humanidad de Cristo mucho más penetrada por la divinidad que el hierro del fuego, el aire de la luz, y un cristal de los rayos del sol? ¿En qué estima deberemos tener á Cristo, y amar aquel prodigio de la omnipotencia, compendio de las mayores excelencias, y dulce atractivo de los corazones?

Es ademas Jesus el Hijo unigénito de Dios,

figura de su substancia, sacerdote, pontífice y primogénito de todas las criaturas; está sentado á la diestra del Padre; El lo es todo; por El vive todo; sin El nada son las criaturas. El hizo paces entre Dios y el hombre, reconciliando lo sumo con lo ínfimo; es nuestro abogado en el tribunal de la divina justicia; El *canceló la cédula del decreto que habia contra nosotros, que nos era contrario, clavándolo en la cruz* ¹. ¿Quién no le amará con todo el corazón, viendo que es tan inmensa su excelencia, por la divinidad que le está unida? No obstante, raros son los que aman debidamente á este milagro de hermosura y prerogativas; los que contemplan con atención su belleza, y estiman justamente sus dotes. ¡Oh cielos! ¡Jesus no es amado! ¡Jesus, que arde y se abrasa en amor nuestro!

Punto III.

Amor de Cristo para con nosotros. Considera quién ama, á quiénes, y de qué modo. 1.º El que te ama es el Hijo de Dios, consustancial al Padre, Rey de la gloria, Señor de señores, Bienaventuranza de los escogidos, infinitamente feliz, que de nadie necesita, lo sabe y lo puede todo. 2.º A *quien* ama es á la nada y al pecador, á la podredumbre y ceniza, al monstruo de ingratitude y de rebeldía, al esclavo del infierno y de los vicios, que con sus pecados cru-

¹ Colos. 2, 14.

eifica de nuevo al Hijo de Dios. 3.º El *modo* con que te ama es sin medida; porque el amor de Jesus para contigo es mayor que todo el amor de todos los Serafines y Bienaventurados á la Trinidad, mayor que el amor con que te pueden amar todas las criaturas y tú te amas á ti mismo, y mayor, en cierto modo, que el amor con que Cristo se amaba á sí mismo, pues por ti sacrificó con exceso de fineza todas sus cosas, los placeres de su cuerpo, las comodidades de su patria, el honor, fama, salud y vida, sujetándose á sumo desprecio, á la mayor pobreza, á los mayores dolores, y á muerte acerbísima, muriendo no por los Angeles, sino por ti, ¡oh hombre ingrato! anteponiendo tu baja naturaleza á la suya tan sublime. Y ciertamente, *si nadie tiene caridad mayor que la del que se sacrifica por sus amigos* ¹, cuál será la de Cristo, pues murió por ti, enemigo suyo?

Ademas, Jesus te ama con amor continuo y *perpétuo hasta el fin*; con amor de benevolencia, pues *murió por nosotros pecadores*; gratuito, aunque preveía que no le habíamos de corresponder sino con ofensas. Y no sólo esto, sino manda tambien que los otros te amen y te hagan bien, aun cuando tú eres su enemigo declarado: *amad á vuestros enemigos*, dice, *haced bien á los que os odian* ²; y lo manda amenazando con castigos eternos si no le obedecen. Recibe como hechos á sí, los beneficios que nos hacen á nosotros, y promete recompensarlos con la vida eterna.

¹ Joan. 15, 13.

² Luc. 6, 27.

Esto, á la verdad, demuestra que ningun entendimiento criado puede comprender el amor de Cristo para con nosotros; principalmente el que nos manifiesta en la Eucaristía, en donde no sólo ofrece por nosotros su carne en sacrificio, su sangre para que nos purifiquemos, y su vida para darnos ejemplo; sino tambien se nos da en comida, bebida y medicina, de modo que nada tiene que no nos lo dé; y nos da todo con modo tan perfecto, y con invencion tan maravillosa, que no podia idearla ni un entendimiento angélico. Concluye de aquí con cuánta razon exclamó el Apóstol: *si alguno no ama á N. S. J. C. sea anatema* ¹.

AFECTOS.

Creo, Jesus mio, *que eres Dios y hombre: Dios engendrado ántes de los siglos, de la sustancia del Padre; y hombre, nacido en el tiempo, de la sustancia de tu Madre. Dios y hombre perfecto, que tienes alma racional, y carne humana. Eres igual al Padre segun la divinidad, y menor que el Padre segun la humanidad* ². Te constituyó el Padre heredero universal, y por ti hizo los siglos. Tú, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia, todo lo sustentas con la palabra de tu virtud, haces purificacion de los pecados, y estás sentado á la diestra de la Majestad en las alturas ³. Creo que, en cuanto Dios, gozas de

¹ I Cor. 16, 2.

² Símbolo de S. Atanasio.

³ Heb. 1, 2.

todas las perfecciones divinas; en cuanto hombre, de todas las gracias y virtudes; en cuanto Salvador, de todas las prerogativas y dotes: todo lo creo, porque así nos lo dice la verdad eterna.

Te adoró con la más profunda reverencia por tu infinita majestad, oh *Rey de los reyes, y Señor de los que dominan*, delante de quien justamente *se dobla toda rodilla en cielos, tierra é infiernos*, para que de este modo, confesando mi total dependencia, sujecion y servidumbre, haga el obsequio debido á tu supremo dominio. Ojalá pudiera hacer que *toda la tierra te adorase y alabase*. A lo ménos vosotros, ángeles suyos, adoradle conmigo.

Me alegro en el alma, y te doy el parabien, ¡oh Jesus mio! por la sabiduría, santidad, poder, hermosura y gloria de que gozas; tambien por la que te resulta de tantos mártires, confesores y vírgenes. ¡Ojalá, siguiéndote en el tercer grado de humildad, pudiera añadir algo á tu gloria! ¡Ojalá te conozcan todos como á su Dios, te reverencien como á su Señor, te amen como á su Padre, te oigan como á su maestro, te sigan como á su guia, y te imiten como á su ejemplar, en la pobreza, dolores y desprecios.

En ti pongo toda mi *esperanza*. ¿Y porqué no? pues eres para mí todo en todas las cosas. *Si deseo curarme de las heridas, eres médico; si padezco calentura, eres fuente; si estoy lleno de maldades, eres justicia; si necesito de socorro, eres fortaleza; si temo la muerte, eres vida; si deseo el cielo, eres camino; si huyo de las tinieblas, eres luz; si busco sustento, eres comida*¹. Verdadera-

¹ S. Ambr. lib. de Virgin.

mente eres mi sumo bien, y toda mi bienaventuranza. ¡Oh Jesus mio, y todas mis cosas! ¡Cuándo me llenarás de alegría dejándome ver tu rostro! ¡Cuándo veré tu virtud y gloria! ¡Quién me librarás del cuerpo de esta muerte, para verte cara á cara, y besar las llagas de tus piés y manos!

1. Amote, Jesus mio, como á Dios, porque eres digno de infinito amor: santo con la santidad divina, bueno con bondad eterna, y aun el sumo, eterno, infinito y único bien nuestro.

2. Amote como á hombre, porque de la plenitud de gracias y tesoros de la sabiduría de Dios, tienes una bondad sobre todo lo que es y puede ser; porque amas á la Trinidad Beatísima, y recíprocamente eres amado de ella con amor eterno, continuo, perfectísimo é intensísimo.

3. Amote, finalmente, como á mi Salvador, porque eres nuestra cabeza, y nosotros tus miembros; tú nuestro padre, nosotros tus hijos; tú nuestro esposo, nosotros tus delicias; tú nuestro señor, nosotros tus siervos; tú nuestro pastor, nosotros tus ovejas. Amote, porque tú nos amaste primero, aun cuando éramos tus enemigos; y esto hasta el fin, con amor continuado y eterno, y nos amaste de modo que recibiste la forma de siervo, lavaste nuestros pecados en tu sangre, te hiciste obediente hasta morir en cruz. Te amo tambien, porque nos dejaste tu cuerpo y sangre en el Sacramento del altar, en prenda de tu amor, y gloria nuestra. Por todos estos motivos te amo con todas mis fuerzas, y en prueba de mi amor te sacrificaré aquella dificultad que se me ofreciere al querer cumplir los propósitos de estos ocho dias; te sacrificaré en el ara del tercer grado de humildad, los honores, dolores y riquezas.

Señor mio Jesucristo, que dijiste: pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: te suplico me concedas gracia para corresponder á tu divino amor, de modo que te ame de todo corazon, con la boca y de obra, sin cesar jamas de alabarte ¹.

CONSIDERACION.

DE LA CONFORMIDAD DE NUESTRA VOLUNTAD

CON LA DIVINA.

—

Siendo el fin del hombre y el de los ejercicios la union del alma con Dios por medio del amor, como primero y último centro de todas las cosas; fin que consiste en la conformidad de nuestra voluntad con la divina; pide el buen orden que en esta consideracion tratemos de tan celestial virtud, y pongamos á la vista su excelencia y justicia, y la utilidad que de ella nos resulta, para que nos animemos á practicarla. Es la conformidad con la voluntad de Dios una habitual disposicion del ánimo para hacer y padecer todo aquello que Dios quiere que hagamos y padezcamos.

I. *Excelencia de esta virtud.* El mayor prodigio que ha obrado la omnipotencia en el mundo, es aquella admirable union del Verbo divino con la naturaleza humana, que adoramos en el hombre Dios: el otro es ver hermanadas la

¹ Aug. in Ps. 17.

virginidad más pura, con la maternidad más fecunda, según la veneramos en la Madre de Dios. Después de estos dos milagros del amor y del poder, no hallo otra obra que sea más grata al cielo, ni más útil á los hombres, que la unión de la voluntad humana con la divina. Ella es el mayor triunfo que ha alcanzado la gracia de la voluntad humana, salva su libertad; ella es aquella virtud que hace de nuestra alma huerto deleitable del esposo celestial, templo gratísimo á Dios, cielo de la tierra, en donde gusta la Trinidad hacer agradable mansión.

II. Esta conformidad es sacrificio perfectísimo, y muy acepto á los ojos de Dios; pues el hombre ofrece por ella á la divina Majestad lo que le es más precioso y amado, su voluntad propia. Al renunciar á los honores, placeres y riquezas, ofrece sus cosas; pero en este sacrificio se ofrece á sí mismo: en las demás cosas, ofrece á Dios lo que es de Dios, aquí ofrece á Dios lo que está al arbitrio del hombre. De modo que esta conformidad es culto perfectísimo de Dios, reverencia excelentísima de su alma, holocausto suavísimo de todo el hombre; pues sujetamos á su Majestad aun aquello que sólo le podemos quitar por la malicia de nuestro libre albedrío. Concedemos cabalmente á Dios la petición que nos hace por estas palabras: *dame, hijo, tu corazón*¹, lo cuál ciertamente demuestra la excelencia de esta virtud.

III. El que la practica contrae parentesco íntimo con Cristo, como se prueba claramente por aquellas palabras: *El que hiciere la volun-*

¹ Prov. 23, 96.

*tad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano y hermana, y mi madre*¹. ¿Qué cosa más excelente que ser tenido por el mismo Cristo en lugar de madre y hermano, y en cierto modo anteponerlos á ellos, como se puede colegir de lo que precede al texto alegado, en que prefiere Cristo este parentesco espiritual, fundado en el cumplimiento de la voluntad divina, á aquel vínculo natural y de la carne?

Es tambien, el que así obra, como otro Cristo, porque, primeramente, usa del mismo alimento de Cristo, cuya comida era hacer la voluntad del que le envió². Cuánto más que el cumplir la voluntad divina es como esencial á Cristo, segun dice él de sí mismo. *En el principio del libro está escrito de mí, que haga tu voluntad*³. Luego quien tiene los mismos sentimientos que Cristo, es copia perfecta suya, y por consiguiente es otro Cristo. Añade San Bernardo: *Esto es estar deificado; porque querer lo que Dios quiere, ya es ser semejante á Dios; no poder querer sino lo que quiere Dios, es tambien ser lo que es Dios*⁴. Así como cuando se derriten juntamente dos ceras salen ambas hechas una, del mismo modo por esta union de voluntades se hace el hombre una cosa con Dios; por lo cuál dice la esposa en los Cantares: *mi alma se derritió como cera blanda para recibir cualquier forma*. Palabras que comenta S. Lorenzo Justiniano de este modo: *Se liquidó por el incendio de la caridad, estando*

¹ Math. 12, 50.

² Jo. 4, 34.

³ Salmo 39, 9.

⁴ Bern. tract. de diligendo Deo, c. 10.

dispuesta como metal derretido á correr en cualquiera direccion que Dios le señalare ¹. Ahora bien: ¿qué otra cosa es esto sino Deificarse? Alma así dispuesta participa de dos perfecciones propias de solo Dios, que son la impecabilidad é infalibilidad. Porque haciendo la voluntad divina, sigue el dictámen de la divina sabiduría; luego no puede engañarse: tambien obra conforme á la regla de la santidad infinita, luego tampoco puede pecar; de forma que en cierto modo es como Dios.

IV. Otra propiedad muy importante tiene la conformidad de nuestra voluntad con la divina, cual es la de ser virtud general de todos tiempos y estados; esto es, tal, que su ejercicio conviene á todos, y durará eternamente. Porque la pobreza del vestido, el ayuno de la comida, la aspereza de la vida, no siempre cuadran á todos: la humildad, la paciencia, la mortificacion, la misma fe y esperanza, tienen su fin con nuestra vida; pero en todos tiempos, en todas condiciones podemos hacer la voluntad de Dios: ninguno hay que no pueda sujetarse siempre y en todo lugar al divino beneplácito. Este celestial ejercicio será por toda la eternidad la ocupacion de los Bienaventurados, de suerte que el hombre, al hacer esto en la tierra, hace lo mismo que los ángeles en el cielo.

Añádese que la práctica de esta conformidad es escuela donde se ejercitan todas las virtudes: resplandece la fe, creyendo que nada sucede sin la voluntad de Dios; la confianza, dejándonos

¹ Lib. 4 de laud. B. Virg.

llevar de la bondad de Dios; la paciencia, humildad, penitencia, pobreza, sujetándonos á los castigos de la divina providencia. Es tambien devocion la más segura, que no está expuesta, como las demas virtudes, á las ilusiones y engaños del demonio. ¿Qué puede decirse más sublime?

II. *Justicia.* La misma razon dicta ser muy justo, que lo recto, inmutable y santo corrija á lo que es vano y vicioso. Ahora pues, la voluntad de Dios es recta, inmutable y santa; la tuya, torcida, inconstante y mala: aquella es infinitamente sabia y justa; la tuya ciega y perversa: en una palabra, aquella es la primera regla del bien obrar, que no puede engañarse, norma de lo recto; la tuya no es sino error y pecado. Luego es muy justo, concluye S. Agustin, *que tu voluntad se amolde á la divina, y no la divina á la tuya; porque la tuya es perversa, y la de Dios es reguladora: corríjase, pues, lo irregular, ajustándolo á la regla.* Así lo pide la equidad ¹.

2. La voluntad de Dios es señora, pues *todo le está sujeto*: luego es muy justo que tambien se le sujete la voluntad humana. Y como por ser Dios el primer ser, se le sujetan necesariamente todos los seres creados, así por ser su divina voluntad la primera, se debe conformar con ella toda voluntad criada. Sólo á los reyes se les permite el uso de la corona real, y sólo á Dios compete hacer su voluntad; luego es rebellion perversa preferir la voluntad humana á la

¹ August. in Ps. 31.

divina, y dejando aquella, seguir la propia, queriendo acomodarla á la nuestra. Con todo eso las más de las veces, como lo deplora San Agustín, *es frecuente en los hombres esta perversidad, de querer vivir siguiendo su voluntad, siendo así que debían vivir según la de Dios: y no queriendo corregirse ellos, quieren pervertir á Dios* ¹. ¿Qué mayor iniquidad?

3. La *voluntad* de Dios es no ménos santa y justa, que sabio y verdadero su *entendimiento*: ¿cómo, pues, prestando asenso ciego á su verdad cuando nos *habla*, negamos la obediencia á su santidad cuando quiere ó nos manda algo? No es muy justo que el hijo, el discípulo, el siervo y vasallo, sujete su voluntad á la de su padre, maestro, señor y rey? ¿No es justísimo que la voluntad humana se rinda á la divina? Si es grande la justicia de esta virtud, no es menor

III. Su *utilidad*, porque causa en nosotros, aun mientras vivimos en el mundo, dos bienes grandes: el uno perfecta *santidad*, el otro completa *felicidad*. Es cierto, lo *primero*, que nuestra perfeccion consiste en cumplir exactamente la voluntad de Dios, y que seremos más santos cuanto más nos conformáremos con ella: 1.º Porque uno es tanto más santo cuanto más se conforma con la norma de toda santidad; siendo, pues, esta norma la voluntad santísima de Dios, es evidente que nuestra perfeccion está en conformarnos con ella, y por consiguiente que seremos tanto más santos, cuanto más nos confor-

¹ August. in Ps. 45.

máremos con Dios. 2.º Seremos tanto más santos cuánto más nos asemejáremos á Cristo, ejemplar acabado de toda santidad. Cristo puso toda su santidad en la total conformidad de su voluntad con la divina, y del mismo modo seremos nosotros más semejantes, y por consiguiente más perfectos, cuanto más le imitáremos en esta conformidad.

3.º Nuestra perfeccion y santidad consiste en la caridad; porque *ella es la plenitud de la ley*: la caridad consiste en hacer la voluntad divina, segun aquello de S. Juan: *el que tiene y guarda mis mandamientos, ese me ama*; luego nuestra perfeccion y santidad está en el cumplimiento de la voluntad divina. Con lo cuál se manifiesta que mientras más nos conformáremos con ella, más santos seremos, y por consiguiente que esta virtud nos trae el mayor bien posible en la tierra, que es santidad perfectísima.

El *segundo* bien es la *felicidad* completa, que nos hace bienaventurados aun estando vivos. Porque lo 1.º para serlo se requiere la inmunidad de todos los males. Ahora, pues, sólo el que se conforma en todo con la voluntad divina, está en salvo del tiro de los males, ya sean morales, como los pecados, ya naturales, como las calamidades. Los pecados no son otra cosa que rebelion de nuestra voluntad, y esta no la habrá dónde reina perfecta conformidad de dos voluntades; luego ni tampoco pecado. Los demas males, no son males para nosotros, sino en cuanto se oponen á nuestra voluntad; porque luego que los amamos dejan de ser males, y se truecan en bienes, segun aquello de San Juan Crisóstomo: *¿Has sufrido algun mal? Si lo amas ya no es mal: da gracias á Dios, y se muda el*

mal en bien. Es pues cierto, que si queremos lo que Dios quiere, viviremos libres de todo mal, no sólo moral sino natural; pues por lo mismo que ninguna calamidad puede venirnos contra la voluntad de Dios, tampoco puede venirnos contra la nuestra, por estar conforme en todo á la divina; luego con ella viviremos siempre felices en la tierra.

2. Fuera de la inmunidad de los males, se requiere para la perfecta felicidad tal lleno de sus deseos, que nada más le quede por desear. Este es puntualmente el estado en que viven los que aprueban cuanto Dios ordena. Porque, como estos nada quieren sino que se cumpla en todo la voluntad de Dios, y esta debe necesariamente cumplirse si es absoluta; se infiere que siempre se hace lo que los tales quieren, y por consiguiente que viven sin que les quede nada que desear. Dios con ellos, y ellos con Dios, viven contentos, con total logro de sus deseos.

3. Entre los hombres se cree ordinariamente que es feliz aquel á quien nada le sucede contra su voluntad; pues esto acontece á quien en todo se sujeta á la divina. Porque nada puede tener lugar contra la voluntad de Dios; y como la voluntad de tal hombre es la de Dios, tampoco puede sobrevenirle nada contra la suya. Las enfermedades, pérdidas y calamidades, las recibe con alegría, porque *Dios lo quiere.* Como si estuviera sentado sobre una alta roca en medio del mar, se alegra tranquilo de ver quebrarse á sus pies las enfurecidas olas, manteniéndose él inmóvil en medio de la misma movilidad. De aquí nace aquella serenidad del alma, paz inalterable del semblante, y dominio pacífico de sí mismos, que vemos en los verda-

deros siervos de Dios, pues gozan de anticipado paraíso.

4. Finalmente el imperio sobre los apetitos es otra gran felicidad en la tierra, y la posee, haciéndose señor de sus afectos, el que se conforma con la voluntad de Dios: porque estando en todo pendiente de su divino beneplácito, para él es lo mismo ser elevado á los honores, que abatido á los piés de los otros, y así á él no llegan los vientos de la ambicion; la gloria ajena no le abate á lo profundo de la envidia; su propia humillacion no le entristece; como se halla su ánimo indiferente para los bienes de fortuna, ni teme ni desea. Sólo ama y huye lo que Dios, en cuyo seno ha puesto todo el cuidado de sí, para descansar quieto y sosegado. Los que tratan de conformar su voluntad con la divina, gozan de completa *felicidad y santidad* perfecta.

IV. Para conformarse con ella, se atenderá á la *cosa* que se hace, y al *modo* con que se hace. Porque se debe hacer *todo lo que* Dios quiere, sólo *porque* lo quiere, y *no de otro modo* del que lo quiere. Para hacer *lo que Dios quiere*, es menester que cumplamos perfectamente con las obligaciones de nuestro cargo y estado; que observemos puntualmente las reglas, los preceptos, los votos, y que llevemos á cabo los propósitos de estos ejercicios. Se requiere que lo hagamos todo por el *debido motivo*, de modo que, quitada toda siniestra intencion, lo hagamos sólo *porque Dios lo quiere*. Finalmente, lo haremos todo de *modo perfecto*, si lleváremos las cosas á su fin, enteramente y con prudencia.

Dios nos muestra su voluntad: 1.º por los mandamientos; 2.º por los consejos; 3.º por las ordenaciones de nuestros superiores; 4.º por las

inspiraciones interiores, 5.º por varios sucesos de la Providencia. Los medios principales para cumplir la voluntad divina, son dos: 1.º Que deseemos conocerla perfectamente, clamando al cielo con frecuentes suspiros como David y S. Pablo: *Señor, enséñame á hacer tu voluntad. Señor ¿qué quieres que haga?* ¹ 2.º Que tratemos de prever muchas veces qué adversidad nos puede suceder, diciendo v. g.: ¿qué haria yo si Dios me enviara tal enfermedad, tal infamia, tal afliccion? Si me quitara este amigo, estos bienes, este oficio, ¿cómo lo recibiria? Y despues, estando ya enteramente conformes con su voluntad, le diremos: *Preparado está mi corazon, ¡Dios mio! preparado está* ². Porque, segun San Agustin, *cuanto sucede contra nuestra voluntad, no sucede sino por voluntad de Dios, por órden suya, y segun sus leyes. Y es prudencia suma conformarse con la voluntad de Dios y sus decretos. Mientras no se sujetare nuestra voluntad perfectamente á la del Criador, no será buena, perfecta y feliz; pues todo el bien del hombre se cifra en conformarse con la voluntad de Dios* ³. Examínate cómo te conduces respecto á esta virtud.

EXAMEN

ACERCA DEL RECOGIMIENTO DEL ÁNIMO,
Y SOBRE LA ORACION.

En el amor espiritual, de que trata la última contemplacion, se han de notar principalmente

¹ Salmo 142, 10.—Act. 9, 6.

² Aug. in Ps. 148.

³ Bern. tr. de lib. arbitrio.—S. Thom. in conc. Dom. infra oct. Epiphan.

tres cosas: 1.^a Que el amor verdadero se prueba no tanto con palabras como con obras, segun entendimos cuando determinamos subir al tercer grado de humildad. 2.^a Que el amor verdadero consiste en la mutua comunicacion de los bienes, porque tanto amamos á otro cuanto le damos de nuestros bienes. Esto fué lo que hicimos conformándonos con la voluntad divina, pues en ello consagramos á nuestro Amado la mejor parte, y aun el todo de nosotros mismos. 3.^a El amor sólido pide del que ama que esté siempre presente al Amado, y se una íntimamente con él. Lo cuál se consigue por el recogimiento del ánimo, y por la oracion, medios los más aptos para la union y presencia de Dios. Examinaremos ahora brevemente cómo nos habemos acerca de entrambas cosas.

I. El *recogimiento del ánimo* es ejercicio habitual del entendimiento y voluntad, con el cuál continuamente *cree* que Dios está presente, y por eso le *ama*. Los medios principales para alcanzarlo son dos: 1.^o *Cuidado del silencio por la guarda del aposento*. Mira, pues, cómo observas este, y guardas aquel; si sales del aposento únicamente por necesidad, caridad, ú obediencia; ó por el contrario andas por los tránsitos de casa y calles de la ciudad derramándote todo como agua en las cosas exteriores, estando raras veces presente á ti, y más raras á Dios. Si es así, poca esperanza hay de que aproveches; pues *el que aspira á la vida interior y espiritual, preciso es que se aparte de la multitud, con Jesus* ¹.

¹ Kempis 1. 20.

Cuando has de hablar, atiende á tres cosas; al *tiempo*, á la *materia* y al *modo*; porque debes hablar cuando conviene, lo que, y del modo que conviene. Examina, pues, si callas cuando es tiempo de silencio, si evitas las conversaciones vanas, si piensas las cosas ántes de decirlas. ¿Eres por ventura de aquellos que quieren saberlo todo, y andan á caza de noticias? Pon, pues, freno á tu boca, para hablar sólo lo que, cuándo y como conviene. Para este fin pesa primero las palabras ántes de decirlas; porque vana es la religion del que no refrena la lengua, y ninguno su recogimiento.

El *segundo* medio para adquirir y conservar esta soledad del alma, es el ejercicio frecuente de la *presencia de Dios*, que consiste en hacer entre dia muchos actos de *fe*, con que creamos que Dios está íntimamente presente, y de *amor* con que lo amemos con ternura como á un huésped soberano que habita en nosotros, uniéndonos á El con ardientes afectos, hiriendo con frecuentes jaculatorias el corazon de Dios. Pero advierte las cosas siguientes: 1.^a Que estas jaculatorias ó actos sean breves, y fruto no del ingenio sino del corazon; no del estudio sino del fervor. 2.^a Que no los hagas con demasiada frecuencia, ni tan variados que cansen ó distraigan la mente. 3.^a Que se dirijan á Dios, no como sentado en el trono de los cielos, sino como morador de nuestro pecho, á quien sirve de asiento el corazon. Mira cómo has guardado estos avisos, y cuál ha de ser tu práctica en adelante; y para que no lo tomes con tibieza, advierte que sin el recogimiento interior no conservarás el fervor de los ejercicios, no cumplirás tus propósitos, ni llegarás á la perfeccion de la caridad.

II. Es la oracion así *mental* como *vocal*, soplo celestial con que se enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino, y lazo doblado con que se une el alma á su celestial Esposo: examina si te preparas debidamente para la *mental*; si empleas en ella *todo el tiempo* señalado, *reverentemente*, con decente postura en el cuerpo; *ardientemente*, con el debido fervor en el alma: si das más tiempo al discurso del entendimiento, que al afecto de la voluntad; si haces siempre propósitos particulares, prácticos, y acomodados á la necesidad presente de tu alma; si despues de la meditacion examinas brevemente cómo te ha ido en ella, y corriges los yerros; porque *nada de cuanto se estima en el mundo hace ventaja á la oracion* ¹. Si la desprecias no harás progreso alguno en la virtud, ningun provecho en los prójimos, ántes bien incurrirás en peligro próximo de perder la gracia, y la vocacion religiosa.

Respecto á la oracion *vocal*, principalmente al Oficio divino, examina diligentemente: 1.º si lo rezas en lugar decente; 2.º al tiempo conveniente; 3.º con postura modesta; 4.º con voz clara y articulada; 5.º con atencion; 6.º conforme á las rúbricas; 7.º guardando el órden prescrito. Segun sentencia del mismo Dios: *Maldito es el que hace con descuido la obra de Dios* ². Siendo las Horas canónicas verdadera y propiamente obra de Dios, como que los Salmos fueron dictados por el Espíritu Santo, será con mucha razon maldito quien lee con mayor atencion las novelas que las Horas canónicas. *¿Qué otra cosa es*

¹ Greg. Nicen. de orat. dom.

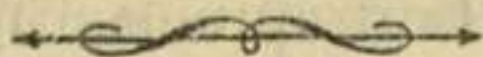
² Jerem. 48, 10.

cantar con los labios y vaguear con la imaginacion por la casa y por las calles, que engañar á los hombres y querer burlarse de Dios? ¹

Observar estas cosas en la oracion mental y vocal será de grande auxilio para la union y amor de Dios, para cuyo incendio ofrece eficaces estímulos la meditacion siguiente, mostrando que Dios debe ser amado, 1.º por el *amor* con que nos ama, 2.º por el *modo* con que nos ama, 3.º por las *perfecciones* de que abunda.

CONTEMPLACION III.

DEL AMOR DE DIOS.



Punto I.

El amor de Dios para con nosotros contiene en grado excelente aquellas tres dotes, por las cuáles discierne S. Ignacio el amor verdadero del falso. Porque 1.º obra en nosotros grandes cosas, 2.º nos comunica liberalmente cuanto tiene, 3.º nos tiene siempre presentes.

En primer lugar el amor de Dios para contigo, obra grandes cosas. Porque El, sacándote á ti de entre tantos otros, del abismo de la nada, te formó á su imágen y semejanza; te enriqueció con tres potencias, y cinco sentidos; te dió enteros y sanos los miembros; y te adornó con tan

¹ Concil. Trevirensis, II.

señalados dotes de naturaleza. Por tu amor conserva hasta ahora el universo, multiplica para tu uso los animales, hace crecer los árboles, produce las plantas, viste los prados de yerbas, de mieses los campos. El te ilumina con el sol, te recrea con las estrellas, te alimenta con los manjares, te humedece con el agua, te da vida con el fuego, te refrigera con el aire, te sustenta con la tierra. El, concurriendo á tu arbitrio en todas tus acciones, *obra en ti todas las cosas* ¹.

Añade á esto aquella grande obra de la Redencion humana: *no se unió con los ángeles sino con la descendencia de Abraham* ². Medita la venida del Espíritu Santo para santificar al mundo, y *enseñar toda verdad* ³, sin olvidarse de adoptarte por hijo de Dios, hermano de Cristo, y heredero del cielo. Finalmente, las gracias á ti concedidas del bautismo, de la buena educacion, vocacion á la fe verdadera, al estado religioso, á la dignidad sacerdotal. A la verdad *hizo en ti grandes cosas el que es poderoso*; porque el amor, donde lo hay, obra grandes cosas.

En segundo lugar, te comunica Dios todos sus bienes, y aun á sí mismo. Repasa una á una las obras todas de su poderoso brazo, y hallarás habértelas dado todas su liberalidad. Las cosas corpóreas para tu uso, los ángeles para tu guarda, la gracia para tu mérito, el cielo para tu premio; te dió á Cristo para maestro, su vida para ejemplo, su alma en precio, su cuerpo en rescate, su carne en comida, su sangre en bebi-

¹ 1 Cor. 12, 6.

² Hebr. 2, 16.

³ Joan. 16, 13.

da. Instituyendo la Eucaristía agotó en cierto modo los tesoros de su amor ¹, de suerte que, siendo tan sabio no sabe, y siendo tan poderoso no puede darte más.

Ademas te dió muchísimos y preciosos dones que te habia prometido: conviene á saber, los auxilios de su gracia preveniente, concomitante y subsecuente, los hábitos de fe, esperanza y caridad, juntamente con la gracia santificante, *de modo que somos partisioneros de la naturaleza divina* ². Todo esto lo hace porque el amor se comunica con liberalidad á sí y todas sus cosas, sin perdonar á nada. Porque *si Dios amó al mundo de manera que entregó á la muerte á su Hijo; si no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó por ti, ¿cómo no te ha de dar con él todas las cosas?*

³ Ciertamente que en esto principalmente se echó de ver el amor de Dios hácia el hombre.

En tercer lugar Dios, por su amor, te está siempre íntimamente presente por esencia, potencia, y providencia: 1.º Por *esencia* segun aquello del Apóstol: *en Él vivimos, nos movemos y estamos* ⁴ más rodeados y penetrados de Dios que del aire. 2.º Por *potencia*, porque él vive en ti, crece, siente, ve, oye, piensa, se acuerda y discurre, al concurrir contigo á todas estas acciones. 3.º Por *providencia* porque á ti, como á hijo, te lleva en su seno, te guarda de los males, te abastece de bienes, haciendo *que te aproveches de las mismas tentaciones* ⁵. En una palabra, Dios en

¹ Conc. Trid.

² Joan. 49.

³ Rom. 8, 32.

⁴ Act. 17, 28.

⁵ 1 Cor. 10, 13.

tu cuerpo y alma como en su templo, está siempre intimamente presente, para demostrarte su amor. Porque el que ama, siempre quiere estar en compañía del amado.

Pues debiéndose pagar amor con amor, como lo enseña la razon: 1.º tambien tú debes hacer grandes cosas por Dios, cumpliendo exactamente los propósitos hechos en estos ejercicios; 2.º debes ofrecerte á ti y tus cosas, principalmente tu honor, comodidades, salud y vida, perseverando constante en el tercer grado de humildad; 3.º tambien tú debes estar siempre presente á Dios, por el recogimiento interior, oracion atenta, y ejercicio de la presencia de Dios. ¡Oh serafines! encended en mí, siquiera una centella de aquel divino amor que hizo á los santos tan suave y fácil la práctica de estas tres obligaciones.

Punto II.

Dios debe ser amado por el modo con que te amó. Siempre te amó con amor *eterno*, de forma que su amor para contigo fué tan antiguo como el mismo Dios, y nunca puedes llegar á su principio, pues no se amó ántes á sí que á ti. Aquellos piadosos ojos con que te sacó de la nada, dejando en ella á tantos otros que le hubieran servido mejor, los puso en ti desde la eternidad; de modo que con mucha razon te dijo por Jeremías, *te amé con amor perpétuo, y te acerqué á mí compadeciéndome de ti* ¹. 2.º Te ama con amor

¹ Jerem. 31, 3.

gratuito, sin mérito de tu parte, ni interes de la suya, siendo El primero en amarte, á ti que eres enemigo suyo; te amó espontáneamente sin ser inducido, forzado, ni mandado de nadie.

Ademas su eterna sabiduría y conocimiento de las cosas futuras nada halló en nosotros sino pecado y nada, motivos más propios para tenernos odio que amor. Resumiendo, pues: aquel Dios que de nadie necesita, plenamente sobrado, y bienaventurado sólo con tenerse á sí mismo, te amó primero á ti, pecador, sin mérito tuyo, ni comodidad suya, despues de prever tan graves ofensas y pecados tuyos.

3.º Te amó con amor *infinito*, conviene á saber, con el mismo, segun su entidad, con que se ama Dios á sí mismo, á la Santísima Trinidad, á C. N. S., á María Santísima y á todos los Bienaventurados, amándote á ti con todo su ser é infinidad de su naturaleza, de modo que no se halla persona en la Trinidad, perfeccion en la Divinidad, que no te ame con este infinito amor ¹. 4.º Te ama finalmente con amor *tiernísimo*, llevándote en sus hombros y en su seno, como lleva la nodriza al niño; guardándote como á la niña de los ojos; tiene contados todos los cabellos de tu cabeza, y siempre se acuerda de ti para hacerte bien ², no de otra suerte que si fueras sólo en el mundo, y el único objeto de todo su amor.

Justísimo es, ¡oh amor Divino! que yo tambien te ame con amor *gratuito*, no por temor de la pena, ni esperanza del premio, sino pura y

¹ Ps. 15, 9.

² Deut. 32, 10.—Núm. 11, 12.—Zach. 8, 15.

liberalmente por ti; 2.º eficaz, no de palabra sino de obra; 3.º constante, exclamando con el Doctor de las gentes: *¿quién me apartará de la caridad? ¿La tribulacion? ¿La angustia? ¿La persecucion ó espada?*—Cierto que no ¹.

Punto III.

Dios debe ser amado por sus infinitas perfecciones. Es tanta su amabilidad, que si se abrieran los cielos por un momento, cambiarían en un instante todos los espíritus infernales su odio sumo en sumo amor. Es tanta su hermosura, que los condenados, de buena gana padecerían infinitas penas sólo por poderla ver un instante. Es tanta la dulzura de su bondad que con deramarse sólo una gota en el infierno, al punto se mudaría en cielo. Su santidad es tan excelente, que le repugna la menor mancha más de lo que le agradan los actos heróicos de todos los santos. Su sabiduría es tan inmensa, que nada olvida de lo pasado, nada ignora de lo presente, y lo futuro lo ve todo delante como en espejo clarísimo; ni lo oculto se le esconde, ni lo que está léjos. Su omnipotencia es tal, que iguala á su querer. Su tiempo es la eternidad, su curso la inmutabilidad, su trono la inmensidad, su término la infinidad.

Ademas es tan rico, que no tienen fin sus tesoros; tan pródigo, que todo lo dispone con

¹ Rom. 8, 35.

número, peso y medida: tan *constante*, que en él no hay sombra de mudanza: tan *fuerte*, que tiene colgada de tres dedos toda la tierra: tan *excelso* en su fortaleza, que nadie se le parece. *A sus ojos todo está patente: en su mano está la vida de todos; nadie puede resistir su ira: miles de miles de ángeles le sirven. ¿Quién podrá referir las obras de sus manos? ¿Quién investigará sus maravillas? ¿Y su poder? Habita en una luz inaccesible.* Por esto es mejor que amemos con la *voluntad* á quien no podemos concebir con el entendimiento. Y para que le amemos de véras con las obras, sea el fin de los ejercicios el principio de una santa vida, que comenzaremos por un acto heróico, pues bien merece ser amado prácticamente, 1.º por el *amor* con que nos ama, 2.º por el *modo* con que nos ama, 3.º por las *perfecciones* que posee.

AFECTOS.

¿Cómo está tan helado el corazón del hombre, que para amar al Sumo Bien, sea preciso presentarle tantos motivos? ¡Alma mia! Dios ha hecho tanto por amor de ti y por tu bien: te ha concedido beneficios sin número, utilísimos, de precio infinito; está siempre presente en ti por esencia, potencia y providencia, y ¿todavía te es difícil amar á quien tanto te ama?

¡Ah infeliz! Dios te ama, Dios..... á ti..... Dios, que de nadie necesita, y se basta á sí mismo..... á ti, puñado de ceniza, nada..... lleno de vicios..... Te ama sin mérito alguno tuyo, y con

tantos deméritos, más que á tantos otros que le sirvieran mucho mejor si con ellos hiciera lo que ha hecho contigo. Te ama con amor admirable, esto es con amor *eterno*, de modo que no se amó ántes á sí, ni se amará por más tiempo; *infinito*, esto es, con el mismo amor que se tiene á sí mismo, queriéndote á ti con toda la infinidad de su sér; meramente *gratuito*, sin tener necesidad de ti, ni sacar utilidad alguna para sí, y juntamente *tiernísimo*: y no obstante ¿á este amantísimo, beneficentísimo y perfectísimo Dios rehusas corresponderle, mostrándole amor con algun acto heróico, principio de nueva y santa vida?

¡Oh ingrato! Amas al hombre que te ama, y hasta al perro que te halaga; y á Dios, que tantos beneficios te ha hecho, y te ama tanto, ¿no lo amas? Para que ames á un hombre basta que te acaricie; pues tu Dios te estrecha en sus brazos, te acoge en su regazo, te ama con amor infinito; ¿y no sólo no te muestras agradecido, antes permaneces inmóvil como peña, helado como el yelo? Crea el mundo, padece la muerte, instituye la Eucaristía, añadiendo milagros á milagros, para merecer tu amor, y conquistarte á fuerza de beneficios; ¿y no obstante no te rindes, ni le amas? Casi agota todo su poder y benevolencia para darte pruebas de su fineza, de modo que si tú fueras el Dios del mismo Dios, y pendiera su felicidad de tu amor, nada más pudiera hacer para ganártelo; ¿y aún tienes corazón para negárselo, y permaneces frío?

¡Oh cielos! ¡Dios ama al hombre, y el hombre no ama á Dios! La Majestad soberana, Deidad sufficientísima para sí solo, y por sí mismo bienaventurado, que de nadie necesita, ama al hombre, saco de estiércol, manjar de gusanos,

polvo, ceniza y nada, ¡y no obstante el hombre no ama á Dios! ¡Oh mortales! ¿En dónde está la razon y el sentimiento? ¿Será posible que el Sumo Bien ame nuestra nada, y nuestra nada no ame al Sumo Bien?

¡Dios mio! Tú has fijado en mí desde la eternidad tus amabilísimos ojos; ¿y yo no me dignaré ni aun de acordarme de ti? Tú me colmas á mí de beneficios, ¿y yo no amontonaré contra ti sino pecados? Tú has muerto por mi amor, ¿y yo no querré vivir por el tuyo? Detesto mil veces la insensible frialdad de mi corazon.

¡Oh beneficentísimo Dios, fino amante de los hombres! conozco mi ingratitud, y me lleno de vergüenza delante de ti. ¡Ah! no he amado al amor hermoso. A Dios tan benéfico, adornado de infinitas perfecciones, que me ha amado infinitamente, no lo he amado, y aun le he ofendido. No he correspondido á tantos beneficios sino con ingratitudes; no he pagado tanto amor sino con odio. Pero ya me pesa; atravesado del más vivo dolor abomino mi dureza de mármol. Ya me rindo á tus pies. Venciste, oh amor, venciste. Te consagro mi corazon: tú eres el dueño de mi amor; en adelante sólo á ti te amaré, Dios mio; tarde he comenzado, pero por esto mismo me daré más prisa en amarte, reparando mi tardanza con el fervor de mi corazon.

Te amo, oh Amabilidad, Bondad y Hermosura infinita. Te amo por Ti mismo, no por esperanza de premio, ni por temor de pena, sino sólo por Ti mismo, que eres Sumo Bien, digno de infinito amor. Te amo con todo el corazon, con toda el alma, con todas las fuerzas, apreciándote sobre todo, sobre los placeres y riquezas, sobre los honores y comodidades, sobre la salud

y la misma vida. Te serviré gustoso, en el oficio, lugar, grado y condicion que quisieres; imitaré á Cristo en el tercer grado de humildad; y esto, plena, ardiente y constantemente: observaré exactamente los propósitos que he sacado de estos ejercicios, en especial *tal y tal*. Ya estoy resuelto á comenzar una vida santa por un acto heróico, conformándome siempre y en todo con tu santísima y divina voluntad.

¡Oh hermosura infinita! ¡Cuán tarde te he amado! ¡Basta ya de pecados: ojalá pudiera con mi total anonadamiento añadir siquiera un grado á tu gloria! Si supiera que en mis venas habia de correr una sola gota de sangre que no se moviera por tu amor, luégo me la sacaria, y la arrojaria muy léjos de mí, porque yo quiero ser todo tuyo.

Oh Señor amabilísimo, ya que he vivido pecando, concédeme que á lo ménos muera amándote. Así sea.

TRIDUO.

*Renovaos en el espíritu de
• vuestro entendimiento, y ves-
tidos del hombre nuevo.*

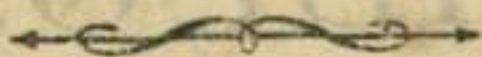
(EPH. 4, v. 23)

ADVERTENCIA.

El orden que seguiremos será el siguiente. En el primer día del tríduo se remueven los principales *obstáculos* de la virtud; en el segundo se suministran los *medios* más eficaces de obtenerla; en el tercero se proponen los *estímulos* más conducentes á procurarla. Nos ha parecido conveniente añadir á continuación un breve método de meditar, en gracia especialmente de aquellos que, ménos impuestos en esta ciencia, desconocen el arte de excitar en sí fructuosamente los afectos. Este método podrá servir de lectura espiritual para los tres días.

MEDITACION I.

PARA LA VÍSPERA DEL TRIDUO.



NECESIDAD Y UTILIDAD DE LOS EJERCICIOS.

•

Punto I.

Necesidad. Es muy grande, como lo prueban las razones siguientes: 1.^a *El estado actual de tu alma.* Tédio de las cosas celestiales, tibieza, dissipacion habitual de la mente distraida, inconsiderado y vicioso modo de practicar rutinariamente las obras diarias, continuas y harto peligrosas tentaciones, ninguno ó apénas sensible temor de caer en pecado, y otros síntomas análogos, bien á las claras te significan lo resbaladizo del terreno que pisas al borde mismo de la culpa mortal. Por otra parte, tantas y tan vehementes cuanto indómitas pasiones del ánimo, tantas, tan aviesas y arraigadas inclinaciones que se resisten á toda correccion, tantas miserias y malezas en la tierra misma de los Santos, en el cielo de la Religion, en medio de ángeles de la tierra; en fin, los fundados recelos sobre tu actual estado de gracia, sobre la gravedad de tus infracciones de los votos, y acerca de la validez ó nulidad de tus confesiones: todo esto en verdad te demuestra, hasta dejarlo de sobra, el peligro en que estás de perder tu vocacion, y aun la salva-

cion eterna de tu alma, mayor sin duda de lo que tú mismo te imaginas; y la consiguiente necesidad urgentísima de prevenir con inmediata enmienda de costumbres tu inminente ruina.

2.º Demuestra esa misma extrema necesidad *la negligencia* que hasta ahora has tenido *en el desempeño de tus deberes*. Según las reglas del instituto á que perteneces, debieras ser hombre de profunda sumision, invicta paciencia, obediente hasta el heroismo, infatigable en la propia mortificacion, y dado á la oracion continua y fervorosa: Religioso muerto á ti mismo, y vivo á sólo Dios y al prójimo, consagrado exclusivamente, y sin miramiento alguno para contigo mismo, á la mayor honra de Dios, y á la salvacion de tus hermanos. Deberia verse en ti un acabado modelo de virtud, capaz de inspirar á todos con tu sola presencia horror al pecado y amor á la santidad. Mas ¡oh dolor! no sólo no eres nada de esto, sino que eres todo lo contrario. Vive aún en ti el hombre viejo dominando á la razon. Si arrebatado de entre los vivos, por muerte imprevista, hubieses de comparecer hoy mismo ante el tribunal de la Divina Justicia, ¿cuál sería tu suerte? Esta sola idea te hace estremecer de horror. ¿Y te atreves á vivir ni por un momento en un estado, en que no quisieras hallarte al morir? ¿Y esto siendo Religioso?.... Mira cuán necesario te es pensar en arreglar tu conciencia en algunos dias de retiro.

2.^a *Desaprovechamiento de las gracias* hasta ahora recibidas. Pudieras ser santo con la multitud de medios que Dios te ha dado: debieras serlo dada tan alta vocacion. Y á pesar de esto.... La vergüenza te hará enmudecer. Con tu inmodesto proceder sirves de escándalo á los de fuera,

de tropiezo á los de casa, de oprobio á la órden. ¡Oh cielos! ¡Despues de tantas sagradas comuniones, siempre la misma tibieza! ¡Despues de tantas confesiones, la misma languidez de espíritu! ¡Despues de tantas meditaciones, ejercicios, dias de retiro, exámenes..... el hombre viejo, siempre el mismo: tu abuso constante de la gracia, igual desden hacia vida más perfecta! ¿No tienes motivos para temer que, pues imitas en la esterilidad á la higuera descrita por S. Lúcas, como ella por fin te veas cortado por mano justiciera? Para que tal desgracia no te acontezca, persuádate de lo necesario que te es hacer á este tríduo, con aquel fervor que desearás haberte consagrado á él en el instante de tu muerte.

Punto II.

Utilidad del tríduo. La entenderemos por las gracias imponderables y sin número que ha de reportarnos, no sólo en beneficio nuestro sino tambien en el de otros. 1.º *En cuanto á nosotros:* no cabe duda alguna de que á los que debidamente hagan el tríduo les serán conferidas innumerables gracias de primer órden, ilustraciones sublimes acerca de las verdades eternas, manifestaciones de la divina voluntad, impulsos celestiales é inspiraciones, indinacion eficaz al bien, y victoriosas resoluciones del ánimo; de todo lo cual se verán privados los que lo hagan con negligencia ó tibieza, antes bien experimentarán irreparable pérdida de méritos muy considerables en esta vida, y de grados de gloria en la otra. Además quizá el Ser supremo tiene asigna-

da á este retiro alguna gracia especialísima, á la que, á manera de cadena de oro, están unidas muchas otras. Acaso del ejercicio santo de este tríduo depende tu vocacion á algun ministerio excelente, para cuyo desempeño, á gloria del Señor, serás elegido por Dios, si correspondes á la gracia: tal vez algun grado sublime de virtud, que sin esta preparacion no obtendrías. Elige lo más seguro; porque en este negocio nada debe dejarse al acaso, y haz ahora lo que en el umbral de la eternidad querrás haber ejecutado.

2. *Respecto de otros.* Por ventura, de este recogimiento de tu alma bien practicado depende la conversion de ciertos grandes pecadores, reservada á ti con esta única condicion. Quizá cierta especial uncion, que Dios se propone comunicar á tus palabras en el sagrado tribunal de la penitencia, ó en la cátedra del Espíritu Santo, y que de otro modo te la negará. Acaso el feliz éxito de alguna mision ó de algun otro negocio en beneficio de las almas, sumamente provechoso á su salvacion. ¡Oh cuán estrecha cuenta te será exigida, si por tu frialdad en este tríduo fracasasen tales bienes! ¡Si las almas que por tu medio habian de salvarse cayesen en eterna condenacion! ¡Si te hicieses indigno de ser constituido por Dios ministro suyo, y cooperador en la conversion de los pecadores!

3.º Por el contrario, qué gran *consuelo* no experimentarás algun dia de haberte dedicado con celo y fruto á este santo retiro, sustrayéndote al justo temor anejo á su omision. Porque *mucho ha de exigirse de quien mucho ha recibido: y á quien mucho han confiado, mucho le han de*

pedir ¹. A la medida de los dones crece tambien el rigor de su responsabilidad. El que ha recibido cinco talentos, ha debido lucrar con ellos otros cinco. Si ménos que eso hubiese logrado, llamaríanle *siervo perezoso*. Este trídúo es nueva gracia: las verdades que en él te sean propuestas son nuevos talentos. ¡Ay de ti si desdeñares emplearlas en negociar!

Oh si este tiempo de oro, de retiro espiritual, fuese otorgado á aquellos hermanos tuyos de religion, que arden en las llamas del Purgatorio, acaso por su tibieza en aprovecharse de las mismas ocasiones de recogimiento con que te brinda el Señor; ¡con qué fervor lo emprenderian! ¡Cuánto no se lamentan de su pasada negligencia en *tiempo tan aceptable!*..... Algun dia, y quizá más próximo de lo que piensas, llorarás acaso tu descuido en estos *dias de salud*. Segun esto, bien merecido será tu pesar, si no haces hoy lo que tanto deplorarás entónces no haber practicado ahora. Acaso *la segur está ya sobre la raíz* ². ¡Quién sabe si serán estos los últimos dias de retiro, puesto que han sido ya arrebatados por muerte prematura no pocos, que lo verificaron en el último invierno ó verano, y á quienes su robustez parecia prometer muchos años de vida! Pues si eres cuerdo, obra con prevision en la actualidad, como quisieras haberlo verificado cuando te duelas despues de no haberlo hecho, ó te consueles de tu diligencia.

¹ Luc. 12, v. 48.

² Luc. 3, v. 9.

AFFECTOS.

¡Oh Señor! no permitais que el remedio mismo, que para tantos otros ha sido y será actualmente y en lo sucesivo medio de grande perfeccion, sea para mí ocasion de mayor culpa; ni que beba yo la muerte donde otros bebieron la vida. Preciso es ya me consagre por tres dias con todo el ardor de mi alma al único negocio de mi mayor interes, para resarcir en pocos dias bien ocupados tantos años perdidos miserablemente. Para Vos, Dios mio *viviré un poquillo, yo que hasta aquí he vivido todo para el siglo; dedicaré al alma siquiera contados dias, ya que he disipado meses y años en el regalo del cuerpo* ¹.

Tal vez *no habrá ya más tiempo para mí, si temerario disipo los presentes dias de gracia. ¡Oh Dios celoso, escudriñador de los corazones! hazme saber tu voluntad, para conocer lo que me falta* ², y en lo que me otorgues el querer, *concédeme llevarlo á cabo* ³.

FRUTO.

De esta meditacion debe sacarse propósito firme de trabajar con fervor y empeño por la propia salvacion en estos dias de retiro; de averi-

¹ Psal. 38, v. 5.

² Petr. Chrysolog., serm. 12.

³ Aug., serm. 256 de temp.

guar sériamente los designios que Dios tiene respecto de mí, y de esforzarme con la mayor sollicitud en la completa enmienda de mis costumbres; pero principalmente de observar con gran esmero los siguientes

DOCUMENTOS

PARA SACAR DE ESTE TRIDUO EL ESPERADO FRUTO.

1.º Abstenerme, cuanto me fuere posible, de toda otra ocupacion, hasta el punto de no escribir, ni leer, ni hacer cosa alguna, que no conduzca al objeto de este santo retiro.

2.º Practicaré las obras diarias con mayor esmero y fervor, con arreglo al método prescrito.

3.º Procuraré con gran diligencia la soledad *exterior* mediante el silencio y la guarda de los sentidos; así como la *interior* apartando el pensamiento de lo que me puede distraer, y dirigiendo fervientes aspiraciones á Dios.

4.º Anotaré los propósitos, no vagos ó generales sino determinados y particulares, acomodados al lugar, tiempo y demás circunstancias.

5.º Añadiré á las ordinarias algunas otras mortificaciones. En estos tres dias serán materia de exámen particular la exacta observancia de los deberes peculiares, el órden diario y el silencio.

6.º La confesion de los seis meses últimos debo hacerla, no por costumbre y porque es de regla, sino con aquel espíritu que recomienda y desea S. Ignacio, y con el triple fruto que en ella se propone. Ante todo que, considerados

como en globo sus pecados, investigue el ejercitante si hasta el presente ha decaído ó aprovechado en virtud. En segundo lugar, que en consecuencia conciba más intenso dolor, y horror más decidido al pecado. Y en fin, que de ahí venga á conocer la pasion predominante, y aquel vicio, que es la fuente de todos los demas.

7.º Daré principio á esta renovacion del espíritu con la firme persuasion de que me es de todo punto indispensable, á pesar de los ocho dias consagrados á ejercicios poco ántes, ó que han de tenerse poco despues; y con generosa resolucion de estar dispuesto á ejecutar cuanto conozca quiere Dios de mí, no negando á mi Soberano Señor cosa alguna, sino ofreciéndole mi corazon todo entero, tal cual es, sin division ni reserva.

8.º Leeré los propósitos formados en los ejercicios ó en otros dias de retiro, examinando si los he cumplido, ¿qué es lo que Dios muestra querer haga yo, ó evite mediante sus singulares y frecuentes inspiraciones ó impulsos? ¿Qué es lo que se opone á mi aprovechamiento espiritual? La práctica de estas observaciones constituye un medio efficacísimo para lograr abundante fruto.

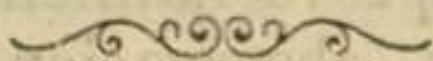
9.º Los que juzguen demasiado prolijas las meditaciones propuestas, deténganse en algun punto ó número, reservando los demas para leerlas en algun tiempo desocupado. Por via de preparacion á cada una de las meditaciones, léanse con especial cuidado los *frutos* que de ella hayan de obtenerse, y los *medios* asignados para conseguirlos, que se ponen inmediatamente despues.

DIA PRIMERO.

En el primer dia de este sagrado tríduo deben quitarse de en medio los principales *obstáculos* de la virtud sólida; pues mientras subsistan, nada se conseguirá, ni es posible llegar á la cumbre de la perfeccion. Ahora bien: entre estas rémoras claro es que ocupan el primer lugar el pecado venial, la tibieza, los respetos humanos, y el abuso de las gracias. A extirpar de nuestras almas estos impedimentos de nuestro aprovechamiento, ha de encaminarse el trabajo de este primer dia, correspondiente á la llamada *via purgativa*.

MEDITACION I.

DEL PECADO VENIAL.



Punto I.

El pecado venial es gran mal *en sí*: 1.º porque es peor que todos los males del mundo juntos, peor que la muerte misma, y aun peor que el infierno. Así es que si con una sola culpa venial me fuera posible impedir los mayores males, ó conseguir muchos y excelentes bienes, no por eso me sería lícito cometerla. Así: aun cuando por una sola mentira leve pudiera conjurar

todas las guerras, hambres, incendios, inundaciones, enfermedades y pestes; aunque pudiera apagar las llamas del purgatorio ó las hogueras del infierno; aunque me fuera dado apartar de mí ó de otros los más terribles dolores, las más atroces calumnias y calamidades; aun en tal supuesto no me sería permitido mentir siquiera levemente. Más: si con una distraccion voluntaria estuviera en mí el convertir á la verdadera fe á todos los herejes, turcos y gentiles, arrancar del infierno á todos los condenados, ó del purgatorio á todas las almas que allí padecen; asegurar la salvacion eterna á cuantos viven ó han de nacer; aun así me sería ilícita. Y mejor es que todo el mundo sea destruido al fin de los tiempos, y que todos los condenados sufran eternamente tormentos devoradores, ántes que cometer tú una sola falta ligera. Esto es indudable; es dogma de fe; la simple duda acerca de ello es impiedad. Porque todos estos males lo son tan sólo para la criatura; mientras que el pecado, aun venial, es mal contra Dios. Y así, cuanto dista del Criador la criatura, otro tanto supera la malicia del pecado á todo otro mal.

Hay no obstante cristianos, para quienes parece corriente, y que osan repetir el dicho vulgar: es cosa leve, no es sino pecado venial. ¡Oh lenguaje temerario! ¿Pues qué, es ligero é insignificante un mal peor y más grave que el exterminio del Universo? ¡Oh cielos! En sentir de los Santos Padres, menor mal es que seamos tentados por el demonio, que el cuerpo sea atormentado con acerbísimos dolores, y aun que el alma se abraza en el fuego del infierno, que el que ésta se halle afeada con una mancha venial. Lo creemos, y sin embargo no es raro que aun los

Religiosos, y hasta los sacerdotes, cometan tales culpas sin horror, sin remordimiento, como por juego, y con la risa en los labios. ¡Qué ofuscación tan perjudicial!

2.º Tal es la malicia aun del más mínimo pecado, que, si por un imposible, incurriesen en solo uno la sacratísima Vírgen ó el mismo Cristo, inmediatamente la Madre augustísima de Dios y la Naturaleza Humana de Cristo, disuelta su union hipostática con el Verbo, serían lanzados al purgatorio para ser allí purificados entre penas, hasta que se viesen libres de tal mancha. Los Bienaventurados del cielo, ántes y de mejor gana saltarian de sus tronos á las llamas del infierno, y sufrirían las consiguientes penas de sentido, que cometer un sólo pecado venial. No sólo esto, sino que se felicitarían de poder evitar uno sólo siendo arrojados al infierno. Y con razon; porque mayor injuria se irroga á Dios con un sólo pecado de esa especie, que honra le proviene de las eternas alabanzas de todos los elegidos. ¡Detente aquí, osado menospreciador de las faltas leves! Esto piensan de la gravedad de tal ofensa los moradores del cielo; ¿desprecias tú como frivolidad lo que toda lengua celestial proclama á una voz como grande en sí, como el mayor mal del mundo despues del pecado mortal? ¡Desventurado de ti! Que la justicia vengadora *no tardará en llegar* ¹.

Punto II.

El pecado venial es mal grande *en sus efectos*. Porque 1.º disminuye el fervor de la caridad,

¹ Habacuc, 2, v. 3.

aumenta la languidez del alma, y corrompe los actos de las virtudes, despojándolas de todo su celestial derecho al mérito, en el acto de rebajarlas de su elevacion del órden sobrenatural, y haciendo que tales actos no sean meritorios ni de gracia ni de gloria. 2.º Frustra innumerables gracias actuales, y nos hace indignos de aquella especial Providencia y benévolo amor de Dios, con que el Señor nos libra de lo malo, nos dirige á lo bueno, y con paternal afecto hace que á los justos todo se les convierta en bien. 3.º Desfigura horriblemente el alma á los ojos de la divina Majestad, dejándola sumamente deforme y abominable; por cuanto esta clase de pecados son, á juicio de los Santos Padres, manchas, suciedad y lepra del alma. 4.º Predispone al pecado mortal, y por consiguiente al infierno. Temblad, almas piadosas, ante tan horrenda consecuencia. Escucha, ¡oh pecador! quien quiera que con soberana sonrisa desdeñas, y tal vez aplaudes estos deslices, y estremécete: ¡repáralo bien! El pecado venial conduce al mortal, y por lo tanto al infierno. Ciertamente el que no se horroriza ante tamaño riesgo á que expone la culpa leve, cercano está á su ruina.

Nadie se hace malvado de repente; todo el que se haya condenado, gradualmente ha ido cayendo del pecado venial á los mortales, y de estos en el infierno. Es decir que las más de las veces la eterna condenacion procede de una sóla culpa venial. Sirva de ejemplo Santa Teresa, la cuál se hubiera condenado, si no hubiese evitado algunos defectos leves. Tal vez de la negligencia en levantarte, del descuido en la oracion, de la curiosidad en la vista, depende tu eterna perdicion. No es en verdad todo esto de menor

trascendencia que la ociosa conversacion de Santa Teresa. No digas: acaso no pende mi salvacion de semejantes fruslerías: quizá sí. ¿Y aventurarás al acaso incierto la eternidad, tu alma, el cielo? Es cierto que si Santa Teresa hubiera discurrido de ese modo, se hubiera engañado miserablemente, perdiéndose para siempre. ¿Qué razon, pues, habrá para que no te suceda lo que á la Santa hubiera sin duda acontecido? Ay de ti, pues, si prosigues despreciando los pecados veniales; quizás de eso mismo, que desdeñas por leve, depende tu felicidad eterna. Teme pues aun lo pequeño, y *huye del pecado como de la serpiente* ¹.

Punto III.

El pecado venial es mal grande *en sus penas*. Estas en el purgatorio son atrocísimas, y mayores que todos los tormentos de los mártires (recuérdalos minuciosamente uno á uno); que más los suplicios de los criminales, y que todos los dolores de todas las enfermedades juntas en un mismo paciente. Así lo enseñan S. Agustin y Santo Tomás. ¿Quién no se sobrecoge de espanto al considerarlo? Pero continuemos. Esos padecimientos, muchísimos en número, dolorosísimos en intensidad, prolongadísimos en duracion, se imponen en aquel lugar de abrasadora expiacion por culpas veniales.... ¡por pecados leves!.... Por una mentirilla, por un ligero acto de ira,

¹ Eccli. 21, v. 2.

por una palabra ociosa. Y las sufren las almas predestinadas, esposas de Cristo, herederas del cielo: y quien así las castiga es Dios justísimo, que no puede imponer pena mayor que la merecida por la culpa; y que profesa á esas almas amor tiernísimo é infinito; y esto por espacio de muchos años. Luego el pecado venial es mal de todo pundo horrendo y execrable.

¡Oh cielos! Creemos esto, lo enseñamos, y no obstante pecamos: sabemos que la más leve ofensa merece ella sola el purgatorio; ¡y así y todo pecamos! No osaríamos pecar aun levemente, si supiéramos con seguridad que despues de uno ú otro de esos pecados seríamos quemados vivos en la plaza pública, creemos que por esos mismos pecados leves que cometemos, hemos de arder en aquellas llamas; y sin embargo, tan temerariamente las amontonamos. ¡Locura insigne! ¡Ah! tengamos juicio alguna vez, y convencidos de estas verdades, fomentemos sin cesar en nuestro corazon horror creciente, y odio implacable á toda culpa aun venial.

AFECTOS.

—
 ¡Dios mio! yo, puñado de ceniza..... á ti, Señor de los señores..... despues de haberme otorgado tantos dones, te he ofendido..... y tantas veces..... por pasatiempo ó como en chanza..... por cualquier cosilla..... y hasta haciendo alarde de ello, sin aliciente de bien ni temor de daño alguno! Ni por conseguir el señorío del mundo entero, ni por eludir una grave dolencia, ó aun al

muerte misma, hubiera sido disculpable ofenderte en lo más mínimo; y sabiendo esto, vengo acumulando de continuo interminable serie de culpas veniales, y esto como por broma, jugando con Dios.... ¡Dios mio y Padre mio inmejorable..... por vil interes, por necia vanagloria, por explayar el ánimo te he ofendido! Arrastrado por mis ligerezas á los linderos del pecado mortal, y al borde del abismo, todavía he tomado á risa el aventurar así mi salvacion, y he tenido en nada los suplicios de aquella cárcel de expiacion á que me he hecho acreedor. ¡Oh alucinacion digna de ser llorada con lágrimas de sangre! *Broten, sí, de mis ojos raudales de lágrimas* ¹, para deplorar con pesar incesante los crímenes que en mayor número que el de mis cabellos he aglomerado. ¡Señor! *pequé y en tu presencia he obrado mal* ², y mal enorme con exceso, aun pecando venialmente. Mas ya me arrepiento..... pésame..... y detesto hasta la más leve falta.

Quede grabada en mi corazon con cincel de diamante esta sentencia: *antes morir, que consentir en mi alma la más leve mancha de culpa.* Aterrado ante la enormidad de esta, resuelvo no contaminar jamas el alma con ella. *Vive Dios, en cuya presencia estoy, que mientras respire, y sienta en mí el soplo divino, no hablarán mis labios la iniquidad, ni mi lengua arrostrará la mentira* ³. Antes renuncio á todo bien, y aceptaré todos los males, que vuelva á herir ni aun levemente á mi alma con el pecado.

¹ Jer. 9, v. 1.

² Ps. 50, v. 6.

³ Job. 27, v. 3.

Tú, ¡Señor! *ilumina mis tinieblas*, á fin de que conozca mejor de dia en dia la gravedad de la culpa venial. *Renovad en mis entrañas la rectitud de espíritu*, para que con horror invencible evite y rechace cuanto desagrado á tu divina Majestad, aunque sea levemente.

FRUTO.

De esta meditacion sacarás entrañable y decidido horror á todo pecado venial, á lo ménos deliberado, y con especialidad á aquel: 1.º en que con más frecuencia incurres; 2.º que es fuente y origen de otros defectos; 3.º que más directamente conduce á otros más graves.

Los *medios* para concebir este horror son estos: 1.º Excítate muchas veces á dolor intenso por las pasadas culpas veniales, sobre todo en el exámen de conciencia, y ántes de la confesion. 2.º En ésta designa concretamente uno de los pecados, que con peculiar cuidado has de evitar en lo sucesivo, y renueva de cuándo en cuándo este propósito por veneracion al Sacramento de la Eucaristía. 3.º Frecuentemente entre dia, v. g. al oír el reloj, ejercítate en este acto: *prefero ser difamado, enfermar, morir, á mancharme con un pecado venial, y sobre todo con tal.* 4.º Convendrá tambien al fin de la oracion, ó despues de la confesion ó de la sagrada Comunión, recordar las ocasiones é incentivos del pecado venial, y prevenirse contra ellos mediante el horror á él y explícita reprobacion. Así mismo será muy provechoso repetir actos como estos:

¡Oh Señor! aun cuando con una leve impaciencia me hubiese de librar de la rotura de un hueso, de la infamia, de enfermedad ó de la muerte, ó me pudiera procurar mucha ciencia, ó la estimacion y el amor de los hombres no pecaria. Esta especie de arranques instantáneos son antídoto eficaz contra las faltas veniales.

CONSIDERACION

SOBRE LA TIBIEZA.



Punto I.

Señales ciertas de tibieza. Es tibia el alma que abomina tan sólo las culpas mortales, y en nada estima las veniales; que practica los ejercicios espirituales con negligencia, sólo por rutina, por respetos humanos, y con disgusto interior y languidez de espíritu; que ora sin atencion, se confiesa sin enmienda, comulga sin devocion ni fruto; que hace las obras ordinarias sin la debida intencion, método ni orden; que se disipa al exterior, rara vez piensa en sí misma, y más rara vez en la presencia de Dios; que desdeña las virtudes heróicas, contentándose con mediana piedad; que, esquivando el trato con los amantes de la perfeccion, busca con avidéz el de compañeros de carácter más libre; que, fundada en opiniones falsas, se forma una conciencia errónea, á cuya sombra ó pretexto se empeña en acallar ó atenuar los remordimientos; que, aunque fre-

cuenta á veces los sagrados misterios, al propio tiempo abriga aversiones interiores, envidias, emulaciones, familiaridades, soberbia, y cierto espíritu de murmuracion y displicencia, á la vez que mordacidad y tendencia á rencillas; que fomenta el amor propio oculto, el cuál, insinuándose insensiblemente, inficiona con su veneno, y pervierte todas las acciones; que, hastiada del trabajo y abnegacion, anda en busca no más que de comodidades, ocio y satisfaccioncillas. Estos son los caracteres inequívocos del alma lánguida: si los encuentras en ti, no dudes que eres tibio.

Despierta, pues, y describiendo un poco el velo, escudriña tu conciencia; quizá tambien tú, como Ezequiel cuando le fué intimado mirase por un agujero el templo místico, verás con asombro en ella *abominaciones pésimas de reptiles y animales en todo su derredor*¹. Porque ¿qué otra cosa son esas inclinaciones depravadas, esas pasiones indómitas, esas costumbres disolutas, é innumerables defectos, que nacen y viven en tu alma á manera de gusanos en la carne podrida?

¿Qué mucho? Tú eres aquel *campo del hombre perezoso, lleno todo de ortigas*² de aficiones desordenadas. Eres aquella *viña del hombre necio, cuajada en toda su extension de espinas*³ de innumerables maldades. Eres aquella *higuera próxima al camino, y que sólo tiene hojas de aparente virtud*⁴. Eres, en fin, aquella *tierra que,*

¹ Ezech. 8, v. 9.

² Prov. 24, v. 30.

³ Ibid.

⁴ Mat. 24, v. 19.

absorbiendo la lluvia de gracias que la inunda, no produce sino abrojos y malezas de vicios. Y así llénate de justo horror en vista del estado miserable de tu alma; anonádate de vergüenza, y tiembla.

Punto II.

*Peligros anejos á la tibieza. El primero es el de caer en pecado mortal. Como el alma tibia vive familiarizada con las imperfecciones, comete sin remordimiento pecados veniales, piensa rara vez, y aun entónces solo rápidamente, en la gravedad del pecado, y en los motivos para precaverse contra él; de tal modo se va desvaneciendo insensiblemente en ella el horror al pecado mortal, que la conciencia se va poco á poco aviniendo con él. De aquí resulta que luégo se entretiene con las tentaciones aun de impureza, vacila temerariamente entre asentir ó no á ellas, duda sólo de paso si consintió en la delectacion, tolera á los sentidos libertades harto peligrosas, y se forja conceptos varios, ó más bien simula efugios, para disculpar sus propias excusas en los pecados ⁴. Por fin, arrecia un tanto la vehemencia del impulso, y cae de lleno desplomado en el pecado mortal. Si se nos mostrase el purgatorio ó el infierno, ¿cuántas voces no oiríamos salir de allí, confirmando esta verdad, y maldiciendo su tibieza con lastimero gemido? Bien cierto es, como oráculo de la verdad eterna, que *el que des-**

⁴ Ps. 140, v. 4.

precia lo pequeño, poco á poco caerá ¹. Así que, oh tibio, si no lanzas de ti esa languidez de ánimo, sumo riesgo corres de caer precipitado en la culpa grave, y de ahí quizás en el abismo eterno. Si tan temible presagio no basta á sacudir tu pereza, estás ya en el caso de dormirte tranquilo entre pecados mortales, y sucumbir á esa muerte espantosa.

El *segundo* peligro consiste en que el estado del tibio es ya tal, que llega á ser lanzado por Dios con nausea. Así nos consta textualmente de aquella expresion de las sagradas páginas: *porque eres tibio, te empezaré á arrojar de mi boca* ². Piénsalo bien, miserable esclavo de la tibieza: Dios te comienza á lanzar de su boca; Dios..... el Dios, que aun á los mismos pecadores busca con solicitud, y los acoge con cariño, ese mismo Dios hace asco de ti como de cosa repugnante. ¡Oh tibio! Mira cuál es tu expresivo retrato, la viva imagen de tu estado: ¿y no te horrorizas, desventurado? Produces disgusto al corazon de Dios, y promueves náuseas en aquellas paternales entrañas de amor; ¿y no temes? ¿No te amedrentas? Por el contrario ¿lees esto sin pena ni pavor; crees lo que lees, y no desechas tu frialdad? Si aun esta consideracion la haces con indiferencia, ¿qué cosa habrá capaz de arrancar esa indolencia de quien con amenazas tales no vuelve en sí de su modorra? Dios mismo da la preferencia sobre los tibios á los pecadores frios con la muerte del pecado; y en cierto modo parece posponer al estado de frialdad ó de culpa mortal el de tibieza, pues

¹ Eccli. 19, v. 2.

² Apoc. 3, v. 16.

sollozando exclama: ¡ojalá fueses frío! ¹ ¡Dios mio! Sabemos esto, y somos aún tibios. ¡Oh frialdad merecedora del fuego abrasador!

El *tercer* riesgo es el de morir muerte poco cristiana. La muerte es eco de la vida. Prodigio fuera morir con fervor quien ha vivido en tibieza. Horroriza el ver cuán impasible, cuán sin muestras de devoción recibe el tibio los últimos Sacramentos, si es que no se ve privado de ellos en castigo de su tibieza, y muere solo y de repente. Examina su conciencia con más desidia que nunca; recibe el Santo Viático con indiferencia sin ejemplo; al ungirle con el santo Oleo, ó está sin atención, ó distraído no se cuida de lo que pasa á su alrededor. Sufre los dolores de la enfermedad con impaciencia tal, cual no la mostraría el salvaje que jamás ha oído hablar de los padecimientos de Cristo. Por falta de ejercicio previo de semejantes prácticas, ó no sigue al sacerdote que le sugiere afectos piadosos, ó no se hace cargo de su sentido, por la vehemencia de sus padecimientos. Acércase á la agonía y á la eternidad enteramente abstraído de lo celestial, turbado por el escozor de su conciencia, inquieto por el horror de su pasado y el terror de su porvenir; hasta que al fin, despues de muerte nada edificante, que deja á los circunstantes en motivada ansiedad acerca de la sentencia del juicio á que comparece, baja á ser por muchos años purificado en las llamas del purgatorio. ¡Oh Señor! *Traspasad mis carnes con vuestro santo temor* ²,

¹ Apoc. 3, v. 16.

² Ps. 118, v. 120.

para que aterrado de tales peligros, deseche la tibieza, y os sirva de hoy más con fervor.

Punto III.

Sus remedios difícilísimos. 1.º Para poner remedio á un mal, es preciso ante todo conocer su intensidad. Empero el alma tibia no cree serlo, ó cuando ménos, no conoce la malignidad de su dolencia, porque la ceguedad de la mente es compañera inseparable de la tibieza, y el conocimiento de esta supone y requiere fervor. Además, como el tibio, aunque mal, practica los ejercicios cotidianos de piedad, y hace algo bueno, pero mezclado con mil faltas; alucinado por este simulacro de virtud, no reconoce la miseria de su conciencia, ni por consiguiente se ocupa del remedio; y esto mismo dificulta no poco su curacion.

2.º El tibio es enfermo de tal naturaleza, que á causa de su mala disposicion, las medicinas se le convierten en veneno. Así las meditaciones, exámenes, confesiones, Misas, comuniones, ejercicios, retiros, todo lo hace de cualquier modo, y por lo mismo sin fruto; de manera que los medios más eficaces de desarraigar la tibieza y reemplazarla con el fervor, empeoran más bien que mejoran el alma del tibio. Por eso escribe con razon S. Bernardo al Abad Fontano en la carta 96: *Más fácil te será encontrar muchos seglares convertidos al bien, que algun Religioso tibio pasar á vida mejor;* porque algunos pecadores de los más empedernidos suelen volver en sí y arrepentirse en vista de la imágen de

Cristo crucificado, ó ante la idea del rigor del juicio, ó de la eternidad de las penas del infierno; al paso que esta clase de religiosos, acostumbrados á la meditacion rutinaria de las verdades eternas, no experimentan otra impresion ante espectáculos ó consideraciones tan conmovedoras, que la que afecta á los que diariamente presencian el fin de los moribundos.

3.º Por último, el recurso extremo contra esa dolencia sería alguna gracia especial, á cuyo victorioso influjo cediese hasta desaparecer la tibieza inveterada. Mas aun á esa pone óbice la ociosa inaccion de los tales; porque como el alma tibia, derramada habitualmente al exterior, no aprecia como debe esas gracias, ofuscada por el tumulto de sus caprichos, ó las desdeña inadvertida, ¿qué maravilla será que Dios deje por fin de estimularla, antes le consienta dormir para su desgracia en tan lamentable soñolencia? Añádase que ella obra mal aun practicando el bien, y en eso mismo peca sin cesar; de donde proviene que cierra todo acceso á las gracias particulares. Y aun cuando por lo mismo alguna ráfaga ilumine celestial su ofuscacion mental, y derrita el hielo de su corazon; pero estos fervores momentáneos se disipan presto, y de ordinario concluye ántes la vida que la tibieza. ¿Quién negará por tanto la inmensa dificultad de curar semejante enfermedad? ¡Oh efecto verdaderamente funesto, y tanto más terrible cuanto más frecuente! Esto es lo que tan considerablemente acrece la execrabilidad de tan lamentable estado.

En vista de todo esto repele, oh alma, la tibieza, rescata el tiempo perdido, emprende vida fervorosa, *y recordando de dónde has caído, vuelve á tu fervor primitivo*: de lo contrario teme

no venga á ti el Dios vengador de sus agravios, y retire de su sitio tu candelabro ¹, concluyendo por arrojarte de sí, para no volverte á llamar ya más. En fin, los remedios para conjurar la tibieza son: 1.º Meditacion fervorosa de todos los dias. 2.º Lectura piadosa y atenta por un cuarto de hora á lo ménos cada dia, inmediatamente despues de la meditacion. 3.º Práctica diaria del exámen de conciencia particular y general. 4.º Corto retiro mensual siquiera por espacio de media hora.

EXAMEN

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Nadie ignora que el último obstáculo de la virtud sólida es ese mónstruo del infierno, que llaman respeto humano. Consiste en el afan de complacer á los hombres, junto con el temor servil de desagradarlos. Por aquí se hace notorio cómo trae origen de la soberbia, madre del temor que tiene al desprecio, y del prurito de la estimacion ajena.

Así pues, mira seriamente: 1.º Si por el vano recelo de disgustar á otros has cometido muchas *maldades*; y omitido muchas *buenas obras* por el fútil empeño de agradarlos: si así es, *sábeta que por todo eso te llamará Dios á juicio* ². Porque semejante ponzoña es *necedad insensata, tiranía insufrible, y enorme desprecio de Dios*. Examina

¹ Apoc. 2, v. 5.

² Eccl. 11, v. 9.

con cuidado, si crees con fe viva los siguientes oráculos de la verdad eterna: *Nadie puede servir á dos señores* ¹, esto es, á Cristo y al mundo; *el que quiere ser amigo de este siglo, se hace enemigo de Dios* ². Y estos: *si agradase á los hombres, no sería yo siervo de Cristo* ³. *Dios aventará los huesos de los que deleitan á los hombres* ⁴. Examina si tal vez á guisa de cortesano, doblegándote á unos, adulando vilmente á otros, lisonjeando con palabras, imitando los modales de los seculares, solicitas el favor de los hombres. ¡Oh miserable! Lo que tan asiduamente pretendes, *pelusa es, que el viento arrebatá; espuma insubsistente, que la borrasca disipa; humo, que el viento hace desaparecer* ⁵. Te pareces al perro de Esopo, que deja el objeto por seguir la sombra de él, pues abandonas lo eterno por agenciar lo transitorio. Escarmienta alguna vez en cabeza ajena.

3.º Mira tambien si estás prácticamente persuadido de la verdad de aquella intimacion tan inculcada á todos por Cristo en S. Mateo: *No temais á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar al alma; temed más bien á quien puede perder en el infierno alma y cuerpo* ⁶. ¿Estás dispuesto á arrostrar el odio de todos, á pasar por el ludibrio de tus compañeros, á ser excluido de sus corrillos, siendo blanco de sus dicterios, y viéndote despreciado y esquivado de ellos, ántes que ofender á Dios con una falta leve? ¿Qué

¹ Matth. 6, v. 24.

² Jac. 4, v. 4.

³ Gal. 1, v. 10.

⁴ Ps. 52, v. 6.

⁵ Sap. 5, v. 15.

⁶ Matth. 10, v. 23.

titubeas? Oye al Eclesiástico, el cuál te advierte: *Por todo esto no te afrentes, y no aceptes persona, de modo que peques por causa de ella. Porque maldito quien confía en el hombre, y pone carne por brazo suyo*¹; esto es, se escuda en humana proteccion, de manera que por su respeto desagrada al Criador.

4.º Observa en fin si llevas á mal que otros te traten con frialdad, esquiven tu trato y te miren con prevencion. Ya te oigo decir: eso es precisamente lo que me enciende la sangre, y me atormenta. Mas ¿porqué te apesadumbras de no ser engañado?..... ¿Porque se te agota la fuente de mil pesares?..... ¿De que no se te franquée una intimidad, que te alegrarás con el tiempo si no usas de ella? ¿No es acaso para ti Dios mejor que diez de esos amigos? ¿Y que mil de esos compañeros falsos, inconstantes, desleales? Gózate más bien de ser *odiado del mundo*; prueba es esa de que Cristo *te ha entresacado de él*, pues si fueses del mundo, el mundo amaria lo suyo; mas por cuanto no eres del mundo, por eso el mundo te aborrece. Alégrate más bien.

Sabe ademas, que *antes, y más que á ti odió el mundo á Cristo*; y no es más el discípulo que el maestro². Regocíjate por lo tanto de ser tenido por el mundo como él lo fué. Porque al fin esos desdenes transitorios, con que te tratan los tibios, quedan sobradamente compensados con aquella verdadera y perdurable estima, que de ti sienten los buenos en la tierra y los Bienaventurados en

¹ Eccl. 42, v. 1.—Jerem. 17, v. 5.

² Joan. 15, v. 18 y 19.—Matth. 10, v. 24.

el cielo. Aun esos mismos mofadores tuyos, al fin de su vida y del mundo te ensalzarán por lo mismo con sus elogios.

Así que, por más que esos burlones *tengan la frente de bronce, no por eso los temas ni te retraigas de sus miradas*: porque, si sostienes tu heroica imperturbabilidad, Dios te concederá un *semblante que predomine al de ellos, y frente más dura que la suya* ¹. Escucha impertérrito los primeros dias sus chanzonetas, y quedarás vencedor. Esos mismos te ofrecerán luégo incienso de alabanzas, y si ántes te menospreciaron por parecerseles, ahora por ser diverso de ellos te mostrarán respeto.

Por lo tanto, dócil al consejo de S. Pablo, crucifica al mundo, volviéndole la espalda; ríete de quien se rie de ti, desdeña al desdeñoso, y despreciando sus dictámenes no temas más que á Dios.

MEDITACION II.

DEL ABUSO DE LAS GRACIAS.



Punto I.

Malicia de este abuso. Por una parte la *necesidad* de la gracia es suma, para ejecutar cualquiera obra sobrenatural, meritoria de eterno galardón ²; y por otra ningun adulto puede sin

¹ Isai. 48, v. 4.—Ezech. 3, v. 8.

² Conc. Trid., sess. 6, can. 3.

tales actos conseguir salvarse ¹. Ambas verdades son dogmas de fe. Ahora bien: ningun adulto puede salvarse sin actos sobrenaturales, ni puede ejecutarlos sin la gracia sobrenatural; luego el que prescinde de esta, desprecia temerariamente un medio de todo punto indispensable para obrar saludablemente, y conseguir el cielo. Segun esto, en cuanto desatiendes inconsiderado esa mocion, malversas un talento, con sólo el cuál, no en cuanto al individuo sino en cuanto á la especie, se granjea corona inmortal; malgastas una joya, con cuyo solo precio se compra á Dios mismo; ¿y te ries? Hora vendrá, en que llorarás tan insensato abuso, exclamando entre lastimeros sollozos: *cuando pude, no quise*.

2.º La *dignidad y excelencia* de la gracia es imponderable. Es bien inmenso sobre todos los tesoros del mundo, y de más precio que todo lo que no es Dios, despues de la gracia santificante y la vision beatífica; es el precio de la sangre y muerte de Cristo; principio, aumento y recompensa de nuestros méritos, gérmen de eterna gloria; puesto que á cada gracia actual correspondida de nuestra parte, está adjudicado un grado de gracia inmanente, como á este otro de gloria interminable. No hay por consiguiente cosa más culpable que el desprecio tan temerario de este don celestial, lucro divino y prenda de gloria, y esto tomándolo á broma, sin remordimiento y por una fruslería, sintiendo más la pérdida de cualquier vil cosilla que la de la gracia. ¡Ay de

¹ Consta de la propos. 14 condenada por Alejandro VII, y de las 17 y 26 por Inocencio XI.

nosotros, si comenzamos á estimarla en su valor cuando ya no esté á nuestro alcance!

3.º Por otra parte *grandes gracias* se nos han conferido: tales son la vocacion á la verdadera fe, y al estado Religioso, la eleccion para la dignidad Sacerdotal, y el cuidado de las almas; y aun el noviciado ó preparacion, los ejercicios anuales por ocho dias, los retiros de cada mes ó semestre, frecuentacion de los santos Sacramentos, y otras á este tenor. Son ademas *contínuas*, como la Misa diaria, meditaciones, exámenes, lecturas, ejemplos, exhortaciones, y los impulsos internos que á todas horas recibimos. Son por último *eficaces* en sí y en cuanto á su propia entidad ó congruencia, como dicen los Teólogos; toda vez que si este mismo número de gracias se hubiera dispensado á otros, se hubieran hecho con ellas grandes santos, y habrian ellas bastado para convertir de hecho á pecadores muy depravados; y que por lo mismo nos han sido otorgadas por Dios infructuosamente, á causa de nuestra libre culpabilidad en desecharlas. Resulta de todo esto, que el resistir á gracias tan apreciiables, tan contínuas y eficaces, y despreciarlas por una nonada, con verdadera impudencia, y como por juego, teniendo en ménos que al vidrio estas piedras preciosas venidas del cielo, acrece en verdad hasta el colmo la malicia de su abuso.

¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida!
 ¡Ay de ti, Religioso! que si en otros se hubieran empleado los dones, que á ti se te han dado en abundancia ¹, hubieran subido á gran perfeccion.

¹ Lue. 10, v. 13.

En el día del juicio *se levantarán de Oriente y de Ocaso* los gentiles y herejes, los seculares católicos, tus discípulos, penitentes y oyentes, á quienes excitaste á la cooperacion fiel á la gracia; se alzarán contra ti, arguyéndote por tan horrendo abuso de ella. La Sangre del Salvador frustrada en su intento clamará contra ti venganza, como que á costa de ella te granjeó tantas gracias, que tú has menospreciado. ¡Ah! Cuán terriblemente te atormentará esta idea en el trance de la muerte! Podria yo haber sido santo, y bien fácilmente; y debiera serlo en virtud de mi Regla y vocacion; y á pesar de eso..... ¡Ah! ¡qué horror!

¡Señor! Detesto mi maldad y extrema ingratitud. ¿Qué hice, resistiendo rebelde á tantas gracias? He vilipendiado insensato el precio de la Sangre de Cristo, la emanacion de tu Divinidad, la prenda de mi eterna dicha. ¡Mas ya me arrepiento! Concédeme, que al ménos corresponda con fidelidad constante á esta presente, y quizás última gracia.

Punto II.

Su castigo. El castigo ordinario del que abusa de las gracias suficientes, suele consistir en retirársele las eficaces. Esta es de todas las venganzas la más terrible, la más justa y frecuente. 1.º *La más terrible* y mayor pena de todas en este mundo es la que más directamente nos aparta de Dios, Bien Sumo, y más próximamente nos une al sumo mal del pecado y del infierno. Este es precisamente el efecto de la sustraccion de las gracias eficaces, puesto que por soberana decision de Dios constituyen el medio

exclusivamente necesario de operar de hecho la salvacion, hasta el punto de que sin él jamas se logrará la posesion de Dios, ni se evitará la condenacion. Con las gracias simplemente suficientes, por lo mismo que se confieren como compatibles con el disentimiento á ellas, podemos en absoluto salvarnos; mas nunca de hecho nos salvaremos, antes pecaremos sin duda, y nos condenaremos. Luego la negacion de las gracias eficaces nos desvia más que otra cosa alguna del Sumo Bien, que es Dios, y del cielo, y nos une y asocia estrechamente al sumo mal, esto es, al pecado y al infierno: es por consiguiente la mayor y más terrible pena en esta vida.

Ay más: segun el comun-sentir, aquella pena es considerada la mayor en este mundo, que más endurece al hombre en el pecado, y lo aferra al mal; que ciega su inteligencia, para que no conozca el peligroso estado de su alma, y retiene la voluntad, para que no se desenmarañe de él; que priva al pecador de los más eficaces medios de conversion, á la vez que le allana y facilita la anchurosa via que conduce á todos los vicios. Todo esto es resultado inevitable de retirarles dichas gracias. Porque cuando Dios nos prueba con la infamia, nos mortifica con padecimientos, ó nos affige con persecuciones, castíganos, es cierto, mas no con la pena mayor, pues se propone en todo eso alejarnos del mal, y atraernos á sí: condúcese entónces como padre, no como juez vengador; intenta la correccion del pecador no la venganza del pecado. Mas cuando corrobora la ceguedad de la mente y la dureza de la voluntad del pecador en su malicia; cuando le niega las luces, que habian de hacerle ver la fealdad del crimen, y le retira las inspiraciones, á cuyo im-

pulso se moveria á detestarlo, entónces sí se muestra enfurecido, entónces su omnipotente enojo le *hiere con incurable herida, con golpe de enemigo, con pena cruel* ¹ y tal, que no podria imponérsela más desapiadada. ¡Castigo verdaderamente horrendo!

2.º Es pena *justísima*. La gracia divina es como una visita, en la que el celestial Esposo llama á la puerta del corazon humano, solicitando con instantes ruegos ser admitido. No le abres, cierras tus oidos á su voz, le niegas la entrada; pues cansado al fin de llamar, cesa Dios en su instancia, y se retira enojado. ¿Qué cosa más justa? La gracia es antorcha luminosa y ardiente, con cuyo resplandor desea Dios ilustrar la razon, é inflamar el ánimo. Tú cierras las ventanas del corazon, no quieres sino tinieblas, esquivando su calor y su luz. Por fin, tantas veces defraudado en sus designios el Sol de Justicia, deja de brillar, y encubre su luz. ¿Hay algo más conforme á equidad? La gracia es don inestimable, joya de la diadema de Cristo, prenda de eterna gloria; Dios te la ofrece generosamente, te convida con ella, suplica se la aceptes, é insiste aun despues de reiteradas repulsas. Y tú desprecias tal regalo, rehusas admitir tal preciosidad, miras esa prenda como una fruslería. Y por lo mismo Dios, tantas veces menospreciado, desiste en sus ofertas, y no insiste más. ¿Quién calificará de inícuo semejante proceder? ¿No es castigo justísimo la denegacion de esa gracia tan obstinadamente despreciada? ¡Oh

¹ Osee 13, v. 8.—Jerem. 14, v. 6, y 30, v. 14.

Soberano vengador! Sí que lo es, y justa por demas. Perdonad á quien promete obrar mejor. Castigadme como querais, empero no con saña tal.

3.º *Es la pena ordinaria.* Ninguna otra amenaza repite Dios con mayor insistencia en los sagrados libros por Moisés, los Profetas y el Salmista, que esta de retirar sus gracias: *los he abandonado conforme á los deseos de su corazon; irán segun sus antojos; cegad el corazon de este pueblo, para que no vean lo que ven, ni entiendan lo que oyen; se os arrebatará el reino de Dios.* Estos y semejantes relámpagos del divino furor se ofrecen de continuo á los ojos del lector en las sagradas letras. Los ejemplares aducidos por los Escritores sagrados prueban asimismo hasta la saciedad, que la denegacion de las gracias ha sido comun, ordinaria y harto frecuente, así en la antigua como en la nueva ley; y aun lo es hoy mismo frequentísima.

A cada paso nos llenamos de admiracion al considerar, cómo tolera Dios á muchos Religiosos tibios, que entre tantos medios de perfeccion llenan tan mal los deberes de su estado, y sobre todos el que tienen contraido de aspirar á ella. Dios los castiga secretamente, exclama S. Agustin, con pena tanto mayor, quanto es ménos notoria, retirándoles sus gracias, y dejándolos dormir tranquilos en el letargo de su tibieza. De aquí es que tienen por menudencias los pensamientos, tactos y miradas peligrosas; que cuentan por leves, aversiones, amistades, odios, murmuraciones, actos de ira y detracciones, que puede dudarse si no son mortales; y que desdeñan como impertinentes escrúpulos el grave abandono de sus peculiares cargos, las infracciones de los vo-

tos, y los remordimientos consiguientes. Fórjanse máximas insostenibles, con las que pretenden adormecer su conciencia venciblemente errónea.

Ojalá no nos enseñase la triste experiencia lo demasiado comun que es todo esto, aun en las casas religiosas. Tú por tu parte sondea el fondo de tu alma, y mira si no has experimentado tambien más de una vez esa ausencia de las gracias. Sean ejemplo los santos ejercicios, los dias de retiro y los ejercicios espirituales: ¿no te sientes forzado á confesar que despues de usar mal de esos medios, te han sido retiradas no pocas gracias por tu falta de cooperacion á ellas? Porque Dios deja á los que le dejan. Por lo tanto guárdate no te suceda lo que á otros. Acaso te hallas en situacion de que una serie de gracias destinadas á ti sea transferida á otro más digno que tú. Teme, porque los juicios de Dios son abismo insondable: y si bien el castigo de que hablamos es de todos el más terrible, tambien lo es á la vez ordinario y sobre manera justo.

AFFECTOS.

¡Oh Dios grande y terrible! el temor y el temblor se han apoderado de mí. Temo no me hieras con el rayo mismo que á Saul, diciéndome como á él: porque has despreciado mi intimacion, te he desechado, y en lugar tuyo me he escogido otro hombre á la medida de mi corazon; la serie de dones que te destinaba la he conferido á un prójimo tuyo mejor que tú¹. Tiemblo, no sea que en

¹ Ps. 54, v. 6. — 1 Reg. 15, v. 23; 13, v. 14, 28.

castigo de tan repetido y pertinaz abuso *me sea quitado el reino de Dios, y entregado á otra nacion* (alma) *que lo haga fructificar.* ¿Quién no tiembla de pies á cabeza, al ver en los libros Sagrados sustituyendo en el reino de la gracia Samuel á Helí, David á Saul, S. Matías á Judas? Pues *si tal se hace con el leño verde, ¿qué sucederá al seco?* ¹ Si esto pasa al pontífice, al rey, al apóstol, ¿qué será de mí? ¡Oh deplorable momento, en el que resistí á aquel buen impulso! ¡Oh pérdida de un tesoro inestimable!

¿Quién dará á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar tan criminal desprecio de la Divina bondad? ¡Oh si volviese á divisar las luces que no utilicé! ¡Cómo las aprovecharia con más fidelidad! Indigno soy en verdad, *oh Dios de las misericordias*, hasta de un solo auxilio nuevo de vuestra clemencia. Mas bien sé que *aun en vuestras iras, no olvidais vuestras piedades*, y por eso espero de vuestra benignidad una gracia eficaz que ponga fin á mi pasada tibieza, dando yo principio á vida más santa.

FRUTO.

Sea el de esta meditacion la resolucion generosa del alma de escuchar en adelante con docilidad la voz divina, y cooperar á la gracia actual: 1.º *prontamente* sin la menor demora; 2.º *generosamente*, saltando por cima de todo obstáculo;

¹ Matth. 21, v. 43. —Luc. 23, v. 31.

3.º *constantemente*, sacudiendo toda pereza en lo bien comenzado.

Los *medios* para lograrlo son: 1.º Frecuentemente; y más al concluir la meditacion, despues de la sagrada Comunion, y al visitar al Santísimo Sacramento, reflexiona qué es lo que principalmente quiere el Señor que hagas ú omitas, indicándotelo por medio de repetidas inspiraciones. Porejemplo, cuál es el apetito que debes dominar, cuál el sacrificio que le debes ofrecer, qué vicio combatir, qué virtud debes practicar con preferencia? 2.º Entrégate al recogimiento y tranquilidad del alma entre pocos; porque en medio del tumulto del corazon turbado ó disipado, difícilmente se deja oír la voz de la divina gracia.

DIA SEGUNDO.

Despejado el camino de las virtudes sólidas de sus más embarazosos obstáculos, deben adoptarse los más competentes auxilios ó *medios* de consolidarla, entre los cuáles parecen descollar la perfeccion de las obras ordinarias, el recogimiento continuo, el uso diligente del exámen particular, y la oracion ferviente ó meditacion diaria. Estas son las *cuatro ruedas*, sobre las que el alma puede sin dificultad ser transportada á la cumbre de la perfeccion, *por quanto en ellas se agita el espíritu de vida*. Valerse de ellas vista su eficacia, es lo que conviene aprender en este segundo dia, que por esta razon se consagra á la llamada *via iluminativa*.

MEDITACION I.

ESTÍMULOS PARA PRACTICAR CON PERFECCION
LAS OBRAS DIARIAS.

—

Punto ó estímulo 1.º Pérdida de gracias. La vida de los mortales no es otra cosa que una cadena formada por los actos y sucesos diarios, los cuales, si se practican con la debida perfeccion, serán virtuosos. Así nuestra vida toda vendrá á estar constituida por una dorada cadena de virtudes recíprocamente eslabonadas, con sólo que procuremos obrar siempre en conformidad con nuestros deberes y verdaderos intereses. Siendo cierto, segun el Concilio Tridentino, que á cada acto de virtud ejercido por el Justo corresponde un grado de gracia santificante, y á cada uno de estos otro de gloria eterna en el cielo; síguese que las obras diarias ejecutadas con rectitud son eslabones de una cadena de oro, compuesta de innumerables grados de gracia en esta vida, y de gloria despues en la futura. El dia que ménos, se practican veinte ó más acciones diversas, que al cabo de la semana suman no ménos de ciento cuarenta, y ascienden al mes á unas seiscientas y veinte. Pues si todas ellas las hiciésemos bien, ganaríamos cada mes por lo ménos seiscientos veinte grados de gracia y á su tiempo de gloria.

Pero un solo grado de gracia y de gloria es de tan inapreciable valor, que por lograrlo sufrirían gustosos los demonios millares de veces to-

dos los suplicios del infierno; y si los moradores celestiales estuvieran en estado de padecer, llorarian con llanto perdurable la privacion de un solo grado de gloria. Pero nosotros en nuestra perversa obcecacion, ni siquiera echamos de ver esta ganancia que perdemos, el irreparable cuanto valioso dispendio de tantos grados de gracia y de gloria. ¡Mas cuán de otro modo la apreciaremos en el trance de la muerte, y sobre todo al vernos en el divino tribunal para ser juzgados!

Por consiguiente, ¡oh alma creada para el cielo! concentra tu consideracion, y piensa en la magnitud del lucro á que renuncias. Si aprovechas bien esta meditacion (lo propio debes pensar de las demas, de que actualmente te ocupas), contemplarás á Dios eternamente con un grado más de claridad, y te deleitarás eternamente en su amor con otro grado más de intensidad; y por el contrario si la haces con negligente frialdad, verás la hermosura infinita con un grado ménos de luz, y amarás aquella inmensa bondad amabilísima con un grado ménos de amor, mientras Dios fuere Dios, perdiendo así una doble eternidad de mayor dicha en el cielo; y todo por una necia desidia tan fácil de desechar. No, no merece el cielo quien no deplora tal pérdida.

¡Duélome, Dios y Criador mio! Ay de mí, que con tanto descuido he practicado las obras del dia, renunciando por lo mismo á una eternidad de más perfecta felicidad. He desperdiciado la ocasion de contemplarte más claramente por toda una eternidad, ¡oh Belleza Soberana! de amarte con más efusion, ¡oh Amor incomparable! y la he perdido por una nonada.

Punto ó estímulo 2.º Daños que me resultan. El

primer daño que se origina de la descuidada práctica de las obras ordinarias es el de una *muerte* más infausta. Cuánto no atormentará al moribundo, al verse ya al borde de la eternidad, esta idea: he sido Religioso, y como tal estaba en grave obligacion de aspirar á la perfeccion conforme á mi estado; para ello disponia del medio más fácil y eficaz, cual era la diligencia en hacer bien las obras comunes de cada dia; por cuanto este cuidado es á juicio de los varones espirituales el camino más breve, llano y seguro para llegar á la perfeccion. Lo sabia, y no lo hice así. Pude haber vivido santamente, y tan fácilmente pude que me hubiera bastado lanzar de mí el abandono habitual, observar las reglas prescritas para hacerlo todo bien, y renovar con frecuencia la pureza de intencion. Todo esto lo hubiera conseguido haciendo no otras cosas, sino las mismas de otro modo. Y ahora me resulta que por las mismas acciones que practiqué, merezco aumento de penas en el purgatorio, siendo así que violentándome un poco, habria ganado por ellas el trono altísimo de gloria que ocupan ya muchos otros compañeros míos. Otros han hecho lo mismo que yo; animado con su ejemplo, me propuse imitarlos y hasta lo emprendí. ¡Ojalá hubiese continuado! Pero desistí á impulsos de una inconstancia pueril, con desprecio de aquella elevada perfeccion, á que me habia llamado Dios.

Bien recuerdo las aflicciones y disgustos que se me ofrecieron durante la vida en las obras ordinarias. Qué tedios, qué molestias, cuántas dificultades me era preciso superar, ¡y cuán grande gloria en el cielo he podido por ello merecer! Mas, ¡oh locura fatal! trabajando dia y

noche, esforzándome y sudando *me he fatigado en vano*; y sin mérito, me he afanado, agotado mis fuerzas, gastado mi salud, abreviado mi vida, y en vez de recompensas sólo he acumulado deudas para con Dios justiciero y vengador.

Tales sentimientos acongojarán al moribundo que haya obrado atropellada y negligentemente. Guárdate, por lo tanto, no te halles tú en aquel trance, forzado á clamar: ¡ay de mí! poco bueno he hecho, y aun esto ménos bien. Mi vida toda no era otra cosa que una cadena de imperfecciones y defectos, con la que los demonios tratarán de presentarme amarrado ante el divino Juez.

Otro daño es el *juicio más rígido*. Al morir, no llevaremos otra compañía que nuestras obras *al tribunal de Cristo, donde cada uno presentará sus propios hechos, buenos ó malos, segun hayan sido*¹. No se nos preguntará allí el papel noble ú oscuro que hemos desempeñado en este teatro del mundo, sino ¿cómo? Ni qué cargos brillantes ó humildes, sino ¿con qué puntualidad y celo? Ni si hemos ejercido cómodamente nuestros respectivos ministerios, sino ¿cuán santamente nos hemos conducido en ellos? Es decir, que nuestra conducta diaria será el objeto principal de aquel interrogatorio. Como que *el Hijo del hombre galardinará á cada uno conforme á sus obras*², á ti tambien como á todos.

¡Oh alma! qué sentirás entónces, cuando en vista de lo defectuoso de tus obras te diga el

¹ 2 Cor. 5, v. 10.

² Matth. 16, v. 27.

Juez Soberano: te llamé á gran santidad; te puse á la mano el medio más facil de obtenerla, que consistia en hacer bien lo bueno que de uno ú otro modo harias. *Eres pues inexcusable, ¡oh hombre!* porque, desentendiéndote de esa facilidad para ser perfecto, has aglomerado culpas y penas con aquellos mismos ejercicios con que podias haberte enriquecido de méritos y recompensas: porque con mayor cuidado tenias los recreos que la oracion, el estudio que los ministerios; porque con esmero más solícito sirven al mundo los seglares por una retribucion insignificante, que has servido tú al supremo Dios, mediando un cielo en pago. Dí: ¿qué contestarás á estas justas reconvenciones?

¡Oh Dios, que penetras los corazones y las entrañas! ¡Qué diré entónces, miserable de mí! No podré responder á uno de mil cargos, y si intentára justificarme, mis obras me condenarian. Mas ya me arrepiento..... y pues prometo obrar más santamente, perdóname mis atrasos ántes que llegue el dia de la cuenta.

El tercer daño es la *mayor y más prolija pena*. ¿Cuál será tu consternacion cuando, acabada la residencia, sepas haber merecido tormentos en lugar de mercedes al cabo de tantos afanes; y que tus acciones, de que más de una vez te engreias, anteponiéndote á otros, no eran, por lo malamente ejecutadas, otra cosa á los ojos de Dios que paja destinada á avivar el fuego de tu expiacion? El trabajo y el dolor son dos quicios sobre los cuáles gira la vida entera. ¡Cuán triste es, trabajando, sudando todo el dia, no acopiar otra cosa que leña y heno para fomentar las llamas del purgatorio! ¡Cuán deplorable, apuradas acá en la tierra tantas miserias, harto livianas, no ha-

ber logrado al fin de ellas sino el purgatorio; y eso por la negligencia en desempeñar bien las ocupaciones acostumbradas, siendo tan fácil evitarlo! Y no obstante, ¿no incurres tú con harta frecuencia en semejante insensatez?

¡Oh desventurado! ¿Qué sentirás al entrar en aquella cárcel? ¿Cuando te veas cercado de fuego, tinieblas y tormentos, por aquello mismo con que hubieras debido, y aun podido á bien poca costa, granjearte los goces del cielo, en lugar de las voraces llamas? Dí ¿cómo desearás entonces haber obrado?.... Más tarde y sin fruto mudarás de propósitos: ahora, si tienes juicio, cuando es aún tiempo aceptable, mientras te quedan dias de salud, mira solícito por tu porvenir. ¡Oh si fuera dado á una alma del purgatorio volver á la vida, con qué puntualidad ajustaría su conducta diaria! Pues serás loco, cruel para contigo mismo, no haciendo lo que aquella haria, porque de otro modo llorarás amargamente alguna vez en aquellas terribles prisiones, cual ahora lo hace ella.

AFECTOS.

¡Oh Dios de las virtudes! Tambien yo con el Santo Job *recelo de todas mis acciones*¹. *Nada son mis dias: deslizaronse y no vieron el bien; se han disipado en el vacío.* Al cabo de tantos años

¹ Job. 9, v. 28.

de vida *ningun indicio de virtud puedo ostentar, consumido en mi malignidad. Pensamientos vanos mis pensamientos, obras estériles las mias: mi alma está vacía, nada encuentro en mis manos. En vano he trabajado, y sin utilidad he agotado mi fortaleza. Pasé fatigándome las noches y meses enteros vanamente sin merecer, y para acarrearne castigos; ya se me viene encima á toda prisa aquella sombría noche de inaccion, en la que nadie podrá trabajar*¹, ni habrá ya tiempo de recoger las ganancias, y sustraerse á los daños hasta entónces recibidos. Mas ya sonrojado y confuso me arrepiento.....

¡Oh Señor! *cuyas obras son todas del todo perfectas, concededme que en lo sucesivo haga yo bien hechas las obras ordinarias, con intencion recta y fervor sincero. Os pertenezco por mil conceptos, pues desde el seno materno me formasteis para siervo vuestro*². Maldita toda accion que proceda de otro origen que del deseo de agradaros. Antes se paralice mi lengua, se sequen mis manos, y divague mi mente enajenada, que en adelante haga, hable ó piense algo, cuyo principio y fin no seais Vos. Y siendo execrable hacer mal y con descuido lo que á vuestra suprema Soberanía se endereza, poneos como sello sobre mi corazon, para que os sirva desde hoy con sinceridad; cual sello sobre mi brazo, para que ejecute con fervor mis obras diarias³.

¹ Job. 9, v. 25.—Sap. 5, v. 13.—Isai. 59, v. 6 y 7; 29, v. 8.—Salm. 7, v. 6.—Isai. 49, v. 4.—Job. 7, v. 3.—S. Juan 9, v. 4.

² Isai. 49, v. 5.

³ Cant. 8, v. 6.

FRUTO.

—

Cífrese en el constante esmero en hacer bien las obras del día, teniendo presente el estado y ministerio propios, y tres condiciones necesarias para hacer *bien* las obras *buenas*, á saber: 1.^a *intencion* pura; 2.^a *fervor* constante; 3.^a *oportunidad* en cuanto al *tiempo* asignado. De este modo haremos lo que Dios quiere, cómo y cuando quiere que lo hagamos; en lo cuál consiste lo esencial de la perfeccion.

Los *medios* de conseguirlo redúcense á estos cuatro principales: 1.º Entresacar de los autores más recomendados el método de hacer las obras de cada dia por su orden de preferencia y sucesion, con arreglo á los principios de la perfeccion. 2.º Observar con estricta puntualidad el orden diario una vez adoptado, haciendo cada cosa del modo, en el tiempo y con el orden prefijados; pues lo que se hace con orden, se hace ordenadamente. 3.º Despues de cada distribucion ú ocupacion algo notable ó de alguna duracion, haz ligera reflexion á modo de exámen, fijándote exclusivamente en las imperfecciones cometidas al realizarla, seguida de un breve acto de contricion y propósito de la enmienda. 4.º Supon al empezar tú cada obra, y mientras dura la misma, que será la última de la vida.

CONSIDERACION

SOBRE EL RECOGIMIENTO DEL ALMA.

Punto I.

Males del alma disipada. Si alguno no permaneciere en mí, será lanzado fuera como un sarmiento, y se secará, y lo echarán al fuego, y arderá. Estas palabras especifican tres males anejos á la disipacion del espíritu. El primero es la grave imposibilidad de entrar dentro de sí: será arrojado fuera. A la manera que el sarmiento desgajado de la vid es sacado de la viña por mano del cosechero, y despreciado, sin traza alguna de volver á ser incorporado á la cepa; asimismo el alma distraida en exterioridades importunas se ve apartada por el celestial Padre de familias del seno de su Providencia peculiar, siendo despues muy difícil que le acoja nuevamente en su gremio paternal. Nada es de admirar que así suceda; porque el alma en tal situacion, presente rara vez á sí misma, y más rara vez en presencia de Dios, ciega á toda ilustracion, sorda á toda mocion santa, rebelde á la gracia, entregada á las cosas terrenas, llega á embrutecerse y hacerse carnal; no piensa sino en vanidades, no gusta sino de lo terreno, no apetece sino lo que halaga á los sentidos. Su memoria es como un camino público ó plaza, cuyo tránsito está franco á toda clase de pensamientos y representaciones.

Su inteligencia, como casa abierta, y sin puertas ni ventanas, cuyo acceso y entrada está libre á toda tentacion, á los amores más absurdos, y á las más descabelladas ideas. Su voluntad como pelota, lanzada á una y otra parte sin la menor resistencia, por las pasiones y caprichos de todo género que en tumulto la agitan. En fin, sus meditaciones, el rezo del oficio divino, el santo sacrificio de la Misa, las Comuniones, los exámenes, las confesiones, son no más que un enjambre de distracciones, sentina de faltas, y mero amodorramiento: de aquí es que, llena de imperfecciones, siempre á merced de diabólicas asechanzas, se ve continuamente arrastrada á ocasiones próximas de caer en pecado mortal.

Reconoce á veces la infeliz su calamitosa situacion: cansada en los senderos de la sensualidad, aburrida de las criaturas, y fastidiada, desea recogerse; mas como esto no está á su alcance sin especial auxilio, y Dios ó se lo niega ó se lo difiere ordinariamente en su justo cuanto severo enojo, desechada del mundo, repelida del cielo, y disgustada hasta de sí misma por el estado turbulento de su conciencia, encuéntrase horrible pero justísimamente desterrada de su propio corazon, *lanzada fuera*. He aquí cuán perniciosa es esta disipacion.

El *segundo* mal es la *aridez* y obcecacion, acompañadas de sensible aversion á todo lo piadoso: *se secará*. Como se seca el pámpano separado de la cepa, así aridece y se agosta por completo el alma desviada de Cristo, vid mística, á causa de su disipacion. Los más tiernos misterios de la fe, las delicias eucarísticas, el mismo refrigerante y deleitoso rocío de la oracion, déjanla seca. Ni el cielo tiene para ella atractivos, ni la

amedrenta el infierno, ni el tribunal divino la intranquiliza. Medita en las verdades eternas, capaces de conmover corazones de roca, y lee sin sentido ni emoción; insensible del todo á lo celestial, flexible á lo terreno, no halla en sí más que oscuridad en la mente, sequedad en el corazón, tumulto de apetitos en el ánimo, punzadas en la conciencia dilacerada por su misma dejadez, y en todo la más absoluta soledad, el aislamiento total de sí propia: *se secará.*

El *tercer* mal es la multiplicidad del *castigo* reservado al alma disipada. Segun S. Agustin, *una de dos cosas convienen al sarmiento; ó la vida ó el fuego. Si no está en la vida, en el fuego debe hallarse.* Esto es: el alma ó está adherida á Dios por el recogimiento, ó ardiendo en llamas de tentaciones, tribulaciones y purgatorio. 1.º Hervor de *tentaciones*. Pensamientos impertinentes, representaciones obscenas, apetitos indómitos discurrirán por su ánimo, cual se propagan las chispas en seco cañaveras. Ya le abrasa la envidia, ya le inflama la sensualidad, ó bien arde en ira, luego *amontonará sobre su cabeza las ascuas incendiarias* de murmuraciones y detracciones: *arderá.*

Será arrojada en un horno de variadas *aflicciones*. Sucede al alma disipada lo que á la avispa, que, abandonada su guarida revolotea desatentada en derredor de su morada, chocando acá y allá sin cesar y con inútil violencia. De aquí proviene que, ofendida por los dicterios de otros, desairada con aspereza, vilipendiada por las injurias, cae malparada en la tristeza, melancolía y displicencia, saturándose de hiel allí donde intentaba saciarse de miel: *arderá.*

3.º En fin, será arrojada al *fuego del purgato-*

rio, para sufrir horrendos y prolijos suplicios. Como su proceder ordinario no es, por la negligente guarda de los sentidos, sino leña atizadora de aquellas expiadoras llamas, se abrasará como la encina, cuyas hojas se han incendiado: como arde la estopa; sin que de allí salga hasta haber pagado el postrer maravedí: arderá.

¡Oh Dios inmenso! *En ti vivimos, nos movemos y existimos. Tú observas los pasos todos de cada cual; no hay instante en que no me tengas presente con benévolo afecto; y yo dejo pasar dias enteros sin acordarme de ti y de tu presencia: mas duélome de ello. Desde ahora, si me olvidáre de Ti, sea dada al olvido mi diestra; quede mi lengua pegada á mis fauces, si no me acordáre de Ti*⁴.

Punto II.

Bienes del recogimiento de espíritu. 1.º El recogimiento del alma nos libra de muchas ofensas de Dios, y de graves disgustos. Este solo pensamiento: *Dios me está mirando*, es freno efficacísimo para retraer á cualquiera de todo pecado. Y como el recogimiento del ánimo consiste principalmente en esta consideracion, ó bien en la constante idea de la continua presencia del Señor en todas partes, claro está que por ella se halla el hombre libre de no pocos pecados. Por otra parte, permanecer en el aposento, guardar silencio, y no andar en busca de noticias, diversiones y

⁴ Ps. 130, v. 5 y 6.

ocupaciones demasiado distractivas, que son los tres elementos esenciales del recogimiento, preservan al alma de infinidad de tedios, pesadumbres, molestias y aflicciones, consecuencias ordinarias del desprecio de aquellos, y del trato demasiado expansivo con los demas. Porque allí donde haya hombres, habrá vicios; donde se suelta la lengua, resultarán heridas en las almas, cuyos efectos se experimentan por fin al recogerse de nuevo dentro de sí mismo, y á su vivienda, sintiéndose el ánimo turbado, triste y afligido. Cierto es por consiguiente que el recogimiento nos preserva y exime de muchísimos disgustos, molestias y pesares, así como de no pocos pecados.

2.º Es medio segurísimo para adquirir en poco tiempo muy elevada santidad. La perfeccion consiste en el esmerado desempeño de las obras cotidianas; pues practicándolas bien hacemos lo que Dios quiere, y del modo que lo quiere. ¿Y qué cosa hay más conducente y ventajosa al intento, y que más hábiles y dispuestos nos haga, que el recogimiento del ánimo, cifrado en la plena y constante atencion á la presencia del Juez supremo, *de quien habrá de recibir cada cuál premio ó castigo, segun se haya conducido bien ó mal?* ¹ Por otra parte, sin ese requisito nadie ha llegado ni llegará jamas á la perfeccion. Y cuanto más solícito fuere uno en esto, tanto más se santificará; porque siendo, en sentir de los SS. Padres, el retiro del corazon madre y nodriza de las virtudes, ninguna se obtendrá sin

¹ 2 Cor. 5, v. 10.

él en alto grado, ni podrá conservarse sino en esa especie de soledad doméstica.

3.º Es en cierto modo cielo en la tierra; puesto que el alma recogida vive en la tierra ocupada en lo mismo que los Bienaventurados ejercitan en el cielo, contemplando y amando incessantemente á Dios; y como los Santos en sus mansiones celestiales, igualmente esa alma, engolfada en anticipada felicidad, exenta de cuidados y temores, se siente inundada como en un dichoso piélago de delicias. Tranquilidad, consuelos, fervor, alegría, confianza y seguridad plena, vienen á constituir una parte de su herencia. Finalmente, así como los Angeles enviados á la tierra por el Altísimo traen consigo en este su propia bienaventuranza; del propio modo esa alma, aunque ocupada en sus faenas, lleva siempre consigo el cielo, contemplando y amando á Dios sin interrupcion.

4.º Es manantial de señaladísimas gracias. De ahí proviene al alma cierta union, inefable familiaridad, é íntima comunicacion con Dios, cuyas delicias y excelencias nadie sin haberlas gustado las puede apreciar. Nace de ahí el secreto testimonio y voz interior del Espíritu Santo, que ratifica al alma en su consoladora seguridad del perdon de sus pecados, de la benevolencia del Señor para con ella, y de su estado de gracia y amistad con Dios; va seguido tan dulce testimonio de reposo y consuelo inexplicables, y de un regocijo espiritual parecido al de los ángeles. Emanan asimismo de esa quietud asombrosa facilidad, generosa prontitud, denodado entusiasmo en el ejercicio de las virtudes, y nobilísimos deseos del cielo, acompañados de maravillosa aversion á lo terreno, pureza

de conciencia imponderable, que la hace evitar sin esfuerzo hasta la sombra de pecado, con absoluta indiferencia para todo, que no la consiente ambicionar ni temer cosa ninguna.

Al recogimiento del alma van adjuntos innumerables impulsos celestiales, continuas ilustraciones, sublimes manifestaciones de las verdades eternas, á la vez que el perpétuo magisterio del Espíritu Santo, que le disipa sus dudas, le revela lo desconocido, le enseña lo que debe hacer, le indica los escollos, y la nutre y protege como la madre al hijo que lleva en su seno. Es el recogimiento espiritual antídoto contra el pecado y el tedio, origen de ilustraciones interiores, centro de confluencia de piadosos deseos, canal de la gracia, jardín donde gusta descansar Jesucristo, madre de la santidad, sosten de la paz interior, y paraíso de deleites sobrehumanos.

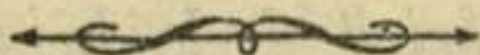
¡Oh dichosa soledad! *eres en verdad para los hombres tesoro inexhausto.* ¡Cuán prudente es quien todo lo da, y nada omite por poseerte! ¡Cuán necio el que de tal bien no se cuida mientras vive! ¡Cuán insensato he sido yo, cuando huyendo de mi corazón he vagado libremente fuera de mí por las cosas criadas! Mas ya, reconocido y *transformado, buscaré á Dios con mayor ahinco del que puse en divagar léjos de él.* A este fin edificaré en lo íntimo de mi corazón un aposento en el que, encerrado y muerto al mundo, viviré para solo Dios.

Sea el *fruto* de esta consideracion el ejercicio constante y esmerado de la presencia de Dios, es decir, una no interrumpida y afectuosa atención á la majestad inmensa del Señor presente siempre en nosotros. Y los *medios* de realizarlo, 1.º la guarda del aposento, 2.º el silencio cuidadoso,

3.º evitar las ocupaciones ocasionadas á la disipacion, 4.º frecuentes actos de fe y de amor entre dia, y especialmente al oir el reloj, considerando á Dios íntimamente presente á nosotros, y deseoso de nuestro amor.

EXAMEN.

SOBRE EL EXAMEN PARTICULAR.



Prueba palpable de ser este ejercicio, no ménos que la perfeccion de las obras ordinarias y el recogimiento del espíritu, uno de los recursos más eficaces para consolidar la virtud, es su indisputable utilidad; como que constituye el remedio más provechoso contra todos los vicios, y para adquirir las virtudes. Esta es la razon porque con unánime energía recomiendan su práctica los SS. Padres y los Doctores ascéticos, no solo á los principiantes, sino tambien á los aprovechados.

I. Así pues, examínate acerca de esta *materia*, esto es, si haces objeto del exámen los que deben serlo; cuales son: 1.º Tu pasion dominante; el defecto en que más comunmente incurres, el que como raíz da origen á muchos otros, el que más directamente se opone á tu mayor perfeccion, y el que en fin te expone más á caer en pecado mortal. 2.º Subsano todo esto, el exámen particular deberá versar acerca de tu diligencia en las obras diarias, fervor en la oracion, recogimiento espiritual, y pureza de intencion, cuidando de que todo esto vaya ajustado á la norma de la santidad. 3.º En seguida debes consagrarte sin.

gularmente á la adquisicion de aquella virtud, de que más careces, que las circunstancias te presentan como la más necesaria ó ventajosa en la actualidad ó en el tiempo venidero. 4.º Debes combatir con preferencia aquella falta tuya que juzgues ofende más á los prójimos, ó que mayor incomodidad, y acaso escándalo les ocasiona. Cuida sin embargo de no ocupar todo el tiempo y de un modo exclusivo en la solícita correccion de esta clase de vicios exteriores. Porque estando escrito que *la gloria! de la hija del Rey* (el alma) *procede toda de adentro*, tu más decidido empeño debe encaminarse á arreglar á la norma inflexible de la perfeccion los movimientos interiores de tu ánimo, domando con rienda inexorable tus rebeldes apetitos. ¿Te sientes resuelto á observar todo esto en lo sucesivo?

Para mayor seguridad respecto á esto, será bien anotes cuidadosamente los siguientes documentos que son muy importantes. 1.º Ante todo has de estudiar con empeño cuál es en ti la raíz del mal, y dedicar de lleno tu conato á su definitiva extirpacion. 2.º Este exámen debe concretarse á *una sola cosa*, y aun este único vicio, cuyo exterminio te propongas, no lo has de combatir todo en globo, sino haciendo de él una especie de diseccion en partes ó grados. 3.º El objeto de este ejercicio no debe cambiarse fácilmente. Yerran los que con inconstancia saltan de un vicio á otro para tomarlo por materia del exámen. Podrá ser conveniente alguna vez interrumpir el asunto de este exámen por breve espacio, segun la diversidad de circunstancias y disposicion de la persona, y conmutarlo con otro para aliviar el cansancio; pero de modo que despues de algunas semanas se vuelva de nuevo á

lo aplazado, atacando con nuevos bríos y rudo denuevo al enemigo capital.

II. Examínate ademas acerca de la *práctica* de este ejercicio, que comprende los puntos siguientes. 1.º Debe empezarse este combate espiritual por el propósito resuelto é inquebrantable de la enmienda, formándolo por la mañana, y renovándolo al medio dia. Es de notar que esta resolucion no ha de abarcar todo el tiempo de la vida, no sea que desmayemos teniendo que vernos por varios años; debe limitarse á medio dia: con lo cuál nos estimulará más y más á la constancia en el bien comenzado la misma brevedad del plazo.

2. Te conviene renovar de cuándo en cuándo entre dia el recuerdo, y excitarte á guardar con esmero el propósito, buscando ocasiones de efectuarlo, precaviendo los peligros, é implorando el auxilio divino; y si por desgracia lo quebrantares alguna vez, arrepiéntete de ello, poniendo la mano en el pecho sin que otros lo adviertan.

3.º Debes hacer este exámen dos veces al dia, hácia su mitad, y ántes de acostarte, mirando las veces que has faltado, concibiendo pesar de ellas, renovando la promesa de enmendarte, y anotando las faltas en un libro. Esta industria tiene por objeto comparar las faltas de la tarde con las de la mañana, el dia presente con el anterior, y cada semana con la precedente; y colegir los adelantos obtenidos, ó si por el contrario persistes miserablemente en los mismos vicios ó imperfecciones. Examina con qué puntualidad usas de medio tan eficaz, y cómo te propones utilizarlo en adelante.

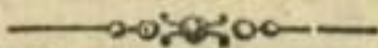
III. ¡Cuán estrecha cuenta se te ha de exigir algun dia en el supremo tribunal, del uso estéril ó

fructuoso de este ejercicio! Alzaránse contra ti del Oriente y del Occidente, y de los más remotos confines de las Indias, tantos mercaderes y aventureros, católicos ó infieles, con sus libros de fondo llenos de anotaciones, en los que dia por dia han consignado con minuciosas circunstancias sus ganancias y pérdidas, echándote en cara tu desidia en el negocio trascendental de tu alma. Se levantarán tantos y tantos dichosos moradores del cielo, los cuáles, por medio del exámen particular, lograron elevarse á tan alto grado de santidad y de gloria; y quedarás avergonzado por tu descuido en imitarlos. ¡Ay de ti! ¿Cuál no será tu confusion, cuando veas que aquellos negociantes se han afanado más por el vil metal que tú por la posesion de Dios? ¿Cuando eches de ver el tiempo que has malgastado escribiendo cosas de poca monta; y que al cabo de tantos años pasados en la Religion, ni de una sola falta te has enmendado, ni has adquirido una sola virtud como fruto de tan ingeniosa práctica? ¿Qué piensas ahora de todo esto? Entra ya en razon, y haz ahora lo que entónces quisieras haber hecho.

¡Oh Señor! *Bórrese ya, no se compute entre los dias del año, aquel en que desde hoy descuidare yo el examen. Tenebroso huracan arrebate, envolviéndola en amarguras, la noche en cuyas primeras horas deje de anotar mis faltas. Tinieblas encubran la semana, y densa oscuridad sombría y de muerte oculten el mes, en que dejare de comparar mis faltas. Ningun dia transcurrirá desde el presente, sin que deje yo de hacer bien el exámen particular.*

MEDITACION II.

DEL FERVOR EN LA ORACION.



Punto I.



Perjuicios del descuido en la oracion. El primero es el ningun progreso en la virtud. Cual es cada uno en la oracion, tal en la perfeccion: donde hay poco fervor en aquella, allí es pequeño, ó más bien, nulo el aprovechamiento espiritual. Por eso S. Juan Clímaco solia medir el éxito de cada dia por el de la oracion de la mañana, y con razon. Así como la oracion fervorosa da por resultado cierta presteza en el bien obrar, á la vez que procura la paz interior, que se echa de ver en todas las obras del dia, perfeccionándolas, excitando al alma á la santidad con suave impulso; así, por el contrario, son efectos propios de la meditacion tibia, el desvío de las cosas divinas, la languidez, el derramamiento al exterior, la ceguedad, inquietud y sequedad de espíritu. Con esta los buenos propósitos se frustran, brotan las malas inclinaciones, las tentaciones arrecian, y el edificio comenzado de la perfeccion no sólo se interrumpe, sino que desmantelado se viene á tierra; de modo que, por la tibieza se retrocede más en el buen camino en solo un dia, que se habia avanzado en algunos meses de constancia y de fervor. No sin razon asegura S. Juan Crisóstomo: Si veo á un Religioso remiso en la ora-

cion, conjeturo que su alma está revestida de muy imperfecta virtud, y adornada de muy contados dones de Dios ¹. Así es, que en vano pretenderá alguno progresar por otros medios ó industrias. Quien no dé á la oracion la preferencia entre todos los demas, nada aprovechará, como lo acredita la experiencia. Al esmero en orar bien corresponderá siempre el aprovechamiento en la vida espiritual. Si poco ó nada adelanto en la virtud, es porque ó no tengo oracion, ó la hago con negligencia y frialdad. *Mi espíritu ha decaído, porque le ha faltado el maná.* Haced, Señor, que todos los dias con el debido fervor se abran temprano á ti mis ojos, para meditar tus palabras.

El segundo perjuicio es el *ningun fruto en las almas*. Aun cuando uno estuviese dotado de las más eminentes prendas naturales, si no es fervorosa su oracion, será como bronce que suena, ó címbalo tañido, de quien puede decirse aquello de voz y nada más, que sólo produce vano ruido. Hermoso órgano por cierto, pero sin fruto por falta de espíritu. Para que un instrumento funcione bien, necesita de la mano del artista: así la pluma perfectamente cortada no trazará letra alguna sino manejada por el pendolista. Nosotros somos *auxiliares de Dios*, instrumentos elegidos para procurar la salvacion de las almas. La meditacion es la aplicacion de nuestro mecanismo á la mano de Dios: quien de esta no se cuide, no es posible funcione con éxito en tan arduo ministerio. Por más que alguno de los oyentes se sienta de repente conmovido, esto no

¹ Lib. I, de orando Deum.

será debido al orador, sino fruto de la oracion de otro. No hallaremos una sola persona insigne en la conversion de los pecadores, que no haya sido señalada en la oracion. Por la misma razon es hoy tan mezquino el fruto que se hace en las almas, en medio de ser tantos los operarios de la viña del Señor, porque es ménos comun entre ellos el fervor é insistencia en este ejercicio. Declaman mucho, es verdad, pero oran poco, y tibiamente, y no se sigue la correccion de costumbres. Quien quiera ser instrumento útil de la conversion de otros, entréguese con ahinco á la oracion, condicion sin la cuál no obtendrá las gracias necesarias para ello, como enseña Santo Tomás ¹. De aquí no sin razon concluyen los escritores ascéticos, que el predicador celoso más ha de meditar que estudiar. ¡Oh Angel Custodio! ruégote velles porque *arda* más y más *el fuego* de la oracion en el altar de mi corazon, y que yo lo *fomente* con actividad, *avivándolo todos los dias*; á fin de que no ponga óbice con mi execrable desidia en la oracion á la salud de mis prójimos, agravando así temerariamente mi responsabilidad ante el divino Juez.

El tercer perjuicio es el *peligro muy próximo de perder la gracia santificante, y la vocacion religiosa*. Que el religioso indolente en la oracion dista poco de caer en pecados mortales, y deshonrar su santo hábito, es una de aquellas verdades que todos proclaman: los Bienaventurados desde el cielo, los réprobos desde el abismo, los moribundos desde el lecho en que agonizan lo

¹ 2. 2, q. 83, a. 2, C. y hasta el 2.

testifican acordes. La razon es, porque para perseverar en estado de gracia, y en la vocacion religiosa, es necesario auxilio ¹ especial de Dios. La oracion es el acueducto por donde descende á nosotros ese don, y la condicion sin la que no se nos otorga ². Luego faltando la oracion, forzosamente faltará la perseverancia en uno y otra. No hay por qué extrañarlo: la meditacion conserva aquella luz, á cuya claridad ve la inteligencia la gravedad del pecado, la severidad del juicio, los horrores del infierno, representado todo esto con los más vivos colores; y sostiene en actividad la piadosa mocion, con la cuál abraza la voluntad el bien, y se preserva del mal. Apagado este esplendor, no pueden ménos de apoderarse las tinieblas de la mente, y del corazon la frialdad. Dice muy bien el P. Lancicio, que cuantos en la religion caen en algun pecado grave, ó apostatan de su estado, prueban evidentemente haber omitido, cercenado, ó tenido con negligencia la oracion tan sólo por salvar las apariencias. Sírvannos de escarmiento las defecciones ajenas; que, aunque seamos Religiosos, no estamos exentos de caer en culpas mortales, y hasta en la apostasía. Quien aborrece el pecado, ore; ore tambien el que tema faltar á su vocacion; oremos todos sin interrupcion, y con creciente fervor. De otro modo nadie está asegurado de tan enorme desgracia. ¡Oh Dios mio! ¡En qué precipicios me expone á caer mi negligencia en la oracion!..... Mas yo adoro la mano que me sostiene, En adelante *meditaré* diariamente sin intermi-

¹ Conc. Trid., sess. 6, can. 22.

² August., lib. de perfect. justitiæ.

sion, dirigiendo mi oracion como el incienso en tu presencia.

Punto II.

Utilidades de la oracion. Primera: *Preserva de males.* La ignorancia de las cosas celestiales, las falsas máximas, las ideas torpes son gran mal de la inteligencia; los apetitos desordenados, los movimientos de la carne, los embates del infierno lo son de la voluntad; y la meditacion disipa aquellos, y reprime estos, imbuyendo en la mente las verdades eternas, y robusteciendo el ánimo con actos de virtudes. Ademas cura la fatal tibieza que inficiona el alma, aleja el peligro de perder la gracia y la vocacion religiosa, libra al alma de caer en las tentaciones, ahuyenta y desbarata toda esa falanje de calamidades. ¡Cuán severa cuenta habrás de dar si, pudiendo sustraerte á ellas con tan practicable remedio, no lo has aplicado por mera desidia! ¡Oh meditacion! ¡Oh panacéa eficaz contra las dolencias del espíritu! ¡Cuán tarde he aprendido á estimarte! Pero desde ahora tú serás mi primer cuidado, tú la más preciada joya de mi alma.

Segunda: la oracion ferviente proporciona *abundantes gracias.* Ella es cadena celestial, por cuyo medio atraemos á nosotros los dones de Dios: puerta del cielo, por donde somos admitimos á la íntima familiaridad con la Trinidad Beatísima, intimidad que viene á constituir para nosotros un cielo anticipado. ¿Quién podrá explicar las luces intelectuales, la satisfaccion y paz del que se siente inundada el alma consagrada á la

oracion entre los inefables abrazos del divino Esposo? Una sola gota del placer celestial que ella procura, sobrepuja á todos los deleites, en cambio de los cuales renuncias á la oracion.

Tercera. Por último la oracion *perfecciona las almas* de mil maneras admirables. 1.º Santi-
fica á los que á ella se dedican con anhelo: opi-
na S. Juan Crisóstomo que *por ningun otro me-
dio aprovechamos más en santidad que por el ejer-
cicio de la meditacion* ¹. 2.º *Desposa al alma con
el Verbo, pues por ella llega á ser el entendimiento
humano esposo verdadero de la eterna Verdad* ².
3.º Los que se dedican á la oracion son enu-
merados por S. Bernardo entre los moradores
del cielo, á quienes se confia la llave de oro pa-
ra entrar en él, contemplar el corazon de Dios,
y gozar de sus tesoros. 4.º En concepto de San
Juan Clímaco, los tales son casi iguales á los án-
geles; *pues se ocupan en la tierra de lo mismo que
los ángeles en el cielo* ³. No sin razon exclama San
Agustin: *¡qué cosa hay más excelente que la ora-
cion, más útil á nuestra vida, más grata al áni-
mo! ¡Qué cosa más sublime en toda nuestra Reli-
gion?* ⁴

Y con todo eso nada más léjos del ánimo aun
de algunos Religiosos, que el orar mentalmente;
para ninguna otra ocupacion les escasea más el
tiempo que para meditar; ni hay para ellos nego-
cio tan de poca monta, que no dejen por él, ó
abrevien ó atropellen este santo ejercicio. El Exi-

¹ *Hom. de oratione*, sobre aquello del Psalmo 7: *Confitebor*.

² Guill. Avernens. 1. 1, de Euc., sect. 3.

³ Grado 28.

⁴ *Tratado de miseria*, tomo 10.

mio Doctor Suarez hubiera preferido olvidar toda su ciencia á omitir una sola de las siete horas, que diariamente destinaba íntegras á la meditacion. Y nosotros por nada, por mera pereza, por el sueño, abandonamos la hora señalada para la oracion, á pesar de sernos bien notorios los *perjuicios* de su omision, y las *ventajas* que de su esmerada práctica sacaremos, constándonos que ella es la madre de las virtudes, el sosten de la observancia, la más fuerte defensa del alma, derruida la cuál corren grave riesgo la gracia, la vocacion, la salud eterna.

AFECTOS.

¡Insensato de mí! que hastiado de este celestial maná, suspiré por las cebollas de Egipto; que tantos dias y meses he invertido en estudios profanos, con perjuicio de mi salud, y ni una hora he dedicado de véras á adquirir por la meditacion la ciencia de los Santos, robando no pocas veces á Dios aun ese corto rato, para emplearlo en las letras. ¡Oh moradores del cielo! para hablar, pasear, recrearme y dormir, siempre me sobraba tiempo; y nunca me alcanzaba para pensar en la eternidad, en mi alma, en Dios. Para alimentar dos ó más veces al dia este cuerpo corruptible, nunca me faltó tiempo; y para nutrir mi alma inmortal con la santa oracion, aun por un breve rato, ¡cuántas veces no lo encontré! ¡Qué motivos tengo ahora de temer no me falte así la gracia!

La meditacion es para los que la hacen con

diligencia torrente de divinas dulzuras, piélagos de celestiales delicias, paraíso anticipado; y no obstante la he abandonado por soñolencia..... por apego á la comodidad. ¡Oh Dios! *Vos conoceis mi necesidad*, pero desde este momento aborrezco la ciencia que me prive de vuestra luz; y detesto las comodidades y deleites que me roban la paz del corazón, y los consuelos con que regalais á vuestros siervos fieles.

Oh divino Salvador, que en otro tiempo arrojásteis del templo á los compradores y vendedores, que con su tráfico lo profanaban, arrojad con igual celo de mi corazón cuanto pueda turbar en él tan necesaria y útil ocupación; dadme gracia abundante para sobreponerme á la pereza y vencer las distracciones, consiguiendo que mi oración merezca ser ofrecida á vuestra divina Majestad por los ángeles.

FRUTO.

Haz propósito deliberado de no dejar un solo día de orar con reverencia, fervor, puntualidad y exactitud: sea la oración *reverente* en la actitud del cuerpo; *fervorosa* en la atención del ánimo; *puntual y exacta*, empezándola á su debido tiempo, y no dejándola hasta la hora señalada.

Los *medios* de orar bien son: 1.º lectura frecuente, atenta, y guardar con esmero las adiciones. 2.º Hacer con empeño la preparación próxima y remota. 3.º Examinar al fin de la meditación cómo te ha ido en ella, y qué fruto has sacado. 4.º Levantarte de la cama con prontitud,

conforme á aquella intimacion del Eclesiástico:
A la hora de levantarte no te empereces ¹.

DIA TERCERO.

Removidos en el primer dia los principales *obstáculos* de la virtud sólida, y expuestos en el segundo los *medios* más conducentes para robustecerla, réstanos presentar en el tercero los *estímulos* para perfeccionarla, entre los cuales merecen la preferencia los siguientes: *fe* en la excelencia de la virtud sólida; *esperanza* de los bienes á ella anejos; *amor* de Dios, que de nosotros la exige y la merece, juntamente con las propiedades de la caridad. Por donde se ve, que este último dia se consagra á la llamada *via unitiva*.

MEDITACION I.

DE LA FE EN LA EXCELENCIA DE LA VIRTUD SÓLIDA.

Punto I.

La excelencia de la virtud sólida es eminente. Lo enseña así la fe. Tanto vale una cosa, cuanto Dios la estima: y lo que Dios antepone á todo lo demas, es á todas luces preferible á todo. Así pues, ¡oh tierra, tierra, tierra! ¡Oye la voz del

¹ Eccli. 32, v. 13.

Señor! Oye lo que dice de la virtud sólida la verdad infalible: *Esto dice el Señor* por Salomon: *su adquisicion es mejor negocio que el de la plata y el oro; es más preciosa que todas las riquezas juntas; y nada de cuanto suele apetecerse es á ella comparable*¹. Y siendo esto así, todo el oro en su comparacion es arena menuda y lodo. Luego las riquezas se han de tener por nada en su cotejo; y ni la piedra preciosa puede comparársele². Esto enseña la fe.

2.º Pero si es más preciosa que todos los intereses de la tierra, tambien le son muy inferiores los más altos dones naturales. Porque dice el Señor por su Profeta Jeremías: *No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni se gloríe el fuerte en su fortaleza, sino gloríese quien se gloríe en saberme y conocerme*³. Luego el conocimiento práctico de Dios y de sí mismo, en el cuál consiste la virtud, debe sin comparacion ser antepuesto á toda la prudencia de la carne, á toda la ciencia y agudeza del ingenio, á la elocuencia de Ciceron, á la magnificencia regia, á la magnanimidad de los héroes, á todo el vigor de los sentidos y robustez del cuerpo, lo mismo que á los *reinos y tronos*, y á los más encumbrados honores, cetros y coronas del mundo. Así lo enseña la fe.

3.º Hasta los dones de profecía, de lenguas, de milagros, y la ciencia infusa, lo mismo que el conocimiento que los ángeles tienen de todos los arcanos, nada son en el aprecio de Dios, comparados con el mínimo grado de gracia santificante,

¹ Prov. 3, v. 14.

² Sap. 7, v. 9.

³ Jerem. 9, v. 23.

el cuál no es todavía sino el principio de la virtud sólida. Así lo afirma S. Pablo, escribiendo en este sentido á los de Corinto: *si yo hablase las lenguas todas de hombres y de ángeles, y tuviese el don de profecía, y el conocimiento de todos los misterios, y de toda ciencia, y fe bastante á trasportar los montes, pero no tuviese caridad, que es el comienzo y primer grado de perfeccion, de nada me serviría: sería como bronce que suena ó el tañer de campana* ¹.

Sírvanos de testigo Lucifer, quien con todas sus dotes naturales, con toda su fortaleza, inteligencia y astucia, sin virtud y gracia, que no posee, es ahora miserable tizon del infierno. Dios mismo ha querido conservarle esas prendas aun despues de su rebeldía y condenacion, para demostrar al mundo entero cuán en nada estima todo eso la Santísima Trinidad, si no le acompaña la santidad. ¿No es verdad que se conceden alguna vez semejantes dones aun á pecadores abominables, para que sepamos que sin el contrapeso de la virtud, ningun valor tienen en la balanza del Santuario?

En la estimacion del cielo *vale más el humilde campesino, amante de Dios, que el soberbio filósofo, por más que contemple el curso del firmamento, pero sin estudiarse á sí propio* ². Cristo, verdad infalible, ha dicho: *lo que á los hombres parece excelente, es abominacion ante Dios* ³. Así es, ¡oh mortales! Riquezas, honores, ciencia, y todo otro don y prerogativa natural, todo es abominacion

¹ 1. Cor. 13, v. 1 y siguientes.

² Kemp. l. 1, c. 2, n. 1.

³ Luc. 16, v. 15.

en la apreciacion divina; sola la virtud sólida le es sacrificio aceptable.

Punto II.

Enorme contradiccion de nuestra vida con esta fe. La prueba está en nuestro modo de obrar, para lo cuál bastará apuntar algunos hechos. Estamos íntimamente convencidos de que el cuidado de adquirir la virtud sólida es negocio del todo nuestro, único necesario, el mayor, el más interesante; y á pesar de creerlo así, quizá es el único de que no nos ocupamos. La ciencia de los Santos es tesoro de tal naturaleza, que sólo saben apreciarlo de véras los bienaventurados; y nosotros la codiciamos ménos que la humana. Un destello de luz divina, comunicado á un pobre idiota, vale más, sin ponderacion, que saber cuanto se ha escrito, y que toda la ciencia de los ángeles rebeldes. Tanto es así, que de buena gana la darian estos sin vacilar, y con todos los tesoros del mundo, en cambio de un solo rayo de luz con su correspondiente grado de gloria. Qué vergüenza la nuestra si lo creemos, y con todo eso lo postergamos á todo lo demas.

Nos dedicamos frecuentemente dia y noche, aun á expensas de la salud corporal, á estudios, que tal vez no nos serán útiles jamás; y sólo la sabiduría divina nos cansa. Olvidamos la eternidad, disputando sobre el tiempo; investigamos la naturaleza y propiedades de la luz, mientras tenemos el alma en tinieblas; sondeamos la cualidad y la cantidad de los seres, y no nos cuidamos de cuáles y cuánto somos ante Dios. ¿Quién

no lamenta tamaña necesidad? Si *nos dedicásemos con tanto empeño á desarraigat los vicios y sembrar virtudes, como á promover vanas cuestiones, no ocurrieran tantos males y escándalos en el pueblo, ni tanta relajacion en los monasterios*¹. Mas como no pocas veces sucede lo contrario, por eso *muchos se desvanecen en sus pensamientos.*

¿De qué nos aprovecharán en el trance de la muerte todos los conocimientos adquiridos en toda la vida en daño de la perfeccion, con tanto afan y con tantos desvelos y ansiedades? ¿De qué, tantos libros leidos y releidos, tantos trabajos literarios, tantas citas y anotaciones? ¿De qué, repito, sino para llorar entónces con amargo llanto el haber malgastado nuestras fuerzas y recursos, la tranquilidad y la salud, por lograr lo que de nada nos era útil para la salvacion eterna, y despreciando con temeridad lo único que en aquel momento terrible de nuestra agonía podria consolarnos y tranquilizarnos? *Por cierto que, cuando llegue el dia del juicio, no se nos preguntará qué leimos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán santamente hubiéremos vivido*². ¿No es locura premeditar con tanta asiduidad y prevision lo que habremos de oponer á nuestro contrincante, sin meditar en lo que deberemos responder al divino Juez, en aquel tremendo dia de las justicias del Señor?

¡Miserable de ti! si te fuera dado apropiarte la ciencia extraordinaria de Salomon con todas sus riquezas, y su regia dignidad y poderío, á expensas de un solo grado de virtud, ¿trocarías

¹ Kempis l. 1, cap. 3.

² Kempis l. 1, cap. 3.

esta joya inestimable por lo que nada vale en su comparacion? Desprecias innumerables grados de perfeccion, á cambio de un átomo de ciencia vana é inútil, empleando en esto un tiempo precioso. ¡Oh cielos, *por alcanzar alguna dignidad se llevan á cabo largos viajes; y por adquirir la perfeccion apénas se da un paso: por una moneda se entabla y sustancia á veces un molesto pleito, y por la virtud sólida no se quiere pasar unos instantes de fatiga.* ¡Discordancia verdaderamente enorme entre nuestra fe y nuestras obras, á pesar de ser cristianos y Religiosos!

AFECTOS.

¡Dios de verdad! creo que es suma la excelencia de la virtud sólida, y que supera con indecibles ventajas á todos los bienes de talento y de fortuna. Creo que vale incomparablemente más la menor centella de ilustracion sobrenatural, que todas las ciencias profanas; un acto de piedad, más que todas las dotes naturales; un destello de gracia apénas perceptible, que todos los caudales de la tierra; el ínfimo grado de gloria, más que todas las honras del mundo. Lo creo firmemente, y sin asomo de duda, porque Vos, Verdad infinita, nos lo habeis así revelado. Pero *ayudad mi incredulidad;* bien veis desde el cielo, y una triste experiencia lo hace harto notorio, cuán fácilmente vacilo al reducir á la práctica mi fe.

Tambien yo soy del número de aquellos, cuya norma de vida no es otra cosa que incesante

contradiccion con sus creencias; pues creen en la excelencia sobre toda ponderacion de la virtud sólida respecto de todos los bienes naturales, y creyéndolo, la postergan á todo. ¡Cuál no será mi espanto, cuando con aspecto severo me diga el Juez supremo: *por tu propia boca te juzgo, siervo malvado: he aquí tu fe..... y tu vida!*

¡Oh, Señor! Dignaos concederme que lo que protesta la lengua, eso mismo manifieste mi vida en mis costumbres. No permitais que los dogmas que profeso en órden á la excelencia de la virtud, vivan en mí inficionados por una conducta á ellos opuesta. Libradme de que esta mi fe acerca de la virtud sólida sea para mí piedra de molino colgada al cuello, con cuyo peso me vea sumergido en el abismo del infierno, ó por lo ménos en el purgatorio.

FRUTO.

Resolucion invariable de poner por obra la importantísima regla que da S. Ignacio á sus hijos, *que todos se den á las virtudes sólidas y perfectas, y á las cosas espirituales, y hagan de ellas más caudal que de las ciencias y otros dones naturales y humanos, porque aquellas interiores son las que han de dar eficacia á estos exteriores, para el fin que se pretende. (Regla 16.^a del Sumario.)*

Los medios de realizarlo son: 1.^o Frecuentes actos de fe en esta verdad práctica de nuestra religion: *Creo que la virtud sólida es de mayor interes que la ciencia y demas dotes naturales.*

*Creo que el negocio de la perfeccion es el más importante de todos, el único necesario, el más útil entre todos. Creo que todo es vanidad de vanidades, y completa vanidad, excepto el amar á Dios y servirle á él solo. 2.º Otro recurso es el firme propósito, que debe confirmarse de cuándo en cuándo, de hacer las obras diarias y los ejercicios espirituales con *fervor, puntualidad y constancia*; mirar como sagrado el tiempo destinado á estas prácticas piadosas; y suplir con diligencia en la primera ocasion oportuna el tiempo que por cualquiera causa hubiéremos quitado á ellas.*

CONSIDERACION.

SOBRE LA ESPERANZA DE LOS BIENES QUE SE
ALCANZAN POR LA VIRTUD SÓLIDA.

Punto I.

Sólo los que se dan á la perfeccion viven felices: 1.º por los consuelos soberanos que reciben. ¿Quién podrá explicar el consuelo del alma que, unida íntimamente á su Amado por el vínculo de amor, se halla en el caso de exclamar: he encontrado al que ama mi alma? Debiéramos ser como S. Felipe Neri, Santa Teresa ó S. Estanislao, para apreciar tales deleites. Cuán dulces, intensos y frecuentes suelen ser, nos lo testifican los Santos Antonio, Ignacio, y Francisco de Asís, y el Apostólico Javier, y tantos otros, que

se llegaron á ver no pocas veces tan copiosamente inundados de ese torrente de dulzura, que, no pudiendo ya caberles tanto gozo en el corazon, rogaban á Dios moderase sus favores; y declararon con santa sinceridad, que no solamente todos los atractivos del mundo, de la carne y de la sensualidad eran nada en su comparación, sino que los padecimientos, fatigas y penalidades sufridas por muchos años en el ejercicio de la virtud, quedaban todos muy compensados con una sola gotita de aquella dulcedumbre celestial.

2.º Además, las almas consagradas á la virtud gozan de *paz* inalterable, parecida á la de los bienaventurados. Sécanse en ellas las fuentes de turbacion por tener dominados y á raya los dos más poderosos enemigos de la quietud interior, la propia voluntad y el amor propio, origen funesto de los combates interiores, como hartos lo acredita la experiencia. Porque ¿qué promueve en nosotros tan violentas y frecuentes borrascas, sino el suceder lo que no quisiéramos, y no hacerse lo que deseamos, ó sobrevenirnos algo que contraría nuestro apetito de honra, ó irrita nuestra sensibilidad?

Y como el alma virtuosa, despojada de su propia voluntad, no busca sino conformarse con la divina; como ha renunciado gustosa al amor y estimacion de sí misma, y á todo deleite sensual; como su único deseo es no tener ninguno propio, es enteramente dueña de sí misma; vive completamente libre de las dos causas de perturbaciones y angustias, como asegurada en fortaleza inexpugnable.

Como por otra parte nada sucede en el mundo sin voluntad ó permission de Dios, y ella sólo

quiere lo que quiere el mismo Dios, nada la contraría jamas. Busca ser menospreciada y atribulada; y ni los vilipendios la inquietan, ni la mortifican las penalidades. Y por lo mismo que nada ó muy poco desea determinadamente, y aun esto poco lo apetece sin afan, jamas se deja abatir; ni pierde el sosiego por los sucesos contrarios. De aquí es *que aun morando en la tierra vive ya como en el cielo* ¹.

3.º A esto se allega que al alma consagrada á la virtud la alienta, protege y rige una singular *Providencia* divina, pues es indudable que el Señor vela con peculiar afecto por el bienestar de aquellos que con solícito esmero se desvelan por adquirir la perfeccion. Porque si el Padre celestial atiende con tal solícitud aun á los pajaritos, hasta el punto de que sin su voluntad *ni uno de ellos cae en tierra*, ¿cuánto más os defenderá, guiará y regalará á vosotras, almas fieles, á vosotras, á quienes *siempre amó en perpétua caridad*, os retiene unidas á sí, os *lleva escritas en sus manos*, segun aquello del Sabio: *las almas de los justos estan en la mano de Dios?* Ciertamente él os *guarda en el seno*, y os *preserva como á las niñas de sus ojos* ², os quita los lazos de tentaciones, y con tal prevision ordena los acontecimientos, que todo redunde en vuestro bien, incluso alguna vez hasta vuestros mismos pecados. Así sucede que, exentas de cuidados, y blandamente dormidas en el regazo de su divina Providencia, vivís regaladamente reclinadas entre los brazos de su santo amor, como en prenda de la felici-

¹ Chrys. hom. 20 in Matth.

² Matth. 10, v. 29.—Jerem. 31, v. 3.—Isai. 49, v. 16.—Sap. 3, v. 1.—Num. 11, v. 12.—Deut. 32, v. 16.

dad que os aguarda en el cielo. Condicion verdaderamente dichosa es aun acá en el suelo, la de las almas sólidamente piadosas.

4.º Todavía es justo considerar los *carismas* ó dones de que disfrutaban: pues penetran las más recónditas verdades de nuestra Religion con tanta claridad, que aventajan grandemente á los Teólogos más sabios. Las ocho bienaventuranzas, consideradas por algunos como ocho grandes calamidades, son para ellas legítimas causas de felicidad, dignas de ser buscadas con empeño; vuelan por el camino de la perfeccion con ligereza de ángeles, perseverando con impasible imperturbabilidad en las adversidades; todo lo esperan de su confianza en Dios; nada temen, apoyadas en su gracia: y ninguna otra cosa aborrecen sino el pecado. Poseen el don sublime de la contemplacion, estan siempre muy en sí, y con facilidad asombrosa entienden los dogmas revelados, haciéndoseles fácil y llevadero el ejercicio de las virtudes, recibiendo en justa recompensa la comunicacion íntima de Dios, ya que ellas se entregan del todo á El, logrando vivir aun aquí en plena bienaventuranza.

Por cierto, ¡oh Señor! de todas estas mercedes nos vemos privados, por no decidirnos á ser del todo vuestros; nos negais lo celestial, porque no os sacrificamos lo terreno; sois ménos liberal con nosotros, porque somos escasos con Vos: pero ya me avergüenzo de haberme conducido tan groseramente; me acongoja mi abandono tocante al adelantamiento en la perfeccion, por haberla mirado con poco aprecio. La esperanza de los bienes que aun en esta vida van inseparables de la virtud sólida, será desde hoy muy poderoso estímulo para alentarme á conseguirla.

Punto II.

Sólo los amantes de la perfeccion mueren tranquilos: 1.º Porque dejan de penar. El recuerdo mismo de los padecimientos anteriores, de las tentaciones vencidas, de los peligros salvados, inunda de consuelo al alma perfecta, pareciéndole un momento su vida. Todo pasó, exclama regocijada, pasaron las injurias sufridas con resignacion, los desprecios y calumnias; pasaron las asperezas de la carne y mortificacion de los sentidos; los trabajos, las enfermedades y miserias, todo ha concluido. Asimismo hubieran cesado los honores, placeres y comodidades, si me hubiera entregado á ellos, sin que me quedase ahora más que el torcedor de la conciencia. Ahora me gozo de mi asiduidad en adquirir la sólida perfeccion, de no haber practicado el mal que pude, sino el bien que debí. Cuánto me alegro ahora de haber disimulado aquella injuria, sufrido en silencio aquel menosprecio, llevado en paciencia aquella persecucion, afanándome en bien de mi prójimo, padeciendo mucho por Dios. ¡Dichosas austeridades, desprecios y padecimientos! ¡Mil veces venturoso el silencio que guarde en las contrariedades, pues sois para mí llave del cielo, y escala para subir á más elevado trono de gloria! Cuán bien hice al precaver con la vida ajustada aquellos sobresaltos en que se agitan inquietos los que han vivido en la tibieza; las angustias, que ahora me ahogarian, si hubiese resistido á santas inspiraciones. Bien hubiera podido yo consentir en aquella tentacion; más resistí, y

me libré de completa ruina. ¿Qué fuera de mí, á haber continuado en mi tibieza? Mas la sacudí, y he labrado mi salvacion, sufriendo sudor y frio en la viña del Señor; por eso aguardo confiado el denario prometido por el Padre de familias.

Tales son los sentimientos que animan al justo amator de la perfeccion, en la hora de la muerte. Pues ¿quién desconocerá que la del virtuoso será placidísimo sueño, en el cuál cesa ya de sufrir y fatigarse? Pero ademas será tranquila.

2.º *Por la dulzura que de presente le inunda, nacida de tres causas principales. Primera, del testimonio de la buena conciencia, que ofrece al moribundo bastante seguridad de hallarse en estado de gracia, y ser por lo mismo hijo de Dios, heredero del cielo, por haber llenado las condiciones bajo las cuales el justo Juez promete adjudicar la corona de gloria inmarcesible. Segunda, de no haber puesto el corazon en las criaturas. ¡Cuán grata confianza tiene el que, al morir, ningun afecto terreno guarda!* ¹ ¿Qué cosa le puede conturbar ó afligir? ¿Las riquezas ú honores que deja? ¡Si siempre las despreció! ¿Los deleites sensuales, que ya cesan? ¡Si siempre se negó á sus encantos! ¿La idea de la corrupcion de su cuerpo? ¡Si siempre lo miró como á enemigo! *La tercera causa: el Crucifijo, es para él consuelo, áncora de esperanza, y prenda de eterna ventura. El sagrado Viático le es cielo anticipado, pues recibe en su casa á quien únicamente desea.*

¹ S. Hieron. Epist. ad Cyprianum Presbyterum.

Provisto á tiempo de la caridad, no teme ser excluido de las bodas del celestial Esposo, ántes bien espera ser admitido con tan ilimitada confianza, que ninguna tentacion puede ya amedrentarle, ninguna angustia turbarle, ni sobresaltarle el horror á la muerte. Testigo el Padre Francisco Suarez, quien exclamó momentos ántes de expirar: *nunca creí fuese tan dulce el morir*; sin duda á causa del consuelo en que rebozan entónces las almas justas.

3.º La muerte del Justo será ademas dichosa por la *seguridad que este tiene de ser eternamente feliz*, exento de los temores que á los tibios asaltan, infundiéndoles pavor la muerte, el juicio y el purgatorio. Como la muerte le pone en estado en que no podrá padecer ni pecar; como ella pone término á las miserias y vicios de la vida presente, al propio tiempo que le abre las puertas del cielo, donde experimentará cierta dichosa necesidad de amar indeficientemente á Dios, está tan léjos de temerla, que por el contrario la ansía. Como su conciencia le da interior testimonio y casi seguridad de haber borrado todas sus culpas mediante la confesion sincera, clara y entera de ellas, ajeno ya á todo temor preséntase á ser juzgado por Dios, afianzado en el testimonio del Salmista, de que *sus misericordias exceden á todas sus obras* ¹. Ni casi teme las penas que tal vez le serán impuestas en el purgatorio; porque va de antemano provisto de méritos. Es indudable que solas las personas que practican la virtud *viven felices*, y

¹ Ps. 144, v. 9.

esperan tranquilas la *muerte*. Loco serás é insensato, si miras con indiferencia la pérdida de los únicos bienes que hay en el mundo; si por niñerías consientes en renunciar á la felicidad en vida, y al sosiego en la hora de tu muerte, por un poco de humo de honra vana, que se disipa en el aire; por una *gota de miel, que gustada produce la muerte*; por una vil criatura. Reflexiona ahora que es tiempo; haz lo que querrás entónces haber hecho: y pues no quisieras morir como los tibios, vive como los fervorosos. La muerte es eco de la vida: si deseas morir en el Señor, vive sólo para Dios, consagrándole en salud todo cuanto pueda inquietarte al dejar la vida.

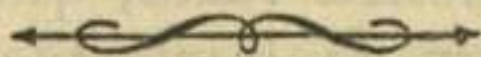
FRUTO.

—

Poner en práctica este propósito: *quiero hacerme santo, y gran santo, y pronto*, dando comienzo á la perfeccion por algun acto heróico. Los medios de lograrlo son: 1.º Examinar el obstáculo que más nos detiene en la via de la perfeccion. 2.º Estirpar el vicio que más dominados nos tiene. 3.º Sacrificar á Dios lo que más fuertemente nos aparta y aleja de El.

EXAMEN.

CARACTÉRES DEL AMOR DIVINO.



Siendo la caridad reina de las virtudes, *vínculo de perfeccion, plenitud de la ley, y justicia perfectísima*, superior en dignidad á la fe y á la esperanza, porque, como dice S. Pablo, *la mayor de estas es la caridad*; y atestiguando S. Bernardo que *toda la excelencia del alma se mide por sus grados de caridad, pues tal es el hombre cual es su amor*¹; no es extraño que el enemigo infernal ponga en juego toda clase de ardides, para desfigurar con postizos colores esta joya celestial, proponiéndonos como amor divino lo que solamente es amor propio. Por eso, para que no seas víctima de tan grande engaño, te presentaré las señales del amor divino, á fin de que puedas discernir más fácilmente *lo precioso de lo vil*.

I. El primer indicio de amor legítimo á Dios consiste en romper generosamente los lazos que nos tengan sujetos á algun objeto creado con censurable afecto. La victoria de sí mismo, obtenida por este acto heroico, es prueba indudable de amor de Dios. Disponente á tan loable empresa, y animado del espíritu de Abraham, al prepararse para sacrificar al Señor su único hijo Isaac,

¹ Coloss. 3, v. 14.—Rom. 13, v. 10.—August., in Soliloq. 1. 2.—I. Cor. 13, v. 13.—Serm. 9, in Cant.

pregúntate con resolución cuál es la criatura, v. g., la persona, oficio, lugar, objeto, honor, comodidad, recreo, sensualidad, á la que tu corazón se siente más inclinado, y que por lo mismo será más del agrado de Dios se la sacrifiques; despues examina los repliegues de tu corazón, y mira qué apetito te designa Dios para que se le ofrezcas en holocausto. Inmolar á Dios esa víctima es evidente testimonio de amor genuino á Dios.

II. Otra prueba de amor es hacer y padecer mucho por el amado; que una y otra cosa se incluyen en la voz obrar. Así ha de entenderse lo que dice S. Bernardo: *Entónces amas de véras á Dios, cuando por su amor obras quanto bien puedes. Porque el amor, si es sincéro, obra grandes cosas; y si no obra, no es amor*¹. Examina pues con qué fidelidad sigues los impulsos divinos, haciendo ú omitiendo lo que Dios te manda ó prohíbe. ¿Con qué avidéz aprovechas las ocasiones de aumentar la gloria del Señor, y de promover la salvacion de otros? Si lees en tu conciencia haber hecho generosamente ó sufrido con resignacion algo que te inspire prudente esperanza de conseguir la gracia final; y en fin, ¿qué acto heróico te pide Dios por medio de reiteradas inspiraciones, como quien permanece llamando una y otra vez á la puerta de tu corazón? Mostrarte sordo, sería indicio de que tienes helado el corazón, é insensible al amor.

III. La tercera señal del amor puro es la conformidad de nuestra voluntad con la divina; pues, como dice S. Gregorio Magno, *aquel ama*

¹ Serm. 51, de modo bene vivendi.

perfectamente al Criador, que nada se reserva para sí ¹. El que retiene la voluntad, la facultad más importante del alma, todo se lo reserva; luego no ama á Dios con perfeccion; porque no se entiende amarse y unirse las almas, discrepando y repeliéndose las voluntades. Por donde claramente se ve, que sin la conformidad de nuestra voluntad con la divina no es conciliable la verdadera caridad. ¿Qué regla sigues tú para tomar ó dejar, amar ó aborrecer las criaturas? ¿El capricho, ó la voluntad divina? Examina qué es lo que Dios quiere de ti, y si te opones á sus designios. ¿Cuál es la aficioncilla terrena, que él te pide en sacrificio y tú se la niegas? ¿Si sufres la adversidad con la igualdad de ánimo que Job y Helí? En los contratiempos sírvete de aquellas memorables palabras: *El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; sea bendito el nombre del Señor. Es mi Señor; disponga lo que á sus ojos sea bueno* ². Considera si es tan perfecta tu indiferencia que en este punto estes como cadáver ó como *baston de hombre viejo*, de modo que con la misma indiferencia te dejes levantar ó abandonar, vestir y desnudar Si como una estatua estas indiferente á los honores y á los desprecios, á los disgustos y á las comodidades, ó si por lo ménos te es indiferente cualquier puesto ó ministerio. Cuanto en esto te encuentres alcanzado, otro tanto te hallas desviado de la perfeccion del amor. ¡Jesus mio! *que viniste á poner fuego á la tierra, y no quieres sino que se abraze* ³, enciende en mí aquel fuego de amor

¹ Lib. 10 moral., c. 4.

² Job. 1, v. 21.—1. Reg. 3, v. 18.

³ Luc. 2, v. 49.

divino, *que nunca dice, basta*, sino que propagándose, sin cesar tiende siempre á elevarse. Concédeme que con su calor se eleve mi alma á empresas generosas, hasta poseer los caractéres del verdadero amor de Dios.

MEDITACION II.

EL AMOR DE DIOS MERECE QUE PRACTIQUEMOS
LAS VIRTUDES SÓLIDAS.

Punto I.

Debemos consagrarnos á la Divina Majestad por medio de las virtudes sólidas, *porque Dios á su vez se nos da á sí mismo y sus dones de modo perfectísimo*. 1.º Nos da en primer lugar *todo lo suyo*, esto es, las cosas corpóreas para nuestro uso; los ángeles para custodios nuestros; la gracia para nuestro mérito; el cielo para nuestro galardón. Y siendo la tierra, los ángeles, la gracia y el cielo los cuatro más apreciables géneros de bienes, con cuya creacion el supremo Hacedor ha dado á conocer al mundo su omnipotente munificencia, síguese que, al dárnoslos, nos ha dado en ellos todos sus tesoros. Ademas, quien *no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros*, dándonos tambien al Espíritu Santo con sus siete dones, *¿cómo no ha de haber-nos dado con él todo lo demas?* ¹

¹ Rom. 8, v. 32.

2.º Pero no sólo *todo lo suyo*, sino también *á sí mismo todo entero* se nos da Dios benignísimo con espléndida liberalidad, al ejercer en favor nuestro, y tan maravillosamente, sus perfecciones, que en virtud de la identidad constituyen con él una misma y sola sustancia. Danos en primer lugar su mismo ser ó *esencia*, existiendo siempre é íntimamente en nuestro cuerpo y alma como en templo á él consagrado; danos su *poder*, no sólo al crearnos y conservarnos, sino además tomando parte continuamente en todas nuestras obras; danos su *providencia*, preservándonos con singular afecto de todo mal, dispensándonos bienes sin cuento, y *haciendo* que coope-
 pere á *nuestro bien* hasta *la misma tentacion*¹; su *misericordia*, *disimulando* tantas veces y por tanto tiempo nuestros *pecados por la penitencia*²; danos en fin su *caridad* inmensa, colmándonos en cada instante, aunque somos indignísimos, de innumerables y peculiares beneficios. ¿Cómo, pues, desconocer que aquella augusta Deidad se nos da *toda*, pues tan benignamente nos comunica sus divinos atributos, haciéndolos servir de continuo á nuestro bien? Esto demuestra hasta la evidencia que Dios nos da todo lo suyo y á sí mismo, de lo cuál se deduce que debemos ser de Dios sin reserva, mediante la práctica de la vida sólidamente virtuosa y perfecta.

3.º Digno es además de consideracion el *modo* de hacernos esta entera donacion de sí y de todo lo suyo, ponderando sus tres más notables circunstancias. La primera es, que su be-

¹ 1 Cor. 10, v. 13.

² Ps. 144, v. 9.

néfica dignacion es *eterna*, segun aquello de Jeremías: *te he amado con caridad perpétua*. La segunda, que esa beneficencia es absolutamente *gratuita*; pues nos amó espontáneamente y á pesar de ser nosotros *enemigos* suyos ¹. La tercera cualidad de su caridad generosísima consiste en que es *infinita*, no habiendo perfeccion en la Divinidad, ni persona en la Trinidad, que no nos ame con esa inmensidad de su infinito amor.

Pues si Dios con tan incomprensible bondad nos da *todas sus cosas* y á sí mismo, y de modo tan perfecto, ¿no es razonable y justísimo que nosotros, á nuestra vez, vivamos del todo por la sólida virtud para solo él, que ha querido ser de lleno todo nuestro? Bien conozco, ¡oh Señor! qué esto es conforme á la más estricta justicia. Sean, pues, vuestras todas mis cosas, como las vuestras son mias sin tasa. Maldita sea la gota de sangre que no fluya y circule para Vos en mis venas; cuanto hay en mí que no fuere vuestro. Vuestro amor, que me da *todo lo suyo* y á sí propio de modo tan excelente, es digno por ello de mi recíproco amor, cifrado en la práctica de las virtudes sólidas.

Punto II.

Tambien Cristo se nos ha dado todo, tanto en la cruz como en la sagrada Eucaristía. 1.º En la cruz nos legó sus vestiduras, al despojarse de ellas para morir desnudo. 2.º Su fama, escogiendo el

¹ Oseas, 14, v. 5.—Rom. 5, v. 10.—1 Reg. 18, v. 4.

género de muerte más vil é infame de aquellos tiempos. 3.º Su *cuerpo*, entregándolo para ser triturado con angustias, tormentos y dolores los más sensibles. 4.º Su *alma*, entregándola en manos de su Eterno Padre, mediante una muerte muy cruel, para salvar á sus enemigos rebeldes é ingratos. En verdad *nadie excede en caridad al que pone su vida por sus amigos* ¹.

En la *Eucaristía*, donde parece agotó los tesoros de su divino amor á los hombres ², no sólo da su túnica tejida por manos humanas, sino su humanidad unida al Verbo: no sólo su fama de hijo del hombre, sino que rebaja, digámoslo así, su dignidad de hombre Dios, encubriendo su majestad bajo el humilde velo de las especies sacramentales, exponiéndola á tantos desacatos: no sólo entrega su cuerpo mortal y pasible, sino impasible ya, inmortal y glorioso; allí, en fin, constituyéndose en estado de víctima, de tal modo se sacrifica en infinidad de altares, que no sólo no queda cosa alguna en él, que no nos la haya cedido en plena posesion, pero ni los mismos ángeles hubieran podido idear otra manera más perfecta de dársenos todo á todos; de modo que ni su Omnipotencia puede darnos más, ni sabe en su Omnisciencia dárnoslo de mejor modo.

En resúmen: nada hay en Cristo, que él no lo haya hecho nuestro: nuestro es su adorable cuerpo, llagado por nosotros; nuestra su sangre, por nosotros derramada; nuestra su vida, dada

¹ Joan, 15, v. 13.

² Conc. Trid. sess. 13, c. 2.

á la muerte por nosotros; nuestros sus merecimientos, legados á nosotros al morir. Y siendo esto así, deseando el Salvador con tan entrañable afecto ver que practicamos la virtud sólida, y siéndole debido todo obsequio de nuestra parte, pensemos con madurez y decidamos qué debemos hacer en retorno de tal generosidad.

Punto III.

Por cierto que *aun dándolo todo, damos bien poco*: 1.º poco, por razon de la bajeza de quien lo da; 2.º poco, atendida la alteza de aquel á quien se da, y que de nada necesita; 3.º poco, comparado lo que damos, ya con la muchedumbre de los beneficios que nos ha dispensado Dios, ya con el número y gravedad de los pecados que hemos cometido; 4.º poco, visto lo que hacen los seglares por el mundo, lo que los Santos han hecho por Dios, y lo que el cielo vale y se merece: de suerte que con harta razon nos vemos precisados á confesar entre sollozos y lágrimas, que aun dándolo todo, damos poco, ó mejor dicho, nada.

Y si dándolo todo es poco lo que damos; si haciéndolo todo, es nada lo que hacemos, y *somos siervos inútiles* ¹, ¿qué será negar aun eso poco, ó pretender compartirlo entre Dios y las criaturas, rehusando sacrificarle hasta eso poquito que nada es, y nada vale? Pues ya que mu-

¹ Luc. 16, v. 10.

cho no podamos, hagamos siquiera eso poco que podemos: y ya que no poseemos algo grande que dar, demos á lo ménos eso poco que poseemos, pero todo entero, dándonos de lleno á la virtud sólida, ya que tan digno es, y por tantos títulos lo merece nuestro amantísimo Dios.

AFFECTOS.

Dios grande y celoso, amador de nuestro corazon, que ni aceptas su mitad, si no se te entrega todo, y lo quieres todo entero, ¿qué te daré en retorno de ti mismo, sino á mí mismo? Habiéndome tú dado á ti todo, ¿qué ménos te devolveré que á mí todo? Resuelto estoy á ser tuyo yo todo en adelante; tú serás dueño exclusivo de mi corazon; ni el mundo ni el amor propio tienen ya que alegar derecho alguno sobre él. Renuncio para siempre á *tal* aficion desordenada que hasta aquí me retenia en mísera servidumbre. Rebélese la carne, y luce irritado el infierno; resístanse los sentidos, cómplices en esa rebeldía: solo Dios reina en mi alma; viva en mí Cristo solo, y triunfe el divino amor. Este amor de Dios, tan acreedor á mi virtud sólida, aparte todos los obstáculos, venza las dificultades todas, y allane lo que parece escabroso; y sea desde hoy mi más importante, mi único negocio, el afan de la perfeccion.

¡Oh Señor! nada son todas mis cosas, ¿y he de vacilar en dedicaros esta nada? Si tuviese mil corazones, no bastaran, aun amándote con todos ellos, para corresponder dignamente á tu amor; tengo uno solo, y mezquino, ¿y todavía osaré

dividirlo? Léjos de mí tamaña deslealtad. Veniste, ¡oh Dios amantísimo de los corazones! me rindo atadas las manos con ligaduras de amor. A ti solo se debe mi corazón. No hallará ya en él cabida el pecado, ni la tibieza, ni la pasión predominante. Será sacrificado mi amor propio desordenado. No se agitará movimiento en él, que no tienda hácia ti únicamente, pues mi lema será, *Dios merece que yo me haga santo*; pensamiento que me hará acelerar el paso en el camino de la perfección.

Tan sólo os ruego que vuestra infinita bondad se digne *aceptar este sacrificio en olor de suavidad*; y así como me *dísteis gracia para lo desear y ofrecer*, me la deis también abundante para lo cumplir.

FRUTO.

De este ejercicio debemos sacar resolución eficaz de caminar á grandes pasos á la perfección propia de nuestro estado.

Los *medios* para llevarlo á efecto son: 1.º guardar los propósitos hechos en este triduo; 2.º emprender vida más arreglada, empezando por algún acto heroico, 3.º tener cada mes un día de retiro ó parte de él; 4.º hacer frecuentes actos de amor de Dios; 5.º visitar á menudo, y con fervor á Jesus sacramentado, y recibirlo en la sagrada Mesa con ardiente devoción.

Pondré fin á este sagrado retiro con las siguientes palabras de S. Cipriano: *Os exhortamos por nuestra fe, á que conserveis vuestra gloria con firme y perseverante fortaleza; porque no le basta á*

la virtud haber comenzado, sino haber perseverado hasta el fin ¹. Ni es gran cosa haber empezado, lo cuál es bueno; pero haberlo llevado á término feliz, efectivamente, esto es lo único perfecto ². Porque de qué serviría sentar los cimientos de una vida más santa, despues de haber apartado en estos tres dias los obstáculos, aplicado los medios, y pesado bien los estímulos de la virtud sólida, si no se lleva adelante la obra con perseverante anhelo? Pues no se piden á los cristianos principios, sino fin y perseverancia ³; sólo la perseverancia es coronada ⁴.

¹ Epist. ad Vitalem.

² Aug. Serm. super Ps. 51.

³ Hieron. contra Jovinian.

⁴ Pedro de Blois, epist. 22.

ÍNDICE.

| | |
|--|-----|
| <i>Vida del P. Bellecio, y noticia de sus obras</i> | IV |
| <i>Lectura particular para los ocho dias, y para el triduo</i> | VI |
| <i>Método de meditar (P. Roothaan)</i> | IX |
| <i>Cap. I. Advertencias para ántes de la meditacion.</i> | X |
| <i>Cap. II. Lo que se ha de observar en la meditacion.</i> | XIV |
| <i>Ejercicio de la memoria, entendimiento y voluntad.</i> | |
| <i>Cap. III. Después de la meditacion</i> | |
| <i>I. Estímulos para hacer bien los Ejercicios</i> | 1 |
| <i>II. Disposicion del alma para entrar en ellos</i> | 10 |
| <i>III. Disposicion de las cosas exteriores</i> | 13 |
| <i>IV. Advertencias para el tiempo de los ejercicios.</i> | 15 |
| <i>V. Compendio del sistema de los Ejercicios</i> | 21 |
| Dia 1.^o—Med. I. Fin del hombre | 26 |
| <i>Lectura. Sobre el fundamento</i> | 33 |
| <i>Med. II. Fin del Religioso</i> | 50 |
| <i>Consideracion. Indiferencia</i> | 57 |
| <i>Examen. Impedimentos de la indiferencia</i> | 67 |
| <i>Med. III. Repeticion de las dos anteriores</i> | 69 |
| Dia 2.^o—Med. I. Pecados de Adan y de los Angeles | 76 |
| <i>Lectura. Dolor del pecado</i> | 86 |
| <i>Med. II. Pecados propios</i> | 105 |
| <i>Consid. Raices del pecado</i> | 114 |
| <i>Examen. Efectos de la soberbia y sensualidad</i> | 123 |
| <i>Med. III. Infierno</i> | 126 |
| Dia 3.^o—Med. I. Muerte | 137 |
| <i>Lect. Conocimiento propio</i> | 145 |
| <i>Med. II. Juicio particular</i> | 159 |
| <i>Consid. Preparacion para la muerte</i> | 166 |
| <i>Med. III. Hijo Pródigo</i> | 175 |
| Dia 4.^o—Med. I. Reino de Cristo | 184 |
| <i>Lect. Imitacion de Cristo</i> | 190 |
| <i>Med. II. Encarnacion</i> | 209 |
| <i>Consid. Humildad</i> | 216 |

| | |
|--|-----|
| <i>Examen. Sobre la misma virtud</i> | 224 |
| <i>Med. III. Nacimiento de Cristo</i> | 227 |
| Dia 5.º — <i>Med. I. Huida á Egipto</i> | 233 |
| <i>Lect. Preparacion para la eleccion</i> | 240 |
| <i>Med. II. Vida oculta de Cristo</i> | 259 |
| <i>Consid. Mortificacion</i> | 262 |
| <i>Examen. Sobre la misma virtud</i> | 272 |
| <i>Med. III. Subida de Cristo al templo</i> | 277 |
| Dia 6.º — <i>Med. I. Dos banderas</i> | 285 |
| <i>Lect. Fin de la 2.ª semana, y medios para lograrlo</i> | 292 |
| <i>Med. II. Tres binarios</i> | 312 |
| <i>Consid. Tres grados de humildad</i> | 319 |
| <i>Eleccion. Tiempo y modo de hacerla</i> | 328 |
| <i>Reglas para el discernimiento de espíritus</i> | 333 |
| <i>Med. III. Prerogativas del tercer grado de humildad</i> | 336 |
| Dia 7.º — <i>Med. I. Cristo en la honra</i> | 340 |
| <i>Lect. Fin de la 3.ª semana, y medios para lograrlo</i> | 349 |
| <i>Reglas para ordenarse en la comida</i> | 366 |
| <i>Med. II. Tormentos corporales de Cristo</i> | 367 |
| <i>Consid. Felicidad del alma atribulada</i> | 375 |
| <i>Examen. Paciencia y obediencia</i> | 384 |
| <i>Med. III. Cristo en la Cruz</i> | 387 |
| Dia 8.º — <i>Med. I. Resurreccion de Cristo</i> | 398 |
| <i>Lectura. Fin de la 4.ª semana, y medios para lograrlo</i> | 405 |
| <i>Tres modos de orar</i> | 415 |
| <i>Med. II. Amor de Cristo</i> | 420 |
| <i>Consid. Conformidad con la voluntad de Dios</i> | 429 |
| <i>Examen. Recogimiento y oracion</i> | 438 |
| <i>Med. III. Amor de Dios</i> | 442 |

TRIDUO.

| | |
|---|-----|
| <i>Med. I. Para la víspera. Necesidad y utilidad de hacerlo</i> | 454 |
| <i>Advertencias para hacerlo con provecho</i> | 460 |
| Dia 1.º — <i>Med. I. Pecado venial</i> | 462 |
| <i>Consid. Tibieza</i> | 470 |
| <i>Examen. Respetos humanos</i> | 477 |

| | |
|--|-----|
| <i>Med. II. Abuso de las gracias.....</i> | 480 |
| Dia 2.º—Med. I. Perfeccion en las obras ordinarias..... | 490 |
| <i>Consid. Sobre el recogimiento del alma.....</i> | 498 |
| <i>Exámen. Sobre el exámen particular.....</i> | 505 |
| <i>Med. II. Del fervor en la oracion.....</i> | 509 |
| Dia 3.º—Excelencias de las virtudes sólidas..... | 517 |
| <i>Consid. Bienes que por ellas se alcanzan.....</i> | 524 |
| <i>Examen. Carácterés del amor divino.....</i> | 532 |
| <i>Med. II. Virtudes sólidas y perfectas.....</i> | 535 |

ERRATAS NOTABLES.

| <i>Pag.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i> | <i>Léase.</i> |
|-------------|---------------|---|---|
| — | — | — | — |
| 68 | 9 | de no | de |
| 124 | 12 | ó lo que es peor | ó por el contrario |
| 130 | 11 | en el oído oyó, ni el | el oído oyó, ni en |
| 144 | 1 | advierde la misma verdad porque segun | porque segun ad- vuerde la misma verdad |
| 147 | 17 | ardor | órden |
| 228 | 22 | sino | le envolvió |
| | 10 | <i>por</i> | <i>pero</i> |
| | 11 | lo | estos los |
| 336 | 21 | corona ceñirse | ceñirse corona |
| 342 | 34 | propuesto | pospuesto |
| 364 | | Punto III | §. III |
| 544 | 18 | Cristo | Padecimientos de Cristo |

30
500



